Ernest Jones

Vida y obra de Sigmund Freud

EDICIÓN ABREVIADA A CARGO DE
LIONEL TRILLING Y STEVEN MARCUS

TOMO I

EDITORIAL ANAGRAMA

Título de la edición original:
The Life and Work of Sigmund Freud
Edited and abridged by Lionel Trilling and Steve Marcus
© Basic Books Publishing Co., Inc. Nueva York, 1961

Traducción:
Dr. Mario Carlisky y José Cano Tembleque
(Excepto en los fragmentos debidos a Lionel Trilling y Steve Marcus, se ha utilizado la traducción del Dr. Mario Carlisky de la edición íntegra de esta obra publicada por la Biblioteca de psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Argentina, Editorial Nova, Buenos Aires.)

Cubierta:
Enric Satué

Primera edición: 1970
Segunda edición: 1981

© Ernest Jones, 1953, 1955, 1957
© EDITORIAL ANAGRAMA, 1981
C. Pedró de la Creu, 44 Barcelona - 34

ISBN: 84-339-6570-0 (obra completa)
ISBN: 84-339-6571-9 (tomo I)
Depósito legal: B. 9.930 - 1981

Impreso en: Romanyà/Valls, Verdaguer, 1, Capellades (Barcelona)

INTRODUCCIÓN

Sigmund Freud declaró en varias ocasiones su firme oposición a ser objeto de un estudio biográfico, aduciendo como una de sus razones que lo único importante en él eran las ideas; lo más probable es que su vida privada, decía, no encerrara para el mundo el menor interés. Pero la actitud del mundo no ha confirmado su opinión. La persona de Freud se yergue ante nosotros con una nitidez y significación tan excepcionales, que bien se puede afirmar de él que, en cuanto a grado de inteligencia y temperamento, no existe en los tiempos modernos un personaje de interés tan singular.

Si nos preguntamos la razón de este hecho, la respuesta inmediata la hallaremos, desde luego, en la magnitud y la índole de su obra. Las consecuencias que el psicoanálisis ha tenido para la vida de Occidente han sido incalculables. Nacido como una teoría de determinadas enfermedades mentales, llegó a convertirse en una teoría de la mente radicalmente nueva y trascendental. Todas las disciplinas intelectuales relacionadas con la naturaleza y el destino de la humanidad han sido afectadas por el peso de esta teoría. Sus concepciones penetraron en el pensamiento popular, aunque con frecuencia en forma grosera y a veces falseada, originando no sólo una nueva terminología, sino también un nuevo modo de enjuiciar las cosas. Sentimos irrepri-

mible curiosidad por conocer la vida del hombre que provocó este cambio profundo y general en nuestros hábitos mentales, tanto que las ideas de Freud tratan de nuestra propia vida en cuanto personas, y porque casi siempre se experimentan de forma intensamente personal.

Además de esta primera natural curiosidad, existe otra razón para nuestro interés por la vida de Freud; una razón sobre todo intelectual, o quizá diríamos pedagógica. O sea, el papel que desempeña la biografía de Freud respecto a facilitar nuestra comprensión del psicoanálisis. El psicoanálisis, al igual que otras disciplinas, se entiende más segura y claramente si se le estudia en su desarrollo histórico. Pero lo fundamental en la historia del psicoanálisis es la explicación de cómo se forjó en la propia mente de Freud, pues sus concepciones las elaboró enteramente solo. No se niega la categoría intelectual de sus primeros colaboradores cuando aseguramos que —a excepción de Josef Breuer, que fue algo distinto y superior a un colaborador— ninguno aportó nada sustancial a la teoría del psicoanálisis. La ayuda que prestaron a Freud consistió principalmente en servir de contraste a sus ideas, en constituir una comunidad intelectual en la que éstas pudieran discutirse, comentarse y ser sometidas a las pruebas de la experiencia clínica. La circunstancia de que Freud fuera la única persona que creara esta ciencia, y que también él solo la llevara a su grado de madurez, quizá no favorezca mucho al psicoanálisis. Pero esta es la situación, y el relato de la vida de Freud, de los problemas intelectuales que halló y tuvo que superar, nos proporcionan un conocimiento más ajustado de la efectividad de las ideas psicoanalíticas que el que podríamos extraer de su estudio en cuanto doctrina sistemática, no importa cuán lúcidas fuesen las exposiciones a que acudiéramos. Por lo demás, creo, éste es el enfoque pedagógico que prevalece en muchos de los institutos para la formación de psicoanalistas.

Todavía existe una tercera razón que justifica el interés que para nosotros presenta la vida de Freud: la razón de mayor peso, que reside en la forma y el estilo de su vida, en el encanto y la fuerza que hallamos en su condición de personaje legendario.

Parte de este encanto y esta fuerza deriva, en mi opinión, de la consonancia que se advierte entre la vida de Freud y su obra.

La obra es dilatada, metódica, valiente y de miras generosas; y lo mismo cabe decir de su vida. En nuestros días no suele hallarse pareja consonancia. El muy citado verso de un poema de W. B. Yeats dice que «el hombre tiene que elegir la perfección de la vida o del trabajo». Estas palabras son típicamente modernas. A no dudarlo, Yeats se refiere sólo a los poetas, y lo que quiere decir es que éstos derivan sus motivos y conducta de sus impulsos y pasiones, que muy probablemente serán causa de desorden en su vida personal; y supone Yeats que los imperativos éticos, las duras sanciones que fuerzan a la «perfección de la vida» se erigen en obstáculo de los procesos creadores. No pretendemos dudar que esto encierra un fondo de verdad —y verdad freudiana, desde luego—, con todo debemos observar cuán propia de nuestro tiempo es la tendencia a convertir la vida del poeta en paradigma de toda biografía, y cuán de nuestro tiempo es la inclinación a acentuar el divorcio entre la vida y la obra, y a encontrar un especial valor en la obra «perfecta» que tiene su origen en una vida «imperfecta».

Si lo anterior es cierto, el acudir a la vida de Freud apunta a una más remota inclinación, a una estética de la biografía que prefiere que la vida y la obra concuerden entre sí, que se complace con la convicción de que Shakespeare fue hombre de noble temple, se siente satisfecha con la serena dignidad y belleza con que la estatua de Sófocles muestra a éste, y se siente contristada con las obvias mezquindades de Milton. Y el propio Freud anhelaba para su existencia lo que pudiéramos considerar una condición de intemporalidad.

Abiertamente y sin rodeos, Freud aspiraba a ser un genio, después de haber soñado, en época más temprana, en convertirse en héroe. Seguramente por la circunstancia de que, al igual que el protagonista de su novela preferida, de Dickens, *David Copperfield*, nació con una membrana, signo de un gran destino. Fue uno de esos niños a quienes estrafalarios desconocidos auguraban grandezas, basando la predicción en su apariencia. Él mismo se refería al inapreciable y virtualmente mágico don que le supuso la especial veneración de su madre —«El hombre que haya sido el indiscutible preferido de su madre, mantiene ante la vida la actitud de un conquistador, aquella confianza en el

triunfo que lleva con frecuencia al triunfo real». Era el mayor de seis hijos vivos —entre su único hermano y él había diez años de diferencia y cinco hermanas—, y la familia depositó en él todas las esperanzas, esas grandes ilusiones que las familias judías se complacen en forjar con respecto a sus hijos varones; ilusiones que entre los judíos de Viena, con sus recién reconocidos derechos, quizá fuesen especialmente elevadas. Sin duda, era él el más llamado a satisfacerlas, puesto que iban completamente de acuerdo con el ethos de la época; a mediados del siglo diecinueve todavía se acariciaba el ideal de grandes logros personales en la ciencia y el arte, y nadie había descubierto aún, anticipándose al freudismo, el peligro de «someter a presión» a un muchacho. La obligación de triunfar que le habían impuesto su familia y su cultura, venía reforzada por el modelo de ética propuesto por una educación tradicional. Para comprender el modo de vida de Freud, debemos tener presente lo que para los muchachos y la mentalidad europea significaban entonces las *Vidas* de Plutarco, sobre los griegos y romanos notables. Aunque Freud, como judío, se identificó muy tempranamente con Aníbal, el gran enemigo semita del Estado romano, es bien sabido que Roma cautivaba su imaginación. Sus infantiles fantasías de fama militar quedaron sustituidas por la aspiración a convertirse en un héroe cultural; cuando imaginaba que algún día su retrato tendría un lugar de honor en el Aula de la Universidad, la inscripción que consideraba apropiada era el verso de *Edipo Rey*: «A quien resolvió el enigma de la Esfinge, y fue el hombre más poderoso.» La antigua tradición griega y romana fue reforzada por la inglesa —Inglaterra representó para Freud la gran patria de la libertad racional, y a menudo expresó su deseo de vivir allí—. Hubo un período de su juventud en que prácticamente todas sus lecturas fueron inglesas; en esta época Milton era su poeta inglés preferido, y admiraba a Oliver Cromwell, cuyo nombre puso a uno de sus hijos. Un heroico puritanismo inglés, unido al antiguo ideal de virtud pública, venía a asegurar la necesariamente más privada pero no menos rigurosa moralidad del hogar judío de Freud, y contribuyó a formar en el joven la idea de cómo había que conducirse en la vida: con rigor, entereza y rectitud. Siendo esto así, seguramente debe pa-

recer paradójico que gran parte de sus propósitos terapéuticos se centraran sobre el daño infligido por las exageradas demandas de la moralidad, y que, aun defendiendo el derecho de la sociedad y la cultura a plantear grandes exigencias al individuo, contemplara, sin embargo, con torva y triste mirada el sufrimiento que acarreaba el cumplimiento de aquellas exigencias. Se sometió a las más severas restricciones, viviendo según todos los indicios de acuerdo con la más estricta moralidad sexual, aun cuando defendía, según decía, «una vida sexual incomparablemente más libre» aquella que la sociedad estaba dispuesta a permitir.

Un extremo de particular interés en la vida de Freud lo constituye el que sus sueños de triunfo sólo se hicieron realidad bastante tardíamente, y que sus plenas facultades no se manifestaran hasta que fue un hombre de mediana edad. Ello es poco común en la biografía de un genio. Es realmente cierto que Freud mostró de joven signos de inteligencia y rasgos de carácter que justificaban las grandes esperanzas que maestros y amigos abrigaban sobre sus futuros éxitos en la vida, y sobre su futura carrera profesional. Pero, de basarse en las pruebas aportadas por el joven Freud, nadie podía augurar incontestablemente unos logros extraordinarios. Aunque es indudable que los éxitos conseguidos eran por naturaleza imprevisibles, con todo, incluso las mejores cualidades de que Freud hiciera gala en sus primeros trabajos científicos, fueron una pálida muestra comparadas con lo que acabó realizando. Si consideramos como primer claro exponente de lo que Freud iba a conseguir el caso de Fraülein Elisabeth von R., y si aceptamos la fecha de 1892 para el mismo (pues existen ciertas dudas al respecto), Freud tenía treinta y seis años al comenzar la labor que le llevaría a la fama.

La lentitud de su desarrollo nos lleva a preguntar hasta qué punto los logros intelectuales de Freud no hay que conceptuarlo como una obra moral. Dos razones me acuden a la mente para hablar así. Se refiere una a la valentía que representa el que un hombre de mediana edad, con obligaciones familiares y una idea completamente tradicional sobre la manera de hacerles frente, arriesgara su carrera por la causa de una teoría que constituía anatema para los líderes de su profesión. Se le reprobó no sólo en base a consideraciones morales, aunque éstas

fueron suficientemente apremiantes, sino con argumentos intelectuales, ya que las ideas de Freud rechazaban los supuestos científicos a partir de los cuales la medicina alemana había realizado sus grandes avances. Para hombres de la escuela de Helmholtz, la idea de que la mente —no el cerebro ni el sistema nervioso— pudiera ser la causa de su propio mal funcionamiento, e incluso el origen del mal funcionamiento del cuerpo, era peor que una herejía profesional: era una profanación del pensamiento. Freud se había educado en la tradición de aquellos hombres, y se esperaba de él que la continuase y la prestigiara. El caso es que nunca la repudió totalmente, puesto que a la vez que negaba su materialismo, defendía su determinismo; pero lo que negaba levantó una tempestad de injurias, a las que hizo frente con una imperturbabilidad olímpica.

La otra cuestión que quería implicar cuando hablaba de la índole moral de los logros de Freud, viene indicada por el propio juicio de Freud acerca de sus dotes intelectuales: nunca se sintió satisfecho de ellas. Pensaba que si alguna vez, imaginariamente, hubiera de enfrentarse a Dios, se quejaría de que no se le hubiera proporcionado «un mejor bagaje intelectual». Es bien conocido uno de sus juicios sobre su capacidad intelectual: «Yo no soy en realidad un científico, observador, experimentador, ni pensador. No soy más que un *conquistador* * por temperamento —un aventurero, si se quiere traducir el término— con la curiosidad, la intrepidez y la tenacidad inherentes a este tipo de seres». Imposible evitar una sonrisa ante la creencia de Freud en sus insuficientes facultades intelectuales, y acaso cabría sospechar, de no sentir simpatía hacia su persona, algo gratuito en su queja, una falsa modestia. No obstante, Freud expresa una realidad. A pesar de lo intelectualmente brillantes que puedan parecer ahora sus avanzadas ideas, no *parecían* brillantes tal como él las concebía; la sensación que causaban era más bien de paciencia, de atenerse a los hechos, de obstinación. El orgullo era, en el mejor sentido de la palabra, la cualidad temperamental más sobresaliente en Freud. Sus descubrimientos los alcanzó gracias a un plan que progresaba con discreción y valentía. El

* En castellano en el texto. (N. del T.)

científico suele alardear de humildad científica, de sujeción a los hechos, pero los hechos a los que Freud hubo de enfrentarse, no sólo eran dificultosos sino humanos, lo que equivale a decir desagradables, moralmente repulsivos, o incluso personalmente vergonzosos. No sólo fue gracias a su inteligencia, en el sentido usual del término, ni a sus simples dotes intelectuales por lo que Freud pudo comprobar que todas las historias de sus pacientes sobre violaciones sexuales que habían sufrido en su niñez eran falsas, y que su primitiva teoría basada en esos relatos tenía que ser abandonada. Algo más hubo de tener que controlara su inteligencia para que pudiese superar el disgusto por la decepción y la pena por el hundimiento de su teoría, para inquirir el por qué todos los pacientes incurrieron en la misma mentira, para llegar a la conclusión de no denominarla mentira, sino fantasía, para hallarle una explicación, y elaborar la teoría de la sexualidad infantil. Y algo más tuvo que haber, además de la inteligencia, para que llevase a término el trascendental análisis de su propio inconsciente.

Los lentos comienzos de Freud constituyeron una feliz circunstancia en su vida, y la explicación de gran parte de la condición de personaje de leyenda que en él descubrimos. Debido a que su época de plena creación no empezó sino con sus años de madurez, a que sus ideas hubieron de desarrollarse paulatinamente y que le fue necesario protegerlas de la hostilidad del mundo y de las inaceptables modificaciones de algunos de sus colaboradores, su mediana edad aparece llena de una energía heroica, épica, de expresión más patente y categórica que la de sus años de formación. Hombre de mediana edad, no renuncia con el paso del tiempo a sus ideales de juventud acerca de la superación, del esfuerzo, de las grandes exigencias para consigo mismo; antes bien, se hacen más intensos y audaces. Conforme entra en años, es consciente de una gran fatiga, se refiere, a menudo, a la merma de sus energías, y se preocupa cada vez más por la idea de la muerte, de cuyo alcance de cumplida cuenta la doctrina de *Más allá del principio del placer*. Pero quienquiera que lea su correspondencia, o un minucioso relato de la forma en que discurría su vida, comprobará cuán poco habían disminuido sus energías vitales, cuán poco permitía a la muerte

que se cerniera sobre él. No se trata simplemente de que a sus setenta años emprendiera aquella profunda revisión de su teoría de las neurosis expuesta en *Inhibición, Síntomas y Angustia,* sino de la gran importancia que para él seguían teniendo todas sus relaciones personales, incluida aquella que muchos hombres de edad avanzada hallan difícil y con frecuencia imposible mantener: vivir con uno mismo. Al insistir Sandor Ferenczi en el parecido que veía entre Freud y Goethe, Freud, bromeando primero y luego bastante secamente rechazó la comparación. En una cosa, al menos, es, sin embargo, exacta: Freud, al igual que Goethe, tuvo la virtud de mantener, ya mucho después de su juventud, un interés personal, vivo y creador hacia sí mismo, que se advierte hasta en sus expresiones de cansancio y desesperación.

Este interés no cede ni en su edad más avanzada, y es por esta causa que en sus últimos años Freud atrae nuestra atención más que en ningún otro período de su vida. Una atención cargada de dudas. Cuando leemos el relato de sus años primerizos inquirimos: «Este niño, este chico, este joven, este mimado, predilecto de la familia, ¿acabará siendo realmente Sigmund Freud?» Y leyendo el relato de sus años finales, de las postrimerías de su vida, preguntamos con igual curiosidad: «Este hombre cargado de años, este anciano, este hombre agonizante, ¿será posible que siga siendo Sigmund Freud?» En efecto, seguía siendo Sigmund Freud, y su obstinación no simplemente en seguir viviendo sino en mantener la calidad de su vida, le convierten en una de las historias personales más emocionantes.

En la última etapa de su vida saboreó —aunque ésta no sea la palabra apropiada —un triunfo mucho mayor del que nunca pudiera imaginar en su juventud. Aunque los ataques al psicoanálisis no cesaron, después de 1919 empezaron a revestir menor importancia en comparación con la creciente aceptación de las teorías de Freud. En Viena, se celebró públicamente su setenta cumpleaños, y a este siguieron otros honores. Su prestigio entre la intelectualidad quizá fuese aún ambiguo, pero no por ello dejó de ser enorme. Sin embargo, su éxito, al que siempre se refirió mordazmente, le trajo poca paz. Los últimos años de Freud fueron los más sombríos. A pesar de lo mucho que exigió

a la vida, a pesar de su gran capacidad de goce, había considerado mucho tiempo la condición humana con amarga ironía; y entonces, por una serie de acontecimientos, la naturaleza cruel e irracional de la existencia humana iba a ensañarse en él con renovada y terrible fuerza.

La defección de dos de sus más valiosos colaboradores caracteriza este período de la vida de Freud. Nunca se había tomado las deserciones a la ligera, y, en particular, la ruptura con Jung le dolió como algo personal. Con todo, las primeras escisiones, aunque fueran de por sí bastante penosas, eran hechos que deben estimarse normales en una empresa intelectual común, resultado natural de diferencias temperamentales, de cultura, y de enfoque intelectual. Las deserciones de Rank y Ferenczi, en cambio, fueron de distinta índole. Durante años, ambos se mantuvieron en estrecho contacto con Freud, especialmente Ferenczi, el más querido de todos los colegas, y al que Freud trataba como a un hijo. La cuestión no sólo residía en que esos compañeros de trabajo tan apreciados se dedicaran a revisar la teoría psicoanalítica por vías simplistas y extravagantes, sino que sus opiniones desviacionistas iban acompañadas de profundos trastornos de la personalidad, hasta el punto que uno de ellos, Ferenczi, murió loco.

La sombra de la muerte deja sentir su peso sobre los primeros años de esta última fase. Anton von Freund, que se había propuesto hacer progresar la causa del psicoanálisis gracias a su considerable fortuna, y a quien Freud se sentía muy unido, murió de cáncer en 1920, tras largos y terribles sufrimientos.

Días después, Freud recibía la noticia de que había muerto, a la edad de veintiséis años, su hermosa hija Sophie, a la que llamaba su «*Sunday child*». En 1923, a la edad de cuatro años, moría Heinz, el hijo de Sophie. Freud sentía por este nietecito un cariño especial —decía que para él Heinz valía más que todos los hijos y nietos— por lo que su muerte representó un duro golpe. Cada muerte la sentía como la pérdida de una parte de su ser, y afirmó que la muerte de Anton von Freund cooperó sobremanera a su envejecimiento. De la muerte de Sophie dijo que era «una profunda herida narcisista imposible de cerrar»,

y respecto a la muerte del pequeño Heinz, que marcaba el final de su vida afectiva.

En 1923, supo que tenía cáncer de mandíbula. Se le practicaron treinta y tres operaciones, todas muy penosas, y durante dieciséis años hubo de vivir en medio de dolores, a menudo terriblemente intensos. La prótesis que utilizaba era horrible y dolorosa, desfigurándole el rostro y el habla; y Freud era, como es sabido, un hombre un tanto vanidoso.

Carecía, por supuesto, de credo religioso que le ayudara a enfrentarse a la gratuidad de su sufrimiento, y no poseía tinte alguno de «filosofía». Con la misma obstinación de Job rechazaba el alivio que procuran las palabras; aún incluso con mayor obstinación, pues no se permitía el consuelo de la *acusación*. Así son las cosas: la vida es un asunto feo, irracional y humillante; nada puede paliar este juicio. Lo exponía con la misma simplicidad de la propia *Ilíada*.

No obstante, nada le derrumba, y en realidad nada le debilita. Decía a menudo que estaba disminuido, pero no era cierto. Solía referirse a su apatía, pero el trabajo seguía adelante. *El malestar en la cultura*, un libro de excepcional importancia, se publica a sus setenta y tres años. En el momento de su muerte, a los ochenta y tres, se hallaba escribiendo su *Esquema del Psicoanálisis*, y recibe pacientes hasta un mes antes de su muerte.

Ciertamente, como decía a menudo, puede que sintiera apatía respecto a su propia vida, importándole poco vivir o morir, pero mientras se halló con vida, no se mostró indiferente consigo mismo. Y con toda seguridad este egoísmo encierra, como he sugerido, el secreto de su calidad moral. «*Mit welchen Recht?*» (¿Con qué derecho?), exclamó, inyectados los ojos, al informársele en sus últimos días de que cuando se supo por primera vez el diagnóstico de cáncer, sus amigos habían pensado en la posibilidad de ocultarle la verdad.

A pesar de que era muy viejo, que el episodio tuvo lugar hacía tiempo, que la mentira tenía un fin piadoso, y que de hecho, no llegaron a mentirle, la mera posibilidad de que pudiera limitarse su autonomía lo consideraba como un grave atentado a su orgullo, haciéndole montar en cólera al instante. Creemos

que su gran capacidad de amar dimanaba de su orgullo. A esto se refiere cuando habla de la «profunda herida narcisista» que le produjo la muerte de su hija. Quizás esboza una crítica de este rasgo cuando añade, «A mi mujer y a Annerl les ha afectado en forma más humana». Pero aunque su manera de amar fuese menos «humana» que otras, lo que es muy dudoso, era extraordinariamente intensa y ardiente. Su egoísmo le movía a reconocer y respetar el egoísmo de los demás. ¿Qué otra cosa, si no, iba a inducirle, fatigado y agobiado como estaba, a estimar que debía responder a todas las cartas de desconocidos, a escribir, por ejemplo con semejante extensión, y en inglés, y con tal interés, a una mujer que le había escrito desde América desesperada por la homosexualidad de su hijo?

Durante sus muchos años de grandísimo dolor —ya próximo al fin, se refería a su mundo como a «una pequeña isla de dolor en un mar de indiferencia»— no tomó ningún analgésico, y sólo al final permitió que se le diera aspirina. Dijo que prefería pensar atormentado a no poder pensar con claridad. Sólo cuando supo con certeza que su fin era inevitable, pidió un sedante con cuya ayuda pasó del sueño a la muerte.

Freud halló en Ernest Jones el llamado a ser su biógrafo más idóneo. No cabe duda de que con el transcurso del tiempo aparecerán otras biografías de Freud, mas en cuanto cualquiera de ellas quiera ser de valor, habrá de basarse en la autorizada y monumental obra del doctor Jones. Huelga aclarar el por qué era el doctor Jones el único preparado para la ardua tarea, pues fue el colaborador de Freud durante treinta y un años. Su participación en la implantación del psicoanálisis en el continente americano e Inglaterra, resulta decisiva. Del célebre «Comité», grupo que formó Freud con los colegas más admirados y de mayor confianza, para que tras su muerte velara por la integridad del psicoanálisis, el doctor Jones era uno de los dos o tres miembros que más se distinguían por su inteligencia y buen criterio. Entregado como estaba al psicoanálisis en sus aspectos más ortodoxos —si es que así puede decirse— creyó posible, por la misma razón de la fuerza de su compromiso, recibir y mantener el legado de Freud sobre ciertas materias teoréticas. Su propia eminencia le permitía juzgar a Freud con impresionante objeti-

vidad, y a la vez expresar sin limitaciones su gran admiración por él. Disponía de un amplio bagaje cultural que cubría muchos campos, y de un estilo literario vigoroso y transparente.

En ciertos rasgos de carácter el doctor Jones podía compararse con Freud. No tenía, ni aspiraba a ello, la circunspección majestuosa de Freud; y era muy temperamental. Pero igualaba a Freud en energía, aunque las energías de ambos fueran, sin duda, de distinta fibra, y el testimonio de su obra, así como la descripción que hace de sí mismo en su inacabada autobiografía, sugieren cuán grande fue su propio egoísmo creativo, cuán fuerte era su ansia de heroica persistencia y perfección.

De las extraordinarias cualidades personales del doctor Jones tuv econocimiento directo en una ocasión. Cuando estuvo en Nueva York, durante su última visita a América con ocasión del centenario del nacimiento de Freud, el doctor Jones accedió a intervenir en una película para la televisión, rogándoseme que fuera su interlocutor. En su forma actual la película dura poco menos de media hora, pero era el resultado de muchos metros rodados durante tres días. El trabajo de aquellos días fue más difícil de lo que imaginé. En un tórrido mes de mayo, el doctor Jones y yo nos sentamos a una mesa de la biblioteca del Instituto Psicoanalítico y conversamos sobre Freud, el psicoanálisis y la vida del doctor Jones, ante la formidable tensión que suponían para nuestros nervios las luces, cámaras, realizadores, encargados de accesorios (pendientes, sobre todo, de la posición de mi cenicero encima de la mesa), maquilladores y electricistas. El doctor Jones tenía entonces setenta y ocho años. Tan sólo unos días antes de su llegada en avión a Nueva York, había sido dado de alta del hospital, tras una importante operación de cáncer, y durante el vuelo había tenido una hemorragia. Sin embargo, se mostraba infatigable e imperturbable. El primer día, durante la pausa del almuerzo, se retiró a la habitación que se le había destinado para descansar y recibir a su médico, el doctor Schur, que había atendido a Freud en sus últimos años. Traté de resistirme a su invitación para que lo acompañara, pues pensé que debería dormir un rato o, al menos, dejar de hablar. Nada más lejos de su intención. El doctor Schur era un viejo amigo, y yo, como descubrí con satisfacción, iba por el camino de convertir-

me en otro más; así que el doctor Jones pensó, desde luego, que lo que la situación requería era precisamente una conversación. Recuerdo que consintió en acostarse, pero se enzarzó con el doctor Schur y conmigo en animada conversación hasta que fue hora de volver al trabajo. Nada es más agotador para algunas personas que el esfuerzo por ser claros e inteligentes en charla improvisadas ante las cámaras. Pero el doctor Jones no tenía ese temperamento; sobre cualquier tema que se le planteara, hablaba con una claridad meridiana, directa y convincentemente, sin esfuerzo aparente; se limitaba a expresar lo que sabía y creía, y era evidente que disfrutaba al hacerlo. Al término de cada jornada el doctor Jones se dirigía alegre a cualquier acto social o público que tuviera previsto, y yo, agarrotado de cansancio, le veía partir con la sensación de haber conocido al superviviente de una raza de titanes.

Cuando, a instancia del editor americano del doctor Jones, míster Marcus y yo nos encargamos de preparar una edición de la biografía que fuese más asequible al lector medio que los tres gruesos y caros volúmenes originales, éramos, en mi opinión, lo bastante conscientes de la grave obligación que contraíamos. Estimábamos, empero, que por las características de libro, bien podríamos reducir su extensión sin merma de su alcance, ni minimizar su enjundia e importancia, y creemos haberlo conseguido.

Algunos cortes en seguida se impusieron por sí mismos, quedando plenamente justificados. El doctor Jones ha respaldado documentalmente sus manifestaciones, señalando sus fuentes en forma minuciosa; pero el lector medio no precisa de las muchas páginas que representa el despliegue de erudición de que aquél hizo gala. Sin duda es asimismo acertado contar con las anotaciones del cirujano, relativas a las muchas operaciones de mandíbula de Freud, mas para la mayoría de los lectores son de escaso interés. El capítulo del doctor Jones referente a la teoría inicial de Freud sobre la muerte, luego abandonada, posee en realidad un interés propio, aunque recapitula en forma ampliada lo que ya sabía el lector por el anterior hilo de la narración. Algo parecido puede decirse de las casi 170 páginas del volumen II de la edición original, en el que el doctor Jones resume y comenta la obra de Freud hasta 1919; pero como su propósito al

escribir esas páginas se justificaba por la necesidad de tratar en forma más reducida determinados episodios de la vida intelectual de Freud, hemos mantenido ciertos pasajes de este examen, transfiriéndolos a las partes correspondientes del relato biográfico. De la edición original, cerca de 200 páginas del volumen III están dedicadas al «Análisis histórico» de la relación e influencia de Freud sobre diversos campos culturales; esas páginas son de esencial interés, mas integran de por sí casi un libro, y son importantes, ciertamente, para un estudio de Freud, pero no estrictamente necesarias para la comprensión de su vida y su carácter. Sin embargo, también en este caso hemos conservado ciertos pasajes, utilizándolos para dar mayor claridad a algunos puntos del relato. Las cartas de Freud siempre revisten intéres, pero opinamos que las incluidas completa o parcialmente en los apéndices de los volúmenes II y III no forman parte integral de la biografía. En la edición original los encabezamientos y las despedidas de las cartas ocupan mucho espacio, por lo que hemos omitido unos y otras, salvo cuando hacían al caso. Hemos respetado todas las notas a pie de página que suponen una explicación necesaria, pero omitimos las digresivas, a menos que tengan un interés concreto.

Las medidas de este tipo no fueron difíciles de adoptar. Donde comenzaron las dificultades, naturalmente, fue al trabajar con el propio texto. Nos permitimos el lujo de sentirnos tranquilos al contar con la insólita abundancia de material con que el libro estaba confeccionado y con la reflexión de que el doctor Jones disponía de muchas más pruebas de las que necesitaba. Además de su propio conocimiento personal de Freud, y de las circunstancias de su vida, de la formación del movimiento psicoanalítico y de las personalidades que lo constituyeron, estaba la masa detallada de información que consiguió en cuanto biógrafo «oficial» y de toda confianza, los recuerdos personales de los familiares, amigos y colegas de Freud, y un enorme volumen de cartas y otros documentos (el hijo del doctor Jones refiere que el primer volumen hubo de ser nuevamente redactado, al hallarse un baúl de cartas después del fallecimiento de la viuda de Freud). El biógrafo que se halla en tal situación tiene suerte, en verdad, y a la vez desgracia. Una especie de devoción natural

le impele a conservar cualquier minucia informativa; considera un deber aducir todas las pruebas a su alcance, e incluso examinar su validez. Por no citar más que un ejemplo: el doctor Jones cita varias veces al principio de la narración los recuerdos de una de las hermanas de Freud; casi siempre llegaba a la conclusión de que tenía que estar equivocada respecto a lo que había recordado; consideramos que no era necesario incluir sus recuerdos —que, fieles o no, carecían de importancia en sí mismos— ni las razones del doctor Jones para tenerlos por erróneos. Y en general, allí donde nos parecía que el doctor Jones añadía las tareas de archivero a las de biógrafo, nos encargamos de librarle de las obligaciones contraídas, de suerte que sus notables facultades de biógrafo pudieran desplegarse con toda energía.

Sólo así pudimos seguir adelante. Por lo demás, míster Marcus y yo confiábamos, respecto a nuestra labor editorial, en el tacto literario que esperábamos tener, en nuestro respeto por el doctor Jones, y nuestra admiración por su libro, en nuestro profundo interés con Freud como hombre y como mente. Nuestro sistema consistió en una íntima y razonada colaboración. Cada uno de nosotros leía por separado un capítulo, marcando lo que creíamos que debía omitirse. Luego leíamos juntos el capítulo, comparábamos las exclusiones que proponíamos, acostumbrando a discutirlas con cierto detenimiento; teníamos por norma zanjar los desacuerdos conservando el pasaje en cuestión. En varios lugares en que nuestras exclusiones obligaban a nuevas transiciones, las realizamos con lo que creemos constituye el espíritu de la prosa del propio doctor Jones.

LIONEL TRILLING

PRÓLOGO

No nos proponemos ofrecer aquí una biografía popular de Freud: varias son las que han visto la luz hasta ahora, y en ellas nos encontramos con serias deformaciones y atentados a la verdad. Nuestra finalidad es, por una parte, determinar y fijar los hechos principales de su vida, mientras está aún a nuestro alcance el establecerlos, y por otra parte —y este propósito es más ambicioso ya—, intentar hallar una correlación entre su personalidad y las experiencias de su vida, por un lado, y por otro, el nacimiento y desarrollo de sus ideas.

Este libro no podría haber contado con la aprobación de Freud. Tenía éste la sensación de haber divulgado, en diferentes pasajes de sus obras, bastantes detalles de su vida privada —cosa que, por cierto, lamentó bastante años después— y que tenía el derecho de no revelar nada más: el mundo debería limitarse a aprovechar sus contribuciones a la ciencia y olvidarse de su personalidad. Pero su arrepentimiento en cuanto a tales confesiones había llegado demasiado tarde. No faltaron las personas malintencionadas empeñadas ya en deformar el sentido de determinados pasajes, con un propósito de difamación, y esto sólo podía ser contrarrestado, restableciendo la verdad, mediante una divulgación más amplia aún de su vida externa e interior.

La familia de Freud, como era fácil de suponer, respetó

aquel deseo suyo de no divulgar su vida íntima, y en realidad lo compartió. A menudo le protegieron de la avidez inquisitiva de un público simplemente curioso. Lo que les hizo cambiar de actitud fue la aparición de numerosas y falsas historias, inventadas por gente que nunca lo había conocido, historias que gradualmente iban integrándose en una leyenda mendaz. Fue entonces cuando decidieron proporcionarme el más cordial apoyo en mi empeño de ofrecer un relato de la vida de Freud tan fiel a los hechos como me fuera posible.

Es cosa generalmente admitida que los grandes hombres, por el hecho mismo de la posición eminente que llegan a ocupar, pierden el derecho, acordado a los mortales más modestos, de poseer dos vidas, una pública y otra privada. Sucede a menudo que aquello que ellos se han reservado resulta ser de no menos valor que lo que han expresado. Freud mismo lamentó a menudo la parquedad de los detalles conservados respecto a la vida de los grandes hombres, tan dignos de estudio y emulación. Mucho sería lo que perdería el mundo si no se supiese nada de su vida. Lo que él dio al mundo no es una acabada teoría de la psique, una filosofía que, como tal, podría tal vez ser discutida prescindiendo de su autor, sino una perspectiva, un panorama gradualmente ampliado, oscurecido o confuso en algún momento, y nuevamente aclarado a continuación. La visión que él aportó fue cambiando y desarrollándose de acuerdo no sólo con la ampliación creciente de sus propios conocimientos, sino también con la evolución de su pensamiento y de su concepto de la vida. El psicoanálisis, tal como cualquier otra rama de la ciencia, sólo puede ser estudiado provechosamente si se lo encara en su proceso histórico, nunca como un conjunto acabado de conocimientos, y su evolución estuvo ligada, de una manera muy peculiar e íntima, a la de su creador.

Freud tomó complicadas precauciones, como luego veremos, para resguardar su vida íntima, especialmente en lo que se refiere a sus primeros años. En dos ocasiones destruyó completamente toda su correspondencia, sus notas, diarios y originales. Es verdad que en los dos casos hubo razones objetivas para tal procedimiento: la primera vez fue cuando debía abandonar su residencia en el hospital para iniciar una existencia sin domicilio

fijo, y la segunda con motivo de un cambio completo a realizarse en su casa. Por suerte esta segunda vez, que fue en 1907, fue la última: desde entonces conservó cuidadosamente su correspondencia. Sobre la primera vez que procedió a destruir sus papeles hay una interesante descripción contenida en una de sus cartas a su prometida, del 28 de abril de 1885. Estaba por cumplir 29 años.

Dice así: «Acabo de realizar algo que cierto grupo de personas, aún no nacidas y ya condenadas a un destino aciago, van a lamentar vivamente. Puesto que no puedes adivinar de qué se trata, te lo diré: me refiero a mis biógrafos. He destruido todos mis diarios de los últimos catorce años, además de cartas, anotaciones científicas y los originales de mis publicaciones. He conservado solamente las cartas de familia. Las tuyas, querida mía, no han estado nunca en peligro. Todas mis viejas amistades y vinculaciones volvieron a pasar ante mis ojos, y silenciosamente siguieron su triste destino (mis pensamientos están puestos aún en la historia de Rusia). Todas las reflexiones y los sentimientos que me había inspirado el mundo en general, y en particular en cuanto afecta a mi persona, fueron declarados indignos de sobrevivir. Todos estos temas tengo que volverlos a pensar. Y la verdad es que había hecho muchas anotaciones. Pero la masa de papeles ya me estaba envolviendo y cubriendo, como las arenas del desierto cubren a la Esfinge, y pronto ya no se vería más que la punta de mi nariz emergiendo del informe montón. No puedo abandonar este alojamiento ni puedo morir sin antes librarme de la inquietante idea de que mis viejos papeles pueden caer quién sabe en manos de quién. Por otra parte, todo lo acaecido antes del momento más decisivo de mi vida, antes de nuestro encuentro y de mi elección, lo he dejado atrás: todo ello hace mucho que ha muerto, y no se le debe negar un entierro honroso. Que rabien los biógrafos; no vamos a facilitarles la tarea. Que se haga la idea, cada uno de ellos, de que su "idea de la evolución del héroe" es la correcta: desde ahora ya me divierte el pensamiento de cuán lejos van a estar todos ellos de la verdad.»

Aun cuando no dejamos de estimar en lo que vale el categórico tono de regocijo que revela esta interesante fantasía, nos

atrevemos a confiar, con todo, en que las últimas palabras han de resultar exageradas.

La tarea que supone hacer una biografía de Freud es aterradoramente inmensa. Los datos disponibles son tantos que sólo resulta posible ofrecer una selección de los mismos; esperamos, eso sí, que la selección sea adecuada. Quedará siempre un amplio margen para investigaciones más intensivas acerca de determinadas fases de su desarrollo. La razón que me llevó a aceptar, con todo, la sugestión de emprender esta labor fueron los siguientes hechos —insistentemente invocados al efecto—: la circunstancia de ser yo el único sobreviviente del reducido círculo de colaboradores (el «Comité») que estuvieron en continuo contacto íntimo con Freud, el haber sido íntimo amigo suyo durante cuarenta años y haber desempeñado, además, durante ese período un papel principal dentro de lo que se ha dado en llamar «movimiento psicoanalítico». El hecho de haber pasado por las mismas disciplinas que Freud, antes de llegar al psicoanálisis —filosofía, neurología, trastornos del lenguaje, psicopatología, en el mismo orden que él—, me hizo más fácil seguir su labor de la época preanalítica, así como la transición al período analítico. El hecho de haber sido el único extranjero —y el único no judío, dicho sea de paso— en ese círculo, me ha ofrecido quizá la oportunidad de ser más objetivo que los demás. Con todo lo inmensurablemente grande de mi respeto y mi admiración tanto por la personalidad como por la obra de Freud, mis propias inclinaciones en el sentido del «culto a los héroes» ya habían pasado por cierto proceso de elaboración antes de producirse nuestro encuentro. Por otra parte, la extraordinaria integridad personal de Freud —uno de los rasgos más destacados de su personalidad— impresionaba de tal manera a quienes le rodeaban que apenas puedo imaginarme una profanación mayor del respeto que le debo que la que hubiera significado el pretender ofrecer de él una imagen idealizada, alejada de lo humano. Sus títulos a la grandeza residen en gran parte, en efecto, en la honestidad y el coraje con que luchó para superar sus dificultades internas y sus conflictos emocionales de una manera tal que resultó ser de inestimable valor para los demás.

I

LOS ORÍGENES

(1856-1860)

Sigmund Freud nació a las 6,30 de la tarde del 6 de mayo de 1856, en la calle Schlossergasse n.° 117, en Freiberg, Moravia, y murió el 23 de setiembre de 1939, a las 20, en Marcsfield Gardens, Londres. El nombre de Schlossergasse fue cambiado más adelante, en su honor, por el de Freudova ulice.

En su breve autobiografía (1925) Freud escribió: «Tengo razones para suponer que la familia de mi padre estuvo establecida por largo tiempo en la Renania (en Colonia), que en el siglo XIV o XV emigraron hacia el este huyendo de una persecución antisemita y que en el curso del siglo XIX regresaron de Lituania al Austria alemana, a través de Galitzia». Cuando los nazis pusieron en vigor sus doctrinas raciales, Freud objetó, un poco en broma pero contristado, que los judíos tenían por lo menos tanto derecho a vivir sobre el Rhin como los alemanes, ya que aquellos se establecieron en la región en los tiempos de Roma, cuando aún los últimos se hallaban empeñados en empujar a los celtas hacia el oeste.

En su juventud Freud se interesó por la historia de su familia, pero se ignora al presente qué prueba tuvo para lo que afirmó con respecto a la Renania, ni por qué prefirió señalar a Colonia, salvo el hecho históricamente establecido de que hubo en esa ciudad, en la época romana, una población judía. Su afirmación parece tener, sin embargo, una curiosa confirmación en el hecho de haberse descubierto en 1910, en la cate-

dral de Brixen —actualmente Bressanone—, en el sur del Tirol, un fresco con la firma de «Freud de Colonia». Freud y su hermano fueron a esa localidad para examinarlo, pero no se pudo establecer si ese pintor fue realmente un antepasado de su familia, o siquiera si fue judío.

El bisabuelo de Freud era llamado Reb Efraim Freud y su abuelo Reb Schlomo Freud. Este último falleció el 21 de febrero de 1856, es decir poco antes del nacimiento de Freud. De él recibió éste su nombre judío Schlomo.

Su padre, Jakob Freud, nacido en Tysmenitz, Galitzia, el 18 de diciembre de 1815 y que vivió hasta el 23 de octubre de 1896, fue comerciante, dedicándose especialmente a la venta de lana. Se casó dos veces. De su primer casamiento, realizado cuando contaba diecisiete años, tuvo dos hijos: Emmanuel, nacido en 1832, y Philipp, nacido en 1836. El 29 de julio de 1855, a la edad de cuarenta años, y tres años después del fallecimiento de su primera mujer, Saly Kanner, contrajo nupcias en Viena, con Amalia Nathanshon. La vida de ésta fue más prolongada aún que la de su esposo, desde el 18 de agosto de 1835 al 12 de setiembre de 1930. Con estos aconteceres, un padre que vivió hasta los ochenta y uno y una madre que alcanzó la edad de noventa y cinco, Freud estaba normalmente destinado a una larga vida, y contaba realmente con una vitalidad que le hubiera llevado a sobrepasar considerablemente la edad de ochenta y tres años a que llegó, a no ser por su afección cancerosa. De Jakob Freud se sabe que era algo más alto que su hijo, que tenía un parecido físico con Garibaldi y que tenía un natural amable y era querido por todos en su familia. Freud observaba que él era una copia de su padre en lo físico, y hasta cierto punto también en lo intelectual. Describe también a su padre como una especie de Micawber, como una persona que «siempre confiaba en la esperanza de que algo bueno habría de acontecer». En el momento de contraer segundas nupcias ya era abuelo; su hijo mayor, que vivía cerca de él, tenía más de veinte años, y era padre a su vez de un niño, Hans, al que pronto seguiría una niña, Pauline. El joven Sigmund nació tío, como se ve, una de las muchas paradojas que su inteligencia infantil debió superar.

En cuanto a la madre de Freud, de vívida personalidad, el autor de este libro conserva numerosos recuerdos, tanto de Viena como de Ischl, donde ella acostumbraba pasar todos los veranos, entretenida a veces en jugar a los naipes a una hora en que la mayoría de las señoras mayores descansan ya en su lecho. El alcalde de Ischl la felicitaba el día de su cumpleaños (que coincidía casualmente con el cumpleaños del Emperador), haciéndose presente con un ceremonioso obsequio floral, aun cuando, al cumplir ella los ochenta, él anunció jocosamente que de ahí en adelante esas visitas semi-reales habrían de realizarse solamente cada diez años. A la edad de noventa años rechazó el obsequio de un hermoso chal, alegando que «le haría parecer demasiado anciana». A los noventa y cinco, seis semanas antes de morir, su fotografía apareció en los periódicos: «es una mala copia —comentó—, me hace aparentar un siglo de edad». Resultaba extraño, para un joven visitante, oírla referirse al gran maestro como «mi aúreo Sigi» (*mein goldener Sigi*), y evidentemente existió, en todo y por todo, un estrecho vínculo entre ambos. En sus años de juventud fue esbelta y hermosa, y mantuvo hasta el fin su espíritu alegre y despierto y su aguda inteligencia. Era oriunda de Brody, en la Galitzia nor-oriental, cerca de la frontera con Rusia. Había pasado parte de su niñez en Odesa, donde se habían establecido dos de sus hermanos. Sus padres se habían mudado a Viena siendo ella muy niña aún, y conservaba vívidos recuerdos de la revolución de 1848 en esta ciudad. Conservaba una fotografía que mostraba huecos de disparos hechos durante la revolución. Casada antes de los veinte años, dio a luz a Sigmund, el primogénito, a la edad de veintiuno, y tuvo después cinco hijas y dos hijos más, en el siguiente orden: Julius, que murió a los ocho meses de nacido, Ana, que nació cuando Freud tenía dos años y medio (el 31 de diciembre de 1858), Rosa, Marie (Mitzi), Adolfine (Dolfi), Paula, Alexander, este último exactamente diez años menor que Sigmund. Todos los que llegaron a la edad adulta se casaron, con excepción de Adolfine, que se quedó con la madre. Con el advenimiento de nietos y biznietos, la familia Freud llegó a ser considerable. Freud provenía, pues, de una estirpe prolífica.

De su padre heredó Freud su sentido del humor, su sagaz escepticismo acerca de las inciertas vicisitudes de la vida, su hábito de traer a colación un principio moral apoyándolo en el relato de una anécdota judía, su liberalismo y sus actitudes de librepensador, y quizás también su propersión a dejarse conducir por su mujer. De su madre le venía, según él mismo decía, su «sentimentalismo». Este término, especialmente ambiguo en alemán, debe tomarse probablemente en el sentido de denotar su vivo temperamento, con las apasionadas emociones de que era capaz. En cuanto a su inteligencia, era simplemente suya.

Josef es el único tío a quien menciona por su nombre. Debe mencionarse de paso que este nombre tiene a menudo cierto papel en su vida. Pasó sus años de estudiante (1875-83) en la Josefstrasse de Viena. Josef Paneth («mi amigo José», de la *Interpretación de los sueños*) fue su amigo y colega en el Instituto de Fisiología, en el que le sucedió, y Josef Breuer fue para él, durante años, un personaje importante, el hombre que le guió por el sendero que le condujo al psicoanálisis. Josef Popper-Lynkeus fue el que más próximo estuvo en anticipársele en la teoría sobre los sueños. Y sobre todo el José de la Biblia, famoso intérprete de sueños, fue una figura tras de la cual a menudo se escondía Freud en sus propios sueños.

Nació con abundante cabello, rizado y negro, tanto que su joven madre le puso por mote «mi negrito». Siendo adulto ya, su cabello y sus ojos eran negros, pero no era moreno de tez. Había nacido con la cabeza cubierta por una membrana fetal, hecho éste que se interpretó como seguro augurio de felicidad y fama. Y cuando cierto día una anciana, con quien la joven madre se topó por casualidad en un almacén de pastas, reforzó esta creencia, informándole que había traído al mundo un gran hombre, la orgullosa y feliz mamá creyó firmemente en la predicción. Manto y ropaje de héroe venían tejiéndose, pues, para él, desde la misma cuna. Pero Freud, el escéptico, no habría de apropiárselos fácilmente. He aquí lo que escribió: «Profecías como estas deben ser muy frecuentes. Son muchas las madres felices y esperanzadas, muchas las ancianas campesinas, y otras mujeres ancianas que, luego de ver perdido aquello

que les dio en un tiempo su poder mundano, vuelven sus ojos hacia el futuro. No es probable, por otra parte, que una profetisa haya de sufrir en modo alguno a causa de sus profecías.» El relato de lo ocurrido debe haberse repetido con tanta frecuencia que, a pesar de todo, cuando una nueva profecía vino a reforzar la primitiva —a los once años—, no dejó de sentirse ligeramente impresionado. Esto lo describió más tarde en los siguientes términos:

«Cierta noche, hallándonos en un restaurante en el Ptáter, adonde mis padres solían llevarme cuando yo tenía once o doce años de edad, advertimos la presencia de un hombre que iba de mesa en mesa y por una pequeña paga improvisaba unos versos sobre cualquier tema que se le indicaba. Me mandaron a que lo trajese a nuestra mesa, por lo que el hombre demostró gratitud. Antes de pedir que se le indicara un tema, hizo oír unas rimas que se referían a mí, y dijo que, si podía dar crédito a su inspiración, yo llegaría algún día a ser «ministro». Puedo recordar todavía con nitidez la impresión producida por esta segunda profecía. Era la época del «ministro Burgués». Mi padre había traído a casa, hacía poco, los retratos de los graduados universitarios burgueses Herbst, Giskra, Unger, Berger y otros, en homenaje a quienes iluminamos nuestra casa. Había entre ellos incluso judíos, de modo tal que todo escolar judío aprovechado llevaba en su mochilla una cartera ministerial. Es posible que sea a causa de la impresión que me quedó de esa época el hecho de que, hasta poco antes de ingresar a la Universidad, yo haya querido estudiar jurisprudencia y sólo haya cambiado de parecer a último momento.»

En un sueño que describió años más tarde aparece como ministro de gabinete, en una época en que esta particular ambición debió haber desaparecido ya de sus pensamientos en la vigilia. En su vida de adulto su interés por la política y por las formas de gobierno no fue mayor que el del común de la gente.

A medida que el niño crecía, otro hecho, exteriorización también del orgullo y el amor que la madre sentía por su primogénito.

Como más tarde escribiría Freud: «Cuando un hombre ha sido el favorito indiscutido de su madre, logra conservar du-

rante toda la vida un sentimiento de vencedor, esa confianza en el éxito que a menudo conduce realmente al éxito». Pocas veces se vio afectada esa confianza en sí mismo, una de las características sobresalientes de Freud, y este tuvo razón en señalarle como origen aquella seguridad respecto al amor de su madre. Vale la pena mencionar aquí que, como cabía suponer, fue alimentado al pecho de su madre.

En la casa había también una nodriza, vieja y fea, con esa mezcla profesional de cariño hacia los niños y severidad para todo lo que en ellos fuera una transgresión. Se desempeñaba con capacidad y eficiencia. En sus obras, Freud se refiere a menudo a la que denomina «esa vieja prehistórica». Él le profesaba cariño, y solía darle todas sus monedas, y se refiere a este último como a un recuerdo encubridor. Es posible que esto estuviera relacionado con el hecho de habérsela despedido, más tarde, por robo, cuando él contaba dos años y medio de edad[1]. Ella era checa, y ambos conversaban en checo, si bien Freud olvidó más tarde este idioma. Y lo que era más importante, era católica, y solía llevar con ella al niño para asistir a los servicios religiosos. Implantó en su ánimo las ideas de cielo e infierno y probablemente las de salvación y resurrección. De regreso de la iglesia, el niño solía ponerse a predicar y a explicar cómo se las arregla el buen Dios. Sólo unos pocos recuerdos conscientes conservaba Freud de sus tres primeros años, cosa que ciertamente puede afirmarse también de sus primeros seis o siete años. Pero en su autoanálisis desenterró indudablemente muchos otros de importancia, que había olvidado. Logró esto —según afirma— a la edad de cuarenta y dos años. Entre las cosas olvidadas figura cierto conocimiento que tenía del checo. Entre las recordadas (conscientemente) figuran unas pocas, insignificantes en sí mismas, que sólo tienen el interés que les confiere el ser los únicos recuerdos salvados de la amnesia. Uno de ellos se refiere a haber penetrado en el dormitorio de los padres, impulsado por la curiosidad (sexual), y haber sido expulsado de allí por la protesta indignada del padre.

1. Recuerdo de poca importancia, de que se echa mano en lugar de otro que es importante, y al que está asociado.

A la edad de dos años aún mojaba la cama, y era el padre, no su indulgente madre, quien le regañaba. Recordaba haber dicho en una de esas oportunidades: «No te preocupes, papá. Voy a comprarte una hermosa cama roja, nueva, en Neutitschein» (ciudad principal del distrito). De hechos como éste fue de donde surgió su convicción de que es el padre quien representa para el hijo, típicamente, los principios de denegación, coacción, restricción y autoridad. El padre ocupa el lugar del «principio de realidad», la madre el del «principio de placer». No hay motivo para suponer, sin embargo, que su padre fuera más riguroso de lo que es habitualmente todo padre. Hay pruebas más bien de lo contrario: que fue amable, cariñoso y tolerante, si bien justo y objetivo. Claro está que si, por otra parte, veía en su padre, como otros niños lo hacen a esa edad, como «al más poderoso, más sabio y más rico de los hombres», pronto habría de verse desilusionado de una manera particularmente dolorosa.

Un incidente que no podía recordar era el de haberse caído de un taburete, a la edad de dos años, y haber recibido un fuerte golpe en la mandíbula al chocar con el borde de la mesa que estaba explorando en busca de una golosina. Se hizo una herida de cierta importancia, que requirió puntadas y que sangró profusamente. Le quedó una cicatriz para toda la vida.

Otro hecho, más importante que éste, y registrado un poco antes, fue la muerte de su hermanito, cuando Freud tenía diecinueve meses y el pequeño (Julius) ocho. Antes del nacimiento de éste, el pequeño Sigmund no había tenido que compartir con nadie el afecto y la leche de la madre, pero luego hubo de experimentar hasta qué punto pueden ser poderosos los celos infantiles. En una carta dirigida a Fliess (1897), admite los malos sentimientos que abrigaba contra el rival y agrega que la realización de los mismos con la muerte del pequeño había hecho surgir en él autorreproches, y que una tendencia hacia los mismos le había quedado desde entonces [2]. En la misma carta

2. Resulta asombroso, a la luz de esta confesión, que Freud haya podido escribir, veinte años más tarde, que era casi imposible que un niño sintiera celos de otro más pequeño si cuenta solamente quince meses de edad al nacer el segundo.

relata como fue estimulada su líbido dirigida hacia la madre, entre los dos años y dos y medio, en ocasión de haberla contemplado desnuda. Vemos así que el pequeño Freud sintió bien temprano el impacto de los grandes problemas del nacimiento, el amor y la muerte.

Todo hace pensar que, después de sus padres, la persona más importante para Freud, en su primera infancia, fue su sobrino Hans, un niño que sólo contaba un año de edad más que él. Eran compañeros inseparables, y existen indicios de que sus juegos no siempre fueron del todo inocentes. Como era de esperar, alternaban entre ellos el cariño y la hostilidad, pero no cabe duda de que los sentimientos en este caso profesados, por lo menos en lo que a Sigmund se refiere, eran de una intensidad mucho mayor que la habitual. Más tarde escribió éste, al referirse a sus héroes de la infancia, Aníbal y el mariscal Massena: «Es posible que el origen de este ideal bélico deba buscarse más lejos aún, en los primeros tres años de mi infancia, en los deseos que, en mis relaciones con un niño que tenía un año más que yo, relaciones alternativamente amistosas y hostiles, tienen que haber surgido en el más débil de los dos». Hans era, naturalmente, el más fuerte, pero el pequeño Sigmund supo comportarse en la ocasión y no se quedó atrás en nada. No hay duda de que se hallaba dotado de una considerable dosis de belicosidad, si bien más tarde, con la madurez, ésta se vio mitigada. Era dable conocerle bastante de cerca sin sospechar todo el fuego que ardía, o había ardido, tras de su mesurado aspecto.

Cuando Freud se puso a la tarea de pasar revista a su infancia, señaló repetidas veces como su ambivalencia frente a Hans condicionó el desarrollo de su carácter. «Hasta que cumplí cuatro años habíamos sido inseparables. Nos habíamos querido y nos habíamos peleado, y esta relación infantil, como ya lo he dado a entender, determinó todos mis sentimientos ulteriores, en la relación con personas de mi misma edad. Mi sobrino Hans volvió a encarnarse repetidas veces, para mí, después de aquellos años, haciendo revivir, un día un aspecto, otro día otro, de un carácter que se halla indeleblemente grabado en mi memoria inconsciente. Debió haberme tratado algunas

veces muy mal, y yo debo haber enfrentado a mi tirano en forma valerosa...» Y más adelante: «Un amigo íntimo y un odiado enemigo fueron siempre indispensables a mi vida emocional. Siempre me he mostrado capaz de crearlos en cada caso, y con no escasa frecuencia mi ideal infantil estuvo tan cerca de realizarse que amigo y enemigo coincidían en una misma persona, aunque no simultáneamente, desde luego, como fue el caso en mi primera infancia».

Pronto se dio cuenta de que este compañero, casi de la misma edad que él, era para él, un sobrino, hijo de su hermano Emmanuel, y que como tal llamaba abuelo a papá Jakob. Habría sido seguramente más natural que el niño mayor y más fuerte fuera el tío y no él. No hay duda de que Freud nació intelectualmente bien dotado, pero la complejidad de las relaciones en la familia debe haber representado un poderoso incentivo para su naciente inteligencia, para su curiosidad y su interés. Desde muy temprano se vio precisado a resolver desconcertantes problemas, y problemas que desde el punto de vista emocional eran de la mayor importancia para él. Vale la pena, por eso, insistir en este aspecto de la complejidad, y tratar de imaginarse lo que ello pudo significar para su mente en desarrollo.

Cuando más adelante (probablemente cuando contaba diecinueve años) su medio hermano Emmanuel le hizo el comentario de que la familia comprendía en realidad tres generaciones —que Jakob, en efecto, debería haber sido abuelo de Sigmund— la observación le pareció iluminadora. Evidentemente ella coincidía con lo que él mismo sintió desde temprano. El problema de las relaciones familiares llegó a un punto decisivo con el nacimiento de su primera hermana, Ana, cuando él tenía exactamente dos años y medio de edad. ¿Cómo y por qué había aparecido esta usurpadora, con la que tendría que compartir nuevamente el cálido amor de su madre, que antes fue para él solo? Los cambios operados en la figura de la madre aclaraban, a los ojos de este niño observador, la procedencia de la criatura, pero no explicaban cómo había ocurrido todo aquello. Y en ese preciso momento, mientras la madre se hallaba en la cama con la recién nacida, desapareció la niñera.

Como lo supo más tarde, se la había sorprendido robando su dinero y sus juguetes, y Philipp[3] había insistido en que se la detuviera. Fue condenada a diez meses de cárcel. Como tenía motivos para sospechar que Philipp tuviera algo que ver con esta desaparición, Freud le preguntó qué se había hecho de la mujer, recibiendo de él esta contestación jocosa y ambigua: *Sie ist eingekastelt*. Para un adulto esto significaría «ha sido puesta en prisión», pero para su mente infantil aquella expresión tomó un significado más literal: «Ha sido metida en un armario». Esto se relaciona con un fascinante análisis que él mismo hizo cuarenta años más tarde, de un recuerdo aparentemente incomprensible de su infancia. Se veía parado ante un cajón que su medio hermano mantenía abierto, y preguntando a éste, con lágrimas en los ojos. A continuación de esto, y aparentemente proveniente de la calle, entra en la habitación su madre, notablemente delgada (es decir, no embarazada). Al principio creyó que se trataba le alguna mala broma de su hermano, interrumpida por la llegada de su madre. Al ser psicoanalizado el recuerdo, el episodio cobró un aspecto completamente diferente. Freud echaba de menos a su madre, que seguramente habría salido a dar un paseo, y se había dirigido al perverso hermano que había puesto a su niñera en un cajón, suplicándole que no hiciera seguir a la madre igual suerte. El hermano abrió gentilmente el cajón para cerciorarle de que no estaba la madre en el interior del mismo, a continuación de lo cual el pequeño se echó a llorar. El análisis ulterior demostró que el cajón era un símbolo de vientre materno, y que la ansiosa requisitoria al hermano no se refería solamente a la momentánea ausencia de la madre, sino también al problema, más inquietante, de si otro inoportuno hermanito había sido colocado en ese importante lugar. Philipp era el que tenía que ver con eso de colocar gente en «cajones», y el pequeño se había forjado la fantasía de que su medio hermano y su madre, que eran de la misma edad,

3. No deja de llamar la atención la coincidencia (?) de que el niño a quien Freud debió sus primeros conocimientos de índole sexual en el período de Freiberg se llamara también Philipp (G.W., II-III, 598), Obr. Cpl., t. VII, 286. Parece harto extraño que recordara este nombre, y se tomara también el trabajo de registrarlo, pero fue gracias a su hermano Philipp que llegó a saber algo del tema del embarazo.

habían colaborado en hacer aparecer a la usurpadora Ana.

La experiencia a que acabamos de referirnos debe haber tenido un efecto duradero, ya que Freud nunca demostró simpatía a dicha hermana. Pero evidentemente se resignó a los hechos de esta índole, y el episodio siguiente despertó el lado cariñoso de su naturaleza; Rosa, fue, en efecto, su hermana favorita, y en segundo término, con buenos títulos, lo fue Adolfine (Dolfi).

Si contemplamos las cosas a través del lente de la infancia, no parecerá extraño que papá Jakob y la niñera ocuparan el mismo plano, como personas de autoridad y capaces de prohibir. Inmediatamente después venían Emmanuel y su mujer, y luego quedaban Philipp y Amalia, los dos de una misma edad. Todo esto resultaba muy correcto y muy lógico, pero ahí estaba el hecho desazonante de ser Jakob, y no Philipp, quien dormía en la misma cama con Amalia. Todo esto resultaba muy intrigante.

Este orden de colocación de las figuras familiares, por parejas, cosa que de por sí nos pareció natural, tendría como motivación una ventaja psicológica más profunda, por el hecho de que, colocando al padre en una perspectiva más lejana dentro de la constelación familiar, se le podía liberar de la rivalidad con respecto a la madre, por lo que se refiere a traer nuevos niños intrusos. Tenemos todos los motivos para suponer que la actitud consciente de Freud con respecto a su padre, pese a lo que éste representaba como autoridad y frustación, fue invariablemente de cariño, admiración y respeto. Todo componente hostil era íntegramente desplazado a las figuras de Philipp y Hans. Por eso representó para él una verdadera sacudida el descubrir, cuarenta años más tarde, su propio complejo de Edipo y tener que admitir que su inconsciente había adoptado, con respecto a su padre, una actitud muy diferente de la actitud consciente. No fue pura casualidad que llegara a tal convicción cuando apenas había transcurrido un año o dos de la muerte de su padre.

Al tratar de rastrear, de la manera más eficaz posible, los orígenes de los descubrimientos originales de Freud, podemos considerar, por lo tanto, con legítimo fundamento, que el más

grande de estos descubrimientos —la universalidad del complejo de Edipo— se vio poderosamente facilitado por su propia desusada constelación familiar, por el espolonazo que ésta significó para su curiosidad y por la oportunidad que representó para su completa represión.

En sus escritos, Freud no hizo nunca alusión a la mujer de Emmanuel. Su sobrina Pauline, en cambio, tuvo para él cierta significación emocional. En el recuerdo encubridor puesto al descubierto por el doctor Bernfeld se pone de manifiesto cierta atracción amorosa hacia ella, y detrás de esto una fantasía de violación perpetrada en su persona entre él y Hans. Freud mismo relató la forma cruel en que solían tratarla él y su sobrino, y se puede suponer que esta conducta incluía un componente erótico, manifiesto o no. Este último rasgo constituye el primer signo de que la constitución sexual de Freud no era exclusivamente masculina. Corretear entre dos significa, después de todo, compartir la propia gratificación con otra persona del mismo sexo.

Freiberg es una pequeña y tranquila ciudad en el sudeste de Moravia, cerca de los límites de Silesia y a ciento cincuenta millas al nordeste de Viena.

La ciudad era dominada por el campanario de la iglesia de Santa María, de doscientos pies de altura, que pretendía ocupar el primer lugar en la provincia por el repique de sus campanas. La población, que en la época en que nació Freud era de cinco mil habitantes, era católica apostólica y romana en su casi totalidad, no pasando del dos por ciento los protestantes, y otro tanto los judíos. Un niño tenía que darse cuenta, bien pronto, que su familia no formaba parte de la mayoría y no asistía a la iglesia de modo que las armonías de ese repique no significaban amor fraternal sino hostilidad, para el pequeño círculo de los no creyentes.

Para el hombre sobre quién recaía la responsabilidad de esta pequeña familia, los tiempos que corrían eran más que angustiosos. Jakob era un comerciante en lanas, y en los últimos veinte años la fabricación de tejidos, fuente principal de ingresos de la ciudad, había decaído mucho. Tal como sucedía en toda Europa Central, la introducción de maquinarias compor-

taba una creciente amenaza para el trabajo manual. La nueva línea férrea de Viena, el Ferrocarril del Norte inaugurado después de 1840, había soslayado Freiberg, dislocando su comercio y produciendo una considerable desocupación. La inflación que siguió a la Restauración de 1851 acentuó aún más la pobreza en la ciudad, que en 1859, el año de la guerra italo-austríaca, se encontraba económicamente arruinada.

Los negocios de Jakob se vieron directamente afectados. Pero a la angustia consiguiente se unieron otros presagios, aún más siniestros. Una de las consecuencias de la revolución de 1848-9 había sido la de convertir el nacionalismo checo en un factor poderoso dentro de la política austríaca, y estimular con ello el odio de los checos contra la población austroalemana, la clase dirigente de Bohemia y Moravia. Bien pronto esto se volvió contra los judíos, que eran alemanes por su idioma y educación, y de hecho, en Praga, la revolución comenzó con motines de los checos contra los fabricantes textiles judíos. El infortunio económico se alió al nacionalismo naciente para volverse una vez más contra el chivo emisario tradicional, los judíos. Incluso en la pequeña Freiberg, los fabricantes de ropa, todos ellos checos sin ninguna excepción, comenzaron, en su descontento, a considerar a los comerciantes textiles judíos como responsables de su difícil situación. No parecen haberse registrado verdaderos actos de violencia contra ellos o contra sus bienes, pero de todos modos no es posible sentirse seguro en una comunidad pequeña y mal dispuesta.

Y aun suponiendo que todo esto no fuera así, hay que tener en cuenta que los medios educacionales con que se podía contar en una pequeña ciudad remota y en decadencia no eran muy promisores para el cumplimiento de aquella profecía de la campesina acerca del futuro de grandeza del pequeño Sigmund. Jakob tenía todos los motivos para pensar que Freiberg no encerraba ningún futuro favorable para él y los suyos. Y es así como en octubre de 1859, cuando Sigmund contaba tres años de edad, hubo de reiniciarse el viejo éxodo de la familia —Palestina, Roma, Colonia, Lituania, Galitzia, Moravia— tal como habría de reiniciarlo él mismo, una vez más, unos ochenta años más tarde.

En el viaje hacia Leipzig, donde la familia se aposentó un año, antes de ir a Viena, pasaron por Breslau, donde Freud, por primera vez tuvo ocasión de ver alumbrado a gas, que le hizo pensar... ¡en almas de difuntos ardiendo en el infierno! Ese viaje señala también el origen de una «fobia» a los viajes en tren, que le hizo padecer bastante durante cerca de doce años (1887-99) hasta que fue capaz de resolverla mediante el análisis. Resultó que estaba ligada al miedo de abandonar su casa (y en última instancia el pecho de la madre), un temor pánico de morir de hambre, que a su vez debe haber sido una reacción a cierta voracidad infantil. Algunos vestigios de aquélla perduraron más adelante, bajo la forma de una leve angustia (injustificada) acerca de perder el tren.

En el viaje de Leipzig a Viena, un año más tarde, Freud tuvo ocasión de ver desnuda a su madre: un temible acontecimiento que relató cuarenta años más tarde a Fliess... ¡pero en latín! Cosa curiosa, la edad que señala en su carta es entre dos años y dos y medio, siendo que en realidad tenía cuatro años cuando realizaba ese viaje. Se debe sospechar la superposición de dos recuerdos diferentes a una tal situación.

Emmanuel, con su mujer, sus dos chicos, y su hermano Philipp, se fue a Manchester, donde su conocimiento de la industria del vestido le valió bastante y le procuró cierto éxito. Su medio hermano nunca dejó de envidiarle esta migración, e Inglaterra siguió siendo, durante toda su vida, el país de sus preferencias. Satisface pensar que sus últimos días los pasó en ese país, confortado por la cálida recepción y las comodidades que allí le esperaban.

Freud nos ha enseñado que las bases esenciales del carácter quedan asentadas a la edad de tres años, y que los acontecimientos ulteriores sólo pueden modificar, pero no cambiar, los rasgos establecidos en esa época. A esa edad es cuando él fue sacado, o bien, meditando bien las circunstancias del caso, podría decirse arrancado del feliz hogar de su primera infancia, y nos vemos precisados a examinar detalladamente lo poco que se conoce de este período, para aquilatar debidamente su influencia sobre el desarrollo ulterior de su vida.

Estaría fuera de lugar aquí el entregarse a especulaciones.

Podemos afirmar que era aparentemente un niño sano y normal, y sólo podemos anotar brevemente las pocas peculiaridades que distinguen su infancia del común de los niños. Son pocas pero importantes.

Era el mayor de los hijos, al menos en cuanto a la madre, y por ello el centro de lo que puede llamarse la familia interna. Este hecho ya es interesante de por sí, dado que el primogénito es siempre diferente, para bien o para mal, de los otros hijos. Esta situación puede conferir al niño un sentimiento especial de importancia y responsabilidad, así como puede crearle un sentimiento de inferioridad por el hecho de ser —mientras no llega otro niño— el miembro más débil de su pequeña comunidad. No cabe duda de que en el caso de Freud sucedió lo primero. El sentimiento de responsabilidad con respecto a todos sus parientes y amigos llegó a convertirse en un rasgo primordial de su carácter. Este giro favorable se debió en parte, evidentemente, al cariño, digamos la adoración, que le profesó su madre. La solidez de su autoconfianza fue tal que sólo en raras ocasiones se vio conmovida.

Esta situación ventajosa, por otra parte, no podía considerarse tampoco como una cosa indiscutida. Su privilegio se vio amenazado, y tuvo que hacer frente a la amenaza. Si bien él era el único hijo, había que contar con Hans, a quien le correspondía, por derecho, el segundo lugar, pero que, paradójicamente, era mayor y más fuerte que Sigmund. Este debió hacer acopio de todo su vigor para luchar con el rival y mantener a salvo su situación de primacía.

Problemas más sombríos aún surgieron el día que vislumbró que cierto hombre tenía con su madre relaciones aún más íntimas que las de él. Antes de cumplir dos años, y por segunda vez, había ya otro bebé en camino, y pronto ello se hizo evidente. Era inevitable que surgieran tanto los celos contra el intruso como el odio hacia la persona quienquiera que fuera, que había inducido a la madre a tan desleal proceder. Haciendo caso omiso de lo que sabía en cuanto a la distribución de las camas y de las personas que en ellas dormían, rechazaba la idea insoportable de que la nefasta persona en cuestión pudiera ser su amado y perfecto padre. Para salvar su amor al padre lo sus-

tituyó en esto por su medio hermano Philipp, contra quien subsistía, además, la inquina por haberle privado de su niñera. De este modo, las cosas parecían más verosímiles, y eran seguramente menos desagradables.

La solución que halló era de carácter efectivo, no intelectual, pero desde el comienzo de su vida hasta sus últimos días, Freud no era hombre de conformarse con soluciones solamente efectivas. Sentía una verdadera pasión por *comprender*. Esta necesidad de comprender se vio estimulada desde el comienzo, en tal forma que hacía imposible la evasiva. Su inteligencia se encontró con una tarea ante la que no retrocedió en ningún momento hasta que, cuarenta años más tarde, encontró una solución que a la vez había de inmortalizar su nombre.

II

NIÑEZ Y ADOLESCENCIA

(1860-1873)

De este período de la vida de Freud conocemos menos que de su primera infancia. El mismo no tuvo, para investigar lo que se refiere a esta época, o para escribir acerca de ella, los mismos motivos que tuvo para estudiar su evolución más temprana, cuando se dispuso a hacer esto, a la edad de cuarenta y un años. Lo poco que sabemos proviene de su madre o de su hermana, así como de algunas observaciones que ocasionalmente hiciera él mismo en sus años posteriores. La imagen que nos formamos gracias a estas impresiones es la de un niño «bueno», no díscolo, muy dado a leer y estudiar. Favorito de su madre como fue, era dueño de una confianza en sí mismo que le decía que habría de realizar alguna cosa valiosa en su vida, y tenía la ambición de hacerlo, si bien la dirección en que esto habría de realizarse se mantuvo sin decidir por mucho tiempo.

Los primeros años en Viena fueron evidentemente muy poco agradables. Freud decía más tarde que recordaba muy poco de sus primeros años, entre los tres y los siete: «Fueron tiempos difíciles y que no valía la pena recordar».

Los recuerdos ininterrumpidos comienzan a la edad de siete años. No pasan de cinco los episodios de que tenemos noticias entre los tres y los siete años. El primero, que nos relata su madre, se refiere a haber manchado con las manos sucias una silla, por lo que la consoló luego con la promesa de que llega-

ría a ser un hombre grande y le compraría entonces otra, un ejemplo más de lo que hoy se denomina tendencia a reparar, y afín a la promesa anteriormente hecha a su padre de comprarle una cama roja. Ello indica que el amor era en él más poderoso que la agresividad. El episodio siguiente, más interesante, fue relatado por él mismo. Era casi su único recuerdo de esa época. Cuando tenía cinco años, su padre les entregó a él y a su hermanita un libro (un relato de un viaje a través de Persia), con la perniciosa sugestión de que se entretuvieran arrancándole las láminas de color, cosa que por cierto no delataba a un padre severo. Es una extraña forma de educación, pero tuvo su efecto. Freud atribuyó a esto, más tarde, la primera pasión de su vida —la de reunir y poseer libros— pero también llama a este episodio un «recuerdo encubridor» de algo más primitivo. Otro recuerdo se refería a su madre, en actitud de asegurarle, a la edad de seis años, que hemos sido hechos de tierra y que por lo tanto debemos volver a la tierra. Cuando él expuso sus dudas acerca de esta desagradable afirmación, ella frotó sus manos y le mostró los oscuros fragmentos de epidermis que aparecieron como una muestra de la tierra de que estábamos hechos. Su asombro no tuvo límites, y por primera vez captó en cierto modo la sensación de lo inevitable. Como lo expresó más tarde: «Lentamente fui admitiendo la idea de que más adelante habría de ver expresada en estas palabras: debes a la Naturaleza una muerte».

Otro episodio se refiere al recuerdo consciente de haberse orinado (deliberadamente) en el dormitorio de sus padres, a la edad de siete u ocho años, lo que le valió esta insólita expresión del padre al reprenderle: «Este niño nunca llegará a nada». Este juicio era bien ajeno al orgullo que habitualmente sentía Jakob por su hijo. Acerca de ello escribió Freud: «Esto debe haber representado una afrenta terrible para mi ambición, ya que mis sueños registran, una y otra vez, alusiones a esta escena, seguidas siempre de la enumeración de las cosas por mí realizadas y los éxitos alcanzados, como si quisiera decir: "después de todo, ya ves que he llegado a ser algo".»

Su primer domicilio en Viena fue en la Weissgärberstrasse, una callejuela en el distrito (de amplia población judía) deno-

minado Leopoldstadt, cerca de los terrenos y bosques contiguos al Práter. El rápido crecimiento de la familia les obligó a trasladarse a un piso más amplio, en la Kaiser Josefstrasse, donde vivieron de 1875 a 1885. Estaba compuesto de un living-room, un comedor, tres dormitorios y un «gabinete». Dice la hermana: «Teníamos numerosas habitaciones y gozábamos de una situación bastante próspera». Pero la casa, en verdad, no nos parece excesivamente grande para ocho personas. Sabemos, además, que a menudo el padre recibía ayuda económica de la familia de su mujer, de modo que la palabra «próspera» no pasaba de ser un eufemismo. No había cuarto de baño, pero cada quince días dos robustos porteadores traían a la casa una amplia tina y varios recipientes con agua caliente y fría, y lo dejaban todo en la cocina, para venir a retirarlo al día siguiente. Sin embargo, cuando los hijos llegaban a una edad adecuada, la madre los llevaba a uno de los numerosos baños públicos. El «gabinete», una habitación larga y estrecha, separada del resto de la casa y con una ventana que miraba a la calle, le fue adjudicado a Sigmund. Había allí una cama, sillas, un estante y un escritorio. Allí vivió y trabajó hasta que llegó a ser interno en el hospital. El único cambio que pudo notarse en la habitación a lo largo de sus años de Colegio y de Universidad fue la aparición sucesiva de nuevos armarios atestados de libros. En los años de su primera juventud solía incluso cenar en su habitación, para no sustraer ningún tiempo de sus estudios. Tenía una lámpara de keroseno para él solo, mientras que en los otros dormitorios sólo había bujías.

Podrá servir para ilustrar la estimación que a él y a sus estudios se asignaba en la familia, una triste historia que relata su hermana. Cuando ésta contaba ocho años, la madre, que tenía gran afición musical, le hacía practicar el piano, pero aún cuando el instrumento se hallaba bastante lejos del «gabinete», el sonido perturbaba tanto al joven estudiante, que éste insistió en que lo retiraran. Y así se hizo. De este modo ningún miembro de la familia recibió educación musical alguna, como tampoco la recibieron luego los hijos de Freud. La aversión que éste sentía a la música constituía una de sus características más conocidas.

Después de las primeras lecciones recibidas de su madre, su padre se hizo cargo de su instrucción antes de mandarlo a una escuela privada. Aún cuando era un autodidacta, el padre de Freud era evidentemente un hombre de valer, por encima del común de la gente, por su inteligencia y por su aspecto. Si se debe dar crédito al relato, el excelente progreso que se registró en esta etapa de su aprendizaje sería una prueba de la satisfactoria relación con el padre. El mismo contaba que desde la edad de doce años solía acompañar a su padre en paseos que realizaba por los alrededores de Viena. No existía, en esa época, el interés por el deporte y el atletismo que más tarde se generalizó en Europa Central, e indudablemente el ejercicio a que se entregó principalmente fue el pedestrismo, especialmente en las montañas; más tarde hizo la observación de que el salir a pasear sólo había constituido su principal placer en sus años de estudiante. También le gustaba —según afirmaba— el patinaje, pero este arte se reducía, en esa época, a algo muy primitivo. Era un buen nadador y no perdía nunca una oportunidad de bañarse en un lago o en el mar. Contaba que sólo una vez subió a un caballo y que no se sintió cómodo en esta situación. Pero era indudablemente un caminador excelente. A la edad de sesenta y cinco años participó en una caminata por las montañas del Harz, con una docena de colegas un cuarto de siglo más jóvenes que él, y a todos nos aventajó, tanto en velocidad como en resistencia.

La única disidencia entre padre e hijo parece haberse producido cuando, teniendo Freud diecisiete años, se dejó llevar hasta tal punto por su afición a comprar libros, que no pudo pagarlos. Su padre no pertenecía al tipo de padre severo, tan común en esa época, y acostumbraba a consultar a sus hijos sobre diversas decisiones que debía tomar. Este cambio de ideas tenía lugar en lo que llamaban el «Consejo de familia». Un ejemplo de esto era la elección del nombre para un chico recién nacido. El nombre de Alejandro fue aceptado a propuesta de Sigmund, quien se inspiró para elegirle en Alejandro el Grande, por su generosidad y su heroísmo. En apoyo de su preferencia recitó toda la historia de los triunfos del gran macedonio.

Pero el padre era, de todos modos, un patriarca judío, y

exigía el respeto consiguiente. Moritz Rosenthal, el pianista, cuenta que una vez estaba discutiendo con su padre en la calle cuando se encontraron ambos con Freud, quien le dijo riendo, a guisa de reproche: «¿Cómo? ¿Estás contradiciendo a tu padre? En un dedo del pie de mi hijo Sigmund hay más inteligencia que en mi cabeza, y sin embargo él no se atrevería a contradecirme».

En cuanto a la formación religiosa de Freud, poco es lo que se sabe, desde luego, la niñera católica, y quizá su influencia atemorizante pesó en el desagrado que posteriormente sentía por las creencias y ceremonias del culto cristiano. Su padre debió haber sido educado como judío ortodoxo, y Freud mismo era hombre versado en todas las costumbres y fiestas judías. Sus hijos me aseguraron que el abuelo había llegado a ser un completo librepensador, pero existen ciertas pruebas de lo contrario. Era indudablemente un hombre liberal, de convicciones progresistas, y no es probable que haya seguido fiel a las prácticas ortodoxas luego de emigrar a Viena. Por otra parte, Ernst Freud posee una Biblia que su abuelo obsequió a su padre (Freud) al cumplir éste treinta y cinco años, cuando Jakob tenía setenta y cinco. La dedicatoria escrita en hebreo, dice así:

Mi querido hijo:

Fue después de cumplir tus seis años de edad que el espíritu de Dios comenzó a inclinarte al estudio. Yo diría que el espíritu de Dios te habló así: «Lee Mi Libro; en él verás abrirse para ti fuentes de conocimiento y de inteligencia.» Es el Libro de los Libros; es el pozo que han labrado los hombres sabios y de donde aquellos que han establecido las leyes han tomado el agua de sus conocimientos.

Has tenido en el libro la visión del Todopoderoso, con buena voluntad has escuchado, has obrado y has tratado de volar alto sobre las alas del Espíritu Santo. Desde entonces he conservado la misma Biblia. Ahora, en el día en que cumples treinta y cinco años lo he sacado de su escondite para enviártelo en señal de cariño de tu anciano padre.

Cuando Freud habla de haber sido grandemente influido por la temprana lectura de la Biblia, sólo pudo haberlo dicho en el sentido ético, además de su interés histórico. Creció desprovisto de toda creencia en Dios o en la inmortalidad, y no pare-

ce haber sentido tal necesidad. Las necesidades emocionales que habitualmente hacen su aparición en la adolescencia hallaron su expresión, primeramente en meditaciones filosóficas, harto vagas, y poco después en su seria adhesión a los principios de la ciencia. A la edad de nueve años, es decir, un año antes de lo habitual, aprobó el examen que le permitió ingresar a un instituto de enseñanza secundaria (Sperl Gymnasium). Su carrera en el mismo fue brillante. Sobre un total de ocho años, conservó el primer puesto durante seis. Gozó allí de un puesto de privilegio, y raras veces se le interrogaba en clase.

Cuando a la edad de diecisiete años, terminó los cursos con una distinción honorífica, su padre le recompensó con la promesa de un viaje a Inglaterra, que fue cumplida dos años después.

Freud retribuyó la instrucción recibida del padre ayudando a su vez a sus hermanas en sus estudios. Ejerció incluso cierta censura sobre sus lecturas, descartando aquellas que creía inadecuadas para su edad. Así, por ejemplo, cuando su hermana Ana tenía quince años, dictaminó desfavorablemente con respecto a la lectura de Balzac y de Dumas. En todo y por todo, era el hermano mayor. En una carta de julio de 1876, dirigida a su hermana Rosa, cuatro años menor que él, y que se hallaba con la madre en Roznau, la ponía en guardia contra la posibilidad de que se dejara marear por un leve éxito social. Había mostrado sus habilidades musicales ejecutando un programa en cítara, instrumento éste con el que no estaba muy familiarizada. La carta está llena de sabiduría mundana acerca de cómo la gente se muestra inescrupulosa en lo que se refiere a elogiar excesivamente a las niñas, en detrimento de su futuro carácter.

No cabe duda de que el joven Sigmund vivía absorbido por sus estudios y era un gran trabajador. La lectura y el estudio parecen haber llenado la mayor parte de su vida. Incluso los amigos que le visitaban, tanto en sus años de colegio como más tarde, se encerraban inmediatamente con él, en su «gabinete», para entregarse a sus serias discusiones, para disgusto y descontento de las hermanas de Freud, que veían comportarse a los jóvenes con absoluta prescindencia de ellas. Un rasgo notable en él era su preferencia por las monografías amplias sobre cada

tema, en lugar de los relatos condensados habituales de los textos de estudio, preferencia que imperó también en años posteriores, como se vio por sus lecturas de temas arqueológicos. Leía abundantemente al margen de sus estudios propiamente dichos, si bien afirma haber leído la primera novela a los trece años. Esto se refiere probablemente a novelas modernas; ya había leído los clásicos alemanes.

Tenía una notable aptitud para los idiomas. El hecho de llegar a ser posteriormente un reconocido maestro de la lengua alemana es sólo un aspecto de ese talento. Además de su completa familiaridad con el latín y el griego, tuvo un conocimiento cabal del francés y el inglés. Aparte de esto aprendió por su cuenta el italiano y el español. Se le había enseñado naturalmente el hebreo. Tenía una preferencia especial por el inglés —particularmente Shakespeare—, y cierta vez me dijo que durante diez años no había leído más que libros en ese idioma. Su primera lectura de Shakespeare fue a los ocho años. Lo leía y lo releía siempre, y siempre estaba en condiciones de traer a colación una cita oportuna de sus obras. Admiraba su portentoso poder de expresión, y más aún, su amplio conocimiento de la naturaleza humana. Recuerdo, no obstante, ciertas ideas caprichosas que tenía sobre su personalidad. Su semblante —insistía Freud— no podía ser el de un anglo-sajón, sino de un francés, y sugería que su nombre era una corrupción de Jacques Pierre. Quería que yo hiciera un estudio de las interpretaciones de los «baconianos», y las confrontara con las interpretaciones psicoanalíticas. No es que él fuera «baconiano», como lo era su maestro Meynert, sino que creía que valía la pena refutar esa idea, con esta sabia observación: «En ese caso Bacon habría poseído el cerebro más poderoso que haya habido jamás sobre la tierra, y a mí me parece que sería más necesario repartir entre varios rivales el mérito de Shakespeare, antes que cargar con ese peso a otro hombre insigne». Pero más adelante se sintió muy atraído por la idea de que el verdadero autor de las obras de teatro fuera el conde de Oxford, y le disgustaba bastante el hecho de que yo no compartiese su opinión.

Se podía esperar, de un biógrafo no judío, la afirmación de que Freud poseía pocas características francamente judías, de las

que podría citarse, tal vez, como la más destacada, la afición a relatar anécdotas y chistes judíos. Pero él se sentía judío hasta lo más hondo de su ser, y ello, evidentemente, significó mucho para él. Tenía una exagerada sensibilidad, común en los judíos, al más leve indicio de antisemitismo, y tenía muy pocos amigos que no fueran judíos. Se oponía enérgicamente a la idea de que los judíos fueran impopulares, o inferiores en cualquier sentido, y evidentemente sufrió mucho, desde la época escolar en adelante, y especialmente en la Universidad, a causa del antisemitismo de que estaba impregnada Viena. Ello terminó para siempre con la fase de entusiasta nacionalismo germano por la que había pasado en su temprana edad.

La sumisión no estaba en su natural manera de ser, y su padre no volvió a recuperar el lugar que había ocupado en su estima desde la penosa ocasión en que relató a su hijo, entonces de doce años, cómo un gentil le había despojado, de un manotón, de su gorro de pieles nuevo, arrojándolo al barro y gritándole: «¡Sal del pavimento, judío!». A la pregunta indignada del hijo: «¿Y tú que hiciste?», el padre contestó tranquilamente: «Bajé a la zanja y recogí mi gorro». Esta falta de heroísmo de parte de quien constituía su modelo ideal resultó chocante para el joven, quien inmediatamente comparó mentalmente esa conducta con la actitud de Amílcar, que hizo jurar a su hijo Aníbal, ante el altar de su hogar, que tomaría venganza de los romanos. Evidentemente Freud se identificaba con Aníbal, ya que desde entonces en adelante, como él lo afirmó, éste ocupó un lugar en sus fantasías.

Durante su desarrollo, Freud pasó por una fase de indudable militarismo, cuyo más remoto origen él situaba en las batallas que en su primera infancia había mantenido con su sobrino. Uno de los primeros libros que cayó en sus infantiles manos, cuando hubo aprendido a leer, fue *El Consulado y el Imperio,* de Thiers. El mismo nos cuenta cómo sobre la espada de sus soldaditos de madera pegó pequeños rótulos con los nombres de los mariscales de Napoleón. Su favorito era Massena, a quien generalmente se creía judío. Este culto de su héroe era favorecido por el hecho de que ambos habían nacido en la misma fecha, a un siglo de distancia. La guerra franco-prusia-

na, que estalló cuando tenía catorce años, despertó en él agudo interés. Su hermana nos cuenta que tenía sobre el escritorio un mapa de grandes dimensiones, sobre el que seguía en detalle las operaciones, mediante banderitas. Peroraba ante sus hermanas acerca de la guerra en general, o en particular acerca de determinados movimientos de los combatientes. Pero su sueño de llegar a ser él mismo un gran general debe haber ido marchitándose gradualmente, y todo lo que pudo haber sobrevivido en materia de interés por las cosas militares debe haber recibido un sosegado final después de la fastidiosa experiencia que significó para él pasar un año en el ejército, a la edad de veintitrés años y en mitad de sus absorbentes trabajos de investigación científica.

Freud no visitó el país de sus sueños, Inglaterra, hasta los diecinueve años. Nunca dejó de envidiar a su medio hermano la suerte que éste tuvo de vivir en Inglaterra y educar a sus hijos lejos de las diarias persecuciones a que eran sometidos los judíos en Austria. Todo lo que sabemos de esta visita es el relato que él mismo hace del embarazo que le producía su tendencia a introducir géneros allí donde en inglés no correspondían, la carta extremadamente entusiasta que, según su hermana, escribió Emmanuel al padre, elogiando la evolución y el carácter de su hermano, que su visita sirvió para exaltar aún más la antigua admiración que sentía por Oliver Cromwell[1] (en cuyo homenaje bautizó con el nombre de Oliver a su segundo hijo), y que una conversación mantenida con su medio hermano tuvo el efecto de suavizar las críticas de que hacía objeto a sus padres por el citado episodio del gorro arrojado a la zanja. Más tarde confesó que solía entregarse a la fantasía de haber nacido hijo de Emmanuel, con lo que su camino en la vida hubiera sido mucho más fácil.

Respecto a su evolución sexual durante estos años sólo conocemos un episodio. Por lo que sabemos de sus equilibrados años de madurez y de las sublimaciones evidentemente exitosas de su adolescencia, se puede suponer que su desarrollo fue más tranquilo que el de la mayoría de los jóvenes.

1. El hecho de que Cromwell había hecho volver a los judíos a Inglaterra debe haber sido un factor considerable en esto.

Lo que se relata allí es su primera experiencia amorosa, a los dieciséis años, cuando —por única vez en su vida— volvió a visitar el lugar de su nacimiento. Permaneció en casa de los Fluss, que eran amigos de sus padres y se dedicaban al mismo negocio textil que su padre. Se enamoró instantáneamente de Gisela, la hija de Fluss, tres años menor que él. Era demasiado tímido para comunicarle sus sentimientos, o para dirigirle siquiera la palabra, y varios días después ella se ausentó para proseguir sus estudios. El desconsolado joven tuvo que contentarse con vagar por los bosques, con la fantasía de cuán placentera habría sido su vida si sus padres no hubieran abandonado ese rincón feliz, donde habría llegado a ser un robusto mozalbete, como los hermanos de ella, para casarse luego con la muchacha. Todo era, pues, por culpa de su padre. Como era de esperar, a esta fantasía estaba unida otra, si bien inconsciente, cabalmente erótica. Todo este episodio quedó luego asociado en su mente al descubrimiento de que su padre y su medio hermano Emmanuel tenían el plan de apartarlo de sus andanzas intelectuales para reemplazar éstas con otras actividades, más prácticas, después de lo cual se establecería en Manchester y se casaría con Pauline, la hija de su medio hermano, y compañera de juegos de su infancia. De esta manera Gisela Fluss y Pauline quedaron identificadas entre sí. El episodio amoroso con la primera, y la fantasía erótica inconsciente que lo acompañó, debe haber tenido el efecto de reanimar la fantasía infantil de violación con respecto a Pauline (y en última instancia también, indudablemente con respecto a su madre).

Cuando se vio enfrentado con la dificultad de hallar un medio de vida en Viena, reflexionó a menudo sobre esa segunda oportunidad perdida de asegurarse una vida más fácil y pensó que había en verdad bastante que aducir en favor del plan de su padre. Pero debió suceder. El hecho de que la jovencita, en un segundo encuentro —esta vez durante su visita a Manchester a la edad de diecinueve años—, le dejó indiferente, bien podría haber sido uno de los factores que lo indujeron a persistir en su carrera científica. Muchas cosas serían diferentes en el mundo que nos rodea si en esa segunda ocasión sus encantos hubieran igualado a los de aquella moza campesina.

III

LA ELECCIÓN DE PROFESIÓN

(1873)

Terminado el colegio, Freud tuvo que enfrentarse con el angustiante problema de la elección de carrera. No había tomado aún ninguna decisión, y su padre le había dejado en entera libertad para resolver la cuestión. Sus sueños de niño, de llegar a ser un gran general o un ministro, se habían desvanecido, mucho tiempo atrás, ante el embate de la realidad. Para un judío vienés, la elección debía hacerse entre la industria y el comercio, por un lado, y por otro lado derecho o medicina. La primera de estas alternativas tenía que ser prontamente descartada por una persona de las características mentales de Freud, pese a sus ocasionales lamentaciones por no haber logrado una existencia más segura. Parece que hubo, por un tiempo, una vacilación en cuanto a la posibilidad de estudiar jurisprudencia, con la idea de dedicarse a alguna tarea de carácter social —un eco de sus primitivas ambiciones políticas— pero sus impulsos profundos le estaban conduciendo en otra dirección. Es curioso, a este respecto, que el único examen de su vida que no aprobó fue el de medicina legal.

No sentía una atracción directa hacia la medicina propiamente dicha. No ocultó, años más tarde, el hecho de que no se sentía a gusto en la profesión médica, y que no tenía la impresión de ser un miembro regular de la misma. Puedo recor-

dar como afirmaba, suspirando, en una época tan lejana como 1910, que le agradaría poder retirarse de la práctica médica, para dedicarse a la tarea de descifrar los problemas de la cultura y la historia, en última instancia, el gran problema de cómo el hombre ha llegado a ser lo que es. ¡Y pensar que el mundo no ha dejado de aclamarle, sin embargo entre otras cosas —y con razón—, como un gran médico!

He aquí lo que él mismo relata:

Si bien vivíamos en situación nada holgada, mi padre insistía en que, en la elección de mi carrera, yo siguiera únicamente mis propias inclinaciones. Ni por aquella época, *ni más tarde* por cierto, he sentido ninguna predilección especial por la carrera de médico. Me sentía movido más bien por una especie de curiosidad, que se dirigía, sin embargo, más bien a los asuntos humanos que los objetos de la naturaleza. Ni tampoco había llegado a captar la importancia de la observación como el medio más seguro de satisfacer esa curiosidad. Mi temprana familiaridad con el relato bíblico (en una época en que no había aprendido casi el arte de leer), tuvo, como hube de reconocerlo mucho más tarde, un efecto duradero sobre la orientación de mi interés. Bajo la influencia poderosa de una amistad escolar con un niño bastante mayor que yo, y que llegó a ser un político renombrado, llegué a sentir el deseo de estudiar leyes, como él, y emprender actividades de tipo social. Al mismo tiempo las teorías de Darwin, entonces especialmente en auge, me atrajeron poderosamente, por las esperanzas que ofrecían de un extraordinario progreso, en la comprensión del mundo, y fue el hecho de haber oído el hermoso ensayo de Goethe sobre la Naturaleza, leído en alta voz durante una conferencia popular del profesor Caryl Brühl, exactamente antes de abandonar el Colegio, lo que me decidió a comenzar el estudio de la medicina.

He aquí otra versión:

«Después de cuarenta y un años de actividad médica, mi autoconocimiento me dice que yo no he sido nunca un médico en el verdadero sentido de la palabra. Me he hecho médico al verme obligado a desviarme de mi propósito original, y el éxito de mi vida consiste en el hecho de que, luego de una larga jornada, que representó un rodeo, he vuelto a encontrar el camino que me reconduje a mi senda primera. No tengo noticia de haber tenido en mis años tempranos

ansia alguna de ayudar a la humanidad doliente. Mi disposición innata al sadismo no era muy fuerte, de modo que no tuve necesidad de esta inclinación que es uno de sus tantos derivados. Tampoco me dio nunca por «jugar al doctor». Mi curiosidad infantil buscó, evidentemente, otros caminos. En mi juventud había sentido la incontenible necesidad de comprender algo de los enigmas del mundo en que vivimos y de contribuir en algo, acaso, a su solución. Lo único que más esperanzas parecía conceder en cuanto a la realización de esto era inscribirme en la Facultad de Medicina. Pero después de eso continué experimentando aún, infructuosamente, con la zoología y la química, hasta que por último, bajo la influencia de Brücke —la más grande de las autoridades que jamás tuvieron influencia sobre mí—, me afinqué en la fisiología, si bien ésta, por aquellos tiempos, no pasaba de los estrechos límites de la histología. En esa época yo ya había aprobado todos mis exámenes médicos, pero no demostré ningún interés en hacer nada realmente relacionado con la medicina hasta el día en que el maestro a quien profundamente respetaba me hizo la advertencia de que en vista de mis reducidas posibilidades materiales no me sería posible de ningún modo dedicarme a una carrera puramente teórica. Así fue como pasé a la histología del sistema nervioso a la neuropatología, y más tarde, bajo la incitación de nuevas influencias, llegué a ocuparme de la neurosis. Me siento poco inclinado a creer, sin embargo, que mi carencia de auténtico temperamento médico haya causado mucho perjuicio a mis pacientes. Porque no constituye una ventaja muy grande para los pacientes el que el interés terapéutico de los médicos en cuanto a los métodos que emplean llegue a alcanzar un tono afectivo muy exagerado. Hay más ventaja para ellos en que el médico realice su tarea fríamente y, si es posible, con precisión.

Una divina curiosidad de este tipo puede tomar por tema los enigmas de la existencia humana y de su origen o bien el universo en su conjunto. En el caso de Freud se trata evidentemente de lo primero. Esta curiosidad puede intentar su satisfacción de dos maneras también, ya sea por la especulación filosófica o por la investigación científica. Conocemos el camino que de hecho siguió Freud, pero Wittels ha hecho la aguda sugestión de que Freud bien podía ser uno de aquellos hombres en quienes la inclinación a las especulaciones abstractas es tan intensa que temen verse dominados por ella y sienten la necesidad de contrarrestarla dedicándose al estudio de datos cien-

tíficos concretos. Esto se ve confirmado por la respuesta que cierta vez dio Freud a mi pregunta acerca de cuánto había leído sobre filosofía. «Muy poco —me contestó—. En mi juventud sentí una poderosa atracción hacia la especulación, y la refrené despiadadamente».

El ditirámbico ensayo de Goethe es un romántico cuadro de la Naturaleza como madre generosa que concede a sus hijos favoritos el privilegio de explorar sus secretos. Este juego de imágenes atrajo al joven Freud más que la prosaica perspectiva de casarse con una pariente de Manchester. Su actitud hacia el futuro era el reverso de una actitud materialista. Sin pensar en el problema de la pobreza o la riqueza, eligió una carrera idealista, prefiriéndola al confort humano.

Wittels cree que lo que atrajo a Freud en el ensayo de Goethe no fue tan sólo el sentido de lo bello en la Naturaleza, sino también lo que se refiere a su significado y su propósito. No hay razón para suponer que Freud estuviera devanándose constantemente los sesos sobre la finalidad del Universo —siempre fue un impenitente ateo— pero la idea de que la humanidad se movía inspirada por propósitos, motivos y fines diversos —muchos de los cuales no necesitan ser evidentes—, debe haber existido siempre en su mente, mucho antes de que la desarrollara tan brillantemente, resolviendo el enigma de la Esfinge. Es razonable suponer que su incansable búsqueda del sentido de la humanidad y de las relaciones humanas se haya generado en relación con los desconcertantes problemas de su vida familiar de los primeros años. También esto parecería constituir una excelente ilustración de su afirmación de que los primeros dos o tres años de su vida son decisivos para la formación del carácter y de la personalidad.

Pero en el decisivo período de su vida del que nos estamos ocupando ahora es cuando tiene comienzo de realización el gran cambio, cuya consecuencia será el reconocimiento de la primacía de la inteligencia. Freud se apercibió de que el secreto último del poder no es la fuerza, sino la comprensión, hecho éste que atestiguaban ampliamente los grandes descubrimientos científicos de las tres últimas centurias. Antes de aplicar esta verdad a la conducta humana era necesario, pensaba,

aprender algo sobre la Naturaleza, el lugar del hombre dentro de la misma y la constitución física del hombre. Aquí era Darwin quien señalaba el derrotero, y la impresión causada por la obra de Darwin estaba en su punto culminante en esa década —del setenta al ochenta— en todos los países europeos.

Durante una conversación que cierta vez mantuve con él sobre el carácter equilibrado del ideal griego, el logro de la supremacía tanto en las realizaciones de orden intelectual como en las de orden físico —la palabra «estética» constituye tal vez un eslabón entre lo uno y lo otro— Freud observó: «Sí, esta combinación es ciertamente preferible. Son diversas las razones por las cuales los judíos han sufrido un desarrollo unilateral y son más admiradores del cerebro que del cuerpo, pero si yo tuviera que elegir entre lo uno y lo otro, colocaría también la inteligencia en primer término».

Esta mudanza de la fuerza de la comprensión, del cuerpo a la inteligencia, en última instancia, fue absolutamente total y de largo alcance. A pesar de múltiples provocaciones, Freud nunca se entregó a las controversias. Repugnaba a su naturaleza. Como Darwin, y a diferencia de la mayoría de los hombres de ciencia, respondía a las críticas, con todo lo sensible que era a las mismas, prosiguiendo simplemente sus investigaciones y aportando más y más pruebas. Era escaso su deseo de influir sobre sus semejantes. Les ofrecía algo de valor pero sin ningún deseo de imponérselo. Le disgustaban los debates, e incluso la discusión de temas científicos en público, cuyo objetivo él sabía que era de simple controversia, y fue en homenaje a esta actitud de él que la lectura de los trabajos en los congresos psicoanalíticos nunca fue seguida de discusión sobre los mismos.

Freud tenía una mente muy ordenada (así como también hábitos ordenados), y su capacidad de integrar en un grupo sistemático una gran cantidad de hechos era realmente notable. El dominio que demostró de la bibliografía sobre las parálisis infantiles, o sobre los sueños, no son más que ejemplos aislados de esto. Pero por otra parte despreciaba más bien la exactitud y las definiciones precisas, como cosa aburrida o propia de pedantes. Nunca habría podido ser un matemático o un físico,

ni siquiera un experto en la solución de problemas de ajedrez. Escribía con facilidad, fluidez y espontaneidad, y el tener que volver a escribir muchas veces la misma cosa le habría parecido fastidioso. Sus traductores van a darme la razón si yo afirmo que ciertas oscuridades y ambigüedades de menor cuantía, de un género tal que con un cuidado más escrupuloso se habrían podido evitar fácilmente, constituyen un aspecto nada despreciable de sus dificultades. El se daba cuenta de ello, por supuesto. Recuerdo que una vez, al preguntarle por qué usaba cierta frase cuyo sentido no era claro, me contestó: *Pure Schlamperei*[1]. Hemos aludido con esto a una de sus principales características, su disgusto de verse estorbado o de algún modo coartado. Le gustaba entregarse libremente a sus pensamientos, ver adónde éstos le podían conducir, dejando al margen, por el momento, todo lo referente a una delineación precisa; esto podía quedar para ser considerado más tarde.

Ya hemos destacado su primitiva tendencia a la meditación especulativa, que él mismo hacía objeto de una ruda coerción. El motivo de esta autocoerción tal vez fuera sólo parcialmente percepción intelectual del peligro de dejarse arrastrar a un terreno alejado de la objetividad. De no haber obrado esto, existía también el peligro de permitir la aparición de pensamientos inconscientes para los que estaba muy lejos aún de haber sonado la hora de la madurez. Eran necesarios el coraje y móviles de un hombre de cuarenta años para conducir su autoexamen hasta la última de sus conclusiones.

Estas consideraciones le hicieron sentir la necesidad de una disciplina intelectual, y todo señalaba hacia la ciencia como la oportunidad suprema. Ciencia quería decir entonces —y todavía significa hoy para mucha gente— no solamente objetividad sino sobre todo exactitud, medición, precisión, precisamente las cualidades que Freud sabía que no poseía. Por otra parte, la fe que en el siglo XIX se tenía en que el conocimiento científico habría de ser el elemento primordial en la solución de los males del mundo —fe que Freud alimentó hasta el final de su vida— comenzaba a desplazar las esperanzas que anteriormente se ha-

1. Simple chapucería.

bía cifrado, alternativamente, en la religión, la acción política y la filosofía. Esta alta valoración de la ciencia llegó a Viena con atraso y procedente del oeste, especialmente de Alemania, y se hallaba en su punto culminante en la década del setenta al ochenta, que es la época de que aquí nos ocupamos. Freud estaba imbuido, por cierto, de este espíritu, y es así como, a pesar de su talento innato para la exploración de lo desconocido y para introducir cierta especie de orden en el caos, debió haber sentido que la estrictez y la exactitud ocupaban un lugar importante, como podía verse muy bien en las «ciencias exactas».

El conflicto entre la inclinación a entregarse sin restricciones al pensamiento —y sin duda también al ejercicio de la fantasía— y la necesidad de la sujeción que ofrecía una disciplina de carácter científico, tuvo como desenlace el triunfo de esto último. El contraste bien podría expresarse mediante la terminología posteriormente empleada por él, de principio de placer *versus* principio de realidad, si bien este último campo pronto se vio cargado también de una gran dosis de placer. Tal vez esté correlacionado también con el contraste entre la creencia en el libre arbitrio y la creencia en el determinismo, la antigua antinomia que tan brillantemente él habría de resolver un cuarto de siglo más tarde. Como ocurre a menudo en situaciones como ésta, la fuerza con que se aplicó la restricción parece haber sido no solamente constante y acabada, sino también excesiva. Ya que, como veremos más adelante, un uso más libre y audaz de la imaginación le habría procurado fama mundial más de una vez, en el curso de sus investigaciones de laboratorio, de no haberse abstenido cautelosamente de perseguir las inferencias de sus trabajos hasta sus conclusiones lógicas.

La ambición de Freud en su persecución del conocimiento como secreto de todo logro, del éxito y del poder, queda demostrada por un pasaje de la carta a Fluss antes citada, en el que en son de queja expresa su terror a la mediocridad y se niega al mismo tiempo a ser tranquilizado por su amigo. Durante toda su vida se mostró modesto en cuanto a sus propias realizaciones e hizo gala de esa severa autocrítica que estamos acostumbrados a encontrar en aquellos que se han fijado elevados fines y han alimentado grandes esperanzas. Cierta vez le

conté la historia de un cirujano que decía que si alguna vez habría de tener acceso al trono del Altísimo, iría allá enarbolando un hueso canceroso, para preguntar al Todopoderoso qué es lo que tenía que decir al respecto. «Si me tocara a mí encontrarme en semejante situación —contestó—, lo que yo le reprocharía principalmente al Altísimo sería el no haberme concedido un cerebro mejor». Era la observación de un hombre nada fácil de contentar.

IV

EL ESTUDIANTE DE MEDICINA

(1873-1881)

A nadie sorprendería que la carrera médica, iniciada de una manera tan poco ortodoxa, se desarrollara luego en una forma irregular y excesivamente larga: Freud tardó en realizar sus estudios de medicina, en efecto, tres años más de lo necesario. Más adelante contaba cómo sus colegas le reprendían su tardanza, como si se tratara de un mal estudiante, pero había razones valederas para explicar ese retraso. Precisamente los temas que debería dejar rápidamente atrás eran aquellos a los que le hubiera gustado dedicar toda su vida.

Freud ingresó en la Universidad de Viena en el otoño de 1873, a la temprana edad de diecisiete años. El mismo admitió haber seguido de una manera negligente los estudios estrictamente pertenecientes a la carrera médica, aprovechando cualquier oportunidad que se le presentaba para detenerse en lo que a él le interesaba y nutrirse en otros campos colindantes.

En su primer semestre —octubre de 1873 a marzo de 1874— Freud se inscribió en veintitrés horas semanales: doce clases de anatomía y seis de química, además de trabajos prácticos en estas dos materias. En el primer semestre de verano, de fines de abril hasta cerca de fines de julio, dedicó veintiocho horas semanales a anatomía, botánica, química, microscopio y mineralogía. Con un característico y desbordante entusiasmo si-

guió el curso sobre «Biología y darwinismo» que dictaba el zoólogo Claus, así como el de Brücke sobre «La fisiología de la voz y del lenguaje». Fue ésta la primera vez que vio al famoso Brücke, figura que luego llegó a ser tan importante para él. Así pasó el primer año.

En el semestre invernal siguiente (1874-5) continuó como estudiante regular de medicina, con veintiocho horas semanales de disección anatómica, física, fisiología (con Brücke) y zoología para estudiantes de medicina (Claus). Una vez por semana, sin embargo, iba a echar un vistazo a la filosofía, al seminario de lecturas de Brentano. La asistencia a un curso de filosofía de tres años había sido obligatoria para los estudiantes de medicina, en la Universidad de Viena, desde 1804, pero ya no lo era a partir de 1872.

En el cuarto semestre, en el verano de 1875, lo vemos lanzarse en procura de un programa de estudios más independiente. Lo vemos asistir a clases de zoología, pero no de «zoología para estudiantes de medicina», sino de zoología propiamente dicha (cinco horas por semana). De física toma dos cursos, uno más de lo exigido para la carrera médica. Continúa con los seminarios de filosofía y agrega a esto otro curso de Brentano, el que versa sobre la lógica de Aristóteles. A las clases de fisiología de Brücke dedica once horas por semana.

Ese viraje hacia la biología se hace más pronunciado en el semestre estival siguiente, en que le vemos dedicar diez horas semanales, en el laboratorio de Claus, a la zoología práctica. El resto del tiempo lo reparte entre la anatomía y la fisiología, sin dejar de asistir, sin embargo, una vez por semana, a las lecciones de Brentano.

Hacia el final del semestre, en marzo de 1876, después de dos años y medio de actividad como estudiante universitario, da comienzo el primero de sus trabajos originales de investigación, trabajo que le es sugerido por el profesor Claus. Carls Claus, jefe del Instituto de Anatomía Comparada, había llegado a Viena hacía dos años, procedente de Gottinga, con la misión de imprimir un carácter más moderno al departamento de zoología. Se interesaba especialmente en la zoología marina, y en 1875 se le autorizó a fundar la Estación Zoológica Experimen-

tal de Trieste, una de las primeras de su índole en todo el mundo. Se pusieron a su disposición los fondos necesarios para enviar unos pocos alumnos, por varias semanas, dos veces por año, con fines de estudio e investigación. Uno de los primeros a quienes se otorgó tal facilidad fue el joven Freud, lo cual quiere decir que el profesor tenía de él un buen concepto. Una excursión científica a las costas del Adriático debe haber sido algo codiciado por los alumnos, por lo cual esa beca se convirtió en una distinción. Fue ésta la primera oportunidad que se le ofrecía a Freud de tener una visión de la civilización del sur, cosa que coincidió además con su primer esfuerzo de investigación científica.

En el semestre estival, comprendido entre sus dos visitas a Trieste, se consagró a la biología. Asistió a quince clases semanales de zoología, dedicando sólo once horas a otras materias. Estaban, además, las tres horas sobre Aristóteles, de Brentano. En cuanto a fisiología, fue entonces que se encontró por primera vez con Exner y Fleischl, figuras que luego fueron importantes, y tomó además varias clases sobre análisis espectral y sobre fisiología vegetal.

La tarea que se le asignaba a él se relacionaba con un problema que desconcertaba a los hombres de ciencia desde los días de Aristóteles. La estructura gonádica de las anguilas no había sido aclarada jamás. Como diría él en su trabajo: «Nadie ha encontrado jamás una anguila macho adulta, nadie ha observado aún los testículos de la anguila, a despecho de innumerables esfuerzos realizados a través de los siglos». La dificultad estaba relacionada indudablemente con su extraordinaria migración anterior al período de apareamiento. En 1874 Syrski, de Trieste, había descrito un pequeño órgano lobulado, al que consideró representativo de los ausentes testículos. Este era un descubrimiento evidentemente sujeto a confirmación, y con esto había de comenzar Freud. Claus se sintió plenamente satisfecho con este comienzo, dado que renovó la beca para otro viaje en setiembre del mismo año. Más adelante, entre octubre y enero del año siguiente, pudo proporcionar a Freud ejemplares mucho más maduros. Freud disecó en conjunto unas cuatrocientas anguilas, y halló el órgano de Syrski en muchas de ellas. El

examen microscópico reveló que su estructura era tal que bien podrían representar un órgano testicular inmaduro, si bien faltaba la prueba definitiva que confirmara tal suposición. El artículo de Freud, sin embargo, que Claus presentó a la Academia de Ciencias el 15 de marzo de 1877 (y que fue publicado en el Boletín de la Academia en el número de abril) constituyó el primero de una serie de trabajos que confirmaron la sugestión de Syrski.

Si bien nadie podría haberse desempeñado mejor en las circunstancias del caso, los resultados poco concluyentes de su trabajo satisficieron a Freud mucho menos que a su jefe. Un joven ambicioso como él debe haber contado, en sus esperanzas, con que se le asignará un tema que le permitiera realizar algún descubrimiento brillante y original [1].

Llegamos así al final de su tercer año, fecha esta acerca de la cual Freud hace más tarde (en 1925) la siguiente observación: «En el transcurso de mis primeros años en la Universidad me vi obligado a descubrir que las particularidades y limitaciones inherentes a mis dotes personales me vedaban todo éxito en muchos de los sectores científicos en que mi avidez juvenil me había llevado a zambullirme. Es así como se aprende cuánta verdad se encierra en la advertencia de Mefistófeles, "Es inútil tu continuo vagar de una a otra ciencia; cada hombre sólo aprende aquello que es capaz de aprender". En el Laboratorio de Fisiología de Ernst Brüke, finalmente, pude hallar descanso y sentirme satisfecho, y hallé hombres, además, a quienes podía respetar y tomar como modelos; el gran Brüke mismo y sus ayudantes Sigmund Exner y Ernst von Fleischl-Marxow».

En sus años ulteriores Freud hablaba siempre del respeto y la admiración que le había inspirado esta indiscutida figura de autoridad, sentimientos estos no exentos de verdadera veneración. Una reprimenda por haber llegado tarde, de que le hizo objeto Brüke, cierto día, al joven estudiante, «que se sintió dominado por la terrible mirada que le clavó», persistió durante años en su recuerdo. Y la imagen de esos ojos de azul ace-

1. Estamos tentados de hacer la observación, quizá no muy pertinente, de que es el futuro descubridor del complejo de castración el que se sintió defraudado al no poder descubrir los testículos de la anguila.

rado ya no dejaría de aparecer ante él, a lo largo de su vida, en cualquier momento que podía caber la tentación de esquivar el deber o de incurrir en la menor imperfección en cuanto a su cumplimiento.

Durante toda su vida, Freud habría de mantenerse invariablemente leal a ese aspecto de la ciencia que representa el ideal de la integridad intelectual, a la verdad, de acuerdo a su mejor saber y entender. Pero la cosa ya no marchaba tan bien en cuanto a otro aspecto de la ciencia: la fastidiosa exigencia de la exactitud. El sentirse obligado a la exactitud, a la medida precisa, era algo que no estaba en su naturaleza. Esta exigencia se hallaba en pugna, por el contrario, con ciertas tendencias revolucionarias que tendrían que hacer saltar algún día las barreras de las convenciones y las definiciones consagradas, como que así sucedió en efecto. Durante los diez años que siguieron, empero, estas tendencias fueron mantenidas a raya, y Freud no escatimó esfuerzo alguno en cuanto a recurrir a la necesaria «disciplina científica» para coartar aquello que vagamente sentía dentro de sí. Fue un buen estudiante, realizó provechosos trabajos de investigación, pero durante algunos años la disciplina científica fue lograda a costa de su audacia y su imaginación innatas en él.

En cuanto a Brüke mismo, constituía un excelente ejemplo de hombre de ciencia disciplinado, digno de representar, a juicio de Freud, la meta que él mismo debería tratar de alcanzar. Brüke era, para empezar, alemán, y no austríaco, y sus cualidades representaban el extremo opuesto de la *Schlamperei* vienesa, con la que Freud estaba ya más familiarizado, y por la que sentía un desprecio bonachón, no exento quizá de una leve y secreta simpatía.

El Instituto de Brüke representaba ciertamente una parte importante de ese movimiento científico, de vastas proyecciones, cuya denominación más conocida es la Escuela Médica de Helmholtz. La impresionante historia de esta escuela científica se inicia poco después del cuarenta, con la amistad entablada entre Emil Du Bois-Reymond (1818-96) y Ernst Brüke (1819-92), figuras a las que pronto se unieron Hermann Helmholtz (1821-94) y Carl Ludwing (1816-95). Desde su comienzo mismo, este

grupo estuvo animado por un verdadero espíritu de cruzada. En 1892 escribía Du Bois-Reymond: «Brüke y yo hemos hecho el solemne juramento de dar vigor a esta verdad: «No existen en el organismo otras fuerzas activas que las fuerzas físicas y químicas corrientes. En aquellos casos que, por el momento, no pueden ser explicados por estas fuerzas, se debe buscar de hallar la forma o vía específica de la acción de estas últimas, mediante el método físico-matemático, o bien suponer la existencia de nuevas fuerzas, iguales en dignidad a las fuerzas físico químicas inherentes a la materia, y reductibles a la fuerza de atracción y repulsión».

Veinticinco o treinta años más tarde esta escuela había impuesto un completo dominio sobre el pensamiento de los filósofos y los profesores de medicina alemanes, impreso un intenso estímulo a la ciencia en todo el mundo y resuelto para siempre algunos de los viejos problemas.

La figura más destacada de este grupo de hombres importantes era sin duda Helmholtz. Algunos años más tarde hizo una breve visita a Viena, y Freud lamentó no haber tenido la suerte de verlo personalmente. «Es, agregaba, uno de mis ídolos».

Brüke a quien daban en Berlín, en tono jocoso, el título de «nuestro Embajador en el Extremo Oriente», publicó en 1874 sus *Lecciones de Fisiología.* A continuación exponemos, extractándolos de las páginas de introducción del libro, los principios de fisiología física que cautivaron al estudiante Freud. La fisiología es la ciencia de los organismos como tales. Los organismos se distinguen de los entes materiales sin vida, pero dotados de actividad —las máquinas—, por estar dotados de la facultad de asimilación, pero todos ellos constituyen fenómenos del mundo físico sistema de átomos, movidos por fuerzas, de acuerdo con el principio de la conservación de la energía, descubierto por Robert Mayer en 1842, relegado durante veinte años y popularizado después por Helmholtz. La suma de las fuerzas (motrices y potenciales) se mantiene constante en todo sistema aislado. Las causas reales son simbolizadas en la ciencia por el término de «fuerza». Cuanto menos sabemos de aquéllas, mayor es la variedad de fuerzas que tenemos que distinguir:

mecánicas, eléctricas, magnéticas, luz, calor. El avance en la ciencia las reduce a dos: atracción y repulsión. Todo esto es válido también para el organismo que es el hombre.

Brüke nos ofrece después, en sus dos volúmenes, una laboriosa exposición de los conocimientos existentes a la sazón acerca de la transformación e interacción de las fuerzas físicas en el organismo viviente. El espíritu y el contenido de estas lecciones corresponden estrechamente a las palabras que Freud utiliza en 1926 para caracterizar el psicoanálisis en su aspecto dinámico: «Las fuerzas se ayudan o se inhiben mutuamente, se combinan unas con otras, entran en compromiso unas con otras, etc.»

Muy estrechamente unida a este aspecto dinámico de la fisiología de Brüke se halla su orientación evolucionista. No sólo el organismo es parte integrante del universo físico, sino que el mismo mundo de los organismos constituye una familia de por sí. Su diversidad aparente es resultado de desarrollos divergentes que han tenido su comienzo en los «microscópicos organismos elementales» unicelulares. Esta familia incluye a las plantas y los animales, tanto los inferiores como los superiores, así como también al hombre, desde las hordas de antropoides hasta el pináculo de la actual civilización occidental. En esta evolución de la vida no se registra la acción de espíritu, esencial o entelequia alguna, ni de planos superiores u objetivos finales. Sólo las energías físicas producen —de alguna manera— efectos. Darwin ha demostrado que cabe cierta esperanza de alcanzar, en un futuro próximo, alguna noción concreta del «cómo» de esta evolución. Los más entusiastas estaban convencidos de que Darwin no sólo había demostrado esto, sino que en verdad había dicho la última palabra al respecto. A la vez que entusiastas y escépticos libraban batalla entre sí, los investigadores activos trabajaban afanosamente y se sentían felices en la tarea de bosquejar los árboles genealógicos de los diversos organismos, llenar lagunas, reestructurar los sistemas taxonómicos de vegetales y animales según sus relaciones genéticas, descubrir series de transformación y hallar, tras las diversidades manifiestas, las identidades homólogas.

La personalidad de Brüke se prestaba muy bien para la insobornable actitud idealista, casi ascética de la escuela de Helm-

holtz. Era un hombre pequeño, de cabeza grande e impresionante, de porte mesurado y de movimientos silenciosos y controlados. Con una boca de labios diminutos, con aquellos sus famosos «terríficos ojos azules», era más bien tímido, pero rígido y excesivamente silencioso. Protestante como era, y con su habla prusiana, debe haber parecido un hombre fuera de lugar en esa despreocupada Viena católica, un emisario de un mundo diferente, más austero, como efectivamente lo era. Trabajador escrupuloso e incansable él mismo, exigía esto mismo de sus ayudantes y sus alumnos. He aquí una anécdota típica. Un alumno había escrito: «Una observación superficial revela...». Brüke le devolvió el manuscrito, con la línea respectiva violentamente tachada, y con este comentario al margen: «No se debe observar superficialmente». Era uno de los examinadores más temidos. Si el alumno contestaba mal a la primera pregunta, Brüke permanecía los diez o doce minutos restantes, de acuerdo con el tiempo prescrito, tieso y callado, sordo a los alegatos del alumno o del Decano, que también debía estar presente. La opinión general lo presentaba como un hombre frío, puramente racional. El grado de violenta energía que debió emplear contra sí mismo y contra sus sentimientos para elaborar esta fachada se puede ver por la reacción que le produjo la muerte de su amado hijo, en 1872. Prohibió a su familia y a sus amigos pronunciar el nombre del hijo, hizo retirar del alcance de su vista todos sus retratos y trabajó en forma más intensa aún que antes. Pero este hombre se hallaba completamente al margen de toda vanidad, intriga o ambición de poder. Para el alumno que demostraba su capacidad era el más benevolente de los padres, y le ofrecía consejo y protección mucho más allá de los asuntos puramente científicos. Respetaba las ideas personales del estudiante, estimulaba la labor original, y avalaba con su autoridad a aquellos que demostraban talento, aún cuando en sus opiniones se apartaran considerablemente de las suyas. Se dice que ni uno solo de sus alumnos o amigos llegó a serle nunca infiel.

Se ha dado por supuesto a menudo que las teorías psicológicas de Freud datan de su contacto con Charcot o con Breuer, o aún antes. Se puede demostrar, por el contrario, que los prin-

cipios sobre los cuales edificó sus teorías los adquirió en su época de estudiante de medicina, y bajo la influencia de Brüke. El emanciparse de esta influencia no consistió para Freud en renunciar a esos principios, sino en llegar a ser capaz de aplicarlos empíricamente a los fenómenos mentales con prescindencia de toda base anatómica. Esto significó para él, una dura lucha, pero en todo momento su verdadero genio consistió precisamente en salir victorioso de todos los combates difíciles.

Pero Brüke se habría quedado atónito, por no decir más, si hubiera podido llegar a su conocimiento que uno de sus alumnos favoritos, un discípulo aparentemente convertido a la estricta fe, habría de introducir nuevamente en la ciencia, con su famosa teoría optativa de la psique, las ideas de «propósito», «intención» y «fin», que acababan de ser barridas del universo. Sabemos, sin embargo, que cuando Freud las introdujo nuevamente, pudo conciliarlas con los principios en los cuales se había formado. Nunca abandonó el determinismo por la teleología.

En el otoño de 1876, después de regresar de su segundo viaje a Trieste, y cuando estaba ocupado todavía con su trabajo de investigación en zoología, fue admitido en el Instituto de Fisiología, a la edad de veinte años, con la categoría de lo que se denominaba famulus, una especie de alumno investigador. En cuanto al edificio ocupado por el Instituto, estaba muy lejos de corresponder a sus elevadas aspiraciones y la admirable labor que realizó. El Instituto estaba instalado miserablemente en la planta baja y en el subsuelo de una vieja, oscura y maloliente fábrica de armas de fuego. Se componía de una amplia habitación, en la que los estudiantes guardaban sus microscopios y donde escuchaban sus lecciones, y de dos más pequeñas, una de las cuales era el santuario de Brüke. Había además en uno y otro piso, un reducido número de pequeños compartimentos, algunos de ellos sin ventanas, que servían de laboratorios químico, electro-fisiológico y óptico. No había instalación de agua, ni de gas, ni por supuesto de electricidad. Todo había que calentarlo sobre lámpara de alcohol, y el agua debía ser traída de un pozo que había en el patio, donde había también un cobertizo para abrigar a los animales usados

para la experimentación. Este Instituto constituía, a pesar de ello, el orgullo de la Escuela de Medicina, tanto por el número como por el carácter distinguido de sus visitantes extranjeros y de sus alumnos.

Aún cuando Brüke prefería que los estudiantes presentaran sus propios proyectos de investigación, estaba siempre dispuesto a proponer un problema a aquellos principiantes que fueran demasiado tímidos o poco definidos aún para hacerlo ellos mismos. Puso a Freud ante el microscopio asignado a los trabajos sobre histología de las células nerviosas.

Junto al problema de la estructura íntima de los elementos nerviosos se plantea la interesante cuestión de si el sistema nervioso de los animales superiores se compone de elementos diferentes a los de los animales inferiores, o bien unos y otros se componen de unidades iguales. Este tema se discutía mucho en esa época. Las implicaciones filosóficas y religiosas del problema parecían perturbar mucho la discusión. Las diferencias entre la psique de los animales inferiores y la de los superiores ¿se deben solamente a un diferente grado de complicación? ¿Difiere la psique humana de la de un molusco, de una manera fundamental, o simplemente en forma proporcional al número de células nerviosas en uno y otro, y al respectivo grado de complicación de las fibras? Los hombres de ciencia buscaban la respuesta a estos interrogantes con la esperanza de llegar a conclusiones definitivas —en un sentido o en otro— acerca de la naturaleza del hombre, la existencia de Dios o el fin de la vida.

A este terreno, amplio y subyugante, pertenecía el problema muy modesto, que Brüke puso ante Freud. En la médula espinal de los amoecetes (Petromyzon planeri) un género de pez perteneciente a los ciclostomátidos primitivos, Reissner había descubierto un tipo peculiar de células grandes. La naturaleza de estas células y su vinculación con el sistema espinal dio lugar a una serie de infructuosos trabajos de investigación. Brüke quería que se aclarara la histología de estas células.

Con la ayuda de un perfeccionamiento en la técnica de la preparación, Freud pudo establecer definitivamente que las células de Reissner «no son otra cosa que células del ganglio

espinal, las cuales, en estos vertebrados inferiores, donde la migración del tubo neural embrional hacia la periferia no ha sido completada aún, quedan dentro de la médula espinal. Estas células esparcidas señalan el camino que las células del ganglio espinal han recorrido en el curso de su evolución». Esta solución del problema de las células de Reissner era un triunfo de la observación precisa y de la interpretación genética, uno de esos pequeños logros —que cuenta por miles— a los que se debe el haberse consolidado finalmente entre los hombres de ciencia la convicción de la unidad de todos los organismos dentro de la evolución.

Pero lo realmente nuevo era el haber establecido como punto de partida genético de las células unipolares las células bipolares. Estos significaba que hay una continuidad entre las células nerviosas de los animales inferiores y las de los animales superiores, y que la neta distinción entre unos y otros, hasta entonces aceptada, no podía admitirse por más tiempo.

Freud había hecho un descubrimiento muy importante en lo que se refiere al Petromyzon: «Durante largo tiempo las células de los ganglios espinales del pez fueron consideradas como bipolares (con dos procesos) mientras que las de los vertebrados superiores son unipolares». Esta brecha entre animales superiores e inferiores fue cerrada por Freud. «En las células nerviosas del Petromyzon se observan toda clase de formas de transición de la unipolaridad a la bipolaridad, incluyendo bipolares ramificadas en T.» Este trabajo, tanto por su contenido como por su presentación y sus derivaciones, estaba sin duda alguna por encima del nivel de un principiante. Cualquier zoólogo habría podido enorgullecerse de haber realizado descubrimientos como éstos. Brüke lo presentó a la Academia el 18 de julio de 1878, y fue publicado en el *Boletín* de la misma, con una extensión de 86 páginas, al mes siguiente.

A este mismo problema de carácter general se refería el trabajo de investigación que siguió a éste, sobre un tema que fue elegido por el mismo Freud, y realizado durante los meses de verano de 1879 y 1881. Esta vez se trataba de las células nerviosas del cangrejo fluvial. Aquí examinó los tejidos vivos al microscopio, utilizando un objetivo Harnack N.° 8 —técnica

entonces poco conocida, poco desarrollada y difícil—, y llegó a la conclusión definitiva de que los cilindroejes de las fibras nerviosas eran, sin excepción, de estructura fibrilar. Fue el primero en demostrar este carácter fundamental. Dejó establecido que el ganglio se compone de dos substancias, una de las cuales es reticular y constituye el origen de los procesos nerviosos. Freud se limitó estrictamente en estos primeros trabajos de investigación al punto de vista anatómico, si bien puso de manifiesto que llevaba a cabo sus investigaciones con la esperanza de llegar a aclarar de algún modo el misterio de la función nerviosa. Sólo una vez en una conferencia titulada «La estructura de los elementos del sistema nervioso», en la que resume sus trabajos, se aventura a ir más allá del terreno de la histología, y lo hace en este único párrafo: «Si suponemos que las fibrillas nerviosas tienen el significado de vías aisladas de conducción, tendríamos que decir que *las vías, que están separadas en el nervio confluyen en la célula nerviosa*: la célula nerviosa se convierte así en el "comienzo" de todas estas fibras nerviosas anatómicamente unidas a ellas. Excedería los límites que me he impuesto en este artículo si me dispusiera a reunir todos los hechos en que podría apoyarse la legitimidad de esta hipótesis: no sé si los elementos existentes al presente son suficientes para llegar a una decisión en este problema, tan importante para la fisiología de los elementos nerviosos: podríamos suponer que un estímulo de cierta intensidad podría romper el aislamiento de las fibrillas, de modo tal que la excitación sería conducida por el nervio como unidad, y así sucesivamente».

Este concepto de la unidad de células y procesos nerviosos —núcleo esencial de la futura teoría neuronal— parece haber pertenecido personalmente a Freud, con absoluta prescindencia de sus maestros del Instituto. Campean a la vez, ciertamente, en las pocas frases en que lo expone, la audacia en el pensamiento y la cautela en la exposición. No expone al respecto ninguna pretensión. Pero en esta ocasión creemos que serán oportunos dos comentarios. La conferencia en que se hacían aquellas consideraciones fue dada cuatro o cinco años después de las respectivas investigaciones, de manera tal que hubo un

largo período para la meditación. Se podría creer, pues, que después de un tiempo tan largo de reflexión, aquella imaginación libre y audaz que más tarde le veríamos desplegar podría haberlo llevado a dar un pequeño paso más, ya que estaba vacilando al borde del mismo de la importante teoría neuronal, la base de la neurología moderna. Pero es el hecho que, en su afán de «disciplinarse», Freud no había advertido aún que en el trabajo científico original tiene una importancia no menor la imaginación que la disciplina.

De hecho nadie se percató de estas valiosas afirmaciones, y el nombre de Freud no se menciona entre los pioneros de la teoría neuronal. Fueron numerosos los pioneros. Los principales fueron Wilhelm His, con sus estudios embriológicos sobre la génesis de las células nerviosas, Auguste Forel, que fue el primero en observar la degeneración walleriana consecuente a una lesión o una sección de fibras nerviosas, y Ramón y Cajal con sus hermosos preparados obtenidos gracias al método de Golgi, de impregnación con sales de plata. Habitualmente se hace coincidir el establecimiento definitivo de la teoría neuronal con la aparición, en 1891, de la amplia monografía de Waldeyer, en la que por primera vez se usa la palabra «neurona». No fue ésta la única ocasión en que, aún en sus años juveniles, Freud dejó escapar la posibilidad de alcanzar fama mundial, por no atreverse a proseguir, hasta su última —y ya bien cercana— conclusión el curso lógico de su propio pensamiento.

Otra cualidad, en cambio, supo encarnar, característica también del hombre de ciencia original. Es un hecho típico que los progresos de la ciencia tienen su origen, en cada caso, en la invención de un nuevo método o un nuevo instrumento que pone a nuestro alcance un conjunto nuevo de hechos. Así, por ejemplo, la astronomía había llegado a un punto muerto, y sólo supo reiniciar su progreso con la intervención del telescopio. Ahora bien, las invenciones histológicas que acabamos de enumerar sólo fueron posibles, o en todo caso fueron gradualmente favorecidas, gracias a un perfeccionamiento en la técnica logrado desde un comienzo por Freud, en 1877, bien poco después de ingresar al Instituto. Se trataba de una modificación de la fórmula de Reichert, una mezcla de ácido nítrico y glicerina,

para los preparados microscópicos de tejido nervioso. Freud usó por primera vez el nuevo método en su trabajo sobre las células espinales del Petromyzon.

Pocos años después agregó a esto una invención técnica más importante —el método de coloración del tejido nervioso por el cloruro de oro— pero ni uno ni otro método llegó a usarse mucho fuera del Instituto vienés. Freud debe haber sido un técnico experto, ya que en sus trabajos sobre el tejido nervioso del cangrejo fluvial habla de estudios especiales realizados sobre su material *in vivo*, técnica ésta sumamente delicada, y que aprendió de Stricker. Podemos mencionar de paso que él mismo diseñó las ilustraciones para sus trabajos sobre el Petromyzon, un dibujo en el primer trabajo y cuatro en el segundo.

Desde muy pronto, pues, debe haberse dado cuenta Freud de que el progreso científico requiere poder disponer de métodos nuevos o perfeccionados. A esto siguieron, primeramente, los nuevos descubrimientos realizados por este camino, y luego la estructuración de los viejos y nuevos conocimientos en una teoría de los mismos. La teoría, a su vez, puede conducir a la especulación, a la contemplación global de los problemas y la formulación de posibles soluciones, más allá del alcance de los medios existentes de observación. Es sumamente raro el caso de un hombre que haya alcanzado igual éxito en cada una de estas etapas. La obra de Freud en el terreno del psicoanálisis iba a mostrarnos el rarísimo caso de un hombre de esta clase. Aquí, él mismo ideó el instrumento, lo utilizó en el descubrimiento de un gran número de hechos nuevos, creó la teoría destinada a estructurar estos hechos y se aventuró en sugestivas especulaciones más allá de los hechos conocidos.

Un rasgo notable en las investigaciones neurológicas de Freud fue su manera de ceñirse a la anatomía. El microscopio fue su única herramienta. Parecería que la fisiología, para él, significaba histología, y no experimentación: estática, no dinámica. Esto podría parecer extraño a simple vista en un hombre de la actividad mental de Freud, pero si reflexionamos sobre esto descubrimos que estaba en relación con algo sumamente importante en su naturaleza.

En la época en que, siendo un ávido principiante, pidió a Brücke que le señalara un tema de trabajo, le fue dado uno de histología. ¿Habría en Freud cierta docilidad o sentimiento de inferioridad que interpretó esto como sugiere el Dr. Bernfled, como si le hubiera relegado a una esfera inferior, y fuera su deber mantenerse en ella para siempre, dejando la actividad más elevada, la de la experimentación, a los tres profesores, los «mayores»? Es posible que sea así, pero se percibe en su actitud algo más profundo que eso, y sumamente característico de su personalidad.

Dos aspectos tenía esta preferencia del ojo sobre la mano, del mirar pasivamente sobre el obrar activamente. Era una atracción sobre lo primero y una aversión a lo segundo. Las dos cosas existieron. Más adelante diremos algo sobre lo primero. En cuanto a lo segundo, resalta claramente en una carta que escribió en 1878, el año a que acabamos de llegar, a un amigo, Wilhelm Knöpfmacher, en la que dice: «He pasado a otro laboratorio, y me estoy preparando para mi profesión más adecuada —mutilar animales o atormentar a seres humanos— y me estoy inclinando cada vez más a la primeras de las dos alternativas». Hubiera sido el último de los hombres capaces de permitirse el ser brutal o cruel, y sentía incluso una gran resistencia a obstruir el camino de los demás o a tratar de influir sobre otros. Cuando más tarde le tocó en suerte el ocuparse de pacientes neuróticos, pronto desistió del método —entonces corriente y resucitado ahora en otra forma— de estimularlos mediante la electricidad. Tampoco tardó mucho en abandonar la hipnosis, que para él era «un grosero método de imposición». Prefirió, en cambio, mirar y escuchar, confiado en que, una vez comprendiera la estructura de una neurosis, llegaría también a comprender debidamente las fuerzas que la produjeron y tendría el poder de actuar sobre ellas. Pierre Janet, a quien se ha considerado erróneamente un precursor de Freud, había adoptado, después del ochenta, el método opuesto. Había ideado unos experimentos, hermosos y muy ingeniosos, que le condujeron a ciertas conclusiones descriptivas, particularmente sugestivas, pero que no lo acercaron en nada a las fuerzas en juego. El método que triunfó fue el pasivo, no el activo.

En el verano u otoño de 1879 Freud fue llamado a prestar su año de servicio militar. En aquella época esto era bastante menos riguroso que ahora. Los estudiantes de medicina continuaban viviendo en su domicilio, y no tenían ninguna obligación, salvo estar cerca de los hospitales. La dificultad residía en el terrible aburrimiento, y ésta fue quizá la razón por la cual se resolvió pocos años después que debían emplear la mitad de su tiempo en ejercicios de adiestramiento militar propiamente dicho. El día que cumplió veinticuatro años lo pasó Freud bajo arresto (mayo 6 de 1880), por haber estado ausente sin licencia. Cinco años más tarde tuvo interés en almorzar con el general Podratzky, que lo había hecho arrestar, y a quien no guardaba rencor, pues admitía haber faltado sucesivamente a ocho visitas.

En la primera parte del año, Freud encontró la manera de no aburrirse dedicándose a la traducción de un libro de John Stuart Mill, el primero de cinco voluminosos libros que tradujo. Era para él un trabajo simpático, pues tenía especiales dotes de traductor. En vez de ir transcribiendo laboriosamente, párrafo tras párrafo, incluso las expresiones idiomáticas, Freud leía un pasaje, cerraba el libro y pensaba de qué manera habría enunciado los mismos pensamientos un autor alemán; método éste no muy común entre traductores. Su labor de traductor era a la vez brillante y rápida. Este fue el único trabajo, original o traducido, que jamás haya publicado sobre un tema desvinculado de sus intereses científicos, y aunque el contenido del libro probablemente le atraía, su motivo principal fue probablemente el de matar el tiempo y ganar de paso algún dinero.

Tres de los ensayos de Mill se referían a problemas sociales: el problema de los trabajadores, la liberación de la mujer y el socialismo. Mill decía, en el prólogo, que la mayor parte de estos trabajos pertenecían a su mujer. El cuarto, hecho por él mismo, era sobre el Platón de Grote. Años más tarde (en 1933) Freud observaba que su conocimiento de la filosofía de Platón era muy fragmentario, de modo que posiblemente provenía todo él de este ensayo de Stuart Mill. Agregaba, sin embargo, que le había impresionado mucho la teoría platónica de la reminiscencia, que Mill trata con mucha simpatía, y sobre la

que en alguna ocasión meditó mucho. Muchos años después dio cabida en cierto modo, a algunas sugestiones de Platón en su libro *Más allá del principio de placer.*

Las investigaciones que hemos descrito ocupaban, en realidad, poca parte de su tiempo, la mayor parte del cual era dedicado a sus estudios de medicina, patología, cirugía, etc. Aquí tuvo muchos maestros distinguidos y capaces de incitación. Algunos de ellos —como Billroth, el cirujano, Hebra, el dermatólogo y Arlt, el oftalmólogo—, eran hombres mundialmente famosos, que atraían legiones de entusiastas alumnos. Ofrecían algo más que la rutina de los conocimientos de medicina de la época. Eran innovadores brillantes en cada una de las materias respectivas y transmitían a sus alumnos el espíritu de la medicina científica. Freud, sin embargo, se mantuvo indiferente a su labor. Por Billroth, es verdad, conservó una gran admiración. Las únicas clases que halló interesantes, entre todos ellos, eran las de Meynert sobre psiquiatría, materia ésta que debe haberle parecido novedosa a Freud, devoto de los laboratorios.

El 30 de marzo de 1881, pasó su último examen de medicina, con la calificación de «excelente». Este resultado se debió, según Freud, solamente a la memoria visual que poseyó durante toda su infancia y su adolescencia, si bien posteriormente era cada vez menos de fiar. No había aprovechado el largo intervalo para preparar el examen, pero «en la tensión que precedió al examen final debo haber hecho uso del resto de esa habilidad, puesto que, a lo que parece, sobre algunos temas debo haber dado a los examinadores respuestas automáticas, que resultaron ser reproducciones exactas del libro de texto que había recorrido apenas una sola vez, con la mayor prisa». La ceremonia de graduación tuvo lugar en la hermosa aula del edificio barroco de la vieja Universidad. Estuvo presente la familia de Freud, así como Richard Fluss con sus padres, los viejos amigos de su primera infancia, allá en Freiberg, Moravia.

La obtención del título de médico no constituyó en ningún sentido un momento crucial en la vida de Freud, ni siquiera un acontecimiento de mucha importancia en sí mismo. Era algo que correspondía hacer, dentro del curso natural de las cosas, y

ya no podrían mortificarle con el mote de haragán. Pero él siguió trabajando en el Instituto de Brücke, en un plan de labor que acaso, a su debido tiempo, lo llevaría a ocupar una cátedra de fisiología. Pero si acariciaba un sueño de esta índole no pasaría mucho más de un año antes de que fuera rudamente descartado.

V

LA CARRERA MÉDICA

(1881-1885)

Cabe preguntarse cuál era el estado de ánimo de Freud durante los años que pasó en el laboratorio de Brücke incompatible con todo posible plan tendiente a crear un medio de vida para el futuro, a todas luces necesario para su deficiente situación económica. No cabe imaginar que viviera olvidado de una circunstancia tan evidente, y ajeno al hecho sumamente probable de que esto lo obligaría, de un modo o de otro, a ejercer la medicina. Pero soslayó el problema por todo el tiempo que le fue posible, y debió haber tenido poderosas razones para hacerlo. Dos de estas razones son fáciles de descubrir. Una de ellas era su aversión a la práctica médica, hecho éste que representa un problema en sí mismo. La otra razón era la gran afición que sentía por su trabajo de laboratorio. Esto último tenía más de una causa. Se puede suponer que encontrara ese trabajo interesante en sí mismo, pero lo más importante en este aspecto es su invariable preferencia por la investigación, en lugar del ejercicio de la profesión. El descubrir algo nuevo, para enriquecer con ello nuestro acervo de conocimientos, era posiblemente el móvil más poderoso en su idiosincrasia.

Decidió así continuar con el trabajo de investigación tan apropiado a su carácter y tan disciplinado, hasta donde decorosamente le fuera posible, de acuerdo, primeramente, con la

ayuda económica de parte del padre, que tan voluntariamente le fue acordada, y más tarde, cuando esa ayuda le faltó, con la de sus amigos. Continuó al mismo tiempo, no obstante, con sus estudios regulares de medicina y decidió finalmente, en marzo en 1881, presentarse a los exámenes. Esto debió haber atenuado sin duda sus autorreproches por los tres años de retraso en la carrera, pero al mismo tiempo, como en seguida veremos, lo colocaron ante problemas aún más graves.

Su graduación, aparentemente, no dio lugar a cambio alguno de importancia. Freud continuó trabajando como antes, durante quince meses más, en el Instituto de Fisiología, esta vez dedicándole íntegramente su tiempo. A los dos meses fue promovido al cargo de demostrador, al que correspondían ciertas tareas de enseñanza. Retuvo el cargo desde mayo de 1881 hasta julio de 1882.

Al mismo tiempo que hacía esto, se ocupó durante un año en trabajos avanzados de investigación sobre análisis de gases, en el Instituto Químico de Ludwig, en el que era ayudante su amigo Lustgarten. Si bien la química era bastante de su agrado, no tuvo aquí ningún éxito, y más tarde solía referirse a este año dedicado a la materia como un tiempo perdido, cuyo recuerdo le resultaba humillante. En efecto, este año de 1882 fue designado por él, posteriormente, «como el año más deplorable y más infructuoso de mi vida profesional».

Freud retuvo el cargo de demostrador durante tres semestres. Con el correr del tiempo, por lejos que estuviera la meta final, esto habría de conducirle al cargo de ayudante primeramente, luego al de profesor adjunto y finalmente al de profesor de Fisiología en su querido Instituto, objetivo lógico de sus afanes. Pero al final del tercer semestre, en junio de 1882, se produjo un acontecimiento que puede ser considerado realmente como uno de los hechos decisivos de su vida, un hecho que, antes de que transcurrieran muchos años, tuvo como consecuencia el que Freud se viera, primeramente sin advertirlo él mismo, ya embarcado en su carrera definitiva.

Este hecho fue la decisión de ganarse la vida como médico y renunciar a su cargo en el Instituto Brücke. He aquí como lo describe él mismo, en 1923, en su *Autobiografía:* «El hecho

decisivo se produjo en 1882, cuando mi maestro, por quien yo sentía la más alta estima imaginable, corrigió la generosa imprevisión de mi padre aconsejándome enfáticamente, en vista de mi mala posición económica, que abandonara mi carrera teórica. Seguí su consejo, abandoné el laboratorio de fisiología e ingresé en el Hospital General».

Cuando algunas personas, como Wittels por ejemplo, supusieron que había habido una ruptura con Brücke, Freud lo negó terminantemente, repitiendo que había tomado su decisión por consejo de Brücke. Brücke, por cierto, conservó un cálido interés por la carrera de Freud. Fue su principal padrino cuando aspiró al título de *Privat-Dozent,* siendo en esto nada más que secundado por Meynert y Nothnagel, así fue como gracias a su influencia, y contra una poderosa oposición, que Freud obtuvo la valiosísima beca para el viaje de estudios a París. Quedaron así en términos de la más franca amistad. Brücke fue una de las primeras personas que visitó, cuatro años más tarde, a su regreso de París.

Las perspectivas económicas eran indudablemente bastante oscuras. Los ayudante de la Cátedra eran ambos apenas diez años mayores que él, de modo que difícilmente quedaría vacante tal cargo por muchos años. En cuanto a la cátedra misma, Freud contaba sesenta y nueve años cuando falleció Exner, el sucesor de Brücke, de modo que en el más favorable de los casos ya se ve que habría debido ser una muy larga espera. El sueldo que se pagaba a un ayudante, por lo demás, era tan exiguo que difícilmente bastaría para su subsistencia sin contar con entradas privadas, y ciertamente no le permitiría fundar una familia.

Con tales perspectivas, y con una base económica tan deficiente como la suya, ¿cuánto tiempo podría calcular Freud poder seguir esa situación? Al comienzo dependió casi exclusivamente de la ayuda paterna. Algunos honotarios muy reducidos, por sus publicaciones, y en 1879 una beca de la Universidad, de cien gulden (8 libras), fueron sus únicas entradas propias. Su padre que ya tenía sesenta y siete años y la carga de una familia de siete hijos, se hallaba a su vez en una situación financiera apurada y verdaderamente incierta, viéndose en la ne-

cesidad de ser ayudado, por momentos, mediante préstamos y regalos, por parte de la familia de su mujer. Había perdido su pequeño capital en el desastre financiero de 1873. Había llegado la época, por lo demás, en que ya no ganaba nada, y se encontraban, él y los suyos, en grandes aprietos. Es verdad que había ayudado a su joven hijo, ya graduado, generosamente y con la mejor voluntad, con esa imprevisión que lo caracterizaba. Había alentado anteriormente la esperanza de que Sigmund se dedicara a los negocios, pero luego se resignó, no sin un suspiro, probablemente, a la carrera intelectual de su hijo, de cuyos éxitos estaba, sin duda, orgulloso. Veía con satisfacción que su hijo pudiera continuar la senda que había elegido y se sentía contento de poder contribuir a ello en lo posible. Es cierto también que las necesidades de Sigmund eran muy modestas. Aparte de silencio y tranquilidad para sus lecturas, y la compañía de amigos que pensaran de una manera similar a la suya, apenas necesitaba algo más que libros. Naturalmente esto último gravitaba sobre su pensamiento. Había épocas en que tenía que pedir dinero prestado a sus amigos, pero lo devolvía escrupulosamente, incluso antes de la fecha prevista.

Pero hacia esa época encontró un generoso protector en la persona de Breuer, que le hacía «préstamos» casi con regularidad. Hacia 1884 su deuda con Breuer ascendía a la considerable suma de 1500 gulden (alrededor de 125 libras).

El cuadro, en conjunto, no era brillante. Cabe preguntarse solamente cuál era el estado de ánimo del mismo Freud al respecto. Tenía veintiséis años. No había querido ser médico. Pero se encontraba en un callejón sin salida, sin tener prácticamente perspectiva alguna de contar con un medio de vida. La falta de previsión, y en este caso, incluso, de sentido de la realidad, parece cosa enteramente extraña al Freud que conocimos más tarde, tan sensible siempre a los aspectos prácticos de la vida. El relato que más tarde hace de los hechos de esa época justifica incluso la impresión de que fue la persuasiva intervención de Brücke lo que le despertó bruscamente de un sueño, el sueño idealista de servir a la ciencia, al margen de toda consideración mundana.

En realidad ni Freud era ciego de ningún modo a la reali-

dad de su situación, ni su decisión fue inesperada. Desde el momento mismo de su graduación como médico había contemplado, «con creciente pesadumbre», la inevitable decisión que se presentaba ante él, de abandonar el trabajo de laboratorio por el ejercicio de la medicina. Pero lo que llevó las cosas a su planteo decisivo en un determinado momento fue algo nuevo que ocurrió en su vida. ¡Se había enamorado ciegamente! Más aún: en un jardín de Mödling, en un histórico sábado 10 de junio, había recibido de la dama, que no era otra que Marta Bernays, insinuaciones que le permitieron atreverse a proseguir su cortejo. Al otro día reflexionó sobre la situación y tomó una resolución.

Aun cuando Freud no mencionó nunca esto como motivo de su resolución, fue evidentemente el hecho decisivo. Es muy propio de él no mencionarlo. Bernfeld observa, llamando la atención sobre el particular, que en las autoconfesiones esparcidas en sus escritos, Freud aparece a veces como malvado, parricida, ambicioso, mezquino, vengativo, pero nunca como enamorado (salvo por algunas alusiones, muy superficiales, a su mujer).

La decisión fue indudablemente muy dolorosa, pero Freud la tomó resueltamente. Al admitir, dirigiéndose a Marta, el desgarramiento que para él había sido el «separarse de la ciencia», agregaba alegremente: «pero quizás esto no es definitivo». El primer paso que dio era una cosa inevitable. No había evidentemente ninguna posibilidad que no fuera la de procurarse de un medio de vida mediante la práctica de la profesión, y para lograr esto —salvo que se decidiera a mantenerse en los últimos peldaños de la profesión— era necesario adquirir alguna experiencia clínica en el hospital, cosa en la cual no había adelantado nada hasta entonces: en aquella época los estudiantes de medicina, por lo menos en el Continente, aprendían solamente en clases y demostraciones, sin adquirir ninguna experiencia personal en el cuidado de enfermos. Es así como Freud se dispuso a pasar dos años viviendo y estudiando en el hospital, para adquirir de este modo un conocimiento más cabal y de primera mano sobre todas las especialidades. Terminó por permanecer allí tres años completos. Si podía lograr el cargo de

Sekundararzt, una especie de combinación de médico interno y de guardia, se encontraría ya, por lo menos, en una categoría mediana dentro de la profesión, situación que luego, mediando la suerte, podría mejorar aún. Esto fue, pues, lo que hizo sin demora, y el 31 de julio se inscribió en el Hospital General de Viena.

Decidió comenzar con cirugía, dando como razón que dadas las responsabilidades que comporta la especialidad, se vería obligado a prestarle seriamente su atención, y por otra parte, por estar ya habituado a hacer uso de sus manos. Esta labor le resultó físicamente muy pesada, y sólo permaneció un poco más de dos meses en las salas de cirugía. Las consultas se prolongaban de 8 a 10 y luego de 4 a 6. De 10 a 12 tenía que ocuparse de leer la literatura referente a los casos que acababa de examinar. El jefe, el profesor Billroth, estaría probablemente de vacaciones, dado que Freud afirmó más tarde no haberse encontrado con él.

El 4 de octubre visitó al gran Nothnagel, llevando una carta de presentación de Meynert. Nothnagel acababa precisamente de llegar de Alemania, para ocupar en Viena la cátedra de Medicina, que luego retuvo hasta su muerte, acaecida veintitrés años más tarde. Era muy grande la influencia de un hombre en esa posición, y Freud juzgó bien al suponer que su futura carrera, especialmente en lo que se refiere a su futuro ejercicio de la profesión, dependería mucho de la buena voluntad de Nothnagel. En una extensa carta hizo una descripción completa de la casa, de la apariencia personal y la manera de ser de Nothnagel, además de una escrupulosa reproducción de la entrevista. Nothnagel tenía dos ayudantes. Había una vacante, pero ya estaba comprometida. Freud le solicitó, por tanto, actuar en su sección como *Aspirant*, algo así como un «ayudante de clínica», hasta poder ocupar un cargo de *Sekundararzt*. Meynert volvió a hablar con Nothnagel en favor de Freud, y así ingresó éste a la clínica, en calidad de Aspirante el 12 de octubre de 1882. Entonces se le adjudicó un sueldo.

La sección del Hospital en que ahora trabajaba Freud era la de Medicina Interna, de Nothnagel. Este era un gran médico, si bien no tan original como Rokitansky, su antecesor. Te-

nía un concepto sumamente estricto de los deberes del médico. Dirigiéndose a los estudiantes, decía: «Aquel que necesita más de cinco horas de sueño no debe estudiar medicina. El estudiante de medicina debe asistir a clase desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde. Después debe ir a su casa y quedar estudiando hasta bien tarde de noche». Tenía, además, un carácter generoso y noble, y era idolatrado tanto por sus alumnos como por sus pacientes. Freud lo admiraba y lo respetaba, pero no podía imitarlo en su entusiasmo por la medicina. No encontraba mayor interés ni en tratar a los enfermos en las salas ni en estudiar sus enfermedades. A esa altura de las cosas debía estar más convencido que nunca de que no había nacido para ser médico.

Freud trabajó bajo las órdenes de Nothnagel durante seis meses y medio, hasta fines de abril, y el primero de mayo de 1883 pasó a la clínica de psiquiatría de Meynert, donde desde el comienzo fue designado *Sekundararzt*. Se mudó entonces al Hospital, y fue ésta la primera vez que abandonaba su casa, a no ser para sus breves vacaciones. Tenía entonces veintisiete años. Ya nunca más volvió a dormir en casa de los padres.

Meynert (1833-92), su nuevo jefe, era en una esfera tan distinguido, por lo menos, como Brücke lo era en la suya, de modo que pudo Freud mirarlo con el mismo respeto, ya que no con el mismo sentimiento de reverencia. Las de Meynert fueron las únicas clases de medicina que despertaron su interés como estudiante. En sus obras le vemos hablar del «gran Meynert, cuyos pasos he seguido con tanta veneración», y a pesar de amargos desengaños personales que llegaron años después, siempre lo recordaba como el genio más brillante que jamás hubiera encontrado.

Freud compartía la opinión general de que Meynert era el más grande anatomista del cerebro de su tiempo, pero la opinión que de él tenía como psiquiatra era mucho menos entusiasta. Sin embargo, es en su trabajo sobre la perturbación llamada «amencia de Meynert» (psicosis alucinatoria aguda) donde obtuvo la viva impresión del mecanismo de realización de deseos (*wish fulfillment*), que tan ampliamente habría de aplicar más tarde en sus investigaciones sobre el inconsciente.

Freud permaneció en la clínica de Meynert cinco meses, dos en la sala de hombres, y luego tres en la de mujeres. En eso consistió toda su experiencia de caracter puramente psiquiátrico. En sus cartas de la época se mostraba entusiasmado por el estímulo que decía hallar en la actitud de Meynert como maestro, «una persona que estimula más que una legión de amigos». El trabajo era intenso, y las siete horas diarias en las salas resultaban apenas suficientes. Estaba decidido a dominar la materia, y leía continuamente acerca de la misma, en Esquirol, Morel, etc. No dejó de señalar lo poco que sobre el particular entendían los psiquiatras.

Los meses que pasó en la Clínica Psiquiátrica fueron satisfactorios en más de un aspecto. Freud afirmaba haberse hecho muy buenos amigos entre los médicos internos «de manera que —agregaba— no debo ser una persona absolutamente insoportable». Cuando los *Sekundarärzte* se unieron para presentar a las autoridades una protesta por las escasas comodidades del Instituto Patológico, designaron como portavoz a Freud, que evidentemente empezaba a destacar entre los demás.

El 1.º de octubre de 1883 Freud pasó al Departamento de Dermatología. Había en el hospital dos departamento para la especialidad, uno para enfermedades comunes de la piel y el otro para enfermedades sifilíticas y otras enfermedades infecciosas. Fue en esta última sección en la que Freud prefirió hacer su práctica, en razón de la importante relación existente entre la sífilis y las diversas enfermedades del sistema nervioso. Lamentaba, sin embargo, haber actuado solamente en la sala de hombres, y no haber podido ver, por lo tanto, los mismos trastornos en la mujer. Era un trabajo muy llevadero. Las visitas en la sala terminaban a las diez de la mañana y sólo tenían lugar dos veces por semana. Tenía así tiempo suficiente para el laboratorio.

Durante los tres meses que trabajó aquí asistió también a cursos especiales de rinolaringología, ocasión ésta en la que, al realizar los trabajos prácticos en el Policlínico, se encontró torpe para el manejo de los instrumentos. Había solicitado trabajar con Urbantschitsch, pero este curso ya estaba cubierto y entonces lo hizo con Ultzmann.

Antes de partir para Wandsbek, Marta solía visitar a Freud en su alojamiento en el hospital. En octubre, antes de abandonar el servicio de Meynert, tuvo que mudarse a una nueva habitación, y con el objeto de tener informada a Marta de los detalles de su vida diaria hizo una descripción de su nuevo alojamiento, con un diagrama que reproducimos aquí. Para alegrar la habitación, que Marta no honró nunca con su presencia, Freud le pidió que le bordara dos «cuadros votivos» para colgar sobre su escritorio. Eligió, para ello, dos inscripciones. Una, adaptada de *Cándido*, era:

Travailler sans raisonner.

La otra que según le dijo Fleischl era de San Agustín, decía:

En cas de doute abstiens toi.

Tres años más tarde, cuando se iniciaba en la práctica médica, le hizo bordar una tercera inscripción, esta vez con una frase favorita de Charcot:

Il faut avoir la foi.

A fines de 1883 sus comodidades en el hospital mejoraron, pues disponía de dos habitaciones.

El 1.º de enero de 1884 Freud inició su más largo período de trabajo en el hospital. El departamento tenía el nombre de Nervenabteilung (Sección Nervios), pero no siempre se presentaban allí enfermos de esa condición. Cuando esos casos se presentaban el Superintendente, Franz Scholz, a quien no le interesaban más, trataba de deshacerse de ellos cuanto antes, pero había una verdadera conspiración de parte de los médicos encargados de la admisión, en el sentido de hacer ingresar el mayor número posible de tales pacientes. El Superintendente, al parecer, sólo estaba interesado en reducir los gastos, de modo tal que los pacientes pasaban hambre y sólo se podían recetar los medicamentos más baratos: no se podían ensayar las dro-

gas nuevas por ser muy costosas. Exceptuando este aspecto, sin embargo, los médicos jóvenes tenían carta blanca e incluso eran estimulados por Scholz a realizar todas las investigaciones que se sintieran capaces de emprender. Freud se sintió indignado ante el estado en que halló las salas. No se las mantenía limpias, de modo tal que cualquier barrido que se hacía levantaba una intolerable nube de polvo. No había instalación de gas en todo el hospital, y desde que anochecía los pacientes quedaban en la más completa oscuridad. Las recorridas de los médicos, así como las eventuales operaciones de urgencia, tenían que hacerse con la ayuda de un farol.

Durante los seis meses a partir de entonces, Freud trabajó firmemente en el laboratorio, al que dedicaba dos horas diarias, entre las horas de visitas. Pero en julio se produjo un hecho extraordinario. Tres días antes de la fecha fijada para su mes de vacaciones en Wandsbek, llegó la noticia de que el gobierno montenegrino había solicitado el envío urgente de algunos médicos austríacos, para ayudar a contener una epidemia de cólera que amenazaba extenderse a través de la frontera. Para espanto de Freud, tanto Moritz Ullmann, el otro Sekundararzt «menor» —eran dos—, como el «mayor», Josef Pollak, se ofrecieron como voluntarios para la aventura, y lo dejaron solo, único médico en su departamento. El jefe, Scholz, ya se había ausentado para sus vacaciones de dos meses. El primer impulso de Freud fue el de renunciar definitivamente a su puesto en el hospital, ir a Wandsbek y luego probar suerte, como práctico general. Pero luego de pensarlo más fríamente, y bajo la influencia apaciguante de sus amigos Fleischl y Breuer, decidió quedarse. Dos nuevos médicos «menores» fueron colocados bajo su dirección, y él mismo se vio colocado en el responsable cargo de Superintendente. Esto significaba haber saltado dos categorías en el escalafón. Cuando Marta le pidió que le explicara qué importancia tenía esto, él le replicó sucintamente: «Quiere decir que el Director del Hospital te invita a sentarte en su presencia». Entró a ocupar su nuevo cargo el 15 de julio y permaneció en él seis semanas, cobrando por el último mes 45 gulden (£ 3,12 s.).

Ahora tenía a su cargo 106 pacientes, con diez enfermeras,

dos Sekandararzte y un aspirante bajo sus órdenes. El aspirante era un tal Dr. Steigenberger, un devoto admirador de Marta que miraba al rival triunfante con temor reverencial. A Freud le gustaba toda esta situación, aún cuando refunfuñaba: «¡Qué difícil es dirigir!» Se beneficiaba también desde el punto de vista profesional: «fue en esas semanas que realmente me convertí en médico». El 1.° de setiembre se ausentó para sus bien ganadas vacaciones en Wandsbek.

Scholz, a su regreso, le reprochó el no haber sido bastante económico, pero parece haberse ablandado cuando Freud le dio un informe satisfactorio de la labor médica cumplida. Sin embargo, las relaciones entre ambos se hicieron evidentemente tensas. Freud aborrecía la mezquindad, y no siempre se tomaba el trabajo de ocultar su opinión. Como luego veremos, las cosas llegaron al extremo en febrero.

En la primavera de 1885, según afirma Freud, fue nombrado Conferencista en Neuropatología, «en base a mis publicaciones histológicas y clínicas». Se refería evidentemente a la posición de *Privat-Dozent*. Este título, tan importante en Austria y en Alemania, no tiene equivalente exacto en las escuelas de medicina de las universidades norteamericanas ni en las inglesas. Tal vez lo que más se le acerca es el Don de Oxford o de Cambridge. El Privat-Dozent no tiene derecho de asistir a las reuniones de la Facultad, ni recibe sueldo alguno, pero se le permite dictar un cierto número de clases, habitualmente sobre temas al margen del programa. Es una posición muy cotizada. Es condición necesaria para todo progreso dentro de la Universidad, y goza de un gran prestigio entre el público en general, ya que es una garantía de especial competencia. El número de estos cargos es muy limitado, de modo que el pequeño grupo de los favorecidos constituye una élite.

Desde el principio de su carrera médica Freud tuvo bien presente esa finalidad. Lo que le importaba en esto no era solamente la posición profesional correspondiente sino la enorme ventaja que representaba en cuanto a la seguridad que prometía de un ejercicio profesional que le permitiría casarse. En 1883 había tenido la esperanza de que el método de impregna-

ción que había ideado tendría un éxito suficiente como para asegurarle esa recompensa, pero un año más tarde se hizo evidente que su tesis tendría que basarse sobre las investigaciones que por entonces estaba realizando sobre anatomía del bulbo raquídeo. En mayo de ese año tenía la esperanza de poder presentarse en la próxima Navidad. Pero en junio se sintió tentado de apartarse de ese plan al recibir un ofrecimiento de viaje por cuenta de un paciente psicótico a quien se le daban diez meses de vida (probablemente un caso de parálisis general). Durante este tiempo ganaría 3.000 gulden (£ 240), lo que importaría la posibilidad de adelantar en un año íntegro el casamiento. Pero significaría también abandonar el hospital para siempre y renunciar a presentarse para optar al cargo superior. A pesar de la impaciencia de su largo noviazgo, no vaciló en la elección y continuó en su cargo. Había estado ganando dinero mediante un curso que dictaba sin la autorización legal, y un colega más antiguo lo desplazó en el mismo. Se preguntaba, por lo tanto, si tendría la posibilidad de llegar a ser Docente antes de terminar el trabajo sobre anatomía, con el que había contado para el caso. Breuer opinó que sí, y cuando se dirigió a Nothnagel para pedirle su opinión, el gran hombre no sólo se mostró sumamente benévolo sino que le expresó su confianza en el triunfo de Freud de una manera realmente enfática. Le aseguró que no faltaría a la reunión en que ello se decidiría, y que él se bastaba para lograr el resultado apetecido, cualquiera que fuera la oposición. Envalentonado de este modo, Freud envió su solicitud el 21 de enero de 1885.

En la reunión del 24 de enero se designó en la Facultad una comisión compuesta por Meynert, Brücke y Nothnagel para ocuparse de esta solicitud e informar de los resultados a la Facultad. El 1.° de febrero Brücke comunicó brevemente su opinión a la comisión: «Los trabajos microscópico-anatómicos del Dr. Freud han tenido una aceptación general en cuanto a sus resultados. En la medida en que hasta el presente han podido ser puestos a examen han sido confirmados. Conozco bien su labor y estoy dispuesto a firmar cualquier informe en que se recomiende la aceptación del solicitante. Es mi deseo asistir a la reunión de la Comisión, si ésta llegara a ser necesaria».

El 5 de febrero Nothnagel se declaró solidario de la opinión de Brücke, y el 28 del mismo mes Brücke presentó en una reunión de la Facultad el informe de la Comisión, redactado por él y refrendado por Maynert y Nothnagel.

En su informe, Brücke analizó cuidadosa, extensa y elogiosamente los trabajos histológicos de Freud. Terminaba con la recomendación siguiente: «El Dr. Freud es un hombre de buena cultura general, de carácter tranquilo y serio, un trabajador excelente en el campo de la neuroanatomía, de fina destreza, visión clara, vastos conocimientos, un cauteloso método para la deducción y dotado del talento de la expresión escrita bien organizada. Sus hallazgos gozan de aprobación y confirmación. Su estilo en las conferencias es transparente y seguro. Las condiciones del investigador científico y del docente bien dotado se unen de tal manera en él, que la Comisión hace al Honorable Colegio la sugestión de que sea admitido a las ulteriores pruebas de aptitud». En la reunión de la Facultad esta documentación fue inmediatamente aceptada, por veintiún votos contra uno.

Esta era la fase decisiva, y la buena nueva fue inmediatamente telegrafiada a la novia. Tres meses después recibió la invitación de presentarse al examen oral el 13 de junio, y esto hizo surgir el angustioso problema del traje. Fueron comprados el sombrero de copa y los guantes blancos, pero quedaba el difícil problema de si convenía alquilar el traje de etiqueta requerido, o mandar a hacer uno sin perspectivas de poderlo pagar. Freud optó por lo último.

Había otros dos candidatos. Freud fue el primero en ser conducido al recinto, en que estaban sentados siete u ocho de los grandes. Fue interrogado primero por Brücke y luego por Meynert, sobre anatomía y patología de la médula espinal, tema este en que se sentía bien a sus anchas. Tan bien estuvo que Brücke lo siguió fuera del recinto para decirle que su exposición había sido excelente y para expresarle su propio elogio y el de otros profesores presentes. Un relato completo de lo acontecido fue inmediatamente despachado a Marta. El 20 de junio la Facultad decidió, pero esta vez sólo por diecinueve votos contra tres, permitirle dar la conferencia de prueba. Aquí se tra-

taba ya de un acontecimiento público, que fue debidamente anunciado en los periódicos. Tuvo lugar en la sala de clases del Instituto de Brücke, «donde había hecho, con inigualado entusiasmo, mi primer trabajo, y donde había abrigado la esperanza de llegar a ser el ayudante de mi jefe. ¿Será esto un presagio de que, después de todo, me será dado volver al trabajo científico y a la teoría? ¿Crees en presagios?». El tema elegido fue «Los haces bulbares del cerebro», y el informe oficial dice que la disertación fue acogida con unánime satisfacción.

El 18 de julio la Facultad decidió recomendar a Freud para su designación como *Privat-Dozent* en Neuropatología, pero con esto no se habían terminado aún las formalidades. El 8 de agosto se le requirió que se presentara a la Jefatura de Policía para comprobar si por su carácter merecía el honor del nombramiento y si su conducta pasada había sido irreprochable. Al anunciar esto, agregaba en tono festivo: «Decidí no divulgar nada». Un mes más tarde, el 5 de setiembre de 1885, después de la debida consideración del caso por el Ministerio, éste decidió ratificar la designación, con lo que Freud se vio realmente convertido en Privat-Dozent.

Freud trabajó en la llamada *Nervenabteilung* (Sección Nerviosa) de Scholz sólo catorce meses, y no veinte, como afirman otros autores. Hacia fines de febrero de 1885 el director del Hospital le informó que Scholz quería que se lo trasladara a otro departamento. Freud protestó ante Scholz, pero fue en vano. Habían tenido ciertas discusiones acerca de su diferente manera de concebir la dirección de un hospital. Fue así como el 1.° de marzo entró al Departamento Oftalmológico. Tres meses trabajó aquí, y el 1.° de junio fue trasladado al Departamento Dermatológico. Pero un día antes recibió de Obersteiner la invitación de trabajar como suplente en un sanatorio de enfermedades mentales que éste tenía en las afueras de Viena, en Oberdöbling. Fue autorizado por su jefe, para aceptar la proposición, y el 7 de junio se hizo cargo del nuevo puesto. Le daban alojamiento y comida, y 100 gulden. El médico interno jefe del sanatorio era el profesor Leidesdorf, que le tomó simpatía a Freud, y le ayudó más tarde de diversos modos. Era

una institución de categoría social elevada, y Freud tuvo que usar, para desempeñarse en forma apropiada, sombrero de copa y guantes blancos. Entre los sesenta pacientes, había uno que era hijo de María Luisa, la emperatriz de Napoleón; era un alienado mental sin esperanzas de recuperación. A Freud le agradaba vivir allí, y le preguntó a Marta si le agradaría vivir en el sanatorio en caso de que los otros proyectos, más ambiciosos, fracasaran. Pero durante su permanencia allí llegó una gran noticia. Para explicar eso tenemos que volver un poco atrás.

En una carta del 3 de marzo de 1885, Freud exponía su idea de solicitar un *Stipendium* (beca para viaje de estudios) que el Ministerio ofrecía, entre los graduados, al candidato triunfante entre los *Sekundarärzte* menores. El monto ascendía a la magnífica suma de 600 gulden (£ 48), e iba acompañado además de una licencia de seis meses. Esto último no interesaba a Freud, ya que se proponía renunciar a su puesto antes de partir, pero de todos modos su plan era ausentarse de Viena por seis meses. No se explica cómo, aún en aquellos tiempos, era posible viajar a cualquier parte y pagar el sustento de seis meses con una suma como ésa, y más aún teniendo en cuenta que la mitad de la misma era pagada un par de meses después del regreso del candidato. Pero Freud no se dejó nunca disuadir por obstáculos de esa naturaleza, e inmediatamente decidió, de ser posible, dirigirse a París, a la clínica de Charcot. Pero conociendo, como conocía, el papel decisivo que en Viena desempeñaba el favoritismo, no tuvo esperanzas de ser el feliz agraciado por la beca.

El plazo de presentación de la solicitud expiraba el 1.º de mayo, y la reunión en que se tomaría la resolución iba a realizarse un mes más tarde, lo cual concedía a los candidatos algunas semanas para procurarse el necesario apoyo. Freud se entregó inmediatamente, con todo empeño, a esta tarea, y entre esta actividad y la preocupación que le creaban sus inciertas perspectivas de éxito, su trabajo durante los dos meses que siguieron fue muy escaso. Su amigo Lustgarten le consiguió el apoyo del profesor Ludwing, el nuevo Primarius del *Abteilung*

(Superintendente del Departamento) en que trabajaba Freud. Nothnagel y Meynert prometieron su apoyo, y Breuer ganó para él al famoso cirujano Billroth. El profesor Leidesdorf, en cuya clínica psiquiátrica privada Freud acababa de actuar durante tres meses como sustituto, se unió a los anteriores, asegurando además el apoyo de Pollitzer, el famoso otólogo, y otros más. Esto, no obstante, alarmó a Freud, ya que sabía que Meynert odiaba a Leidesdorf, y podría, en consecuencia, disminuir su apoyo. Más grave que esto fue que Brücke, uno de sus puntales más poderosos, enfermara unas semanas antes de la reunión, pero felizmente se restableció a tiempo.

Cuando ya se acercaba el momento de la designación, Freud calculó que podría contar con ocho votos, sobre veintiuno. Había otros dos candidatos, y cuando supo que uno de ellos era sobrino del influyente profesor Braun, consideró casi perdido su caso. Había, es cierto, posibilidad de que un empate en los votos le permitiera triunfar como tercero en discordia, pero también esta esperanza quedó desvanecida cuando al peligroso sobrino se le aconsejó que desistiera a causa de su temprana edad. Cuando llegó el día 30 de mayo, y se reunió el Consejo para constituirse en jurado, Freud escribía con tristeza: «Este es el día en que algún otro conseguirá la beca». Pero al día siguiente supo que no se había tomado ninguna decisión y que el asunto había sido remitido a una subcomisión compuesta de tres miembros, propicios respectivamente a cada uno de los candidatos (el tercera candidato no se había retirado aún). Se mostró fastidiado por esta «postergación de una inútil esperanza».

Pasaron tres semanas entre argumentaciones de una parte y la otra. Sucedió entonces que en la noche anterior al día en que se tomó realmente la decisión final Freud soñó que su representante, que era nada menos que Brücke, le dijo que no tenía posibilidades, porque había siete candidatos con mejores perspectivas que él. Dado que en la familia de Freud había, fuera de él —entre varones y mujeres—, siete hermanos, no era difícil advertir el carácter de reaseguramiento que tenía este sencillo y breve sueño. Entre todos ellos había sido, sin duda, no sólo el más promisor sino también el más favorecido, y cualquier clase de arrepentimiento que hubiera podido sentir a este

respecto estaba representado en el sueño por la severa figura de Brücke, en quien sabía, no obstante que podía confiar sin reservas.

Al día siguiente, 20 de junio, envió a su dama una carta ditirámbica. Su unión con ella le parecía ahora mucho más cercana que antes. Había ganado por trece votos contra ocho. «¡Oh, qué maravilloso va a ser! Vendré con mucho dinero y me quedaré mucho tiempo contigo, y voy a traer alguna cosa hermosa para ti, y luego iré a París y llegaré a ser un gran savant y volveré a Viena con una gran, gran aureola. Después nos casaremos pronto y yo voy a curar a todos los enfermos nerviosos incurables, y tú cuidarás de mí, y yo te besaré hasta verte contenta y feliz... Y desde entonces viviremos felices».

Unos días después Fleischl le dijo que lo que le había valido el éxito fue «la apasionada intercesión de Brücke, que había causado sensación general».

El último día de agosto de 1885 Freud dejó el Hospital General para siempre, luego de haber vivido y trabajado allí exactamente tres años y un mes. Esto señalaba casi el final de su experiencia en medicina general. Las diecinueve semanas que pasó en París las dedicó exclusivamente a la neurología. Luego, durante tres semanas, estudió en Berlín bajo la dirección de Baginsky, enfermedades de los niños, materia ésta de la que no se había ocupado durante su preparación en Viena. La otra razón que tenía para esto era el ofrecimiento que se le había hecho de que se hiciera cargo del Departamento Neurológico de la Clínica para Niños, de Kassowitz. El importante trabajo que aquí realizó sobre parálisis infantil forma parte de sus trabajos de neurología.

Para llegar a ser un buen práctico general, le habría hecho falta más experiencia en cirugía y partos, pero desde el punto de vista puramente clínico ya estaba bien preparado. Tres años de residencia en calidad de médico, en un hospital, es algo diferente de un simple diploma médico. El hecho de que durante esos años realizó también importantes trabajos de investigación, y alcanzó al mismo tiempo el cargo de Docente, demuestra que fue un tiempo bien aprovechado. Al terminar este período tenía veintinueve años.

El año 1885, fue, pues, un año de éxitos. Había dado fin a sus importantes investigaciones sobre el bulbo raquídeo, que pronto serían publicadas, logró su propósito de visitar a Charcot, en París, y pudo presentarse como *Privat-Dozent* en Neuropatología.

VI

EL EPISODIO DE LA COCAÍNA

(1884-1887)

Durante los tres años de Hospital, Freud estuvo constantemente entregado al empeño de hacerse un nombre mediante el descubrimiento de alguna cosa importante, ya sea en el terreno de la clínica o en el de la patología médica. Su móvil en esto no era simplemente, como podría suponerse, la ambición profesional, sino mucho más que esto, la esperanza de un éxito que pudiera abrirle una perspectiva suficiente en el terreno de la práctica privada como para justificar el adelantar la fecha de su casamiento en un año, o incluso dos, en relación con la fecha que podía animarse a considerar como probable tal como iban las cosas. Deben habérsele ocurrido muchas ideas al respecto, y en sus cartas menciona repetidas veces uno u otro descubrimiento que podría conducirle al deseado fin. Pero ninguna de esas ideas dio resultado. La mayor parte de las veces, por desgracia, sólo proporciona en sus alusiones un vistazo atormentadoramente fugaz de dichas ideas. Los únicos dos casos en que se extiende sobre el tema son aquellos en que más cerca estuvo de lograr su propósito: son los que se refieren al método del cloruro de oro para la impregnación del tejido nervioso y al uso clínico de la cocaína.

Esto último, como luego veremos, representa algo más que uno de los tantos esfuerzos de rutina, y los problemas que

plantea justifican que lo presentemos como un episodio aparte.

Lo que Freud mismo nos relata al respecto es lo siguiente:

Aquí puedo retroceder un poco y explicar cómo fue por culpa de mi prometida que yo no llegué a ser famoso siendo joven. Un interés colateral, aunque profundo, me condujo en 1884 a obtener de Merck una pequeña porción de cocaína, alcaloide poco conocido a la sazón, y a estudiar su acción fisiológica. Cuando me hallaba en medio de esta tarea, se presentó una oportunidad de hacer un viaje para visitar a mi novia, de la que estaba separado hacía dos años. Apresuradamente di término a mi investigación sobre la cocaína, contentándome con anotar en mi libro sobre el tema la afirmación profética de que *pronto se habrían de encontrar nuevas aplicaciones*. Sugerí, sin embargo, a mi amigo Königstein, el oftalmólogo, que investigara hasta qué punto las propiedades anestésicas de la cocaína podrían ser aplicadas en las enfermedades del ojo. Cuando volví de mis vacaciones me encontré con que no él, sino otro de mis amigos, Carl Koller (ahora en Nueva York), a quien yo había hablado también acerca de la cocaína, había hecho los experimentos decisivos sobre ojos de animales y había presentado sus comprobaciones en el Congreso de Oftalmología de Heidelberg. Koller es considerado por esto, con razón, como el descubridor de la anestesia local con cocaína, que tan importante ha llegado a ser en el campo de la cirugía menor. Pero no he guardado ningún resentimiento contra mi novia por haber interrumpido mi trabajo.

Las observaciones más bien innecesarias, que vemos al comienzo y al final de este pasaje nos hacen pensar que alguien debía tener la culpa de lo sucedido, y hay prueba suficiente de que es a sí mismo a quien realmente culpaba Freud. En otra parte escribe: «En mi ensayo hice la sugestión de que el alcaloide podría emplearse como anestésico pero no tuve el cuidado de llevar el asunto hasta el final». En conversaciones privadas atribuyó esta omisión a su «pereza».

La primera noticia que tenemos acerca de este asunto de la cocaína aparece en una carta del 21 de abril de 1884, en la que da la noticia de «un proyecto terapéutico y de una esperanza». «He estado leyendo acerca de la cocaína, el componente esencial de las hojas de coca que algunas tribus indias mastican para poder resistir las privaciones y dificultades. Un ale-

mán[1] la ha estado empleando para sus soldados, y ha informado que, en efecto, aumenta la energía y la capacidad para la resistencia. Estoy tratando de adquirir una cantidad, y la ensayaré en los casos de enfermedad cardíaca y en los de agotamiento nervioso, y especialmente en la desdichada situación que sigue al abandono de la morfina (Dr. Fleischl). Tal vez otros estén trabajando en esto mismo. Quizá no salga nada de esto. Pero haré el intento, desde luego, y ya sabes que cuando se persevera, tarde o temprano se triunfa. No necesitamos más que un éxito de estos para estar en condiciones de pensar en poner nuestra casa. Pero no des por asegurado que el éxito llegará en esta ocasión. Dos cualidades debe tener el temperamento del investigador, ¿sabes?: debe ser temerario en el intento, pero debe poner sentido crítico en su trabajo».

Al comienzo no pensó que pudiera resultar gran cosa de esto: «Me animo a decir que va a resultar algo parecido a lo del método[2]; menos de lo que me había imaginado, pero de todos modos algo bastante respetable». El primer obstáculo resultó ser el costo de la cocaína que había pedido a la casa Merck, de Darmstadt: en lugar de costar 33 kreutzer (6 peniques) el gramo, se encontró, con gran dolor, con que costaba 3 florines 33 kreutzer (5 chelines y medio). Pensó al comienzo que esto iba a significar el final de su investigación, pero una vez pasada la primera impresión, encargó, sin arredrarse, un gramo, con la esperanza de poder pagarlo algún día. Inmediatamente ensayó el efecto de un vigésimo de gramo. Comprobó que había convertido su mal humor en alegría y que le producía la sensación de haber comido bien, «de modo que no hay que preocuparse de nada en absoluto», pero sin disminuir en nada su energía para el ejercicio o el trabajo. Se le ocurrió que, puesto que la droga actuaba evidentemente como un anestésico del estómago, suprimiendo toda sensación de hambre, podría resultar útil para cohibir los vómitos de cualquier origen.

1. Se trataba de un médico del ejército, el Dr. Theodor Aschenbrandt, quien realizó esas observaciones sobre soldados bávaros, durante las maniobras del otoño precedente. Theodor Aschenbrandt, «Die physiologische Wirkung und die Bedeutung des Cocains», *Deutsche medizinische Wochenschift*, diciembre 12 de 1883.
2. El método del cloruro de oro, ideado por él.

Decidió, al mismo tiempo, ofrecer la droga a su amigo Fleischl. Ernst von Fleischl-Marxow (1846-1891), cuya amistad significaba mucho para Freud y cuya prematura muerte deploró profundamente, era otro de los asistentes de Brücke. Era joven, bien parecido, entusiasta, brillante conversador y un estimulante profesor. Tenía las amables y encantadoras maneras de la vieja sociedad vienesa y siempre estaba dispuesto a discutir de problemas científicos y literarios, exhibiendo un torrente de ideas provocativas.

Estas cualidades contrastaban fuertemente con su patético papel de héroe y mártir de la fisiología. A los veinticinco años, investigando patología anatómica, contrajo una infección. La amputación del pulgar derecho le salvó de una muerte segura. Pero continuó el crecimiento de neuromas, que requirieron repetidas operaciones. Su vida se convirtió en una tortura interminable destinada a una dolorosa muerte lenta.

Adiestró su mano mutilada y dolorida en trabajos experimentales de complicada técnica. Aprovechaba sus noches insomnes estudiando física y matemáticas y, más tarde, sánscrito. En un momento dado, su dolor se convirtió en intolerable, por lo que recurrió a la morfina y se convirtió en adicto a la droga. En medio del desespero de no poder librarse de su adicción, Freud le propuso sustituir la morfina por la cocaína. Años después Freud hubo de lamentar amargamente el haber tomado esa decisión. Fue en ocasión de un informe que había leído en la *Detroit Medical Gazette*, acerca del uso de la droga para ese fin. Fleischl se abrazó a la nueva droga «como un hombre que se está ahogando» y a los pocos días la estaba tomando en forma continuada.

El entusiasmo de Freud iba en aumento. La cocaína era una «droga mágica». Tuvo un éxito espectacular en un caso de catarro gástrico, en el que hizo desaparecer inmediatamente el dolor. «Si esto marcha escribiré un ensayo sobre la droga, y espero que ella terminará por ocupar un lugar en la terapéutica, junto a la morfina y en rango superior a ésta. Tengo acerca de esto otras esperanzas e intenciones. Estoy tomando regularmente dosis muy pequeñas contra la depresión y la indigestión, con el más brillante de los éxitos. Tengo la esperanza

de que servirá para terminar con los vómitos más rebeldes, aún aquellos que provienen de un dolor intenso. En una palabra, es apenas ahora que me siento médico, puesto que he ayudado a un enfermo y tengo la esperanza de ayudar a otros. Si las cosas siguen como hasta aquí no tendremos que preocuparnos ya en cuanto a poder reunirnos y quedar en Viena». Envió cierta cantidad de droga a Marta, «para hacerla fuerte y dar color rojo a sus mejillas», la ofrecía insistentemente a sus amigos y colegas, tanto para ellos como para sus pacientes, y se la dio a sus hermanas. En resumen, mirado desde el punto de vista de lo que hoy sabemos, se estaba convirtiendo en una verdadera amenaza pública. Freud no tenía ningún motivo, naturalmente, en pensar que su conducta encerraba peligro alguno, y cuando aseguraba que, a pesar de la frecuencia con que tomaba la droga, no había advertido ansia alguna de volverla a tomar, estaba diciendo estrictamente la verdad: tal como sabemos ahora se necesita una predisposición especial para incubar una adicción a las drogas, y Freud felizmente no poseía tal predisposición.

Algunos colegas le informaron de éxitos conseguidos con la droga; otros se mostraron más reticentes. Breuer con su cautela característica, era uno de los que no se mostraban impresionados.

Freud encontraba dificultades en la obtención de la literatura sobre este tema poco usual, pero Fleischl lo recomendó a la Biblioteca de la Sociedad Médica, donde se encontró con el volumen recién publicado del *Surgeon's General Catalogue*, que contenía un informe completo de la misma. Ahora (el 5 de junio) calculaba terminar el ensayo en quince días más y dedicarse luego a sus investigaciones sobre electricidad, para ocupar así las restantes cuatro o cinco semanas más que aún faltaban para ponerse en viaje a Wandsbek. Lo terminó el día 18, y ya al día siguiente estaba impresa la mitad. Apareció en el *Centralblatt für die Gesamte Therapie*, de Heitler, en el número de julio.

Este ensayo a pesar de constituir una amplia reseña sobre el tema —holgadamente lo mejor que se haya publicado hasta el presente— tiene, a no dudar, más calidad como trabajo lite-

rario que como contribución científica original. Estaba escrito en el mejor estilo de Freud, con su vívido brillo característico, su simplicidad y su distinción, cualidades estas que habían hallado reducida aplicación en la descripción de los nervios del cangrejo fluvial o de las fibras del bulbo raquídeo. Muchos años habrían de pasar antes de que se le presentara nuevamente la oportunidad de ejercitar sus dotes literarias. Hay, además, en este ensayo, un tono que nunca volvió a repetirse en los escritos de Freud, una notable combinación de objetividad y calor personal, como si estuviera enamorado de su contenido. Usaba expresiones no habituales en un trabajo científico, tales como «la maravillosa excitación» que demuestran los animales a continuación de una inyección de cocaína, y administrando más bien una «ofrenda» que una «dosis». Con gran calor rechazaba la «impostura» que se había publicado acerca de esta preciosa droga.

Comenzaba el ensayo con una larga exposición de la historia primitiva de la coca y su uso por los indios de la América del Sur, para luego describirla desde el punto de vista botánico y enumerar luego los diversos métodos de preparación de las hojas. Hizo incluso una exposición sobre hábitos religiosos relacionados con su uso, aludiendo al relato legendario de como Manco Cápac, el Rey hijo del Sol, había enviado la coca como «un don de los dioses para satisfacer al hambriento, fortalecer al fatigado y hacer olvidar sus cuitas al desdichado». Nos enteramos que la noticia de la maravilla planta llegó a España en 1569 y a Inglaterra en 1596, de como el doctor Scherzer, el explorador austríaco, trajo consigo hojas de coca, que fueron enviadas a Niemann, ayudante de Woehler, el aborrecido químico que se atrevió a sintetizar la urea. Fue Niemann quien aisló el alcaloide (cocaína) de la planta.

Narra luego una serie de autobservaciones, en las que pudo estudiar su efecto sobre el hambre, el sueño y la fatiga. Se refirió a «la alegría y la persistente euforia, que en nada difieren de la euforia normal de la persona sana... Se puede percibir un aumento del autocontrol y una mayor vitalidad y capacidad para el trabajo... En otros términos, usted se siente feliz, y pronto se le hace difícil pensar que está bajo la influencia de

droga alguna... Se puede realizar un largo e intenso trabajo mental o físico sin ninguna fatiga... Se llega a este resultado sin ninguno de los desagradable efectos que siguen a la alegría producida por el alcohol... No se registra absolutamente ansia alguna de volver a tomar cocaína ni después de la primera vez que se ingiere la droga, ni después de usarla repetidas veces. Se siente más bien, una rara aversión a la droga». Freud conformó las conclusiones de Mantegazza sobre el valor terapéutico de la droga, su acción sobre el estómago, estimulante y a la vez adormecedora, su utilidad en la melancolía, etc. Describió un caso visto por él (el de Fleischl), en el que había empleado la cocaína en el proceso de hacer desaparecer una adicción a la morfina. Resumió el valor de la droga en conjunto, como aplicable «en los estados funcionales comprendidos bajo el nombre de neurastenia», en el tratamiento de la indigestión y en los de adicción a la morfina.

En cuanto a la explicación teórica de su acción, Freud hizo la sugestión, que luego se confirmó, de que la cocaína no actúa mediante la estimulación directa del cerebro sino por la abolición de la acción de ciertos factores deprimentes de la sensación del propio cuerpo.

En el pasaje final, escrito apresuradamente, decía: «La virtud de la cocaína y de sus sales, cuando se aplica en soluciones concentradas, de anestesiar las membranas cutáneas y mucosas, hace pensar en su posible uso en el futuro, especialmente en los casos de infección local... Parece probable que en un futuro próximo se llegue a otros usos de la cocaína basados en esta propiedad anestésica». Este es el aspecto en cuya indagación se reprochó más tarde no haber insistido.

La explicación psicológica de este autorreproche parecería ser más compleja. Es cierto que Freud tenía la esperanza de llegar a adquirir cierta fama por el estudio de la cocaína, pero no podía saber que una fama mucho mayor de la que él se imaginaba estaba al alcance del que llegara a aplicarla de una determinada manera. Cuando se percató de esto, y no fue por cierto muy rápidamente, se echó la culpa a sí mismo, pero también culpó a su prometida. Este último rasgo irracional representa, como es habitual, un indicio de cierto proceso in-

consciente. Ahora bien, lo que evidentemente fascinaba a Freud en la coca era su extraordinaria reputación en el sentido de elevar el vigor mental y físico, sin tener, al parecer, ningún efecto dañino posterior. Pero la cocaína sólo eleva el vigor allí donde éste había sufrido previamente un descenso. Una persona realmente normal no necesita ese estímulo. Freud no se encontraba en esta última y afortunada situación. Durante muchos años había sufrido periódicamente depresiones y fatiga o apatía, síntomas neuróticos que posteriormente tomaron la forma de ataques de angustia, hasta que fueron disipados por su propio análisis. Estas reacciones neuróticas se vieron exacerbadas por el torbellino de su situación amorosa, con sus largas privaciones y demás dificultades. En el verano de 1884, especialmente, se hallaba en un estado de gran agitación, ante la proximidad de la visita a su prometida, y de ninguna manera por el solo hecho de su incertidumbre acerca de si haría el viaje. La cocaína calmó la agitación y disipó la depresión. Le comunicó además una insólita sensación de energía y vigor.

La depresión, como toda otra manifestación neurótica, disminuye la sensación de energía y virilidad: la cocaína la restaura. Si alguna duda queda acerca de que es esto lo esencial en el asunto, quedará disipada por el siguiente pasaje de una carta del 2 de junio de 1884, carta que fue escrita cuando Freud acababa de enterarse de que Marta tenía mal aspecto y había perdido el apetito. «¡Ay de ti, mi princesa, cuando yo llegue! Te besaré hasta ponerte toda colorada y te voy a alimentar hasta que te pongas bien gordita. Y si te muestras díscola, verás quién es más fuerte, si una gentil niñita que no come bastante o un salvaje hombrón que tiene cocaína en el cuerpo. Cuando mi última depresión tomé cocaína otra vez, y una pequeña dosis me elevó a las alturas de una manera admirable. Precisamente me estoy ocupando de reunir bibliografía para una canción de loa a esta mágica substancia».

Para gozar de virilidad y disfrutar de la bendición de verse unido a su amada, había abandonado el camino recto y estrecho de la sobria labor «científica» sobre la anatomía del cerebro, para tomar un subrepticio atajo: una senda que habría de acarrearle sufrimientos, y no el éxito. Un par de meses más

tarde otro habría de alcanzar fama mundial gracias a la cocaína. Pero esto era merced a un uso beneficioso para la humanidad, mientras que Freud, dos años más tarde, habría de verse desdeñado por haber introducido, gracias a su indiscriminada propaganda en favor de una droga «inofensiva» y maravillosa, lo que sus detractores dieron en llamar «el tercer flagelo de la humanidad»[3]. Después de todo tenía que echarse en cara el haber apresurado la muerte de un querido amigo y benefactor, al crearle una grave adicción a la cocaína.

En este momento entra en escena una nueva figura: Carl Koller, un hombre que tenía dieciocho meses menos de edad que Freud, y que ganó el galardón de ser él quien había inaugurado la era de la anestesia local. Koller era en esa época interno en el Departamento de Oftalmología, en el que aspiraba a convertirse en ayudante. Sus pensamientos giraban de una manera tan exclusiva alrededor del tema de las enfermedades oculares que, al decir de Freud, su monomanía llegó a ser bastante fastidiosa para sus colegas. Percatado, con toda razón, de la necesidad de hallar alguna droga para anestesiar la superficie sensible del ojo, estaba especialmente dedicado a ello. Ya había ensayado diversas drogas, tales como la morfina y el bromuro de cloral, pero hasta entonces infructuosamente. Algún tiempo después, en una de sus conferencias, y con el propósito de ilustrar cierto principio de orden moral, Freud relató el siguiente incidente con respecto a Koller.

Cierto día estaba yo en el patio, con un grupo de colegas, entre los cuales se hallaba este hombre, cuando pasó otro colega, que llevaba trazas de sufrir un fuerte dolor. (Aquí Freud indicaba la localización del dolor, pero yo he olvidado el detalle.) —Creo que puedo ayudarle —le dije, y nos fuimos todos a mi habitación, donde con la aplicación de unas pocas gotas de cierta medicina el dolor desapareció instantáneamente. Expliqué a mis amigos que la droga era el extracto de una planta de Sud América, la coca, que parecía poseer poderosas virtudes para calmar el dolor, y acerca de la cual estaba preparando una publicación. El hombre, que tenía un interés permanente por el ojo, y cuyo nombre era Koller, no dijo nada, pero pocos meses después me enteré de que había iniciado una revolución en la

3. Los otros dos serían el alcohol y la morfina.

cirujía oftalmológica, mediante el uso de la cocaína, convirtiendo en fáciles las operaciones que antes resultaban imposibles. Este es el único camino para realizar descubrimientos importantes: concentrar todos los pensamientos en un interés central único.

Freud había comenzado ciertas experiencias con el dinamómetro para establecer si el aumento en la fuerza muscular obtenido mediante el uso de la cocaína era una ilusión subjetiva o posible de verificación objetiva, y en estas pruebas colaboró con Koller. Los dos ingirieron cierta cantidad de cocaína y, como les ocurría a todos, sintieron cierto embotamiento en la boca y los labios. Esto significó para Koller más que para Freud.

Koller leyó el ensayo de Freud cuando apareció en el mes de julio, meditó sobre él, y a principios de setiembre, cuando Freud había abandonado Viena para dirigirse a Hamburgo, se apareció en el Instituto de Anatomía Patológica de Stricker llevando una botella que contenía un polvo blanco. Anunció al ayudante del Instituto, Dr. Gaertner, que tenía razones para pensar, refiriéndose a la droga, que ésta actuaría como anestésico sobre el ojo. Inmediatamente, con toda facilidad, lo pusieron a prueba. Hicieron primeramente el ensayo sobre los ojos de una rana, de un conejo y de un perro, y luego sobre sus propios ojos, con completo éxito. Koller escribió una Comunicación Preliminar, fechada a principios de setiembre, y consiguió que el Dr. Brettauer la leyera e hiciera las demostraciones prácticas en el Congreso de Oftalmología que tuvo lugar en Heidelberg el 15 de setiembre de 1884. El 17 de octubre leyó un trabajo en Viena, ante la *Gesellschaft der Ärzte* (Asociación de Médicos), trabajo que dio a publicidad poco después. Contenía esta afirmación: «La cocaína ha sido llevada al conocimiento de los médicos de Viena, en forma destacada, por la cabal compilación y el interesante artículo terapéutico de mi colega de Hospital, el Dr. Sigmund Freud».

Freud había llamado también la atención de un colega oftalmólogo más íntimo de él, Leopoldo Königstein, un hombre que tenía seis años más que Freud y era Docente desde hacía tres años, sobre el poder embotante de la cocaína, y le había su-

gerido su uso para aliviar el dolor de ciertas afecciones del ojo, tales como el tracoma y la iritis. Königstein siguió fielmente la sugestión, con éxito, y apenas unas semanas más tarde extendió su uso al campo de la cirugía, extirpando el ojo de un perro con la ayuda de Freud. Pero era un poco tarde. En la reunión del 17 de octubre leyó también un trabajo en el que describía sus experiencias con la cocaína, pero sin mencionar el nombre de Koller. Parecía una antipática lucha por la prioridad, y Freud y Wagner-Jauregg lograron persuadirlo a que insertara, en el trabajo publicado —no sin alguna resistencia de su parte—, una referencia a la «Comunicación Preliminar» de Koller del mes anterior, con lo que renunciaba a su propia pretensión. Como luego veremos, Koller no retribuyó la caballeresca actitud de Freud.

El 5 de abril de 1885 Freud fue llamado por su padre, con la noticia de que algo no marchaba bien en cuanto a la visión de uno de sus ojos. Freud se inclinaba a no darle ninguna importancia, considerándolo cosa pasajera, pero Koller, que acertaba a estar también allí, lo examinó e hizo diagnóstico de glaucoma. Llamaron a Königstein, su superior, quien hizo la intervención al día siguiente, con mucho éxito. Koller, que daba la anestesia local, con la ayuda de Freud, hizo la chistosa observación de que estaban allí reunidas las tres personas que tenían que ver con la introducción del uso de la cocaína. Freud debe haberse sentido orgulloso de poder ayudar a su padre y de haber demostrado que, a pesar de todo, había llegado a ser algo.

Freud siguió en los mejores términos de amistad con Koller. Fue uno de los que con más entusiasmo lo felicitaron por el feliz resultado de su duelo con un colega antisemita, y estuvo muy preocupado por su seria enfermedad, algo más tarde, ese mismo año. La última mención que hace de él es a propósito de haberle escrito para felicitarlo por un nombramiento en Utrecht, con la esperanza de ir a visitarlo allí desde París.

Koller emigró después a Nueva York, donde, como lo había predicho Freud, hizo una carrera triunfal. Pero al comienzo mismo de sus éxitos había cometido un «error sintomático», que indicaba cierta perturbación de su personalidad que años

después salió plenamente a luz. Al publicar el artículo que había leído en Viena en octubre de 1884 dio como fecha de la monografía de Freud agosto en lugar de julio, dando con ello la impresión de que su trabajo había sido simultáneo y no posterior al de Freud. Pero éste y Obersteiner se dieron cuenta del «lapsus» y lo corrigieron en publicaciones subsiguientes. Con el correr del tiempo Koller llegó a presentar la discrepancia en términos aún más burdos, llegando a afirmar que la monografía de Freud apareció todo un año después de su descubrimiento, que de esta manera se presentaba como algo enteramente independiente de lo que Freud hubiera hecho en cualquier momento.

Se ha supuesto comúnmente que Freud debe haberse sentido muy decepcionado y también disgustado consigo mismo al enterarse del descubrimiento de Koller. El hecho, muy interesante, es que no hubo nada de esto. He aquí como lo cuenta él: «la segunda noticia que voy a comunicarte es más agradable. Un colega ha hallado una sorprendente aplicación de la coca en la oftalmología y lo comunicó al Congreso de Heidelberg, donde causó gran sensación. Yo había aconsejado a Königstein, quince días antes de salir de Viena, que ensayara algo semejante. Este, en efecto, descubrió algo, y ahora hay una disputa entre ellos. Decidieron presentarme sus descubrimientos y pedirme que yo juzgara quién de los dos debía publicar primero. Yo aconsejé a Königstein que leyera un trabajo en la *Gesellschaft der Ärzte* al mismo tiempo que lo haría el otro. En todo caso esto realza el éxito de la coca, y mi trabajo conserva la reputación que le corresponde por haberla recomendado exitosamente a los vieneses».

En esta época, evidentemente Freud miraba todavía el territorio de la coca, por así decirlo, como su propiedad privada. Lo principal era el valor que podía tener por su uso interno, y él seguía experimentando con una serie de enfermedades en cuyo tratamiento esperaba tener éxito. Lejos de sentirse desconcertado por el descubrimiento de Koller, miraba éste como una de tantas publicaciones distantes que podía esperarse de su amada droga. Mucho tiempo tuvo que pasar hasta que pudo asimilar la amarga verdad de que el uso hallado por Koller

sería prácticamente la única aplicación valiosa de la cocaína, y todo lo demás quedaría reducido a la nada.

Cuando el Club de Fisiología se reabrió para el período de otoño, Freud recibió numerosas felicitaciones por su monografía sobre la cocaína. El profesor Reuss, director de la clínica oftalmológica, le manifestó que su trabajo «había producido una revolución». El profesor Nothnagel, al entregarle algunos de sus artículos, le reprochó el no haber publicado dicho trabajo en su revista. Mientras tanto estaba realizando experimentos sobre la diabetes, enfermedad que esperaba poder curar con la cocaína. Si alcanzaba el esperado éxito se casaría un año antes, y serían ricos y famosos. Pero no resultó nada. Más tarde su hermana Rosa y un amigo de ella, un médico de barco, tuvieron éxito en sus experiencias con la cocaína para evitar el mal de mar, y Freud creyó que también en esto se abría un porvenir para la droga. Expresó la intención de ensayar el efecto de la cocaína después de marearse en los columpios giratorios del Práter, pero nada se sabe de acerca de este proyectado experimento.

Inmediatamente después se produjo la discusión entre Koller y Königstein en la *Gesellschaft der Ärzte*, hecho éste que le abrió un poco los ojos acerca de lo acaecido. Al describir la reunión dice que a él no le tocó más que el cinco por ciento del mérito, de modo que salió de ella bien pobre. Si al menos en lugar de aconsejar a Königstein que hiciera los experimentos sobre el ojo, él hubiera creído un poco más de ellos y no hubiera retrocedido ante la molestia de llevarlos a cabo, no habría pasado por alto el hecho fundamental (el de la anestesia), tal como hizo Königstein. «Pero me dejé desviar por tanta incredulidad como vi por todas partes.» Este fue el primer autorreproche. Y un poco después escribió a su futura cuñada: «La cocaína me valió mucho renombre, pero la parte del león se la llevaron los otros». Tenía que haber advertido la «enorme sensación» que en todo el mundo había producido el descubrimiento de Koller.

Volvamos ahora al caso de Fleischl que para Freud tenía una importancia muy grande, no sólo en relación, con la cocaína. Sobre su personalidad ya dijimos algo en el capítulo anterior. Freud lo admiró primeramente a distancia, pero una

vez que se retiró del Instituto Brücke tuvo ocasión de conocerlo más personalmente. En febrero de ese año, por ejemplo, habla de su «íntima amistad» con Fleischl. Antes de eso, en el mes de su compromiso matrimonial, escribe acerca de él lo siguiente: «Ayer he estado con mi amigo Ernst von Fleischl, a quien antes de conocer a Marta, envidiaba en todos los aspectos. Ahora le llevo ventaja. Estuvo comprometido durante diez o doce años con una persona de su misma edad, que estaba dispuesta a esperarle indefinidamente, y ahora se ha separado de ella no sé por qué razón. Es una persona muy distinguida, dotado óptimamente por la naturaleza y por la educación. Rico, entrenado en toda clase de ejercicios físicos, con la impronta del genio en sus rasgos llenos de energía, buen mozo, de nobles sentimientos, dotado de todas las formas del talento y hombre capaz de expresar un juicio original sobre la mayor parte de las cuestiones: siempre fue mi ideal y no pude descansar hasta el día en que llegamos a ser amigos y pude disfrutar de una alegría pura de admirar su capacidad y su renombre.» Había prometido a Fleischl no traicionar su «secreto» de que estaba estudiando sánscrito. A esto seguía una prolongada fantasía acerca de lo feliz que podría hacer a Marta un hombre con todas estas cualidades, fantasía de la que se arrancaba para afirmar su propia pretensión. «¿Por qué no habría de tener yo por una sola vez, más de lo que merezco? Marta seguirá siendo mía».

En otra ocasión escribía: «Lo admiro y lo amo con una pasión intelectual, si me permites la frase. Su destrucción me conmoverá como habría conmovido a un hombre de la Grecia antigua la destrucción de un templo sagrado y famoso. Yo lo quiero, más que como a un ser humano, como a una de las valiosas obras de la Creación. Y tú no tienes ningún motivo para estar celosa».

Pero este hombre admirable sufría sobremanera. Su neuralgia, tan insoportable, que hacía diez años lo estaba atormentando, lo estaba agotando gradualmente. Periódicamente afectaba su mente. Tomaba grandes dosis de morfina, con las consecuencias habituales. Freud pudo ver por primera vez esta situación durante una corta visita que le hizo en octubre de

1883. «Le pregunto, absolutamente desconsolado, adonde habría de conducir todo eso. Sus padres —me dijo— veían en él a un sabio, y él trataría de continuar con su trabajo mientras ellos vivieran. Una vez que murieran ellos, se descerrajaría un tiro, ya que le parecía imposible resistir por mucho tiempo. No tendría sentido tratar de consolar a un hombre que veía tan claramente su situación.» Quince días más tarde mantenía con él otra conmovedora entrevista. «No es de esos hombres a quienes uno pueda dirigirse con huecas palabras de consuelo. Su estado es realmente tan desesperado como él dice, y no se le puede contradecir...» «No puedo soportar —me dice— el tener que realizar, para hacer las cosas, un esfuerzo tres veces mayor que el que hacía los demás, cuando estaba habituado a hacerlas con más facilidad que ellos. Nadie podría soportar lo que yo soporto —agregaba— y yo lo conozco lo bastante como para creerle.»

Como dijimos más arriba, fue a principios de mayo de 1884 que Freud le suministró por primera vez la cocaína, con la esperanza de que así podría prescindir de la morfina. Al principio fue un verdadero éxito. Desde entonces Freud lo visitaba regularmente, ayudándole en el arreglo de la biblioteca o en tareas similares. Pero no había pasado más de una semana cuando, a pesar de que la cocaína lo estaba deshabituando de la morfina, el estado de Fleischl era digno de lástima. Luego de golpear varias veces la puerta de la habitación, sin obtener respuesta, Freud pidió ayuda, y al irrumpir, con Obersteiner y Exner, en la habitación, lo hallaron acostado, presa de un dolor que le tenía casi insensibilizado. Breuer, su médico, dispuso entonces que Obersteiner entrara todos los días a su habitación, con la ayuda de una llave maestra. Varios días después Billroth, luego de fracasar en varios intentos de operación sobre el muñón de una mano, ensayó el efecto de la estimulación eléctrica bajo narcosis. El resultado como era de suponer fue desastroso, y Fleischl cayó en un estado peor que nunca.

Fleischl compartía la opinión optimista de Freud en cuanto al valor de la cocaína, y en ocasión de publicarse en el *St. Louis Medical and Surgical Journal*, en diciembre de 1884, una traducción abreviada de la monografía, él agregó una nota en

la que describía sus propias experiencias favorables con la droga, en lo que se refiere a deshabituarse de la morfina. Consideraba que las drogas eran antitéticas entre sí.

En enero de 1885 Freud, que a la sazón estaba tratando de lograr el alivio del dolor en las neuralgias del trigémino mediante inyecciones de cocaína, concibió la esperanza de hacer lo mismo con los neuromas de Fleischl, pero no obtuvo resultado favorable alguno. En cierta ocasión, en abril, Freud pasó una noche entera con Fleischl, permaneciendo todo el tiempo a su lado, mientras éste tomaba un baño tibio. Freud escribió que era absolutamente imposible describir una cosa como esta, puesto que nunca había pasado por nada semejante. «Todas las notas del más profundo dolor fueron pulsadas». Ésta no fue más que una de las numerosas noches, la primera, que hubo de pasar a su lado en el curso de los dos meses que siguieron. En esa época Fleischl tomaba dosis enormes de cocaína; Freud observó que había gastado en esto nada menos que 1.800 marcos en los tres meses últimos, lo que significaba un gramo entero por día, cien veces más de lo que solía tomar Freud, y ello sólo en alguna que otra ocasión. El 8 de junio Freud escribía a Marta que las terribles dosis de cocaína habían hecho mucho daño a Fleischl, y si bien seguía enviándole cocaína a ella, le advertía del peligro de adquirir el hábito.

Pero ya antes de llegar a esto Freud tuvo que soportar bastante. «Todas las veces me pregunto a mí mismo si he de tener que pasar alguna otra vez por una agitación y una excitación como las que he pasado en esas noches... Su conversación, sus explicaciones sobre las personas de nuestro círculo, su múltiple actividad, interrumpida por estados de completo agotamiento aliviados por la morfina y la cocaína: todo esto representa un conjunto que no puede ser descrito.» Pero el estímulo que emanaba de Fleischl era tal que compensaba incluso horrores como éstos.

Entre otros los síntomas de Fleischl incluían desmayos (a menudo con convulsiones), insomnio grave y pérdida de todo control sobre una serie variada de actos excéntricos. Por un tiempo la cocaína había sido útil para todos estos síntomas, pero las enormes dosis requeridas condujeron a una intoxicación crónica,

y finalmente a un delirium tremens, que le hacía ver víboras arrastrándose sobre su piel. El 4 de junio se produjo una crisis. En su visita de la víspera Freud lo encontró en tal estado —Brücke y Schenk se hallaban también allí— que fue a buscar a Breuer y luego pasó toda la noche allí. Fue la noche más terrible que jamás haya pasado. Freud pensó que su amigo ya no llegaría a resistir más de seis meses, pero soportó aún seis penosos años.

En la primavera de 1885, Freud dio una conferencia en la que expuso el panorama general de la cuestión. Destacaba el hecho de que, mientras la psicopatología contaba con muchos procedimientos para reducir la sobreestimulación nerviosa (bromuros, etc.), era pobre en recursos tendientes a incrementar la actividad decaída, es decir, cuando se trata de debilidad o de depresión del sistema nervioso. Lo que el uso de la cocaína demostraba, en algunos casos, era la posibilidad de remover químicamente cierto agente perturbador, de carácter desconocido, que actúa por vía central. Admitía que en algunos casos de adicción a la morfina no era útil, mientras que en otros era de gran valor. No había visto casos de adicción a la cocaína. (Esto era antes de que Fleischl sufriera la intoxicación cocaínica.) Podía decir, pues, que en algunos casos: «yo aconsejaría sin vacilación la administración de cocaína por vía subcutánea de 0,03 a 0,05 gramos por dosis, sin temor alguno a la acumulación de la droga.»

Estaba muy lejos sin embargo, de haber terminado con este asunto. El mes siguiente oímos decir que hay siempre nuevas aplicaciones que se descubren para la cocaína. La última consistía en que los pacientes hidrofóbicos quedaban en condiciones de tragar si previamente se les pincelaba la garganta con cocaína.

Pero la marea comenzaba a bajar. En julio aparecía la primera de las aceradas críticas de Erlenmeyer en el *Centralblatt für Nervenheilkunde,* que él dirigía. Freud hizo el siguiente comentario: «Tiene la ventaja de mencionar que he sido yo quien aconsejó el uso de la cocaína en los casos de adicción a la morfina, cosa que no hacen nunca aquellos que han comprobado su eficacia para el caso. Hay motivo, como se ve, para estar

siempre agradecido a los enemigos». Esta crítica contrastaba con un elogio extravagadamente entusiasta hecho por Wallé un poco antes. En un Congreso médico realizado en Copenhagen en el verano, Obersteiner, en un trabajo titulado «Sobre el empleo de la cocaína en neurosis y psicosis», defendió calurosamente a Freud, como lo hicieron también otros. Envió una copia del trabajo a Freud, con una carta amistosa, a París. Había comprobado la eficacia de la cocaína en los casos de adicción a la morfina, cosa que pudo verificar en numerosos pacientes, en su sanatorio de Oberdöbling. Pero en enero del año siguiente, en un artículo sobre psicosis por intoxicación, tuvo que admitir que el uso continuado de la cocaína podía conducir a un delirium tremens muy semejante al que produce el alcohol.

Pero en el mismo año, 1886, empezaron a llegar, de todas partes, informes de casos de adicción e intoxicación cocaínicas, y en Alemania se produjo una verdadera alarma. Erlenmeyer, en un segundo ataque, en el mes de mayo, escrito sin duda para protestar contra el entusiasmo de Wallé, proclamó esta alarma en términos nada dudosos. Fue esta la ocasión en que acuñó la expresión de «tercer azote de la humanidad». En 1884 Erlenmeyer había escrito un libro titulado *Über Morphiumsucht,* y en la tercera edición del mismo incluyó lo que había escrito sobre la adicción a la cocaína en su primer artículo. Hay, al final del libro, una frase de elogio al valor literario del ensayo de Freud sobre la coca, pero luego agrega, sin comentario: «Recomendó sin reservas el uso de la cocaína en el morfinismo.» La tercera edición fue comentada por una personalidad tan destacada como Arthur Schnitzler, el escritor austríaco más famoso de su tiempo, quien en esa ocasión rompió una lanza en favor de Freud.

El hombre que se había propuesto beneficiar a la humanidad, o en todo caso crearse un renombre por la curación de la neurastenia era acusado ahora de haber desatado el mal sobre el mundo. Muchos deben ser los que lo miraron, cuando menos, como un hombre de juicio ligero. Y si su sensible conciencia llegó a pronunciar igual veredicto, la triste experiencia que tuvo poco después no pudo menos que confirmarlo: creyendo en la inocuidad de la droga, había prescrito una dosis grande a un

paciente, el cual falleció a causa de ello. Es difícil establecer hasta qué punto este episodio, en su conjunto, llegó a afectar el prestigio de Freud en Viena. Todo lo que él dijo acerca de esto, más tarde, fue que dio motivo a «graves reproches». En todo caso su reputación no pudo mejorar cuando, un poco más tarde, apoyó las extrañas ideas de Charcot sobre histeria e hipnotismo. Era una base poco firme como para servir de apoyo, pocos años después, para llevar a los círculos médicos de Viena la conmoción de sus teorías sobre la etiología sexual de las neurosis.

En un artículo que se publicó el 9 de julio de 1887 en la *Wiener Medizinische Wocshenschrift,* Freud ofreció una réplica —más bien tardía— a todas las críticas. La ocasión para ello fue un artículo escrito por W. A. Hammond, que Freud cita extensamente en su favor. Tenía dos posibilidades de defensa. Una era el hecho de que no se había sabido (hasta ese momento) de ningún caso de adicción a la cocaína que no fuera en morfinómanos. Freud sugería, a este respecto, que sólo estos últimos podían ser víctimas de una adicción a la cocaína. Ningún hábito de esta índole se adquiría, como era creencia tan generalizada, como resultado directo de absorber una droga nociva, sino que se debía a cierta peculiaridad del paciente. En esto, por supuesto, tenía toda la razón, pero el argumento, por aquel entonces, resultaba poco convincente. El segundo aspecto de su defensa era más equívoco. El factor variable al que habría que atribuir los diferentes efectos de la cocaína en diferentes personas sería, para él, la labilidad de los vasos cerebrales: allí donde la presión de los mismos se mantiene estable, la cocaína no tendría efecto alguno; en algunos otros casos produce una hiperhemia favorable, y en otros, por fin, un efecto tóxico. Como no era posible determinar esto con la antelación debida, era imperativo abstenerse de dar inyecciones subcutáneas de cocaína en todos los casos de enfermedad interna o nerviosa. Por vía bucal la cocaína era innocua, mientras que, administrada por vía subcutánea, resultaba algunas veces peligrosa. Nuevamente invocaba el caso Fleischl (sin citarlo) como el primer caso de morfinomanía curado por la cocaína. En este segundo aspecto de su alegato, que sólo pudo haberle sido dic-

tado por su inconsciente. Freud había dado un paso poco feliz. En enero de 1885 había tratado, con toda lógica, de procurar un alivio a la neuralgia del trigémino mediante inyecciones de cocaína en el mismo nervio. No tuvo éxito, posiblemente por falta de habilidad quirúrquica. Pero este mismo año W. H. Halsted, el más grande cirujano norteamericano y uno de los fundadores de la cirugía moderna hizo la inyección en nervios con éxito, echando con ello las bases del procedimiento del bloqueo de los nervios con fines quirúrgicos. Pero Halsted pagó caro el éxito, puesto que adquirió una grave adicción a la cocaína, cuya curación requirió un tratamiento de hospital. Fue, de este modo, uno de los primeros adictos a la nueva droga.

Cuando a Fleischl se le ofreció la cocaína, lo primero que hizo fue suministrársela él mismo en forma de inyecciones subcutáneas. Años más tarde Freud afirmó que nunca había sido ésta su intención, que sólo había pensado en su administración por la boca. No existe prueba, sin embargo, de que hubiera protestado por ello en aquel momento, y algunos meses más tarde él mismo propugnaba la inyección subcutánea de amplias dosis de la droga precisamente para casos como el de Fleischl, es decir, para combatir la adicción a la morfina, y es de presumir que también las aplicó él mismo. Fue el profesor Scholz, a la sazón su jefe, quien acababa de perfeccionar la técnica de la inyección subcutánea, e indudablemente Freud la aprendió de él. Durante los diez años que siguieron hizo abundante uso de ella, para diferentes fines, y en sus escritos se muestra orgulloso por no haber causado nunca una infección. Por otro lado, en sus sueños —en el de Irma, por ejemplo—, el tema de las inyecciones aparece más de una vez asociado a la idea de culpa.

En las alusiones a sus trabajos anteriores que hace en su artículo de defensa en 1887, en el que señala la inyección subcutánea como causa del peligro que implica el uso de la cocaína, Freud hace caso omiso del trabajo de 1885 en que recomendaba calurosamente las malhadadas inyecciones. Este artículo es excluido también en 1897, cuando confecciona la lista de sus trabajos para aspirar al título de Profesor. Tampoco se encuentra copia alguna del mismo en la colección que conservaba de

sus escritos impresos. Parece haber sido completamente suprimida.

Lo que resulta instructivo en el episodio de la cocaína es lo que tiene de revelador sobre la manera de trabajar característica en Freud. Su gran fortaleza, así como también, a veces, su debilidad, radicaba en el extraordinario respeto que le merecía el hecho particular. Esto constituye, sin duda, una cualidad muy rara. En la labor científica la gente desestima continuamente las observaciones aisladas mientras no se advierta su relación con otros datos o con nuestros conocimientos en general. Pero Freud, no. Le fascinaba el hecho aislado, y no podía excluirlo de su mente mientras no se hallara alguna explicación. La eficacia práctica de esta cualidad mental depende de otra: saber juzgar. El hecho en cuestión puede ser realmente insignificante y su explicación puede carecer de todo interés. Puede ser una invitación a la extravagancia. Pero también puede ser una joya escondida hasta ese momento o el pequeño vestigio que señala el camino hacia la veta del mineral buscado. La psicología no está aún en condiciones de explicar en qué consiste ese «olfato intuitivo» que lleva al observador a seguir la pista de algo que le parece importante, no en sí mismo, sino como representativo de una importante ley natural.

Así, por ejemplo, cuando Freud advirtió en sí mismo ciertas actitudes, hasta entonces desconocidas, con respecto a sus padres, inmediatamente advirtió que no eran absolutamente peculiares de él, y que había descubierto algo que se refería a la naturaleza humana en general: un repentino chispazo unió en su mente, en una misma luz, las figuras de Edipo, de Hamlet y todas las cosas vinculadas a este tema.

Así es como trabajaba su mente. Cuando captaba un hecho simple, pero significativo, sentía y sabía que se trataba de un caso representativo de algo general o universal, y la idea de reunir estadísticas sobre el caso era algo enteramente extraño a su manera de ser. Esta es una de las cosas que otros estudiosos, hombres de trabajo más disciplinado y escrupuloso, le han reprochado a Freud. Pero éste es el modo de trabajar de las mentes geniales.

He dicho antes que esta cualidad puede constituir también una debilidad. Esto sucede cuando la capacidad de crítica falla en su función de decidir si el hecho en cuestión es realmente importante o no. Esta falla se reproduce, la mayor parte de las veces, por interferencia de otra idea o también, vinculada al tema por asociación. En el episodio de cocaína hallamos a la vez ejemplos de éxito y de fracaso: de ahí su interés. Freud observó en sí mismo que la cocaína era capaz de paralizar cierto elemento perturbador en el organismo, restablecido con ello su completa vitalidad normal. Generalizó el hecho observado, y se sintió perplejo al ver que en otros la droga conducía a la adicción y finalmente a la intoxicación. Su conclusión en el sentido de que los otros llevaban dentro de sí un elemento mórbido del que él estaba libre era acertada, si bien tuvieron que pasar muchos años antes de que él pudiera establecer en qué consistía precisamente ese elemento.

Por otra parte cuando observó el hecho aislado de la adicción de Fleischl a la cocaína lo relacionó erróneamente con el hecho fútil de las inyecciones. No lo hizo así al comienzo, cuando él mismo recomendaba la aplicación de inyecciones. Pero cuando llegaron, más adelante, las consecuencias desdichadas del uso de la cocaína, su reacción de autorreproche y de sentimiento de culpa tenían que concentrarse sobre algo, y se concentraron sobre la odiosa inyección. Pero entonces el recuerdo de su propia recomendación debía ser borrado. Pocos son los que podrán negar que la solución hallada concuerda con la explicación que hemos dado a su autorreproche.

VII

EL NOVIAZGO

(1882-1886)

No se puede comprender la vida interior de un hombre, el secreto último de su personalidad —trátese de quien se trate— si no se conoce su actitud hacia este sentimiento fundamental de la vida que es el amor. Nada podrá revelarnos la esencia de su personalidad de una manera tan penetrante y tan cabal como las alternativas —desde la más grosera a la más sutil— de sus respuestas emocionales en este terreno, dado que son pocas las situaciones de la vida que ponen a prueba tan seriamente la armonía de sus funciones psíquicas.

He aquí un aspecto de su vida que Freud mantenía estrictamente reservado a su vida privada: su capacidad para el amor y la ternura. Sus hijos sabían muy bien de esto, naturalmente, en lo que a ellos se refería directamente, pero en lo que atañe a la experiencia sentimental con su esposa —o su futura esposa— Freud nunca habló ni escribió nada. En cuanto a su esposa, ya anciana, cada vez que se hacía mención de los viejos días de su noviazgo, contestaba con una beatífica sonrisa que recordaba su gran felicidad, pero si llegaba a conceder una información se refería naturalmente, más a hechos que a sentimientos. Su amado había sido admirable, perfecto, a sus ojos. Esto constituía la esencia de todo lo que tenía que comunicar. Fue solamente después de su muerte, a fines de 1951, que fue posible revisar la correspondencia amorosa por ella conservada,

y el que esto escribe es la única persona que ha tenido este privilegio.

Las cartas estuvieron a punto de ser quemadas, y esto no sólo durante los últimos años. Después de la muerte de su esposo, su mujer amenazó varias veces con quemarlas y sólo desistió de hacerlo a requerimiento de sus hijas. Durante parte del noviazgo la pareja llevaba una crónica en colaboración, y era su propósito conservarla, con las anotaciones en que venían registrando todo lo que se refería a ese agitado período, y romper luego todas las cartas el día que se casaran. Pero cuando llegó este momento, ella no tuvo el coraje de destruir el testimonio de tanta devoción, y así fue como una y otra cosa se salvaron. Así sucedió también con un diario que Freud había llevado en la época del cortejo.

Ya nos hemos referido a lo que significó para Freud su primera experiencia amorosa, a los dieciséis años. A todas luces no fue más que fantasía dado en realidad que no entabló ninguna relación con Gisela Fluss. Hay perfecta certeza acerca de que no volvió a experimentar emoción alguna de esa índole hasta diez años más tarde, que fue cuando conoció a su futura esposa. En una carta dirigida a ésta afirmaba no haber prestado nunca atención a las mujeres, y que ahora estaba pagando bien caro por esa negligencia. Probablemente fueron bien escasos y distanciados incluso los contactos físicos. En una carta dirigida al doctor Putnam sobre el tema de conceder mayor libertad, en esa esfera a la juventud, agregaba: «Si bien yo, por mi parte, me he concedido muy poco en cuanto a esta libertad». Esto no nos debe sorprender si tenemos en cuenta sus preocupaciones por el trabajo y sus considerables sublimaciones, resultantes a su vez de su extensa represión.

Las personas que estuvieron familiarizadas con el círculo doméstico de Freud más allá de los años de juventud podían fácilmente formarse la idea de que su casamiento no había representado más que este hecho: dos personas, más o menos educadas el uno para el otro, se habían encontrado y habían decidido casarse. En sus obras no hay más alusiones a este asunto que lo que se refiere a su larga separación durante el noviazgo. Y los únicos datos que aparte de esto podrían obte-

nerse, los proporcionados por su hermana Ana, por ejemplo, inducen realmente a engaño.

¡Cuán diferente es la verdad, tal como surge de las cartas de amor! Nos encontramos allí con una pasión tremenda y complicada, donde tiene cabida toda la gama de emociones —desde las alturas del arrobamiento hasta las profundidades de la desesperación—, y donde todos los matices de la felicidad y la desdicha son sentidos con increíble intensidad.

Freud escribió a su prometida más de novecientas cartas. De los cuatro años y cuarto que duró el compromiso, vivieron separados tres años enteros. La costumbre de ambos era escribir diariamente, y un intervalo de dos o tres días representaba un acontecimiento desdichado que obligaba a una larga explicación. El día que Freud no recibía una carta sus amigos le hacían bromas, expresando sus dudas acerca de si realmente estaba comprometido. Hubo muchas ocasiones, por otra parte, en que había que escribir dos cartas, y hasta tres, en el mismo día. Las cartas, además, no eran cortas, o en todo caso lo eran excepcionalmente. Las de cuatro páginas se consideraban muy cortas, y hubo veces que llegaban a doce páginas de apretada escritura. Hubo una que alcanzó a veintidós. Al comienzo de su correspondencia, Freud le consultó a Marta si prefería que usara escritura latina o gótica, y para desdicha del biógrafo ella prefirió la segunda.

Antes de entrar a ocuparnos de estás relaciones, será bueno que presentemos a la futura esposa. Marta Bernays, nacida el 26 de julio de 1861, y por lo tanto cinco años menor que Freud, provenía de una familia que se había distinguido dentro de la cultura judía. Su abuelo Isaac Bernays, fue Gran Rabino de Hamburgo durante el movimiento de reforma que recorrió como un vendaval el judaísmo a partir de 1818, y luchó arduamente contra el mismo. Estuvo relacionado con Heine, y su nombre se menciona repetidas veces en las cartas de Heine, donde se le califica como *geistreicher Man*, hombre de elevada inteligencia. Un hermano de él fue uno de los primeros en imprimir un poema de Heine —en el periódico revolucionario judío *Vorwarts*, que editaba en París— y el poeta le mandó saludos cierta vez, en una carta dirigida nada menos que a Carlos Marx.

Uno de sus hijos, Michael, llegó a ser Profesor de Lenguas Modernas en la Universidad de Munich, posición ésta que pudo alcanzar al precio de renunciar a su fe. Escribió un voluminoso trabajo, en varios tomos, sobre la juventud de Goethe. Otro de sus hermanos, Jakob, quien, de acuerdo con la costumbre judía, guardó luto por la apostasía de su hermano, enseñó latín y griego en la Universidad de Heidelberg, pero se negó a pagar el precio que pagó su hermano para llegar a ser profesor. El tercer hermano Berman, padre de Marta, fue comerciante, y también se conservó fiel a su fe.

Berman Bernays y su familia llegaron a Viena, procedentes de Hamburgo, en 1869, de manera que Marta vivió allí trece años, desde la tierna edad de ocho, hasta que conoció a Freud. Conservaba el recuerdo de su madre llorando —sus lágrimas caían, con un chasquido, sobre la cocina caldeada— ante la perspectiva de tener que abandonar su querida ciudad. Como veremos luego, su madre no estuvo satisfecha hasta el momento en que pudo retornar a su viejo hogar. El padre de Marta fue designado secretario del conocido economista vienés Lorenz von Stein, y de ahí su permanencia en Viena. En una fría noche de 1879, el 9 de diciembre, murió víctima de un síncope, en plena calle. Al morir él, su hijo Eli ocupó por un tiempo el mismo puesto.

Marta Bernays era delgada, pálida y más bien bajita. Que sus cautivantes maneras la hacían muy atractiva a los hombres es un hecho que se evidencia a través de muchas alusiones a la vehemencia de sus admiradores y pretendientes, cosa que no dejó de dar cierto fundamento a los celos de Freud. Aún cuando el asunto es apenas mencionado en las cartas, sabemos que antes de conocer a su futuro esposo, había estado a punto de comprometerse en casamiento con un hombre de negocios, mucho mayor que ella, llamado Hugo Kadisch. Fue su hermano Eli quien la disuadió de esa unión, insistiendo en la idea de que era una locura casarse cuando no se está realmente enamorado.

En la delicada cuestión de sus prendas de belleza, Freud se expresó de la siguiente manera, con su habitual candor, en respuesta a una apreciación autopeyorativa de parte de ella:

«Sé que no eres hermosa en el sentido que daría a esta palabra un pintor o un escultor. Si insistes en que demos a las palabras su más estricta corrección, me veré obligado a decir que no eres hermosa. Pero no te he estado adulando en lo que te decía. Yo no sé adular, aunque puedo, sí, estar errado. Lo que yo quise dar a entender es hasta qué punto la magia de tu ser se expresa en tu semblante y en tu cuerpo, hasta qué punto tu apariencia es testimonio revelador de lo dulce, lo generosa y lo razonable que eres. Por mi parte, yo he sido siempre más bien insensible a la belleza formal. Pero si algún resto de vanidad aún queda en tu cabecita, no te ocultaré que algunas personas aseguran que eres hermosa, y aún notablemente hermosa. Yo no tengo opinión sobre el particular.» Las observaciones contenidas en la carta que siguió a ésta no fueron más alentadoras que éstas para una mujer de veintidós años. «No olvides que la belleza sólo dura unos años, y que tenemos que pasar juntos una larga vida. Cuando la tersura y la frescura de la juventud desaparecen, sólo es dado encontrar belleza allí donde la bondad y la comprensión transfiguran los rasgos, y allí es donde tú sobresales.»

Marta era bien educada e inteligente, si bien no se la podría calificar de intelectual. Los asuntos de la vida cotidiana, en los últimos años, fueron bastante absorbentes como para acaparar su atención.

Freud estuvo siempre preocupado —sin motivo— por su salud, y solía decir que ella no tenía en la vida más que dos deberes: conservarse sana y quererle. Durante los dos primeros años de su noviazgo, él acostumbraba a insistir en que ella tomara píldoras de Blaud y bebiera vino, por lo que se puede sospechar que, tal como muchas otras jóvenes de su época, sufría de clorosis.

Eli Bernays se casó con la mayor de las hermanas de Freud, Ana, el 14 de octubre de 1883. Se ha supuesto generalmente que su compromiso precedió al de Freud, y que fue, en efecto, gracias a este compromiso, que Freud conoció a Marta, la hermana de Eli. La verdad es completamente otra. En realidad el compromiso de Freud, que tuvo lugar el 17 de junio de 1882,

precedió al de Eli, que se produjo en la Navidad del mismo año, por casi seis meses.

Cierta tarde de abril de 1882 Marta, y probablemente también su hermana Mina, se hallaban de visita en casa de los Freud. De regreso de su trabajo, era costumbre de Sigmund correr directamente a su habitación, a entregarse nuevamente a su estudio, sin preocuparse por las visitas. Pero esta vez se detuvo, a la vista de una alegre niña, que estaba en este momento pelando una manzana y charlando jovialmente en la mesa familiar. Para sorpresa de todos, se unió a la familia. Este primer vistazo fue fatal. Durante varias semanas, sin embargo, encontró más fácil el mostrar un exterior insociable y más bien excéntrico que iniciar derechamente la corte, pero tan pronto como se apercibió de la seriedad de sus propios sentimientos, se dedicó apresuradamente a la tarea de unirla a sí, «porque al menor asomo de superficialidad frente a una niña como ésta habría sido insoportable». Todos los días le enviaba una rosa roja; no un plateado *Rosenkavalier* vienés, pero sí con el mismo significado. Cada rosa iba acompañada de una frase en latín, español, inglés o alemán. El primer cumplido que recordaba más tarde haberle hecho fue compararla con la alada princesa de cuyos labios caían rosas y perlas, expresando, sin embargo, su duda, al mismo tiempo, sobre si la bondad y el buen sentido no salían con más frecuencia de los labios de Marta. De allí provenía el nombre de «princesa» que gustaba darle.

El último día de mayo tuvieron su primera conversación privada, bajando, tomados del brazo, del Kahlenberg. En su diario, ese día se preguntaba si él podría significar para ella, siquiera remotamente, lo que ella significaba para él, pero fue también el día, ¡ay!, que interpretó el haber rechazado ella el regalo de unas hojas de roble como frialdad. Esto le hizo odiosos los robles. Al día siguiente paseaba con Marta y con la madre de esta por el Práter y le hizo tantas preguntas sobre ella, que cuando esta regresó a su casa le habló de todo ello a su joven hermana Mina, agregando: «¿Qué deduces de esto?» La respuesta fue más bien desalentadora: «Es muy amable "Herr Doktor" al tomarse tanto interés por *nosotras*.»

El día 8 de junio la encontró haciendo una cartera para el

primo de ella, Max Mayer, y dedujo que él había llegado demasiado tarde. Pero apenas dos días después ella se mostró encantadora con él, y en un jardín en Mödling se cruzaron con un almendro doble, que los vieneses llaman *Vielliebchen*, lo cual impone el pago de una prenda por persona, en forma de regalo. En ese momento la atracción ya era evidentemente recíproca, y por primera vez Freud se atrevió a concebir esperanzas. Al día siguiente ella le enviaba una torta hecha por ella misma, para que él la «disecara», firmando el envío «Marta Bernays». Pero antes de despacharla, había llegado a sus manos, enviado por él, un ejemplar de *David Copperfield*, de modo que ella agregó algunas cálidas líneas de agradecimiento, firmando «Marta». Dos días más tarde, el 13 de junio, ella estaba comiendo con la familia de él y él se apropió de su tarjeta de visita para conservarla como un recuerdo. Agradecida por este gesto, ella estrechó su mano, por debajo de la mesa. Esto no pasó desapercibido a las hermanas de él, quienes sacaron indudablemente las conclusiones del caso. Al día siguiente, miércoles, ella volvió a escribirle unas líneas, que él no recibió, sin embargo, hasta el sábado, día en que se realizó el compromiso. Al día siguiente salieron ambos a pasear, acompañados por el hermano de Marta, y esta le dijo que había arrancado para él, en Baden, una ramita de capullos de lima, que le entregó el sábado. Envalentonado por esta noticia, Freud, que ya tenía su permiso para escribirle a Hamburgo y el privilegio de llamarla por su primer nombre, trató de extender ese privilegio al uso íntimo del *Du* (tú). Fuése pues, a la casa y le escribió la primera carta, tímida, indecisa y trabajada, pidiendo este privilegio.

La respuesta de Marta a su carta, cuando se encontró con ella en su casa, el sábado, consistió en obsequiarle con un anillo de su padre, que la madre le había dado, tal vez con ese propósito. A ella le venía demasiado grande, por supuesto, y él lo usó en el dedo meñique. Él lo hizo reproducir en un tamaño menor, para usarlo Marta, dado que su familia sabía que ella poseía ese anillo, e hizo la observación de que el original, después de todo, debía pertenecerle a ella, ya que era querida por todos[1]. Apenas un mes más tarde le ocurrió a él, con su anillo,

1. Alusión a la historia del anillo en *Nathan der Weise*, de Lessing

el siguiente accidente: «Ahora tengo que hacerte una pregunta de trágica seriedad. Contéstame por tu honor y tu conciencia si el último jueves a las once sentiste menos cariño hacia mí, o más fastidio que de costumbre, o acaso me fuiste realmente "infiel", como dice la canción [2]. ¿Que a qué viene esta manera solemne de conjurarte, tan de mal gusto? Porque se me ha presentado una buena oportunidad de poner fin a una superstición. En el instante que he señalado mi anillo se rompió por la parte en que se engarza la perla. Debo confesar que mi corazón no se hundió en un abismo, no fui presa de presentimientos acerca de que nuestro compromiso habría de tener mal fin ni tuve la negra sospecha de que en este preciso instante estabas arrancando mi imagen de tu corazón. A un hombre sensible le hubiera ocurrido todo eso, pero mi único pensamiento fue que había que reparar el anillo y que los accidentes de esa clase son difíciles de evitar.» Lo único que ocurrió fue que un cirujano acababa de introducir en su garganta un bisturí para abrir un absceso en una amígdala, y Freud, en su dolor, había golpeado fuertemente en la mesa con la mano. En cuanto a Marta, lo que en ese preciso momento estaba haciendo era tan poco funesto como el dar cuenta de un trozo de torta. Un año más tarde, a buen seguro, y precisamente durante una nueva inflamación de las amígdalas —si bien más leve esta vez— el anillo se volvió a romper, y esta vez perdió la perla. Un año después ella volvió a darle un anillo, también con una perla. Fue apenas en diciembre de 1883 que Freud estuvo en condiciones de darle un anillo de compromiso, sencillo y con un granate.

Aquel sábado tan significativo, después del cual se consideraron comprometidos en matrimonio, era el 17 de junio, fecha que ya nunca olvidarían. Por un tiempo celebraron incluso el día 17 de cada mes. En febrero de 1885 fue cuando por primera vez se olvidaron de mencionar esa fecha en sus cartas.

Freud volvió a verla al día siguiente, tan sólo fugazmente, pero evidentemente no perdió el tiempo, pues según observó la había besado en esos días más de lo que besó a sus herma-

2. Eichendorff, *Das zerbrochene Ringlein.*

nas en sus veintiséis años de vida. A la mañana siguiente ella partía para Wandsbek, en los alrededores de Hamburgo, para pasar sus vacaciones con su tío Elias Philipps en tanto que la madre y la hermana las pasarían en Reichenau. Esta fue la primera de la media docena de dolorosas separaciones que tuvieron que sufrir.

Desde que se conocieron, la personalidad de Freud debe haber causado impresión en Marta, tanto más cuanto que, para satisfacción de Freud, ella lo encontraba parecido a su padre. Por sus cartas, ya a partir de entonces, se tiene la evidencia de que lo amaba real y profundamente. Por mucho tiempo, sin embargo, Freud se sintió inclinado a dudar del amor de ella, y hasta el final de su compromiso le echaba en cara lo que él llamaba el «primum falsum» de sus relaciones: que él se había enamorado nueve meses antes que ella de él, que ella lo había aceptado contra sus inclinaciones y que él tuvo que pasar por una época terrible mientras ella trataba infructuosamente de amarlo. Lo único cierto en todo esto parece ser que naturalmente su amor tardó más en adquirir el carácter apasionado que en seguida tomó el de él sólo que, tratándose de Freud, era siempre difícil sacarle una idea de la cabeza una vez que esta había hallado algún asidero. En una carta del 9 de abril de 1884 Freud hace referencia a esto como el único error que ella había cometido, pero dos años más tarde admitía que la mayoría de las mujeres dan el sí sin estar realmente enamoradas; el amor, habitualmente, viene después.

La actitud de Freud hacia su amada estaba muy lejos de ser una actitud de simple atracción. Era verdaderamente una *grande passion*. Freud iba a experimentar en su propia persona, y en toda su fuerza, el terrible poder del amor, con todos sus arranques, temores y tormentos. Despertó en él todas las pasiones de que era capaz su vehemente naturaleza. Si alguna vez un hombre llegó a ganar, gracias a un ardiente aprendizaje, el derecho a hablar con autoridad del amor, ese hombre es Freud.

El día antes de la separación tenía el temor de despertar de lo que tal vez no había sido más que un engañoso sueño de bienaventuranza, y no quería creer en su buena fortuna. Pero una semana después se pregunta por qué no habría de alcanzar,

siquiera una vez, más de lo que merecía. Nunca había imaginado tanta felicidad.

La característica aversión de Freud a las transacciones, evasiones y ocultamientos de la verdad se mostró en toda su amplitud en ésta la más grande experiencia emocional de su vida. Sus relaciones tenían que ser enteramente, cabalmente perfectas. Ni la menor de las sombras debería empañarlas. Por momentos parecía que su objetivo fuera más bien la fusión que la unión. Un fin como este, imposible en todo caso, habría de encontrar, en esta ocasión, grandes obstáculos frente a una firme personalidad, ya que con toda su dulzura, Marta no era precisamente un modelo de complaciente docilidad. Apenas una semana después de la separación nos encontramos con el primer débil indicio de su intención, que nunca pudo verse realizada, de moldearla a su imagen y semejanza. Al regañarle por haberle enviado un regalo extravagante, ella le dice firmemente: «No debes hacer esto.» Esto da lugar a una inmediata reprobación de parte de él, seguido de los habituales autorreproches por proceder así.

Bien pronto habrían de llegar dificultades mucho más serias. Un tal Max Mayer, de Hamburgo, primo de Marta, había sido el primer predilecto de ésta, antes de conocer a Freud. Esto fue suficiente para dar lugar a los primeros arranques de celos. Estos eran alimentados por una de las hermanas de él, que le habló, no sin malicia por cierto, del entusiasmo demostrado por Marta por unas canciones que Max había compuesto para ella y le había cantado. Más tarde Max provocó la furia de Freud diciéndole que Marta sentía la necesidad de ser amada y que por ello pronto encontraría marido.

Freud siempre se atormentaba a sí mismo mucho más de lo que hacía sufrir a los demás. Incluso después de este primer y ligero incidente sintió la necesidad de escribirle que había superado el estado de ánimo en que le había escrito y se sentía ahora avergonzado. «¿Cabe mayor locura que ésta? —me decía yo mismo—. Has conquistado a la queridísima niña, completamente sin mérito por tu parte, y no encuentras nada mejor que acusarla, apenas una semana después, de acritud, y atormentarla con tus celos... Cuando una niña como Marta siente cariño

hacia mí, ¿cómo puedo temer a un Max Mayer o a una legión de Max Mayers?... Fue una expresión de este amor tan hondamente arraigado, pero torpe y autotorturante... Ahora me he desprendido de esto como de una enfermedad... Mi sentimiento con respecto a Max Mayer era una desconfianza de mí mismo, no de ti.» Esta sabiduría no había de durar mucho, sin embargo, y volvió a ser empañada una y otra vez.

Bien pronto fue eclipsado por una figura más perturbadora, no un extraño para Freud esta vez, sino íntimo amigo, Fritz Wahle. Max era un músico y Fritz un artista, hechos nada tranquilizadores en sí mismos. Freud tenía una opinión formada acerca de la capacidad de estos hombres para hacerse querer por las mujeres, y una vez le habían hablado, además de la reputación especial que tenía Fritz de ser capaz de seducir a cualquier mujer y apartarla de otro hombre. «Yo creo que hay una enemistad, de carácter general, entre los artistas y las personas cuya vida transcurre entre las alternativas de la labor científica. Sabemos que en su arte ellos poseen la llave maestra que abre fácilmente todos los corazones femeninos. Mientras que nosotros quedamos mirando, impotentes, el extraño diseño de la cerradura y tenemos que atormentarnos bastante hasta descubrir una llave apropiada.»

Fritz estaba comprometido con una prima de Marta, Elise, pero por mucho tiempo había sido un amigo fraternal de Marta, sacándola a pasear y alentándola en diversas formas. Era una amistad íntima, si bien aparentemente sin un verdadero *arrière pensée,* pero en una ocasión por lo menos —*¡terribile dictu!*— ella le permitió que le diera un beso. Esto había ocurrido, además, el mismo día en que Freud y Marta habían paseado por el Kahlenberg, tomados de la mano, y sin adivinar ella los sentimientos de él, se había retirado. Esta inquietante información le fue proporcionada a Freud, más tarde, por su amigo Schönberg, a quien él conjuró que le dijera «lo peor», pero ya mucho antes de eso había habido bastantes disgustos. La cosa comenzó por la suposición por parte de Fritz, de que su antigua amistad con Marta cambiaría muy poco, suposición que aparentemente no encontró oposición de parte de ella. Ninguno de los dos, por ciento, advertía, más allá de lo visible, nada serio en sus

sentimientos. Ni tampoco Freud pensó nada en ese sentido, al comienzo, si bien el tono de la correspondencia entre los dos le parecía impropio e incomprensible. Schönberg advirtió, entonces, que la conducta de Fritz era extraña. Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando se enteró del compromiso de su amigo, y desde entonces, por afectuosas que fueran las cartas de Marta, él se quejaba de que ella se estaba despreocupando de él y que sus cartas eran frías.

Schönberg reunió a sus dos amigos en un café para que ventilaran sus diferencias de una vez y reanudaran nuevamente su amistad. Fritz se mostró insolente y ciertamente raro. Amenazó con matar a Freud y suicidarse luego, si Freud no hacía feliz a Marta. Freud, inocente aún, se rió en voz alta, a lo que Fritz declaró descaradamente que si él le escribía a Marta induciéndola a romper con Freud, él estaba seguro de que ella así lo haría. Todavía Freud no tomaba la cosa muy en serio. Entonces Fritz pidió papel y lápiz y en el acto escribió una carta a Marta. Freud insistió en leer la carta, cuyo texto le hizo subir la sangre a la cabeza. Schönberg, que también la leyó, se sintió igualmente violento. Contenía las mismas expresiones de antes: «Querida Marta» y «amor imperecedero». Freud rompió la carta, y Fritz, mortificado, se retiró. Ambos amigos lo siguieron, tratando de hacerle volver a sus cabales, pero él sólo atinó a estallar en llanto. Esto aplacó a Freud, cuyos ojos también se humedecieron. Tomó del brazo a su amigo y lo acompañó a la casa. Pero a la mañana siguiente Freud cambió de ánimo, y se sintió avergonzado de su debilidad. «El hombre que hace aflorar lágrimas a mis ojos tiene que hacer mucho para que yo lo perdone. Ha dejado de ser mi amigo, y pobre de él si llega a ser mi enemigo. Estoy hecho de una pasta mucho más dura que la de él, y si llegamos a medirnos, ya verá que no es mi igual.» En cuanto a interponerse entre él y Marta: «*Guai a chi la toca*»[3]. «Puedo ser implacable».

Freud comprendió finalmente la situación, aún cuando Marta no aceptó su punto de vista, protestando que Fritz no era más que un antiguo amigo. Pero a él le resultaba patente ahora

3. «¡Ay de quien la toque!» El grito de guerra de los reyes de Lombardía al asumir la Corona de Hierro.

que, sin saberlo conscientemente, Fritz estaba realmente enamorado de ella. «La solución del embrollo es esta: Sólo en el terreno de la lógica es imposible la coexistencia de cosas contradictorias. En los sentimientos, persisten y viven felices una junto a la otra. Argumentar como lo hace Fritz es negar la mitad de la vida. Y donde menos se debe negar la posibilidad de tales contradicciones es en los sentimientos de los artistas, gente que no tiene la oportunidad de someter su vida interior al severo control de la razón». Allí hablaba el futuro psicólogo.

Marta no quería aceptar, sin embargo, ninguna de sus explicaciones. No era más que una simple amistad, como en efecto Fritz aseguraba a Freud unos días más tarde, cuando volvieron a encontrarse. Su inconsciente, probablemente, estaba mejor enterado, pues demostraba la actitud característica de una mujer bondadosa frente a un amante desdichado: una gran piedad. Freud llegó a la conclusión de que lo único que podía hacerse era conseguir prestado, a toda costa, el dinero necesario para ir a Wandsbek y restablecer allí la armonía perturbada. Así lo hizo, llegando allá el 17 de julio, en «el día del compromiso», por lo tanto, y permaneciendo diez días allí. Esta fue la primera de la media docena de visitas que hizo allá. En la carta en que le anunciaba la visita, agregaba:

Journeys end in lovers meeting
Every wise man's son doth know[4].

Antes de partir tuvo que pasar, sin embargo, por momentos terribles. La amenaza de Fritz en el sentido de ordenar a Marta que lo abandonara a causa de que él la atormentaba hizo surgir en él la duda acerca del ascendiente que tenía sobre ella, que tal vez él había sobreestimado. Esto le produjo un «miedo espantoso». La carta de ella a Fritz, más tarde, en que le aseguraba que la amistad entre ambos seguía igual que antes, le condujo a un estado de frenesí que le hizo vagar de noche, por las calles, durante horas enteras.

La necesidad de conservar el secreto, dentro del proyectado

4. Al final del viaje es el encuentro de los amantes. Lo sabe el hijo del sabio (SHAKESPEARE, *Noche de Reyes*).

viaje a Wandsbek, presentaba no pocas dificultades. Freud se propuso engañar a Eli haciéndole creer que salía para una correría por lo que eufemísticamente se llamaba la Suiza sajona, pero el tiempo se presentaba con apariencia de probable lluvia, lo cual quitaría verosimilitud al proyecto. En Wandsbek mismo, donde se alojó en el Post Hotel, se planteaba el problema de entrevistarse con Marta sin que sus parientes se enteraran de su presencia. Fue a visitar a una amiga de Marta llevando preparado un nombre supuesto para el caso de que ésta se mostrara poco cordial, y sin duda se hubiera presentado con una falsa barba, a no ser porque tenía la propia. Transcurrieron días de desesperación antes de que Marta pudiera concertar un encuentro, que tuvo lugar en el Mercado de Hamburgo. «Las mujeres —como decía él— son mucho más inteligentes para esto que los hombres». Los contados encuentros que tuvieron lugar fueron muy felices, y a su regreso a Viena escribió que se sentía renovado por un centenar de años.

Fue probablemente en esa ocasión que él propuso un compromiso a prueba por un año, idea que ella rechazó con esta sola palabra: «tontería». Evidentemente era una treta ideada para ponerla a prueba, y más tarde él dijo que de haber sido tan fríos y razonables seguramente se habrían separado para siempre al cabo de una semana.

La felicidad así restaurada no duró, sin embargo, mucho tiempo. A poco más de una semana de su regreso tuvo que confesar que su recriminación a Marta no había sido tan objetiva como a él le había parecido —se había engañado en aquella ocasión— y que él era realmente celoso. ¡Y hasta qué punto! Tuvo ocasión de conocer todas las torturas de que es capaz este soberano afecto. En los momentos de lucidez comprendía que su desconfianza de Marta surgía de una falta de confianza en cuanto a ser él mismo digno de ser amado, pero esto no hacía más que empeorar las cosas. Él no poseía nada de aquella magia que tienen, para las mujeres, los hombres como Max y los demás artistas. Se dejaría cortar la mano derecha por no verse acosado por la idea de que Max y Fritz habían sido queridos por ella y que él nunca podría llegar a ser su sustituto. Era una explicación que se le imponía por su indiferencia con las mujeres en

su juventud. Era tan grande su sufrimiento que nada le hubiera costado el tirar la pluma y hundirse en un sueño eterno. Al otro día la desesperación cedió su lugar a la furia. «Cuando vuelven a mi recuerdo tu carta a Fritz y el día que pasamos en el Kahlenberg, pierdo todo control sobre mí mismo, y si tuviera el poder necesario para destruir todo el mundo, inclusive nosotros dos, para que todo comenzara de nuevo —aún a riesgo de que no pudiera volver a crear a Marta y a mí mismo— lo haría sin vacilar.»

Un par de semanas más tarde escribía sobre su odio a Fritz, a quien en otras circunstancias podía haber querido. Pero ella no debería tratar de reunirlos nunca. Los recuerdos serían siempre demasiado dolorosos. Cuando ella regresó a Viena, el 11 de setiembre, hubo indicios de que Fritz no se hallaba aún preparado a resignarse ante el nuevo estado de cosas. Intervino Schönberg, y en una carta dirigida a Marta trató de poner en claro toda la situación. Freud le hizo saber además que, a menos que ella evitara la menor aproximación de parte de Fritz, él arreglaría definitivamente la situación con éste. Las primeras conversaciones no fueron satisfactorias. Marta se mostraba evasiva y silenciosa. Era una pena la forma en que malograban los contados y hermosos momentos de sus encuentros. Pero Freud se mostró inconmovible, y finalmente ella tuvo que concederle lo que se refería a Fritz. Si no lo hubiera hecho así —como más de una vez él se lo dijo más tarde— se habrían separado. Fritz, por su parte, no volvió a suscitar complicaciones, pero la herida tardó mucho en curar. Tres años más tarde todavía Freud calificaba de «incurable» el doloroso recuerdo.

El lugar dejado por Fritz fue ocupado por dos rivales aún más perturbadores de la propia familia de Marta esta vez: el hermano y la madre, a quienes nos corresponde presentar ahora. Eli Bernays, un año mayor que Marta, era un sincero amigo de Freud, de carácter generoso y dotado de un talento especial para los obsequios oportunos. Freud conservaba como un tesoro la copia de la Declaración de Independencia de Estados Unidos, que él le dio, y la colgó sobre su cama en el hospital. Freud sentía mucho afecto por él antes de la ruptura, y más tarde dijo que le había costado «el mayor de los esfuerzos» el deci-

dirse a ello. La situación de Eli era mejor que la de cualquier otro miembro de ambas familias: editaba un periódico sobre economía y era un astuto hombre de negocios. Mantenía él solo a su madre y a sus hermanas, luego de la muerte de su padre, en 1879, y ayudó también a la familia de Freud después de casarse con Ana, la mayor de las hermanas. Tomaba la vida con menos seriedad que Freud, quien lo consideraba como una especie de niño echado a perder —el mayor de los hijos y el único varón superviviente—, precisamente la misma situación de Freud en sus primeros diez años. La opinión de Freud, sin embargo, era indudablemente errónea.

La madre de Marta, Emmeline Philipp de Bernays (nacida el 13 de mayo de 1830 y fallecida el 26 de octubre de 1910), era una mujer inteligente y esmeradamente educada: su familia procedía de Escandinavia y ella conservaba aún el conocimiento del idioma sueco. Del mismo modo que su marido profesaba las estrictas reglas del judaísmo ortodoxo, y había educado a sus hijos para seguir las mismas prácticas. Esto fue, de por sí, un serio motivo de fricción, ya que Freud no quería tener nada que ver con esto y despreciaba lo que para él no era más que pura superstición. Por consideración a su madre, los sábados, días en que está prohibida la escritura, Marta escribía sus cartas a lápiz, en el jardín, para no hacerlo en presencia de aquélla. Esto le producía gran fastidio a Freud, que solía motejarla de «débil» por no hacer frente abiertamente a la madre. «Eli se figura bien poco qué clase de hereje haré de ti», fue una observación que él hizo desde muy temprano, y en conjunto —en las cosas prácticas de la vida— lo logró. En su primera alusión a la madre de Marta, Freud dice: «Es fascinante, pero extraña, diferente, como lo será siempre para mí. Busco en ella las semejanzas contigo, pero difícilmente encuentro alguna. Su misma calurosa cordialidad tiene el aspecto de condescendencia, y es una persona que exige ser admirada. Preveo que tendré más de una oportunidad de hacerme antipático a ella, y no me propongo evitarlo. Uno de los motivos es que ha comenzado a tratar mal a mi joven hermano, a quien quiero mucho. El otro es mi decisión de que la salud de Marta no sufra las consecuencias de una falsa devoción y de los ayunos.» Las dos cosas

de que más se quejaba en ella eran su complacencia y su amor a las comodidades, en contraste con su propia pasión de ahondar en las cosas y removerlas por doloroso que ello pudiera resultar. Además de esto, su negativa a resignarse a su edad y colocar en primer término las cosas de sus hijos, como lo hacía siempre la madre de Freud. Ella seguía conservando la autoridad en la familia, ocupando el lugar del padre, y esto era, para él, una actitud demasiado masculina, a la que él reaccionaba evidentemente en forma negativa. Schönberg consideraba esto puro egoísmo, como así también Freud.

Evidentemente Freud estaba buscando complicaciones, y las encontró, o las produjo. No debería haber ningún otro varón en la vida de Marta, por lo menos en sus afectos. En este principio parecía haber incluido también a la madre de Marta. La actitud de esta hacia su madre era devoción y estricta obediencia. La resuelta voluntad de la madre, significaba para ella, no egoísmo, sino algo que debía ser admirado, nunca puesto en tela de juicio. Su hermana Mina, en cambio, se mostraba completamente franca en sus críticas a la madre. Esto constituyó el primer vínculo entre ella y Freud. El contraste entre las dos hermanas fue netamente delineado por él, con agudeza psicológica: «Tú no quieres mucho a tu madre y eres tan considerada con ella como te es posible; Mina la quiere, pero no es indulgente con ella.»

Por este tiempo, en julio de 1882, Eli vivía con la familia Freud, otro indicio más de la estrecha relación entre las dos familias. Se mostraba tan amistoso y encantador, que Freud se sentía más bien avergonzado por el gran secreto que le estaba ocultando. Pero aún entonces comentó, quince días apenas antes del compromiso, que Eli llegaría a ser «su más peligroso rival». Unas semanas más tarde, Eli de quien solía sentirse tan amigo, se le había hecho «insoportable».

La «oportunidad» para el caso se presentó bien pronto por sí misma. Alexander que entonces tenía quince años, había sido tomado por Eli para hacerle aprender algo en lo que luego llegó a ser más tarde su ocupación, y tal como era costumbre entonces, no se le pagaba sueldo alguno. Al cabo de nueve semanas, Freud, que tenía otras razones para proceder de ese modo, dio instruc-

ciones a su hermano en el sentido de que pidiera un sueldo y que se negara a continuar si se lo negaban, o siquiera se producía una demora. Eli le hizo la promesa de empezar a pagarle dos meses después, en enero, y Alexander, obediente a su hermano, lo abandonó. Eli se sintió molesto, y se quejó a Freud, el cual le respondió con su característica intransigencia. Eli informó a su madre de la rudeza de Freud, que se puso, naturalmente, del lado del hijo. Marta, con quien Freud había considerado ampliamente el asunto, se puso de parte de éste, si bien lamentaba la crudeza de su actitud. Freud decía más tarde que si ella no se hubiera puesto de su parte habría roto con ella, tal era la convicción que tenía de que le asistía la razón. Marta se sentía muy afligida, no obstante, ante la idea de una disensión entre él y la familia de ella, y le rogó que hiciera algo para remediar la situación. Aunque en parte a costa, evidentemente, de sus sentimientos, él hizo un esfuerzo en ese sentido. Envió a la señora Bernays una carta en que exponía su actitud, el 25 de octubre, carta que se conserva, si bien reproducida a pedazos, rota posiblemente por la enojada madre. Después de algunos ceremoniosos cumplidos, pasaba revista laboriosamente a todos los aspectos de la cuestión, sin ninguna consideración para los sentimientos de ella. Fue un esfuerzo sumamente desdichado en el terreno de la diplomacia, género éste en el que Freud nunca llegó a descollar.

El asunto se disipó, sin embargo, al poco tiempo. Eli, que era un partido nada desdeñable y se hallaba en una situación social y económica mejor que la de cualquier miembro de la familia Freud, estaba cortejando a la hermana mayor de éste, con la que se comprometió a fin de año. Freud se sintió muy complacido por esto y se hizo más amigo de Eli, reconociendo que éste debía ser una buena persona, al casarse con una chica que no tenía un centavo, cuando habría podido atender mejor a este aspecto de sus intereses. Esta novedad unida a la atmósfera familiar de la Navidad, fue quizá la razón que indujo a la joven pareja a comunicar su secreto a mamá Bernays, cosa que hicieron el día 26, a la vez que le hacían el presente del Glocke, de Schiller. No sabemos cómo recibió ella la noticia, pero existen indicios de que hubo de transcurrir mucho tiempo

antes de que se reconciliara con Marta por haber elegido un pretendiente que carecía de medios y perspectivas, con el agregado de que evidentemente no simpatizaba con sus puntos de vista religiosos.

En una carta a Mina, del 22 de enero, Freud escribía: «Confesamos libremente que hemos sido muy injustos con Eli. En todas las cosas de importancia demuestra ser de elevadas miras y amplia comprensión.»

En enero empezaron a escribir un relato de su compromiso —para ser leído en alguna remota época—, en lo que ellos dieron en llamar *Geheime Chronik,* con la idea de que, viviendo como vivían en una misma ciudad, tendrían pocas cartas en el futuro que pudieran recordarles esos días de tanta emoción.

Escribían por turno. Era una mezcla de Diario y autoconfesión. En la primera cosa que allí escribió Freud se lee: «En mí se encierra cierto coraje y audacia que no es fácil desterrar ni extinguir. Cuando me examino severamente, con más severidad de la que pondría en ello mi amada, advierto que la naturaleza me ha negado muchos de sus dones, y concedido poco, realmente muy poco, de aquella clase de talento que obliga al reconocimiento. Pero me ha dotado de un intrépido amor a la verdad, el ojo fino del investigador, un recto sentido de los valores de la vida y el don de trabajar en forma intensa, y de hallar placer en ello. Bastantes, pues, de los atributos mejores, como para hallar soportable mi extrema pobreza en otros aspectos... Vamos a estar unidos a lo largo de esta vida, tan fácil de entender en sus fines inmediatos como incomprensible en cuanto a su propósito final.» Se proponían estudiar juntos historia y poesía, «no para embellecer la vida, sino para vivirla».

En marzo de 1883 la hostilidad de Freud hacia Eli resurgió, y fue más poderosa que antes. Su reprobación actual de Eli, cuyas razones no podemos exponer aquí, se prolongó hasta después del casamiento de Freud, y fue compartida en cierta forma por Marta. El desagrado de Freud se intensificó a causa del apoyo que Eli prestó a la idea de su madre de trasladarse a Hamburgo. Durante años los dos viejos amigos dejaron de dirigirse la palabra. Freud no asistió al casamiento de Eli con su hermana Ana, en octubre de 1883, si bien esto se debió en parte al poco

agrado que sentía por las formalidades. Fue una fiesta de etiqueta, acompañada de ceremonias que Freud describía (de oídas) como «simplemente odiosas». No pensaba, entonces, que llegaría el momento en que también él tendría que someterse a las mismas ceremonias.

Dieciocho meses más tarde, en el momento en que él, un día salía de su casa, Eli entraba de visita. Se saludaron con una inclinación de cabeza, sin cambiar palabra. Entonces Freud, aprovechando que Eli no estaba en la casa, fue a visitar a la hermana y a felicitarle por el nacimiento de su primogénito. No dejó de advertir, sin embargo, que no debía considerarse este gesto suyo como signo de reconciliación con su esposo.

En 1892 Eli hizo una visita a Estados Unidos, para cerciorarse de las posibilidades que allí podría encontrar, y un año más tarde fue a buscar a su mujer para establecerse en Nueva York. Para esa época la antipatía de Freud había perdido su primitiva intensidad. No solamente ayudó a su cuñado en cuanto a las dificultades de orden monetario que suponía la emigración, sino que retuvo consigo a uno de los vástagos, Lucie, durante un año, hasta tanto quedaran solucionadas todas las cosas en el nuevo país. Por el resto de sus vidas, los dos hombres se mantuvieron en términos francamente amistosos. El sentimiento del vínculo familiar no se apagó, y años más tarde Freud hizo todo lo que pudo para poner en manos de su brillante sobrino, Edward Barnays, la publicación de sus obras traducidas en Estados Unidos.

Entre tanto y como resultado de dicha ruptura, Freud no quiso visitar más a Marta en su casa, y por dos meses se vieron solamente en la calle o en la casa de Freud, tan llena de gente. Esta desagradable situación solamente cambió el 1.º de mayo, cuando él contó con una habitación en el hospital, donde ella entonces comenzó a visitarle. Más graves fueron las duras exigencias que hizo a Marta. Esta tuvo que contravenir su inclinación a estar en buenos términos con todo el mundo, y colocarse siempre de su parte en la disputa que él mantenía con el hermano y con la madre de ella. Tuvo que reconocer, en efecto, que ya no les pertenecía a ellos sino únicamente a él. Tuvo que renunciar a ellos, y por añadidura también a sus propios «pre-

juicios religiosos». Marta no pudo hacer nada a todo esto sino callar y esperar a que llegaran tiempos más apacibles. Pero precisamente esta actitud de silencio y «evasión» era la cosa más apropiada para molestar a Freud: él prefería mucho más que las cosas se plantearan en un conflicto a la luz del día.

El plan materno sobre Hamburgo empezaba a madurar. Schönberg protestó con vehemencia porque se llevaban a su prometida (Mina), pero todo fue en vano. De nada servía el llamarla vieja egoísta. Eli estimulaba a la madre en su plan, pensando sin duda que él gozaría de más tranquilidad en su ausencia. Las súplicas y protestas de Marta no fueron tan vigorosas como lo hubiera querido Freud —un motivo más para provocar desacuerdos— pero la voluntad de la madre, para ella, era la ley. La partida tuvo lugar, finalmente, y Freud se vio separado de Marta por segunda vez, el 17 de junio de 1883, y ahora por un futuro de duración absolutamente imprevisible. La madre de Marta trató de tranquilizarlo diciéndole que sólo iban a Hamburgo para ver si les agradaba, y decidir luego si se quedarían allí. Freud aludió más tarde, a menudo, a este «engaño».

Freud se había sentido inquieto por la idea de que la poca salud de Marta, con sus mejillas pálidas y sus ojeras azules, se debiera a sus ardientes abrazos en las insatisfactorias circunstancias de sus ocasionales encuentros. Esto constituía su primera referencia a lo que más tarde habría de describir como la neurosis de angustia de las parejas de novios. Pero la separación total que significó la partida para Hamburgo le afectó a él mucho más seriamente que a ella. Su situación, en ese momento, era evidentemente desalentadora. No había iniciado todavía ningún trabajo de investigación que pudiera favorecer decididamente su futuro profesional y sus proyectos de matrimonio, las preocupaciones de familia eran aplastantes y ahora quedaba privado, incluso, del único consuelo que le ayudaba a afrontar la situación, el compartir sus preocupaciones con Marta durante las conversaciones con ella. A su aflicción se mezclaba un resentimiento contra el hermano y la madre de Marta, que no habían tomado en cuenta sus intereses, y contra ella misma, por no haber luchado más enérgicamente. El mes que siguió a la partida estuvo enteramente colmado de amargura de parte

de él, azoramiento de parte de ella, e incomprensión de una y otra parte, tal como es frecuente ver en tales circunstancias, pero que en el caso de Freud, con su impetuoso temperamento, se exageraban y ahondaban hasta lo trágico. Precisamente es este tono trágico, tan característico de sus emociones en este período de su vida, lo que resulta difícil de exhibir aquí en este breve resumen, sin reproducir un considerable número de largas cartas, cosa que, por más de una razón, no resulta factible.

Aparte de una mayor intensidad en sus emociones, Freud difería de Marta en varios aspectos. Tenía ella el natural deseo femenino de ser amada, pero estaba segura de serlo. En cuanto a él no sólo sentía ese deseo o necesidad con una intensidad mayor de lo que es común en el hombre, sino una perpetua falta de certeza acerca de si realmente era querido. Periódicamente sufría, por ello, torturantes ataques de duda acerca de si Marta lo quería, y el vehemente anhelo de recibir las consiguientes expresiones de seguridad. Como suele ocurrir en tales casos, se le ocurrían diversas ideas para poner a prueba ese cariño, algunas de ellas enteramente inadecuadas e incluso fuera de lo razonable. La prueba principal que exigía era una completa identificación con él, con sus opiniones, sus sentimientos y sus propósitos. No sería realmente suya si en ella no veía estampado su «sello». Sin esto, no había manera de decir con quién estaba realmente comprometida. Apenas poco más de un año después expresaba su satisfacción por la resistencia que ella había opuesto, a pesar del dolor que con ello le había causado, ya que la debida valoración de su «sólida» personalidad no hacía más que volverla más preciosa que nunca a sus ojos.

Mientras se trataba de situaciones en que sus intereses eran los mismos, Marta pasaba muy bien por la prueba, pero allí donde era el caso de anularse a sí misma o de renunciar a sus propios principios, no cedía. Las exigencias de posesión absoluta, de exclusividad en el afecto, de fusión total en la actitud de ambos hacia otras personas: todo esto fue resistido con éxito por su «sólida» personalidad. Y llegó la hora en que Freud se alegró de haber fracasado en esto. Lo que menos quería, después de todo, era poseer una muñeca, por muy ardiente que

fuera su deseo de contar con alguien que compartiera sus luchas.

Por regla general todas las parejas de novios, así como también los casados, pasan por un proceso de adaptación recíproca en forma automática, al azar de los hechos de cada día y sin reflexionar sobre qué es exactamente lo que les está ocurriendo. Freud, por el contrario, se dio cuenta desde el primer momento de que estaban frente a una «tarea» definida, y había algo casi sistemático en su manera de plantearla. «El mantener reservas el uno frente al otro sólo puede conducir al extrañamiento. No tiene ninguna utilidad: cuando hay dificultades es necesario vencerlas.» Su odio a las medidas paliativas y su decisión de conocer siempre la verdad hasta el fin, por amarga que sea, debe haberse entremezclado con el lado agresivo de su carácter, dando lugar a una combinación a la que no resultaba nada fácil oponerse. Llegaba a admitir, incluso, que resultaría fastidioso el no hallar en la otra persona nada que requisiera ser enmendado. La senda que Marta elegía, en cuanto significaba evitar lo desagradable, solo podía conducirlos a la ruptura. Todas estas manifestaciones de él provienen del primer mes de noviazgo.

Toda la vida amorosa de Freud nos habla de un notable esfuerzo de ocultamiento. Acaso pueda decirse que era algo que requería ser cuidadosamente protegido. Sólo en condiciones muy favorables se podía permitir que se expresara y se explayara libremente. Aún tratándose de la mujer a quien tanto quería, se tiene la impresión de que sentía, a menudo, la necesidad de manifestar cierta dureza o de expresar una crítica adversa antes de permitirse dar rienda suelta a sus sentimientos de cariño. A menudo la extrema bondad y el amor profundo se cubrían en él de una capa más dura, que bien podía inducir al observador a hacerse una idea falsa sobre su carácter. Hacia el final de su compromiso le dijo a Marta que nunca le había mostrado realmente la mejor parte de sí mismo; es posible que no se haya revelado nunca en todo su vigor. Pero Marta intuía lo suficiente como para otorgarle una inquebrantable confianza en que el amor, tratándose de él, saldría siempre victorioso de toda situación afectiva complicada y esto fue lo que la sostuvo en las duras pruebas a que se vio sometida.

Las dos semanas que siguieron a su separación, en junio de

1883, figuran entre las peores por las que tuvieron que pasar. En cartas muy dulces y llenas de paciencia, Marta consentía en convertirse en su «camarada de lucha», como él quería, pero manifestaba claramente que no era su intención unirse a él en un ataque a su familia. Una carta amarga siguió a la otra, acusándola de debilidad, de cobardía, de optar por el camino más fácil en lugar de hacer frente con valentía a las situaciones dolorosas. Estas misivas culminaron en una, fechada el último día del mes, en la que le decía que a menos que ella admitiera cuán justificadas eran sus exigencias, él reconocía que había sido derrotado. Estaba demasiado exhausto para continuar la lucha. «En ese caso pondremos fin a nuestra correspondencia. Ya no tendré ninguna exigencia que hacer. Mi anhelante y tempestuoso corazón habrá muerto. Ya no me quedará otra cosa que cumplir con mi deber en algún puesto olvidado, y cuando llegue la hora del triunfo encontrarás en mí un modesto y considerado compañero de tu vida... Si no eres aquélla por quien te he tomado, mía es la culpa por haber buscado tu amor sin conocerte.» Lo que a ella le dolía sobre todo era la idea de que su influencia tuviera por resultado debilitar el espíritu de él. «Una mujer debe suavizar, no debilitar el hombre.» Sus cartas tuvieron el efecto deseado. El 1.º de julio escribía él: «Renuncio a mi exigencia. No necesito un compañero de armas, tal como yo tenía la esperanza de hacer de ti: soy bastante fuerte para luchar solo. No volverás a oír de mí ni una sola palabra áspera. Observo que no logro en ti lo que he querido, y que perderé a mi amada si persisto. He reclamado de ti lo que no está en tu naturaleza, y nada te he ofrecido a cambio de eso... Has renunciado seguramente a lo menos valioso, conservando lo más esencial, aquello a que me abrazo con todos mis sentimientos y pensamientos, tú sigues siendo para mí, mi preciosa y dulce amada.»

Pero la resignación no fue nunca un sentimiento propio de Freud. A menudo expresaba su satisfacción por haberles tocado pasar por una época tan terrible. «Los recuerdos de esta clase acercan más íntimamente a la gente que las horas vividas en común. La sangre y los sufrimientos en común constituyen la base de los vínculos más firmes.»

En uno de los próximos capítulos hemos de ver algo acerca del desdichado papel que en esos años desempeñó la pobreza de Freud. Era, por supuesto, lo único que se oponía a que pudiera unirse con su amada, y una razón importante, además, para la oposición de la familia de ella a sus aspiraciones de pretendiente. A él le irritaba también el hecho de que sólo en muy contadas ocasiones podía hacerle siquiera un modesto obsequio. Tales ocasiones figuraban, para él, entre «los más grandes momentos» de su ardua existencia. Pero aún en este funesto tema del aspecto económico, no dejaba de hacer lo posible por hallar un aspecto favorable. Desde muy temprano escribió: «Me he reconciliado con el hecho de que seamos pobres. Piénsalo un poco: si el éxito fuera una cosa exactamente proporcional a los méritos de cada uno, ¿no nos veríamos privados del éxito de nuestro cariño? Yo no podría saber si soy yo el objeto de tu cariño o es la consagración lograda en el concepto de los demás, y en el caso de no lograr el éxito, mi dama podría decirme: "no te quiero más; has demostrado no valer nada". Esto resultaría tan odioso como esos uniformes que uno ve, en los que se halla escrito el valer de la persona, en el cuello o en el pecho.» Y esto otro: «Cuando podemos compartir, he aquí la poesía en la prosa de la vida.»

Freud participaba en gran parte en la mojigatería de su época, para la cual toda alusión a los miembros inferiores era considerada incorrecta. He aquí lo que escribía sobre un incidente, ocho meses después de ocurrido: «Tú no sabes, al parecer, hasta qué punto soy observador. ¿Recuerdas cuando paseábamos con Mina por el *Beethovengang* y tú te apartaste para levantarte las medias? Es un atrevimiento de mi parte el mencionarlo, pero confío en que no lo tomarás a mal.» Había que pedir disculpas por la más leve de las alusiones. Al compararla a la robusta mujer de dos mil años atrás, observaba que el pie de la Venus de Milo podía comprender dos veces el de ella. «Perdóname que haga esta comparación, pero esa antigua dama no tiene manos.» A mediados de 1885 Marta expresó su deseo de permanecer en casa de una vieja amiga que, como ella decía delicadamente, «se había casado antes de la boda». Rigurosamente le prohibió el contacto con semejante fuente de conta-

minación moral, si bien es justo decir que la dama en cuestión le merecía además otra clase de objeciones.

Ahora podemos retomar el relato, una vez más, en forma cronológica. Pasadas las dos o tres semanas, muy dolorosas que siguieron a la separación, las cosas volvieron momentáneamente a un cauce más apacible. Hacia el final del segundo mes Freud todavía creía probable que la familia regresara a Viena, pero ahora no estaba seguro de que ello le agradaría. Habría necesidad de volver nuevamente a las citas fugaces —en el hospital o en la calle—, él se vería distraído de su trabajo y los ardientes abrazos podrían perjudicar nuevamente la salud de Marta. Muy razonable, por cierto. Pero muy poco preveía de los terribles sufrimientos que en los próximos años le depararía la soledad, la privación y la nostalgia. La señora Bernays no tenía, por supuesto, la menor idea de volver. La «adaptación» prosiguió su curso, y era bastante satisfactoria ya al iniciarse el segundo año, si bien volvieron a surgir dificultades más tarde. Hacia mayo del año siguiente Freud con mucho optimismo, pensaba que ya no había ninguna posibilidad de reyertas entre ellos, pero apenas dos semanas más tarde volvieron a surgir graves reproches, de parte de él, por la facilidad con que ella había consentido en la separación, acompañados de una violenta sublevación ante lo que él denominaba su dependencia, es decir, su mala situación económica.

Pero antes de eso, a fines de febrero, hubo una grave tormenta, que duró varios días. Acababa de observar, precisamente en esos días, que los ocho meses de separación habían pasado como si hubiera sido una sola semana; sin duda sus absorbentes nuevas investigaciones de anatomía habían contribuido a esto. Se trataba, una vez más, de la vieja cuestión del estrecho vínculo de Marta con su madre. No había ningún motivo especial que explicara esta vez el reproche a no ser que se quiera encontrarle alguna relación con la dolorosa ciática que padecía en esa época, pero de todos modos sus sentimientos de esta índole podían aflorar espontáneamente, y así sucedía, en efecto, periódicamente. Pronto pasó el episodio, y sus «malas pasiones» se apagaron, para dejar lugar a expresiones excepcionalmente intensas de amor y ternura. Entonces hizo esta confesión: «Querida mía,

estás esperando a un hombre no muy agradable, pero yo confío en que ese hombre no ha de darte motivo de arrepentimiento.»

La ciática de Freud fue ocasión para que se pusiera de manifiesto en él una de las características que habrían de acentuarse en su vejez: su gran antipatía por las situaciones de desvalimiento y su amor a la independencia. Nada podía hacer contra el aluvión de parientes y amigos que invadían su habitación, pero le fastidiaban sobremanera. «Parezco una mujer en la cama de parto, y a veces reniego del amor desenfrenado de la gente. Más me agradaría escuchar palabras áspetas y estar sano y trabajar; demostraría a los demás, en esas condiciones, hasta donde llega mi cariño hacía ellos.»

De esa época proceden algunas de sus más cálidas expresiones de amor, lo cual no obstó para que, apenas quince días más tarde, surgieran nuevas dificultades, tal vez como consecuencia del disgusto sufrido. Le escribió a Marta que le parecía urgente que ella abandonara la casa de su madre, sustrayéndose a la influencia de ésta, y que él pediría a Fleischl que tratara de procurar un lugar adecuado para ella, naturalmente en Viena. El obstáculo que se había opuesto a esto en la época de la partida a Wandsbek —la insistencia de parte de ella de que debía ser en casa de una familia judía, por razones dietéticas— había desaparecido. Pero Marta, en su respuesta, dio un doble paso en falso. En primer lugar, sugirió que estaría en casa de su hermano, en Viena, mientras se trataba de resolver la situación. Tuvo que abandonar esta idea tan pronto como recibió la áspera respuesta de Freud. Entonces, incautamente, agregó que el plan era bueno por cuanto respresentaría cierto alivio para la madre. ¡Como si de eso se tratara! «De acuerdo con esto —comentó sarcásticamente Freud— hubiera sido lo mismo que fueras a Hungría.» Esta observación de Marta sacó enteramente de quicio a Freud, quien escribió entonces dos de sus cartas más furiosas. Ella había pensado primeramente en su madre, no en él. «Si esto es así, eres mi enemiga: si no superamos este obstáculo, nos iremos a pique. No tienes más que una alternativa. Si no me quieres bastante como para renunciar por mí a tu familia, yo estaré perdido para ti y destrozarás mi vida, sin lograr gran cosa tampoco de tu familia.» Una vez más el tacto y la dulzura

de Marta lograron suavizar las cosas, y nuevamente pudieron enfocar, dichosos, la perspectiva de su futura unión.

El mes de setiembre, en Wandsbek, parece haber sido un mes de no turbada felicidad, a juzgar por las alusiones que luego se hace a esa época. Marta lo esperó en la estación, a las seis de la mañana, y él la saludó «como en un sueño». Y aunque no hacía más de dos meses que él había jurado que ni siquiera le dirigiría la palabra a la madre, hizo buenas migas con ella, por primera vez, llegado el momento, y así siguieron ya por toda la vida. Es evidente que Marta pudo persuadirlo finalmente de que lo quería a él antes que a la madre, sí bien seguía abrigando cierta consideración hacia esta. Un par de meses más tarde hacía la observación de que su relación con Marta misma había llegado a un grado de armonía mucho mayor que antes del viaje.

Pero este intervalo feliz exacerbó en él el anhelo de la unión definitiva, en cuya espera habían de transcurrir todavía dos años de sufrimiento y privación. Es verdad que ahora se sentía más seguro del cariño de ella, y que su labor de investigación, de la que dependía la posibilidad de esa unión, marchaba bien, pero el hecho aciago de la separación, de todos modos, seguía en pie.

La actitud de Freud hacia el hecho de la separación, y de la privación consiguiente, cambió fundamentalmente después de su mes de estada en Wandsbek, en 1884. Antes de eso manifestaba un amargo resentimiento, especialmente contra la madre, pero también contra Marta, por haberle sido ésta arrancada tan contra su voluntad. Pero su estada junto a ella representó un nuevo punto de partida en sus relaciones. Desde ese momento no sólo se sintió más confiado en su amor —salvo alguna que otra recaída de mal humor— sino que descubrió el hecho de que también la madre era un ser humano, no un ogro. El resentimiento de la separación cedió su lugar a la nostalgia, que fue intensificándose a medida que se acercaba la perspectiva de la unión final.

La mezcla de pasión y resentimiento característica de la primera época del noviazgo, se había convertido ahora en un profundo amor. Era ahora un sentimiento de una intensidad más pura que antes, pero no había comenzado aún a transformarse, naturalmente, en el tranquilo sentimiento que habría de cono-

cer después del casamiento. Él mismo comprendía muy bien lo absorbente, e incluso egoísta, que es el amor. Cuando llegó la noticia de que Schönberg, su mejor amigo se estaba muriendo, confesó que las azules ojeras de Marta le intranquilizaban más que el triste estado de su amigo.

Freud se mostró siempre muy ansioso por la salud y la seguridad de su preciosa prometida. En el verano de 1885 llegó la noticia de que ella no estaba del todo bien. «Realmente me pongo enteramente fuera de mí cuando me afligen noticias tuyas. Pierdo inmediatamente el sentido de todas las cosas y me sobrecoge el miedo terrible de que caigas enferma. Me siento tan aturdido que apenas puedo seguir escribiendo.» Al día siguiente, luego de recibir una tarjeta de ella, escribía: «De modo que estaba enteramente equivocado al creerte enferma. Estaba muy enloquecido... Uno está enloquecido cuando está enamorado.» Treinta años más tarde le tocaba ocuparse del carácter patológico del sentimiento amoroso, para lo cual contaba con cierta experiencia personal.

Cuando estando ella de paseo en Lübék se le ocurrió la fantasía de que podría ahogarse mientras se bañaba, él contestó: «Debe existir un punto de vista desde el cual aún la pérdida del ser amado tiene que parecer un hecho trivial en el curso de miles de años de historia humana. Pero debo confesarte que yo me voy al extremo opuesto, desde el cual tal hecho sería absolutamente equivalente al fin del mundo, al menos del mundo que a mí me interesa: una vez que mis ojos ya no puedan ver, allá él, que continúe... ¡qué es Hécuba para mí!». Un mes o dos más tarde, a propósito de la cercana muerte inminente de su amigo Schönberg, escribía: «Hace tiempo que he tomado una decisión, cuyo pensamiento no me resulta de ningún modo doloroso, para el caso en que tuviera que perderte a ti. El que tengamos que renunciar el uno al otro por la separación, es cosa que está fuera de cuestión: tú te convertirías en otra persona, completamente distinta, y en cuanto a mí estoy bien seguro de ello. No tienes idea de lo mucho que te quiero, y confío en que nunca tendré que demostrarlo [5]».

5. Es decir, suicidándose.

El año 1885 fue mucho más feliz que los anteriores, no sólo por sus éxitos profesionales, sino sobre todo porque, luego de su visita a Wandsbek, en el otoño precedente, se sentía confiado en cuanto a haber conquistado definitivamente el amor de Marta. Estaba seguro, sin embargo, de que no hubiera sido así sin la dura lucha que entre ellos tuvo lugar. En enero de ese año contestaba así a una observación de ella acerca de lo juiciosos que eran entonces y cómo había sido tonta su conducta anterior: «Admito que somos muy juiciosos ahora al no alimentar ninguna duda sobre nuestro amor, pero no habríamos podido llegar a esto sin lo que sucedió entonces. Si aquellas horas, tan abundantes de sufrimiento que por ti he pasado hace dos años, y después la profundidad de mi desdicha, no me hubiera hecho ver, de una manera incuestionable, la intensidad de mi amor, no podría haber arraigado en mí la convicción de que disfruto ahora. No despreciemos ahora aquellos tiempos en que bastaba una carta tuya para sentir que la vida valía la pena de ser vivida, y en que una decisión tuya era esperada como una decisión de vida o muerte. Yo no sé como podría haber procedido de otro modo. Fueron tiempos difíciles de lucha y de victoria final, y sólo después de eso pude hallar la tranquilidad necesaria para trabajar, con el propósito de lograrte finalmente. Entonces tenía que luchar por tu amor, tal como ahora lo hago por ti, y tanto he tenido que ganarme aquello como tengo que ganarme esto.»

Sea cierto o no, es de todos modos característico en Freud, que no confiaba que nunca nada bueno pudiera ocurrir por sí mismo. Duramente tuvo que luchar por todo lo que alcanzó en su vida. Su experiencia parecía confirmar esta idea suya, pero tampoco puede decirse que él, por su parte, haya elegido siempre el camino más fácil.

En ese año podía asegurarle que la quería mucho más que tres años atrás, cuando apenas la conocía. Lo que entonces no era más que una imagen, ahora era una personalidad. El mundo, ahora, parecía encantado. «Al comienzo te quería con un amor al que se mezclaba un amargo dolor, después de lo cual vino la gozosa confianza de la lealtad y la amistad imperecederas. Ahora te quiero con una especie de apasionado encantamiento.

Lo único que ha quedado de todos esos sentimientos y que sobrepasa todo lo que había esperado.»

Vamos a abandonar estas alturas y buscar un descanso a la tensión, en el relato de dos hechos de menor seriedad. El primero de ellos ocurrió en ese mismo invierno, cuando Marta le pidió permiso para patinar, ejercicio éste que entonces se consideraba impropio del sexo femenino. Freud se opuso terminantemente, no como podía suponerse, por temor a que se fracturara una pierna, sino porque podría verse obligada a ir tomada del brazo de otro hombre. No estaba seguro, sin embargo, al respecto, y solicitó el fallo de su amigo Paneth. Tres días más tarde le concedió el permiso, pero a condición de que patinara únicamente sola.

Seis meses más tarde apareció otro problema. «Tenemos ahora una ola de calor tan intenso como para separar a los amantes más cariñosos. He aquí como me lo imagino. La chica está sentada en un rincón, lo más lejos posible de las abrasadoras ventanas. Él, cuyo amor supera en ardor al mismo termómetro, se acerca súbitamente a ella e implanta en sus labios un cálido beso. Ella se levanta, lo aleja de sí y grita malhumorada: "¡Sal de aquí, tengo demasiado calor!" Él se queda inmóvil, consternado, con una emoción tras otra dibujadas en sus facciones, y finalmente se da vuelta y se va. El sentimiento amargo, de una amargura que está más allá de lo imaginable, que lo acompaña —y frente al cual se siente completamente impotente— es algo que yo conozco. No está a mi alcance saber qué es lo que ella está pensando al respecto, pero creo que se burla de él y llega a la siguiente conclusión: "si es tan mezquino como para sentirse ofendido por esto, no puede ser que me quiera". He aquí lo que puede traer el calor.»

Durante las seis semanas que Freud pasó en Wandsbek en el otoño de 1885, llegó a establecer relaciones cordiales duraderas con la madre de Marta. En sus cartas, después de esto, le mandaba cordiales saludos. Sólo faltaba Eli, pero esta dificultad tardó más en ser superada. No es que el resto de la familia de ella aprobara realmente el que ella se casara con un réprobo. «Hubieran preferido que te casaras con un viejo rabino o con

un *shójet*[6]. Nosotros dos nos alegramos que no haya sido así, y los parientes pueden comportarse como mejor les venga en gana. La ventaja que deriva del hecho de que tu familia no guste de mí es que voy a recibirte sin ninguna clase de apéndices familiares que es la cosa que más deseo.»

Freud se sentía fundadamente orgulloso de su decidida conducta en todo este asunto. Antes de abandonar el tema de las relaciones durante el noviazgo tenemos que ocuparnos de una alarmante episodio que tuvo lugar en junio de ese mismo año, tre meses antes del casamiento. Hemos visto ya cómo la adaptación mutua había progresado tan favorablemente en los dos años precedentes que podía considerársela, al parecer, perfecta, dentro de la relatividad de estas cosas humanas: todas las dudas, los temores, descontentos, sospechas y celos de la época precedente se fueron acallando, uno tras otro. Nada más inesperado, por lo tanto que encontrarnos, en el mes de junio de ese año, con una reyerta que no sólo llegó a ser la más amarga de todo el noviazgo, sino que estuvo en un tris de echar por tierra todas sus esperanzas de matrimonio.

Para entender lo que ocurrió tenemos que describir el estado de ánimo de Freud en esa época. Tras el disgusto que representaba para él el hecho de no haber alcanzado la fama con su trabajo sobre la cocaína, tuvo que soportar crecientes acusaciones de haber creado el peligro de una nueva toxicomanía. Esto debe haber sido bastante como para producir el desconcierto, pero más importante era, a todo eso, su profunda duda acerca de poder ganarse la vida en Viena, con su profesión. Su impresión a este respecto, en el mes de mayo, era de que sería muy improbable. Aún frente a los pacientes que acudían a él se sentía —cosa curiosa y sin duda injustificada— incapaz de desempeñarse. Pero lo más importante de todo era la creciente tensión que le producía el pensamiento de que sus esperanzas, por tanto tiempo postergadas, habrían de realizarse al fin. La posibilidad de que al último momento apareciera algún nuevo obstáculo era algo que probablemente le atormentaba, tanto más cuanto

6. El matarife judío que sacrifica las reses de ganado de acuerdo con el ritual hebreo.

que todavía no había podido resolver los inconvenientes de orden económico, que eran la base de todo.

Para ahorrar de lo que producía la profesión lo necesario para hacer posible el casamiento, harían falta varios años, de modo que sus planes dependían casi íntegramente del dinero de Marta. Aún con eso, quedaba sin resolver el problema de los muebles, y todos los intentos que hizo para conseguir un préstamo para ello habían fallado hasta ese momento. Luego, en el mes de junio, la noticia de que debería presentarse a maniobras militares en agosto, lo cual significaba, además del gasto correspondiente, prescindir por cierto tiempo de todo ingreso. Toda su situación, por lo tanto, había llegado a su máximo grado de tensión.

En este momento apareció el nuevo obstáculo que temía. Marta había confiado a Eli la mitad del dinero de su dote. La idea que Freud se había hecho de esto era que los billetes estarían bien guardados en una caja —o a lo sumo en un banco— y que de ningún modo serían tocados. No era capaz de distinguir, a lo que parece, entre inversión y especulación, y en efecto, no invirtió nunca un centavo a no ser en sus últimos años. A un hombre de negocios como Eli, en cambio, le resultaba igualmente insoportable la idea de un «dinero ocioso», de modo que decidió invertir el que recibió de Marta. Tenía que responder a ciertos compromisos, y precisamente en ese momento, por haber resultado infructuosas ciertas inversiones que había hecho, se encontraba en dificultades en cuanto a metálico. Esta situación tan habitual para un hombre de negocios, tenía para Freud, en cambio, un significado equívoco. No estaba familiarizado con las distinciones entre capital y dinero en efectivo: para él el dinero estaba o no estaba. De modo que al enterarse de que Eli estaba en dificultades, interpretó la noticia de la peor manera posible y dijo a Marta que pidiera que le devolviera su dinero. Al cabo de una quincena —Eli parece haber sido siempre remiso para la correspondencia— llegó una tarjeta, redactada en términos evasivos, que despertó las más negras sospechas de Freud, haciendo revivir en él su antigua desconfianza y hostilidad. Escribió a Marta una serie de cartas frenéticas, insistiendo en que ella debía ejercer la más intensa

presión para rescatar el dinero, conducta que evidentemente no era la más apropiada de parte de él. Comunicó a Marta sus sospechas de que Eli había utilizado para sí mismo ese dinero, cosa que ella rechazó como calumnia. Ella estaba bien segura que Eli le devolvería el dinero que nunca la había dejado malparada, y por su lealtad hacia el hermano a quien tanto debía se sentía muy dolida por el duro lenguaje usado con él.

Fue entonces que los viejos sentimientos, adormecidos durante largo tiempo, y que parecían haber desaparecido por completo, irrumpieron nuevamente, esta vez con una violencia que no habían alcanzado antes en ningún momento. La mujer que él amaba, en lugar de ponerse de su parte, tomaba partido por su odiado rival, el hombre ruin que estaba poniendo obstáculos a su unión. Y esto en el último momento, luego de tantos años de espera y privación. Le resultaba insoportable. Era verdaderamente increíble que la confianza que finalmente había depositado en su amor hubiera resultado equivocada, que esa confianza se viera traicionada en este crítico momento, y que se vieran enfrentados ahora a una irreparable ruptura.

La cosa hizo crisis cuando, al enterarse Eli, por Marta, de que el dinero era para instalar la casa, ofreció solucionar el asunto mediante la compra de muebles para pagar a plazos, con su garantía. Marta en lugar de rechazar de plano la proposición, no la rehusó, por más que a ella misma también le disgustaba la idea de la compra a crédito. Y aquí fue donde Freud no se contuvo más. Estar dependiendo de alguien en cuyas promesas no creía, correr el riesgo de ver algún día que le embargan la casa y le desmantelan el consultorio: si Marta no era capaz de ver hasta qué punto sería una locura el aceptar semejante proposición, esto era realmente el fin. Le mandó un ultimátum que contenía cuatro puntos, el primero de los cuales era que ella le escribiera a Eli una carta indignada, diciéndole que era un pillo. Marta no quiso enterarse siquiera de los otros puntos.

A esto siguieron amenazas de hacer sentir a Eli el peso de su ira, denunciándolo a su jefe. Pensándolo un poco más, y sin comunicarle nada a Marta, decidió escribir él mismo una enérgica carta a Eli, que consiguió hacerle llegar por intermedio de Moritz, un futuro cuñado, quien se encargó de hacerle com-

prender la seriedad de la situación. Eli reunió de algún modo el dinero y se lo envió a Marta al día siguiente. Con un acento de inocencia ofendida, declaró no haber tenido idea de que lo necesitara con tanta urgencia, que ni siquiera sabía que la boda había de realizarse tan pronto y que deploraba las maneras «brutales» de su futuro esposo. Marta reprendió a Freud por su desconsiderado proceder, expresando su asombro de verlo tan afectado «por unos míseros gulden». Él le explicó entonces que no se trataba del dinero en sí, sino que había estado en juego sus esperanzas de casamiento y su felicidad. Ella no debía volverle a escribir hasta que le prometiera romper las relaciones con Eli. Estaban en ese momento al borde de un abismo.

Pero el tacto y la firmeza de Marta le dieron, una vez más, el triunfo. La crisis pasó, pero ambos salieron de ella destrozados. Marta llegó a confesar incluso que por primera y única vez se sintió huérfana de todo cariño. Lo que la sostenía era el recuerdo de cómo su amado había vuelto a ella, años atrás, en la Alserstrasse, luego de abandonarla en un gesto de enojo. Pero estaba terriblemente agotada. Freud, por su parte, aunque declaraba haber estado a punto de morir, se sentía bastante triunfante, por haber derrotado él solo, sin la ayuda de ella, a su enemigo. El huracán, finalmente, pasó.

Al releer el impresionante relato que acabo de esbozar, lo que se destaca ante todo es el carácter intenso de las pasiones de Freud, y la enorme diferencia que hay entre el tranquilo hombre de ciencia bajo cuyo aspecto se le representa tan a menudo, y la clase de hombre que fue en realidad. Sus instintos eran mucho más poderosos, sin duda alguna, que los del común de los hombres, pero mucho más poderosas aún eran sus represiones. La combinación de estas dos características trajo como resultado una excepcional intensidad interior: acaso pueda considerarse esto como el rasgo esencial de todo gran genio. Había conocido ya antes lo que significa sentirse desgarrado por el amor y el odio, y le tocaría pasar por ello todavía, más de una vez, pero esta fue la única vez en su vida —y fue cuando sus sentimientos giraban en torno a una mujer— en que el volcán estuvo a punto de entrar en erupción, con incontenible fuerza destructiva.

VIII

EL CASAMIENTO

(1886)

De Freud puede decirse que no sólo fue un monógamo, en un grado realmente poco común, sino que estuvo en camino de convertirse, en cierto momento, en uno de esos maridos que marchan a remolque de su mujer. Pero así como, después de cierto período, había declarado que su amor «estaba pasando de su fase lírica a una fase épica», fue bastante realista como para saber que una vida matrimonial dichosa habría de ser menos tempestuosa que la fase emocional precedente. «La sociedad y la ley, para mí, no podrán impartir a nuestro amor ni más gravedad ni una mayor bendición de las que ya ostenta... Y cuando tú seas ante todo el mundo mi querida esposa y lleves mi nombre, nuestra vida transcurrirá en medio de una tranquila dicha en cuanto a nosotros mismos y una seria labor en beneficio de la humanidad, hasta el día que tengamos que cerrar nuestros ojos en sueño eterno y legar a los seres más allegados un recuerdo del que todos se sentirán satisfechos.» He aquí un deseo ampliamente realizado, pero que pocas veces se ve expresar a pocas semanas de un compromiso.

Había advertido ya a Marta que debía prepararse a pertenecer enteramente a la familia de él, no a la de ella. La frase de Meynert que citaba un año más tarde, según la cual «la primera condición en todo matrimonio es el derecho de echar a

los parientes políticos» debía considerarse, a lo que parece, como unilateral.

Sin embargo, el espíritu que predominaba en la imagen que se hacía de su vida futura era más tranquilo y delicado. «Necesitamos apenas dos o tres pequeñas habitaciones donde podamos vivir y comer, y recibir a un huésped, y un hogar donde el fuego para cocinar no se extinga nunca. Y estas son las cosas que en ellas pondremos: mesas, sillas, camas, un espejo, un reloj que recuerde a los felices mortales el correr del tiempo, un sillón en el que se pueda pasar una hora en agradables ensoñaciones, alfombras que hagan más fácil a la dueña de la casa la tarea de mantener limpios los pisos, bonitas cintas adornando los anaqueles, ropas hechas a la última moda y sombreros con flores artificiales, cuadros en las paredes, vasos para el agua de todos los días y para el vino de las ocasiones festivas, platos y fuentes, una despensa en que haya algo para cuando nos sintamos repentinamente con hambre o cuando llegue una visita inesperada, un manojo de llaves que deberá repiquetear ruidosamente. Son muchas las cosas que podrán darnos gusto: la biblioteca y el canastillo de la costura, la lámpara cordial. Y todo deberá ser mantenido en orden, no sea que la *Hausfrau* [1], que ha repartido su corazón en pequeños fragmentos, uno para cada mueble, tenga motivo de queja. Y aquí se verá una cosa que es testigo de la seria labor que asegura la solidez del hogar, y más allá otra que hablará de nuestro amor a lo bello o de los queridos amigos cuyo recuerdo nos es grato, o de ciudades que uno ha visto, o de las horas que uno no quiere olvidar. En conjunto un pequeño mundo de felicidad, de callados amigos y de símbolos honrosos de humanidad.»

En este cuadro de los primeros tiempos del compromiso, no hay lugar aún para los niños: el gran afecto de Freud a los niños no se había manifestado todavía. Un par de años más tarde aparecen otras ideas: «Este es un momento feliz para nuestro amor. Pienso siempre que, una vez casados, ya no se vive —la mayor parte de las veces— el uno para el otro, como sucedía antes. Se vive más bien el uno con el otro, para una tercera

1. Ama de casa. (*N. del T.*)

cosa, y el marido pronto ve aparecer peligrosos rivales: el cuidado de la casa y de los niños. Entonces, a despecho de todo el amor y el sentimiento de unión, la ayuda que cada uno halló en el otro se acaba. El marido busca nuevamente amistades, concurre a un mesón, encuentra fuera de casa intereses de orden general. Pero no es forzoso que esto sea así.»

La cuestión de la ceremonia de bodas fue, por un tiempo, un problema candente. El solo hecho de pensar en eso era para él una maldición: detestaba todas las ceremonias, y en especial las religiosas. Su esperanza era que su casamiento sería todo lo más silencioso y secreto posible.

Cierta vez asistió a un casamiento judío, el de su amigo Paneth con Sophie Schwab. Contempló la escena dominado por el horror e inmediatamente escribió una carta de dieciséis carillas describiendo todos los odiosos detalles con un maligno espíritu de burla.

Difícilmente, a lo largo de todo el noviazgo, hubo un momento en que el pensamiento predominante de Freud no fuera el de darle término lo más pronto posible. Todos sus esfuerzos tendían a ese fin. Ensayó una idea tras otra, un invento tras otro, con la esperanza de alcanzar cierta reputación que le diera la posibilidad de asegurarse la vida con su profesión, y poder casarse, por lo tanto. Nada le ayudó en ese sentido, con excepción de sus serias investigaciones histológicas. Parecía no ignorarlo, y por ello se empeñaba con ardor en esa tarea, pero no era posible ya que volviera a centrarse en investigaciones de su exclusivo interés con la misma intensidad con que lo había hecho antes, y con que volvería a hacerlo más tarde. Sus perspectivas eran, como lo dijo él al comienzo, «extremadamente calamitosas». No había ningún indicio de la posibilidad de vivir sin recurrir a préstamos, no hablemos ya de pagar todas sus considerables deudas anteriores. Pero Freud seguía luchando, sin dudar de que algún día cambiaría la marea. Muchos años habían de pasar —y aún después de casados— antes de que esto sucediera, de modo que tenía ante sí largos años de lucha económica.

Freud calculaba, y lo hizo así en diferentes épocas, que no sería prudente casarse sin disponer de 2.500 gulden (£ 200),

como respaldo necesario para afrontar las dudosas perspectivas del primer año. Cuando llegó el momento sólo contaba con los mil que quedaban de la donación que le había hecho Paneth un par de años antes. Pero entretanto vino a salvarles la ayuda de una tía pudiente de Marta, Lea Löwbeer, y así pudieron contar con una dote que triplicaba esa cantidad.

En lugar de hacer conjeturas sobre la fecha del casamiento, era tiempo ya de que fijaran una, y sugerían para esto el 17 de junio de 1887, exactamente cinco años a partir del compromiso. Marta aceptó la idea, lo cual le proporcionó casi una satisfacción tan grande como la del primer «sí». Un par de meses más tarde, cuando tuvo la seguridad de la beca para ir a París, adelantó la fecha, situándola en diciembre de 1886, pero en la primavera del año siguiente, escribiendo desde Berlín, lo único que consideraba seguro era que la fecha no pasaría de la que se había fijado, junio de 1887. Tan pronto como volvió a Viena —en abril de 1886— y supo que tenía asegurado el puesto en el Instituto Kassowitz, sus esperanzas volvieron a revivir, haciéndole considerar ahora la posibilidad de casarse en noviembre de ese año. La meta largamente anhelada estaba ya casi a la vista. Pero antes tenía que ver si podía establecerse en Viena.

Freud partió de Berlín en la mañana del 3 de abril, y llegó a Viena al día siguiente. Fue primeramente a un hotel, pero como allí su habitación era demasiado pequeña para escribir, consiguió que su madre encontrara para él una habitación en Novaragasse 29, dos puertas más allá donde vivía entonces su familia, y allí permaneció una semana, mientras buscaba un lugar permanente para iniciar su práctica profesional privada.

Eran muchas las visitas que debía hacer después de una ausencia tan prolongada, y era necesario explorar la situación general. Breuer lo abrazó y besó calurosamente, pero en una entrevista que tuvo lugar quince días más tarde se expresó en forma pesimista acerca de las posibilidades profesionales para Freud. Lo más adecuado sería, en su opinión, cobrar honorarios reducidos, atender gratis a un número considerable de pacientes y contar con una entrada no mayor de cinco gulden diarios durante los dos primeros años. Como no había ninguna otra entrada probable durante tan largo período, Freud llegó a la

conclusión de que al cabo de seis meses se vería obligado a emigrar, pero en opinión de Breuer tampoco esto podría conducirle a nada, a menos que pensara en ir a emplearse como mozo de restaurante. Al cabo de uno o dos días, sin embargo, Freud superó su desaliento, si bien creyó que la idea de Breuer, en cuanto a cobrar honorarios bajos, probablemente era acertada. Otro amigo de Freud, Heitler, lo comprometió inmediatamente a colaborar con él en el *Centralblatt für Therapie,* del que era director. El arreglo con Wassowitz se mantuvo en vigor, y el Departamento de Freud se inauguró inmediatamente. Trabajaría allí los martes, jueves y sábados, de tres a cuatro. Meynert se mostró amistoso y lo invitó a su laboratorio. Nothnagel fue menos acogedor y no pudo prometer mucho, pero demostró, en ese sentido, que era hombre de hacer más que de lo que decía. Era, al parecer, de carácter poco amistoso.

Freud observó que todos esos hombres tenían cada uno una «manera» característica en su trato. Lo mejor para él sería decidirse a hacer otro tanto. Optó en consecuencia por aprovechar su tendencia natural a la rectitud y la honestidad: haría de ello una especie de «manierismo», al que todos los demás tendrían que habituarse. Si esto no le valía un éxito, él al menos no se habría rebajado.

El 15 de abril se mudó a un departamento que había alquilado en Rathausstrasse n.° 7, detrás del magnífico edificio de la Municipalidad, en el mejor distrito profesional de Viena. Pagaba por el departamento 80 gulden (£ 6) por mes, con servicio incluido. Se componía de un vestíbulo y dos amplias habitaciones. Una de estas fue dividida en dos con una cortina, de modo que la mitad posterior podía usarse como dormitorio. Había, además, una habitación pequeña, que servía para la labor oftalmoscópica. El departamento estaba elegantemente amueblado, y él no tuvo que comprar más que un sofá. Biblioteca y libros ya poseía de antes. Se colocó una placa profesional de vidrio, con letras doradas sobre fondo negro, para la calle, y otra de porcelana para la puerta del departamento. La esposa de Breuer insistió en fijar ambas placas ella misma.

Freud ya había hecho su primera consulta, antes de eso, en casa de Pollitzer. Los honorarios fueron inmediatamente a

Wandsbek, para que Marta se comprara una pluma y vino para celebrar la ocasión. Una semana más tarde hizo otra consulta con Pollitzer, que le valió 15 gulden. Pero cuando Pollitzer se enteró, por Fleischl, de que Freud, sin contar con medios propios, estaba a punto de casarse con una chica que no tenía un centavo, se escandalizó.

Freud hizo conocer su iniciación en la práctica profesional mediante el siguiente anuncio en los diarios y en la prensa médica: «El doctor Sigmund Freud, Docente en Neuropatología, acaba de regresar de una estada de seis meses en París, y reside actualmente en Rathausstrasse n.° 7». En el *Neue Freie Presse* este anuncio le costó 20 gulden. Envió también doscientas tarjetas a diferentes médicos. El histórico día elegido para esta arriesgada aventura fue el 25 de abril de 1886, curiosa elección dado que era un domingo de Pascua y en ese sagrado día no quedaba nada que no se cerrara o se suspendiera en Viena.

Durante los primeros meses que siguieron hizo el cálculo diario de las entradas, y, por lo general, también una descripción de los pacientes. La mayor parte de los enfermos que pagaban provenían de Breuer mientras que los que acudían directamente eran generalmente atendidos gratis. «Breuer está haciendo todo lo que puede». En julio Nothnagel le envió al embajador de Portugal. Poco después Freud tuvo ocasión de encontrarse con Nothnagel en una consulta, y para su gran sorpresa y satisfacción se enteró de que aquél ya le había enviado varios pacientes, si bien, por diversas razones, ninguno de estos había vuelto a su consultorio. Se sintió más seguro, de este modo, del apoyo de este gran hombre. Aun cuando hubo, naturalmente, fluctuaciones —con días sin entrada alguna— su éxito, en conjunto, fue mayor del que había esperado. Hubo un día en que la sala de espera estuvo llena desde las doce hasta las tres. En sólo el mes de junio ganó 387 gulden (£ 31), suma muy satisfactoria para un principiante, y que sobrepasaba los diez gulden diarios que necesitaba para vivir.

Freud tenía poca confianza, sin embargo, en su capacidad como médico, y se quejaba siempre de su sentimiento de ineptitud frente a los pacientes. Una cosa es, después de todo, la

plena responsabilidad que comporta el ejercicio privado de la profesión y otra bien diferente es el trabajo hospitalario en común, al que se había acostumbrado tanto. Su confianza decaía más aún cuando las cosas no marchaban bien. Cierta vez, por ejemplo, hizo una pequeña operación, sin éxito, a un actor muy conocido, Hugo Thimig. El paciente le escribió una carta de agradecimiento, en términos corteses, pero no volvió más. Freud devolvió al paciente los honorarios que éste le había enviado. En una carta a su futura esposa le decía que le era necesaria una buena dosis de sentido del humor para no tener que «avergonzarse de su ignorancia, su embarazo y su desamparo.»

Tenía bastantes ocupaciones este verano. Trabajaba todas las mañanas en el laboratorio de Meynert, en la prosecución de sus investigaciones anatómicas. Además de la redacción del correspondiente artículo, que se publicó en agosto, continuaba con la traducción de Charcot, compuso el Informe sobre el viaje, preparó la Comunicación a la sociedad médica, la que fue postergada para octubre, y dio dos conferencias sobre hipnotismo. Aparte de eso estaba el trabajo en el Instituto Kassowitz y su propio consultorio.

Pero al poco tiempo la importancia de todas estas actividades se vio empalidecida por los desconcertantes problemas que giraban alrededor de la gran cuestión del casamiento. Estaba completamente inseguro de si podría llegar a ganarse la vida en Viena, y a principios de mayo, por lo que escribió, sus esperanzas en ese sentido eran escasas. Hacia fines de abril no tenía más que 400 gulden, suma suficiente como para mantenerse él sólo durante seis semanas más o menos. No fue antes de fines de julio que pudo sentirse confiado en contar ya con una base satisfactoria.

A lo largo del prolongado noviazgo, el único obstáculo había sido la dificultad económica, y ésta se hizo realmente seria cuando ya se hallaba cerca el momento tan ansiado, las cartas cambiadas en el par de meses siguientes estaban llenas de complicados cálculos, pero puestos a la tarea de rehacerlos, nos será fácil resumirlos de una manera bien concisa. Además de lo que le quedaba a Freud de la donación de Paneth, Marta tenía 1.800 gulden (£ 145) ahorrados de una herencia y del

regalo de la tía. De esta suma ella necesitaba 1.200 para el ajuar y la ropa blanca, que según costumbre de la época debía aportar la novia. Había dado a guardar a su hermano Eli 800 gulden (£ 64) y por lo que Freud pudo entender de los negocios de éste le parecía dudoso que los fuera a recuperar. Tal como vimos en el capítulo anterior, la delicadeza de Marta al requerir ese dinero a su hermano fue causa de la más grave de todas las querellas entre ella y Freud. Al final éste intervino rudamente y Eli envió el dinero a Marta, a fines de junio.

Freud se había impuesto la obligación de dar a su familia 500 gulden por año, para sus necesidades más urgentes. Calculaba, además, en otro tanto los gastos de casamiento, luna de miel y viajes. Tenía el propósito de asegurar su vida en 1.000 gulden por año, pagaderos por trimestre, y quedaban todavía los muebles, el alquiler y algunas reservas para gastos después de casados. El margen era evidentemente más que estrecho. La primera cosa a sacrificar fue el seguro, a cambio de comprometerse Freud a no hacer enviudar a Marta por lo menos en un año. Si el alquiler no era muy elevado podían afrontar también ese punto, pero ya no quedaba nada para muebles. Quiso obtener los muebles por el sistema de «venta-alquiler», pero la ordenada y económica Marta se oponía al recargo de precio que a la larga involucra ese sistema, y además no le agradaba indudablemente la idea de comenzar su vida matrimonial sobre semejante base. Tanto se habló sobre este tema de los muebles que Freud terminó por hacer el siguiente comentario: «Tengo la impresión de que la más adorable de las mujeres en este mundo es fatal en llegando a este punto y sólo ve en el marido un complemento —necesario, es verdad, pero complemento al fin— de una casa hermosa.»

Freud trató de conseguir más dinero prestado de sus amigos, y al no lograrlo escribió a su futura suegra rogándole que solicitara un préstamo a su acaudalada hermana. Pensó al comienzo que bastaría con 1.000 gulden, pero inmediatamente tuvo que doblar la cantidad. Pero semejante pedido era una cosa nada hábil, que podía causar una mala impresión a la única pariente en que Marta cifraba esperanzas, y fracasó.

A mediados de junio Freud comenzó a preocuparse, sin

ninguna razón, por la salud de Marta y mostrarse ansioso de saber que seguiría muy bien después del casamiento. Le envió, por ello, una suma de dinero, con instrucciones precisas de gastarlo en algún viaje de recreo «Si llego a enterarme de que lo has gastado en compratte alguna prenda, la romperé cuando llegué allá, y si no puedo averiguar cuál es esa prenda, las romperé todas.» Esta observación con su aire de broma, era el primer indicio de la rabia que pronto habría de estallar con motivo de la actitud de Marta frente a su hermano.

Su carta del día siguiente delataba la impaciencia provocada por la larga privación, ya próxima a su fin. A propósito de las formalidades del casamiento, decía: «Entonces respiraré nuevamente, querida mía, y gustosamente me veré, una vez más, en aprietos y haré economías, y si alguna vez hemos de tener que rompernos la cabeza pensando dónde habremos de sacar esto o aquello, ¿qué nos importará? Después de todo, seremos dos seres unidos, lejos de las formas más horribles de la pobreza —que tampoco puede evitar, en el caso de tanta gente, que se quieren— en vez de tener que consolarnos con el pensamiento de un futuro que nunca podrá ser tan hermoso como aquello que por llegar a él se ha sacrificado. ¿Hasta cuándo se es joven, hasta cuándo se está sano, y hasta cuándo se es bastante maleable como para adaptarse cada uno al cambiante humor del otro? Llegarás a verte convertida en una vieja solterona si esperas a que yo pueda ahorrar lo suficiente como para pagarlo todo, y hasta habrás olvidado la risa. Te extraño tanto desde que he regresado, que apenas conservo ya la impresión de seguir perteneciendo al género humano. Te extraño en todo sentido, porque en todos los aspectos te he identificado conmigo, como amada, como esposa, como camarada, como compañera de trabajo, y me veo obligado a vivir en la más penosa de las privaciones. No puedo aprovechar mi tiempo, no puedo gozar de nada, durante semanas enteras no se me ha visto una expresión de alegría, en una palabra, soy sumamente desdichado.»

En ese momento la castigada pareja recibió otro golpe. Freud fue llamado para participar durante un mes en maniobras militares, cosa que él no esperaba que sucediera hasta el año siguiente. Esto no sólo significaba una salida, para gastos de

equipamiento y otros, sino la pérdida, además, de las entradas de todo un mes, con las que contaban en sus cálculos. Freud encaró estoicamente la situación, decidido a no permitir que se alteraran sus planes. La señora de Bernays, por su parte le escribió una carta que terminaba así:

No me crea usted incapaz de imaginarme lo incómodo de su vida actual, pero cargar con los gastos de una casa sin contar con los medios necesarios para ello es una maldición. Durante años la he experimentado yo misma, de modo que puedo juzgar muy bien. Le ruego y le imploro que no lo haga. No desprecie mi advertencia, y espere tranquilamente hasta que cuente con medios fijos de subsistencia.

Recupere primeramente cierto grado de calma y tranquilidad, de las que en este momento carece en un grado tan deplorable. Usted no tiene ninguna razón para ese mal humor y esa desesperación, que rayan en lo patológico. Deje a un lado todos esos cálculos, y vuelva a ser, ante todo, un hombre sensato. En este momento lo que usted parece es un niño mimado que no consigue lo que quiere, y llora, en la creencia de que así logrará todo.

No tome a mal esta última frase, pero es realmente así.

Tome bien en cuenta estas palabras, realmente bien intencionadas, y no piense mal de su afectísima...

Mamá.

Ignoramos si este fallo de la futura suegra mereció alguna respuesta de Freud, pero sí sabemos que no afectó para nada su propia decisión.

Lo único que aún faltaba hacer era encontrar una casa apropiada para la joven pareja, y amueblarla, pero las dos cosas comportaban, cada una por su lado, problemas bastante serios. Freud no podría ganar dinero, por cierto, si no contaba con un lugar donde ejercer, y por otra parte no era posible que vivieran en habitaciones sin mueble alguno. Un telegrama de Marta, de principios de julio, traía la jubilosa noticia de una solución: «¡Hurra, 1.250 gulden Löwbeer!» Era un regalo de bodas de la tía Lea, de Brünn. Hubo además otro regalo, de 800 marcos, proveniente del tío Louis, de Londres, y que Marta valoraba más aún que el otro, por cuanto representaba un sacrificio mayor por parte del donante. El costo de los muebles esta-

ba, por lo tanto, cubierto, y los preparativos podían seguir su curso.

Aparte de la natural impaciencia, la razón principal que inducía a Freud a optar por setiembre en lugar de noviembre, era de orden puramente práctico. En Viena las viviendas se alquilaban por trimestres, de modo que tenía que ser el primero de agosto o el primero de noviembre. A pesar de todos sus esfuerzos, e incluso de los anuncios que publicó, se encontró con que las viviendas adecuadas eran muy escasas. Sólo podía buscar después de las horas de trabajo. Era un problema fastidioso, pues estaba empeñado en tener preparada la casa adonde podría traer a su esposa, y el tiempo que le quedaba antes de partir para las maniobras militares era limitado. La vivienda más adecuada que pudo encontrar estaba en la Ferstelgasse, pero presentaba el gran inconveniente de no desocuparse antes de noviembre, lo cual significaba no poder atender su consultorio durante el mes de octubre, el mejor del año, cosa que de ningún modo podía permitirse. Podía también quedarse con su vivienda actual, agregándole las dos habitaciones que al presente ocupaban los inquilinos principales, pero esto significaría un costo de 1.400 gulden, cosa que tampoco era posible. Finalmente Freud alquiló un espacioso piso de cuatro habitaciones en el número 5 de Maria Theresienstrasse.

Todavía le esperaba el último golpe a Freud, antes de la realización de sus esperanzas. Durante todo el tiempo se había estado tranquilizando con la idea de que en Alemania, que es donde iba a casarse, bastaría para el caso con la ceremonia civil, con lo que se ahorraría el penoso dilema de tener que cambiar de «confesión religiosa» —cosa que, en rigor, no podía haberse planteado seriamente en ningún caso— o bien enfrentar las complicadas ceremonias del casamiento judío, cosa que aborrecía. Pero a comienzos de julio Marta se vio obligada a informarle que, si bien el casamiento civil era válido en Alemania, no sería reconocido en Austria, con lo cual, llegados a Viena, no estarían casados. No había otra alternativa que aceptar la ceremonia judía. Pero ella le alivió el trance todo lo que le fue posible. Se fijó para la ceremonia un día de trabajo, de modo que serían muy pocos los amigos que podrían asistir, con lo cual pudo

llevarse a cabo en casa de la madre de ella. Allí se podría reemplazar la habitual indumentaria, más bien de gala, por un sombrero de copa y una levita. Eso fue lo que se hizo.

Las maniobras militares de Olmütz, de las que hemos de decir algo en el próximo capítulo, se prolongaron desde el 9 de agosto hasta el 10 de setiembre. Al término de las mismas Freud volvió a Viena para quitarse el uniforme militar y partir el día siguiente a Wandsbek. Se encontró con que la paga militar no pasaba de la mitad de lo que se le había hecho creer que recibiría, por lo cual tuvo que escribir reservadamente a su futura cuñada, Mina Bernays, para pedirle prestado el dinero necesario para el viaje a Wandsbek. Pudo con todo, comprar un regalo de boda para su novia, un hermoso reloj de oro. También había pensado en un collar de coral para Mina, pero dado que el Embajador de Portugal no había pagado todavía sus honorarios, había que prescindir de ese regalo.

El casamiento civil se realizó el 13 de setiembre de 1886, en la Municipalidad de Wandsbek. Sesenta y cinco años más tarde la señora de Freud recordaba aún con toda claridad el comentario que había hecho el funcionario acerca de la forma decidida en que ella estampó su nueva firma, sin ninguna vacilación. Freud pasó las noches de los días 12 y 13 en casa del tío Elías Philipp, quien se había encargado de entrenarle en el aprendizaje de las «brojes» (oraciones) que el novio tendría que recitar al día siguiente, en la ceremonia de la boda. Probablemente se mordió los labios en el momento de colocarse bajo la *Chuppe* [2], pero todo salió bien. Sólo ocho parientes estuvieron presentes, aparte de los familiares más cercanos, y la pareja partió inmediatamente para Lübeck.

De Lübeck enviaron una carta conjunta a Mamá, escribiendo alternativamente las frases. La última escrita por Freud, decía así: «Dado en nuestra actual Residencia en Lübeck, en el primer día de lo que confiamos llegará a ser una Guerra de los Treinta Años entre Sigmund y Marta.» La guerra no llegó nunca, pero los treinta años se convirtieron en cincuenta y tres. El único indicio de «guerra» durante los largos años que siguieron

2. Baldaquín, dosel sobre estacas que representa el Templo, y bajo el cual se coloca la pareja de contrayentes durante la ceremonia nupcial hebraica.

fue una temporaria diferencia de opinión acerca del serio problema de si los hongos debían cocinarse con o sin pedúnculos. La promesa que había hecho, bromeando, dos años antes, de que tendrían una riña por semana, fue completamente olvidada.

Ella contaba exactamente veinticinco años, y él treinta. Deben haber formado una pareja bien parecida. Freud era buen mozo, delgado pero robusto; destacábase en él la cabeza bien formada, la regularidad de sus rasgos y sus centelleantes ojos oscuros. Medía un metro setenta y su peso era aproximadamente de sesenta y cuatro kilos. A su esposa le agradaba ponderar más tarde el hermoso tinte cobrizo con que volvió de sus maniobras militares.

Con un estilo perfectamente churchilliano, Freud logró preparar el ánimo de su esposa para los duros tiempos del comienzo, a la espera confiada de un futuro mejor, a su juicio indudable. Desde el comienzo sus previsiones se cumplieron ampliamente. El primer mes, octubre, del que tanto había esperado, fue extremadamente pobre en entradas. Reinaba un tiempo hermoso, y todos los médicos se quejaban de que la gente prefería gozar el clima cálido a venir al consultorio para un tratamiento. En una carta a Mina, decía Freud que tendría que optar entre suponer que su éxito profesional durante el verano había sido excepcional, o que lo excepcional era su fracaso actual. Naturalmente prefería pensar esto último. Había ganado solamente 112 gulden en todo el mes, y necesitaba 300 gulden mensuales para los gastos corrientes solamente. Las cosas se presentaban algo más que difíciles, si bien los dos lo tomaban a broma. Ya había empeñado el reloj de oro que había recibido de Emmanuel, y ahora le tocaba el turno a otro reloj de oro, su regalo de bodas a Marta, a menos que Mina acudiera en su auxilio, cosa que ésta hizo, por cierto. Al mes siguiente, sin embargo, la marea comenzó a volver, de modo que la aventura resultó no haber sido tan desatinada, después de todo.

La hora de consulta era al mediodía, y a los pacientes les daban por entonces el apelativo de «negros». El origen de esta curiosa denominación reside en una caricatura del Fliegende Blätter, en que aparece un león que bosteza, rezongando: «¡Las doce ya, y ni un solo negro!».

Freud había alcanzado finalmente el cielo de ventura con que había soñado. Pocos matrimonios puede haber habido más satisfactorios que el suyo. Marta fue, por cierto, excelente esposa, y madre. Era una admirable ama de casa —el raro tipo de mujer que podía conservar indefinidamente una sirvienta—, pero no fue nunca una de esas Hausfraus que estiman las cosas más que la gente. La comodidad y las conveniencias de su esposo estaban antes que nada. En los primeros años él acostumbraba comentar con ella, por la noche, los casos que había visto, pero más tarde no cabía esperar que ella siguiera el vario vuelo de su imaginación más de lo que lo hacía la mayor parte del mundo.

Pronto comenzaron a llegar los hijos, para completar la felicidad de ambos. Dos años más tarde, Freud escribía una carta: «Vivimos muy felices, en una actitud cada vez más modesta. Cuando oímos llorar a la criatura nos imaginamos que ésta es la cosa más feliz que podía ocurrirnos. No soy ambicioso y no trabajo demasiado.» Tres hijos, una niña y dos varones (octubre 16 de 1887, diciembre 7 de 1889 y febrero 19 de 1891) nacieron en ésta su primera casa. Los niños fueron bautizados Jean Martín, por Charcot (y no por Lutero como se dijo) y Oliver, por Cromwell, el viejo héroe de Freud. La familia en crecimiento exigía más espacio, de modo que en agosto de 1891 se mudaron al conocido domicilio de Berggasse 19, que tenía además la ventaja de un alquiler más barato. La vivienda se amplió un año más tarde, al ocupar Freud tres habitaciones más, en la planta baja, que fueron destinadas a piezas de estudio, sala de espera y consultorio. Allí vivió cuarenta y siete años, y allí nacieron tres hijos más, un varón y dos mujeres (abril 6 de 1892, abril 12 de 1893 y diciembre 3 de 1895). El hijo recibió el nombre de Ernst, por Brücke.

Freud no fue tan sólo un padre amante, sino también indulgente, tal como cabía esperar de los principios generales que profesaba. Las numerosas enfermedades de sus hijos le producían, naturalmente, gran preocupación. Cuando la hija mayor tenía cinco o tal vez seis años, estuvo a punto de morir de difteria, la «peligrosa enfermedad» a que alude Freud en sus obras. En el momento de la crisis, el conturbado padre le preguntó

qué es lo que más quisiera en ese momento, y la hija le contestó: «una fresa». No era la estación apropiada, pero había una casa, muy renombrada, donde se podían conseguir algunas. El primer intento que hizo la niña de tragar una fresa le ocasionó un ataque de tos que eliminó totalmente la falsa membrana, y al día siguiente la criatura se hallaba en franco tren de restablecimiento. Su vida había sido salvada por una fresa... y por un amante padre.

Cuando los niños fueron seis, ya avanzado el año 1896, vino a unirse a la familia la cuñada de Freud, Mina Bernays (junio 18 de 1865— febrero 14 de 1941), que no se separó ya de ellos hasta la muerte. Antes de eso, y luego de la muerte del que fue su prometido, fue dama de compañía de una señora, ocupación que nunca le resultó simpática. De joven realizaba sus tareas domésticas con un plumero en una mano y un libro en la otra, de modo que no era nada sorprendente que su vida se viera absorbida por preocupaciones intelectuales, y especialmente literarias. «Tante Mina» era ocurrente, interesante y entretenida, pero tenía una lengua mordaz, fuente de no pocos epigramas familiares. Siempre estuvo en excelentes términos con Freud. No había ninguna atracción sexual de ninguna de las dos partes, pero él encontraba en ella una compañía estimulante y divertida, y alguna que otra vez realizó con ella cortas excursiones, en días de descanso, cuando Marta, a su vez, no se hallaba en condiciones de viajar con él. Todo esto dio lugar a la leyenda, maliciosa y absolutamente falsa, de que Mina había desplazado a su hermana en el cariño de Freud. Este gustó siempre de la compañía de mujeres intelectuales y más bien masculinas, de las que pueden señalarse unas cuantas en su vida. Resulta sorprendente quizás que «tía Mina» no haya ayudado nunca a Freud en su labor literaria, aprendiendo, por ejemplo, taquigrafía [3] y dactilografía. Pero Freud no podía separarse nunca de su pluma, que utilizaba tanto para su correspondencia privada como para sus trabajos científicos; evidentemente pensaba mejor con el lápiz en la mano.

3. El propio Freud sabía taquigrafía, y la utilizó en el Hospital, para sus apuntes con los pacientes, pero no la volvió a emplear después.

IX

LA VIDA PRIVADA

(1880-1890)

De la correspondencia de Freud surgen dos impresionantes sobresalientes acerca de su vida en esa época: su terrible pobreza y la calidad de sus amistades. Sobre lo segundo hablaremos un poco más adelante.

La actitud de Freud respecto al dinero parece haber sido siempre excepcionalmente normal y objetiva. En sí mismo, el dinero no tenía interés para él. Si lo había, era para ser usado, y en este respecto fue siempre muy generoso en cuanto la oportunidad se presentaba. Hasta podría decirse que era un poco desaprensivo en materia de dinero, salvo cuando lo necesitaba desesperadamente para algún fin determinado. Y tanto daba que se tratara de darlo o de recibirle de un amigo, de darlo en préstamo o de tomarlo prestado. En sus primeros años de estudiante eran tan modestas sus necesidades que bien poco podía importar el dinero. La cosa más importante que podía proporcionarle eran libros.

Pero era, al mismo tiempo, enteramente realista en cuanto al dinero, y estaba muy lejos de despreciarlo. Evidentemente era mucho lo que con él se podía conseguir, y su falta comportaba privaciones. Le importaba mucho, por ello, el verse estorbado en sus deseos, ya se tratara de viajes o lo que fuere, por falta de dinero. Y son pocos los que se han visto contrariados más de lo que fue él, en este sentido, durante su juventud, ya que la

intensidad de sus deseos fue una característica permanente de su carácter.

Lo primero que hizo dos semanas después del compromiso, fue ponerse él mismo «bajo tutela», para protegerse de su propia extravagancia, haciendo de Marta su banquera. Le mandó poner una moneda de plata en la alcancía: «El metal tiene el mágico poder de atraer más metal; el papel se lo lleva el viento. Me he vuelto supersticioso, ¿sabes?. La razón es terriblemente seria y sombría. Un poco de superstición es algo que tiene bastante encanto.» Pero tenía realmente algo de supersticioso, de lo que dan cuenta numerosos pasajes de su correspondencia. Así, por ejemplo, contaba que siendo niño había elegido el número 17 en una lotería que revelaba el carácter de las personas, y salió la palabra «constancia», que ahora relacionaba con 17, fecha de su compromiso. Él le enviaba todo el dinero que podía ahorrar y ella se hacía cargo del fondo común. Luego tomaba prestado de este fondo, y volvía a restituir el dinero, según las circunstancias. Hubo ocasiones en que ella pareció sentirse avergonzada de recibir el dinero, pero entonces él se burlaba preguntándole si se pertenecían o no uno al otro, y si prefería volver al trato de «señorita» y «señor Doctor».

No sólo eso, sino que se comprometió a enviarle cuenta semanalmente de todos sus gastos, día por día, y algunos de estos informes se han conservado. Por el primero de ellos, de mediados de setiembre de 1882, nos enteramos de que sus únicas dos comidas del día le habían insumido un florín y once kreutzers, y que había gastado en cigarrillos «la escandalosa suma» de 26 kreutzers. Un día gastó 10 kreutzers en chocolate, pero entonces agrega, como excusa: «Tenía mucha hambre en la calle, yendo a casa de Freuer». Un día faltaban 10 gulden porque se los había prestado a Königstein, pero al día siguiente sólo pudo incluir un golden que faltaba como «¿prestado?». Finalmente tuvo que confesar que había perdido la suma de 80 kreutzers jugando a las cartas.

Esta lamentable pobreza continuó durante años, y todavía más allá del 90, a lo largo de su correspondencia con Fliess, hay numerosas referencias a la angustia de sus cálculos monetarios. En el verano de 1883 menciona el caso de un amigo que

necesitaba urgentemente que le presentaran un gulden por pocos días. El haber de Freud en ese momento se reducía a la suma de 4 kreutzers, de modo que se puso en campaña y no descansó hasta conseguir prestado el ansiado gulden... pero demasiado tarde para el caso. «¿No te parece que estamos haciendo una vida admirablemente bohemia?, escribía. ¿O no eres susceptible a este tipo de humor, y te compadeces acaso de mi miserable situación?» No hay que admirarse, pues, de que le hiciera reír la predicción de Fleischl en el sentido de que algún día ganaría 4.000 gulden (£ 640) al año. No siempre la cosa era tan divertida. En otra oportunidad, un año más tarde, ni siquiera tenía 4 kreutzers, y se hallaba ante la perspectiva de no tener nada qué comer durante tres días, hasta recibir el importe de su sueldo en el hospital. Afortunadamente, un alumno a quien él preparaba para sus exámenes, le pagó tres gulden, y salvó con ello la situación. Se sintió afligido cuando, por primera vez en diez años, no pudo comprar para su hermana Rosa ni siquiera un pequeño obsequio en ocasión de su cumpleaños. Esto sucedió después de su estada en París. ¡Cuán molestas debieron haber sido, para un hombre de la amplitud mental y de la generosidad de Freud, las mezquindades inseparables de la pobreza!

El problema del vestir era sumamente difícil, especialmente dado que Freud atribuía importancia al requisito de una adecuada apariencia relacionándola estrechamente con el respeto a sí mismo. Tenía es cierto un sastre muy complaciente, un amigo de la familia, a lo que parece, pero de vez en cuando había que hacer, de todos modos, un pago, así fuera el pago inicial, en cada caso. Cuando se le dijo a su sastre que Freud era uno de los hombres más inteligentes en el Hospital, el elogiado hizo el siguiente comentario: «La buena opinión de mi sastre es para mí no menos importante que la de mi profesor.» Ningún gasto podía hacerse sin la debida consideración previa. Solía tratar previamente con Marta, por ejemplo, la conveniencia de invertir parte de su pequeño capital en la compra de un nuevo traje, o incluso de una corbata. En cierta ocasión Marta le regaló una, de modo que, por primera vez, contó con dos buenas corbatas. Ocasiones hubo en que no pudo salir a la calle por no exhibir roturas demasiado grandes en el traje, y

por dos veces menciona el haber pedido prestado un traje a Fleischl para hacer una visita a un amigo de cierta respetabilidad.

Pero los dos aspectos en que su pobreza se le hacía más penosa eran el de no estar en condiciones de ofrecer a su prometida más que obsequios o comodidades absolutamente insignificantes —hecho más importante aún por ser ella también pobre— y no menos aún de ir a visitarla, y en segundo lugar, las necesidades urgentes de su propia familia. Quedó asombrado al saber que Marta, por razones de salud, tomaba diariamente un vaso de cerveza. «¿De dónde sacas el dinero?» —le preguntó—. Un sueño que nunca llegó a realizarse fue el de poder comprarle algún día un brazalete de oro (*eine goldene Schlange*). Tal deseo data de una época tan antigua como 1882, y hay muchas alusiones al mismo. A comienzos de 1885, cuando era candidato a Docente Universitario, estaba muy esperanzado al respecto, y aseguraba a Marta que todas las esposas de los Docentes, para distinguirse de las esposas de los otros médicos, usan brazaletes de oro, con forma de serpiente. Pero sus esperanzas, una y otra vez, quedaban sin cumplir. Tres años y medio más tarde, es decir, no antes de la Navidad de 1885, pudo procurarle uno, en Hamburgo, pero era de plata. En cuanto a visitarla, el costo parecía sencillamente prohibitivo.

Luego está su propia familia, motivo constante de ansiedad y una verdadera carga para él. Su padre, que nunca fue hombre de mucha iniciativa ni de éxitos, se hallaba ahora cerca de los setenta, y estaba cayendo en un estado de impotencia fatalista, e incluso de puerilidad. Hacía algún tiempo ya que no ganaba nada, y es difícil decir de qué vivía la familia. Las seis mujeres de la casa llevaban una administración bastante precaria, o por lo menos bastante embrollada y cuando a fines de 1884 Emmanuel se empeñó en introducir un poco de orden en ella, Freud se mostró bastante escéptico sobre lo que tal orden podría durar. Es curioso que Freud sólo cita a su madre para referirse a dos cosas: que era muy dada a quejarse y que tenía un pulmón gravemente afectado por la tuberculosis. Esto último constituía, naturalmente, un grave motivo de ansiedad, y Freud se ocupó constantemente de que pudiera abandonar Viena

durante la temporada de calor, para ir al campo. En 1884, por ejemplo, Freud escribía que estaban tratando de prolongar su vida un poco más. Habría sido para él un gran alivio, y no poca sorpresa, el saber entonces que ella habría de vivir aún casi medio siglo más, y alcanzar una saludable vejez. Freud hacía lo que podía, pero con toda frecuencia debió admitir que no estaba en condiciones de enviar nada a su madre, o a la familia. En situaciones como esa no se sentía capaz de ir a visitarlos y presenciar su triste situación. Repetidamente se sintió apesadumbrado al contemplar el estado de extenuación de sus hermanas, y cierta vez, al haber sido invitado a un almuerzo, relató cuán difícil le era comer carne asada sabiendo que sus hermanas tenían tanta hambre. Hubo una época en que su padre, su hermano menor y tres hermanas se mantenían con un gulden por día.

Las entradas de Freud durante esos años fueron exiguas e inseguras, y provenían de diversas fuentes, de las que dejó detallada constancia. Estaba, ante todo, su sueldo del Hospital, a partir de abril de 1883. Se le daba una habitación, con calefacción, tal cual el peón encargado de encender las lámparas, como escuetamente apunta Bernfeld. Más tarde la asignación subió a 30 florines mensuales, menos de la mitad de lo que costaba la comida. Durante mucho tiempo su almuerzo consistió en un plato de carne de ternera, cuyo costo era de 60 kreutzers (medio chelín), y la cena en carne en conserva y queso, por 36 kreutzers. El postre no era indispensable. En cierta oportunidad se propuso ahorrar tiempo y dinero cocinando él solo, o mejor dicho, no cocinando. Compró una cafetera para prepararse el café, una provisión de jamón, queso y pan.

Las reseñas que hacía para un periódico médico le rendían 20 gulden por trimestre. En cierta oportunidad le pagaron 15 gulden por el armado de un aparato científico. Durante los cuatro años de su vida de hospital, Freud tuvo pacientes privados, cosa que entonces era permitido, y a fines de 1884 tenía incluso una placa en la puerta para esa finalidad. Durante los dos primeros años los pacientes eran enviados por los amigos, especialmente por Breuer, pero en julio de 1884 Freud pudo anunciar con orgullo que había visto a su primer paciente venido

de afuera, atraído porque había oído de su descubrimiento sobre la cocaína. Este paciente le pagó dos gulden. Sus honorarios habituales eran tres gulden (alrededor de cinco chelines), pero para eso tenía que atravesar a veces todo Viena, para ir a aplicar un tratamiento eléctrico. En cierta ocasión, luego de atender a un paciente durante varios meses, cobró la suma de 55 gulden. Los debía íntegramente, decía, pero no fue tan tonto como para emplear ese dinero en pagar sus deudas. Había necesidades más urgentes que atender.

Aparte de esto tenía los alumnos, especialmente los que le enviaba Fleischl. Esta fuente de ingresos se inició en el verano de 1884, y la tarifa era habitualmente tres gulden por hora. Durante cierto tiempo se levantaba a las cinco de la mañana, para dar una lección antes del desayuno, y disponer así de más tiempo para su trabajo.

Más lucrativas fueron las clases con demostraciones que comenzó a organizar en noviembre de 1884, habitualmente para médicos norteamericanos que estudiaban en Viena. Varias de estas clases fueron dadas en inglés, la primera de ellas el 3 de febrero de 1855. Freud dictó varios de estos cursos, la mayor parte de ellos sobre clínica neurológica, pero también uno sobre las aplicaciones médicas de la electricidad. El número de los asistentes variaba entre seis y diez, que era el máximo que admitía. Un curso se componía de veinticinco clases y duraba cinco semanas, produciéndole la considerable suma de 200 gulden. Desgraciadamente esta provechosa fuente de recursos no duró más que tres meses, a causa de dificultades con respecto al material. Por último tuvo una entrada de 290 gulden por la traducción del libro de Charcot.

Con todo eso estaba lejos de cubrir su presupuesto, y siempre debió depender de los préstamos de sus amigos. El primero en ayudarle en este sentido fue su viejo maestro de escuela, Hammerschlag, un hombre muy pobre él mismo, y que vivía de una pequeña pensión. «Durante mis años de estudiante, a menudo, y sin que jamás se lo haya pedido, me ayudó en momentos en que estaba desesperado por las dificultades de dinero. Me sentía muy avergonzado al comienzo, pero más tarde, cuando él y Breuer demostraron ser de la misma opinión, cedí y acep-

té deber dinero a tan buenos amigos sin ninguna obligación.» En cierta oportunidad Hammerschlag recibió 50 gulden para darles el destino que le pareciera mejor. Se los dio a Freud, quien a su vez entregó la mayor parte a su familia.

El principal donante, sin embargo, fue Breuer. Durante mucho tiempo tuvo por costumbre prestar, o dar, a Freud cierta suma mensual. Esto parece haber comenzado en el último año de la estada de Freud en el Instituto de Brücke, no mucho antes de su compromiso. En *La interpretación de los sueños* hay una alusión a un amigo, que a todas luces es Breuer, que le había ayudado durante cuatro o cinco años. La última entrega que hizo a Freud fue en febrero de 1886. En mayo de 1884 su deuda había llegado a 1.000 gulden, cosa que provocó este comentario suyo: «Mi autorrespeto —dijo— se acrecienta al ver que valgo tanto para alguien.» En noviembre alcanzaba a 1.300 gulden, y en julio del año siguiente a 1.500, suma ésta muy considerable. La deuda siguió en aumento, dado que la cifra que Freud cita muchos años más tarde (enero 16 de 1898) en una carta (inédita) a Fliess es de 2.300 gulden. Mientras se hallaba en buenos términos con Breuer —y sus relaciones fueron inmejorables durante años— la situación era llevadera, pero sabemos que llegó a ser sumamente molesta para Freud después de la ruptura, más allá del noventa. Breuer trató siempre de aliviar esta situación. Freud mencionaba haberle expresado a Breuer, en varias ocasiones, cómo el hecho de recibir dinero lesionaba su autorrespeto, y que su amigo le insistió no sólo en que estaba en condiciones de desprenderse de ese dinero, sino que Freud debía tener en cuenta su propio valor para el mundo. Pero un hombre del carácter sensible de Freud no podía dejar de sentirse apenado, en cierta forma, en tal situación. En cierta ocasión escribió: «Breuer parece encarar estos préstamos como una cosa regularmente instituida, pero a mí siempre me resultan molestos.» Su anhelo de independencia, tanto en lo económico como en otros aspectos, era constante, y por cierto vehemente.

También Fleischl se convirtió en un puntal. En el verano de 1884 dijo a Freud que debía tomar prestado, sin ningún sentimiento de vergüenza, cuanto necesitaba, y le preguntó porqué aceptaba sólo de Breuer, y no de él. «Dentro de un círculo

pequeño y selecto de personas que están de acuerdo en las cosas de mayor importancia, sería tan erróneo de parte de uno de ellos el negarse a compartir sus opiniones con los demás, como el no estar dispuesto a aceptar de ellos ninguna ayuda.» Después de esto Freud tomó dinero prestado de él en varias ocasiones, y al partir para París Fleischl le insistió en que no dejara de escribirle si llegara a necesitarlo. Murió antes de poder recobrar su dinero.

Joseph Paneth, como Fleischl, disponía de recursos propios y tenía igual actitud que éste en cuanto se refiere a ayudar a amigos más o menos afortunados que él. Con Panerth la cosa se presentó de otra manera. En abril de 1884 comunicó a Freud su resolución de apartar de él la suma de 1.500 gulden, que serviría para apresurar la fecha de su casamiento. Los intereses de esa suma, 84 gulden, podría utilizarlos para visitar a Marta, y el capital estaba siempre a su disposición. Freud se sintió muy feliz, naturalmente, con esto, y escribió a Marta que entraban, al parecer, en el segundo volumen de su interesante romance, al que daba el título de «riqueza», como en *Little Dorrit*. Toda la situación daba la sensación, en efecto, de un capítulo tomado de Dickens. «¿No es cosa espléndida el que un hombre rico trate de atenuar la injusticia de nuestro nacimiento y la ilegitimidad de su propia situación de privilegio?»

Llegado el caso, Freud no pudo mantener intacto dicho capital. Tuvo que recurrir a él en más de una oportunidad para sufragar sus gastos en París y en Berlín, y al final de ese viaje ya faltaba una tercera parte del dinero.

Marta a su vez tuvo la suerte de encontrar un protector providencial. En noviembre de 1883 su tío Ludwig Bernays les prometió a ella y a su hermana 50 marcos a cada una todos los trimestres, pero como la intención era de ayudar indirectamente a la madre, la mayor parte del dinero pasaba a ésta. Pero en marzo del año siguiente anunció a su prometido la perspectiva de un regalo mucho más importante.

En la primavera de 1885 la noticia se hizo más concreta. En realidad se trataba de dos golpes de buena fortuna, seguidos muy de cerca uno de otro. Un pariente de su abuela materna le había dejado, al fallecer, 1.500 marcos. Un par de

semanas más tarde llegó la otra noticia, aún más favorable. Lea Löwbeer, hermana de la madre de Marta, regalaría a ésta y a Mina 1.500 gulden (£ 200) a cada una.

Varias veces, en sus obras, Freud alude a su necesidad sentimental de un amigo querido y un odiado enemigo. Lo que hay de cierto en esta dramática aseveración es que era capaz tanto de amar como de odiar apasionadamente, y también el hecho de que lo uno podía despertar lo otro, pero la indiferencia que algunas veces se ha hecho, en el sentido de que tales afectos ocuparon gran parte de la vida de Freud, o que constituían un rasgo prominente de su personalidad, es falsa: sólo conozco cinco o seis casos de esta índole en su vida. Si bien, naturalmente, la mayor parte de las querellas tienen lugar entre dos partes igualmente activas, hay algunas que son más unilaterales que otras.

Tampoco sería justo decir que era una persona difícil para congeniar o para mantener una amistad con él. No era de ningún modo el tipo de hombre que se empeña, con toda clase de gentilezas, en cautivar a toda cuanta persona llegara a conocer. Era, por el contrario, una persona cuyo primer contacto daba más bien una impresión de brusquedad. Pero era, por otra parte, una de esas personas de quienes se puede afirmar que cuanto mejor se la conoce más se la quiere. En todo caso, no hay ninguna duda ni respecto al número ni a la solidez de sus amistades en cualquier período de su vida, y este hecho debería hablar por sí solo.

Él mismo sabía que carecía de la capacidad de mostrarse desde el ángulo más favorable frente a las personas que conocía por primera vez. «Considero una seria desdicha el que la Naturaleza no me haya dotado de esa cualidad indefinida que sirve para atraer a la gente. Si vuelvo la vista a mi pasado, puedo decir que es esto de lo que más he carecido como para hacer mi existencia color de rosa. Siempre he necesitado de bastante tiempo para hacer una amistad, y cada vez que me topo con alguien advierto de su parte un sentimiento, que él naturalmente no tiene por qué analizar, que le impulsa a subestimarme. Se trata apenas de una mirada o una sensación, o algún

otro secreto de la naturaleza, pero es algo que le afecta a uno de una manera muy desdichada. Lo que me compensa de ello es el pensamiento de cuán íntimamente ligados se sienten a mí todos aquellos que han llegado a ser mis amigos.»

De la generación de más edad, el más importante de sus amigos era el profesor Hammerschlag, que le había enseñado en la escuela Sagrada Escritura y el hebreo. De él decía Freud: «Me profesó un cariño conmovedor durante muchos años: hay una tal secreta simpatía entre nosotros que podemos conversar con toda intimidad... siempre me considera como un hijo.» La esposa de Hammerschlag le merecía también la más alta opinión: «No conozco gente mejor ni más humana que ellos, o que esté tan exenta de inspiraciones innobles.» Años después Freud bautizó a la menor de sus hijas con el nombre de una hija de Hammerschlag que en 1885 se casó con Rudolf Lichtheim, de Breslau, un hombre que murió un año más tarde. A otra de sus hijas le dio el nombre de una sobrina de Hammerschlag, Sophie Schwab, que Freud esperaba ver casada con Paneth.

Entre sus amistades estrictamente personales había dos grupos bien definidos: aquéllos que llegó a conocer a lo largo de su actividad médica y científica, generalmente mayores que él, y un pequeño grupo de amigos que eran más o menos de su misma edad. Estos últimos, unos quince o veinte, constituían lo que ellos mismos denominaban el *Bund* (Unión). Acostumbraban reunirse regularmente una vez por semana en el Café Kurzweil, a conversar y jugar a las cartas o al ajedrez. A veces organizaban también pequeñas expediciones al Práter o a los alrededores de Viena, en compañía de algunas amigas... a menudo sus propias hermanas. Pero Freud prestaba poca atención al sexo opuesto, omisión ésta que halló su venganza cuando llegó a enamorarse.

Entre los compañeros del *Bund* estaban Eli Bernays, Ignaz Schönberg, los tres hermanos Fritz, Richard y Emil Wahle, y los tres hermanos de Gisela Fluss, Richard, Emil y Alfred. Los tres últimos eran amigos de la época de Freiberg, que habían venido a Viena en 1878, mucho tiempo después que la familia de Freud. Los tres primeros habrían de desempeñar un importante

papel en la vida de Freud un par de años más tarde. Schönberg fue, en los primeros años de la década del 80, su mejor amigo; con los otros dos hubo desavenencias que dieron lugar a un prolongado distanciamiento.

Nadie en la familia de Freud, sabía cómo éste llegó a conocer tanto el castellano. El misterio fue aclarado en una carta a Marta, con motivo de haber venido él a encontrarse con un viejo amigo del colegio, Silverstein, a quien no había visto por tres años. Silverstein había sido su amigo más íntimo en los días del colegio, y con el que pasaba todas las horas de que disponía fuera de clase. Estudiaron juntos el castellano, y crearon una mitología para uso propio y palabras de exclusiva pertenencia, en su mayor parte derivadas de Cervantes. En otro libro encontraron un diálogo filosófico entre dos perros tirados a la puerta de un hospital, y adoptaron para sí los nombres de los dos animales. Silverstein era Berganza; Freud era Cipión, y solía firmar sus cartas al amigo: «Tu fiel Cipión, perro en el hospital de Sevilla[1].» No puedo dejar de imaginarme el asombro que le produciría que alguien, repentinamente, le llamara Cipión, medio siglo más tarde. Constituyeron una sociedad letrada a la que dieron el nombre de «Academia Castellana», y como miembros de ella escribieron una enorme cantidad de belles-lettres, de estilo humorístico. Sus respectivos intereses cuando fueron mayores, resultaron divergentes, y el pasado quedó enterrado. Silverstein se convirtió en banquero. Ignaz Schönberg ya estaba comprometido por entonces (1881-82) con Mina, la hermana menor de Marta Bernays. Mina contaba a la sazón dieciséis años. De haber seguido las cosas un curso favorable, habría llegado a ser cuñado de Freud. Esperaban llegar a constituir un feliz cuarteto. Freud hizo cierta vez la observación de que dos de ellos eran personas cabalmente buenas, Marta y Schönberg, mientras que los otros dos —él y Mina— eran dos salvajes apasionados, y no tan buenos: dos que eran adaptables y dos empecinados.

Schönberg ya estaba afectado de tuberculosis pulmonar, enfermedad bastante corriente en Viena. Dado que la mayor

1. El famoso *Coloquio de los perros*, una de las novelas ejemplares de Cervantes. El hospital era, en realidad, de Valladolid. (*N. del T.*)

parte de estos enfermos se restablecían, el hecho no fue tomado muy en serio al comienzo. Era una persona talentosa y seria, aunque carente de humor e indeciso. En el verano de 1883 el estado de sus pulmones empeoró.

En abril de 1884, Schönberg, que carecía de ingresos, consiguió un empleo con el profesor Monier Williams, en Oxford, para ayudar en la preparación de un Diccionario sánscrito. Recibiría por ello 150 libras al año. Partió de Viena en mayo, inmediatamente después de graduarse.

En Oxford las cosas no anduvieron bien, y la salud de Schönberg empeoró a tal extremo que al cabo de un año tuvo que abandonar Inglaterra. Viajó a Hamburgo, para ver a Mina, por última vez, y luego se dirigió a Baden, cerca de Viena. Allí, en el mes de junio, lo examinó Freud, quien consideró que su caso no tenía remedio. Ya tenía afectada la laringe. En ese momento Schönberg rompió su compromiso, pues no quería por más tiempo mantener unida a sí a una mujer. A propósito de esto Freud escribió a Marta que ellos, en iguales circunstancias, habrían obrado de otro modo: sólo la muerte podría separarlos.

Schönberg falleció a comienzos de febrero de 1886. Freud sintió agudamente la pérdida de su amigo. Dentro del círculo de Freud, este deceso no era ya el primero. En el verano de 1883 se sintió consternado ante el anuncio de que el doctor Nathan Weis, amigo y colega de hospital, se había suicidado, ahorcándose en un baño público, apenas diez días después de su regreso de la luna de miel. Era un hombre excéntrico, y Freud fue quizás la única persona inclinada a tratarlo.

De los antiguos amigos de Freud la personalidad más simpática era Breuer, el único judío. Era también el único a quien un psicólogo consideraría aproximadamente «normal», cumplido éste nada común, por cierto. Las cartas de Freud están llenas de referencias a la intensa consideración mutua que entre ellos reinaba, y a la alta estima que le merecían las genuinas cualidades de Breuer. Con toda frecuencia se ven aparecer allí su inteligencia, sus amplios conocimientos, su sentido práctico, su sabiduría, y sobre todo su delicada comprensión.

Freud era visitante asiduo de los Breuer, y nos habla de lo

feliz y cómodo que allí se sentía: «son gente —decía de ellos—, inmensamente buena y comprensiva.» Freud sentía un gran afecto por la joven y hermosa mujer de Breuer, y más tarde bautizó con su nombre —Matilde— a su propia hija, la mayor. Hablar con Breuer era «como estar sentado al sol», «irradiaba luz y calor». «Es una persona tan esplendente, y no sé qué es lo que ve en mí para ser tan amable». «Es una persona que siempre lo entiende a uno». Posiblemente la cosa más cautivante que dijo de él fue en los momentos peores de la enfermedad de Fleischl. «Breuer se comportó otra vez de una manera magnífica en el asunto de Fleischl. No se le puede definir con sólo decir cosas favorables de él. ¡Se debiera subrayar la ausencia de tanta, tanta maldad!»

Difícilmente podría decirse que Breuer haya tratado nunca de influir sobre Freud. Este buscaba a menudo su consejo; así, por ejemplo, para decidir la especialización en neurología, para presentarse a solicitar la beca de viaje, en el delicado asunto de Schönberg y Mina, etc. Breuer adivinaba siempre cual era la verdadera actitud de Freud en cada caso, y en ese sentido lo estimulaba, pero sin dejar de compartir él también el problema. Cuando disentía de él, tenía la costumbre de exponer su objeción con una sola palabra. Así por ejemplo, cuando dio en considerar la idea de adscribirse a la religión protestante [2], para poder casarse sin tener que aceptar las complicadas ceremonias de boda judías, que tanto le disgustaban, Breuer musitó simplemente: «demasiado complicado». En 1884, antes de partir para su mes de vacaciones en Wandsbek, Freud le solicitó un préstamo «adicional» de 50 gulden. «Querido compañero —le contestó tranquilamente Breuer—, no se los prestaré. Sólo le servirán para volver de Wandsbek sin un centavo, endeudado con su sastre, y con un terrible sentimiento de degradación por el desarreglo cometido.» «Mi querido amigo —le dije yo— no perturbe, por favor, mi forma aventurera de vida.» «Pero fue inútil, continúa relatando Freud. Era una actitud admirable y una verdadera muestra de intimidad de su parte, no sólo el haberme negado el préstamo, sino también el preocuparse por lo sen-

2. En Austria se tenía que «pertenecer» a una determinada confesión religiosa, al margen de las convicciones que se tuviera.

sible que soy, pero de todos modos me molesta.» Unos días después, sin embargo, Breuer fue a verlo con el dinero, y le dijo que sólo había querido refrenarlo un poco, pero de ningún modo coartar su libertad.

A menudo, al hacer sus recorridos, Breuer llevaba consigo a Freud. Tales viajes cubrían a veces una distancia considerable, de modo que tenían que permanecer fuera de Viena. En un caso de esos, en Baden, Breuer hizo anotar a Freud, en el hotel, como hermano suyo, para que no tuviera que dar propina al camarero. Pero la ocasión más inolvidable para Freud fue cuando Breuer lo invitó a pasar un par de días en una casa que había alquilado para el verano en Gmunden, en el Salzkammergut. Pocas veces había salido Freud tan lejos de Viena ni había visto un paisaje tan hermoso, lo que fue motivo para que hiciera de ello una extensa y lírica descripción.

Vale la pena tener en cuenta todo esto al encontrarse en la correspondencia de Freud de la década del noventa con la amarga animosidad que allí demostraba hacia Breuer, sentimiento éste que, por cierto, nunca dejó traslucir en sus escritos destinados a ser publicados, en los que siempre habló de Breuer en términos elogiosos y de gratitud. Es forzoso llegar a la conclusión de que Freud cambió más en este caso que Breuer, y que el motivo de este cambio debe haber sido más bien interno que externo.

Ahora diremos algo acerca de la salud de Freud en esos años. En primer lugar, los transtornos físicos: dos indisposiciones, una tras otra, y un ataque de viruela, en abril de 1885. Esta fue benigna y no dejó cicatrices, pero el estado tóxico concomitante parece haber sido grave. En otra oportunidad, en el otoño de 1882, Nothnagel le diagnosticó fiebre tifoidea ambulatoria, pero también ésta fue de carácter leve. Más molestias le produjeron sus dolores «reumáticos» de la espalda y de los hombros. De cuando en cuando afirmaba, también en años posteriores, que padecía de «calambre de los escritores», pero escribía tanto que el mal bien podía ser de carácter neurítico, no neurótico. Había tenido anteriormente una neuritis braquial propiamente dicha, dolencia que también había padecido su padre

en su juventud. En marzo de 1884 tuvo que guardar cama a causa de una ciática del lado izquierdo, y tuvo que faltar a su trabajo por cinco semanas. Pero al cabo de quince días ya estaba harto. «Era de mañana, y estaba en la cama sufriendo los más desgradables dolores, cuando pude verme al espejo, y me horroricé de mi barba de salvaje. Decidí no tener más ciática, renunciar al lujo de estar enfermo y transformarme nuevamente en un ser humano.» De modo que se vistió, derechamente se fue al barbero y luego fue a visitar a unos amigos, para gran consternación de éstos.

Freud era una de estas desdichadas víctimas de un grave catarro nasal, de cuyas serias incomodidades no pueden formarse una idea quienes no han conocido más que un resfriado benigno, y durante años padeció también de complicaciones sinusales. Tal como le decía en una carta a su cuñada, estas dolencias sólo difieren de las enfermedades de carácter grave por su pronóstico más benigno. Veinte años más tarde, a propósito de un poema que escribió Lou Salomé, lleno de lírico optimismo, y en que el autor afirmaba que le gustaría vivir mil años, así éstos no contuvieran más que dolor, Freud comentó secamente: «Un solo catarro bastaría para quitarme a mí tales deseos».

En agosto de 1882 tuvo una angina muy grave, que durante varios días le impidió tragar y hablar. Al recobrarse de esta dolencia se apoderó de él «un hambre gigantesca, como la de un animal que despierta de un sueño invernal». En el párrafo siguiente describe cómo esto iba acompañado de una inmensa nostalgia de su amada: «Un anhelo terrible, aunque terrible es apenas adecuado para el caso: más bien habría de decir desazonante, monstruoso, espantoso, gigantesco, en una palabra, una indescriptible nostalgia de ti.»

Durante toda su vida Freud sufrió de ataques de jaqueca que le incapacitaban para todo, y que eran enteramente refractarios a todo tratamiento. Se ignora aún si tales dolencias son de origen orgánico o funcional. La siguiente observación de él mismo sugeriría más bien lo primero: «Era como si todo el dolor fuera externo; yo no me identificaba con la enfermedad, me mantenía por encima de ella.» Esto fue escrito en un momento en que estaba demasiado débil para estar levantado, pero su

estado mental era perfectamente lúcido. Esto me hizo recordar una observación similar que hizo muchos años más tarde, en ocasión de quejarme yo de un fuerte resfrío: «Es puramente externo; el hombre interior queda intacto.»

Estas molestas dolencias, sin embargo, le hacían sufrir mucho menos que las de origen psicológico, que le atormentaron durante los veinte primeros años de su vida de adulto. No sabemos en qué período comenzó lo que él llamaba entonces su «neurastenia», ni si existió antes de la época a que corresponden sus cartas. Indudablemente debió verse exacerbada por las contradictorias emociones desatadas por su pasión amorosa, si bien, cosa curiosa, parece haber llegado a su apogeo algunos años después de su casamiento. Los síntomas que más le molestaban eran de carácter intestinal (grave indigestión, a menudo acompañada de constipación), cuya índole funcional él no supo reconocer entonces, y un mal humor muy pronunciado. Este último síntoma encontró ocasión de manifestarse, naturalmente, en el curso de su relación amorosa, tal como tuvimos oportunidad de señalar al describir esta última.

Tal como era usual en esa época, Freud atribuía su «neurastenia» a las preocupaciones, la ansiedad y las excitaciones propias de la vida que llevaba, y efectivamente, cuando se lee un relato detallado de su vida de entonces, surge la impresión clara de que estaba sujeto a una tensión excesiva y turbulenta. Pero al mismo tiempo observa que todos sus males desaparecen, «como por arte de magia», cuando se halla en compañía de su prometida. Sentía en tales momentos, que poseía todo cuanto podía importarle y que todos sus males cesarían con sólo decidirse por una existencia modesta y satisfecha. Todo andaría muy bien, por lo tanto, tan pronto como se casaran. Pero esta predicción no se cumplió.

A pesar de estar dotado de una constitución robusta, no he gozado de buena salud durante los dos años últimos. La vida ha sido tan dura que realmente me hacía falta la alegría y la felicidad de tu compañía para mantenerme sano. Estoy como un reloj al que no se ha hecho ninguna reparación durante mucho tiempo, y tiene todas sus piezas llenas de polvo. Como mi persona ha adquirido mayor importancia incluso para mí, desde que te he ganado a tí, pienso

más que antes en mi salud y no quiero desgastarme. Prefiero dejar a un lado mi ambición, hacer menos ruido en el mundo y tener menos éxito, antes que dañar mi sistema nervioso. El tiempo que deba seguir en el Hospital viviré como los goim [3], modestamente, aprendiendo las cosas corrientes y sin empeñarme en descubrimientos ni en ahondar las cosas. Lo que nos ha de hacer falta para independizarnos puede ser logrado mediante un trabajo constante y honesto, sin afanes desmesurados.

No tiene nada de sorprendente que la prolongada privación haya conducido a veces a la envidia. Una noche había un baile de gente joven en casa de los Breuer. «Puedes imaginarte la furia que en mí despertó el ver tanta juventud y tanta belleza, felicidad y diversión, después de mi dolorosa jaqueca y de nuestra larga separación. Me avergüenza confesar que en tales oportunidades siento una gran envidia. He resuelto no asistir a ninguna reunión donde haya más de dos personas, por lo menos en los próximos años. Estoy hecho realmente una persona muy desagradable e incapaz de disfrutar de nada. La reunión en sí era muy agradable: predominaban las chicas de quince a dieciocho años, y algunas de ellas eran muy bonitas. Mi presencia allí era tan discordante como la peste».

Sus estados de ánimo eran, por cierto, inestables, y cuando las cosas marchaban bien llegaban a veces a ser pronunciadamente eufóricos. Disfrutaba entonces del «elevado goce de comer bien». «El trabajo marcha de una manera espléndida y es altamente prometedor. Marta, me siento todo lleno de pasión, todo cobra en mí, en este momento, una intensidad tal, mis pensamientos tienen tanta agudeza y claridad, que me parece maravilloso ver cómo consigo mantenerme tranquilo cuando estoy acompañado.» «Desde que disfruto de buena salud la vida me parece llena de sol.» «¡La vida puede ser tan deliciosa!» Pero tal estado de ánimo también podía cambiar rápidamente. El 12 de marzo de 1885 escribía: «Nunca me sentí tan nuevo como en este momento», y el 21 del mismo mes: «No puedo soportar esto por mucho tiempo.»

Estos estados de mal humor no podían denominarse depre-

3. Plural de goi, no judío, gentil, en acepción un tanto despectiva.

siones en el sentido psiquiátrico de la palabra. Lo que llama la atención en todo momento es que nunca aparece una señal de pesimismo o de desesperanza. Repetidas veces, por el contrario, impresiona la nota de absoluta confianza en el éxito y la felicidad que al final habían de alcanzar. «Superaremos todo esto», es una observación que aparece una y otra vez. «Comprendo que no tengo por qué experimentar ansiedad respecto al éxito final de mis esfuerzos; se trata solamente de saber cuánto tiempo tardará en llegar». En general Freud era más optimista de lo que hace suponer la creencia popular. Un año más tarde, cuando parecía que una inminente guerra entre Austria y Rusia habría de alejar una vez más las posibilidades de casamiento, se expresaba de este modo: «Contemplemos el futuro, y tratemos de ver qué resultará de todo esto. Nada: no es sólo un capricho del destino, empeñado en robarnos los años de nuestra juventud. Nada puede herirnos, en realidad; nos vamos a reunir finalmente, y vamos a amarnos tanto más cuanto hemos conocido cabalmente lo que es la privación. Ni la obstrucción ni la mala suerte pueden impedir mi éxito final, tan sólo podrán postergarlo, mientras nos conservemos bien y yo sepa que tú estás contenta y me quieres.»

Vamos a ocuparnos ahora de cosas de índole más externa. A pesar de todas sus preocupaciones, Freud era un gran lector, e hizo todo lo que pudo por compartir tal actividad con Marta. Confiaba, al principio, en que lograría despertar el interés de ella por su trabajo, y hasta llegó a escribir para ella una introducción general a la filosofía, que tituló «A.B.C. filosófico». A esto siguió la *Introducción a la Ciencia* de Huxley, que probablemente no tuvo más éxito que lo anterior. Probablemente no se sorprendió mucho al descubrir que su mentalidad no estaba igualmente conformada que la de él. Tampoco pudo convencerla de que tratara de dominar el inglés, por más que frecuentemente ejerció presión en ese sentido, en una época en que la literatura inglesa constituía para él el principal alivio, «su deseo favorito», como él decía. Por otra parte, Marta encontraba placer en comentar con él las buenas novelas, y estaba bien al tanto de los clásicos alemanes corrientes. A menudo se hacían citas poéticas, especialmente de Goethe, Heine y Uhland,

y a veces ella escribía toda una carta en verso. Freud hizo lo mismo en cierta ocasión. A menudo Freud iba más lejos que Marta en sus citas copiando en sus cartas pasajes de Burns, Byron, Scott y Milton.

Lo que a Freud más le gustaba enviar como obsequio, tanto a Marta como a su hermana, eran libros. Pueden citarse, entre estos, las obras de Calderón, *David Copperfield*, el libro que más le gustaba a Dickens, la *Odisea* de Homero, libro que significaba mucho para ambos, el *Doctor Luther* de Freytag, *Kabale und Liebe* de Schiller, *Geschichte der Päpste* de Ranke y *Moderne Geister* de Brandes. De esta última obra lo que le parecía mejor era el ensayo sobre Flaubert, mientras que el ensayo sobre Mill le parecía mediocre. *Tom Jones*, de Fielding, si bien le gustó muchísimo, no le parecía apropiado para su casta mente.

A menudo Freud hacía comentarios sobre diversos libros. *Hard times* de Dickens era, a su juicio, un libro cruel, que le dejó una impresión como si le hubiera frotado todo el cuerpo con un cepillo de piso. De *Bleak House* —cosa curiosa— no tenía opinión tan elevada. Era deliberadamente dura, como la mayor parte de la obra última de Dickens, y adolecía de exceso de manerismo personal.

Freud menciona también haber leído la *Gerusalemme Liberata* de Tasso, las obras de Gottfried Keller, las novelas de Disraeli, *Vanity Fair* de Thackeray y *Middlemarch* de George Eliot. Esta última obra le atrajo mucho, y halló que iluminaba muchos aspectos de sus relaciones con Marta. *Daniel Deronda*, que también leyó de esta autora, le asombró por el conocimiento que ésta despliega de expresiones judías «que sólo son usuales entre nosotros mismos». Entre las lecturas más ligeras que le gustaron, cita a Nastroy, Fritz Reuter y el *Tom Sawyer* de Mark Twain.

Los libros que más profundamente le impresionaron, por lo menos en esos años, fueron *Don Quijote* y *Les tentations de Saint Antoine*. El primero lo había leído durante su niñez. Su amigo Herzig le había proporcionado ahora un ejemplar de lujo con ilustraciones de Doré, edición que había anhelado tener desde hacía mucho tiempo. Siempre le había gustado mucho

esas aventuras, y al releerlas le parecieron la cosa más entretenida y de más gusto que jamás haya conocido. Le envió un ejemplar a Marta, a quien escribió, entre otras observaciones sobre el libro: «¿No te parece muy conmovedor el leer como una gran persona, que es idealista, se burla de sus ideales? Antes de que tuviéramos la suerte de conocer las profundas verdades de nuestro amor, hemos sido todos nobles caballeros que pasábamos por el mundo prisioneros de un sueño, malinterpretando las cosas más simples, magnificándolas hasta el punto de convertir los lugares comunes en algo noble y raro, y terminando por representar una triste figura. He aquí por qué los hombres leemos con respecto acerca de lo que en un tiempo fuimos y en parte somos aún.»

Más serias fueron las reflexiones que le inspiraron *Les Tentations*. Su lectura la realizó en parte en el viaje a Gmunden, en compañía de Breuer, para terminarla al día siguiente. «Yo ya estaba hondamente conmovido por el expléndido panorama, cuando para colmo vino este libro, que en la forma más condesada y con vividez insuperable arroja sobre nosotros toda la hez del mundo: no sólo pone sobre el tapete, en efecto, el problema del conocimiento (Erkenntnis), sino los verdaderos enigmas de la vida, todos los conflictos nacidos del sentimiento y el impulso; y fortalece en nuestro ánimo la sensación de perplejidad ante el misterio que reina por doquier. Es cierto que estos problemas siempre están ahí, y deberíamos pensar constantemente en ellos. Lo que hacemos, empero, es restringirnos a una limitada finalidad de cada hora, de cada día, acostumbrándonos a la idea de que el ocuparnos de esos problemas es la tarea de una hora especialmente, como si creyéramos que sólo en esa hora especial existen. Pero de pronto, una mañana, nos asaltan y nos roban la tranquilidad y la alegría.»

Un comentario sobre John Stuart Mill dio lugar a una reveladora exposición de sus conceptos sobre la mujer. Refiriéndose a la traducción que había hecho, en 1880, de la última obra de Mill, escribía:

> Yo censuraba en esa ocasión su estilo falto de vida y deploraba no hallar una sola frase digna de ser recordada. Pero más tarde he leído un trabajo filosófico del mismo autor, ingenioso, lleno de vida y

de generosa vena epigramática. Fue quizás, entre los hombres de su siglo, el que más logró liberarse de los prejuicios dominantes de la época. Por otra parte —y esto va siempre unido a lo otro— carecía en muchas cosas del sentido del absurdo; por ejemplo, en el terreno de la emancipación femenina, y en el del problema de la mujer en general. Recuerdo que uno de los principales argumentos, en el ensayo que yo traduje, era que la mujer casada podría ganar tanto como su marido. Seguramente estás de acuerdo conmigo en que el manejo de una casa, el cuidado y la crianza de los niños exigen de un ser humano la más completa consagración y excluyen casi en absoluto toda posibilidad de un trabajo remunerado, aun en el caso en que una organización simplificada de la casa ponga a la dueña a cubierto de los trabajos de limpieza, cocina, etc. Simplemente ha olvidado todo esto, así como todo lo concerniente a la relación entre sexos. En este terreno no hay manera de descubrir en él el sentido de lo humano. Su autobiografía es tan etérea y revela tanta mojigatería, que jamás daría lugar a deducir que los seres humanos se dividen en hombres y mujeres, y que esta diferencia es la más significativa de todas cuantas existen en la realidad. Nunca surge de su manera de presentar el tema que la mujer es un ser distinto del hombre, no diré inferior, pero sí opuesto a él. Su opresión es para él análoga a la de los negros. Toda mujer, por más que carezca de sufragio y de derechos civiles, podría rectificar su opinión. La idea de arrojar a la mujer a una lucha por la existencia tal como la que afronta el hombre es realmente una idea que nació muerta. Si yo me imaginara, por ejemplo, a mi gentil amada como una competidora, ello sólo podría conducir a que le dijera, como lo he hecho hace diecisiete meses, que la quiero y a implorarle que se retire de la contienda para refugiarse en la tranquila actividad de mi hogar, al margen de toda competencia. Es posible que ciertos cambios en la educación puedan suprimir todos los atributos de ternura en la mujer, necesitada de cariño y a pesar de ello tan victoriosa, y que entonces ella pueda ganarse la vida al igual que los hombres. También es posible que en tal caso no habría derecho a lamentar la desaparición de la cosa más deliciosa que el mundo puede ofrecernos, nuestro ideal de femeneidad. Creo que toda acción reformadora tanto en el terreno de la ley como en el de la educación fracasará ante el hecho de que, mucho antes de la edad en que un hombre está en condiciones de labrarse una posición en la sociedad, la Naturaleza ha cifrado el destino de la mujer en la belleza, el encanto y la dulzura. Mucho es lo que la ley y las costumbres pueden dar a la mujer, de lo que hasta ahora le ha sido negado, pero su posición por cierto, seguirá siendo la misma de ahora: un ser adorado en su juventud, y en sus años de madurez, una querida esposa.

Freud no hubiera sido vienés si no hubiera frecuentado asiduamente el teatro. A menudo, en Viena, el teatro era antes que la comida. Pasados los veinte años, en una época en que incidían sobre él la pobreza, el trabajo y las preocupaciones, estas visitas se hicieron menos frecuentes. En las Cartas se mencionan tlaes visitas una media docena de veces. Cuando se reunió con sus medio hermanos en Leipzig ellos lo acompañaron, en su viaje de regreso, hasta Dresden, donde pasaron juntos la noche. En el Residenz-Theater vieron representar *Esther,* de Grillparzer, *y le Malade Imaginaire,* de Molière. La opinión de Freud fue desfavorable. En París, y a despecho de la estrechez económica, concurrió varias veces al teatro. *Oedipus Rex,* con Mounet-Sully como protagonista, le produjo una impresión profunda. Después se dio al *Tartuffe* de Molière, en una magnífica representación de los hermanos Coquelin. Fue una interpretación maravillosa, pero el asiento de un franco, en la galería alta, le valió un serio ataque de jaqueca. La vez siguiente se daba *Hernani,* de Hugo, con Mounet-Sully en el papel protagónico. No quedaban más localidades que las de seis francos. Freud se retiró primeramente, pero luego volvió, en un estado de ánimo repentinamente desaprensivo, para declarar más tarde que jamás había gastado tan bien esa suma, tan excelente había sido la representación. Con su amigo Darkschewitsch fue a ver *Le mariage de Figaro,* y sintió las nostalgias de las melodías de la ópera, que había visto en Viena, en compañía de Marta.

Todo esto fue en la Comédie Française. Pero la gran sensación fue ver a Sara Bernhardt en la Porte St. Martin. Volvió luego con su amigo ruso, pagando esta vez cuatro francos. El asiento le resultó muy estrecho: «Más lugar tendría en una tumba, y allí estaría más cómodo, pues estaría estirado.» Tampoco se vio favorecido en este aspecto al tener que seguir la costumbre imperante de mantener el sombrero de copa sobre las rodillas durante toda la representación. «De la pieza representada, *Theodora,* de Victorien Sardou (que ya ha escrito una Dora y una Feodora, y de quien se dice que está escribiendo actualmente una Termidora, una Ecuadora y una Toreadora) no puedo decir nada bueno.» «¡Pero cómo trabaja esta Sara! Apenas le oí pronunciar las primeras palabras, con su vibrante

y adorable voz, sentí que la conocía ya desde hacía años. Nada de lo que dijera podría haberme sorprendido; creía inmediatamente todo lo que decía... Nunca he visto una figura más cómica que la de Sara en el segundo acto, donde se aparece con un vestido completamente sencillo, pero bien pronto la risa se interrumpe, ante la vida y el embrujo que emana de cada pulgada de esa diminuta figura. Y luego su manera de halagar, de implorar y de abrazar. Es increíble la cantidad de posturas que es capaz de asumir, y como participan en sus movimientos todos y cada uno de sus miembros y articulaciones. ¡Qué curiosa criatura! Me imagino, además, que no tiene por qué ser en su vida privada diferente de cómo es en el escenario.»

Sólo tres óperas menciona en esos años: *Carmen, Don Giovanni* y *La flauta mágica.* Encontró a esta última decepcionante. «Algunas de las arias son maravillosamente hermosas, pero el conjunto es bastante pobre, sin ninguna melodía verdaderamente original. La acción es muy tonta, el libreto es disparatado, y realmente no puede compararse con *Don Giovanni.*»

Más de una vez en vista de la inseguridad de sus perspectivas de ganarse la vida en Viena, Freud pensó en establecerse en otra parte. El asunto que más le preocupaba era el que se refería a la fecha del casamiento, pero sabemos de todos modos que su actitud frente a Viena era profundamente ambivalente. Conscientemente la detestaba —el amado Steffel no era para él sino un «abominable campanario»— y él no dejaba de expresar una y otra vez esa aversión. Pero algo había que le retenía inconscientemente allí, y el inconsciente ganó la batalla.

La primera vez que oímos acerca de tales ideas es lo que escribió un par de meses después de su compromiso.

Sufro en la espera de que llegue el momento de mi independencia, para poder realizar mis propios deseos. Ante mí surge la imagen de Inglaterra, con su gente sobriamente industriosa, su generosa devoción al bienestar público, el obstinado y fino sentido de la justicia que tienen sus habitantes, la llama viva del interés general, cuyo dolor y cuyas chispas conocen sus periódicos: todas las impresiones imborra-

bles de mi viaje de hace siete años, viaje que ha tenido una influencia decisiva en mi vida, han despertado en mí toda su furiosa pujanza. Estoy leyendo nuevamente la historia de la isla, las obras de los hombres que fueron mis verdaderos maestros, todos ellos ingleses o escoceses. Y estoy recordando el período histórico que para mí es el más interesante, el reinado de los Puritanos y de Oliver Cromwell con el elevado monumento de esa época, el Paradise Lost, que hace bien poco, cuando no me sentía seguro de tu amor, me sirvió para consolarme y fortalecerme. ¿Realmente tenemos que quedarnos aquí, Marta? Si ello nos es posible, busquemos para hacer nuestro hogar un lugar donde los valores humanos son más respetados. Una tumba en el Central Friedhof es la cosa más desdichada que puedo imaginar.

Sus huesos, finalmente, hallaron su reposo, después de todo, no en ese temido cementerio de Viena, sino en su amada Inglaterra.

Un año después reapareció su *Wanderlust* (ansia de viajar). Por un lado tenía la posibilidad de ganarse la vida en Viena si llegaba a ser Docente Universitario, pero por otra parte era tan alto concepto que se tenía de este título en el extranjero, que le convendría más emigrar después de obtenerlo. Posiblemente había una ilusión en esto del conocimiento tan extendido de los títulos de Viena en el extranjero. Esta vez se trataba de Norteamérica, donde muchos hombres de ciencia alemanes estaban encontrando un verdadero hogar. En noviembre de 1883 se mostró entusiasmado con un proyecto que expuso a Marta para que ésta lo considerara detenidamente. Por su parte declaraba que lo tomaba muy en serio. Dejaría el Hospital para la Pascua de 1885, sus amigos le prestarían bastante dinero como para mantenerse durante un año, se casarían en Hamburgo y partirían inmediatamente. Pero ella se mostró fría al respecto. Gustosa le acompañaría en su aventura, pero temía que, si fracasaba, él se sentiría amargado por haber perjudicado a sus amigos. Emmanuel, a quien consultó al respecto el mismo mes, quería que fuera a Manchester. Por el momento abandonó el proyecto, pero siguió pensando en él. Pocos meses después era Marta quien volvía sobre el tema, diciendo: «He oído decir que los americanos no están sobrados de anatomistas del cerebro. ¿No te convendría ir allá? Esperemos a que te ofrezcan

una cátedra.» La respuesta de Freud se redujo a esto. «Y así fue como de entonces en adelante vivieron felices, con próspera fortuna y altamente respetados en los Estados Unidos.» Mina hizo la aguda sugestión de que se quedaran en Austria hasta que su fama llegara a Norteamérica, de modo tal que habría tal aflujo de norteamericanos que vendrían a verle que Freud no tendría que tomarse la molestia de salir del país. La predicción llegó a realizarse en verdad, pero fue necesario que pasaran para ello treinta años.

Mezclados con sus dudas, acerca de su futuro, no faltaron arranques de optimismo. El 2 de febrero de 1886, por ejemplo, escribía desde París: «Siento muy adentro que tengo el talento necesario para llegar a figurar entre los diez mil que más valen.»

El tema de emigrar reaparecía de vez en cuando en su correspondencia. Cuatro meses antes de su casamiento todavía se sentía inseguro acerca de si podría ganarse la vida en Viena. El día en que cumplió treinta años escribía: «Me bastará con que tú me despiertes todas las mañanas con un beso para no importarme donde me encuentro, si en Norteamérica, Australia o donde quiera que sea.»

Freud sufrió la mayor parte de su vida, aunque en grado variable, de *Reisefieber* (angustia de emprender un viaje). Esta llegó a adquirir su mayor intensidad en la última década del siglo. Le daba a veces el nombre de fobia, cosa que no era, por cierto, puesto que nunca le hizo disuadir de un viaje. Era, quizás, un contrapeso a su gran afición a los viajes. Esta afición tenía diversas raíces: el placer de huir de Viena, el gusto de ver nuevos paisajes y nuevas costumbres y su afán de buscar la belleza, sea natural o producida por la mano del hombre. Hablaba de su «delectación infantil de encontrarse en alguna parte», y tenía la esperanza de que siempre continuaría siendo así.

Sobre la vida en París como estudiante de Charcot en el invierno de 1885-1886 era tanto lo que Freud tenía que decir que la tarea de la selección resulta particularmente difícil. El solo nombre de la ciudad tenía un contenido de magia. He aquí lo que escribía: «Durante muchos años había sido París la meta de mis ansias, y el embeleso con que pisé por primera vez

el pavimento fue para mí la garantía de que también habría de lograr la realización de otros deseos.»

Las primeras seis semanas vivió en el Hotel de la Paix, 5 Impasse Royer-Collard, un callejón sin salida que nace en la Rue Gay-Lussac. Esto está en el Quartier Latin, a dos minutos del Panteón. Abandonó su habitación cuando salió para Wandsbek, el 20 de diciembre, y a su regreso a París, nueve días más tarde, tomó otra en el Hotel du Brésil, Rue de Goff. Por la primera habitación había pagado 55 francos por mes, y por la segunda 155, pero aquí estaba incluida la pensión. Al advertir que las cortinas que rodeaban su cama eran de color verde, les aplicó reactivos químicos para asegurarse de que no contenían arsénico. En el primer período tuvo que pagar dos comidas diarias, a razón de dos francos cada una. Con todo incluido, la vida en París le costaba 300 francos por mes, incluyendo libros y el dinero que enviaba a su madre.

Al comienzo se sintió perplejo al ver la cantidad de gente y la complicada vida de París, una ciudad que tenía «dos docenas de calles como la Ringstrasse, pero el doble de largas.» Cuando llovía las calles se ponían tan sucias que parecía venirle bien el nombre romano puesto a París: Lutetia, la ciudad fangosa. El primer día se sintió tan solitario en medio de la muchedumbre que a no ser porque tenía una larga barba, sombrero de copa y guantes, habría estallado en llanto en medio de la calle. El tema de la soledad y nostalgia se prolonga a lo largo de sus cartas de París. «Me siento aquí como si me hubieran abandonado en una isla desierta en medio del océano, ansiando ver llegar la hora en que llega el barco que restablecería mi comunicación en el mundo. Porque tú eres todo el mundo para mí, y a veces el barco no llega.» Pero después de un tiempo se sintió más aclimatado, encontró que la ciudad era «magnífica y encantadora», habló de su «magia» e incluso empezó a sentir «un patriotismo local por París». Le envió a Marta una larga descripción de su geografía y de los lugares principales para visitar, todo ilustrado con un excelente croquis. En el Louvre, lo primero que visitó fueron las antigüedades asirias y egipcias. No menciona en ningún momento haber ido a ver los cuadros. Pero un hombre como Freud no podía dejar de

descubrir bien pronto el Museo Cluny. Père Lachaise lo dejó asombrado, pero la gran impresión fue indudablemente Nôtre-Dame. Por primera vez en su vida, tuvo la impresión de hallarse en el interior de una iglesia. Dos veces menciona el haber escalado la torre, el 5 y el 11 de diciembre, y según declaró más tarde, este lugar llegó a transformarse en su paseo favorito. Penetró en la atmósfera de *Nôtre-Dame de París*, la novela de Víctor Hugo de la que hasta entonces no había tenido una opinión muy elevada, e incluso dijo que la prefería a la neuropatología. Lo que eligió como souvenir de París fue una fotografía de Nôtre-Dame.

Menos favorable fue su impresión respecto a la gente francesa. «Arrogantes» e «inaccesibles», son términos que se repiten a menudo en sus cartas. Mucho de esto se debe achacarse a una exagerada susceptibilidad de parte de Freud. Su dominio del francés dejaba mucho que desear, no obstante las cuatro lecciones que tomó —más que eso no le fue posible— antes de salir de Viena, y hablaba en París el inglés y el español todo lo que le era posible. Era natural, por lo tanto que, el grupo de médicos del Hospital, luego de las primeras expresiones de cortesía, prefirieran prescindir de él en sus conversaciones. Por lo demás, un acento alemán, en esa época no era el mejor pasaporte para la susceptibilidad de la época. El general Boulanger acababa de ser designado Ministro de Guerra y estaba a punto de iniciar la campaña que se conoció con el nombre de Boulangismo. Gilles de la Tourette, el famoso neurólogo, hizo partícipe a Freud, en forma profusa, de la terrible venganza que se tomarían con Alemania, cuando éste le había declarado que no era alemán ni austríaco, sino judío.

En general la gente despertaba sus sospechas y su aprensión. Los comerciantes «te engañan con una fría y desvergonzada sonrisa.» «Todos son corteses, pero hostiles. No creo que haya mucha gente decente aquí. De todos modos, yo soy uno de los pocos que lo son, y esto me hace sentirme aislado.» «La ciudad y la gente tienen algo que produce un sentimiento de desazón. Parecía ser de una especie diferente a la nuestra. Creo que están poseídos por los mil demonios. En vez de *Monsieur* y *Voilà l'Écho de París* les oigo gritar *À la lanterne* (¡A la

horca!) o *À bas dieser und jener* (¡Abajo éste o aquél!); son la gente de las epidemias psíquicas, de las históricas convulsiones de masas.» Ni siquiera los redimía el sexo femenino. «La fealdad de las mujeres de París difícilmente puede ser exagerada: ni una sola cara medianamente bonita.»

Pero Charcot lo compensaba todo. Las palabras de elogio que vemos usar a Freud son semejantes a las que emplea siete años más tarde en la vívida nota fúnebre que escribió sobre Charcot. «Tenía una tremenda capacidad para infundir aliento, casi diría excitación.»

«Creo que estoy cambiando mucho. Charcot, que es a la vez que uno de los más grandes médicos, un hombre "de una sensatez genial" (ein genial nüchterner Mensch) está echando por tierra simplemente todos mis puntos de vista y mis propósitos. A menudo salgo después de una clase, como cuando salgo de Nôtre-Dame, con nuevas impresiones que requieren ser elaboradas. Pero me absorbe: cuando me aparto de él no siento más el deseo de trabajar en esas sencillas cosas mías. Siento que mi cerebro está saciado, como después de una velada en el teatro. No puedo decir si la semilla llegará algún día a dar sus frutos, pero lo que sí sé es que jamás ningún ser humano ha tenido sobre mí una influencia semejante.» Bastaría este importante párrafo para considerar que se debe a Charcot la más importante de las influencias que actuaron sobre Freud para convertir al neurólogo que había en él en un psicopatólogo.

No puede haber duda alguna sobre la impresión que le produjo Charcot. Cuando éste, después de una ausencia por enfermedad, le estrechó la mano, haciendo, a la vez, una amable observación, Freud escribió: «A pesar de mi sentido de independencia, me sentí muy orgulloso por esta prueba de distinción, puesto que él no es solamente un hombre al que debo estar subordinado, sino también un hombre con el cual me siento muy contento de estarlo.»

He aquí la descripción que hace de su aspecto: «M. Charcot entró a las diez. Es un hombre alto, de cincuenta y ocho años, que viste sombrero de copa y tiene unos ojos oscuros, curiosamente suaves (uno de ellos carece de expresión y parecería mirar hacia adentro), con largos cabellos que caen hacia atrás,

sobre sus orejas, cuidadosamente afeitado, de rasgos muy expresivos y labios gruesos, sobresalientes: en una palabra, con la figura de un sacerdote mundano de quien se espera mucho ingenio y conocimiento del arte de vivir bien.» Esta es la impresión que le produjo a Freud, la primera vez que lo vio, el 20 de octubre de 1885.

Nos enteramos de que Mme. Charcot era robusta, baja de estatura, vivaz y agradable, pero de una apariencia no muy distinguida. Se decía que su padre era dueño de incontables millones.

Freud visitó la palaciega residencia de Charcot en el Boulevard St. Germain seis veces, tres correspondiendo a una invitación de carácter social y las otras tres para ocuparse de los detalles de la traducción que estaba haciendo de las clases de Charcot.

El momento más sobresaliente en estas relaciones fue la primera velada, dos días después de esta primera visita. Había que ir vestido de etiqueta, cosa sumamente incómoda para Freud. Este tuvo que renunciar, enojado, a utilizar un lazo blanco de que disponía para el caso, y conformarse con otro hecho, de color negro, que había traído de Hamburgo. Más tarde se alegró mucho al saber que tampoco Charcot era capaz de afrontar por sí solo, con éxito, tan duro trance, pues debía recurrir a la ayuda de su mujer. No fue poco el temor que sentía de cometer algún *blamage*, pero todo salió bien, y Freud se sintió satisfecho.

El 2 de febrero hubo otra reunión social, esta vez sin etiqueta. Había unas cuarenta o cincuenta personas, de las que Freud apenas conocía alguna que otra. Fue una velada aburrida. Pero la tercera le compensó holgadamente por ésta. Fue una cena, y constituyó la más admirable velada pasada en París. Entre los distinguidos invitados estaba también el propio Alphonse Daudet, con su mujer. «Un rostro magnífico. Una estampa reducida, una frente estrecha, con abundantes cabellos ondulados, larga barba, rasgos finos, una voz resonante y lleno de vida en sus movimientos.»

Freud se despidió de Charcot el 23 de febrero, y no volvió a verlo ya más. Charcot no se hallaba en París cuando Freud

visitó esta ciudad en agosto de 1889, y cuando aquél estuvo en Viena, en julio de 1891, en viaje de regreso de una consulta en que había participado en Moscú, Freud se hallaba de vacaciones. Al despedirse, Freud le pidió que le firmara una fotografía de él, que había comprado, pero Charcot le entregó además otra mejor y también dos cartas de presentación para Berlín. Charcot se mostró en todo encantador, y los dos hombres se separaron en los mejores términos.

Ranvier fue el único francés, aparte de Charcot, que invitó a Freud a cenar. Fuera del Hospital conoció, en general, pocas personas. Visitó a Max Nordau, para quien llevaba una carta de presentación, pero le pareció vanidoso y tonto, y no cultivó su amistad. Marta tenía dos primos en París, y Freud los visitó varias veces. Pero estaban allí dos viejos camaradas. Uno de ellos era Darkschewich, el noble ruso que Freud había conocido en Viena y con quien había colaborado en su trabajo de investigación sobre el bulbo raquídeo. Este hombre se sintió impresinado al oír que las deudas de Freud llegaban a 4.000 gulden. El otro era también un viejo conocido de los días de Viena, Richetti, un médico austríaco que tenía un próspero consultorio en Venecia. En ese momento Freud se sintió muy impresionado al recibir de él el ofrecimiento de su casa en Venecia para su luna de miel, pero nada sabemos que se haya recordado al respecto cuando llegó la ocasión. Volvió a aparecer en París a mediados de noviembre, también para asistir a las demostraciones de Charcot.

Los Richetti estaban evidentemente encariñados con Freud, y dado que no tenían hijos, podía permitirse ese tipo de fantasías que él llamaba «fantasías de Schnorrer» (pordiosero), consistentes, en ese caso, en soñar con heredar parte de su fortuna. Era una pareja divertida, acerca de la cual Freud relata algunas anécdotas. Una de éstas se refiere a haber ido los tres, en cierta ocasión, a almorzar a lo que parecía un restaurant y que resultó ser una casa de tolerancia de categoría.

Una de esas «fantasías de pordiosero», más interesante que ésta es la que nos relata Freud quince años más tarde. En ella se veía conteniendo a un caballo desbocado, después de lo cual bajaba del carruaje, y le decía: «¡Usted es mi salvador, le debo

la vida! ¿Qué puedo hacer por usted?» Tales pensamientos fueron rápidamente dominados, pero años más tarde volvió a encontrarse con ellos, por la curiosa vía de ese descubrimiento: había estado identificándolos con un supuesto cuento de Alphonse Daudet. El recuerdo fue desagradable, dado que por esa época había superado su antigua necesidad de protección, cosa que ahora rechazaba violentamente. «Pero lo irritante en todo esto es el hecho de que difícilmente hay algo que provoque más hostilidad de mi parte que la idea de ser el protegido de alguien. El espectáculo que en este sentido nos ofrece nuestro país basta para quitar todo deseo en este sentido, y mi carácter, por otra parte, es poco apropiado para este papel de niño protegido. He abrigado siempre un enérgico deseo "de ser yo mismo" un hombre poderoso.»

Hay otro episodio de París que vale la pena recordar. Accediendo a un pedido que le hicieron de su casa, visitó a la esposa del médico de la familia, que residía en la Rue Blue, en el Faubourg Poissonière. «La pobre mujer tiene un hijo de diez años, que, al cabo de dos años de estudio en el conservatorio de Viena, ganó el Gran Premio, y fue considerado como extraordinariamente dotado. Y el malvado padre, a pesar de su exceso crónico de trabajo y de verse con una casa llena de niños, en lugar de decidirse a extrangular en secreto a su hijo, lo envía con la madre a París, a estudiar en el Conservatoire y ganar otro premio. Hay que imaginarse lo que significa el gasto, la separación, el transtorno en la casa.» El niño que pudo librarse de aquél envidiable destino se llamaba... Fritz Kreisler. Un par de años más tarde estaba actuando en el Steinway Hall de Nueva York.

Freud salió de París el 28 de febrero. Tres veces habría de estar allí: en 1889, en 1910 y en 1938.

Respecto a Berlín era mucho menos lo que había que decir. Freud se sentía, por supuesto, más ambientado allí, pero se sintió desilusionado en cuanto a los neurólogos. «*In meinem Frankreich war's doch schöner*» [4]. «Me lo pasé suspirando como una María Estuardo de la neuropatología.» Estaban muy reza-

4. «En mi Francia era mejor»: una frase de María, reina de Escocia, que Schiller incluyó en su drama.

gados en relación con Charcot, y ciertamente admitían el hecho. La comparación me permite apreciar la grandeza de aquel hombre. Mendel fue el único que mereció su atención, pero Mendel lamentaba que Charcot hubiera dirigido su atención a un tema tan difícil, estéril y tan poco consistente como la histeria. «¿Puedes entender tú qué motivo hay para deplorar que la mente más poderosa busque medirse con los problemas más difíciles? Yo no...» Trabó una buena relación, no obstante, con Mendel, y se comprometió a hacer la reseña periódica de la literatura neurológica vienesa para su *Neurologisches Centralblatt*.

Una visita al Museo Real de Berlín despertó en él nostálgicos recuerdos del Louvre. «Las cosas más interesantes que encuentro en el Museo son, por supuesto (*sic*), las esculturas de Pérgamo, fragmentos que representan la batalla de los dioses con los gigantes; *son escenas llenas de vida*. Pero los niños que veo en la Clínica representan para mí más que las piedras: tanto por su pequeñez misma como porque generalmente los tienen bien aseados, me atraen más que los pacientes de formato más grande.»

De tanto en tanto Freud comenta, en sus cartas, los acontecimientos de orden general, y algunos de estos comentarios son de considerable interés. En el verano de 1883 tuvo lugar en Hungría el infame proceso «por crímenes rituales», que produjo en el judaísmo mundial una gran tensión. Freud discutió el diagnóstico psiquiátrico del testigo principal. Se alegró, por supuesto, del desenlace favorable del proceso, pero no abrigaba esperanzas de que ello pudiera hacer mucho en el sentido de disminuir el antisemitismo reinante.

Freud tuvo más de una ocasión de referirse al pueblo, en sentido genérico (*das Volk*). Al presenciar la representación de *Carmen*, por ejemplo, se le ocurrieron ciertas reflexiones.

La multitud da rienda suelta a sus impulsos (sich ausleben); nosotros, en cambio, nos contenemos. Hacemos esto para mantener nuestra integridad. Hacemos economía de salud, de capacidad para el goce, de fuerzas: ahorramos para algo, sin saber a ciencia cierta para qué. Y este hábito de constante refrenamiento de los instintos naturales nos otorga la cualidad de refinamiento. Sentimos, además, con más profundidad, y por ello no nos atrevemos a exigir mucho de

nosotros mismos. ¿Por qué no nos embriagamos? Porque el «displacer» que nos producen la incomodidad y la vergüenza del malestar que sigue a la embriaguez *(Katzenjammer)* excede al placer de embriagarse. ¿Por qué no nos sucede el enamorarnos nuevamente todos los meses? Porque el corazón se nos desgarra con cada separación. ¿Por qué no contraemos amistad con todo el mundo? Porque la pérdida del amigo o cualquier desdicha que a éste le ocurriera nos afectaría amargamente. De aquí que nuestro afán esté más vinculado a la preocupación de evitar el dolor que a la tarea de procurarnos goces. Cuando el esfuerzo es coronado por el éxito, aquellos que se refrenan son como nosotros, que estamos unidos para la vida y para la muerte, que soportemos la privación y el ansia del reencuentro en homenaje a la fidelidad empeñada, y que seguramente no habíamos de sobrevivir al duro golpe de la fatalidad que nos arrebatara lo más querido: seres humanos que, como Asra, son capaces de amar sólo una vez. Toda nuestra conducta se basa en el supuesto previo de que hemos de vernos al abrigo de la pobreza más cruda, de que hemos de estar siempre en condiciones de liberarnos progresivamente de los males que derivan de nuestra organización social. El pobre, la gente común, no podrían sobrevivir sin su dura epidermis y sus modalidades frívolas. ¿Por qué habrían de sentir con intensidad sus deseos si todos los males que la naturaleza y la sociedad atesoran van dirigidos contra los que ellos aman? ¿Por qué habrían de despreciar el placer del momento si tras de éste no hay otro que les espera? Los pobres son demasiado impotentes, están demasiado expuestos a todo para actuar igual que nosotros. Cuando yo veo a la gente procurando pasarlo bien, y dejando de lado todo sentimiento de seriedad, pienso que ésa es su compensación por estar tan desamparados frente a todas las bagelas, epidemias y enfermedades, y todas las desventajas de nuestra organización social. No voy a proseguir mis reflexiones en este sentido, pero podría demostrar que *das Volk* (el «pueblo») es, en sus juicios, sus creencias, esperanzas, sus trabajos completamente distinto que nosotros. Existe una psicología del hombre del montón, que es un tanto diferente de la nuestra. Esta gente tiene también un sentimiento de la comunidad más vivo que el nuestro: sólo ellos tienen la sensación viva de cómo una vida individual se continúa con otra vida que le sigue, mientras que para nosotros el mundo todo se desvanece con nuestra propia desaparición.

Este pasaje está lleno de ideas que vemos llegar a su plena madurez medio siglo más tarde, especialmente en *El malestar en la cultura*. Es necesario recordar que los campesinos austríacos

en quienes se inspira Freud para estas observaciones son bastante diferentes de la clase correspondiente de cualquier otro país u otra época.

Abundan en sus cartas pasajes grávidos de sabiduría mundana y de agudeza psicológica. Una amiga de Marta, luego de tres años de vacilación, se había comprometido, para encontrar, al poco tiempo, que sus sospechas anteriores se confirmaban y romper en consecuencia el compromiso. Marta hizo, en esa ocasión, ciertas observaciones condenatorias del pretendiente, lo que motivó la siguiente contestación de Freud:

La decidida muchacha demuestra su altivez, y ha tomado una decisión que exige valor. Pero, querida mía, cuando tú la veas seguramente no le dirás francamente cuál es la pobre opinión que nosotros tuvimos siempre de su pretendiente. Y ello por varias razones. En primer lugar, quedaríamos como unos tontos luego de haberla felicitado calurosamente por su decisión anterior. En segundo lugar no te escucharía, dado su estado de ánimo, que yo me imagino muy bien. Lo que le acosa en este momento, más que nada, es la vergüenza de haber aceptado calurosamente a un hombre indigno. A la decisión de ruptura sigue una reacción en que culmina el efecto del esfuerzo anteriormente hecho en el sentido de encariñarse con ese hombre. En ese momento, toda observación condenatoria de parte de un extraño no hace más que evocar en su memoria un recuerdo amistoso del hombre que ella ha menospreciado, y que después de todo tiene, a los ojos de una mujer, el relevante mérito de haberse enamorado sincera y apasionadamente. En tercer lugar, querida, recuerda el caso del señor X. y piensa qué papel hacen ahora los que en un determinado momento hablaron mal de la mujer a la que él había renunciado, y que ahora es su esposa. Un buen número de estos compromisos son seguidos de una reconciliación, y constituye un cumplido poco común para Cecilia, de mi parte, el suponer que esto no ha de suceder en su caso. Por lo tanto, querida mía, refrénate y mantente neutral y cautelosa, y aprende de mí cómo se puede ser absolutamente franco con una sola persona, y con las demás, no insincero pero sí reservado.

Sólo tres veces encontramos observaciones sobre personajes de la vida pública, y las tres veces en ocasión de su muerte. La primera de ellas se refiere a Bismarck, de quien dice que pesaba sobre todo el Continente como una pesadilla (*Alp*): su

muerte traería un alivio general. Si bien esto pudo haber sido un juicio completamente objetivo, tal vez no esté de más recordar que el padre de Freud cumplía años el mismo día que Bismarck (1815), y que en cierta ocasión Freud preguntó a Fliess si acaso sus cálculos numéricos podrían predecir cuál de aquellos dos hombres moriría primero. El hecho es que la figura de Bismarck ejercía sobre Freud —tal vez precisamente por la razón que acabamos de sugerir— una peculiar fascinación. Cuando el gran hombre visitó Viena, en 1892, Freud hizo varios intentos de verlo, pero lo más que consiguió fue echarle una rápida ojeada de espaldas, luego de esperar en la calle, para ello, dos horas y media. De más está decir que esta conducta no era nada propia de Freud. Otro detalle al respecto, más interesante aún, es que el padre de Freud sentía una admiración tan grande por Bismarck —por el hecho de la unificación de Alemania— que cuando tuvo que traducir la fecha de su nacimiento del calendario judío al cristiano eligió la del nacimiento de Bismarck [5]. Había como se ve, bastantes detalles que vinculaban a Jakob Freud con Bismarck.

El segundo personaje de quien se ocupa en sus cartas —cosa bastante extraña— es del Rey Alfonso XII de España. Freud señala que su muerte le produjo una profunda impresión, agregando —y ello es indudablemente la causa— que era el primer rey a quien él sobrevivía. Y comentaba luego: «La absoluta estupidez del sistema hereditario se advierte en el hecho de que todo un país se vea transtornado por la muerte de una sola persona.»

La tercera ocasión fue la muerte trágica del Rey Luis II de Baviera, que también impresionó mucho a Freud. En este caso agregaba, además, es verdad, su sentimiento de contrariedad por la muerte del médico del rey, el doctor von Gudeler, a quien Freud conocía como anatomista del cerebro. Pero a su juicio von Gudeler había procedido rectamente al arriesgar su vida —y perderla, como sucedió— en su intento de evitar que el rey se ahogara.

En el verano de 1886, un año antes de lo que esperaba,

5. Incidentalmente la aparente coincidencia entre los cumpleaños de la madre de Freud y el emperador Francisco José tenía un origen similar.

Freud tuvo que participar, durante un mes, en maniobras militares en Olmütz, pequeña población de Moravia. Fue agregado a la Landwehr, a la que había sido transferido en febrero de ese año, como cirujano mayor del ejército. No estuvo libre del servicio militar hasta fines de 1887. Ingresó como Oberarzt (Médico mayor, asimilado al grado de teniente), pero en el curso del servicio fue ascendido a *Regimentsarzt* (Médico de Regimiento, asimilado al grado de capitán).

Representó un ejercicio violento, que puso a prueba incluso la recia contextura de Freud. Se levantaban a las tres y media de la mañana y marchaban sin descanso hasta el mediodía, después de lo cual había que atender a la labor médica. Marta, como buena mujer, le aconsejó no realizar ninguna marcha cuando hiciera mucho calor. Debería ser muy prudente, y posiblemente no marchar demasiado rápido. Este episodio no contribuyó, por cierto, a incrementar la admiración de Freud por la profesión de las armas. Ello se deduce de la gráfica descripción que, hacia el final, dirigió a Breuer:

1 de setiembre de 1886

Estimado amigo:

Difícilmente puedo describir lo agradable de mi sorpresa al enterarme de que ambos visitaron a mi pequeña y fueron con ella tan «gentiles», como se acostumbra a decir. Tengan ustedes como recompensa el mejor de los paseos, un tiempo que sea lo menos fastidioso posible y un invariable buen humor.

En cuanto a mí, aquí estoy bien atrapado en este sucio aprieto —no encuentro otra manera de describir la situación —y «trabajando en negro y amarillo» [6]. He dado unas conferencias sobre higiene de campaña: las clases fueron bastante concurridas y hasta fueron traducidas al checo. Todavía no he sido «confinado a los cuarteles».

La única cosa notable de este pueblo es que no parece estar tan alejado como realmente lo está. A veces hay que marchar tres y cuatro horas hasta llegar a él, y hay ocasiones en que me parece estar siempre a esa distancia, a una hora en que habitualmente no se está despierto para nada. Del mismo modo que en cierta ocasión Paul Lindau observaba, en una reseña sobre una novela cuya acción transcurre en la Edad Media, «La mayor parte de mis lectores difícilmen-

6. Se refiere a la bandera austríaca.

te se acordarán de que haya habido alguna vez una época que se denomina mediados del siglo cuarto», yo podría preguntar si cabe que un ciudadano cualquiera esté ocupado en algo entre las tres y las tres y media de la mañana. Jugamos a la guerra continuamente —cierta vez realizamos incluso el sitio de una fortaleza— y yo juego a ser médico militar, y reparto boletos en que se consignan horribles heridas. Mientras mi batallón realiza el ataque, yo estoy echado a tierra con mi gente sobre un terreno rocoso. Las municiones son cosa fingida, como lo es el mando, pero ayer el General se volvió hacia nosotros en su cabalgadura, preguntando: «Reservistas, ¿dónde estarían ustedes si se hubieran usado municiones de verdad? Ninguno de ustedes hubiera escapado con vida.»

La única cosa soportable en Olmütz es un Café de primera, con helados, periódicos y un buen surtido de golosinas. El servicio, como todas las cosas de aquí, se halla bajo la influencia de la vida militar. Cuando dos o tres generales —no puedo evitarlo, pero siempre me hacen recordar a los loros, ya que los mamíferos no suelen vestirse con tales colores (salvo la parte posterior de algunos monos)— se sientan juntos, tódo el ejército de los mozos los rodea y para ellos ya no existe nadie más. Cierta vez, en mi desesperación, tuve que recurrir a la prepotencia. Tomé a uno de los mozos por los faldones de la chaqueta y le grité: «Mira que puedo llegar a ser general algún día, de modo que me vas a traer un vaso de agua.» La cosa tuvo éxito.

Un oficial es una criatura desdichada, que envidia a sus colegas, es prepotente con sus subordinados y vive temeroso de sus superiores. Cuanto mayor es su propio rango, más teme a éstos. Me repugna la idea de llevar inscrito en el cuello del uniforme cuánto valgo, como una muestra de mercadería. Pero el sistema tiene, no obstante, ciertas grietas. Hace poco estuvo aquí el Comandante en Jefe, que se dirigía a las piletas de natación procedente de Brünn, y pude comprobar con verdadero asombro, que su equipaje... no llevaba ningún distintivo especial.

Pero sería una expresión de verdadera ingratitud el no admitir que la vida militar, con su inevitable «debes hacer tal cosa», es excelente para la neurastenia. Antes de una semana había desaparecido completamente [7].

Todo este asunto está llegando ya a su fin. Dentro de diez días salgo volando en dirección al norte, para olvidar estas cuatro semanas de locura.

7. Este párrafo es de interés por cuanto demuestra que Breuer no ignoraba las molestias de índole nerviosa que padecía Freud.

No me he ocupado aquí de ninguna cosa de carácter científico. El curioso caso de parálisis agitante de que le informé hace poco ha vuelto a producirse repentinamente, y el hombre jura que las inyecciones de arsénico que le puse le han hecho mucho bien.

Pido disculpas por esta charla que ha brotado no sé cómo de mi pluma, y ansío ver llegado el momento de visitarlo en su casa, en Viena, por primera vez, en esta ocasión, con mi esposa.

Suyo cordialísimo

Dr. Sigmund Freud.

Vamos a finalizar este capítulo con algunos párafos en que Freud se describe a sí mismo, sin olvidar, no obstante, que la auto-observación no siempre constituye el mejor exponente de objetividad. Siempre anheló la independencia: he aquí una palabra que le vemos repetir constantemente. Repetidas veces afirmó Freud que no era ambicioso, o que apenas lo era. Esto es cierto, indudablemente, en el sentido de la ambición social o incluso del mero rango en la profesión, pero debe haber acariciado siempre un poderoso deseo de realizar algo importante en la vida, y que además fuera reconocido como tal. Esta finalidad era concebida esencialmente, en su caso, bajo la forma de descubrimientos científicos. Cuando apenas comenzaba sus investigaciones anatómicas escribió: «No creo nada fácil conquistar la atención del mundo, que tiene la piel dura y es también duro de oído.» Pero ese deseo de reconocimiento de su obra no parece haber sido una desmedida exigencia de fama. «Yo no he sido realmente ambicioso. He buscado en la ciencia la satisfacción que ésta ofrece en la investigación misma y en el momento del descubrimiento, pero no he sido nunca uno de esos que no pueden soportar la idea de ser arrebatados por la muerte sin dejar su nombre grabado en un peñasco». «Mi ambición quedará satisfecha si, en el curso de una larga vida, voy aprendiendo a comprender algo acerca de este mundo.»

La explicación que dio a Marta acerca de sus ocasionales explosiones de mal humor era indudablemente correcta. «Dada mi violencia y mi apasionamiento, colmado como estoy de toda clase de demonios enjaulados impedidos de salir a la superficie, éstos no pueden hacer otra cosa que rugir y alborotarse, cuando no descargarse contra ti, querida mía. Si yo estuviera

realizando alguna atrevida actividad en que me fuera dado aventurarme y ganar, sería amable en mi vida privada, pero me veo obligado a ejercitar la moderación y el autocontrol, e incluso tengo fama de proceder así». Pero su trabajo mismo, si bien ponía a prueba su paciencia, le obligaba a la disciplina. En Medicina, la mayor parte de la inteligencia es empleada en evitar lo irrealizable, pero es, con todo, un manera tranquila de aprender a ser sensato.

La mediocridad burguesa y la estolidez de la rutina eran cosas abominables para él. «Difícilmente nuestra vida ha de ser tan idílica como tú la pintas. Aun si llego a ser Docente Universitario, el dictar clase no se avendrá con mi modo de ser, y mi querida Marta, una Frau Professor germana nata, tendrá que renunciar a su distinguido rango. Tampoco serviría yo para eso. Todavía hay dentro de mí algo de salvaje, que hasta ahora no ha encontrado una expresión adecuada».

La mentalidad de Freud era del tipo de aquellas a quienes la facilidad aburre y estimula la dificultad. Como él mismo decía: «Un fracaso (en el trabajo de investigación) estimula en uno la inventiva, crea un libre flujo de asociaciones, hace surgir una idea tras otra, mientras que una vez que ha asomado el éxito, aparecen con él cierta estrechez y cierta torpeza mental, que obliga a retroceder siempre a lo ya establecido e impide toda nueva combinación».

La descripción más extensa la hallamos un par de años más tarde, cuando pudo gustar hasta cierto punto del éxito.

¿Crees que realmente produzco una impresión simpática a primera vista? Yo mismo lo pongo realmente en duda. Creo que la gente advierte en mí cierta cosa extraña, y que ello proviene, en última instancia, de que no he sido joven en mi juventud, y que ahora, cuando comienza la madurez, no puedo volverme más viejo. Hubo una época en que tenía el ansia de aprender y una gran ambición, y todos los días me afligía el que la Naturaleza no hubiera estampado en mí, en uno de sus arranques de gracia, como sabe hacerlo a veces, la impronta del genio. Después de eso, y desde hace mucho, ya sé que no soy un genio, e incluso no comprendo ya cómo había querido serlo. Ni siquiera soy muy talentoso. Toda mi capacidad para el trabajo reside probablemente en mis atributos de carácter y en la

ausencia de deficiencias intelectuales realmente notorias. Pero sé que una mezcla de esta naturaleza es muy favorable para los éxitos nada rápidos, y que en condiciones favorables puedo llegar más lejos que Nothnagel, con respecto al cual siento que soy superior, y alcanzar tal vez el mismo plano de Charcot. Pero esto no significa que he de llegar efectivamente a ello, ya que no podré contar con tales condiciones propicias y carezco del genio o la energía necesarios para creerlas por la fuerza. ¡Pero cómo estoy dando vueltas a la cosa! Quería decir algo enteramente diferente, explicar de dónde proviene ese mi modo de ser inaccesible y abrupto para los extraños, a que tú te refieres. Es sólo consecuencia de la desconfianza, porque muy a menudo he tenido ocasión de sentir cómo me trata de mal la gente ordinaria y mala. Y esto irá desapareciendo gradualmente a medida que no tenga ya por qué temerles, a medida que logre una posición más independiente. Me consuelo siempre con la idea de que ni los que se encuentran respecto a mí en una posición de subordinados ni los que se hallan en el mismo plano que yo me consideran persona desagradable. Sólo pasa eso con los que están en una categoría superior a la mía, o son más que yo en cualquier otro sentido. Puede ser que no lo parezca, pero lo cierto es que, desde los días de la escuela primaria, he estado siempre en vehemente oposición con mis maestros, fui siempre un extremista, y habitualmente he debido pagar por ello el precio que corresponde. Pero cuando conquistaba una situación privilegiada, al frente de mi curso, y merecía la confianza general, ya no tenían nada de qué quejarse en cuanto a mí.

¿Sabes lo que me dijo Breuer cierta noche? Que había descubierto la persona infinitamente audaz e intrépida que se ocultaba en mí, pero nunca me atreví a decírselo nadie. A menudo he sentido como si hubiera heredado toda la pasión de mis antepasados cuando defendían su Templo, como si fuera capaz de entregar generosamente mi vida por una causa grande. Y con todo esto he sido siempre tan impotente, tan incapaz de expresar ese flujo pasional siquiera con una palabra o un poema. Es así como siempre me he estado refrenando, y creo que la gente lo advierte en mí.

X

EL NEURÓLOGO

(1883-1897)

Fue a mediados de setiembre, cuando tocaba a su fin el período en que trabajó con Meynert, cuando visitó a Breuer para conocer su opinión acerca de la posibilidad de hacerse especialista, pero antes de que le planteara la cuestión, Breuer mismo se le adelantó. La ocasión se planteó con motivo de la reciente muerte del doctor Weiss, el neurólogo que había estado en camino de imponerse. Freud expuso la situación. Consideraba tener una que otra condición seria, pero poco talento y escasas ambiciones ya, a no ser la de casarse. Si se reducía al campo de la neurología se vería atado en Viena y podría ser que tuviera que tener a su futura esposa en una espera infinitamente prolongada, mientras que si redondeaba una preparación más o menos general, como para ser capaz de asistir a un parto, extraer un diente o componer una pierna quebrada, podría seguramente asegurarse un pasar, y estaría en condiciones de ir «al interior del país, a Inglaterra, a Norteamérica o a la Luna». Luego de reflexionar, Breuer le dio el sabio consejo de buscar un camino intermedio, continuar con lo que estaba haciendo y no perder de vista ninguna de las dos posibilidades. Al día siguiente, en consecuencia, Freud solicitó al Director del Hospital que lo anotara en la lista de los que esperaban una vacante en el Departamento de enfermedades del sistema ner-

vioso, y que lo transfirieran, entre tanto, a la sala de enfermos de sífilis.

En los catorce meses que estuvo en el departamento del doctor Franz Scholz, al que ingresó al 1.º de enero de 1884, Freud tuvo considerables oportunidades, aunque no tantas como él hubiera deseado, de estudiar enfermedades orgánicas del sistema nervioso. En una carta de 1.º de abril de 1884, escribía: «Me estoy definiendo cada vez más, ante mi jefe, como un neuropatólogo, en la esperanza de conseguir que él favorezca mis planes.» Más tarde Freud se refirió a Scholz diciendo que había sido entonces «un fósil y un débil mental». No obstante, si era poco lo que se podía aprender de él, su indolencia senil tenía al menos la ventaja de dar carta blanca a los médicos que trabajaban con él. Freud tuvo, de esta manera, una oportunidad más o menos extraoficial de enseñar. He aquí lo que dice él mismo al respecto, con su habitual sinceridad: «Me fui familiarizando gradualmente con el terreno. Era capaz de determinar el punto de localización de una lesión en el bulbo raquídeo en forma tan exacta que el anátomo patólogo ya no tenía nada que agregar. Fui la primera persona en Viena que mandó un caso para la autopsia con diagnóstico de polineuritis aguda. La fama de mis diagnósticos y de su confirmación postmortem me trajo un aflujo de médicos norteamericanos, a quienes di clase en mi departamento en una especie de pidgin-English. No entendía nada en cuanto a las neurosis. En cierta ocasión presenté a mi auditorio a un neurótico que sufría de una persistente cefalea como un caso de meningitis crónica localizada; con toda razón se revelaron contra mí, y mis prematuras actividades didácticas terminaron allí. Puedo agregar, en mi descargo, que esto sucedía en una época en que hombres de mayor autoridad que yo, en Viena, diagnosticaban habitualmente una neurastenia como tumor del cerebro.»

Tres publicaciones sobre clínica datan de este período de su estada en la División Cuarta del hospital. Los tres respectivos casos fueron estudiados, todos ellos, en 1884. Jelliffe, que pasó revista a los trabajos neurológicos de Freud, habla de ellos como «modelos de buena deducción neurológica».

El primer caso era un aprendiz de zapatero, de dieciséis

años de edad, que ingresó el 7 de enero de 1884, con encías sangrantes, petequias en las extremidades inferiores, pero sin ningún otro síntoma que escorbuto. Pero a la mañana siguiente cayó en un profundo coma y falleció esa misma tarde. Durante el día, en las frecuentes y cuidadosas revisiones que se le hicieron, evidenció una cantidad de síntomas confusos, entre ellos parálisis motrices del ojo, vómito, irregularidades en las reacciones pupilares y hemiparesia. El diagnóstico fue de hemorragia meníngea, afectando indirectamente los ganglios basales (efecto éste que había sido destacado por Wernicke), y la autopsia, hecha bajo la dirección del profesor Kunradt, lo confirmó punto por punto.

El segundo caso era un joven panadero que estuvo bajo la observación de Freud desde el 3 de octubre de 1884 hasta su deceso, el 17 de diciembre del mismo año, y a quien hizo el diagnóstico de endocarditis con neumonía, además de una neuritis aguda múltiple (de la médula y el cerebro), todo ello confirmado por la autopsia de Kunradt.

El tercero era un caso de atrofia muscular, con curiosas alteraciones sensoriales, y Freud hizo el diagnóstico de siringomielia, afección ésta de la que hasta ese momento se conocían muy pocos casos. El paciente, un tejedor, de treinta y seis años, estuvo bajo observación y tratamiento de Freud durante seis semanas, a partir del 10 de noviembre de 1884, y luego abandonó el hospital.

En las décadas del ochenta y el noventa cobró gran importancia en neurología la electricidad, tanto galvánica como farádica, no sólo para fines de diagnóstico, sino también —y más aún— como piedra angular de la terapia. Desde temprano advirtió Freud la necesidad de adquirir cierto conocimiento sobre el tema.

Durante más de un año, desde marzo de 1884 hasta julio de 1885, Freud intentó diversos trabajos de investigación, en la esperanza de hacer algún descubrimiento de valor, con la colaboración de distintos colegas, Bettelheim, Heitler, Plowitz, etc. Los únicos temas que menciona, a este respecto, son un intento de establecer cuáles son las modificaciones que produce la fiebre en la conducción eléctrica del aparato neuromuscular, y

un estudio, que hizo con Königstein, sobre la reacción eléctrica del nervio óptico. Pero nunca publicó nada en este terreno.

Nada más en cuanto a la formación y a la experiencia de Freud en el terreno de la clínica neurológica, durante los dieciocho meses que precedieron a su viaje a París. Pero durante ese período, así como antes del mismo, sus verdaderas preferencias estaban en sus investigaciones de histología. En los dos años en que estuvo en el laboratorio de Meynert —del verano de 1883 al de 1885— realizó algunos trabajos originales verdaderamente de primera categoría.

Conocía muy bien, como todo aquel que trabaja en la ciencia, la importancia de la técnica. Él mismo se había distinguido en este aspecto, en sus trabajos de la época de estudiante, y ahora estaba empeñado en descubrir nuevos métodos para el examen del tejido nervioso. Dos de ellos tuvieron éxito. Los dos fueron resultado de la elaboración de ciertas sugestiones de Flechsig, el gran rival de Meynert, y este hecho fue quizás el comienzo del distanciamiento entre éste y Freud.

Se dispuso a trabajar en ese sentido un par de semanas después de ingresar en el nuevo laboratorio. Estaba convencido de que el éxito le aseguraría el título de Docente, pero tal éxito no parecía muy probable. Lo primero que intentó fue concentrar la luz solar sobre corte grueso de tejido, a objeto de deslindar el recorrido de las fibras. No obtuvo ningún resultado. Pero en octubre se le ocurrió una nueva idea, y ésta tenía que traerle suerte, porque acababa precisamente de romper el anillo que le había dado Marta. Freud estaba siempre dispuesto a creer en presagios de la fortuna. Tomó una idea que había esbozado Flechsig en 1876, y que luego fue abandonada, en el sentido de que tal vez podría colorearse el tejido nervioso con alguna solución de cloruro de oro. Después de unas semanas de experimentos, en los que fue ayudado por su amigo el químico Lustgarten, le sonrió el éxito, como si éste triunfo significara la solución de todas las dificultades de su carrera. Lo primero que hizo fue reunir a algunos amigos, hacerles jurar que guardarían el secreto y permitirles luego el uso de este nuevo y maravilloso método, cada uno en su respectivo terreno: Höllander, por lo tanto, podría utilizarlos para el cerebro,

Lustgarten para la piel, Ehrman para las glándulas suprarrenales y Horowitz para la vejiga. «Fue así cómo, hecho un general en jefe, distribuí las diferentes partes del cuerpo.» Hacia fin de mes estuvo en condiciones de aplicarlo a sus propios cortes, y comenzar así la dilucidación de problemas de estructura.

En febrero tuvo noticia de que Weigert había ideado un nuevo método para la impregnación de tejido nervioso, por lo que se apresuró a enviar una «Comunicación Preliminar» de su propio método al *Centralblatt für die medizinischen Wissenschaften,* reservando el informe completo para el *Pflüger's Archiv für Anatomie und Physiologie.* Hizo también que su amigo Fleischl enviara una copia a Ferrier, en Londres, para su publicación en *Brain,* siendo éste el primer trabajo de Freud que llegó por intermedio de esta última Revista, a mis manos. Freud lo escribió en inglés, pero lo hizo corregir por un norteamericano.

Por su parte, estuvo sumamente complacido con el éxito del método, que le proporcionó «un cuadro maravillosamente claro y preciso de las células y fibras».

Causó cierta sensación en esa época, y en seguida llegaron pedidos para su publicación en checo, italiano y ruso. En pruebas ulteriores, los resultados fueron, sin embargo, variables. En manos de algunos experimentadores dieron excelentes resultados; en otros casos, los resultados fueron dudosos, y dignos, por lo tanto, de poca confianza.

Bajo la dirección de Brücke, Freud había estudiado las células de la médula espinal, la parte del sistema nervioso que todavía concitaba su principal interés, pero para llegar a ser un neuropatólogo completo había que seguir hacia arriba. Dio comienzo, por lo tanto, con la porción inmediata del sistema nervioso central, el bulbo raquídeo. Muchos años más tarde, comentando los intentos de los médicos en el sentido de explicar la angustia mórbida como un transtorno de éste órgano, escribía, en un tono más bien jocoso: «El bulbo es una cosa muy seria y muy hermosa. Recuerdo muy bien cuanto tiempo y cuantos desvelos he dedicado a su estudio hace años. Pero hoy debo declarar que no conozco nada que me parezca más inconducente

para la comprensión psicológica de la angustia que el conocimiento de las vías que sigue la excitación de ese órgano.»

Freud dedicó dos años al estudio del bulbo raquídeo y publicó tres trabajos sobre el particular. La estructura de este pequeño órgano, tan extraordinariamente complicado y en el que convergen gran cantidad de haces nerviosos, era muy imperfectamente conocida a la sazón y constituía un tema sumamente debatido. El establecer el origen y las conexiones de las fibras que atraviesan el órgano, requería gran destreza, paciencia y precisión.

Lo que debe destacarse especialmente en cuanto a las investigaciones de Freud en este trereno es el método que adoptó. Ya en noviembre de 1883 soñaba Freud con una técnica enteramente distinta para el estudio de la estructura más fina del sistema nervioso central. Ya había desarrollado la idea sugerida por Flechsig —impregnación con el cloruro de oro— y en sus manos, por lo menos, proporcionaba un cuadro más claro que el que podía ofrecer cualquier otro procedimiento. Ahora comenzó a aplicar otro descubrimiento de Flechsig, mucho más importante aún; el que se refiere a que la mielinización de las fibras nerviosas no se produce simultáneamente, sino en un grupo primero y luego en otro. Esto encerraba la posibilidad de una nueva ventaja en cuanto a distinguirlas unas de otras, y Freud aprovechó ampliamente la ocasión. Consideró, con toda razón, que era muy superior al único otro método entonces corriente, que consistía en el estudio de preparados de una larga serie de cortes consecutivos, y era muy escéptico en cuanto a las conclusiones alcanzadas por esta vía. El descubrimiento embriológico de Flechsig se convirtió en guía para el establecimiento de las conexiones anatómicas. Reemplazó, de esta manera, la estructura adulta por un cerebro fetal, en el que al comienzo sólo pueden verse unos fascículos mielinizados, en lugar del «cuadro inextricable de los cortes transversales, que apenas permiten llegar a algo más que una visión topográfica superficial». Luego, comparando los cortes fetales de diferentes etapas se puede observar directamente el recorrido y las conexiones de los fascículos nerviosos, cosa que en su presentación, madura, tan sólo pueden conjeturar. Las estructuras primiti-

vas, como puede comprobarse, persisten sin desaparecer jamás, sólo que en el curso del desarrollo se van haciendo cada vez más complicadas. Para establecer esto. Freud estudió primeramente cerebros de gatitos y perritos, y más tarde de fetos y lactantes.

Freud publicó solamente una parte de sus investigaciones sobre el bulbo. Cuando estaban dando fin a las mismas, ya su interés se estaba desplazando hacia los temas de índole más clínica.

El primero de estos tres artículos, que versan todos sobre las raíces y conexiones del nervio acústico, apareció en el *Neurologisches Centralblatt* en junio de 1885. El material eran bulbos raquídeos de fetos de cinco a seis meses, cuando las fibras acústicas ya están mielinizadas.

El segundo artículo apareció en la misma publicación, en el mes de marzo (1886). Lo que se proponía era investigar las raíces inferiores del pedúnculo inferior del cerebelo.

El tercer artículo apareció en una publicación especializada de otología, con varias ilustraciones, en agosto y setiembre de 1886. Exponía detalladamente los orígenes y conexiones del nervio acústico, pero el interés principal de este trabajo de Freud consiste en haber demostrado que los núcleos del quinto, octavo, noveno y décimo pares craneales (sensitivos), con sus triples raíces, son enteramente homólogos a los ganglios radiculares posteriores de la médula espinal. Allí se ocupó incluso del sentido en que se prolongan estos núcleos (con éxito, digamos, en cuanto se refiere al quinto par) en su progresión hacia el exterior, que termina en los ganglios espinales, ilustrándolo en detalle en el caso del nervio acústico.

Todavía Meynert se comportaba muy amistosamente con Freud. Su cambio de actitud, del que vamos a ocuparnos más adelante, se produjo en 1886. Evidentemente, Meynert ya estaba declinando. Murió unos años más tarde, en 1892, el mismo año que Brüke. Le resultaba difícil mantenerse al tanto de los nuevos métodos de ideas en el terreno de la anatomía del cerebro, máxime cuando su propio interés había virado hacia la clínica psiquiátrica, y tal vez sentía envidia del joven Freud, que con toda facilidad había dominado y asimilado esas nove-

dades, y estaba evidentemente en camino de un éxito seguro. La reacción de Meynert en esta situación fue un gesto de sumisión. El se reduciría a la psiquiatría y Freud lo reemplazaría en la anatomía. «Un día Meynert, que me había dado acceso a su laboratorio, aún en épocas en que yo no trabajaba con él, me propuso que me dedicara definitivamente a la anatomía del cerebro, prometiéndome que me transferiría la labor de dictar clase, porque advertía que ya era demasiado viejo para manejar los métodos más recientes. Y no acepté el ofrecimiento, alarmado por la magnitud de la tarea. Es posible que además ya hubiera sospechado, en cierta forma, que de ningún modo era tan amable la disposición de ese gran hombre hacia mí.» Es posible que le alarmara también la sugestión de reanudar una anodina carrera académica —que acababa de abandonar—, a la espera de una improbable cátedra universtiaria.

Después de esto fue la visita al gran maestro Charcot. Charcot estaba entonces en el apogeo de su fama. Nadie, ni ante ni después de él, llegó a ejercer jamás un dominio tan absoluto en el mundo de la neurología, y el haber sido discípulo de él era un constante pasaporte de distinción. La Salpêtrière bien podía denominarse la Meca de los neurólogos. Había recogido majestuosamente las viejas salas de ese instituto para casos crónicos, delimitando y bautizando una cantidad de enfermedades del sistema nervioso, como quien procede en tierra de nadie. Y era una gran personalidad: afable, bondadoso, ingenioso, pero dominante por su innata superioridad. En una semblanza que de él hizo Freud después de su muerte, en 1893, hablaba de la magia que irradiaba de su aspecto y de su voz, la gracia y la franqueza de sus modales, la buena voluntad con que ponía todo a disposición de sus alumnos y la lealtad que por toda la vida les dispensaba. «Como maestro, Charcot era realmente fascinante: cada una de sus clases era una pequeña obra de arte por su plan y su realización, perfecta por su estilo, y tan impresionante en su expresión, que sus palabras seguían resonando y el tema tratado no se borraba de la vista y la memoria por el resto del día».

Freud había traído una recomendación de Benedikt, el hipnotizador vienés, pero tal vez recordaría de todos modos su nom-

bre por Darkschewitsch, que un año antes, siendo discípulo de Freud, había obsequiado algunos artículos de éste a Charcot. Éste recibió a Freud muy cortésmente, pero no volvió a acordarse de él hasta que Freud, que no sentía nada feliz en París, estaba a punto de abandonar la ciudad para volver a Viena. Fue así que despachó la siguiente carta, que una amiga, Mme. Richetti, redactó para él.

Señor Profesor:

Después de dos meses de sentir la fascinación de vuestra palabra, y sumamente interesado en el tema que usted magistralmente trata, se me ha ocurrido ofrecerme a usted para la traducción al alemán del tercer tomo de las Leçons, si es que usted desea encontrar un traductor y está dispuesto a utilizar mis servicios. En cuanto a mi capacidad para tal empresa, debo declarar que solamente padezco de afasia motriz sensorial en francés, y que he dado prueba de mi estilo en alemán en mi traducción de un tomo de estudios de John Stuart Mill.

La traducción del primer fascículo del tomo tercero de las Leçons, que trata de problemas nuevos, planteados y aclarados por usted, me permitirá, estoy seguro de ello, prestar un servicio a mis compatriotas, a quienes esta parte de vuestras investigaciones les resulta menos accesible, a la vez que presentarme a los médicos alemanes con una valiosa recomendación.

Sólo me queda por explicar por qué me tomo la libertad de dirigirme a usted por escrito, siendo que tengo la suerte de dirigirle la palabra personalmente, dado que estoy autorizado a asistir a vuestro servicio en la Salpêtrière. Es para evitarle a usted la violencia de una respuesta negativa, para la cual —se lo confieso francamente— estoy a medias preparado, puesto que bien podría ser que usted ya haya dispuesto de la autorización que me permito solicitarle aquí, o que alguna otra razón lo mueva a denegármela. En tal caso bastaría con que usted no me hable nada al respecto. Tengo la esperanza, al mismo tiempo, de que tendrá usted la amabilidad de disculparme este pedido, y contar con la sincera admiración de su afectísimo...

Dr. Sigm. Freud.

Un par de días más tarde Freud relató, en una de sus cartas, la inmensa alegría que le produjo la aceptación de Charcot, no sólo en cuanto a aquellas Lecciones que ya habían aparecido en francés, sino también las que aún no habían sido publicadas.

Cuatro días más tarde ya había asegurado la publicación por Deuticke, de Viena, y un mes después enviaba parte de la traducción. Siempre había sido un traductor muy veloz, y pronto tuvo terminado este volumen. En el prefacio al mismo, que lleva fecha del 16 de julio de 1886, expresaba su satisfacción por el hecho de que la versión alemana apareciera varios meses antes que el original francés. Apareció en 1886, con el título de *Neue Vorlesungen über die Krankheiten des Nervensystems, insbesondere über Hysterie*. Tal como había hecho cuando tradujo a Bernheim (1888), publicó un largo extracto del libro —un caso de coxalgia histérica en un hombre a continuación de un accidente— en el Wiener Medizinische Wochenschrift (mayo de 1886, 711 y 755). Charcot le expresó su agradecimiento obsequiándole una colección completa de sus obras, encuadernadas en cuero, con la siguiente dedicatoria:

À Monsieur le Docteur Freud, excellents souvenirs de la Salpêtrière.

Charcot

Freud nos dejó en sus Cartas una vívida descripción de Charcot, sus aspectos y sus modales. Destacó la diferencia entre su delicado y fino interés por los pacientes y la «serena superficialidad» de los médicos vieneses. Al cabo de una semana, todavía declaraba que en ninguna parte podría haber aprendido tanto como con Charcot. En las visitas a las salas, y a través de la riqueza extraordinaria —única, en realidad— de material con que contaba la Salpêtrière, y ayudado por las valiosas y densas observaciones de Charcot, debe ser mucho lo que Freud aprendió en neurología. Pero la impresión más imborrable que le dejó su contacto con Charcot provenía de las opiniones de éste sobre la histeria, tema del que vamos a ocuparnos extensamente a continuación.

A su regreso de París Freud trajo consigo una lámina en que aparece Charcot hablando vivamente a sus ayudantes y discípulos. La paciente cuyo caso está describiendo se halla en una actitud de desmayo, en un estado semiconsciente, sostenida por Babinsky, cuyo brazo rodea su agraciado talle. La hija mayor

de Freud escribe al respecto: «Durante mi infancia (esta lámina) ejerció una extraña atracción sobre mí, y yo solía preguntar a mi padre qué le ocurría a la enferma. La respuesta invariable de mi padre era que "tenía la ropa demasiado ceñida", con una intención moralizadora sobre la tontería de seguir tal costumbre. La mirada que dirigía al cuadro me demostraba, ya entonces, con ser tan pequeña, que para él encerraba recuerdos importantes o felices, y que era cara a su corazón.»

Cuando Freud fue a París, todavía las investigaciones anatómicas le interesaban más que los temas de clínica, y al principio trató de proseguir aquéllas en el laboratorio de la Salpêtrière. Charcot y Guinon le procuraron, para ello, algunos cerebros de niños. Entonces comenzó un trabajo en que se proponía estudiar la degeneración descendiente en su amada médula espinal. Por esa época no publicó nada sobre temas de patología, pero en la monografía sobre parálisis cerebrales infantiles que escribió cinco años más tarde, describió su estudio sobre un caso de esa índole, que le fue encomendado por Charcot. Era el caso de una mujer que había estado internada en Salpêtrière desde 1853, sufriendo de hemiplejía y otros síntomas. Freud hizo un informe, de una admirable prolijidad, sobre hallazgos de la autopsia. Era una descripción muy detallada de la esclerosis resultante de una embolia sufrida treinta años antes. En cuanto a las facilidades de trabajo que ofrecía el laboratorio de la Salpêtrière, indudablemente diferentes de aquéllas a que él estaba acostumbrado, le resultaban cada vez menos satisfactorias, y el 3 de diciembre anunció su decisión de retirarse. Esto marcaba casi el final de su trabajo frente al microscopio: de ahí en adelante habría de convertirse en clínico puro. En la carta que siguió a esto enumeró siete razones convincentes por las cuales había tomado esa decisión, alegando, empero, que tenía la intención de reiniciar las investigaciones anatómicas cuando regresara a Viena. Una abundancia tal de razones indica, por lo general, que se está impidiendo que aflore la razón fundamental, y se puede suponer que ésta última no era otra cosa que la fascinación de la psicopatología que en su ánimo despertó la influencia de Charcot. Pero había, aparte de eso, un motivo de índole más personal. A un año de su

compromiso ya había advertido la existencia de cierto conflicto entre el hecho de verse absorbido por su «trabajo científico», que para él quería decir trabajo de laboratorio, y su amor por Marta. A veces afirmaba que aquél era un sueño y éste, su amor, una realidad. Más tarde le dijo a Marta que la anatomía del cerebro era el único rival serio que ella tuvo o pudo llegar a tener jamás. Luego, desde París, escribió: «Sé desde hace mucho tiempo que no puedo dedicar mi vida íntegramente a la neuropatología, pero la idea de que uno puede sacrificarlo todo por una adorada mujer se me ha hecho clara apenas llegan aquí, en París.» Esto fue una semana antes de retirarse del laboratorio de la Salpêtrière. Al anunciar esta última decisión, agregaba: «Puedes estar segura de que he superado mi amor a la ciencia en la medida en que se interponía a nosotros dos.» Todo esto tenía, además de los aspectos puramente emocionales, sus aspectos prácticos. Freud sabía muy bien que mantener un hogar era solamente posible con el trabajo clínico.

Freud dejó París a fines de febrero de 1886, pero en su viaje de regreso pasó unas semanas en Berlín, para aprender algo sobre enfermedades de los niños en general, en la Clínica de Adolf Babinsky. Sabía que no tendría probabilidades de salir de Viena, una vez que volviera allá. La razón que tenía para realizar ese estudio era que no tenía perspectivas —probablemente por motivos raciales— de obtener un puesto, que realmente no logró nunca, en la Clínica Psiquiátrico-Neurológica de la Universidad de Viena, pero en cambio el pediatra Max Kassowitz (1842-1913) le había ofrecido, antes de partir Freud para París, el cargo de Director del nuevo departamento neurológico que se estaba abriendo en el primer Instituto público para enfermedades de los niños. Era un viejo Instituto de la Steindlgasse, fundado en 1787, bajo el Emperador José II, pero que en ese momento se estaba modernizando. Freud retuvo ese cargo por muchos años, trabajando allí durante varias horas tres veces por semana, y realizó allí varias contribuciones de valor a la neurología.

Durante los cinco años siguientes Freud se vio absorbido por asuntos de familia, y el trabajo profesional y la traducción de los libros de Charcot y Bernheim. El único artículo publicado

en ese lapso (en 1888) versaba sobre una hemianopsia observada en dos niños, uno de ellos de dos años y el otro de tres, cosa que hasta entonces no se había registrado.

La publicación siguiente fue el primer libro de Freud, sobre la afasia (1891). Sobre este tema ya había dado clases en el Club de Fisiología, de Viena, en 1886, y también en la Universidad, en 1887. Había escrito, además el correspondiente artículo en el *Handwörterbuch der gesamten Medizin* de Villaret. (Diccionario enciclopédico de Medicina, 1881-1891). El libro lo dedicó a Breuer. El dedicar su primer libro al hombre que representó su principal apoyo a lo largo de sus años más difíciles, y que le había proporcionado lo que resultó ser la clave de toda su obra posterior, era el gesto más adecuado, indudablemente. Lo que indujo a Freud a proceder así, no fue, sin embargo, exclusivamente un motivo de gratitud: contaba con que lograría, con ello, una mejor disposición hacia él, y se sintió decepcionado al comprobar que, por algún oscuro motivo, su gesto tuvo el efecto opuesto.

La mayor parte de los estudiosos de la obra de Freud estarán de acuerdo con la opinión de este mismo, en el sentido de que este libro representa el más valioso de sus trabajos en neurología. En él podemos tener la primera impresión auténtica de lo que llegaría a ser el Freud de los años ulteriores. Nos muestra el razonamiento ajustado, la lucidez, la argumentación persuasiva y sugerente, una sincera discusión de las objeciones y la notable capacidad de ordenación del material, que llegaron a ser tan característicos en sus obras, Freud, que ya cuenta a la sazón treinta y cinco años, ha dejado de ser el modesto estudiante, para convertirse en el neurólogo experto que puede dirigirse a los que tienen más edad que él en un tono confiado, de igual a igual, y toda crítica negativa de las doctrinas de éstos, por aplastante que sea, es expresada de una manera cortés y absolutamente objetiva.

El libro tiene como subtítulo «Estudio crítico», subtítulo bien aplicado al caso, dado que consiste esencialmente en una crítica radical y revolucionaria a la doctrina sobre la afasia, entonces casi universalmente aceptada, de Wernicke-Lichtheim. Fue la primera crítica formulada a la misma. Pero estaba lejos

de ser simplemente un libro de crítica negativa, ya que en él exponía Freud sus propios puntos de vista, los cuales, si bien no eran una cosa tan enteramente redondeada como los que refutaba, estaban más cerca que éstos de los conceptos modernos sobre el problema.

Después que Broca descubrió (1861) un área en el lóbulo frontal cuya lesión origina la «afasia motriz» (perturbación grosera de la función del habla) y Wernicke (1874) localizó un área en el lóbulo temporal, cuya lesión da lugar a una «afasia sensorial» (incapacidad de entender el lenguaje), los neurólogos se vieron ante la necesidad de explicar las numerosas variedades de perturbaciones —parciales y mixtas— de esa índole que era dado comprobar. Es así como se observaban, entre otras, combinaciones tan desconcertantes como la incapacidad de hablar espontáneamente, de repetir palabras después de una palabra dada, o como la de leer las palabras, sin poder, en cambio, leer las letras, o viceversa, o bien la incapacidad de entender las palabras de un idioma recién aprendido, conservando la aptitud para la lengua materna, y así sucesivamente. Wernicke, y tras de él Lichtheim, bosquejaron esquemas ilustrativos de las supuestas conexiones de los centros y sindicaron diversas áreas cuya lesión respectiva explicaría tal o cual combinación de perturbaciones afásicas. Cuanto mayor era el número de perturbaciones observadas, más resultaban complicados los diagramas, hasta que se hizo imperiosa la necesidad de un Képler que viniera a simplificar esta «ptolomeica» situación. Esto fue lo que se propuso hacer Freud. Un análisis detallado de los casos publicados le demostró que los esquemas presentaban contradicciones internas y ello le hizo atreverse a poner en duda la base misma de la doctrina, es decir, que las diversas afasias pudieran ser explicadas por lo que había recibido el nombre de lesiones subcorticales de las vías de asociación.

Sus dudas se hubieran confirmado de una manera rotunda de haber sabido lo que sucedió a Bastian, la gran autoridad inglesa en afasia, apenas un año después de la aparición del libro de Freud. En un caso insidioso de afasia, Bastian diagnosticó una lesión diminuta de las supuestas fibras de asociación bajo la corteza, pero cuando la autopsia reveló la existencia de

un enorme quiste, que había destruido buena parte del hemisferio cerebral izquierdo, se sintió tan aturdido que renunció a su puesto en el hospital.

En lugar de este esquema de diminutas localizaciones Freud propuso una explicación enteramente diferente, de índole *funcional*. Aceptaba que la destrucción de los tres principales centros (motor, acústico y visual) da origen a la afasia motriz, la afasia sensorial y la alexia, respectivamente, y sugería, como explicación de todas las demás sub-variedades de la perturbación, la existencia de diferentes grados de desarreglo funcional emergentes de un área (leve o seriamente) lesionada. Al hacer esta sugestión, citaba la doctrina de la «desinvolución» de Jackson, según la cual las actitudes más recientemente adquiridas o menos importantes son afectadas antes que las más fundamentales, e ilustraba esto con numerosos ejemplos.

Despojó a los «centros» de Broca y de Wernicke de su aureola semimística de centros de acción independiente, y destacó el hecho de que su importancia es solamente anatómica, no fisiológica, y debida simplemente a su proximidad de las áreas motrices del cerebro, en el caso del primero, y de la entrada de las fibras de los núcleos acústicos en el del segundo. Estos centros no son, por lo tanto, más que puntos nodales en la red general.

Todo esto representaba, para Freud, una etapa en el proceso de su emancipación de los aspectos más mecánicos de la escuela de Helmholtz en que se había formado. Luego dio un paso más, y desafió el concepto, basado en las enseñanzas de Meynert, de que hay que imaginarse las ideas y los recuerdos como asociados a diversas células del cerebro. Se embarcó en una disquisición de las palabras y las ideas, y protestó contra el hábito de confundir los datos fisiológicos con los psicológicos. Calificó la función de dar nombres a los objetos como la parte más débil de nuestro aparato lingüístico, y que a menudo, en consecuencia, es la primera en ser afectada, a este defecto, la afasia sensorial transcortical de Wernicke, le dio el nombre de afasia asimbólica, dando así un nuevo uso a la frase de Finkelnburg, para lo cual se basó en que éste no había hecho la distinción entre la función de designar los objetos y la de reconocerlos.

La deficiencia en esta última función fue bautizada por Freud con el nombre de agnosia, denominación ésta que se conservó, así como la distinción por él establecida. En cuanto a la ecolalia en la afasia, era para él nada más que un signo de asimbolia.

La crítica más severa fue posiblemente la que hizo a la doctrina de su antiguo maestro Maynert, según la cual la corteza contiene una «proyección» de las diferentes partes del cuerpo. Demostró los errores de histología en que se basaba tal hipótesis.

Freud no tuvo mucha suerte con este libro, a pesar de ser muchas las conclusiones del mismo que finalmente fueron aceptadas. El ambiente no estaba aún maduro. Jelliffe observa casi todas las reseñas históricas acerca de la afasia omiten toda referencia a este libro (la única excepción parece ser el trabajo de Goldstein, *Uber die Aphasie,* 1910).

De los 850 ejemplares que se imprimieron, al cabo de nueve años se habían vendido 257. Los restantes fueron inutilizados En Gran Bretaña no se encuentra ningún ejemplar en las bibliotecas. Freud recibió, por derechos de autor, 156,60 gulden (£ 12,10 chel.).

Llegamos ahora a las últimas investigaciones neurológicas de Freud, las que realizó en el departamento especial del Instituto Infantil de Kassowitz. Nueve artículos datan de esa época, de los cuales uno —el que se refiere a la hemianopsia en la primera infancia— ya ha sido citado aquí.

El siguiente, publicado también en 1891, era una maciza monografía de 220 páginas, con una bibliografía de 180 títulos, escrita en colaboración con su amigo el doctor Oscar Rie, pediatra que hacía de ayudante de Freud en su servicio. Por este trabajo el nombre de Freud se hizo conocer —y es recordado aún— entre los neurólogos de todo el mundo. El tema de las parálisis unilaterales en los niños fue tratado allí exhaustivamente desde todos los puntos de vista, exponiéndose detalladamente treinta y cinco casos. En primer lugar se considera plenamente la historia y la literatura del tema. Sigue después un análisis de los síntomas individuales, la anatomía patológica,

el diagnóstico diferencial y el tratamiento. Es un estudio clínico de primer orden.

Por primera vez fue individualizado aquí un nuevo síndrome, la «paresia coreiforme». Es una afección en la cual la parálisis unilateral que cabría esperar es sustituida por movimientos libres semejantes a los de la corea. Más tarde se destaca que muchos casos que parecen ser de epilepsia infantil en realidad pertenecen al grupo que aquí se estudia, aún cuando no haya verdadera parálisis. Los autores ponen en duda la opinión de Strümpell en el sentido de que la poliomielitis aguda puede causar una hemiplejía cerebral, si bien confiaban en que una concepción más amplia de la primera de estas afecciones podría conducir al descubrimiento de una etiología común [1].

Dos años más tarde Freud publicó un breve artículo sobre un misterioso síntoma —hipertonía de los miembros inferiores— hallado en el cincuenta por ciento, más o menos, de los casos de enuresis. Estaba lejos entonces de toda noción acerca del carácter psicológico de estos casos.

En el mismo año (1893) publicó otra monografía, de 168 páginas, sobre parálisis de los niños, esta vez sobre las diplejías centrales. Fue publicada, como las anteriores, en unos archivos dirigidos por Kassowitz. Hacía juego con la anterior, y de este modo quedaban estudiadas todas las formas de parálisis infantil. Mucho de lo que él hizo se basaba en la obra de Little, de treinta años atrás, de la que Freud me mostró cierta vez un ejemplar que tenía en su biblioteca. También en la presente monografía se describe detalladamente una larga serie de casos —cincuenta y tres en total— personalmente observados. Como en la monografía anterior, primero se considera ampliamente la bibliografía, para pasar luego a la sintomatología, etc., en el mismo orden que allí.

Pierre Marie, el neurólogo de más autoridad en Francia, y sucesor de Charcot en muchos aspectos, en una reseña bibliográfica de la monografía de Freud sobre las diplejías cerebrales de la infancia, afirmó: «Esta monografía constituye, sin duda alguna, el trabajo más completo, el más exacto y el mejor pen-

1. La moderna encefalitis.

sado que haya aparecido hasta ahora sobre un problema tan confuso y tan poco conocido como el de las diplejías cerebrales infantiles». P. Marie era el director de la *Revue Neurologique*, y fue probablemente por invitación suya que Freud redactó una versión resumida de la monografía en cuestión, que apareció publicada en el primer volumen de la revista.

En 1895 Freud publicó una breve nota sobre una afección peculiar e inofensiva a un nervio alto, de la que él mismo había sufrido por un par de años, nota en la que expuso una serie de observaciones que había hecho en su propia persona. Bernhardt había descrito poco antes esta afección que desde entonces lleva su nombre, pero Freud destaca aquí que ya estaba familiarizado con ella, por haberla observado en varios pacientes.

Freud se había convertido ahora en la primera autoridad en el terreno de las parálisis infantiles, y no es de extrañar, por ello, que al planear Nothnagel su gran enciclopedia de medicina le encomendara a él la parte correspondiente a parálisis cerebral infantil. Probablemente porque pensaba que ya había dicho todo lo que tenía que decir sobre el tema, y además porque en ese momento ya le interesaba mucho más la psicología, el hecho es que este pedido no dejó de fastidiar a Freud, que se dispuso a satisfacerlo con evidentes manifestaciones de descontento. La parte más tediosa era la que se refiere a literatura y bibliografía.

El trabajo, de 327 páginas, llegó a ser, sin embargo, un tratado de vasto alcance, que mereció de Barnhard Sachs la calificación de «magistral y exhaustivo». En una reseña reciente, el neurólogo suizo Brun, refiriéndose a este trabajo dice que tiene todavía un lugar reservado en la neurología moderna. He aquí lo que afirma: «La monografía de Freud constituye la exposición más cabal y completa que hasta ahora se haya escrito sobre las parálisis cerebrales de los niños... Puede dar una idea el admirable dominio del enorme material clínico aquí reunido y elaborado con visión crítica, el hecho de que la bibliografía solo ocupa 14,5 páginas, para asegurarse el nombre de Freud un lugar permanente en la clínica. Fue una tarea admirable, y el haberla realizado bastaría por sí sola para

asegurar al nombre de Freud un lugar permanente en la clínica neurológica».

Puede considerarse tal vez como el jalón que señala el final del período neurológico activo de Freud su nota necrológica sobre Charcot, publicada en setiembre de 1893. Freud expresa en ella, sin reservas, su gran admiración por el hombre «a cuya personalidad y cuya obra nadie se acercó jamás sin aprender algo de ellas». Con su acostumbrada generosidad, Freud atribuye a Charcot el haber dado un paso «que le concede, para siempre, el mérito de haber dilucidado lo que es la histeria». Frase ésta que actualmente nos suena a considerable sobreestimación. No hay duda de que la actitud de Charcot frente a la histeria representó un gran estímulo —lo que los psicólogos llaman «sanción»— para Freud, y éste no dejó de quedar agradecido por ello.

XI

EL PERIODO BREUER

(1882-1895)

El Dr. Josef Breuer (1842-1925), cuyo nombre ha llegado a tener cierta trascendencia tan sólo por su colaboración con Freud en los comienzos de la carrera de éste, fue no sólo famoso como médico vienés, que es como a veces se lo presenta, sino también un hombre de ciencia de talla considerable. Freud lo describió como un hombre generoso y ampliamente dotado y cuyos intereses intelectuales sobrepasaban ampliamente los límites de su actividad profesional. En su juventud había llevado a cabo, bajo la dirección de Ewald Hering, ciertos notables trabajos de investigación sobre fisiología de la respiración, ocasión ésta en que descubrió el control automática de la misma por el nervio vago. Las posteriores investigaciones de Breuer, sobre las funciones de los canales semicirculares, pueden considerarse como una contribución definitiva al conocimiento científico. Obtuvo el título de Privat-Dozent (Docente libre) en Viena en 1868, pero se retiró para dedicarse exclusivamente a la práctica privada de la profesión, y rehusó el ofrecimiento de Billroth, que le proponía presentarlo como candidato al título de Profesor titular. En mayo de 1894 fue designado Miembro Correspondiente de la Academia de Ciencias de Viena, a propuesta de Sigmund Exner, Hering y Ernst Mach, hombres todos de renombre científico internacional.

Breuer era un leal adepto de la escuela de Helmholtz, de la que ya nos hemos ocupado anteriormente. Los autores que gozaban de su más alta estimación eran Goethe y Fechner. Era uno de los facultativos vieneses que gozaban de la más alta reputación, y fue el médico de familia de Brücke, Exner, Billroth, Chrobak y otros de igual rango. Freud conoció a Breuer en el Instituto de Fisiología hacia fines de la década del setenta, y animados como estaban de los mismos intereses y con pareja orientación, no tardaron en trabar amistad. «Se convirtió —dice Freud— en mi amigo y mi sostén en circunstancias difíciles. Nos habituamos a compartir todos nuestros intereses científicos. Todas las ventajas de una amistad semejante eran naturalmente para mí». En aquellos primeros años no cabe duda de que se hallaba en términos de la mayor intimidad y amistad con él, así como también con su esposa, por quien sentía especial admiración. Entre las familias respectivas existió, más tarde, una relación de franca amistad. La hija mayor de Freud fue bautizada con el nombre de una hermana del yerno de Breuer.

Desde diciembre de 1880 hasta junio de 1882 Breuer trató un caso de histeria que luego llegó a ser clásico, el de la señorita Anna O.[1]. Se trataba de una muchacha de veintiún años, de inteligencia nada común, que había llegado a acumular una amplia gama de síntomas relacionados con la enfermedad de que murió su padre. Figuraban entre estos síntomas una parálisis de tres extremidades con contracturas y anestesias, graves y complicadas perturbaciones de la vista y del habla, incapacidad de alimentarse y una penosa tos nerviosa, que fue el síntoma por el cual fue llamado Breuer a atenderla. Lo más interesante del caso, sin embargo, era la existencia de dos diferentes estados de consciencia: uno de ellos era enteramente normal, siendo el otro de una pequeña criatura, mala y fastidiosa, semejante al de Sally Beauchamps, el famoso caso de Morton Price. Se trataba, pues, de un caso de doble personalidad. La transición de uno al otro estado se denotaba por una

1. Ella fue en realidad la descubridora del método catártico, y por ello, su nombre, que no era ése sino Berta Pappenheim (febrero 27 de 1859 mayo 28 de 1936) es digno de recordación.

fase de auto-hipnosis, de la que despertaba con mente clara y normal. Por fortuna, esta fase coincidía con las visitas de Breuer, y pronto ella tomó el hábito de narrar a éste los acontecimientos desagradables del día. Entre éstos figuraban terribles alucinaciones, después de las cuales se sentía aliviada. En cierta ocasión le relató los detalles de la primera aparición de cierto síntoma, cosa que determinó la completa desaparición de éste, para gran asombro de Breuer. Consciente de la importancia de esta manera de proceder, la paciente siguió refiriendo un síntoma tras otro, bautizando a la par tal procedimiento, con el nombre de «cura de conversación» o «limpieza de chimenea». Entre paréntesis, sólo podía hablar, a la sazón, en inglés, pues había olvidado el alemán —su idioma natal— y cuando se le pedía que leyera en voz alta un libro en italiano o en francés, lo hacía inmediatamente y con toda fluidez... en inglés.

Al poco tiempo, y en vista de la abrumadora cantidad de material, Breuer agregó a estas sesiones de la tarde sesiones matinales de hipnosis artificial. En esa época el dedicar horas enteras, todos los días, durante más de un año, a un solo paciente, y por añadidura a una histérica, denotaba indudablemente paciencia e interés, y además gran visión. Pero gracias a ello el arsenal terapéutico se vio enriquecido con un nuevo método, asociado a su nombre, y que él denominó «catarsis» y que aún hoy se emplea abundantemente.

Conocí por Freud mismo un relato mucho más extenso del que éste hiciera en sus obras acerca de las peculiares circunstancias en medio de las cuales llegó a su fin este novel tratamiento. Parecería ser que Breuer desarrolló lo que hoy llamaríamos una poderosa contratransferencia frente a su interesante paciente. En todo caso, se dejó absorber de tal modo que su mujer terminó por sentirse fastidiada de no oírle hablar de otro tema que éste, y al poco tiempo, además, celosa. Si bien no manifestó esto último abiertamente, se mostró desdichada y de mal humor. Breuer, con el pensamiento bien distante de lo que ocurría a su lado, tardó bastante en comprender lo que significaba este cambio en su mujer. El descubrimiento provocó en él una violenta reacción, mezcla de amor y de culpa,

que le llevó a la decisión de poner fin al tratamiento. Se lo hizo saber así a Anna O., que entonces ya se sentía mucho mejor, y se despidió de ella. Esa misma tarde tuvieron que traerlo nuevamente a la casa de la paciente, a quien halló en un estado de gran excitación, y al parecer más enferma que nunca. La paciente, que en su opinión se había mostrado como un ser asexual, y durante todo el tratamiento no había hecho la menor alusión a tan escabroso tema, estaba sintiendo ahora los dolores de un falso parto histérico (pseudociesis), culminación lógica de un embarazo imaginario que se había iniciado y había seguido su curso, inadvertidamente, en respuesta a la atención médica de Breuer. Aunque sumamente violento frente a esto, Breuer consiguió calmarla hipnotizándola, y bañado en frío sudor, abandonó la casa. Al día siguiente partió con su mujer rumbo a Venecia, donde pasaron una segunda luna de miel, cuya consecuencia fue el nacimiento de una hija. Es curioso comprobar que la hija concebida en circunstancias tan especiales habría de suicidarse sesenta años más tarde en Nueva York.

En cuanto a la pobre paciente, no lo pasó tan bien como podría inferirse del relato publicado por Breuer. Tuvo más de una recaída y fue trasladada a una institución de Gros Enzerdorff. Un año más tarde el mismo Breuer le reveló a Freud que estaba completamente trastornada y que lo que él deseaba era que muriera, para ser liberada de tanto sufrimiento. A pesar de todo, la enferma se repuso y abandonó la morfina. Unos años después, según relata Marta, «Anna O.», que resultó ser antigua amiga suya, y por añadidura pariente política más tarde, la visitó más de una vez. Por ese entonces se sentía bastante bien durante las horas del día, pero aún recaía en sus estados alucinatorios a medida que se acercaba la noche.

Berta Pappenheim («Anna O.») no sólo era muy inteligente, sino también sumamente atractiva por su físico y por su personalidad. Cuando fue llevada al sanatorio, el psiquiatra que la atendió perdió la paz de su corazón. Cerca de 1890 su madre, de carácter un tanto temible y celosa, vino de Francfort y se la llevó definitivamente a esta ciudad. Nacida y educada en Viena, Berta conservó la gracia, el encanto y el humor ca-

racterísticamente vieneses. Poco antes de morir compuso cinco notas necrológicas dedicadas a ella misma, de intención humorística, para otros tantos periódicos. Un aspecto mucho más serio de su personalidad es el que reveló cuando, a la edad de treinta años, se convirtió en la primera asistente social alemana y una de las primeras en el mundo. Se debe a ella la creación de un periódico y varios institutos en los que impartía la enseñanza de esa profesión. Dedicó la mayor parte de su vida en beneficio de la mujer y a la causa de su emancipación, pero fue mucho lo que hizo también por los niños. Entre sus proezas cuenta varias expediciones a Rusia, Polonia y Rumania, realizadas para rescatar a los niños que habían quedado huérfanos a consecuencia de «pogroms». Permaneció soltera y muy devota de Dios.

El famoso caso de Anna O. despertó un gran interés en Freud, cuando oyó hablar de él por primera vez, poco después de darlo por terminado Breuer, en junio de 1882, o para ser más precisos, el 18 de noviembre de ese año. Rebasa de tal modo todo lo que había conocido hasta ese momento, que le produjo una gran impresión y le llevó a comentar con Breuer, una y otra vez los detalles del caso. Cuando fue a París y tuvo oportunidad de hablar con Charcot, le refirió el notable descubrimiento, pero «el pensamiento de Charcot —como después me documentó Freud— parecía estar en otra parte», y no pudo despertar su interés por el caso. Esto parece haber embotado, por algún tiempo, su propio entusiasmo acerca del descubrimiento.

Como ya lo dije antes, lo que más impresionó a Freud en las enseñanzas de Charcot fue su revolucionaria concepción del problema de la histeria, que era, en efecto, el tema que más interesaba a Charcot por ese entonces. En primer término, ya era de por sí asombroso ver a un neurólogo tan eminente preocuparse seriamente por ese tema. La histeria, hasta ese momento, se consideraba o bien cosa de simulación, o en el mejor de los casos, de «imaginación» (que al fin de cuentas sería más o menos lo mismo), que no merecía de ningún modo ocupar el tiempo de un médico respetable, o bien un peculiar trastorno del útero que podía ser tratado —y a menudo era

tratado— mediante la extirpación del clítoris. El útero desplazado podía también ser llevado nuevamente a su lugar mediante la administración de valeriana, cuyo aroma le es desagradable. Y he aquí que, gracias a Charcot y casi de la noche a la mañana, la histeria se convirtió en una enfermedad del sistema nervioso, enteramente respetable.

Siete años más tarde, en su nota necrológica dedicada a Charcot afirmaba Freud que para atestiguar la grandeza de este hombre de ciencia bastaría con aquel solo hecho. Exageraba sin duda la importancia del caso al compararlo con la hazaña de Pinel, quien en el siglo precedente —y también en la Salpêtrière— había liberado de sus cadenas a los insanos. Las enseñanzas de Charcot fueron provechosas, sin duda, en cuanto sirvieron para imponer una actitud más científica frente a la histeria en los círculos médicos franceses —y lo que es más importante aún— por su influencia sobre Freud en ese sentido, pero influyó poco en los demás países anglosajones e incluso tuvo consecuencias negativas.

Gran parte de las demostraciones de Charcot no pudieron dejar de ser tenidas en cuenta, sin embargo, y quedaron incorporadas al conocimiento científico. Realizó un estudio sistemático y amplio de las manifestaciones de la histeria, estudio que permitió un diagnóstico más preciso de la enfermedad, y demostró al mismo tiempo el carácter histérico de muchas afecciones a las que se atribuía otra índole. Insistió además en que la histeria podía afectar también al sexo masculino, cosa que no debía extrañar ya a nadie desde el momento en que se la incluía entre las enfermedades del sistema nervioso. Su contribución al conocimiento de la histeria traumática demostró tener importancia económica. Pudo demostrar, sobre todo —y esto representó su aporte más valioso—, que podía provocar mediante el hipnotismo, en sujetos predispuestos, síntomas histéricos, parálisis, temblores, anestesia, etc., que coincidían, hasta en sus menores detalles, con los síntomas de la histeria espontánea, tal como se presentaban en sus demás pacientes y como habían sido descritos minuciosamente en la Edad Media, época en que se los atribuía a la posesión por el demonio.

Todo esto significaba que, sea cual fuere la desconocida

base neurológica de la histeria, sus síntomas no sólo podían ser tratados sino también suprimidos por la sola acción de ciertas ideas. Tenían un origen psíquico. Esto conducía a crear un interés médico en la investigación de la psicología de los pacientes, hecho éste cuyas fecundas y variadas consecuencias nos evidencia la historia de los últimos cincuenta años. La psicología misma fue colocada en un pie de independencia que no había conocido absolutamente antes, en la era académica de esta ciencia, lo que posibilitó descubrimientos referentes a las capas profundas de la psique que de ninguna otra manera se hubieran realizado.

Freud volvió a Viena, pues, conmovido por todas estas revelaciones.

Tenía muchas cosas nuevas e incitantes que comunicar. Leyó un trabajo de hipnotismo ante el Club de Fisiología el 11 de mayo, y el 27 de mayo en la Sociedad de Psiquiatría. Sus relaciones con Meynert seguramente no tenían nada que ganar con esto, dado que para éste el tema del hipnotismo era una herejía. Tenía que leer un artículo ante la Gesellschaft der Aerzte (Sociedad Médica) el 4 de junio, teniendo como tema lo que él llamaba su «informe sobre el viaje», pero a causa de lo extenso del programa de esa fecha, la lectura se postergó para el otoño siguiente.

Leyó su trabajo sobre «Histeria en el hombre» el 15 de octubre de 1886, en una sesión presidida por Bamberger. Fue ésta la famosa ocasión a que se refiere diciendo «que tenía el deber de informar a la Sociedad», y que tanta amargura llegó a causarle. Hizo un relato de la forma en que Charcot clasificaba los síntomas histéricos en ataques de cuatro fases: la típica visual, las perturbaciones sensoriales y motoras, y las de las zonas histerogénicas. Esto permitía identificar muchos casos aberrantes por su aproximación más o menos variable al caso típico. Esta definición de los síntomas positivos de la histeria implicaba un cambio respecto a la concepción entonces predominante sobre la misma como una vaga simulación de enfermedad. Según Charcot, no existía ninguna relación entre esta enfermedad y los órganos genitales, ni diferencia alguna en cuanto a sus manifestaciones en el hombre y en la mujer.

Freud descubrió el caso de una histeria traumática que él mismo había visto en la Salpêtrière: se trataba de un hombre que había caído de un andamio. Mencionó, por último, la sugestión de Charcot en el sentido de que algunos síndromes medulares que se observan a continuación de accidentes podían ser de carácter histérico, punto de vista éste proveniente de Estados Unidos, y que hallaba oposición en Alemania. Al hacer esta última observación, ajena en rigor al tema tratado, no demostraba mucho tacto en la ocasión, teniendo en cuenta que entre los neurólogos había bastantes intereses creados en relación con las lesiones del sistema nervioso, que a menudo daban lugar a procesos.

Abrió el debate un neurólogo, Rosenthal, quien sostuvo que la histeria en el varón, si bien era relativamente rara, se podía reconocer muy bien y describió dos casos que había visto veinte años atrás. Un shock psíquico, aun a continuación de lesiones leves, producía a menudo síntomas histéricos, que él suponía originados por un trastorno en la corteza cerebral. Meynert habló de casos de ataques epilépticos consecutivos a vivencias traumáticas, llamándolos epileptoides. A esto agregó, más bien irónicamente, que sería interesante que el Dr. Freud concurriera a su clínica y demostrara allí, sobre dichos casos, la existencia de la sintomatología que había señalado en su conferencia, siguiendo a Charcot. Bamberger dijo que, a pesar de la admiración que sentía por Charcot, no podía encontrar, en todo lo que acababan de decir, nada que fuera nuevo para los médicos de Viena. La histeria masculina era bien conocida. Lo que él ponía en duda era la etiología traumática que se alegaba. Leidesdorf expresó su seguridad de que muchos casos provocados por accidentes ferroviarios afectaban que sufrían de irritabilidad e insomnio a continuación de accidentes leves, pero estos accidentes se debían más bien a un shock que a histeria.

Al escribir más tarde acerca de esta reunión, que parece haberle afectado profundamente, Freud hablaba de «la mala recepción» de que había sido objeto, y a menudo señaló hasta qué punto se había herido. La crónica de la reunión de ningún modo confirma tal cosa, si bien, por supuesto, no se hace

eco de la frialdad de la recepción. En realidad no hubo en ésta nada que pudiera considerarse especialmente notable, puesto que no se apartó mayormente de lo que cabía esperar en tales circunstancias, tanto en este círculo como en la mayor parte de los círculos médicos de esta índole.

Meynert[2] desafió a Freud, sin reticencia alguna, a que demostrara sus asertos prestándoles algún caso de histeria masculina con los síntomas típicos alegados por Charcot, pero todas las veces que Freud encontraba un caso apropiado en el Hospital General los médicos principales, de quienes dependía el uso de ese material para la demostración, le negaban la respectiva autorización. Uno de los cirujanos llegó al extremo de poner en duda los conocimientos de Freud en materia de lenguas clásicas preguntándole si no sabía que la palabra «histeria» provenía del término griego hysteron (sic), que quiere decir útero, hecho éste que por definición excluía al sexo masculino. No mucho después, sin embargo, gracias al joven laringólogo Dr. von Beregszászy, pudo encontrar en otra parte el paciente que buscaba. El caso fue presentado ante la Sociedad Médica el 26 de noviembre de 1886, y el oftalmólogo Dr. Königstein presentó un informe sobre los síntomas oculares el 11 de diciembre. Presidía Exner.

Habían pasado aproximadamente cuarenta años, y todavía Freud se refería al incidente con cierta amargura. «Esta vez fui aplaudido, pero el interés que les merecía no pasó de esto, la impresión de que las altas autoridades habían rechazado mis innovaciones quedaba allí, inconmovible, y fui recluido a la oposición, con mi histeria en el hombre y con los casos exhibidos de parálisis por sugestión. Como fui excluido, poco después, del laboratorio de anatomía del cerebro y no tuve dónde dar mis conferencias durante toda una temporada, me retiré de la vida académica y dejé de asistir a las instituciones cien-

2. Meynert, que fue uno de sus principales adversarios, confesó más tarde a Freud, en su lecho de muerte (G.W., II-III, 439) (Obr. Cpl., VII, 119), que él mismo había sido un ejemplo clásico de histeria masculina, pero que había conseguido siempre evitar que se descubriera. Se sabe, además, que era neurótico y excesivamente inquieto y un gran bebedor. Pequeño consuelo —por supuesto— para Freud.

tíficas. Ha transcurrido ya toda una generación desde que visité por última vez la Sociedad Médica».

El conflicto con Meynert continuó. En 1889 Meynert publicó el Wiener Klinische Wochenschrift, en oposición a la teoría de Charcot de que la autosugestión era la causa de las parálisis histéricas, una explicación anatómica, que Freud criticó acerbamente en una nota a las Poliklinische Vorträge, en 1892 (página 100), considerándola «enteramente inadecuada». Según Meynert, el error en que incurría Charcot en su explicación consistía en pasar por alto la existencia de una pequeña rama de la carótida interna, la arterial coroidal. Es evidente que gran parte de su antagonismo con Freud se debe a haberse unido éste a Charcot. Se mofaba de los «deseos de enseñarle» que atribuía a Freud, y agregaba: «Su defensa de la terapia de sugestión me parece tanto más notable cuanto que al partir de Viena (para París) era un médico con una correcta preparación en fisiología». Tenía evidentemente la sensación de que Charcot había seducido a Freud apartándolo del estrecho sendero de la ciencia pura.

Cuando Freud, en su Autobiografía, nos dice que Meynert lo excluyó de su laboratorio a su regreso de París, indudablemente está abreviendo los términos, dado que tal cosa sólo pudo haber ocurrido seis meses más tarde, luego del regreso de su viaje de bodas. Meynert, en realidad, lo había felicitado calurosamente cuando volvió de París, invitándolo además, junto con todos los discípulos que pudiera tener, a trabajar en su laboratorio. Y así lo hizo Freud durante todo ese verano. No cabe duda de que las relaciones se hicieron cada vez más tensas después de las conferencias de Freud sobre hipnotismo en mayo y de su artículo sobre Charcot en octubre, pero no sabemos si el alejamiento fue gradual o repentino. Los indicios que poseemos hacen pensar en lo primero, y después de todo Freud nos cuenta cómo visitó a Meynert en la postrera enfermedad de éste. Además, cuando hablaba de que durante todo un año no tenía donde dar sus conferencias no podía referirse más que a las demostraciones clínicas, y esta dificultad no podía honestamente ser achacada a Meynert, dado que los dos ayudantes de éste tenían sobre el material derechos

que eran anteriores a los de Freud. Éste, en realidad, pudo dar clases en el otoño de ese año, aunque fue sólo de anatomía, y tuvo bastante asistencia.

En el verano de 1886 su vida se redujo a su trabajo en el Instituto de Kassowitz, tres veces por semana, sus traducciones y reseñas bibliográficas y su práctica profesional privada. Esta última, por supuesto, comprendía en su mayor parte pacientes neuróticos, de modo que el problema terapéutico se presentaba con caracteres de una urgencia tal que para los investigadores no existe. Freud hizo sus primeros ensayos valiéndose de la electroterapia ortodoxa, tal como se describía en el texto de Erb. No deja de ser extraño este acatamiento a la autoridad de un hombre que ya estaba al tanto del método catártico de Breuer, por cierto más promisorio. Seguramente la actitud francamente contraria de Charcot contribuyó a que dejara de prestar atención a este método. Pero esta etapa no duró mucho. «Desgraciadamente me vi forzado a comprender, bien pronto, que el seguir tales instrucciones no reportaba ayuda alguna y que aquello que yo había tomado por un compendio de observaciones correctas no era más que producto de la fantasía. El comprobar que la obra que llevaba el nombre de más peso en la neuropatología germana no tenía más relación con la realidad que la de cualquier libro de sueños "oriental", de los que se venden en las librerías de barato, fue doloroso, es cierto, pero contribuyó a arrancar otro girón a esa inocente fe en la autoridad de la que aún no me había liberado».

Durante veinte meses, sin embargo, se limitó a usar la electroterapia, acompañada de algunos recursos auxiliares, tales como los baños y el masaje, y por cierto todavía estaba utilizando estos últimos un poco más allá del noventa. Fue un diciembre de 1887 que volvió a la sugestión hipnótica, que continuó usando en los dieciocho meses que siguieron. Este método le valió a menudo éxitos halagadores, y en lugar de aquella anterior sensación de impotencia le aportaba la satisfacción de verse admirado como un mago. Había asistido, cuando aún era estudiante, a una exhibición pública hecha por el «magnetista» Hansen, y al advertir que una persona hipnotizada se había puesto mortalmente pálida quedó convencido de

la autenticidad de los fenómenos hipnóticos. Antes del viaje a París había visto usar el hipnotismo en aplicaciones terapéuticas, y es posible que haya tratado de ensayarlo él mismo en el sanatorio de Obersteiner, donde pasó algunas semanas durante el verano de 1885. Después de esto tuvo una experiencia amplia en este aspecto, en su estada en la clínica de Charcot. También había usado este método, aunque en forma ocasional, en los comienzos de su ejercicio de la profesión. Es así que cita, por ejemplo, el caso de una paciente italiana a la que trató con hipnotismo, que solía ser presa de un ataque convulsivo cada vez que oía la palabra Äpfel o manzana. Moebius y Heidenhain, en Alemania, tomaban en serio el hipnotismo, pero la mayor parte de los médicos y psiquiatras lo consideraban todavía como una especie de prestidigitación, o algo peor aún. Los ataques en contra eran frecuentes, y a veces violentos. Es así como el mismo Meynert, por ejemplo, escribía en 1889 que «el hipnotismo rebaja al ser humano a la altura de una criatura carente de voluntad y de razón y no hace más que apresurar su degeneración nerviosa y mental... Induce una forma de enajenación artificial». Sería una gran desgracia que se extendiera «entre los médicos esta epidemia psíquica».

Freud propugnaba la causa del hipnotismo con su ardor característico. Hacía reseñas de algunos libros para el Weiner Medizinische Wochenschrift (por ejemplo, el libro de Weir Mitchell titulado *The Treatment of Certain Forms of Neurasthenia and Hysteria* y el de Obersteiner sobre neurología, los dos en 1887) y en 1889 escribió una extensa reseña, de siete páginas, sobre el libro de Forel sobre hipnotismo. Forel fue quien había munido a Freud de una recomendación para Bernheim. La reseña fue una exposición completa y una apreciación justiciera de las posibilidades del hipnotismo. Uno de los primeros indicios de que Freud se estaba pasando de la fisiología a la psicología puede hallarse en su cáustico comentario de que «las observaciones de Forel tienen más que ver con el problema de la hipnosis que con la contraposición de cortical y subcortical y con las reflexiones acerca del ensanchamiento o el angostamiento de los vasos del cerebro». No dejó de aprovechar la oportunidad para rechazar, en términos vigorosos una

reciente pulla de Meynert, que había dicho de él que era «nada más que un hipnotizador». Sostuvo que era un neurólogo, dispuesto a tratar todos los casos en la forma que fuera más apropiada a cada ocasión. En cuanto a los agraviantes términos, antes citados, con que Meynert se había despachado respecto al hipnotismo, Freud dijo lo siguiente: «A la mayor parte de la gente le resulta difícil aceptar el hecho de que un hombre de ciencia que en ciertos terrenos de la neuropatología ha acopiado una gran experiencia y mostrado aguda visión, no sea aclamado a la vez como autoridad en otros problemas, cualesquiera que fueren. Y el respeto a la grandeza, especialmente a la grandeza intelectual, constituye por cierto una de las mejores cualidades de la naturaleza humana. Pero ha de quedar relegado a segundo lugar cuando se trata del respeto a los hechos. No hay porque avergonzarse de admitir esto, cuando en lugar de buscar apoyo en una autoridad, uno se apoya en el propio juicio, formado en el estudio de los hechos».

Pero Freud se encontró con que no siempre era capaz de inducir la hipnosis en sus pacientes, y a veces sólo conseguía hacerlo de una forma poco profunda, insuficiente para sus fines. «Con la idea de perfeccionar mi técnica hipnótica, hice un viaje a Nancy en el verano de 1889, pasando allí algunas semanas. Presencié el conmovedor espectáculo del anciano Liébault trabajando entre las pobres mujeres y los chicos de las clases laboriosas, fui espectador de los asombrosos experimentos que hacía Bernheim con sus pacientes de hospital y recibí la más profunda de las impresiones al comprobar la posibilidad de la existencia de procesos mentales de naturaleza bien poderosa, que se mantenían ocultos, empero, a la consciencia del hombre. Pensando que resultaría instructivo, convencí a una de mis pacientes para que viniera conmigo a Nancy. Se trataba de una mujer histérica altamente dotada, de familia distinguida, que me fue enviada a mí porque nadie sabía qué hacer con ella. Mediante el uso del hipnotismo, conseguí colocarla en condiciones de llevar una existencia tolerable, y estaba siempre en condiciones de aliviarla en su desdicha. Pero en todos los casos la recaída no tardaba en llegar, cosa que yo atribuí, en mi ignorancia, a que su hipnosis no alcanzaba nunca el nivel

del sonambulismo con amnesia. Bernheim, en cambio, logró ese efecto varias veces, pero fracasó también en cuanto a mejorar a la enferma. Me confesó entonces, con toda franqueza, que sus éxitos terapéuticos mediante el uso de la sugestión sólo los obtenía en el hospital, no así con los pacientes de su clientela privada. Mantuve con él muchas conversaciones, llenas de interés, y me encargué de traducir al alemán sus dos libros sobre la sugestión y sus efectos terapéuticos».

Hay en este relato un curioso error, dado que Freud ya había publicado un año antes el primero de los dos volúmenes en cuestión (Die Suggestion), precediéndolo, además, de un extenso prólogo. Había publicado incluso un largo extracto del mismo en el Weinre Medizinische Wochenschrift (1888, página 898). La traducción había sido convenida con sus editores en diciembre de 1887, dieciocho meses antes de su visita a Bernheim.

En el prefacio al primer volumen de Bernheim (1888) se ocupó ampliamente de la controversia que acababa de surgir entre la escuela de Nancy (Bernheim, Liébault, etc.) y la de Salpêtrière de París (Charcot). En líneas generales él defendía a Charcot. Lo que más le irritaba era que, puesto que podía demostrarse que los fenómenos hipnóticos eran producidos por sugestiones, los críticos pudieran sentirse con derecho a alegar que eso sucedía también con los síntomas de la histeria. (El mismo Bernheim se mostraba inclinado a proceder así, tal como enfáticamente lo hizo Babinsky, veinte años más tarde.) Porque en ese caso se perdería todo sentido de las leyes psicológicas que regularmente rigen esa afección, a las que Freud asignaba la mayor importancia. Expuso excelentes argumentos para demostrar que ése no podía ser el caso de la histeria: bastaría para demostrarlo la coincidencia de las descripciones en diversos países y diferentes épocas.

En cuanto a la hipnosis, consideraba que la mayor parte de los fenómenos eran de carácter puramente psicológico, si bien algunos de ellos —la hiperexcitabilidad neuromuscular, por ejemplo— parecen ser fisiológicos. Comentando esta anomalía hizo la aguda observación de que hay que distinguir las sugestiones directas del médico de las que son más indirectas,

que deben ser consideradas más bien como fenómenos de autosugestión y dependen del grado de excitabilidad nerviosa del individuo.

La monótona repetición de sugestiones no tardó en aburrir a Freud. Cuatro años más tarde expresaba de una manera tajante su descontento con el método, con las siguientes palabras: «Ni el médico ni el paciente pueden tolerar indefinidamente la contradicción que comporta el regar decididamente la existencia del trastorno en la sugestión para tener que reconocerlo luego fuera del ámbito de la sugestión».

Tenía la certeza de que había muchos secretos ocultos tras de los síntomas manifiestos, y su inquieta indignación ardía en ansias de penetrarlos. Más tarde escribió que el usar el hipnotismo, ya desde el comienzo lo había hecho no sólo para hacer sugestiones terapéuticas sino también con el propósito de reconstruir la historia del síntoma (el método catártico de Breuer). Tal vez corresponda expresar alguna duda acerca de la fidelidad de su memoria a este respecto. Todo hace suponer que en su comienzo tales exploraciones fueron más bien superficiales. En sus estudios sobre la histeria nos dice que el primer caso en que empleó el método catártico fue el de la señora Emmy v. N., cuyo tratamiento comenzó el 1.° de mayo de 1889, cuando hacía 18 meses que venía usando el hipnotismo. No podemos suponer que en este primer intento, en que utilizó el sonambulismo profundo, haya podido realizar una exploración de verdadera hondura, y en efecto parece haber basado en gran parte el tratamiento en la sugestión terapéutica directa combinándola, como era lo usual, con masaje, baños y reposo. Pudo comprender, en esa portunidad, que la razón por la cual muchos efectos favorables de la sugestión hipnótica resultaban transitorios era porque tenían su origen en el paciente mismo, en su deseo de complacer al médico, y era por eso que podían desvanecerse tan pronto se interrumpía el contacto. Se echaba de ver, además, que Freud se hallaba aún completamente bajo la influencia de las enseñanzas de Charcot acerca de la importancia de los traumas en la sintomatología de la histeria. Si a la paciente, en su infancia, un hermano le había tirado encima un sapo, esto bastaría para explicar la

fobia ulterior de aquélla a los animalitos de esa índole. El concepto de pensamientos personales (deseos) inaceptables no se registra, por primera vez, sino tres años después de esta época.

Un artículo de Freud de 1892 nos informa de una cura exitosa mediante el uso de hipnotismo. Se trata de una mujer que, a pesar de su intenso deseo de dar el pecho a su bebé, se veía impedida de hacerlo a causa de diversos síntomas histéricos: vómitos, anorexia nerviosa, insomnio y agitación. Bastaron dos sesiones de sugestión hipnótica para hacer cesar los síntomas, y lo mismo sucedió un año más tarde al nacer otra criatura. Los comentarios de Freud sobre el caso fueron un tanto excesivos por su extensión. Se ocupa principalmente de la existencia de lo que denominaba las «ideas antitéticas» que obstaculizaban las intenciones conscientes. En este sentido, hacía una interesante comparación entre su modo de actuar en la neurastenia y en la histeria respectivamente. En el primer caso el sujeto tiene conocimiento del conflicto, y aunque ve debilitada, por éste, su voluntad, encuentra la manera de realizar su propia intención. Lo que caracteriza a la histeria, en cambio, es que el sujeto ignora el hecho mismo de algo que se opone a su intención, pero se encuentra con que su voluntad se halla trabada, como en el caso en cuestión, por un trastorno físico producido por las «ideas antitéticas». Freud no se propuso investigar qué ideas eran ésas ni a qué se debía la existencia de esa especie de voluntad opuesta a las intenciones conscientes del sujeto. Consideraba simplemente que había que admitir su existencia, agregando solamente que se manifestaban de una manera vigorosa o bien imponían su poder en momentos de excitación o de agotamiento del individuo. El estado de agotamiento debilita mucho más la «consciencia primaria» (el yo) de lo que debilita las ideas antitéticas que se oponen a ésta y le son ajenas, hallándose a veces enteramente disociadas de la misma. Esto parecería vincularse a los conceptos de Breuer, en el sentido de que los síntomas neuróticos tienen su origen exclusivamente en un estado psíquico especial (su «estado hipnótico»), que Freud describía simplemente como un estado de agotamiento.

Llegamos ahora al tema capital del pasaje del método ca-

tártico al de la «asociación libre», en el que tiene su origen el psicoanálisis. Sólo gracias al método por él ideado, pudo Freud penetrar en el reino hasta entonces desconocido, del inconsciente propiamente dicho, y llevar a cabo los profundos descubrimientos que en forma imperecedera se hallan unidos a su nombre. El haber forjado este método constituye una de las dos grandes hazañas en su vida científica. La otra es su autoanálisis, gracias al cual aprendió a explorar la vida sexual temprana del niño, y dentro de ésta, el famoso complejo de Edipo.

La manera clásica en que un gran genio hace un descubrimiento o un invento es mediante un repentino chispazo de intuición, y en la historia de la ciencia abundan los dramáticos relatos de episodios de esa índole. En cuanto a Freud nos vemos obligados a declarar que, por mucho que resulte decepcionante para quienes se regocijan con tales relatos, el caso es enteramente diferente. Si bien poseía una intuición bastante rápida, que en los años de su madurez funcionaba con toda soltura, hay razones para suponer que en los años que hasta ahora hemos venido historiando, y particularmente entre 1875-1892, sus progresos fueron lentos y laboriosos. Los avances trabajosos y penosos parecen haber sido la característica de esos años, en los que la comprensión creciente del tema sólo era resultado de una ardua tarea. Se había sentido impresionado por la descripción que había hecho Charcot de su propia manera de trabajar: contemplar los hechos una y otra vez hasta que éstos mismos comenzaban a hablarle. Hay en esto algo de la propia actitud de Freud. Pero en la década a partir del noventa —una vez que se había puesto en camino—, las cosas ya marcharon de otro modo. Uno tras otro, en rápida sucesión, se sucedieron los adelantos en la comprensión de los fenómenos. Agregados al duro trabajo y a la ardua reflexión, las variaciones de ánimo y la intuición llegaron a cobrar aún más importancia que aquéllos. En los primeros años de esa década parece haberse producido en él un cambio importante —uno de los varios que se registran en su vida—, y en el verano de 1895 (el 5 de julio), tres meses después de la publicación de sus Estudios sobre la histeria, Breuer escribía a Fliess, amigo de ambos: «La inteligencia de Freud está alcanzando su

máxima altura. Lo sigo con la vista como una gallina que contempla el vuelo de un halcón».

No es posible establecer la fecha del descubrimiento de método de la «asociación libre». Lo único que podemos decir es que fue desarrollándose de una manera muy gradual entre 1892 y 1896, en un proceso de constante refinamiento, durante el cual fue liberándose de los recursos concomitantes —la hipnosis, la sugestión, el apremio, el interrogatorio— junto a los cuales fue surgiendo. Pero se pueden discernir algunas de las etapas de este proceso, y esto es lo que trataremos de hacer ahora.

En los *Estudios sobre la histeria* se habla de dos casos del año 1892. La investigación, aquí, se halla ya en un nivel muy diferente al del caso de Frau Emmy, antes mencionado, y que fue tratado tres años antes. Freud había enriquecido, naturalmente, su experiencia con el método catártico durante esos tres años. Pero muchos de sus pacientes no los pudo hipnotizar —o, por lo menos, hipnotizarlos tan profundamente como a él le parecía necesario— y Freud los consideró inadecuados para el método catártico.

Éste fue uno de los motivos que lo impulsaron a buscar otro método en cuyo uso no dependiera de la susceptibilidad de los pacientes al hipnotismo. El otro motivo fue su creciente comprensión de la naturaleza del hipnotismo en sí mismo. Había aprendido que las mejorías en el tratamiento —tal como ocurrió en el caso de Frau Emmy, antes mencionado— dependían de la relación personal entre pacientes y médico, y que desaparecían cuando se disolvía ese vínculo entre ambos. Cierto día una paciente se abalanzó sobre Freud y le rodeó el cuello con sus brazos, pero el inesperado incidente pudo solucionarse rápidamente gracias a la oportuna entrada de una sirvienta. Desde ese momento comprendió que aquella relación especial de tanta eficacia terapéutica, tenía una base erótica, ya fuera oculta o manifiesta. Veinte años más tarde hacía la observación de que los fenómenos transferenciales le habían parecido siempre una prueba irrefutable de la etiología sexual de las neurosis. A diferencia de Breuer, lleno de susto en una ocasión similar, Freud consideró el problema como de interés científico

general, pero estaba ansioso, más que nunca, por librarse del antifaz del hipnotismo. Años más tarde explicó cómo éste enmascara los importantes fenómenos de la resistencia y la transferencia, características esenciales de la práctica y la teoría psicoanalíticas. Éste fue, sin duda, el motivo principal que le llevó a abandonar el hipnotismo, lo cual puede considerarse como el momento decisivo de la transición del método catártico de Breuer al psicoanalítico.

Mientras asistía a la señorita Elisabeth von R., cuyo tratamiento había iniciado en el otoño de 1892, se encontró con que la paciente era refractaria al hipnotismo. Decidió insistir, sin embargo, pese a la situación aparentemente sin esperanzas que planteaba. Lo que le llevó a ello fue el recuerdo de una observación de Bernheim en el sentido de que las cosas que se experimentan durante la hipnosis son olvidadas después tan sólo en apariencia y que para traerlas nuevamente a la memoria bastará con que el médico insista con bastante energía ante el paciente en que éste las conoce. Freud tuvo la intuición de que esto podría aplicarse también a los recuerdos olvidados, en el caso de la histeria. Ensayó para ello lo que llamó una técnica de «concentración», «que más tarde transformé —dice— en un método». El caso de la señorita Elisabeth fue el primero en que Freud dejó de lado el hipnotismo para usar la nueva técnica. Es interesante hacer notar que también fue el primero en que se sintió satisfecho con lo completo que resultaba lo que denominó «análisis psíquico».

He aquí el método. Se pedía a la paciente, que se hallaba recostada y con los ojos cerrados, que concentrara su atención en un determinado síntoma y que tratara de recordar todas las cosas que pudieran ayudar a explicar el origen del mismo. Cuando no daba resultado, Freud le ponía la mano en la frente, realizando cierta presión, a la que le aseguraba que de este modo le vendrían ciertos pensamientos o recuerdos que de otro modo no aparecían. Sucedía a veces que reiterando la presión con la mano, nada ocurría, al parecer. Pero insistiendo, y acaso después de tres veces, la paciente decía lo que le había venido a la mente, aclarando, sin embargo: «pude habérselo dicho la primera vez, pero no creí que fuera eso lo que usted quería».

Las experiencias de esta índole fortalecieron su confianza en el método que había ideado, y que ahora le parecía infalible. Le indujeron también a dar a la paciente la orden de desestimar toda clase de censura y expresar todo pensamiento que se le ocurriera, aun cuando le pareciera que no venía al caso o no tenía importancia, o bien fuera muy desagradable. Esto constituyó el primer paso hacia lo que luego fue el método de la asociación libre.

Freud insistía todavía en el método de apremiar, presionar e interrogar, labor que le parecía difícil, pero indispensable. Pero en una ocasión —que resultó histórica— la paciente, señorita Elisabeth, le reprochó que con sus preguntas interrumpiera el curso de sus pensamientos. Freud aprovechó la sugestión [3], y con ello dio otro paso hacia la asociación libre.

El nuevo procedimiento una vez iniciado, adquiría cada vez más soltura, pero sólo en forma gradual. Freud continuaba usando el hipnotismo en todos los casos en que le era posible, si bien únicamente en ciertas etapas del tratamiento, y sólo renunció finalmente a ese recurso terapéutico en 1896, cuatro años después de haber comprobado por primera vez que sería factible prescindir de su uso. Por otra parte a medida que se afirmaba en la creencia de que la relajación de la censura ejercida por la consciencia traía como secuencia inevitable la aparición de los recuerdos de importancia, sentía menos la necesidad de apremiar, presionar o dirigir de algún modo los pensamientos del paciente. Abandonó así la práctica de apremiar, y lo mismo hizo en cuanto a la presión ejercida con la mano sobre la frente. En cuanto a cerrar los ojos, todavía defendía el procedimiento en la *Interpretación de los sueños* (1900), si bien es posible que sólo se tratara del autoanálisis. En 1904 afirmaba ya que tampoco era necesario. El único vestigio que aún quedaba del viejo período de la hipnosis era el hecho de permanecer el paciente acostado sobre un sofá, cosa que todavía hoy se considera deseable en la gran mayoría de los casos. Durante

3. Uno de los incontables casos en que el paciente señala el camino al médico. El método de «limpiar la chimenea» («chimneysweeping») utilizado durante la autohipnosis (es decir, el método catártico de Breuer) fue en realidad un descubrimiento de la señorita Anna O.

mucho tiempo, sin embargo, siguió utilizando los síntomas como punto de partida, y este hábito se vio fortalecido cuando se planteó la cuestión de analizar sueños, ya que en esta labor se impone tomar sucesivamente como puntos de partida, uno tras otro, los diferentes contenidos de los mismos.

El capítulo sobre psicoterapia en los estudios sobre la histeria (1895) ofrece una aproximación tal al futuro método de la asociación libre como para justificar el hecho de considerárselo generalmente como el punto de partida del método psicoanalítico. Todavía hablaba entonces, sin embargo, del «método catártico de Breuer», si bien se refería a menudo al «análisis psíquico». Es en este capítulo donde nos encontramos con la afirmación siguiente, como hecha al azar, pero de todos modos heroica: «Mucho habremos hecho el día que logremos convertir las desdichas del histérico en un caso común y corriente de desdicha».

La denominación de «psicoanálisis» fue utilizada por primera vez en un artículo publicado en francés el 30 de marzo de 1896. En alemán es empleada por primera vez el 15 de mayo del mismo año, pero los dos artículos habían sido despachados el mismo día (5 de febrero). El 7 de julio de 1897 señalaba a Fliess que su técnica comenzaba a seguir una senda propia, como si le correspondiera por naturaleza. Este desarrollo autónomo del psicoanálisis, sin los puntos de partida anteriormente utilizados, se convirtió posteriormente en una de sus características más llamativas. Un año más tarde (1898) habla de progresos en su método que le permitían confiar plenamente en él. Creo que podemos pensar que el método de la asociación libre ya era realmente libre en ese momento, si bien se fueron introduciendo posteriormente continuas mejoras.

A simple vista la modificación que condujo a este método pudo haber parecido rara, puesto que significaba dejar de lado una búsqueda que tenía un propósito y una finalidad bien definidas a cambio de algo que sólo parecía un vagar ciego e incontrolado.

Puesto que se trata de un paso indudablemente decisivo en la vida científica de Freud —dado que de él surgieron todos sus descubrimientos—, surge naturalmente el interés de saber

cómo llegó a producirse y qué motivos habían impulsado a Freud en ese sentido. Cuatro consideraciones parecen pertinentes en este sentido. En primer lugar, ya hemos insistido en que no se trataba de una decisión tomada repentinamente, sino de un proceso gradual. Algunos pacientes, al pedírseles que trataran de hacer revivir el recuerdo de las circunstancias en que habían aparecido sus síntomas, especialmente cuando se hallaban en un estado mental de relajación, reaccionaban dejando vagar sus pensamientos de una manera difusa. Freud había aprendido a no interrumpir ese flujo, como lo habrían hecho la mayor parte de los médicos, y para esto halló ayuda en una paciencia poco común y en cierta tendencia pasiva que había en él que encontraba placer en renunciar a un vehemente control o a una constante intervención perturbadora de los pensamientos del paciente. Se trataba evidentemente de un cambio decidido en relación con la anterior actitud de presión de la mano y de apremio.

Freud estaba, por otra parte, profundamente imbuido de los principios de casualidad y determinismo, tan prominentes en la escuela de Helmholtz, que imperó en su disciplina científica de los primeros años. En vez de desestimar esas asociaciones desprovistas de todo orden, tachándolas, como otros podrían haber hecho, de casuales, inconexas y sin sentido, Freud sintió intuitivamente que debía haber una instancia psíquica determinada, aunque oculta, encargada de guiar y determinar el curso de esos pensamientos. Lo único que confirmaba esa pretensión era el comprobar que cada tanto surgía un pensamiento o un recuerdo que revelaba el sentido de una serie de asociaciones anteriores.

Desde muy temprano había comprobado en sus pacientes una inconfundible actitud de desgana en cuanto a poner de manifiesto ciertos recuerdos que les resultaban penosos o indeseables. Dio el nombre de «resistencia» a esta actitud, y bien pronto lo relacionó con la «represión» que conducía al reemplazo de estos recuerdos por síntomas. No debe haber sido muy difícil llegar a suponer que ese vagar de los pensamientos era la expresión de aquella resistencia, un intento de dilatar la aparición del recuerdo importante, y que a pesar de todo el

curso que seguían se hallaba íntimamente ligado a éste. De esta manera quedaba justificada la paciencia con que Freud seguía estas series de pensamientos, con la más intensa atención y en sus menores detalles.

De carácter mucho menos visible, y acaso más instructiva que las anteriores, es la consideración siguiente. Cuando Freud depositó su confianza en el valor de las asociaciones libres dijo que estaba «siguiendo una oscura intuición». Poseemos ahora una clave reveladora del origen de esta interesante intuición. Cierto autor de nombre Ludwig Börne había escrito en 1823 un ensayo que llevaba el atrayente título de «El arte de convertirse en escritor original en tres días». Terminaba con las siguientes palabras: «He aquí la receta que prometí dar. Tome hojas de papel y durante tres días sucesivos escriba, sin falsedad ni hipocresía de ninguna clase, todo lo que le venga a la cabeza. Escriba lo que opina de sí mismo, de sus mujeres, de la guerra de Turquía, de Goethe, del proceso criminal de Fonk, del Juicio Final, de todos aquellos que tienen más autoridad que usted... y cuando hayan pasado esos tres días usted quedará pasmado ante el reguero de novedosos y asombrosos pensamientos que han brotado de su mente. Éste es el arte de transformarse en tres días en un escritor original».

Börne fue —nos relata Freud— uno de sus autores favoritos, el primero que conquistó su entusiasmo. A los catorce años le fueron regaladas sus Obras Completas, y fueron éstos los únicos libros que conservó de sus años de adolescencia. Medio siglo más tarde recordaba muchos pasajes pertenecientes al volumen en que se encuentra el ensayo en cuestión, pero no así las líneas más arriba citadas. Podemos estas seguros, sin embargo, de que la sorprendente sugestión de Börne se había gravado bien hondo en la mente de Freud, entrando en acción veinte años más tarde, al inducirle a permitir a sus pacientes el libre juego de sus pensamientos.

Se comprende muy bien que Börne haya representado tanto para Freud en su adolescencia. Se trataba de un hombre muy notable, dotado de un concepto de la vida que debe haberle resultado muy simpático a Freud, y esto no sólo en sus años juveniles. Ludwig Börne (1786-1837), que había adoptado

este nombre en 1818, en lugar del suyo propio (Baruch Löb), fue un idealista, un luchador por la libertad, la honestidad, la justicia y la sinceridad, y que se opuso siempre a la opresión. Desempeñó un papel en la Freiheitskrieg alemana contra Napoleón, pero atacó a los regímenes reaccionarios que vinieron luego. Vivió por un tiempo en París, donde conoció al joven Heine, cuyo cinismo irreverente, empero, fue poco de su agrado. Las tumbas de Börne y Heine fueron las únicas que Freud buscó en su visita al Père Lachaise.

La primera cosa que observó Freud en su empeño de descubrir el origen de los recuerdos de sus pacientes era que éstos no se detenían en el punto de partida de un síntoma, ni siquiera en el desagradable «acontecimiento traumático» que parecería ser su causa, sino que insistía en su marcha hacia atrás, en forma ininterrumpida. La formación científica de Freud le hizo enfocar esta cadena casual como una conexión legítima, aun cuando la acción de los factores aparentes no se manifestaba en primer plano. Los recuerdos proseguían constantemente en su marcha hacia el pasado, hasta la niñez misma, y Freud vio que aquí se encerraba alguna explicación acerca de la antigua controversia sobre la importancia de la disposición heredada, por un lado, y por el otro los factores adquiridos (traumáticos). Su propia opinión acerca de este punto estuvo oscilando durante mucho tiempo. Estaba comprendiendo ahora que las vivencias tempranas unidas o no a la herencia, constituyen la predisposición.

Era dado a observar que un acontecimiento traumático, indudablemente implicado en la génesis del síntoma, pero en apariencia enteramente banal en sí mismo, producía su efecto únicamente si se asociaba a una experiencia (o una actitud) temprana que de por sí no era ni traumática ni patógena: ésta era la «predisposición» necesaria para que el acontecimiento traumático pudiera convertirse en patógeno. Freud designó esta manera de reaccionar a un acontecimiento ulterior de acuerdo con las asociaciones tempranas con el nombre de «regresión», y no dudó desde el primer momento de que había hecho un descubrimiento notable.

También fue notando, cada vez más, que una considerable

proporción de los recuerdos importantes se referían a vivencias sexuales, si bien al comienzo no estaba en condiciones de deducir de este hecho ninguna conclusión de carácter general. Era una conclusión para la cual no estaba preparado y que le produjo no poco asombro. Pero una vez que su atención fue atraída en esa dirección, comenzó deliberadamente a hacer preguntas a sus pacientes acerca de su vida sexual, cosa que, como no tardó en comprobar, tuvo un efecto desastroso en la clientela.

La progresiva acumulación de pruebas acerca del papel que corresponde a los factores sexuales en las neurosis fortaleció la sensación que en cierto modo tenía de que había contribuido a aclarar un tema de importancia. Al comienzo se gloriaba de un descubrimiento espontáneamente realizado por él mismo, pero mucho más tarde, reflexionando sobre el tema, vinieron a su memoria tres hechos curiosos que sin duda habían influido en el curso de sus pensamientos y los había guiado, sin que él se diera cuenta en absoluto de este proceso. En 1914 hizo una vívida descripción de esos hechos, de la que aquí vamos a extractar lo esencial. La primera de las anécdotas tenemos que situarla en una época temprana de su carrera, cuando aún era un «joven médico de hospital», ya que la segunda, que se refiere a Charcot, es, según Freud declara, de «algunos años más tarde». Debemos situar la primera, por lo tanto, entre 1881 y 1883. Fue Breuer quien le observó, comentando el comportamiento neurótico de una paciente, que tales asuntos tenían siempre relación con secretos del lecho matrimonial. La segunda anécdota se refiere a una explicación que Charcot daba a su ayudante Brouardel, muy enfáticamente —y que a Freud le fue dado oír—, en el sentido de que en ciertos trastornos nerviosos se trataba siempre de la *chose génitale*. La tercera anécdota se refiere al ginecólogo Chrobak, a quien Freud consideraba «quizás el más distinguido de los médicos de Viena». Wittels cuenta de él que tenía en la sala de lectura un gran letrero de grandes dimensiones con la siguiente inscripción: «Primum est non nocere» [1]. En una ocasión en que pidió a

1. «Lo primero de todo: no hacer daño».

grave ansiedad y cuyo esposo era completamente impotente, agregó que el único remedio para el caso era tal que resultaba imposible describirlo: dosis repetidas de pene normal.

Dos de esos médicos —nos relata Freud— negaron posteriormente haber hecho tales observaciones, y era de presumir que el tercero, Charcot, probablemente habría hecho lo mismo de haberse dado la oportunidad de plantearle la cuestión. Y agregaba, con toda razón, que una cosa es un chispazo ca-Freud que se hiciera cargo de una paciente que padecía de una sual de intuición, que a menudo ni siquiera se recuerda después, y otra, muy diferente, el tomar en serio una idea, elaborar a fondo todas sus complejas implicaciones e imponerla a la opinión general; es lo mismo que media entre un simple flirt y el matrimonio con todas sus obligaciones y dificultades.

El mismo Freud se había sentido un tanto molesto frente a aquellas observaciones, aparentemente cínicas. No solo no las tomó en serio, sino que en verdad las desterró de su pensamiento. El pasaje que reproducimos a continuación, perteneciente a un importante artículo escrito en 1896, nos demuestra hasta qué punto había llegado a borrar de su memoria, por muchos años, tales recuerdos: «Lo único que quiero observar es que en mi caso al menos no existía una opinión preconcebida que me indujera a destacar especialmente el factor sexual en la etiología de la histeria. Los dos investigadores de quien yo fui discípulo cuando comencé a trabajar en esta materia, Charcot y Breuer, se oponían enfáticamente a un tal preconcepto. Mostraban, en efecto, una especial inclinación a rechazarlo, inclinación que en un principio he compartido».

Ahora Freud se hallaba en una situación de divergencia cada vez mayor con respecto a sus «respetables» colegas, que ocupaban por otra parte, posiciones de superioridad con respecto a él. En primer término fue lo referente a la histeria masculina y a la importancia del trauma, en 1886, luego el carácter de seriedad que él adjudicaba al tema mismo de la histeria, seguido esto por su creciente interés en el tema aún más sospechoso del hipnotismo, y no mucho tiempo después la valoración de los factores sexuales en las neurosis. La amplia experiencia acerca de éstas a que se refiere en su trabajo

sobre la neurosis de angustia (1895) demuestra que esa valoración había comenzado varios años atrás. La forma en que reaccionó ante la situación que se creó fue más bien de desafío. Sentía que estaba llevando a cabo una cruzada revolucionaria contra las convenciones usuales en medicina, o en todo caso contra sus superiores y mayores que él en Viena, y aceptaba su misión de todo corazón.

Pero aún quedaba en él, al mismo tiempo, una necesidad juvenil de apoyo y de dependencia, en medida suficiente como para aceptar de muy buen grado la posibilidad de unir sus fuerzas a las de algún otro colega que se hallara en una posición más firme que la de él. Naturalmente fue Breuer el primero en quien hubo de pensar.

En los últimos años que precedieron al 90 y sobre todo en los primeros años que siguieron a esa fecha, Freud trató de reanimar el interés de Breuer en los problemas de la histeria o de inducirlo al menos a dar a conocer al mundo el descubrimiento que había hecho su paciente señorita Anna O. Pero hallaba en esto una gran resistencia, cuyo motivo no supo explicarse al comienzo. Aun cuando Breuer ocupaba una posición en mucho superior a la de Freud, a quien llevaba además catorce años, era éste, ahora, a quien por primera vez tocaba adelantarse al otro. Lentamente comenzó a comprender que la mala disposición de Breuer se relacionaba con su inquietante experiencia con Anna O., que tuvimos ocasión de narrar en este mismo capítulo. Freud le relató entonces cómo a él también le había ocurrido que una paciente repentinamente le echó los brazos al cuello, en un transporte de cariño, y le explicó las razones que tenía para considerar que tales embarazosas incidencias eran parte de los fenómenos de transferencia característicos de ciertos tipos de histeria. Esto pareció tranquilizar a Breuer, quien evidentemente había interpretado de una manera más personal lo que le había ocurrido con la paciente, y hasta quizá se había reprochado no haberla tratado con la debida discreción. De todas maneras Freud consiguió finalmente la cooperación de Breuer, quedando entendido que el tema de la sexualidad no sería expuesto en primer plano. Evidentemente el comentario de Freud había causado una honda impresión a

Breuer, dado que, como se ve, por lo que dijo a propósito del fenómeno de la transferencia, cuando se hallaba preparando en colaboración los Estudios sobre la histeria: «Creo que ésta es la cosa más importante que los dos tenemos que comunicar al mundo».

Publicaron primeramente, entre los dos, en el Naurologisches Centralblatt, en enero de 1893, un artículo titulado *El mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos,* trabajo que tuvo importancia histórica [5].

A ese trabajo en colaboración siguió, a dos años de distancia, el conocido libro de *Studien über Hysterie* (Estudios sobre la histeria) (1895), del que se considera habitualmente que señala los comienzos del psicoanálisis. Comprende, en primer término, una reedición del trabajo en colaboración del que acabamos de hablar, y a continuación vienen cinco historias clínicas, luego un ensayo teórico de Breuer, para cerrarse con un capítulo de Freud sobre psicoterapia.

El primero de los historiales, pertenecientes a Breuer, era el de Frl. Anna O., la paciente que inventó el método catártico. Los otros cuatro pertenecían a Freud. El primero y el último de éstos, el de Frau Emmy y el de Frl. Elisabeth respectivamente, ya han sido mencionados. El segundo era el de una gobernanta inglesa de Viena, Miss Lucy, cuyos síntomas resultaron ser consecuencia de la represión de un prohibido vínculo afectivo con su patrón. Fue al referirse a este caso (1892) cuando por primera vez describió claramente cómo el proceso activo de represión de una idea inadmisible trae como resultado la sustitución de esa idea por una inervación somática («conversión»). Se trataba ya de algo enteramente diferente del hecho de sufrir un trauma, una desdicha que le es inflingida a uno. En el otro historial que completaba la serie relataba la patética historia de una joven de dieciocho años, Katherina, a quien Freud halló en un refugio de los Altos Alpes. Al saber que era un médico imploró su ayuda, pues padecía de graves síntomas de angustia. En una sola entrevista pudo descubrir el

5. Apenas tres meses más tarde F. W. H. daba una reseña de este trabajo que fue publicada en Londres.. ¡en junio de 1893!

origen de sus transtornos, y muy probablemente aliviarla también en su sufrimiento.

El libro no fue bien recibido en el mundo médico [6]. Una reseña, muy negativa, hecha por el famoso neurólogo alemán Strümpell, parece haber sido lo que más desanimó a Breuer, en tanto que Freud, según nos dice, no tuvo inconveniente en reírse de la incomprensión por el crítico: «La autoconfianza de Breuer y su capacidad de resistencia no se había desarrollado tan cabalmente como el resto de su organización mental».

Se tomó buena nota del libro en diversos círculos, no sólo en los de la profesión médica. Una de las reseñas merece ser especialmente recordada, por la perspicacia y la visión del futuro que de ella trasciende. Apareció en la Neue Freie Presse, el principal cotidiano de Viena, el 2 de diciembre de 1895, y llevaba por título «Cirugía del alma» (Seelenchirurgie). Su autor era Alfred von Bergner, profesor de Historia de la Literatura en la Universidad y director del Teatro Imperial de Viena, poeta, historiador de la literatura y crítico dramático. Después de seguir los casos historiados con admiración y comprensión, hacía esta significativa predicción: «Vagamente concebimos la idea de que será posible algún día aproximarse a los más íntimos secretos de la personalidad humana.» «La teoría en sí misma —proseguía luego— no es otra cosa que el género de psicología utilizado por los poetas.» A continuación pasaba a ilustrar esta tesis citando obras de Shakespeare y calificando el infortunio de Lady Macbeth de «neurosis de defensa».

Se imprimieron ochocientos ejemplares de la obra, de los cuales se habían vendido, al cabo de trece años, 626. Entre ambos autores percibieron 425 gulden (£ 18 cada uno).

Habían surgido divergencias científicas sobre la teoría de la histeria entre los dos autores pero no fueron éstas ni la decep-

6. Hacía excepción a esto una reseña completa y favorable de Mitchell Clarke en Brain (1896, 401-14). El mismo Clarke, digamos de paso, proporcionó varios años más tarde, a quien esto escribe, que ya estaba familiarizado con los trabajos de neurología de Freud, la primera noción acerca de su labor psicopatológica.

Dos años más tarde otro escritor inglés, que era nada menos que Havelock Ellis, hizo, en un artículo sobre la histeria, una reseña del libro de Freud y Breuer, así como también de otras publicaciones de Freud sobre el tema.

cionante acogida que se dispensó al libro la causa determinante de que allí mismo terminara la colaboración entre ellos, cosa que ocurrió en el verano de 1894. El hecho se debió a la falta de disposición de parte de Breuer para seguir a Freud en la investigación que éste hacía de la vida sexual de sus pacientes, o más bien en las conclusiones de largo alcance que de allí hacía derivar Freud. Que las perturbaciones de la vida sexual fueran el factor esencial tanto en la etiología de las neurosis como de las psiconeurosis era una doctrina que Breuer no podía digerir fácilmente. ¡Y en esto no era el único, por cierto!

Con todo eso —¡cosa extraña!— fluctuaba de un extremo a otro. Cierto que no llegó a suscribir nunca el punto de vista de que las perturbaciones sexuales constituyen las causas invariables específicas de las afecciones neuróticas, pero no dejó de avanzar bastante en ese sentido. Así por ejemplo, en el capítulo sobre teoría que compuso para los Studien über Hysterie nos encontramos con pasajes como éstos: «El instinto sexual constituye seguramente la fuente más poderosa de incrementos duraderos de la excitación (y de las neurosis, por ello)...» «Que un conflicto de esta clase entre ideas incompatibles tiene un efecto patógeno es cosa que nos muestra la experiencia diaria. Es cuestión principalmente, de ideas y procesos pertenecientes a la vida sexual.» «Esta conclusión (acerca de la predisposición para la histeria) implica por sí misma que la sexualidad constituye uno de los grandes componentes de la histeria. Pero vamos a ver que el papel que desempeña es mucho mayor aún, y que contribuye de las más diversas maneras a la instauración de la enfermedad...» «La mayor de las ideas reprimidas, y las más importantes, que conducen a la conversión (histérica) poseen un contenido sexual.» El mes en que aparecían los Studien escribía Freud a su amigo Fliess: «Te resultaría difícil reconocer a Breuer. Una vez más, uno no puede dejar de quererlo sin ninguna reserva... Se ha convertido por entero a mi teoría de la sexualidad. Es ahora un hombre completamente distinto del que nos hemos acostumbrado a ver en él.» Nuevamente, unos pocos meses apenas después de esto, en una reunión del Doktorencollegium (Colegio de Médicos) Breuer habló cálidamente en favor de la obra de Freud y manifestó su

acuerdo con sus ideas sobre la etiología sexual. Pero cuando Freud le manifestó luego su agradecimiento, se apartó de él diciendo: «No creo una sola palabra de todo esto.» La relación entre ambos, naturalmente, se enfrió, toda colaboración ulterior resultaba imposible y tras la amistad personal mantenida durante veinte años se produjo un distanciamiento.

Por sí solas, las divergencias de carácter científico no bastan para justificar la amargura con que Freud se refiere a Breuer en la correspondencia inédita con Fliess correspondiente a la última década del siglo. Si recordamos lo que Breuer significó para Freud en la década anterior, su generosidad para con él, su simpatía llena de comprensión y esa mezcla de jovialidad y de estímulo científico que constantemente irradiaba, el cambio sobrevenido no dejaba de ser realmente inquietante. Mientras que antes no había una sola palabra de crítica para Breuer, el hombre perfecto, ahora no se oye hablar más de sus buenas cualidades, y sí sólo del efecto irritante que su presencia producía en Freud. El cambio, por supuesto, no fue repentino. Si bien se lamentaba más tarde del trabajo que le había costado el decidir a Breuer a trabajar en colaboración con él con fines de publicación, en abril de 1894 todavía se hallaba en términos suficientemente amistosos con él como para consultarle sobre su salud. Pero después de ese verano ya no volvieron a colaborar nunca más. El cambio más brusco de los sentimientos de Freud en este sentido se produjo en la primavera de 1896, fecha que coincide con la iniciación del período más apasionado de sus relaciones con Fliess. En febrero escribía a este último que era imposible seguir adelante con Breuer, si bien apenas una semana después admitía que era doloroso pensar que Breuer se hallara tan enteramente fuera de su vida. Un año más tarde se sentía contento de no verlo más: el solo volverlo a ver le inclinaría a emigrar. Se trata de términos fuertes, pero los hubo más fuertes aún, que no hay necesidad de reproducir aquí.

Eran precisamente los años de la etapa más revolucionaria de Freud, tanto desde el punto de vista intelectual como del afectivo. El boicot a que se lo estaba sometiendo provocaba en él una respuesta de desafiante rebeldía. Y cuando más necesitado se hallaba de un compañero con quien compartir esto,

el único hombre que tenía los conocimientos necesarios para el caso, y que fue además quien lo puso en ese camino, no hacía más que atemperar su ardor y abandonar la lucha.

Pero el asunto tenía un aspecto aún más personal. Claramente se ve que Freud se sentía molesto por la vieja deuda de gratitud con Breuer, deuda que en parte podía estimarse concretamente en términos de dinero. A comienzos de 1898 hizo el primer intento de hacer una amortización. Breuer, que probablemente no se sentía inclinado a aceptar la devolución de algo que desde mucho tiempo atrás debió haber considerado como un regalo, quería descontar cierta suma, que según decía, le debía a Freud por la atención médica de un pariente suyo. Freud parece haber interpretado esto como un intento de prolongar su viejo papel de tutor, y se sintió amargamente resentido por la actitud de Breuer. Dos años después comunicaba a Fliess que gustosamente rompería del todo con Breuer, pero no estaba en condiciones de hacerlo a causa de su vieja deuda en dinero.

Y lo que falta agregar aún a esta poco feliz historia es la necesidad de parte de Freud —que él mismo confesaba—, de abrigar periódicamente intensos sentimientos de amor y de odio, necesidad que aún su autoanálisis no había atemperado.

Las investigaciones sobre lo sexual, que tantas dificultades estaban creando, eran de dos clases. Comenzaron con la observación de la frecuencia con que el análisis de síntomas histéricos (y más tarde de los obsesivos), llevaba a encontrarse con dolorosas experiencias pasadas, de carácter sexual, muchas de las cuales podrían denominarse traumáticas. Impresionado por la importancia de este factor en los tipos clásicos de psiconeurosis, Freud se preguntó qué papel podría desempeñar este factor en las otras formas de transtorno neurótico, que entonces eran agrupadas vagamente bajo la denominación común de «neurastenia».

El concepto de esta última afección, introducida treinta años antes por Beard, había sido muy amplio, en efecto, y Freud consideraba que podría llegar a una clarificación nosológica estudiando no sólo la sintomatología de los diversos casos, sino también sus factores etiológicos específicos. Ofreció una descripción completa de los síntomas característicos de lo que él

propuso denominar «neurosis de angustia», juntamente con los rasgos que permitían distinguirla de la neurastenia por un lado, y por otro lado de las fobias histéricas. Había llegado a éstas conclusiones en 1893 o antes. En una carta privada, hacia fines de 1892, declaraba: «No existe neurastenia ni ninguna neurosis análoga sin una perturbación de la función sexual», y en otra carta de febrero de 1893, hacía una descripción completa de la neurosis de angustia. Estas conclusiones fueron formuladas a comienzos de 1894 y publicadas en un artículo que apareció en enero de 1895, pocos meses antes que los Studien. Fue ésta su primera irrupción, en forma completamente independiente, en el campo de la psicopatología.

Como resultado de sus observaciones, Freud sostenía que todas las veces que se podía investigar en forma completa los síntomas y antecedentes, aparecían factores etiológicos sexuales, que no eran iguales en una y otra forma de afección; por eso las había separado. En la neurastenia había siempre un desahogo insuficiente de la tensión sexual, la mayor parte de las veces a causa de alguna forma de funcionamiento autoerótico. Ya en 1892 había afirmado que «las perturbaciones sexuales constituyen la única causa indispensable de la neurastenia». En la neurosis de angustia[7], en cambio, hay un montante de excitación sexual insoportable que no encuentra desahogo. Los ejemplos más comunes de esto son la frustación característica de la práctica del coitus interruptus y la que se observa en el caso de una pareja de novios castos y a la vez apasionados.

La explicación que da Freud acerca de sus hallazgos clínicos ofrece gran interés en relación con su desarrollo personal. Siempre se había sentido intrigado frente al viejo problema de las relaciones entre cuerpo y psique, y antes que nada había acariciado la esperanza, con sus principios helmholtzianos tan decididamente profesados, de llegar a establecer una base fisiológica del funcionamiento psíquico. Como hemos de ver más adelante, en la década que va de 1888 a 1898 libró una ver-

7. No hay que olvidar que el término original alemán es Angst, que se usa en psicoanálisis con un sentido amplio, que abarca muchas formas y gradaciones del temor, la aprensión, el miedo intenso e incluso el pánico. La palabra inglesa anxiety* resulta suave como traducción del vocablo alemán.

dadera batalla antes de decidirse a renunciar a la idea de hallar una correlación entre actividad somática y actividad psíquica. El nacimiento mismo de ese conflicto en Freud puede advertirse en su teoría sobre la neurosis de angustia. Era un campo muy propicio para esto, ya que son pocos los problemas que resulten tan fundamentales para esta cuestión de cuerpo y psique como lo es el de la angustia.

Fundamentalmente era ésta su explicación: cuando la tensión sexual que surge dentro del cuerpo llega a cierto grado da por resultado, en la psique, al deseo, la libido, que aparece además acompañada de diversas ideas y emociones. Pero cuando por alguna razón este proceso natural es detenido, la tensión se «transforma» en angustia. Ya en 1892 había formulado la siguiente frase: «La neurosis de angustia es producto, en parte, de la inhibición de la función sexual.» He aquí una afirmación que hallamos escrita en bastardilla en su primer artículo: «*Debemos buscar el mecanismo de la histeria de angustia en el hecho de que la excitación sexual somática es desviada del terreno psíquico, y en el uso normal de la misma, debido a esa desviación*». Freud insistía en que la angustia es un efecto físico de este estado de cosas, y que ni la angustia misma ni ninguno de los fenómenos somáticos que la acompañan (palpitaciones, sudor, etc.) son susceptibles de análisis psicológico.

Al referirse al hecho de por qué el resultado de este bloqueo habría de ser precisamente la angustia, Freud señaló que los concomitantes somáticos de la angustia (respiración acelerada, palpitación, transpiración, congestión, etc.) son fenómenos que acompañan al coito normal. Un año más tarde, en una carta, señalaba también que la angustia, siendo una respuesta a una obstrucción en la respiración —actividad ésta a la que no corresponde una elaboración psíquica—, puede llegar a ser expresión de cualquier acumulación de tensión física.

En todo esto puede advertirse el prejuicio de la primera formación de Freud. Estaba a punto de dar la espalda a la fisiología y enunciar los descubrimientos y teorías derivadas de su experiencia clínica en un lenguaje puramente psicológico. Pero con lo que él denominó «neurosis actuales» vio una opor-

tunidad de salvar siquiera un sector de la psicología para una explicación fisiológica.

Todavía en 1925 escribía Freud:

> Desde un punto de vista clínico las neurosis (actuales) tienen que ser colocadas necesariamente junto a las intoxicaciones y transtornos tales como la enfermedad de Graves. Se trata de afecciones que se originan en un exceso o en una carencia relativa de ciertas sustancias sumamente activas, ya sea producidas en el interior del cuerpo o bien introducidas desde afuera, en una palabra, de perturbaciones del quimismo corporal, de estados tóxicos. Si alguien llegara a aislar y demostrar la existencia de las hipotéticas sustancias relacionadas con las neurosis, no tendría necesidad de preocuparse por la oposición de la profesión médica. Pero no existe por el momento, ninguna vía de acceso a este problema.

Una manifestación que me hizo años más tarde proviene de esta actitud. Se trata de una predicción que hacía, mitad en serio, mitad en broma, en el sentido de que llegaría una época en que sería posible curar la histeria (sic) mediante la administración de una droga y sin tratamiento psicológico alguno. Por otro lado, solía insistir en que se debía explorar la psicología hasta los últimos límites posibles esperando pacientemente que llegara, entre tanto, el correspondiente progreso en química Pero con lo que él denominó «neurosis actuales» [8] vio una oporbiológica—, y ponía en guardia a sus discípulos contra lo que denominaba «flirteo con la endocrinología».

Freud llegó a establecer una interesante comparación entre la neurosis de angustia y la histeria, que explica por qué las dos se presentan unidas con tanta frecuencia. Consideró a la primera como la contraparte somática de la segunda. «Tanto en una como en otra tiene lugar una desviación de la excitación al terreno somático, en lugar de producirse su asimilación psíquica de la misma. La diferencia consiste meramente en que la neurosis de angustia la excitación (en cuyo desplazamiento se expresa la neurosis misma) es puramente somática (la excitación

8. La palabra alemana *aktual* tiene el significado de «corriente», y las causas de estas neurosis son factores corrientes.

sexual somática), mientras que en la histeria es puramente psíquica (evocada por el conflicto).»

Dado que en el curso de esta biografía ya no hemos de volver al tema de las «neurosis actuales» creemos que será conveniente agregar algo más acerca de su desarrollo ulterior. En opinión de Kris, el pensamiento psicoanalítico estuvo dominado, hasta 1926, por la teoría toxicológica de Freud sobre la angustia. Esta afirmación tan extrema suscita muchas objeciones. Cierto es que la exposición nosológica hecha por Freud acerca de las dos neurosis, así como su descripción de los factores atiológicos específicos (que nunca fueron refutadas) y la explicación teórica que ofreció, fueron todas incorporadas a la literatura y a las exposiciones sobre psicoanálisis. Pero mucho de esto no pasó de ser jarabe de pico, puesto que nada de ello halló aplicación clínica, debido, al parecer, a que nadie volvió a dar con un caso que fuera precisamente como el que Freud había descrito. Cuando en cierta ocasión le llamé la atención a Freud sobre este hecho, me contestó... que tampoco él veía ahora casos como ésos, pero sí solía verlos en los comienzos de su práctica médica. En su *Autobiografía* (1925) decía: «Desde aquella época no tuve ocasión de volver a estudiar las neurosis «actuales», y tampoco se ocupó ningún otro de continuar esta parte de mi labor. Mirando ahora retrospectivamente esos mis primeros descubrimientos, me dan la impresión de ser los primeros y toscos esbozos de lo que probablemente constituye un tema mucho más complejo. En conjunto, sin embargo, me parece que todavía se mantiene en pie» [9].

Lo que quedó —y eso de una manera definitiva—, de las primeras observaciones de Freud sobre la neurosis de angustia es la relación intrínseca, por él establecida, entre sexualidad coartada y angustia mórbida (es decir, temor excesivo frente

9. También es fascinante encontrar que en su primer escrito sobre la neurosis de angustia (1895) hay un esbozo de la interpretación que daría treinta años después. Es la siguiente: «La psique toma la forma de ansiedad cuando se encuentra a sí misma incapaz para afrontar (mediante una reacción adecuada) una tarea (o peligro) que emerge endógenamente; esto desarrolla la neurosis de angustia cuando se encuentra a sí mismo inepto para la tarea de dominar la excitación (sexual) emergida espontáneamente. Es decir, actúa *como si hubiera proyectado esta excitación hacia el mundo exterior*. De esta manera la psique viene en la historia al principio, a pesar de todos los esfuerzos por reemplazarla por la psicología.

a un peligro real). Se puede plantear la duda acerca del carácter preciso de esta relación, pero la observación empírica resultó definitiva.

Volviendo a la psiconeurosis, el terreno en que, antes que en ningún otro, Freud llegó a tener la sensación de la importancia de las perturbaciones sexuales, podemos estar seguros de que esa sensación se había ido fortaleciendo decididamente por la experiencia de los cuatro o cinco años que precedieron al momento en que por primera vez formuló en público su convicción. Hizo esto por primera vez en un artículo titulado Las neuropsicosis de defensa, que apareció el 15 de mayo y el 1.° de junio de 1894, antes que el trabajo sobre la neurosis de angustia. Adelantaba sus sugestiones, en este artículo, con toda modestia. Observaba que en la histeria se trataba principalmente de ideas sexuales (en las mujeres) inaceptables para la personalidad. En cuanto a la neurosis obsesiva, la idea patógena era, de acuerdo con su experiencia, de índole sexual, si bien podría ser que hubiera otros casos diferentes, que él no había tenido ocasión de hallar.

En 1895 habló en el Colegio de Médicos de Viena sobre el tema de la histeria, haciéndolo en tres sesiones (14, 21 y 28 de octubre). Del trabajo, titulado Über Hysterie (Sobre la histeria), dice que fue bien recibido y que lo había expuesto en un estado de ánimo «muy descarado». Había hablado, realmente, sin reticencias. He aquí un ejemplo: «Tratándose de hombres previamente sanos, la neurosis de angustia tiene su origen en la abstinencia. En la mujer, se debe la mayor parte de las veces al coitus interruptus.» La segunda de estas conferencias, dedicada principalmente al tema de la «represión», proclamaba que «toda histeria se basa en la represión, que siempre es de contenido sexual». Al mismo tiempo anunciaba que en el tratamiento que él realizaba se podía prescindir de la hipnosis.

Al año siguiente (1896) se registra un nuevo progreso en estas ideas. En marzo aparece el cuarto de sus artículos escritos en francés, en la Revue Neurologique. Está principalmente dedicado a llevar un ataque al punto de vista predominante en Francia de que la causa esencial de todas las neurosis es la herencia. A esto él oponía categóricamente su opinión en el

sentido de que la causa específica de todas las neurosis es la existencia de alguna perturbación en la vida sexual del paciente; una perturbación en la vida corriente, como es el caso en las «neurosis actuales», o bien perteneciente al pasado del individuo, como sucede en las psiconeurosis. Dicho con más precisión, la causa de la histeria es una experiencia sexual pasiva anterior a la pubertad, es decir, una seducción traumática. Esta conclusión se basaba en trece casos ampliamente analizados. La edad predilecta para tal episodio eran los tres o cuatro años, y Freud supone que, ocurriendo el mismo después de los ocho a los diez años, no conducía a una neurosis. El episodio mismo ha sido vivido con indiferencia, o acaso con cierto grado de de repugnancia o de temor. En cuanto a la neurosis obsesiva —que ilustra con seis casos, ampliamente analizados—, tenemos también una experiencia sexual previa a la pubertad, pero aquí hay dos importantes diferencias con la histeria: el haber sido placentera y activamente agresiva. Además la experiencia obsesiva de un deseo activo parece haber sido precedida por otra anterior, de seducción pasiva. Esto explica la frecuente coexistencia de las dos formas de psiconeurosis.

El dos de mayo de 1896 Freud hizo una exposición ante la Sociedad de Psiquiatría y Neurología de Viena, sobre etiología de la histeria, trabajo que fue publicado más tarde, en forma más extensa, durante el mismo año. La comunicación tuvo, según el mismo Freud, una recepción glacial. Kraft Ebbing, que ocupaba en esa oportunidad la presidencia, se contentó con decir: «Suena a cuento de hadas científico.» Era la penúltima vez que Freud había de leer un trabajo en Viena. La última fue ocho años después.

Trátase de un artículo valioso y amplio. Aunque no es mucho lo que en él se añade a las conclusiones que acabamos de mencionar, los argumentos son tan bien manejados y el autor se adelanta con tanta habilidad a las objeciones, que bien se puede hablar en este caso de un verdadero *tour de force* literario. En esta ocasión hablaba, evidentemente, lleno de confianza. Refiriéndose a su afirmación de que en el fondo de todo caso de histeria se ha de encontrar una o más experiencia sexuales prematuras, que corresponden a los primeros años

de la infancia y que pueden ser revividas por la labor analítica aún cuando hayan transcurrido décadas enteras, agrega: «Creo que se trata de una revelación de trascendental importancia, de un descubrimiento que inicia una nueva era en la neuropatología».

No puede pasar por alto, naturalmente, la duda acerca de si realmente han ocurrido, en cada caso, las escenas de seducción que sus pacientes reviven, y ofrece varias razones para fundar su convicción de que efectivamente es así. En una de ellas vemos evidenciarse un grado de visión psicológica que no alcanza a ser el que estamos habituados a ver en el escéptico Freud. Refiriéndose a la extremada aversión de los pacientes a revivir los contornos de esas escenas, y a su intento de negarles créditos ellos mismos, al insistir en que tienen la sensación de no recordarlas de la misma manera en que recuerdan otros materiales olvidados, agrega: «Esta última actitud de su parte parece ser absolutamente decisiva. ¿Para qué habrían de asegurarme los pacientes, de una manera tan enfática, su poca confianza en tales episodios si, por el motivo que fuere, hubieran inventado ellos mismos las cosas que luego quieren desechar?» No tardó mucho tiempo sin que Freud estuviera en condiciones de contestar con toda facilidad esta pregunta.

A comienzos de 1898 publicó un artículo titulado *La sexualidad en la etiología de las neurosis,* que había leído en el Colegio de Médicos de Viena. En su mayor parte constituye un vigoroso alegato tendiente a justificar el que se investigue la vida sexual de los pacientes y a demostrar la enorme importancia de esta práctica. Contiene también una defensa, bien razonada, del método psicoanalítico, en el curso de la cual define las indicaciones y limitaciones del mismo.

Dos características, empero, hallamos en este artículo, una positiva y otra negativa. Lo positivo se refiere a que por primera vez se habla allí del tema de la sexualidad infantil. Dice Freud: «Hacemos mal en ignorar enteramente la vida sexual de los niños. Según mi experiencia, los niños son capaces de todas las actividades mentales y muchas de las físicas. Así como los órganos genitales externos y las dos glándulas reproductoras no representan todo el aparato sexual del hombre, tampoco su

vida sexual se inicia con el comienzo de la pubertad, como podría parecer al observador desprevenido». Sería apresurado inferir de esta página aislada, modificada por lo que dice en algunas páginas inmediatas, que Freud ya había llegado es ese momento a una plena concepción de la sexualidad infantil. Como hemos de destacar en el capítulo XIV, esto está muy lejos de ser así.

La segunda característica se refiere a la teoría de la seducción en la histeria. Si bien no hay aquí una retractación respecto a la misma, no hay tampoco ninguna mención de este tema, que tan fundamentalmente había preocupado a Freud en los últimos tres años y que bien poco antes había significado el comienzo de una nueva era para la neutopatología. Algo muy importante debió haber ocurrido.

Llegamos a este punto a una de las grandes líneas divisorias en nuestro relato. Freud acababa de descubrir en parte la importancia de las fantasías.

Dos años antes había expresado la opinión de que los ultrajes relatados a menudo por histéricos adultos eran ficciones que surgían de las huellas mnémicas del trauma que habían sufrido en la infancia. Pero hasta la primavera de 1897 seguía manteniendo firmemente su creencia en la realidad de dichos traumas infantiles, tan poderoso fue el efecto de las enseñanzas de Charcot acerca de las experiencias traumáticas y tanta la seguridad con que las reproducían las asociaciones de los pacientes. En esa época comenzaron a filtrarse en el ánimo de Freud algunas dudas al respecto, si bien no hay ninguna mención de las mismas en los informes que periódicamente enviaba a su amigo Fliess acerca de sus adelantos. Pero de pronto decidió confiar a éste un «gran secreto que se refiere a algo que en los últimos meses he comenzado a entrever». Era la terrible revelación de que la mayor parte de los episodios de seducción durante la infancia —no todos— que los pacientes le habían revelado, y sobre los cuales había edificado toda su teoría de la histeria, no habían ocurrido jamás. Fue este un momento decisivo en su carrera científica, que puso a prueba toda su integridad, su coraje y su visión psicológica. Había llegado el momento de comprobar si se podía seguir confiando en su mé-

todo psicológico, sobre el cual lo había fundado todo. Fue este el momento en que Freud alcanzó su estatura cabal.

La carta en que hace este anuncio a Fliess (21 de setiembre de 1897) es tal vez la más valiosa de toda esta colección que afortunadamente se ha salvado. Daba en ella cuatro razones en que se fundaban sus crecientes dudas. En primer lugar, sus numerosos desengaños en cuanto no podía completar debidamente los análisis. Los resultados eran imperfectos tanto desde el punto de vista científico como del terapéutico. Luego el asombro que le producía el verse en el caso de pensar que los padres de todos sus pacientes eran proclives a las perversiones sexuales. Esta manera de conducirse tendría que haber sido mucho más común que la histeria misma, dado que esta dolencia era resultado de la acción de varios factores concurrentes. En tercer lugar, percibía claramente que en el insconsciente no existe un criterio sobre la realidad, de manera que no hay modo de distinguir la verdad de la ficción afectiva. En cuarto lugar, el hecho de que tales recuerdos no surgen en los delirios de la psicosis, ni aún en los más graves.

Si bien había estado indagando intensivamente, en los últimos meses, las fantasías sexuales referentes a la infancia, seguía creyendo firmemente, al mismo tiempo, en los episodios de seducción como hechos reales. El renunciar a esta creencia debe haber representado algo así como una dolorosa separación y es muy posible que el factor principal que precipitó el cambio haya sido su propio auto-análisis, que Freud había iniciado en junio de ese año tan decisivo. Poco habrá de extrañar, por lo tanto, que sintiera la necesidad de correr a Berlín, así sea por sólo veinticuatro horas, para platicar con su mentor.

El resto de la carta mantiene un tono de sostenida excitación, si bien no deja de hacer la triste reflexión de que, al verse obligado ahora a renunciar a su clave de los secretos de la histeria, sus esperanzas de llegar a ser un médico famoso y de éxito se venían al suelo. «Cambiaré las palabras de Hamlet —"Estar preparado..."— por estas otras: "Estar alegre lo es todo". Verdad es que yo podría sentirme muy descontento. La esperanza de alcanzar fama duradera, la seguridad de la riqueza y de una completa independencia, la idea de viajar, de

ahorrar a mis hijos las duras preocupaciones que a mí me robaron mi juventud, todo eso era una perspectiva muy hermosa, y dependía de que resolvieran los problemas de la histeria. Ahora, una vez más, puedo resignarme modestamente a las preocupaciones y las economías de todos los días.»

En 1914 Freud describía en los siguientes términos su situación ante el descubrimiento que acababa de hacer:

Cuando dicha etiología hizo quiebra, porque ya de ningún modo parecía probable y porque se hallaba en contradicción con hechos muy claramente comprobables, la primera consecuencia fue una sensación de impotencia y perplejidad. Siguiendo por un sendero correcto, el análisis me había llevado hacia los traumas sexuales, y sin embargo, éstos no eran reales. La realidad se me escapaba bajo los pies. Gustoso hubiera abandonado, en este momento, todo el asunto tal como había hecho Breuer, mi estimado predecesor, cuando hizo su incómodo descubrimiento. Acaso he continuado solamente porque no podía hacer otra cosa y no podía en este momento comenzar con ninguna otra cosa. Me hice finalmente la reflexión de que no hay derecho, después de todo, de desesperar por el hecho de ver defraudadas las esperanzas cifradas en algo. Es necesario revisar esas esperanzas. Si los histéricos hacen derivar sus síntomas de traumas ficticios, este nuevo hecho significa que crean tales episodios en su fantasía, y que la realidad psíquica debe ser tomada en cuenta, al mismo tiempo que se toma en cuenta la verdadera realidad.

Resulta muy interesante destacar que este dramático relato no se compagina del todo con la descripción que de sí mismo hace en la carta que hace poco citamos, de la época de esos acontecimientos. En ella admite, es cierto, una cosa: «No sé dónde estoy, dado que no he llegado a alcanzar la comprensión teórica de la represión.» Pero esto parece ser lo único que le perturbaba. Refiriéndose a su perplejidad en cuanto al mecanismo teórico de la represión, comenta:

«Si estuviera deprimido o cansado, estas dudas podrían aparecer como signos de debilidad. Pero puesto que mi estado de ánimo es completamente opuesto a eso, tengo que considerarlas como consecuencia de un trabajo intelectual honrado y enérgico, y sentirme orgulloso de mi capacidad crítica en medio de una tal concentración.

Después de todo, estas dudas no son quizá más que un episodio en el progreso hacia un conocimiento mayor.»

En cuanto al reconocimiento de su gran error, que atn lejos le había llevado, Freud confiesa, sorprendido, que no se siente de ningún modo avergonzado, aun cuando —agrega— bien podría estarlo. Y aquí viene un párrafo encantador. «No lo digas en Gad, no lo pregones en las calles de Ascalón, en el país de los filisteos, pero aquí entre tú y yo, tengo más bien la sensación de una victoria que de una derrota.»

Bien podía sentirse exaltado, ya que con la nueva visión alcanzada, estaba a punto de iniciar la exploración del todo el amplio campo de la sexualidad infantil y de dar cima a su teoría de la psicología del sueño, sus dos hazañas más grandes. El año 1897 era el año culminante en la vida de Freud.

XII

LA PSICOPATOLOGÍA PRIMITIVA

(1890-1897)

Hacia 1890 Freud había tenido que renunciar por algunos años a todo trabajo futuro de laboratorio en neurohistología, y si bien había llegado a ser un neurólogo competente, no parece haber llegado, en ningún momento, a interesarse seriamente en la clínica neurológica. La práctica privada de la profesión —de la que dependía para ganarse el sustento— le traía, afortunadamente, como es lo corriente, principalmente pacientes neuróticos. En cierto modo, la clínica neurológica nunca le pareció «científica», y él anhelaba volver al trabajo «científico». No todas las veces resultaba claro qué es lo que entendía por ese término en este sentido, pero sí puede decirse que tenía en alto concepto la anatomía del cerebro. No se trataba simplemente de «investigación original», sino de algo más fundamental, que se refería, probablemente, a toda investigación que pudiera arrojar alguna luz sobre la naturaleza del hombre, sobre la relación entre cuerpo y psique, sobre el problema de como el hombre llegó a ser un animal consciente de sí mismo.

El único de sus trabajos en neurología que le merecía una buena opinión fue el que realizó sobre la afasia, y dado que el habla es la única función en que puede caber la pretensión de relacionar mente y cerebro (a partir del descubrimiento de Broca que estableció su localización en el lóbulo frontal), es fácil comprender el interés de Freud en el tema.

A diferencia con lo que le ocurría con la clínica neurológica, Freud sentía un profundo interés en la clínica psicopatológica. Las cosas que en este terreno le fue dado observar y descubrir constituían fascinantes problemas intelectuales de por sí, pero el interés que esto encerraba quedaba relegado a segundo plano frente a su grandioso plan de formular una amplia teoría de las manifestaciones neuróticas. Y esto, a su vez, llegó a absorber tanto a Freud —como es fácil de entender— por lo que podía aclarar, según sus esperanzas, la estructura y el funcionamiento de la mente en general.

En esto había un verdadero genio. Mientras otra gente consideraba —y aún considera— las neurosis como meras anormalidades, como enfermedades que representan desviaciones de lo normal, Freud debe haber adivinado, desde muy temprano, no solamente que representan simplemente una variante del funcionamiento psíquico, sino que además proporcionan una vía de acceso a capas profundas de «la mente», es decir, de todas las mentes. Tuvo la percepción de que la psicopatología habría de convertirse en una amplia vía de acceso a la psicología en general, al mismo tiempo, posiblemente, la más factible de utilizar. En uno de sus artículos de 1896 habla, en efecto de la futura «psicología de la neurosis», con lo que quiere designar la psicología «para abrir camino a la cual poco han hecho los filósofos».

Una y otra vez con el correr de los años, los adversarios de Freud habrían de basarse en la fuente de sus conocimientos para negar toda validez a sus generalizaciones. ¿Cómo podría tener alguna validez para las personas mentalmente sanas cualquier cosa que se dedujera de los estados anormales y «de enfermedad»?

Freud mismo, desde muy temprano —en sus *Estudios sobre la histeria*— había invalidado esta objeción: «En una tarea de esta índole —decía— es necesario desembarazarse, por supuesto, de todo prejuicio acerca de que estamos frente a cerebros anormales y "desequilibrados", cuyo estigma, enteramente privativo, consistiría en la libertad de eludir las leyes psicológicas corrientes de la asociación de ideas, o en quienes cualquier idea, sin motivo alguno, puede adquirir una intensidad indebida,

a la par que otra idea cualquiera, sin razón psicológica alguna, puede resultar indestructible. La experiencia nos demuestra que lo que ocurre en la histeria es precisamente lo opuesto. Tan pronto como se han revelado los motivos ocultos —que a menudo se han mantenido inconscientes— y se ha tomado debida cuenta de ellos, nada queda en el histérico, en la forma de conexión de sus pensamientos, que sea enigmático o quede fuera de toda ley.»

La actitud de Freud frente a la sexualidad nos hace ver a una nueva luz las cosas que fundamentalmente le interesaban y los motivos que le impulsaban a proseguir sus investigaciones, una luz que además nos permite enfocar más claramente las consideraciones anteriormente hechas. Por un lado, no hay duda de que se sentía muy excitado ante su descubrimiento de que los factores sexuales desempeñan un papel esencial en la producción de la neurosis — y repito que es «esencial» porque a menudo se ha admitido que fueran factores ocasionales— y que se propuso como uno de sus objetivos capitales, el desarrollar en todos sus detalles su teoría de la libido en las neurosis. Por otro lado sus descripciones de la actividad sexual son tan escuetas que muchos lectores las han considerado áridas y carentes de todo calor. Por todo lo que conozco de Freud yo diría que en este tema comúnmente tan absorbente demostraba mucho menos interés personal que el que se ve en el común de la gente. No se podría hablar nunca de delectación, ni siquiera de haber comunicado cierto «sabor» a sus exposiciones sobre tópicos sexuales. En un salón de club corriente estaría fuera de ambiente, ya que raras veces contaba chistes sexuales, y cuando lo hacía era porque encerraba algo que podía servir para ilustrar un tema de carácter general. Daba siempre la impresión de ser una persona excepcionalmente casta —la palabra «puritano» no estaría fuera de lugar— y todo lo que sabemos del desarrollo de sus primeros años confirma este concepto.

Debe ser ésta, en efecto, la explicación de su inocente y casi ingenua sorpresa cuando el anuncio de sus descubrimientos en este terreno encontró una recepción tan fría.

Al principio no percibí la peculiar naturaleza de lo que había descubierto. Sin pensarlo, sacrifiqué, desde que comencé con esto, mi popularidad como médico y la posibilidad de lograr una amplia clientela entre los enfermos de los nervios, por mis inquisiciones acerca de los factores sexuales implicados en la génesis de sus neurosis. Esto me aportó una serie numerosa de nuevos hechos que confirmaron definitivamente mi convicción sobre la importancia práctica del factor sexual. Sin prevención alguna, hablé ante la Sociedad de Neurología de Viena, y luego bajo la presidencia de Krafft-Ebbing, esperando verme compensado, por el interés y el reconocimiento de mis colegas, de las pérdidas materiales a que me había expuesto voluntariamente. Me ocupé de mis descubrimientos como de aportes corrientes a la ciencia, y confiaba encontrar igual espíritu en los demás. Pero el silencio con que fueron recibidas mis exposiciones, el vacío que se iba formando respecto a mi persona y las insinuaciones que poco a poco fueron llegando hasta mí, me hicieron comprender poco a poco que no se puede esperar que la exposición de los puntos de vista acerca del papel que desempeña la sexualidad en la etiología de las neurosis encuentre la misma acogida que otras comunicaciones. Comprendí que desde ese momento yo formaba parte de aquellos que «han perturbado el sueño de la humanidad», como dice Hebbel, y que no podría esperar objetividad ni tolerancia. Pero como, a pesar de todo, crecía constantemente mi confianza en que, en términos generales, eran correctas tanto mis observaciones como las conclusiones a que llegué, y mi confianza en mi propio criterio era firme, no menos firme que mi coraje moral, no cabía duda ya sobre el de la situación creada. Llegué a la convicción de que me había tocado en suerte descubrir ciertas relaciones particularmente importantes, y estaba preparado a aceptar el destino que a veces va unido a semejantes descubrimientos.

Ya en 1893, en el artículo sobre parálisis histérica, además de los conceptos sobre diagnóstico, más técnicos, hay dos ideas generales que pertenecen a la esfera de la psicopatología. Cuando se usa la expresión «afección funcional de la corteza», como en efecto lo hacen todavía algunos neurólogos, un patólogo entenderá por ello una lesión localizada y temporaria, aún cuando no fuera visible en la autopsia. Hay muchas de estas lesiones, como las producidas por un edema o por anemia, de modo tal que una parálisis histérica del brazo se debería a una afección del centro del brazo, próximo a la fisura de Roland. Con harto

vigor y lucidez, Freud combatió este concepto. Habiendo demostrado recientemente que una parálisis histérica difiere netamente de una parálisis orgánica en el hecho de estar distribuida no en concordancia con los hechos anatómicos, sino de acuerdo con el concepto mental «brazo», sostenía que la única explicación posible es que el concepto mental «brazo» ha sido disociado, en ese caso, del resto de la conciencia. Se trata de una ruptura en las asociaciones mentales.

Antes de eso, ese mismo año, había aparecido su «Comunicación preliminar», escrita en colaboración con Breuer. Es aquí donde encontramos su famosa sentencia: «Los histéricos sufren principalmente de sus reminiscencias.» Se conserva aquí la idea —que es ampliación de la de Charcot —de que la causa de los síntomas histéricos es un trauma mental, pero aclarando al mismo tiempo que el agente operante no es el trauma mismo, sino su recuerdo. El trauma no es un factor evocador ni principiante, sino que actúa —a través de su huella mnémica— a la manera de un cuerpo extraño que sigue irritando a la psique. En los *Estudios sobre la histeria* rectifica esta analogía médica: «La organización patógena no actúa realmente como un cuerpo extraño, sino que se asemeja mucho más a una infiltración. Debe entenderse, en esta comparación, que la resistencia es el material que se va infiltrando. La terapia, en efecto, no consiste en extirpar algo —no podría hacerlo actualmente— sino en disolver la resistencia, abriendo así un camino para la circulación en un territorio que hasta ahora se mantenía cerrado».

Todo esto está unido a las experiencias prácticas de Freud y de Breuer en el uso de las catarsis. Binet había señalado que la terapia de sugestión es más eficaz cuando se hace retrotraer la atención del paciente al momento en que por primera vez había aparecido el síntoma, pero nadie había relacionado, antes de Breuer, esta vinculación entre el síntoma y el pasado del sujeto con el hecho de la abreacción. En los *Estudios,* insistían Breuer y Freud en que la simple recordación, sin una abreacción *afectiva,* es de escaso valor terapéutico, para ocuparse a continuación de la naturaleza y significado de la abreacción. Cuando no existe obstáculo para ello, la perturbación psíquica del trauma puede ser suprimida ya sea mediante una

absorción general dentro del complejo total de las asociaciones mentales o bien por los conocidos recursos que permiten «desprenderse» (to work off) de las emociones y descargarlas: la rabia, el llanto, etc.

Esta «dispersión» del afecto puede verse impedida en dos circunstancias diferentes. 1) Las situaciones sociales pueden hacer imposible la expresión de la emoción, o bien el trauma puede haber estado ligado a algo personalmente tan penoso que el paciente puede haberlo «reprimido» voluntariamente. Es ésta la primera ocasión en que se registra este término *verdrängt* (reprimido) en los trabajos de Freud. Inmediatamente el término adquirió un significado más técnico. En cuanto al trauma mismo, se especifica que se trata de miedo, vergüenza o dolor psíquico. 2) El trauma puede haberse producido durante uno de esos estados de «distracción» mental para los que Breuer acuñó el término genérico de «estado hipnoide». La característica de los mismos era, según el propio Breuer, una intensa actividad de ensoñación (sueño diurno), unida o bien a una pena o a pensamientos sexuales. Si bien en el artículo escrito en común Freud suscribió —no de buen grado— la afirmación de que «la existencia de los estados hipnoides constituyen la base y la condición de la histeria», cada vez tuvo mayores dudas al respecto, y en el capítulo sobre psicoterapia en los *Estudios* —escrito dos años más tarde— expresaba la opinión de que el acto defensivo (de represión) *precede* a cualquier estado de aquella índole. Un año más tarde repudió abiertamente el concepto. Terminó por ser totalmente reemplazada por su doctrina de la «defensa» («represión»).

La «Comunicación preliminar» —como su título completo ya lo indica— se propone describir simplemente los mecanismos de los síntomas histéricos, no las causas íntimas de la afección misma. Sin embargo, menos de tres años más tarde vemos a Freud sosteniendo, en una carta dirigida a Fliess, que se cree «capaz de curar no sólo los síntomas de la histeria, sino incluso la predisposición neurótica de la misma». Esto le procura un moderado placer. No ha vivido cuarenta años en vano. Ya anteriormente, en verdad, había expuesto, en una conferencia sobre la histeria dada ante el Madizinisches Doktorencollegium

de Viena (el 28 de octubre de 1895) las razones por las cuales creía que esto era posible. Expuso allí que las únicas represiones que se producen después de la pubertad son las relacionadas con las de la primera infancia, sin que puedan ocurrir otras enteramente nuevas. De este modo si se liberaba debidamente las primeras, la neurosis podía ser finalmente eliminada. He aquí una alegoría que se permitió exponer en esa ocasión: «Produce la impresión de estar frente a un demonio que se resiste, luchando, a exponerse a la luz del día, porque sabe que esto equivaldrá a su fin.»

Antes de esto, sin embargo, Freud había publicado, en una nota a uno de los libros que tradujo de Charcot, lo que constituye realmente la *primera exposición* de la nueva teoría sobre los síntomas histéricos. Vale especialmente la pena transcribir el siguiente párrafo:

> He tratado de comprender el problema de los ataques histéricos de una manera que no fuera la simplemente descriptiva, y luego de examinar histéricos durante la hipnosis he llegado a nuevos resultados, algunos de los cuales me atrevo a mencionar aquí: el núcleo del ataque histérico, sea cualquiera la forma que éste tome, es un recuerdo, la vivencia alucinatoria de un episodio que fue importante para la eclosión de la enfermedad. Este proceso es el que se hace evidente en la frase conocida como *attitudes passionelles*, pero no falta tampoco allí donde el ataque puede consistir únicamente en fenómenos motores. El *contenido del recuerdo* está constituido por el *trauma* psíquico, que, o bien ha sido lo bastante intenso, como tal, para provocar el ataque histérico, o está representado por un acontecimiento convertido en trauma por el hecho de producirse en determinado momento.

Es necesario reconocer con toda claridad que no solamente Freud sentía interés por la psicopatología, por cuanto ésta encerraba la posibilidad de un nuevo enfoque de la psicología, sino que además, y desde el primer momento, sus teorías en este terreno se hallaban entretejidas con hipótesis psicológicas y principios de carácter general.

De los trabajos publicados por Freud en el período 1893-8 —aproximadamente doce— hay tres que tienen especial impor-

tancia en cuanto al desarrollo de su psicopatología, y vamos a ceñirnos, por lo tanto, a ellos. Se trata de los dos artículos sobre las Neuropsicosis de defensa y el de la Etiología de la histeria.

En el primero de estos artículos, publicado el año *antes* de los *Studien über Hysterie,* Freud pensaba todavía en que existían tres formas de histeria: de defensa, hipnoide y de retención respectivamente. La primera de estas formas, que pronto habría de desalojar completamente a las otras dos, era ya, desde entonces, la que a su juicio tenía mayor importancia. De acuerdo con lo que allí expone, el objetivo de la defensa contra la idea penosa —el proceso que luego denominó «represión»— era el de debilitarla despojándola de su efecto, mediante la canalización de la energía de ese efecto por vías somáticas. Para designar esto propuso el término de «conversión». «La huella mnémica» del trauma continúa, aún después de eso, aislada del resto de la mente, y puede, de hecho, convertirse en núcleo de un sistema secundario. El afecto desplazado, sin embargo, puede regresar, algunas veces, de la inervación somática a la idea a la que primitivamente estuvo unida, y en tal caso la consecuencia puede ser un ataque histérico.

Freud expuso las razones por las cuales rechazaba la teoría de Janet sobre la histeria, según la cual se trataría de una debilidad mental congénita, que facilitaría el desdoblemiento de la conciencia. Aprobaba en cambio, lo afirmado por Strümpell, en el sentido de que «en la histeria la perturbación reside en la esfera psico-física, donde cuerpo y mente se hallan en mutua conexión». Al explicar los síntomas histéricos como una lidad mental congénita, que facilitaría el desdoblamiento de la consciencia, Freud debe haberse sentido muy cómodo en cuanto se refiere a la relación entre fisiología y psicología que ofrecía en su teoría.

Parece probable que su concepto de «conversión» haya tenido su origen en las investigaciones que Freud había llevado a cabo siete años antes, sobre la naturaleza de las parálisis histéricas. Su conclusión más importante había sido, en efecto, que representaban más bien ideas que lesiones anatómicas, es decir, que la manifestación somática estaba reemplazando algo que era de carácter psíquico. En los sujetos no predispuestos

para esta manera somática de dominar el afecto, la defensa contra la idea penosa da como resultado que el afecto unido a la misma sea reemplazado por alguna otra idea, indirectamente asociada a ella, más tolerable que la anterior y que a su vez queda cargada de una cantidad excesiva de afecto. Aquí usó también los términos «dislocado» y «transportado» por «desplazado». Este es el mecanismo de las obsesiones.

Cuando la idea penosa se halla indisolublemente ligada a la realidad externa, la defensa contra aquélla desemboca en una negación de la realidad, es decir, una psicosis alucinatoria.

Los otros dos trabajos aparecidos dos años más tarde (1896), demuestran un considerable progreso en la exposición de las teorías de Freud. Lo vemos ya próximo aquí al apogeo de su capacidad, si bien sus descubrimientos más importantes habrán de tener lugar uno o dos años más tarde.

En sus «Nuevas observaciones sobre las neuropsicosis de defensa», la «defensa», es considerada, ya en la primera página, «el núcleo del mecanismo psíquico» de la psiconeurosis, y comienza a tomar el nombre de «represión». Ambos términos son usados indiscriminadamente, porque fue apenas un par de años más tarde que Freud estudió, o acaso apenas reconoció entonces, las otras diferentes defensas, aparte de la represión.

Es en conexión con la neurosis obsesiva que vemos aparecer las más novedosas conclusiones. Freud comenzaba con esta sencilla fórmula: *Las ideas obsesivas son invariablemente autorreproches que han vuelto a emerger de la represión en una forma transmutada y que se relacionan siempre son un acto sexual llevado a cabo con placer en la infancia.* A continuación expone el origen y el curso de los acontecimientos de la manera clásica. Pocas indicaciones hay de lo que haya sucedido en el primer período. En el segundo, en los comienzos de la «maduración» sexual (psíquica), que a menudo es prematura (de ocho a nueve años), el recuerdo de las actividades (originariamente placenteras) no se acompaña de autorreproches, sino de un *síntoma de defensa primaria* que aparece entonces: una excesiva «autoconsciencia», un sentimeinto de vergüenza y de desconfianza de sí mismo, en suma, lo que ahora se designaría con el nombre de «defensa caracterológica». El tercer período, que es de

aparente salud, podría llamarse de *defensa exitosa*. El cuarto período, el de la enfermedad propiamente dicha, se distingue por el *retorno de los recuerdos reprimidos*, es decir, por el fracaso de la defensa.

Los recuerdos reanimados y los reproches que a ellos van unidos, nunca aparecen, sin embargo, en la consciencia sin experimentar alguna modificación. Tanto la idea obsesiva como el autorreproche que los reemplazan son formaciones de transición, en cuya composición entran materiales tanto de las ideas reprimidas como de las represoras.

Encontramos aquí mencionados por primera vez, dos mecanismos psíquicos que desde entonces han sido siempre importantes en toda teoría psicoanalítica: la «formación transacional» y el «retorno de lo reprimido».

En este mismo aspecto, encontramos otras dos importantes manifestaciones: 1) que la represión proviene del yo, y 2) que no solamente la huella mnémica original puede ser reprimida, sino también los autorreproches mismos, es decir, derivados de la consciencia. Durante muchos años se prestó poca atención a esta última consideración en psicoanálisis, dedicado, en sus comienzos, a investigar el contenido sexual de las ideas reprimidas. No es de extrañar que durante mucho tiempo el público creyera que, según el psicoanálisis, el inconsciente no era otra cosa que dicho contenido, en verdad, nada más que un receptáculo de cosas inicuas. Solamente cuando Freud, un cuarto de siglo más tarde, estudió el superyo, pudo restablecerse el equilibrio, porque se pudo afirmar que el inconsciente contenía elementos tanto de lo más «elevado» como de lo más «bajo» que hay en el hombre.

Freud distingue dos formas primarias en neurosis obsesiva: una en la que el autorreproche desplazado de la idea ordinaria, se une a otra, asociada a la primera, y que ya no es una idea sexual, y otra forma en que el afecto mismo del autorreproche ha sido transformado en otro afecto, la mayor parte de las veces en una angustia mórbida. Freud proporciona una lista de variedades de esta última forma.

Hay una tercera forma de esta neurosis, que se caracteriza por síntomas de defensa secundaria. Se trata de diversas medi-

das de protección, que adquieren, si tiene éxito, un sentido de compulsión, cuyo resultado típico son los actos obsesivos, de sentido «apotropaico».

El artículo terminaba con una luminosa comparación y contraposición de los mecanismos de la paranoia y los de la neurosis obsesiva. Esto constituyó la primera incursión de Freud en el terreno de las psicosis. Luego de observar que había estudiado varios casos de esa índole, ofrecía el análisis detallado de un caso de paranoia crónica, en una mujer de treinta y dos años, casada. En lo que insistía más era en que la relación entre los síntomas y los pensamientos era tan factible de demostrar como para justificar el intento de aclarar estos casos bajo el nombre genérico de «neuropsicosis de defensa». Usó el término «proyección» para describir el mecanismo psicológico más característico de la paranoia, y explicó por qué esta enfermedad no engendra defensas secundarias como lo hace la neurosis obsesiva. La razón de ello es que el yo ya no puede protegerse más y tiene que avenirse a verse modificado por la aceptación de los síntomas producidos por el «retorno de lo reprimido», síntomas que constituyen los delirios. Sugirió, además, que la aparente debilidad de la memoria en estos casos no es un proceso destructivo, sino funcional y producido por la represión.

Freud había hecho también un intento, no muy feliz, de explicar la génesis de la melancolía. No se publicó nunca, y lo conocemos por una carta, fechada en enero de 1895. Dividía la melancolía en tres grupos: la verdadera, del tipo periódico o circular, la melancolía naurasténica (relacionada con la masturbación) y la melancolía combinada con angustia grave. Las dos últimas, actualmente, merecerían simplemente el nombre de depresión. Le impresionó la relación con el duelo —punto éste que desarrolló con éxito años después— y es así que definió la melancolía como aflicción a causa de cierta pérdida —probablemente de libido. Insistió en la existencia de una estrecha relación entre anestesia sexual y «melancolía». Su explicación era en parte fisiológica. Cuando la libido pierde vigor, se produce una retracción de energía, en la medida, de las «neuronas»

asociadas y el dolor de la melancolía se debe a la disolución de las asociaciones.

No se sentía satisfecho todavía, en esa época, con la base teórica de la represión. Se planteaba, por ejemplo, la pregunta de cómo era que la represión solamente podía operar sobre ideas sexuales (suponiendo ésta un poco dudosa, como más tarde pudo verse). Sugirió como posible explicación que las experiencias sexuales de la primera infancia carecían del valor afectivo que más tarde tendrán las mismas experiencias después de la pubertad (cosa también sumamente dudosa). En el recuerdo ulterior de las mismas, reforzado por las emociones, más intensas, que siguen a la pubertad, lo que se reprime, y agregaba: «Una relación inversa de esta índole, entre la experiencia misma y el recuerdo, parece ser la condición psicológica de la represión». Probablemente tenía razón, sin embargo, cuando afirmaba que «la "represión" del recuerdo de un episodio sexual penoso en una época más madura sólo es posible en aquellas personas en quienes esta experiencia puede reactivar la huella mecánica de un trauma infantil».

Como ya dijimos antes, Freud concibió indudablemente el concepto de «represión» como una simple referencia y en relación con la observación del enorme esfuerzo que realizaban los pacientes en su «resistencia» a permitir la resurrección de los recuerdos sepultados: la una es el reverso de la otra. Pero bien puede ser que la insatisfacción de Freud en cuanto a la base teórica del concepto tuviera su origen en su antiguo deseo de unir la concepción fisiológica a la psicológica. Después de todo, el concepto fisiológico de «inhibición», que Freud había de exponer ampliamente años después, no es enteramente lejano del de «represión». La diferencia principal reside en que mientras en la primera el acento carga en la coartación de la función, en la segunda pesa sobre la disociación de la misma, en tanto que su actividad continúa. El mismo Meynert, maestro de Freud, había hecho un intento, un tanto extraño, de traducir la inhibición fisiológica en términos psicológicos, e incluso morales.

El otro artículo importante, de los tres que hemos mencionado, comenzaba poniendo de relieve que el origen de un sín-

toma histérico sólo puede ser aceptado como tal si llenaba las dos condiciones siguientes: debe poseer la debida *cualidad de causa determinante* y un apropiado *poder traumático*. Ilustraba este aserto con el caso del vómito histérico debido a un episodio provocador de asco. No podría aplicarse, en cambio, por un episodio de descarrilamiento ferroviario que se descubre en la historia del paciente, cosa que podría llenar la segunda condición, pero no la primera, ni por el de haber comido una fruta podrida, recuerdo éste que podría llenar la primera condición, pero no la segunda. La mayor parte de las experiencias que coincidían en el tiempo con el comienzo de los síntomas llenan una u otra de estas dos condiciones —rara vez ambas— y bastante a menudo ninguna de las dos. Es así como resulta deficiente, en estos casos, el resultado terapeútico.

Pero aquí nos encontramos otra vez con una de esas situaciones frente a las cuales otro hombre podría haberse desanimado, o haber abandonado, incluso, la tarea comenzada. Pero cierta intuición, basada presumiblemente en sus creencias en el determinismo de las asociaciones mentales, le decía que el molesto enredo a que se había llegado podía deberse a que la investigación fuera incompleta, que los recuerdos que él mismo habría de llamar «recuerdos encubridores», es decir, aquellos detrás de los cuales quedan sepultados otros que son más importantes. Esta suposición resultó correcta, y una investigación más a fondo puso en evidencia tres cosas: 1) que no hay ningún caso de histeria que resulte a consecuencia de una única experiencia. Se trata de una concurrencia de recuerdos («sobredeterminación»). A esta regla le atribuía el carácter de absoluta. 2) Que las experiencias importantes son invariablemente de carácter sexual y corresponden a la primera infancia. Este es el primer artículo en que Freud habla de la vida sexual de los niños. 3) Que la cadena de asociaciones presenta un grado de complicación casi increíble. La comparó a un árbol genealógico en el que se registran muchos casamientos entre los miembros que lo integran.

La llamada exageración histérica de las emociones sólo existe, pues en apariencia. Si se las investiga hasta alcanzar su origen se comprueba que son adecuadas y comprensibles.

El distinguir las diferentes afecciones psiconeuróticas entre sí, y por otro lado los diferentes factores etiológicos de las mismas, era un problema que preocupaba mucho a Freud por esos años, y a él volvió más tarde, en un importante ensayo (1912). El 1.° de enero de 1896 enviaba a Fliess un manuscrito, dedicado principalmente a este problema. En él describía cuatro tipos de desviación patológica de los efectos normales: 1) Conflicto (histeria), 2) autorreproche (neurosis obsesiva), 3) mortificación (paranoia) y 4) aflicción (amencia alucinatoria aguda —«amencia de Meynet»)—. El fracaso en la solución satisfactoria con respecto a estos afectos depende de dos condiciones que no pueden faltar: experiencias *sexuales* durante la *infancia*.

El factor etiológico específcio de la neurosis obsesiva es una experiencia (pasiva) desagradable de la primera infancia, seguida más tarde por otra agradable (y habitualmente activa). A continuación enumeraba las diversas manifestaciones de las tres etapas de la afección: la defensa primaria, los síntomas que surgen del compromiso y las defensas secundarias.

En la paranoia hay un autorreproche, pero el efecto desagradable de la primitiva experiencia sexual es proyectado sobre otra persona, dando lugar de este modo a la aparición del síntoma primario de desconfianza. El «retorno de lo reprimido» da lugar a síntomas que tienen el carácter de compromiso (deformado), pero se imponen al yo y originan lo que Freud denominó «delirios de asimilación», por los que el yo acepta el material extraño.

En la histeria el yo sucumbe al carácter desagradable de la experiencia original, en tanto que en la paranoia esto solamente ocurre al final. De manera que la primera etapa puede denominarse «histeria de terror», elocuente ilustración de la importancia que adquiere una angustia intensa ocurrida durante la primera infancia. Tanto la represión como la estructuración de síntomas deefnsivos se relacionan más bien con el recuerdo de una remota experiencia.

En una carta del 2 de mayo de 1897 había expuesto que en la histeria lo que es reprimido no son tanto los recuerdos como tales, sino más bien impulsos derivados de las experien-

cias primarias. Se advierte aquí una concepción realmente dinámica, un verdadero vislumbre de su ulterior concepción de un «ello» elemental. Discernía ahora las siguientes diferencias entre la psiconeurosis en cuanto a lo que irrumpe en la consciencia y constituye los síntomas: en la histeria son los recuerdos, en la neurosis obsesiva los impulsos perversos y en la paranoia las fantasías defensivas.

En noviembre de ese año Freud sugirió a Fliess que la elección de neurosis dependía de la etapa de desarrollo en que tuvo lugar la represión. Dos años más tarde (9 de diciembre de 1899) admitía que el hacer depender la elección de una neurosis de la edad del niño representaba una fórmula demasiado simplista, y que tenía más importancia la etapa del desarrollo sexual, idea ésta que fue tomando forma más definida en años ulteriores.

En una carta del 18 de noviembre de 1897 se advierte una clara visión de la verdadera significación de los factores corrientes de neurosis, tema que dio lugar a muchos malentendidos, con Jung entre otros. Freud manifestaba que la afección sólo puede originarse cuando la libido flotante (desviada de su curso a causa de las experiencias primitivas) se combina con motivos de valor corriente. Es el comienzo del concepto que más tarde denominó *sekundärer Krankheitsgewinn* («beneficio secundario de la enfermedad»).

XIII

EL PERÍODO FLIESS

(1887-1902)

Llegamos ahora a la única experiencia realmente extraordinaria de la vida de Freud. En efecto, las características de su infancia, si bien importantes desde el punto de vista psicológico, pueden considerarse sin duda insólitas, pero no extraordinarias. Aún el hecho de que un hombre de edad más o menos mediana, que ha hecho un matrimonio feliz y tiene seis hijos, contraiga una apasionada amistad con un hombre manifiestamente inferior a él en calidad intelectual y durante varios años subordine sus propios juicios y opiniones a los de este hombre, si bien es poco común, tampoco llega a ser enteramente raro. Pero el hecho de liberarse mediante la elección de un sendero hasta entonces no hallado por ser humano alguno, y mediante la heroica tarea de explorar el propio inconsciente: eso sí es extraordinario, y lo es en el más alto grado.

Todo el episodio que se relaciona con Fliess es bastante dramático, y aún lo es, en menor grado, desde luego, la forma en que llegó a ser revelado al mundo. Freud destruyó las cartas que le había escrito Fliess, pero éste conservó las de Freud. En 1928, poco después de la muerte de Fliess, la viuda de éste vendió a un librero de Berlín, llamado Reinhold Stahl, un conjunto de 2844 cartas, de índole extremadamente privada, junto con notas de carácter científico y manuscritos de Freud,

que éste mandaba, de tanto en tanto, a su amigo. Pero fue condición estricta impuesta por la viuda el que las cartas no pasaran a manos de Freud, puesto que sabía que éste las habría destruido inmediatamente. En la primera época, tanto Freud como su mujer se habían encariñado bastante con la señora Fliess, pero pasado algún tiempo, ésta comenzó a evidenciar crecientes sentimientos de celos por la íntima relación entre los dos hombres, e hizo todo lo que estuvo en sus manos para desbaratarla. Para ello fue en cierto modo estimulado nada menos que con la ayuda de... ¡Breuer! Al final, Freud la juzgó «una mala mujer». Pero sería injusto no considerar el punto de vista en que ella se colocaba. Su jugada final, en todo caso, revelaba astucia.

Stahl huyó a Francia, temporariamente, durante el régimen de los nazis, y allí ofreció los documentos en venta a Marie Bonaparte, quien advirtió de inmediato su importancia y los adquirió en la suma de cien libras esterlinas. Los llevó a Viena, donde llevaba a cabo un análisis de post-graduada con Freud. Cuando le habló del asunto, éste se mostró indignado por lo que se refiere a la venta, y de una manera que era característica de él, le dio su consejo, ensamblándolo con el relato de anécdota judía. Es aquella que se refiere a cómo hay que proceder para cocinar un pavo real. «Se procede primeramente a enterrarlo, y al cabo de una semana se lo saca de bajo tierra». «—¿Y después?» —«¡Después se tira!» Freud, por otra parte se ofreció a indemnizar en cierto modo a Marie Bonaparte, devolviéndole la mitad de lo que había gastado, pero ella, temiendo que esto pudiera concederle ciertos derechos al respecto, no lo aceptó. Le leyó unas pocas cartas, para demostrarle su valor científico, pero él insistió en que debían ser destruidas. Por fortuna, ella tuvo el coraje de desafiar a su analista y maestro, y depositó los papeles, en el invierno de 1837-8, en el banco Rothschild de Viena, con el propósito de examinarlos más tarde, a su regreso en el verano.

Cuando Hitler, en marzo, invadió Austria, surgió el peligro de que la casa Rothschild, siendo un banco judío, fuera saqueada. Marie Bonaparte se dirigió inmediatamente a Viena, donde, en calidad de princesa de Grecia y de Dinamarca, se le per-

mitió retirar el contenido de su caja de caudales, en presencia de la Gestapo. Con toda seguridad éstos habrían destruido la correspondencia de haberla hallado, y sea en esa ocasión, o bien anteriormente, en Berlín. Cuando Marie Bonaparte tuvo que abandonar París para dirigirse a Grecia, que se hallaba a punto de ser invadida —corría el mes de febrero de 1941—, depositó los valiosos documentos en la Legación danesa de París. No era por cierto el lugar más a cubierto de riesgos, pero gracias a la actitud del General von Cholbitz, que desobedeció las órdenes de Hitler al final de la guerra, se salvó París, y con ella la Legación danesa. Luego de sortear todos estos peligros, la preciosa carga aún tuvo que afrontar, para llegar intacta a Londres, un quinto y último riesgo, el de las minas en el Canal de la Mancha. Se la había envuelto en material impermeable y flotante, para el caso de un naufragio.

En Londres los papeles fueron transcriptos y sometidos a una conveniente selección a cargo de Ana Freud y Ernst Kris. Éste último compuso un amplio prólogo y una cantidad de valiosas notas, que le han de valer la profunda gratitud de todo estudioso de Freud.

Es importante la luz que arroja esta correspondencia sobre la personalidad de Freud en estos años sus gustos y sus antipatías, sus ambiciones científicas y sus desengaños, sus luchas y dificultades, y la necesidad que sentía, durante esas luchas, del apoyo de un amigo. Destaca sobre todo, la modalidad de las aspiraciones intelectuales de Freud y el desarrollo empírico —a veces tortuoso— de sus ideas. Nos permite no sólo observar el orden de ese desarrollo y establecer las fechas correspondientes a sus diversas fases, sino también seguir en sus detalles, hasta cierto punto, sus constantes esfuerzos, frecuentemente frustados y no pocas veces erróneamente orientados, en procura de una clara percepción de las leyes que rigen los misteriosos procesos que se desarrollan en las profundidades de la mente. A esos constantes esfuerzos correspondían diferentes estados de ánimo, ora de exaltación, ora de desaliento, pero nunca de desesperación. La decisión de persistir en sus esfuerzos se mantuvo intacta en todo momento, a pesar de las dificultades. Finalmente logró resolverlas, juntamente con

numerosas dificultades de índole personal, mediante la notable hazaña que significó su nueva técnica, de autoanálisis en este caso, del que se registran importantes detalles en dichas cartas.

Para llegar a comprender que clase de vínculo fue el que unió a estos dos hombres, será necesario conocer previamente algo acerca de Fliess mismo (1858-1928). Tenía dos años menos que Freud, y era médico de nariz y garganta, especialidad que ejercía en Berlín. Todos los que lo conocieron —con excepción de Karl Abraham, que no era dado a entusiasmos fáciles, y que no se mostró impresionado— hablan de una personalidad «fascinadora». Era un conversador brillante e inteligente, capaz de encarar gran variedad de temas. Su característica más sobresaliente era, posiblemente, su ilimitada inclinación a la especulación y una correspondiente autoconfianza, no menos irrestricta, en la importancia de las ideas que se le ocurrían. Se negaba, con dogmática persistencia, a tomar en cuenta toda crítica a esas ideas, lo que condujo finalmente a su ruptura con Freud.

Su interés científico se extendía mucho más allá de la esfera de su especialidad y abarcaba, en particular, la medicina y la biología. Fue esta amplitud de intereses, que al principio parecía coincidir con los de Freud, lo que interesó a éste. Fliess tomó como punto de partida dos hechos sencillos, sobre los cuales edificó una enorme superestructura de hipótesis. Estos hechos eran, el uno que la menstruación ocurre una vez por mes, y el otro, que existe una relación entre la membrana mucosa de la nariz y la actividad genital. Esta membrana se inflama a menudo con la excitación genital o durante la menstruación.

En su primera publicación, que data de 1897, Fliess hizo el anuncio de un nuevo síndrome, que denominó «neurosis nasal refleja». Incluía una vasta variedad de síntomas: dolor de cabeza, dolores neurálgicos ampliamente distribuidos —desde la región cardíaca a la lumbar y desde los brazos al estómago—, y por último, perturbaciones de los órganos internos (circulación, respiración y digestión). Lo importante en cuanto a este síndrome era que todas estas manifestaciones podían ser aliviadas mediante la aplicación de cocaína a la nariz. Su causa era

o bien orgánica (como secuela de una infección, etc.), o funcional (perturbaciones vasomotoras de origen sexual). Por este último rasgo se relacionaba con las investigaciones de Freud, especialmente en virtud de que el síndrome de Fliess presentaba una manifiesta semejanza con la neurastenia, una de las «neurosis actuales» de Freud.

Nunca se llegó a establecer la especificidad de este síndrome, ni a comprobarse el concepto de que la irritación de la nariz sea diferente en sus efectos nerviosos de cualquier otra irritación. Tampoco pudo convencer Fliess a sus colegas de que la dismenorrea fuera de origen nasal. No obstante lo cual, tomando como punto de partida el fenómeno de la menstruación, se embarcó en una serie de conceptos de vasto alcance. La menstruación sería la expresión de un proceso más amplio, común a ambos sexos y que abarcaría toda la vida, una tendencia a periocidad en todas las actividades vitales. Creía haber hallado la clave de dicha periocidad en la aplicación de dos números, el 28 y el 23. El primero de ellos se derivaba evidentemente de la menstruación, y el segundo, probablemente, del intervalo entre el final de un período menstrual y el comienzo del siguiente. Fliess asignaba extremada importancia a la bisexualidad de todos los seres humanos, y en la totalidad de los procesos el número 28 se refería al componente femenino y el 23 al masculino. Existía la más íntima conexión entre ellos y los procesos sexuales.

Estos «períodos» sexuales determinan las etapas de nuestro crecimiento, la fecha en que se producen nuestras enfermedades y la de nuestra muerte. Los períodos de la madre determinan el sexo del recién nacido y la fecha del alumbramiento. Imperan no solamente en los seres humanos, sino también a lo largo de la escala animal, y probablemente en todos los seres orgánicos. La medida —por cierto extensa— en que con estos números se quiere explicar las fenómenos biológicos apunta sin duda a sugerir una conexión de índole más profunda, entre los movimientos astronómicos y la creación de los organismos vivientes. ¡De la nariz al infinito! No le va en zaga, como se ve, a Cyrano de Bergerac...

Existen bastantes indicios, si bien oscuros, de la existencia

de cierta periocidad en la vida, siendo lo más evidente, en este sentido, las fluctuaciones que se observan en el deseo sexual. La dificultad radica empero, en descubrir alguna forma de regularidad en todo esto. Ni que decirlo, Fliess había caído en el error de creer que había resuelto el problema. Los rasgos místicos que se observan en sus escritos y la fantástica arbitrariedad con que hacía sus malabarismos con los números —era un numerólogo por excelencia— indujeron a algunos de sus críticos recientes a relegar la mayor parte de su obra al terreno de la psicopatología.

Su obra capital, *Der Ablauf des Lebens* (*El correr de la vida*), aparecida en 1906, produjo cierta sensación en Berlín y en Viena. Leí poco después esa obra, y un par de años después la comenté con Freud. Sabía que tenía alguna relación con Fliess, pero ignoraba, naturalmente, que la amistad había sido estrecha. Le pregunté cómo se las arreglaba Fliess cuando un ataque de apendicitis se producía después de otro en un número de días que no era el que le correspondía según la regla.

Me miró de una manera semiburlona y me dijo: «Fliess no se sentiría muy incómodo frente a una tal situación. Era un matemático experto, y multiplicando 23 y 28 por la diferencia entre ambos números, y sumando o restando luego los resultados obtenidos, o incluso utilizando procedimientos matemáticos más complicados aún, llegaría a obtener, de todos modos, el resultado que se proponía.» Esto era bien diferente de la actitud hacia Fliess en la última década del siglo.

Esta es la curiosa persona a quien hubo de tratar Freud. Fliess había venido a Viena en 1887, para seguir algunos estudios de perfeccionamiento. Se encontró allí con el ubicuo Breuer, quien le aconsejó que asistiera a unas clases que Freud estaba dictando sobre la anatomía y las formas de funcionamiento del sistema nervioso. De esta manera, Breuer asumía el papel de agente catalítico, por segunda vez en la vida de Freud. En las discusiones de carácter científico que siguieron a esto se evidenció una mutua atracción, y la primera carta cursada entre ellos (noviembre 24 de 1887), escrita a propósito de un paciente, comenzaba de este modo:

Estimado amigo y colega:

Esta carta tiene como motivo ciertos asuntos de orden profesional. Pero debo confesar, ante todo, que abrigo la esperanza de que esta correspondencia entre nosotros se prolongue, ya que usted ha dejado en mí una impresión profunda, que fácilmente podría tentarme a declarar, sin ambagues, en qué categoría de hombre colocaría a usted.

Fliess contestó con toda cordialidad, e incluso, en prenda de simpatía, le envió un presente. Unos meses más tarde (agosto 29) Freud enviaba a Fliess, complaciendo un pedido, su propia fotografía. Esta amistad tan auspiciosamente iniciada se fue afirmando gradualmente hasta hacerse íntima, con una correspondencia que se prolongó en forma regular a partir de 1893. El primitivo encabezamiento de «estimado amigo» cedió un lugar al de «querido amigo» al cabo de un par de años; en 1892 el *Sie* (usted) fue reemplazado por el menos formal y más íntimo *Du* (tú) y dos años más tarde se designaban Wilhelm y Sigmund entre sí.

Freud hubiera dado el nombre de Wilhelm a cualquiera de dos hijos menores, pero por fortuna nacieron mujeres.

Pronto diremos algo acerca de la innegable atracción personal que existía entre los dos hombres, pero también es importante mencionar que existían, entre ellos, muchos lazos de interés de carácter más objetivo. Ante todo, la situación de ambos en la vida tenía mucho de común. Jóvenes médicos especialistas los dos, salidos de la clase media judía, ambos tenían la preocupación de hacer una clientela y mantener una familia. Fliess en este aspecto, se hallaba en situación bastante más aliviada que Freud, y por haberse casado con una mujer de fortuna y con un mayor éxito en el ejercicio de su profesión, en una ciudad de ideas más libres como era Berlín.

Los dos tenían educación humanista, de modo que podían hacer alusiones, entre ellos, tanto a la literatura clásica como a la moderna. Freud le hacía constantemente citas de Shakespeare y en sus cartas le vemos recomendándole a Kipling (particularmente *The Light that Failed* y *The Phantom Rickshaw*), en tanto que Fliess le contestaba recomendándole los relatos de Conrad Ferdinand Meyer, el famoso escritor suizo. A Freud le gustaron mucho, e incluso hizo el comentario psicoanalítico

de dos de ellos, a la vez que hacía ciertos comentarios psicoanalíticos sobre el autor.

La educación científica de los dos era bastante similar, casi igual. También Fliess se educó en las enseñanzas de la escuela de Helmholtz de fisiología y de física, que partiendo de Berlín había llegado a Viena. El regalo de Navidad que le envió a Freud en 1898 consistió en dos volúmenes de las conferencias de Helmholtz. En cuanto a la influencia que esta común formación tuvo sobre el miraje científico de cada uno de ellos, nos vamos a ocupar un poco más adelante.

Las preocupaciones científicas de Fliess se hallan de tal modo enlazadas a los objetivos y las necesidades personales de Freud que dejaríamos una impresión realmente equivocada al lector si nos limitáramos a proporcionarle una simple exposición de las mismas. Lo que más importa en esto es ver de que manera estaban ligadas a la evolución íntima de Freud. Para compenetrarnos de esa vinculación será necesario que recapitulemos un poco. Ya hemos visto que Freud estaba animado de una sublime pasión de conocimiento, si bien el precisar qué clase de conocimiento era el que le apasionaba es otro asunto. Podríamos decir por el momento que se trataba «del origen y la naturaleza del hombre, de como llegaron los seres humanos a ser lo que son, y que eran en realidad». Dos pasajes de su correspondencia, los dos de 1896, nos llevan a esa convicción. «Mucho más allá de estas consideraciones (sobre psicopatología) late escondida, mi creación más problemática y más ideal: la metapsicología (diciembre 12). «Veo que tú estás alcanzando, por la vía indirecta de la medicina, tu primera aspiración, la de entender a la criatura humana como fisiólogo, del mismo modo que yo acaricio la esperanza de alcanzar, por el mismo camino, mi objetivo primero, la filosofía. Porque ésta constituyó mi primera finalidad, cuando aún no sabía para quien estaba en el mundo.»

La teorización y la especulación filosóficas, a las que más adelante consintió en dar cierta cabida en su obra, le inspiraba alguna desconfianza; quizá por razones tanto de orden personal como de carácter intelectual. Tal vez pueda decirse, incluso, que le inspiraba temor. Necesitaba, en todo caso, ponerles

un serio freno, y para ello eligió el expediente más seguro: la disciplina de la ciencia. Pero hasta alcanzar a incorporar esta actividad a su manera de ser, le era necesario tener a alguien que le obligara a ello. No cabe duda de que fue Brücke, con mucho, el que más pudo en este sentido, entre todos los que buscó a ese efecto, y es por eso que los años que pasó en el laboratorio de Brücke, el lugar que tanto le pesaba abandonar, fueron de los más felices y despreocupados de su vida. En el lenguaje que usó más tarde podría haber dicho que aquí —en el laboratorio de Brücke— funcionó con entera eficiencia un centinela de su superyo. Poco debe extrañarnos por lo tanto, el que se haya sentido un tanto abandonado cuando perdió ese apoyo.

Creo que aquí podemos hallar la clave de la extraña actitud de «dependencia» que a ratos se veía en él. La extrema dependencia que mostró hacía Fliess, si bien en forma decreciente, hasta la edad de cuarenta y cinco años, da casi la impresión de una tardía adolescencia. Sin embargo, se trata, del extremo opuesto de esa forma de dependencia, tan conocida, propia de una personalidad débil que se aferra a otras más vigorosas, cuya fuerza le hace falta. Esa subestimación de sus propios méritos y sus éxitos que tan a menudo encontramos en su correspondencia con Fliess, no emanaba de una debilidad interna, sino de una terrible fuerza, que por sí solo no se sentía capaz de dominar. Es así como tenía que dotar a Fliess de toda clase de cualidades imaginarias, juicio fino y mesurado, insuperable capacidad intelectual, cualidades especialmente necesarias para el papel de mentor y protector. Vale la pena preguntarse, desde este punto de vista, qué es lo que podía haber en la personalidad de Fliess o en su visión personal de las cosas que podía hacerlo tan apropiado para el extraordinario papel que Freud le había adjudicado.

En el verano de 1894 se quejaba de una soledad en que había quedado «desde que se había interrumpido su intercambio científico con Breuer». Tenía la esperanza de aprender de Fliess, dado que hacía años «que no tenía maestro».

Ahora bien, Fliess, así como Breuer, tenía su base en la medicina fisiológica. Además, como partidario, también él, de

la famosa escuela de Helmholtz, creía que la ciencia biológica y la médica debían tender a ponerse en condiciones de describir sus hallazgos en términos de física, y en la última instancia, de matemáticas. Su libro más importante, llevaba, en efecto, como subtítulo, *Base para una biología exacta.* Esto prometía bastante seguridad. Estaba interesado en las neurosis. Hasta había descrito un síndrome neurótico de su propia cosecha, e incluso lo había explicado sobre una base orgánica «científica». Daba la impresión, hasta allí, de que podría reemplazar con éxito a Breuer. Pero tenía además dos ventajas inestimables sobre Breuer, con todo su valer, ventajas de tanta monta que acaso podría considerársele como la «idealización» de Breuer para Freud, con todas las cualidades que éste hubiera deseado ver en Breuer.

La ventaja más evidente con respecto a Breuer era que, en vez de rebelarse, como éste, ante los problemas sexuales, Fliess había hecho de ellos el centro de toda su labor. No sólo su síndrome era, aún siendo funcional, producto de perturbaciones sexuales, sino que Fliess había hecho de sus «períodos sexuales», uno masculino y el otro femenino, la clave de todos los fenómenos de la vida y de la muerte. Freud estaba dando a su teoría de la libido el carácter de una explicación cada vez más amplia de los fenómenos psíquicos, tanto normales como patológicos, de manera que —si bien las dos teorías estaban destinadas a chocar algún día— pareció por cierto tiempo como si los dos amigos, tomados de la mano, estuvieran explorando juntos el territorio prohibido. Este era precisamente el tipo de colaborador y mentor científico que a Freud le hacía mucha falta en ese momento.

Pero Freud pisaba aquí, como en todo momento, un terreno mucho más firme que el de Fliess. Cuando hablaba de sexualidad se refería realmente a la sexualidad, con todas sus extrañas características. Para Fliess, en cambio, parecía ser apenas algo más que una cuestión de números mágicos. Lo que los críticos de Fliess objetaban a éste era su numerología, y no —como bien podría haberlo hecho— su «pansexualismo». De modo que para todo el mundo, Fliess pudo haber aparecido alocado, pero el que era verdaderamente maligno era Freud.

La otra ventaja que presentaba Fliess en comparación con Breuer era más bien de temperamento. Breuer era, en su trabajo científico, reservado, cauto, enemigo de toda generalización, realista y sobre todo, vacilante en medio de su ambivalencia. Fliess, por el contrario, era extremadamente seguro de sí mismo y comunicativo, daba a sus generalizaciones, sin vacilar, el más amplio alcance y navegaba en el empíreo de sus ideas con facilidad, gracia y contagiosa felicidad.

Después de todo se podía dar suelta al «demonio», si era guiado por alguien que creía en la física y operaba con símbolos matemáticos. Y éste era el aspecto creador de Freud: su primitiva ansia de dominio, que de una manera tan completa se había transformado en el deseo apasionado de descubrir los secretos de la vida humana, un deseo por momentos tan irresistible que traicioneramente buscaba, implorante, los atajos de la especulación filosófica.

Parecía haber conferido a Fliess el derecho a tales especulaciones, que él, por su parte, desconfiado, se había negado. Es así como dice: «En cuanto a tus revelaciones en materia de fisiología sexual, sólo puedo responder con una actitud de suspensa atención y de admiración crítica. Me siento demasiado limitado en mis conocimientos como para poder discutirlas. Pero presiento en esto las cosas más hermosas e importantes, a la vez que confío en que no dejará de publicar aunque sea sus conjeturas. No podemos prescindir de aquellos que tienen el coraje de pensar cosas nuevas, aun cuando no está aún en condiciones de demostrarlas». Había que sobreentender aquí que tal actitud podía serle permitida a un hombre de las condiciones de Fliess: suprema inteligencia, juicio crítico impecable y una completa formación de los principios físicos y matemáticos de la ciencia. Pero en cuanto se refería a él mismo, desprovisto de la autoconfianza que había transferido a su todopoderoso compañero, lo mejor que podía hacer era circunscribirse a las observaciones de carácter empírico que lentamente estaba acumulando, y permitirse sólo, con relación a ese material, aquellas teorizaciones que podrían merecer la aprobación de su mentor.

¡Cuán diferente es este Freud del que veremos más tarde,

una vez liberada toda su capacidad de imaginación! Apenas unos pocos años más tarde le vemos afirmar, confiado, con ocasión del análisis de Dora: «No es que para mí sea un motivo de orgullo el haber rehuído la especulación, pero el material en que se basan mis hipótesis ha surgido de una serie de amplísimas y laboriosas investigaciones».

Ésta es la primera y más importante exigencia que le planteó a Fliess: que escuchara la enumeración de sus últimos descubrimiento y de su explicación teórica de las mismos, y que le diera su opinión al respecto. Y Fliess cumplió lealmente con esta exigencia. No parece probable que sus comentarios al respecto tuvieran mayor valor, pero hizo diversas sugestiones acerca de los trabajos de Freud, en relación con la disposición, el estilo y la discreción, sugestiones que en su mayor parte Freud aceptaba agradecido. En una palabra actuaba como censor. Y un censor, aparte de su evidente función en cuanto a hacer suprimir lo que sea objetable, tiene otra, más importante aún, y es la de sancionar con su silencio aquello que ha dejado pasar sin objeción. Es esta sanción lo que necesitaba Freud, no el hombre inflexible, de pensamiento independiente, que conocimos años más adelante, sino el Freud, muy distinto, de esa década final de siglo. Fliess le acordaba espontáneamente tal sanción. Admiraba a Freud y no tenía motivo —¡al comienzo!— para dudar de la corrección de sus trabajos. El elogio que de buena gana le tributaba debió haber sido, por lo tanto, un gran estímulo para Freud. Bastará citar, al efecto, una sola frase: «Tu elogio es néctar y ambrosía para mí».

El éxito de una aprobación de esta índole, en cuanto ayuda a superar la falta de confianza en uno mismo, es estrictamente proporcional al valor que se asigna a quien lo otorga, y ésa es la razón por lo cual el niño que se halla necesitado de tal ayuda de parte de su padre deberá previamente imaginarse a éste como el más admirable y poderoso de los hombres, hasta que el inevitable fracaso del padre en cuanto a ponerse a la altura de tal concepto hará que el hijo vuelva su mirada a Dios. En consecuencia, podemos deducir cuán grande sería la necesidad de estímulo de parte de Freud por el desmesurado

concepto que se había hecho de Fliess, concepto que, a la luz de una verdadera estimación de ambos hombres, tiene sin duda un deje tragicómico. Su correspondencia está llena de ejemplos de esta situación, pero bastará agregar uno solo al que ya hemos citado. Todavía en 1898 (agosto 26), dos años apenas antes del rompimiento, escribía Freud: «Ayer recibí la grata noticia de que los enigmas del mundo y de la vida comienzan a ser resueltos, la noticia de una conquista tal del pensamiento que ningún sueño podría superar. Yo no sé si el camino que falta para alcanzar el objetivo final, al que apunta tu decisión de utilizar las matemáticas, será corto o largo, pero estoy seguro de que se halla abierto ante ti».

Freud estaba enteramente convencido de haber contraído una gran deuda para con Fliess, y frecuentemente le expresaba a éste su gratitud. Una vez que había descubierto la importancia de los factores sexuales en la génesis de las neurosis, con las consiguientes implicaciones sociales, y cuando advirtió la recepción más que fría que se había hecho a su anuncio, Freud se sintió impulsado a realizar una cruzada, a este respecto, contra los respetables dirigentes de su profesión. Se trataba de una actitud revolucionaria, y él nunca eludió el papel que en ello le tocaba desempeñar. Pero de todo corazón hubiera deseado contar con alguien que le prestara su colaboración y su apoyo en esta campaña, y las francas opiniones de Fliess acerca de la importancia de la sexualidad ahondaban aparentemente la esperanza de haber hallado en él a esa persona. Pero Fliess tenía más de dictador que de luchador, y por otra parte, su aparente interés por la sexualidad resultó ser más etéreo que el de Freud. De esta manera, el doloroso desengaño con Breuer encontró muy poco remedio en este aspecto.

Otra cosa importante que Freud esperaba de Fliess, era que éste, con su extenso conocimiento en medicina general y biología, le ayudara a pisar terreno firme mediante la información que podría proporcionarle acerca de cualquier base orgánica posible de las manifestaciones neuróticas. Es evidente que Freud encontraba un motivo de seguridad en su conocimiento de la anatomía y la fisiología del sistema nervioso. En

el momento culminante de su afección al corazón, a la que vamos a referirnos pronto, escribía (6 de mayo de 1894): «En el verano espero volver a mis viejas investigaciones y dedicarme un poco a la anatomía; después de todo, esto es lo único satisfactorio». Era una cosa «científica» segura y que representaba, además, el freno necesario para la «especulación». Esta necesidad se hizo sentir más que nunca cuando se hallaba estudiando los procesos psíquicos, y durante años acarició la esperanza de fusionar ambas esferas.

Mucho tiempo hubo de transcurrir hasta que Freud se decidiera a prescindir de los principios fisiológicos de su juventud. En cierto sentido, no llegó nunca a hacerlo del todo, dado que, como luego veremos, buena parte de su psicología se estructuró más tarde sobre esos mismos principios.

Parece ser que tampoco aquí Fliess le sirvió de mucho, cosa que, por otra parte, tampoco podía ser de otro modo. Lo más prometedor en ese sentido era quizá su concepto acerca de un «químismo sexual».

Por un tiempo esto infundió esperanzas a Freud, dado que éste estaba convencido de que la estimulación sexual debía ser de naturaleza química. (¡Una anticipación de las modernas hormonas gonadales!) Los dos a un mismo tiempo parecen haber dado en lo que denominaron una teoría química de la neurona, pero nada surgió de ello. Dos años más tarde Freud postuló la existencia de dos clases de material químico sexual (masculino y femenino), pero hizo la observación de que no podían ser iguales a las que Fliess estaba «investigando», si bien todos ellos obedecen a la ley 23-28. Enfocado este aspecto de su relación en su totalidad, debe suponerse que toda vez que Fliess insistía en los procesos somáticos ello significaba una rémora en el penoso camino que conduciría a Freud de la fisiología a la psicología.

Pero el desengaño más completo surgió en relación con otra cosa que Freud esperaba de Fliess. Convencido de los efectos nocivos de todos los métodos anticoncepcionales entonces conocidos, Freud soñaba con hallar uno que fuera satisfactorio y que liberara el goce sexual de toda complicación. Ahora bien si la concepción, como todos los procesos vitales,

se hallaba sujeta a la ley de la periocidad de Fliess, sería posible descubrir, seguramente, dentro del ciclo menstrual, las fechas en que el contacto sexual podría realizarse sin ningún riesgo. Desde 1893 esperó de Fliess que resolviera este problema, «tal como se espera al Mesías», y un poco más tarde le prometía, si llegara a tener éxito, una estatua en el Tiergarten de Berlín. Dos años más tarde parecía estar cerca de la solución, y Freud escribía: «Tu noticia estuvo a punto de arrancarme gritos de alegría. Si realmente has resuelto el problema de la concepción voy a preguntarte qué clase de mármol te agradaría más».

Hasta aquí lo que se refiere a lo que Freud necesitaba y esperaba de Fliess. Para ello le escribía regularmente, a menudo más de una vez por semana, enviándole informes de sus descubrimientos, detalles respecto a sus pacientes y —lo que es más importante desde nuestro punto de vista— manuscritos en los que exponía periódicamente, de una manera más o menos esquemática, sus ideas del momento. Más que ningún otro elemento, estos manuscritos nos dan una idea de su progreso y evolución gradual en el terreno de la psicopatología.

Se reunían bastante a menudo en Viena, y ocasionalmente en Berlín, pero siempre que les era posible se reunían donde podían, por dos o tres días, lejos de su trabajo, y era cuando podían concentrarse para considerar la evolución de sus ideas. Mitad en broma mitad con tristeza, Freud dio a estas reuniones especiales el nombre de «Congresos». Su amigo era —tal como Freud lo expresó en una alusión a una conocida nota de Nestroy— «todo su público». Esto era literalmente exacto. No tenía a nadie, completamente a nadie, con quien tratar los problemas que tanto le preocupaban.

Estas reuniones tuvieron lugar irregularmente desde agosto de 1890 a setiembre de 1900. Ya en 1890 (el 1.° de agosto) Freud escribía lamentando no poder ir a Berlín: «porque me encuentro muy aislado, embotado en materia científica, haragán y resignado. Cuando conversé con usted y advertí lo que usted pensaba de mí, pude llegar a tener, incluso, una buena opinión de mí mismo, y el espectáculo de confiada energía que vi en usted no pudo dejar de impresionarme. Debería tam-

bién haberme beneficiado mucho con sus conocimientos médicos y con la atmósfera de Berlín, puesto que durante años había carecido de maestro». Esta afirmación, tan suave, es dejada muy atrás unos pocos años más tarde. En 1896 (30 de junio) esperaba el próximo «Congreso» «como si se tratara de satisfacer el hambre y la sed». Después del encuentro en Nuremberg, que había estado «anhelando ansiosamente» se encuentra «en un estado de constante euforia y trabajando como un joven» (mayo 4 de 1897), no obstante lo cual, apenas pasados tres meses, la esperanza de volverse a encontrar pronto le parecía «verdaderamente la realización de un gran anhelo, un hermoso sueño que se hará realidad» (agosto 8). Su buena disposición para el trabajo se halla en función de lo que falta para un próximo «Congreso» (marzo 15 de 1898). En ese año tal necesidad alcanzaba su apogeo, cosa curiosa por cuanto ya había iniciado su autoanálisis el año anterior. Posiblemente las primeras etapas del autoanálisis exaltaron la dependencia, hasta que las siguientes pudieron anularlas. Al mes siguiente, al no poder realizarse el encuentro, escribía: «Después de cada uno de nuestros Congresos me sentía nuevamente fortalecido durante semanas enteras, nuevas ideas pujaban por abrirse camino, se restauraba el gusto por el trabajo arduo y la vacilante esperanza de hallar el propio camino a través de la selva volvía a arder con firmeza y con brillo, por un tiempo. Este tiempo de abstinencia no me enseña nada, puesto que sé, desde siempre, lo que representa para mí nuestros encuentros» (abril 3.) «Nada puedo escribir si carezco enteramente de público, pero me siento enteramente contento escribiendo solamente para ti» (mayo 18 de 1898.) Todavía el 7 de mayo de 1900 escribía: «Nadie puede sustituir el contacto con un amigo que una parte especial de mí mismo —tal vez femenina— exige».

Llegó finalmente a un momento, sin embargo, en que pudo darse cuenta de que su depresión ya no cedería más al viejo remedio, y que sólo un valiente y penoso trabajo interior podía ayudarle. Decidió entonces quedarse solo y dar la batalla. He aquí como describía la situación en una carta muy emocionante del 23 de marzo de 1900:

Nunca había conocido un período de seis meses como éstos que acaban de transcurrir en que hubiera sentido tal anhelo de reunirme contigo y con tu familia. Sabes que he pasado por una profunda crisis interior y comprobarías, si me vieras, cuánto me ha hecho envejecer. De manera que tu sugestión de reunirnos durante la Pascua me produjo gran excitación. Si uno no dominara el arte de resolver las contradicciones no llegaría a comprender cómo es que yo no acepto inmediatamente tu proposición. En realidad, es más probable que evite este encuentro. No es simplemente por mi anhelo casi infantil de la primavera y de un hermoso paisaje: esto lo sacrificaría gustoso a cambio de la satisfacción de tenerte a mi lado durante tres días. (Arguyas tal vez digas a todo esto.) Me siento muy empobrecido, he tenido que echar abajo todos mis castillos en el aire y cuento escasamente con el coraje necesario para volverlos a edificar. Durante esta catastrófica demolición habrías sido de inestimable valor para mí, pero en el estado en que ahora me encuentro difícilmente podría conseguir que me entiendas. En aquel momento pude imponerme a mi depresión con la ayuda de un régimen estricto en materia de actividad intelectual. Hoy, con esa distracción, me estoy curando lentamente. De encontrarme contigo, seguramente trataría de captarlo todo en términos conscientes, a objeto de describírtelo. Hablaríamos en términos razonables y científicos, y tus hermosos y sólidos descubrimientos biológicos provocarían mi más profunda —aunque impersonal— envidia. El resultado de todo esto sería que me pasaría cinco días quejándome, y volvería completamente alterado e insatisfecho, con todo el trabajo del verano por delante y cuando esté necesitado probablemente de todo el dominio de mí mismo. Es mi cruz y debo sobrellevarla, pero bien sabe Dios que mi espalda ha quedado visiblemente encorvada por el esfuerzo.

Este cuadro que surge ante nosotros es muy diferente del que habitualmente conocemos, de un hombre inteligente, que cómodamente sentado, fue haciendo un descubrimiento tras otro. Ellos le costaron grandes sufrimientos. ¡Cuánto coraje se necesitaba para desechar el único apoyo que tenía a mano contando apenas con una débil esperanza de llegar a alcanzar la fuerza interior necesaria para reemplazarlo! Afortunadamente —para él y para nosotros— esa esperanza se vio realizada un par de años después.

Toda la ayuda que Freud podía derivar de sus encuentros con Fliess debe haber sido esencialmente una beneficiosa in-

fluencia sobre su ánimo. La ayuda propiamente intelectual sólo podía ser mínima. Poco o nada podía ofrecerle Fliess en el campo de las investigaciones psicológicas, y en la misma situación se hallaba Freud en cuanto a las conjeturas matemáticas de Fliess, terreno en que Freud se sentía particularmente flojo. Las conversaciones entre ambos eran, por lo tanto, un doble monólogo más que un diálogo. Tal como se comprueba más de una vez en la correspondencia entre ambos, cada uno de ellos hacía, por turno, una reseña de sus últimos descubrimientos y una exposición de sus ideas más recientes. La respuesta consistía principalmente, en cada caso, en un grato testimonio de admiración y en la tranquilidad que derivaba de que cada uno de ellos estaba en condiciones de apreciar la valía del otro, aun cuando nadie más lo hiciera. Como cabía esperar, Freud sobreestimaba en esto la capacidad del amigo, a expensas de la suya: «Hay un aspecto en el que yo soy el más favorecido de los dos. Todo lo que te cuento desde mi extremo del mundo, al del alma, encuentra en ti un crítico comprensivo, mientras que lo que relatas tú del extremo tuyo, el de los astros, sólo puede despertar en mí un estéril asombro».

Hacia el comienzo (1894) tuvieron alguna idea de escribir juntos un libro, cuyo tema principal sería el de la importancia de los procesos sexuales, pero pronto el propósito fue desechado.

Aun cuando es posible que Fliess no haya tenido una comprensión profunda de los trabajos de Freud, parece ser que los aceptaba y los elogiaba. La aceptación de los trabajos de Fliess de parte de Freud era de igual índole. No cabe duda de que esa aprobación, de parte de Freud, persistió por muchos años, por extraño que parezca. Hay de ello pruebas decisivas. Así es como trató de explicar en términos del 23 al 28 la diferencia entre dos tipos de «neurosis actuales» que había encontrado y también llegó a sugerir que el placer era producido por la liberación (en ambos sexos) de un material masculino, tipo 23, mientras que el «displacer» sería provocado por un material (femenino) tipo 28 (diciembre 6 de 1896). Cuando más tarde los cálculos de Fliess acerca de los períodos sexuales se exten-

dieron a todo el universo, Freud llegó al extremo de adjudicarle el título de «Kepler de la biología» (julio 30 de 1898).

Por poco agradable que resulte la idea para los afectos al culto de los héroes, es necesarios sentar la afirmación de que Freud no poseyó en todas las épocas la serenidad y la seguridad interior que fueron su característica en los años en que ya era famoso. Tenemos que expresarlo de una manera más concluyente aún. Existe la prueba evidente de que durante diez años aproximadamente (coincidiendo aproximadamente con la última década del siglo), sufrió en grado considerable de una psiconeurosis. Un admirador de Freud podría verse tentado de presentar esto con los más oscuros tintes, a objeto de destacar mejor, a guisa de alivio, su hazaña de lograr el autodominio con la ayuda del incomparable instrumento que él mismo había forjado. Pero no hay ninguna necesidad de exagerar las cosas: la hazaña se destaca por sí misma. Después de todo, Freud no cesó de trabajar satisfactoriamente ni en los peores momentos. No interrumpió su tarea diaria y prosiguió con sus investigaciones científicas; la consagración y el amor a su mujer y a sus hijos no se vio de ningún modo aminorado y según todas las probabilidades se evidenciaron en su conducta con relación a todos los que lo rodeaban —con la sola excepción de Fliess— muy pocas manifestaciones neuróticas. Sus sufrimientos, sin embargo, fueron muy intensos a ratos, y durante esos diez años deben haber sido muy pocos y aislados los momentos en que la vida pudiera valer mucho a sus ojos. Muy caro pagó por los bienes que donaba al mundo, que no fue, por su parte, muy generoso en la recompensa.

Fue sin embargo, en los años que marcan la culminación de su neurosis —1897-1900— que Freud realizó la parte más original de su obra. Hay una relación inequívoca entre los dos hechos. Los síntomas neuróticos deben haber representado uno de los caminos que, para emerger, se estaba labrando el material inconsciente, y sin esa precisión es dudoso que Freud hubiera podido hacer los progresos que hizo. Se trata de una manera costosa de llegar a esa escondida esfera, pero de todos modos es la única.

Freud reconocía, por supuesto, su neurosis, y en la correspondencia emplea ese término varias veces para describir su estado. No parecen haber existido síntomas físicos de «conversión», e indudablemente hubiera considerado más tarde ese estado como una histeria de angustia. Consistía esencialmente en extremados cambios de ánimo, y las únicas formas de localización de su angustia eran sus ocasionales ataques de miedo a morir (*Todesangst*) y de angustia de viajar en ferrocarril (*Reisefieber*). Le quedaron restos de esta supuesta fobia, dado que en años posteriores era tal su ansiedad respecto a la posibilidad de perder un tren, que solía llegar a la estación mucho tiempo antes del tiempo indicado, a veces hasta con una hora de anticipación [1].

Sus estados de ánimo terminan entre períodos de exaltación (élatión), excitación, y autoconfianza, por un lado, y por otro, épocas de grave depresión, duda e inhibición. En los períodos de depresión no podía escribir ni concentrar sus pensamientos (salvo en su trabajo profesional). Dejaba pasar entonces horas de inacción, dominadas por el aburrimiento, pasando de una cosa a otra, entreteniéndose en abrir libros nuevos, contemplar mapas de la antigua Pompeya o hacer solitarios o jugar al ajedrez, pero incapaz de persistir en nada por un rato largo. En una palabra, una especie de inquieta parálisis. Sufría a veces ataques durante los cuales se producía una acentuada restricción del grado de consciencia, un estado difícil de describir, en el que sentía como un velo que originaba un estado mental casi crepuscular (diciembre 6 de 1897).

Se sentía visiblemente inclinado a quejarse a Fliess de sus estados de humor desdichados. Resulta muy sorprendente comprobar este hecho, tan extraño al verdadero Freud. Muchas cosas tuvo que soportar en años posteriores: desdicha, aflicciones y un grave sufrimiento físico. Pero sufrió todo esto con el mayor de los estoicismos. ¡Con cuánta frecuencia lo he visto en el doloroso martirio del cáncer que devoraba su vida, sin que se le escapara más que una sola vez una palabra de queja!

1. Hablando con precisión, no se puede decir que se trataba de una fobia, toda vez que la angustia era soportable y no obligaba a medidas secundarias de protección, como sería por ejemplo el abstenerse de viajar.

Para ser más precisos, fueron dos palabras: (*höchst überflüssig*) «absolutamente sin motivo», superfluo.

Ahora bien, el quejarse indebidamente a una sola persona significa inconscientemente —conscientemente pudo no ser así— que el que se queja atribuye sus males a la acción del otro, a quien, en realidad, está suplicando que cese tal acción. Amistades tan intensas —que en cierto aspecto son neuróticas— como esta que existió entre Freud y Fliess, raramente se dan, o tal vez nunca, sin que exista a la vez un sentimiento latente de hostilidad, y no será muy aventurado el suponer que el conflicto inconsciente que esto implica haya desempeñado un importante papel en la neurosis que temporariamente afligió a Freud. Es ciertamente digno de mención el hecho de que tanto su afección como su dependencia llegaran a su culminación en la época que va de 1897 a 1900, precisamente cuando se hallaba más empeñado en el esfuerzo sostenido de autoexploración mediante el autoanálisis. Hallamos, en efecto, un indicio muy significativo, en una carta del 7 de julio de 1897 (precisamente el mes en que inició su análisis) sobre la relación que acabamos de sugerir. Venía a continuación de un episodio de completa inhibición para escribir, de modo que comenzaba con una disculpa por la interrupción producida. «Todavía no sé lo que ocurrió en mi interior. Algo que provenía de las profundidades más recónditas de mi neurosis ha estado dificultando todo progreso en la comprensión de las neurosis, y de algún modo tú estabas implicado en ello. Porque esta parálisis que me incapacitaba para escribir me parece haber ocurrido con el fin de obstaculizar nuestro contacto epistolar. No tengo seguridad en cuanto a esto. Se trata de una sensación, un sentimiento de naturaleza excesivamente oscura». Era demasiado tarde para exclamar: *¡absit omen!*

Se podría preguntar con qué acontecimientos de la vida de Freud coincidió, cronológicamente, y a este respecto no caben dudas. Sólo dos hechos podían tener gran importancia para Freud en esa época: su exploración más que inminente, del inconsciente y su notable dependencia respecto de Fliess. Los dos hechos deben estar relacionados entre sí. Evidentemente había, en el hecho de dejar el terreno seguro, aunque más bien

tedioso, de la neurología por el inexplorado campo de la psicología, algo que debía tener, para los adentros de Freud, el más hondo de los significados. Su sentido era, indudablemente, el de satisfacer el más hondo deseo de su naturaleza, un deseo que ininterrumpidamente le empujaba hacia delante. Pero junto a esto debe haber habido cierto sentimiento, profundo también, de que se trataba de algo prohibido, del cual surgía la angustia, así como los demás estados de ánimo negativos, desdichados y paralizantes. Es como si hubiera adivinado que el sendero que pisaba había de conducirle, tarde o temprano, al encuentro de secretos terribles, cuya revelación le atemorizaba, sin dejar por ello de estar tan decidido, en la ocasión como el mismo Edipo.

Finalmente, como sabemos, ese sendero le condujo al descubrimiento de su hostilidad, hondamente sepultada, contra su padre. Y no podía haber, por cierto, una protección más tentadora contra el oscuro terror de tal descubrimiento que el hallar un substituto del padre, a quien se puede demostrar el afecto, la admiración y aún la subordinación más absolutas, cosa que indudablemente no significaba más que la repetición de una temprana actitud frente al padre verdadero. Sólo que tales remedios, por desgracia, nunca son de efecto duradero. Ocurre siempre que también la hostilidad latente es transferida y la relación termina, como sucedió en este caso, en la disensión y el alejamiento.

Al hablar de los sinsabores de Freud en esos años tan cargados de acontecimientos, es necesario no olvidar lo que se refiere a su mala salud física. Tenía, por naturaleza, una constitución muy sana, y las enfermedades que lo aquejaron en sus últimos años deben considerarse más bien adquiridas que de carácter innato. Cierto es que fue un mártir de una persistente jaqueca, que lo atormentó durante toda su vida, si bien los ataques se hicieron menos frecuentes en los últimos años. Caso curioso, también Fliess sufría jaqueca, y entre los dos urdieron diversas teorías —ninguna de ellas muy fructífera— para explicar este afligente trastorno. Además —cosa muy del caso dada su amistad con un rinólogo— Freud sufrió mucho a causa de

una afección nasal que lo aquejó en esa época. En realidad los dos sufrieron tal afección, y se les vio tomarse un gran interés cada uno por la nariz del otro. Después de todo fue la nariz el órgano que primeramente concitó el interés de Fliess por los procesos de orden sexual... Dos veces fue operado Freud por Fliess, la segunda vez en el verano de 1895. Se trataba probablemente de cauterizaciones de los cornetes. La cocaína, que tenía en Fliess un gran creyente, también fue constantemente recetada. Pero durante mucho tiempo Freud sufrió de una sinusitis recurrente, primero de un lado y después del otro. Naturalmente, se hicieron desesperados intentos de explicar esos diversos ataques y agravaciones en función de las «leyes periódicas».

En la primavera de 1894 tuvo una afección de carácter más grave. Un ataque de influenza en 1889, le había dejado como secuela una perturbación de la actividad cardíaca (arritmia), que cinco años más tarde se hizo un tanto alarmante. Se produjo a continuación de un esfuerzo por abandonar el hábito de fumar, y puesto que se atribuyó a un envenenamiento por la nicotina, será el caso de decir aquí algo acerca de este hábito de Freud. Siempre fue un gran fumador —veinte cigarros diarios era su ración habitual— y toleraba muy mal la abstinencia. Hallamos en su correspondencia muchas alusiones a sus intentos de restringir el hábito, y hasta de abandonarlo, principalmente por consejo de Fliess. Pero ni siquiera éste pudo influir en tal sentido. Desde muy pronto se negó lisa y llanamente a seguir su consejo[1]. «No me atengo a su prohibición de fumar. ¿Crees realmente que es una suerte grande el vivir muchos años una existencia miserable?»

Pero luego vino el ataque, para cuya descripción será mejor transcribir sus propias palabras:

> Bien pronto, en cuanto dejé de fumar, vinieron días que resultaron tolerables, e incluso comencé a escribir para ti una descripción del problema de la neurosis. Luego, repentinamente, se produjo una grave afección al corazón, peor que todas las que tuve mientras fumaba. Ritmo e irregularidad alocados, constante tensión cardíaca,

1. Este consejo le fue dado ya en 1890.

ardor, un cálido dolor a lo largo del brazo izquierdo, cierta disnea de una intensidad que la hacía sospechosa de ser orgánica... y todo eso a razón de dos o tres ataques diarios y sin interrupción. Y junto con todo esto una opresión del ánimo, y al mismo tiempo imaginarias escenas de muerte y de despedida que ocupaban el lugar de las fantasías usuales relacionadas con mis ocupaciones. Las perturbaciones orgánicas han disminuido en los últimos dos días. El estado hipomaníaco continúa, pero ha tenido la bondad de tranquilizarse repentinamente y dejar tras de él un hombre confiado en que tendrá una larga vida y en ella gozará del usual placer de fumar.

Es un verdadero fastidio para un médico que todo el día no hace más que ocuparse de su neurosis, el no saber si lo que padece es una depresión justificable o hipocondríaca. Necesita ayuda. Es así que consultaré a Breuer, diciéndole que a mi juicio las perturbaciones cardíacas no se concilian con un envenenamiento por la nicotina, y que tenían una miocarditis intolerante al tabaco... No sé si realmente se puede distinguir una cosa de la otra, pero supongo que tendrá que ser posible hacerlo partiendo de los síntomas subjetivos y la evolución. Pero abrigo bastantes sospechas de ti mismo, dado que fue ésta la primera ocasión en que sorprendí una contradicción en las cosas que decías. La vez anterior habías dicho que era de origen nasal y que los síntomas de un corazón «nicotínico» no se presentaban a la percusión. Ahora te estás preocupando mucho por mí y me prohíbes que fume. Esto me lo puedo explicar suponiendo que quieres ocultarme la verdadera situación, y esto, te lo ruego, no lo hagas. Si estás en condiciones de decir algo definitivo te ruego que lo hagas. No tengo una idea exagerada ni de mis responsabilidades ni de mi indispensabilidad, y me resignaré muy bien tanto a la incertidumbre de vivir como al acortamiento de la vida que naturalmente acompañan a un diagnóstico de miocarditis [3]. Hasta es posible, más bien, que llegue a disponer mejor de mi vida y a disfrutar tanto más de lo que aún me queda.

Una semana más tarde, la actividad irregular del corazón fue dominada gracias al digital, pero la depresión general y otros síntomas se agravaron. Breuer dudaba del diagnóstico de envenenamiento nicotínico, hecho por Fliess, pero hallaba que no existía dilatación del corazón. El diagnóstico seguía siendo dudoso. Diez días más tarde el paciente se sentía mejor, pero

3. Freud encaró siempre con invariable valor todo lo que representara un peligro real para su vida, lo cual demuestra que su (neurótico) miedo de morir debía tener algún otro significado, no el literal.

ahora estaba convencido de que padecía una miocarditis reumática. Durante algunos años había sufrido de nódulos en los músculos y en otras partes del cuerpo (presumiblemente de carácter reumático). Dos meses después del ataque seguía con la misma opinión y comprobó que no se trataba de un envenenamiento nicotínico al sentirse mucho mejor fumando un par de cigarros por día, luego de una abstinencia completa que había durado siete semanas. Desconfiaba tanto de Breuer como de Fliess, recelando que le estuvieran ocultando alguna cosa muy grave. Abrigaba dudas sobre si llegaría a los cincuenta y uno —la edad predestinada según la «ley de los períodos»— y pensaba que más bien moriría antes de los cincuenta, porque «estallaría su corazón». «Si no ha de ser inmediatamente después de los cuarenta no estará tan mal». Pero «¡uno desearía no morir muy pronto, y de todos modos no desearía morir!» Fliess seguía abogando, no obstante, por la abstinencia, de modo que Freud se avino a una trasacción, que consistió en fumar un solo cigarro por semana, los jueves, para celebrar la prohibición que le llegaba de Fliess... ¡también semanalmente! Un par de semanas más tarde advirtió que su único cigarro semanal estaba perdiendo su sabor, lo cual le hizo concebir esperanzas de prescindir completamente de fumar.

Tuvo éxito en ese sentido, dado que transcurrieron catorce semanas hasta que comenzó nuevamente a fumar. Sobrellevar la tortura de la abstinencia parecía más allá de todo poder humano, y cuando se hizo necesario poner remedio a su lamentable estado psíquico (*psychischer Kerl*), volvió a fumar, porque de otra manera le era imposible trabajar.

Vistas las cosas como podemos verlas hoy, se abre paso la conclusión de que todas aquellas molestias no eran, en lo esencial, sino aspectos particulares de su psiconeurosis, posiblemente con una ligera localización a causa de la nicotina. No existió indudablemente miocarditis. Él mismo, sin verlo, estaba ofreciendo entonces la prueba de este aserto. Cuando un hombre de cuarenta y tres años puede escalar la montaña del Rax (en la vecindad del Semmering) en tres horas y media no podía tener nada que achacar a su corazón... por mucho que alegara, como lo hizo, que de entonces a esta parte... ¡el Rax

había aumentado por lo menos quinientos metros de altura! Los hechos demostraron posteriormente que Freud poseía un corazón excepcionalmente sano, y que era hombre capaz de tolerar considerables dosis de nicotina.

Así siguieron transcurriendo los años, en lucha constante con los ataques de depresión, con la agustia y con los accesos de miedo a la muerte, y los demás trastornos, internos y externos.

En el análisis de uno de sus sueños [4], Freud había expresado su opinión de que, luego de haber perdido tantos buenos amigos, por muerte o por otros motivos, y en un período de la vida en que ya no es fácil contraer nuevas amistades, había hallado uno finalmente «que conservaría por el resto de su vida». Estaba destinado, en cuanto a esto, a un amargo desengaño, pues había de llegar el día en que quedaría demostrado que Fliess no era el primer ni el último de los amigos cuya personalidad, a la larga, resultaría incompatible con la de Freud.

La ruptura se produjo con motivo de una divergencia de carácter científico, pero, como es el caso la mayor parte de las veces, esto estaba en relación con cosas de índole más afectivas.

La divergencia básica en el aspecto científico es fácil de exponer. Si todas las variaciones en las manifestaciones neuróticas —su iniciación y su final, las mejorías y las exacerbaciones— estaban estrictamente determinadas, como sostenía Fliess, por las «leyes periódicas» de su teoría, todos los hallazgos dinámicos y etiológicos hechos por Freud carecían de facto de toda importancia y significación, aun suponiendo que fueran correctos. Esto es tan sencillo que resulta realmente sorprendente el hecho de que los dos hombres hayan podido arreglárselas para mantener durante diez años un amplio intercambio de ideas, con una armonía aparentemente imperturbada. Ninguno de los dos pudo haber entendido realmente mucho de la obra del otro. Lo único que se exigían mutuamente era la admiración de cada uno por lo que el otro hacía.

Las convicciones de Fliess descansaban sobre una base pa-

4. El sueño *Non vixit*. Ver capítulo VI, sección F, de *La interpretación de los sueños*.

tológica ajena a las de Freud, y esto lo hacía aún más sensible a toda duda que pudiera recaer sobre ellas. En ese sentido hubo, en la época a que nos referimos, dos pequeños episodios que ya entonces pudieron haber adquirido carácter de graves a no ser por el tacto que Freud empleó en suavizarlos. El primero se relacionaba con la crítica de Loewenfeld al artículo de Freud sobre la neurosis de angustia, en la que aquél afirmaba que la teoría de Freud no explicaba el carácter irregular de los ataques. Freud, en su respuesta, aludía a la multiplicidad de los factores en juego y a la variable fuerza de los mismos. Fliess, por el contrario, creyó que debía haber adjudicado más importancia a las leyes periódicas como explicación del caso, y por su parte escribió otra respuesta a Loewenfeld, inspirada en esa idea. Freud aceptó dócilmente esta actitud de Fliess, como si éste hubiera llenado una omisión en su propio alegato. La otra ocasión se presentó un año o dos más tarde, y fue cuando Freud se atrevió a opinar en forma independiente acerca de una hipótesis que Fliess estaba desarrollando sobre la teoría de la zurdería. Interpretó equivocadamente la vacilación de Freud como índice de una duda sobre la gran teoría de la bisexualidad, a lo que aquella hipótesis estaba vinculada en la mente de Fliess, y que era, como pronto veremos, un tópico realmente sagrado. Hasta llegó a acusar a Freud, sin fundamento, de ser zurdo, a lo que éste contestó jocosamente que, hasta donde él podía recordar, había tenido en su infancia dos manos izquierdas, pero la del lado derecho había sido siempre la preferida. Pero en lo que se refería al punto más importante, el de la bisexualidad, Freud reiteró su adhesión, que en realidad fue constante.

Naturalmente, cuanto más seguro se sentía Freud en cuanto a sus descubrimientos, tanto por su mayor experiencia como a consecuencia de su análisis personal, menor era la atención que prestaba a la aritmética, si bien aún en el mismo año de la ruptura seguía creyendo en las ideas de Fliess.

El inevitable choque se produjo durante el último «Congreso», en Achensee, en el verano de 1900, o tal vez en Munich, donde Freud veía a Fliess cuando éste regresaba a Berlín. No conocemos con exactitud las circunstancias precisas del

choque. Según la versión posterior de Fliess —hecha pública—, Freud lo había hecho objeto de un violento e inesperado ataque, cosa que parece muy poco verosímil. Lo que sí se sabe es que él respondió, tal vez a raíz de haber hecho Freud alguna crítica a sus leyes periódicas, que éste no era más que un «lector de pensamientos», y lo que es más, que «leía sus propios pensamientos en los pacientes».

Cabía pensar que esto marcaría el fin de la amistad entre ambos, y en efecto, por lo que afirma Fliess —que quizá sea la verdad—, éste había decidido ir cortando gradualmente toda relación con Freud, que es lo que efectivamente hizo. Nunca más volvieron a encontrarse. Freud, por su parte, no podía creer que una amistad tan valiosa podía haber llegado realmente a su fin. Durante dos años continuó aún en su empeño de enmendar las cosas, si bien tuvo que reconocer que el antiguo intercambio «científico» ya no volvería a reanudarse jamás. Hasta llegó a proponerle, un año más tarde, la idea de escribir en colaboración un libro sobre la bisexualidad, el tema favorito de Fliess. Él haría la parte clínica, y Fliess la anatómica y biológica. Pero éste ya no estaba dispuesto a dejarse seducir. Por el contrario, entró a sospechar de que se trataba de una treta de Freud destinada a arrebatarle una parte de su preciosa prioridad en la materia. Tampoco respondió al llamado que Freud le hizo en 1902, proponiéndole una reconciliación. El resto de la correspondencia siguió siendo cordial, e incluso cálida, pero estuvo principalmente dedicada a informaciones personales o de índole familiar. Lo último fue una postal que envió Freud desde Italia, en setiembre de 1902.

Cuando ya todo parecía haber terminado, aún hubo un nuevo episodio. Los hechos se produjeron del siguiente modo. En el «Congreso» de la Navidad de 1897, en Breslau, Fliess había expresado a Freud su convicción de que todos los seres humanos tenían una constitución bisexual. En efecto, sus leyes periódicas del 28 y el 23 se basaban en esa doctrina. En su último encuentro en Achensee, en el verano de 1900, Freud anunciaba esto a su amigo como una idea nueva, a lo que Fliess, atónito, replicó: «Pero si yo te hablé de esto en nuestra ca-

minata al atardecer, en Breslau, y tú entonces te negabas a aceptarlo». Freud había olvidado completamente la conversación y negaba todo conocimiento al respecto. Sólo una semana más tarde recuperó este recuerdo [5].

Conocemos la secuela de este episodio por una breve correspondencia publicada por Fliess en 1906, en un libro titulado *In eigener Sache,* que es un alegato sobre prioridad. El 20 de julio de 1904 había escrito a Freud diciéndole que Otto Weininger, un brillante joven vienés, había publicado un libro [6] en el que la idea de la bisexualidad tenía un papel prominente. Había oído decir que Weininger era amigo íntimo de un discípulo de Freud, un joven psicólogo llamado Swoboda, y estaba convencido de que el gran secreto se había filtrado por ese conducto. ¿Qué podía decir Freud a esto?

Freud contestó diciendo que Swoboda no era un discípulo, sino un paciente, a quien él había mencionado, durante el análisis [7], que la constitución bisexual era de carácter universal, y que él, a su vez, había hecho casualmente la misma observación a Weininger. De todos modos, éste podía haber encontrado fácilmente dicha idea en cualquier otra parte, ya que se registran muchas alusiones a la misma en la literatura médica. «Esto es todo lo que sé sobre la cuestión». Esta es quizá la ocasión en su vida en que Freud no fue enteramente sincero. Debió haber sentido una gran ansiedad por aplacar a Fliess.

Fliess le replicó entonces que anteriormente había calificado a Swoboda de discípulo suyo; que evidentemente Weininger no pudo haber tomado esa idea de sus lecturas, puesto que pretendía que era enteramente nueva; que todas las alusiones en la literatura eran casuales y no se referían a la naturaleza bisexual de toda célula viviente, que ésa era la esencia de la

5. ¡Caso muy grave de amnesia, por cierto! Apenas un año antes (agosto 1.º de 1899) había escrito: «Tienes razón, por cierto, en eso de la bisexualidad. También yo me estoy acostumbrando a ver todo acto sexual como ocurriendo entre cuatro individuos». Y un año antes de eso había expresado su entusiasmo en estos términos: «He comenzado a dar gran importancia al concepto de bisexualidad, y considero ésta tu idea como uno de los temas de mayor significación para mí, después de la de defensa».

6. *Geschlecht und Charakte,* 1903. (Hay traducción castellana: *Sexo y carácter,* Edit. Losada, Buenos Aires, 1942.)

7. En 1900.

doctrina de Fliess, y también lo que Weininger proclamaba como su propio descubrimiento. Por último, ¿sería cierto, según había llegado a sus oídos, que Weininger llegó realmente a entrevistar a Freud y que le había dado a leer su manuscrito?

Puesto entre la espada y la pared, Freud afrontó la situación con toda hombría. Confesó con toda franqueza que debió haber estado bajo la influencia de un deseo de robar a Fliess su originalidad, deseo compuesto, presumiblemente, de envidia y hostilidad. Pero era demasiado optimista el suponer que semejante explicación psicológica podría ablandar o interesar siquiera a Fliess. Concluía su carta con una observación que para el caso era fatal: que lamentaba que Fliess no tuviera tiempo para escribirle a no ser para un asunto tan *trivial* (sic) como éste. No hay duda de que esto debería considerarse así, pero no era así, ciertamente, para Fliess. Éste no volvió a escribirle jamás, y dos años más tarde dio a publicidad lo que había sido una correspondencia de índole verdaderamente muy privada.

El final de todo esto fue francamente desagradable. A fines de 1905 Fliess consiguió que un amigo suyo publicara un panfleto atacando a Weininger, a Swoboda y a Freud. Éste respondió instantáneamente. En enero de 1906 escribió una carta a Karl Krauss, director de *Die Fackel,* de la que entresacamos los siguientes párrafos: «El Dr. Fliess, de Berlín, ha hecho publicar un panfleto dirigido contra O. Weininger y H. Swoboda, en el que ambos jóvenes autores son acusados del más grosero de los plagios y maltratados de la manera más cruel. Se puede juzgar del crédito que merece esta malhadada publicación por el hecho de que yo mismo, que fui amigo de Fliess durante muchos años, soy acusado de ser quien dio a Weininger y Swoboda la información que sirvió de base para su presunto delito... Espero, estimado señor, que usted no verá en esta carta más que una señal de mi estima y mi suposición de que usted no dejará de interesarse en esta cuestión de índole cultural. De lo que aquí se trata es de un acto de defensa contra la preponente presunción de una personalidad brutal y el deseo de desterrar del templo de la ciencia toda mezquina ambición personal». También escribió a Magnus Hirschfeld, de

Berlín, editor del *Jahrbruch für sexuelle Zivischenstujen:* «Me permito llamarle la atención acerca de un panfleto titulado *Wilhelm Fliess und seine Nachendtdecker*... Es un desagradable libelo que, entre otras cosas, contiene absurdas calumnias contra mí... Actualmente nos las tenemos que haber con la fantasía de un hombre ambicioso que en su soledad ha perdido la capacidad de juzgar lo que es justo y lo que es permisible... No es agradable para mí pronunciar públicamente ásperas palabras acerca de alguien de quien he sido íntimo amigo durante doce años y de este modo estimularle para nuevos insultos».

Aún hubo otro episodio, ocho años más tarde. Freud nos había citado a cinco del grupo, a reunirnos con él en Munich, el 24 de noviembre de 1912. Quería consultarnos acerca de unas dificultades de carácter editorial que tenía con Stekel y asegurarse nuestro apoyo para un proyecto que se le había ocurrido. El asunto se arregló pronto y amistosamente, pero cuando estábamos llegando al final de la comida (era en el Park Hotel) Freud comenzó a hacer reproches a dos suizos, Jung y Riklin, inculpándoles el escribir artículos sobre psicoanálisis en los periódicos suizos, sin mencionar el nombre de él. Jung replicó que eso no era necesario, por lo sabido, pero Freud ya había comenzado a advertir los primeros signos de la disensión que habría de producirse un año después. Persistió en su actitud, y recuerdo que lo que yo pensé entonces era que tomaba el asunto en forma demasiado personal. De pronto ante nuestra consternación, cayó al suelo, totalmente desmayado. El corpulento Jung lo transportó a un sofá, donde pronto le vimos revivir. Sus primeras palabras cuando comenzó a volver en sí, fueron bien extrañas: «¡Qué bello debe ser morir!»...

No mucho tiempo después me confesó el motivo de ese ataque. Se trataba de algo que no ocurría por primera vez. En una carta fechada el 8 de diciembre me escribió: «No puedo dejar de recordar que seis años antes, padecí síntomas muy similares, a los de este caso, si bien no tan intensos, en la misma habitación del Park Hotel. Conocí Munich por primera vez cuando visité a Fliess, en ocasión de hallarse éste enfermo, y entre esta ciudad y mi relación con ese hombre parece

haberse establecido una poderosa relación. Hay, en el fondo de este asunto, un tanto de obstinado sentimiento homosexual. Cuando Jung, en su última carta, hizo nuevamente cierta alusión a mi «neurosis», no se me ocurrió nada mejor que proponer que cada analista se ocupara de su propia neurosís con preferencia a la de los demás. Pienso, después de todo, que tenemos que ser amables y pacientes con Jung, y como decía el viejo Oliver, «mantener seca la pólvora».

Un mes después de esto visité a Freud, en Viena, y me dijo en esta ocasión, según recuerdo, que la reyerta final con Fliess había tenido lugar en esa misma habitación. Pero no podía afirmarlo con toda seguridad, y es posible que haya manifestado únicamente que esa habitación estaba, para él, unida a Fliess, lo que efectivamente es así.

Freud mencionó a Fliess varias veces en sus obras posteriores. Tomó de él, según afirma, las expresiones «período de latencia» y «sublimación».

Fue más generoso, tocante a las ideas de Fliess, en el reconocimiento del concepto de periodicidad —del que poco uso pudo hacer— que en lo que se refiere al de bisexualidad, que demostró ser importante en sus propias enseñanzas. Probablemente siguió creyendo que existía cierta periodicidad en la vida, pero de un orden más complejo que el que quería adjudicarle Fliess en sus fórmulas. En *Más allá del principio de placer* hace referencia a la «grandiosa concepción» de Fliess según la cual todos los fenómenos vitales —y también la muerte— se hallan ligados al cumplimiento de definitivos períodos de tiempo, pero luego afirma que existen bastantes elementos de prueba para oponerse a la rigidez de las fórmulas de Fliess y para justificar la duda acerca de la importancia dominante que él adjudicaba a sus leyes.

En lo que se refiere a la bisexualidad, hay en *Una teoría sexual* una nota citando a ocho autores que afirman su carácter de universalidad. Entre estos autores figura Fliess, pero dado que cita, en relación con esto, la fecha del libro más importante de éste (1906) y no la fecha real, mucho anterior, del «descubrimiento», resulta que de los cinco autores que cita como pre-

decesores de Fliess sólo quedarían dos. Agrega luego que esto demuestar el escaso fundamento de Weininger para adjudicarse la prioridad, como lo hace, en cuanto a este concepto. Esto debe verse tal vez como una réplica al alboroto que había armado Fliess respecto a este asunto.

En cuanto a su propia deuda al respecto, todo lo que dice es que él había observado casos de bisexualidad *en las psiconeurosis,* y que Fliess, en una comunicación privada, le había llamado la atención sobre el hecho de que ésta es una característica general de las mismas.

Evidentemente, el tema de la bisexualidad seguía siendo un asunto enojoso para los dos.

La separación dejó una cicatriz, pero ésta se fue borrando poco a poco. Freud siguió conservando su admiración hacia Fliess, si bien en una forma modificada, naturalmente, y el resentimiento se fue extinguiendo poco a poco.

XIV

EL AUTOANÁLISIS

(1897-)

En el verano de 1897 el hechizo comenzó a disiparse y Freud emprendió la hazaña más heroica de su vida: un psicoanálisis de su propio inconsciente. Resulta difícil imaginarse ahora toda la trascendencia de este hecho, y esta dificultad es precisamente un hecho que fatalmente va unido, la mayor parte de las veces, a esta clase de realizaciones, destinadas a marcar nuevos rumbos. Pero ahí está, frente a nosotros, el carácter único de la hazaña. Una vez realizada, lo ha sido para siempre. Porque nadie más podrá ser ya el primero en explorar tales profundidades.

En la larga historia de la humanidad se registran frecuentes intentos de esta índole. Filósofos y escritores, desde Solón hasta Montaigne y desde Juvenal hasta Schopenhauer, trataron de seguir el consejo del oráculo de Delfos, pero todos se vieron derrotados en su intento. Las resistencias interiores habían bloqueado todo posible avance. De tiempo en tiempo se produjeron chispazos de intuición que de algún modo alumbraban el camino, pero invariablemente terminaban por extinguirse. La esfera del inconsciente, cuya existencia fue postulada con tanta frecuencia, seguía en la oscuridad, y continuaban en vigor las palabras de Heráclito: «El alma del hombre es un país lejano, al que no es posible aproximarse y que no podemos explorar».

Freud no contaba con ninguna ayuda, nadie podría prestarle

el menor auxilio en la empresa. Peor aún: el hecho mismo que lo empujaba hacia adelante —cosa que él mismo debió haber percibido vagamente, por mucho que tratara de ocultárselo a sí mismo— sólo podía conducir a dañar o incluso cortar para siempre sus relaciones con el ser a quien se hallaba íntimamente unido y que había contribuido a afirmar su equilibrio mental. Era atreverse a mucho y era grande el riesgo. ¡Cuánto coraje, a la vez intelectual y moral debió necesitar en esa ocasión! Pero podía contar con ello.

Sólo a distancia, sin embargo, cabe apreciar el aspecto dramático de la situación. En aquél momento sólo podía tratarse de una lucha larga y como a ciegas, de una labor hercúlea que debe haberle hecho pensar a menudo «en todos los grandes aventureros del pasado, mis iguales». En cuanto a la decisión de iniciar tal empresa, difícilmente podía tratarse de algo referente a la voluntad consciente o a un motivo deliberado. No se trataba de un chispazo genial sino de una gradual intuición de algo fatal, inevitable. Una necesidad todopoderosa de alcanzar la verdad a toda costa era posiblemente el resorte interno más poderoso en la personalidad de Freud, algo a lo que todo lo demás —comodidades, éxito, felicidad— debió sacrificarse. Y, para decirlo con las profundas palabras de su amado Goethe: «La condición primera y la última de todo genio es el amor a la verdad.»

En tales circunstancias Freud no debió haber esperado recompensa alguna más allá de la satisfacción de esa imperiosa necesidad. Y debió transcurrir bastante tiempo antes de que se viera aflorar en forma apreciable aquel «indiscriptible sentimiento de la belleza interior» que de vez en cuando cabía esperar de tales revelaciones. Durante tres o cuatro años el sufrimiento neurótico y la dependencia siguieron, en efecto, en aumento. Pero llegó un momento en que llegó a comprender que:

To bear all naked truths,
And to envisage circumstance all calm,
That is the top of sovereignity *.

* Soportar las verdades totalmente desnudas,
Y enfrentar con toda calma las circunstancias
He aquí la cumbre de la soberanía.

El final de este esfuerzo y este sufrimiento representan la fase última en la evolución de su personalidad. De ahí surgió el Freud sereno y benévolo, enteramente dueño de sí mismo desde ese momento, y libre para proseguir con imperturbable gesto su labor.

Aquí tenemos que agregar algunos detalles acerca de este progreso y acerca de los cambiantes puntos de vista de Freud, que precedieron y acompañaron esa evolución, acerca de la sexualidad infantil. Pero antes de hacerlo vale la pena citar una frase que había escrito no menos de 15 años antes de esa época. «Siempre experimento cierta desazón cuando no puedo entender a alguien en términos de mí mismo.» Evidentemente había tomado a pecho la sentencia de Terencio: *humani nihil a me alienum puto* [1]. Había en esto una razón más para fortalecer su deseo de conocerse acabadamente a sí mismo.

Dos importantes sectores en la investigación se hallaban íntimamente ligados a su autoanálisis: la interpretación de los sueños y su creciente valoración de la sexualidad infantil.

Un triple papel corresponde aquí a la interpretación de los sueños. Fue la observación y la investigación de sus propios sueños —el material más inmediatamente asequible para el estudio y el que fue utilizado más en su libro— lo que le inspiró la idea, en términos conscientes de proseguir su autoanálisis hasta llevarlo a su lógico final. Y fue este también el método principalmente utilizado para realizarlo. Más adelante expresó la opinión de que toda persona sincera, más o menos normal y que tuviera muchos sueños podía adelantar gran trecho en el camino del autoanálisis, pero, claro está, no todo el mundo es Freud. Su autoanálisis se fue desarrollando al mismo tiempo que componía su obra maestra, *La interpretación de los sueños,* en la que registró muchos detalles de aquél. Por último, era en el terreno de la interpretación de los sueños donde más seguro se sentía. Era la parte de su obra que le inspiraba la mayor confianza.

Si pasamos revista a la evolución de las opiniones de Freud sobre la sexualidad y la infancia hasta la época de su autoanáli-

1. Nada humano me es ajeno.

sis, tomando como base al mismo tiempo sus publicaciones y la correspondencia con Fliess, tendremos que llegar a las siguientes conclusiones. Su comprensión del problema fue mucho más lenta y gradual de lo que a menudo se supone. Algunas cosas que hoy son claras eran bastante oscuras a la sazón. Tuvo que partir necesariamente del convencional punto de vista acerca de la inocencia infantil, y al toparse con los chocantes relatos acerca de la seducción de parte de los adultos prefirió también el punto de vista convencional de que esto representaba una estimulación precoz. Al comienzo no pensó que esto despertara sensaciones sexuales en el niño en ese momento. Sería únicamente más tarde, hacia la pubertad, que el recuerdo de estos incidentes terminaría por ser excitante. Este concepto está de acuerdo con el que expresó en 1895, en el sentido de que los recuerdos se hacen traumáticos años después de la experiencia misma. En 1896 ya suponía que tal vez «la misma edad infantil puede no hallarse exenta de ciertas delicadas excitaciones sexuales», pero está claro que éstas se consideran puramente autoeróticas, y no existe conexión entre esas excitaciones y otras personas. Un año más tarde se mostraba interesado en cuanto a la base orgánica de tales excitaciones y las localizaba en las regiones de la boca y el ano, si bien sugirió que podían interesar a la superficie total del cuerpo. En una carta del 6 de diciembre de 1896 utilizó la expresión *zonas erógenas* y en otra del 3 de enero de 1897 llamó a la boca «el órgano sexual oral».

Descubrió los aspectos aloeróticos de la sexualidad infantil de una manera curiosa e indirecta, no a través del niño sino del progenitor afectado en cada caso. Desde mayo de 1893, que fue cuando anunció esto por primera vez a Fliess, hasta setiembre de 1897, fecha en que admitió su error, sostuvo la opinión de que la causa esencial de la histeria es una seducción sexual de una criatura inocente de parte de una persona adulta, que por lo común sería el padre. La evidencia del material analítico parecía irrefutable. Se mantuvo en esta convicción durante cuatro años; si bien se sentía cada vez más sorprendido de la frecuencia de estos supuestos episodios. Empezaba a parecer que, en una proporción elevada, los padres eran protagonistas de tales ataques incestuosos. Y lo que es peor, habitualmente se

que la propia consciencia no puede captar: pensamientos crepusculares, un velo sobre la mente y apenas, aquí y allá, un rayo de luz.» Cada línea que escribe significaba un tormento y una semana más tarde decía que su inhibición para escribir era realmente patológica. Pronto descubrió, sin embargo, que el motivo de esto era el de estorbar la relación con Fliess. Viene luego el amargo párrafo antes citado de la carta del 7 de julio en el que habla de resistencias en las profundidades mismas de su neurosis, en las que de algún modo estaba envuelto Fliess. Pero aquí está a punto de aflorar algo que resultará sin duda más divertido. «Me parece estar como el gusano de seda en su capullo, y Dios sabe que clase de bestia saldrá de aquí».

Poco después Freud se reunió con su familia en Aussee y el 14 de agosto escribió decididamente acerca de su propio análisis, que, según dice: «se hace más duro que cualquier otro.» «Pero habrá que llevarlo a cabo, y más aún, constituye una contraparte necesaria de mi labor (terapeútica)».

Una parte de su histeria ya está resuelta. Había reconocido claramente que sus propias resistencias habían estado obstaculizando su trabajo.

En cartas fechadas el 3, el 4 y el 15 de octubre, Freud proporcionaba detalles sobre el progreso de su análisis. Nos hemos ocupado de ellos en otra parte de este libro. Se había dado cuenta ya de que su padre era inocente y que había proyectado sobre él ideas propias. Habían surgido recuerdos infantiles de deseos sexuales hacia su madre en ocasión de haberla visto desnuda. Nos encontramos con un relato de sus celos y querellas de la infancia y del redescubrimiento de su vieja niñera, a la que atribuye gran parte de sus dificultades. El recuerdo revivido de que lo lavaba en agua roja, en la que previamente se había lavado ella, era un detalle particularmente convincente.

En la última de estas cartas Freud narraba que había interrogado a su madre acerca de su primera infancia. De esta manera tuvo una confirmación acerca de la verdad de sus hallazgos analíticos y obtuvo además algunos datos que aclaraban ciertas cosas acerca de la niñera, por ejemplo, que le habían producido gran extrañeza. Señalaba que su autoanálisis pro-

metía ser para él del más alto valor, si era conducido hasta el fin. Había descubierto en sí mismo la pasión hacia su madre y los celos que había sentido por su padre; estaba seguro que esto era un rasgo humano de carácter general y de que a partir de él se podía entender el vigoroso impacto de la leyenda de Edipo. Agregó incluso una interpretación correspondiente de la tragedia de Hamlet. Su mente estaba trabajando ahora, evidentemente, a plena velocidad, y hasta podemos hablar aquí de súbitas intuiciones.

La superación de sus propias resistencias le permitía una visión mucho más clara de las resistencias de sus pacientes, y ahora podía entender mucho mejor los cambios de estado de ánimo de éstos. «Encuentro aquí todo aquello que siento en los pacientes: días en que me encuentro vagando oprimido a causa de no haber podido entender nada de mis sueños, mis fantasías y mis estados de ánimo del día, y luego días en que un relámpago *(ein Blitz)* ilumina repentinamente las conexiones y me pone en condiciones de comprender esos momentos anteriores como una faz preparatoria de la visión actual.»

Naturalmente, el análisis de Freud, como todos los otros análisis, no podía producir resultados mágicos de entrada. En cartas escritas en períodos posteriores hallamos característicos relatos de variaciones en su progreso: optimismo que alterna con pesimismo, exacerbación de síntomas, etc. La neurosis misma, así como la correspondiente dependencia de Fliess, pareció haber sido más intensa, o más manifiesta, en el año o dos que siguieron, pero la determinación de Freud de salir a flote, nunca desmayó y finalmente le dio la victoria. En una carta del 2 de marzo de 1899 nos enteramos de que el análisis le había hecho mucho bien y que se encontraba evidentemente mucho más normal de lo que había sido cuatro o cinco años antes.

Siendo que pocos análisis, o acaso ninguno, llega a completarse jamás —puesto que la perfección absoluta es cosa vedada a los mortales—, sería poco razonable esperar que el autoanálisis de Freud, privado de la colaboración de un analista objetivo y sin la invalorable ayuda derivada más tarde del estudio de las manifestaciones de transferencia, pudiera hacer excep-

ción a la regla. Acaso se nos brinde la ocasión, más adelante, de sugerir cuándo y cómo estas deficiencias pueden haber afectado algunas de sus conclusiones.

En el encabezamiento de este capítulo hemos puesto sólo la fecha inicial. La razón de ello es que Freud, según me había dicho, nunca dejó de analizarse, dedicando siempre a este fin la última media hora del día. He aquí una prueba más de su infatigable integridad.

XV

LA VIDA PRIVADA

(1890-1900)

La correspondencia con Fliess agrega mucho a lo que sabemos por otras fuentes en cuanto a la forma de vivir de Freud, a sus hábitos y a las circunstancias generales de este período. Hallamos en ella detalles incluso triviales, que son incidentalmente mencionados, tales como que había hecho su visita diaria al barbero —lo cual indica, de paso, para un hombre de tanta barba, un desusado cuidado de su persona— o que odiaba los platos aparentemente inofensivos de carne de ave o coliflor, hasta el punto de que evitaba comer en casa de una familia donde probablemente se los servirían; o de que poseía un teléfono que había sido instalado nada menos que en 1895. El departamento, más amplio, del Berggasse, al que se había mudado la familia a fines de verano de 1891, demostró ser inadecuado para el número creciente de hijos, de modo tal que Freud alquiló otro más en 1892. Este se hallaba en la planta baja de la misma casa y daba, por el fondo, a un pequeño y agradable jardín. Se componía de tres habitaciones, usadas como sala de espera, consultorio y escritorio, respectivamente; de modo tal que Freud disponía de todas las oportunidades para concentrarse tranquilamente. Esto continuó sin cambio hasta 1907.

Freud señalaba en una de sus cartas que pasaba su vida

entre la sala de consulta y la habitación de los niños, en los altos. Era evidentemente un buen padre, y sus cartas a Fliess están llenas de detalles sobre las cosas notables que decían o hacían sus niños. Todos crecieron robustos y sanos, pero parecen haber padecido, durante su infancia, de todas las enfermedades infecciosas posibles. Esto constituía una fuente de constante angustia ya que, como cabe recordar, muchas de esas enfermedades, tales como la escarlatina, la difteria, la angina, etc., eran mucho más peligrosas que ahora y no existía para ellas otro tratamiento que el pecho.

A pesar de sus otras preocupaciones Freud era, en manera extrema, un hombre que vivía para su familia, interesado en todo lo que se refería a sus numerosos parientes. Además, aparte de mantener su propio hogar, tenía que contribuir al sostén de sus padres y hermanos. Su hermano Alexander le ayudaba en esto lo mejor que podía, si bien él mismo, ocasionalmente, tenía que pedir dinero prestado (a Fliess).

Freud tenía un solo hobby importante, pero pocos descansos aparte de sus viajes. Jugaba un tanto al ajedrez, pero lo abandonó por complejo antes de cumplir los 50 años, a causa de que requería una gran concentración, que prefería dedicar a otra cosa. Cuando se encontraba solo, solía hacer solitarios, pero había un juego de cartas al que realmente llegó a aficionarse. Era un viejo juego vienés, entre cuatro, llamado tarock. Sabemos que lo jugaba en la última década del siglo y probablemente antes también. Más tarde llegó a ser una institución, y las noches del sábado le eran religiosamente dedicadas. El que lo inició en esto fue el profesor Königstein, el oftalmólogo, que había sido uno de los primeros en introducir en su práctica el uso de la cocaína. El juego continuó en la casa de éste hasta su muerte, en 1924.

Muy pocas veces asistía Freud al teatro o la ópera. Las óperas tenían que ser de Mozart, si bien hacía una excepción con Carmen. De vez en cuando asistía también a una conferencia. Así, por ejemplo, escuchó con gran placer a Mark Twain, un viejo favorito suyo.

Otra importante forma de descanso que había buscado era de una índole más social. En 1895, cuando su ostracismo pro-

fesional comenzó a resultarle deprimente, buscó la compañía más afín de gente de la que se sentía más cercano. Esto lo halló en el Club Judío Benei Brith, sociedad a la que siguió perteneciendo luego por el resto de su vida[1]. Asistía a sus reuniones sociales o culturales cada martes alterno, y de vez en cuando él mismo pronunciaba una conferencia.

El hobby era, por supuesto, su pasión por las antigüedades. Esto satisfacía a la vez sus necesidades estéticas y su infatigable interés por las fuentes de la civilización, así como, en realidad, por todas las actividades del hombre. Era, por cierto, su único extraderroche, si puede llamarse así. En una carta del 20 de agosto de 1898 comunica a Fliess que ha comprado una estatuilla romana en Innsbruck. Estaba leyendo entonces con gran placer la *Griechische Kulturgeschichte*. (*Historia cultural de Grecia*) de Burckhardt y señalaba paralelos que encontraba con sus hallazgos psicoanalíticos: «Mi afición a lo prehistórico en todas las manifestaciones humanas sigue invariable» (30 de enero de 1899). Cuando se obsequió a sí mismo con un ejemplar de las Ilias de Schliemann, se sintió especialmente interesado en el relato de su niñez que el autor hace en el prefacio y en las primeras ideas del autor que más tarde darían por resultado el descubrimiento de la sepultada Troya. «Se sentía feliz con el hallazgo del tesoro de Príamo, puesto que la única felicidad posible es la satisfacción de un deseo infantil». Esto mismo lo manifestaba de una manera más formal en una carta anterior: «Aquí agregó una definición de la felicidad. La felicidad consiste en la satisfacción ulterior de un deseo prehistórico. Es por esto que la riqueza trae tan poca felicidad: "El dinero no ha sido un deseo en la infancia".»

Por razones de clima las prolongadas vacaciones de verano constituían en Viena una institución regular. A causa del elevado calor, hasta las escuelas cerraban a fines de junio, y era costumbre que las familias pasaran dos o tres meses en el interior del país, aún cuando los hombres no pudieran reunírseles sino a intervalos. Freud hacía todos los esfuerzos posibles por

1. Fue la afiliación a esta entidad, que los nazis calificaron de «agrupación política subterránea», lo que utilizaron como pretexto para apoderarse, en marzo de 1938, de la *Editorial Psicoanalítica Internacional*.

adherirse a esta costumbre, aún en sus años más penosos. Había buenas razones, cierto es, para ver en esta costumbre más bien una necesidad que un lujo. Bien pronto pudo convencerse, como les ocurrió desde entonces a todos los analistas, que la tensión requerida por su tarea es tal que la calidad de la misma seguramente se resentiría sin un amplio período de recuperación. Tiene que haber además, después de todo, cierto placer en la vida y para Freud existían pocos placeres tan satisfactorios como el de disfrutar de un hermoso paisaje o la contemplación de lugares desconocidos. Sentía, cosa nada rara, el llamado simultáneo del Norte. Los elevados sentimientos del deber hablaban del Norte. Ahí estaba, por ejemplo, Berlín con su incansable actividad e incesante impulso de realización. Pero en cuanto a placer, felicidad y pura atracción, era el Sur que se llevaba la palma. Su suavidad y belleza, su calidad social y sus cielos azules y sobre todo su riqueza de reliquias visibles de las etapas más antiguas de la evolución: para Freud, como para tantos otros, esto encerraba una atracción irresistible.

En esa época Freud acostumbraba a mandar a su familia afuera en el mes de junio, o incluso en mayo, y continuar trabajando solo en Viena hasta bien entrado el mes de julio, con ocasionales interrupciones de fin de semana para reunirse con la familia; volvía plenamente al trabajo a mediados de setiembre. Al comienzo no viajaban muy lejos: permanecían en los alrededores de Viena.

Pero desde estas avanzadas o desde Viena como punto de partida, solía iniciar expediciones más amplias, acompañado por su mujer, su hermano y, en cierta oportunidad por su cuñada; cuando su mujer iba con él, su hermana Rosa, mientras fue soltera, solía quedarse, para ocuparse de los niños y dirigirlos. Los meses en que se quedaba solo en Viena eran agotadores, y Freud se quejaba especialmente de la elevada temperatura que tenía que soportar la ciudad en junio y en julio. Naturalmente tenía que ocuparse también de escribir y de atender a sus pacientes, y casi todos los días tenía una invitación para pasar la velada en compañía de amigos. Tenía en esa época un círculo, si no variado, asombrosamente amplio de relaciones, casi todos médicos judíos. Cuando Freud hablaba más tarde

de los diez años de aislamiento, debe entenderse que se refería simplemente a su vida científica, no a la social.

En el año 1896 los planes de veraneo fueron mucho más ambiciosos. Fue la primera vez que la familia pudo ser llevada a una distancia tan grande como Aussee, en Estiria, donde pasaron el verano. Como esto estaba más allá del alcance de los fáciles viajes de fin de semana para reunirse con la familia, Freud planeó, como compensación, un extenso viaje. Aunque ya había mantenido un «Congreso» de tres días con Fliess en Dresden, en el mes de abril, realizó otro con él en Salzburgo en la última semana de agosto, luego de pasar un mes con la familia.

Después de esto se reunió con su hermano Alexander en Steinach y viajó con él a Venecia, vía Bolonia. Allí se quedaron sólo dos días y luego de una interrupción de unas pocas horas en Padua, donde «trabajó duramente» durante 4 horas, viajó a Bolonia. Esta ciudad impresionó vivamente a Freud, que pasó tres noches allí. El último día hizo excursiones a Ravenna y Faenza. Esta última le impresionó menos de lo que se podía esperar. Después fue una estupenda semana en Florencia, donde se sintió transportado por la «magia delirante» de sus maravillas. Freud tenía un extraordinario poder de rápida asimilación, y esa semana debió haberle proporcionado lo que habitualmente se asimila en un mes. Entre otros descubrimientos figuraba el del museo Galileo en la Torre del Gallo, en las afueras de la ciudad. Allí persuadió al propietario Conde Galetti, que ocupaba el piso de arriba, a que les alquilara tres habitaciones para el resto de su estadía, y allí pasaron cuatro días rodeados de tesoros inapreciables con uan magnífica vista de Florencia, esto debió haber sido el viaje más largo que hasta entonces había hecho Freud. Había faltado de Viena por dos meses. En 1897 y, de nuevo, en 1898 Freud realizó largos viajes por Europa.

En el verano de 1899 fue el primero de los muchos que pasó la familia en una amplia granja llamada Riemerlehen, cerca de Berchtesgaden, en Baviera. Fue durante este verano que escribió la mayor parte de *La interpretación de los sueños,* cuya última y dificultosa parte fue compuesta en una glorieta del jardín de la casa. Su último agradable «Congreso» con Fliess

había tenido lugar en abril en Innsbruck y le sirvió sin duda de estímulo para proseguir en su gran tarea, que hasta entonces había marchado con bastante dificultad. Luego de terminar el libro volvió a Viena en la tercera semana de setiembre, después de un recorrido de 22 horas a través de una campaña inundada.

Cada vez que Freud se hallaba lejos de su mujer mantenía constante contacto con ella mediante postales y telegramas diarios, que alternaban con una larga carta; cada dos o tres días le enviaba breves descripciones de lo que había visto y cada tanto agregaba agudos comentarios por su cuenta. El mal humor que solía dominarlo en otros momentos desaparecía visiblemente y por completo durante sus viajes. Freud demostraba entonces una gran aptitud para el goce y un extraordinario buen gusto. A título de cosa de interés incidental podemos agregar que de todos los lugares que visitó en Italia los favoritos fueron, después de Venecia y Florencia, por supuesto, Bérgamo, Bolonia y Brescia.

Si bien estos viajes se realizaban, sin ninguna duda, de una manera modesta, con insistente uso de pequeños hoteles y diligencias, necesariamente deben haber costado algo. Cuando pensamos que Freud, en esos años, tenía que mantener a una docena de personas, aparte de las de servicio, podemos darnos cuenta por qué las finanzas constituían un constante motivo de ansiedad. La actitud de Freud hacia el dinero fue siempre realista: el dinero era para gastar, pero de todos modos era cosa de tomar en serio.

Pocas veces hallamos, en la correspondencia con Fliess, referencias a lo que ganaba en el consultorio antes de 1896. Comenzó a sentir entonces los efectos del aislamiento a que lo condenaron sus colegas, a causa de sus perturbadoras opiniones sobre la sexualidad. La marcha de su consultorio, como la de muchos otros médicos, variaba ampliamente de un momento a otro, como lo demuestran los siguientes ejemplos: en mayo de 1896 su sala de espera quedó vacía por primera vez, y transcurrieron varias semanas sin aparecer un nuevo paciente. En noviembre las cosas anduvieron mal. Pero en diciembre estaba trabajando a razón de diez horas diarias y ganado 100 florines por día,

exactamente la suma que necesitaba para sus gastos. «Se hallaba, pues, mortalmente cansado y mentalmente fresco.» Esto continuó sin variar por un tiempo. Comenzaba a ser conocido en el mundo. Wernicke le había mandado un paciente, tenía otro de Budapest y otro más de Breslau (febrero de 1899). Pero a la noche, luego de trabajar durante doce horas y media, «cae rendido como si hubiera estado aserrando leña». La última semana había ganado 700 florines, pero «esto no se lo dan a uno por nada; debe ser muy duro llegar a ser rico».

En la famosa carta (21 de setiembre de 1897) en que anuncia su desengaño respecto a la teoría de la seducción, uno de los rasgos inquietantes que sobresalen es el de que, siendo errónea su teoría etiológica, ya no podría estar seguro de poder curar las neurosis, que es de lo que dependía como medio de vida. Pero su teoría sobre los sueños quedaba intacta: «¡Qué lástima que no podamos vivir de la interpretación de los sueños!» No pasó un mes sin que se cumpliera su presagio. Sólo tenía dos pacientes, los dos gratuitos: «Con esto llegan a tres, pero no rinden nada.» Durante un año las cosas anduvieron mal. No pudo abandonar Viena, ya que no podía permitirse perder un sólo día de trabajo. En el mes de octubre siguiente (1898), estaba trabajando duramente otra vez, con once horas diarias de psicoanálisis. Luego de hacer dos visitas de carácter profesional, comenzaba a las nueve y después de un intervalo de dos horas y media al mediodía terminaba a las nueve de la noche. Luego tenía que continuar con *La interpretación de los sueños,* la correspondencia y el autoanálisis. Dos meses más tarde sus entradas habían descendido a 70 florines diarios, pero al mes siguiente estaba ganando nuevamente 100 florines, con una tarea diaria de once horas. Hacia mayo ésta descendió a dos horas y media, y en octubre del mismo año escribía que sus entradas en los últimos seis meses no habían sido suficientes para cubrir los gastos.

Freud tenía solamente ambiciones científicas, las de descubrir. Lo más cercano a una ambición mundana era el deseo de una posición que le permitiera viajar. El progreso social y profesional no significaban nada a no ser, quizá, la posibilidad de una independencia mayor. Se quejaba de que su medio de

vida dependiera de gente (colegas) a la que despreciaba. En Viena, por otra parte, la comunidad se hallaba impregnada de una especie de snobismo sin paralelo en ninguna parte. Cuestiones de reputación y capacidad se subordinaban totalmente a la simple posesión de un título y la jerarquía de los títulos era sumamente complicada. Esto era especialmente pronunciado en cuanto a la profesión médica. Se consideraba socialmente inadecuado utilizar los servicios de un práctico, por capaz que fuera, si se estaba en condiciones de pagar a un *Privat-Dozent*, y la crema de la clientela iba a los médicos que tenían el codiciado título de Profesor. Freud debe haber despreciado cordialmente todo esto, pero no podía dejar de reconocer sus importantes aspectos económicos. Solamente por esta razón, no por otra, se sentiría satisfecho de lograr el título. La forma en que logró este progreso es algo que arroja viva luz sobre lo que era la Viena de esos días.

En enero de 1897, luego de haber sido *Privat-Dozent* por el período, nada común, de doce años, escribía que el rumor corriente de que habría de ser propuesto, una vez más, en favor de colegas más jóvenes, le dejaba completamente indiferente, pero que podría apresurar la ruptura definitiva con la Universidad. Un mes más tarde, sin embargo, informaba de una entrevista con Nothnagel, quien le dijo que, juntamente con Kraft-Ebbing y Frankl Hochwart, iba a proponerlo como Profesor Adjunto y que, en el caso de no admitirlo el Consejo de la Facultad, estaban dispuesto a llevar ellos mismos la proposición al Ministerio [2]. Pero Nothnangel agregaba: «Usted conoce las dificultades que vienen después: tal vez no consigamos otra cosa que poner su caso sobre el tapete.» Lo que agradaba a Freud era que podía seguir considerándolos «hombres decentes».

Nada salió de todo esto. La actitud antisemita en los círculos oficiales habría bastado por sí misma, y a ello se agregaba aún la mala reputación de Freud en asuntos de orden sexual. Nada contaban, en la ocasión, frente a estas consideraciones, la magnífica obra realizada en el terreno de la neurología ni tam-

2. Siendo la Universidad dependiente del gobierno, éste debía ratificar todos los nombramientos.

poco su fama europea como neurólogo. En la ratificación anual del mes de setiembre, él y su grupo fueron ignorados en 1897, 1898 y 1899. En 1900 fueron ratificados todos los nombres propuestos menos el de Freud. Pero éste se sintió complacido de que su amigo Königstein fuera finalmente aceptado.

Pasaron cuatro años sin que Freud diera paso alguno en este sentido. Luego tuvo lugar el gran acontecimiento de la visita a Roma, después de lo cual dijo que había aumentado su placer de vivir y disminuido su placer en el martirio. Una actitud de digno aislamiento concedía, sin duda, un sentimiento satisfactorio de superioridad, pero él estaba pagando muy caro por ello. Había decidido «ser como otros hombres» y descender de su pedestal para colocarse en un nivel menos elevado. Fue así que decidió visitar a su viejo maestro Exner. Este se comportó muy groseramente con él, pero al final le reveló que el Ministro estaba siendo influido personalmente contra él por alguien, y le aconsejó que buscara algún modo de contrarrestar esa influencia. Freud sugirió el nombre de una ex paciente Elise Gomperz, esposa del hombre para quien Freud había traducido veinte años atrás los Ensayos de John Stuart Mill. Gomperz había sido profesor de Filología junto con von Härtel, que ahora era Ministro de Instrucción Pública. La señora se mostró muy bien dispuesta, pero el Ministro simuló no saber nada de la antigua recomendación, de modo que fue necesario hacer llegar otra nueva. Freud escribió a Nothnagel y a Kraft-Ebbing, quienes rápidamente renovaron la recomendación. Pero tampoco surgió nada de esto.

Después de esto, una de las pacientes de Freud, una tal señora Marie Ferstel, viuda de un diplomático, se enteró de la situación e inmediatamente entró en competencia con la señora Gomperz. No descansó hasta que pudo conocer al Ministro personalmente, y hacer un trato con él. Él estaba ansioso de poseer cierto cuadro de Böcklin (*Die Burgruine*) para la recién inaugurada Galería Moderna, y este cuadro estaba en poder de la tía de la señora Ferstel, señora Ernestine Thorsch. Tres meses le llevó el sacárselo a la vieja señora, pero al final el Ministro anunció graciosamente a la señora Ferstel, en una fiesta, que ella era la primera en enterarse de que había enviado al

emperador, para su firma, el documento en cuestión. Al día siguiente irrumpió en la sala de Freud con el grito: *¡Ich hab's gemacht!* (¡Lo conseguí!).

Es fácil imaginar los sentimientos de Freud acerca de todo esto, pero sabemos que el 11 de marzo de 1902 escribió a Fliess que de todos los que intervinieron en el caso el asno más grande era él, que debía haber negociado las cosas desde años atrás, ya que sabía como marchaban las cosas en Viena. De todos modos no dejó de divertirle el asunto, y en esa misma carta a Fliess —la última de la correspondencia entre ambos— escribió: «La población está participando ampliamente. Llueven sobre mí felicitaciones y ramos de flores, como si Su Majestad hubiera reconocido ampliamente el papel de la sexualidad, el Consejo de Ministros hubiera confirmado la importancia de los sueños y la necesidad del tratamiento psicoanalítico de la histeria hubiera sido aprobada en el Parlamento por dos terceras partes de los votos.»

Este absurdo asunto tuvo los resultados esperados. Conocidos que lo habían mirado desde arriba al cruzarse con él, ahora le hacían una reverencia desde lejos, los compañeros de escuela de sus hijos proclamaban su envidia y —la única cosa que realmente importaba— su trabajo en el consultorio mejoró, esta vez de un modo permanente. Había llegado a ser, si no respetable, al menos respetado. Este hecho coincidía casualmente con otro acontecimiento importante de su vida, su emergencia de los años de aislamiento intelectual. Comenzaron a aparecer partidarios a su alrededor, que se referían a él todas las veces simplemente como «Herr Profesor», y no pasaría mucho tiempo hasta que en el extranjero comenzaran a tomar seriamente en cuenta su labor psicológica.

Este nuevo título no significó una diferencia intrínseca en la posición académica de Freud. Tal como antes, cuando era *Privat-Dozent*, estaba autorizado a dar clases en la Universidad, pero no estaba obligado a hacerlo.

Freud aprovechó ampliamente ese derecho de dictar cursos y clases aunque no lo hizo todos los años, hasta la Primera Guerra Mundial.

Daba clases dos veces por semana, los martes y los sábados.

Debe haber alguna otra persona, aparte del que esto escribe, que recuerde lo que significaba el privilegio de escucharle. Era fascinante como conferencista. Sus clases estaban siempre animadas por ese peculiar humor y esa ironía suyas, del tipo de los numerosos párrafos que hasta aquí hemos citado. Siempre lo hacía en voz baja, quizá porque al esforzarse se haría un tanto áspera, pero hablaba siempre con máxima claridad. Nunca usaba anotaciones de ninguna clase [3], y raras se preparaba mayormente para dar una clase. Por lo general lo dejaba librado a la inspiración del momento. Recuerdo que una vez, acompañándolo a dar una clase, le pregunté cuál era el tema de esa tarde, a lo que contestó: «¡Si lo supiera yo! Tengo que dejarlo librado a mi inconsciente».

Nunca hacía uso de oratoria alguna, y hablaba en un estilo más bien íntimo y coloquial, por lo cual le gustaba tener bien cerca de sí a su auditorio. Teníamos la sensación que se dirigía a nosotros personalmente, y algo de esta manera personal se reflejó en algunas conferencias posteriores que fueron publicadas. No había asomo de condescendencia en él ni el menor rasgo de maestro. Quedaba entendido que el auditorio estaba formado por gente sumamente inteligente a quienes quería comunicar algunas de sus recientes experiencias, si bien no había, por supuesto, discusión alguna, salvo la que en privado se hacía después.

Cuando su labor comenzó a ser más conocida surgió el riesgo de que esta amable intimidad fuera perturbada por auditorios numerosos. En cierta ocasión, al comienzo de una clase, irrumpió un tropel de nuevos estudiantes. Freud se sintió evidentemente fastidiado, y adivinando sus intenciones les advirtió: «Señoras y señores, si han venido ustedes, en número tan grande esperando oír algo sensacional o quizás procaz, tengan la seguridad de que haré lo posible para que sus esfuerzos resul-

3. La única ocasión en su vida, que se sepa que haya *leído* un artículo, fue en el Congreso de Budapest, en la segunda mitad de setiembre de 1918, inmediatamente antes de terminar la segunda Guerra Mundial, en un estado de ánimo nada feliz. Su hija le reconvino seriamente «por haber roto la tradición familiar», a la que también ella se había adherido fielmente. Las Conferencias de *Introducción al Psicoanálisis*, pronunciadas durante la Guerra Mundial, fueron previamente escritas, pero luego confiadas a la memoria.

ten inútiles.» A la vez siguiente el auditorio se había reducido a un tercio. Años más tarde Freud controlaba la situación negándose a admitir a nadie que no tuviera una tarjeta, la cual era concedida únicamente después de una entrevista personal.

De las propias palabras de Freud se tiene una viva impresión de cuán lejos estaba su manera de trabajar de la actividad intelectual pura, tal como la que tiene lugar en buena parte de las matemáticas y de la física. Claramente se deduce de ellas que, especialmente en esos años de formación, avanzaba casi enteramente por imperio de fuerzas inconscientes y estaba en gran parte a merced de éstas. Oscilaba entre estados de ánimo en que las ideas venían claramente a su mente, en que tenía una visión clara de los conceptos que estaba elaborando, y por otro lado estados de ánimo en que se hallaba evidentemente inhibido, detenido el flujo de ideas, y en que su mente se mostraba perezosa y torpe. Así, por ejemplo, escribía (3 de diciembre de 1897): «Las nuevas ideas que se me ocurrieron durante mi estado de euforia se han ido. Ya no me satisfacen, y estoy esperando que vuelvan a nacer. Presionan sobre mi mente pensamientos que prometen conducir a alguna cosa definida, que parecen unificar lo normal y lo patológico, los problemas sexuales y los psicológicos, pero luego se desvanecen. Yo no trato de aferrarme a ellos, porque sé que tanto su aparición como su desaparición de la consciencia no constituye una expresión real de su destino. En días como el de ayer y el de hoy todo es tranquilo dentro de mí, y siento una terrible soledad... Debo esperar a que algo comience a agitarse dentro de mí y que yo pueda llegar a sentirlo. Así paso a menudo días enteros soñando.» En otra ocasión, cuando estaba muy deprimido por causa de su trabajo clínico, decía (11 de marzo de 1900): «Pronto me di cuenta de que es imposible continuar con esta tarea realmente dificultosa cuando me siento con un mal estado de ánimo y asaltado por las dudas. Cada uno de los pacientes es un espíritu torturador cuando yo no soy yo mismo y no me contento. Realmente creí que iba a sucumbir. Mi alivio fue renunciar a todo esfuerzo mental consciente e internarme a tientas por el camino de los enigmas. Desde entonces he estado

realizando la tarea posiblemente con más aptitud que antes, pero apenas sé ya qué es lo que estoy haciendo realmente.»

En una carta del 2 de febrero de 1899 compartía con Fliess la sensación de estar absorbido por un trabajo excesivo, «al que había que dedicar todos los esfuerzos del pensamiento y que gradualmente absorbe toda otra aptitud y la capacidad de recibir impresiones, una especie de sustancia neoplástica que se infiltra en el propio ser y termina por reemplazarlo. En mi caso esto es más cierto aún. Para mí trabajar y ganar eran la misma cosa, de modo que me convertí íntegramente en un carcinoma. Hoy tengo que ir al teatro; es ridículo, como si uno pudiera transplantar algo a un carcinoma. Ninguna otra cosa podría prender en él, y desde ahora en adelante mi existencia es la del neoplasma.» Era la época en que estaba escribiendo *La interpretación de los sueños*. Había caído en las redes de su tiránico inconsciente, y era tanto más esclavo de ese tirano cuanto que difícilmente podía protestar. Tres años antes había hecho una observación bastante parecida: «Espero disponer de intereses científicos hasta el final de mi vida, ya que aparte de esto ya no soy más un ser humano.»

En 1899, escribió: «Distingo claramente dos estados intelectuales diferentes dentro de mí: en uno de ello tomo muy buena nota de todo lo que dicen mis pacientes e incluso realizo descubrimientos durante mi trabajo (terapéutico), pero aparte de eso no soy capaz de reflexionar ni de realizar ningún otro trabajo; durante el otro estado saco conclusiones, escribo notas e incluso me siento en libertad de interesarme en otras cosas, pero entonces estoy realmente muy alejado de la cosa de que se trate y no presto gran atención a lo que ocurre con los pacientes.»

Años más tarde se produjo un cambio en su forma de trabajar. Es así que escribía en una carta a Abraham, el 11 de diciembre de 1914: «Mi forma de trabajar era diferente años atrás. Solía esperar a que una idea llegara hasta mí. Ahora me adelanto para encontrarla, si bien no sé si de este modo la encuentro más pronto.»

Apenas podía hablar de un control consciente de sus estados de ánimo. Tal como él mismo decía: «Nunca fui capaz de

guiar el trabajo de mi intelecto, de manera que mis horas de ocio se malogran en absoluto».

No hay duda de que las ideas provenían principalmente de cambios desconocidos en los procesos inconscientes. También influía en ellas ciertos factores conscientes; la cantidad de trabajo en el consultorio y la variable ansiedad proveniente de su situación económica. Existe, es verdad, una evidente relación entre ambas cosas, pero de ningún modo dejan de ser dos cosas diferentes. Freud necesitaba el estímulo de su trabajo y era poco lo que podía hacer si disponía de mucho tiempo libre, como solía suceder de cuando en cuando. Es así que cuando tenía diez pacientes diarios decía que acaso había uno de más, pero «me desenvuelvo mejor que nunca cuando hay mucho trabajo». El detalle importante es aquí, sin embargo, que la felicidad y el bienestar no eran lo mejor para posibilitar un buen trabajo. Ello dependía más bien de cierto malestar interno y bastante desagradable, un ruido sordo que provenía de debajo de la superficie. Como él mismo señalaba: «He estado muy ocioso, porque el moderado grado de malestar necesario para un trabajo intenso no ha aparecido.»

Parecido efecto tenían sus estados de ánimos sobre su capacidad de escribir. A pesar de la fluencia y distinción de su estilo, su confianza en su aptitud para escribir solía vacilar con bastante frecuencia, y Fliess, al parecer, era a este respecto un crítico bastante severo. Así como su capacidad de trabajo requería un cierto grado de desdicha —no demasiado ni muy poco— también lo exigía su capacidad de escribir. He aquí un divertido párrafo que se refiere a cierto capítulo de *La interpretación de los sueños*: «Mi estilo era malo allí, porque me sentía físicamente demasiado bien; necesito sentirme un tanto desdichado para escribir bien.»

En esos años Freud leía enormemente, como lo atestigua su biblioteca. Hacía mucho tiempo, por supuesto, que estaba empapado en los clásicos alemanes, a quienes citaba con frecuencia. Hay en su correspondencia ocasionales referencias a libros que estaba leyendo, pero ellas sólo pueden representar una parte de lo que leía. Entre los mencionados allí figuran Gottfried Keller, Jacobsen, Multatuli, Guy de Maupassant,

Kleinpaul, Dante, *Lives of the Painters* de Vasari, C. F. Meyer, *Der Kampf um die Vorherrschaft in Deutchland, 1859-1866,* de Friedjung, *Das Rätzel der Sphinz,* de Laistner y la *Ilias* de Schiemann. Cuando leyó el *Paracelsus* de Schnitzler hizo el siguiente comentario (19 de marzo de 1898): «Quedé asombrado de ver todo lo que un escritor como éste sabe de estas cosas.»

La observación de Freud, anteriormente hecha por investigadores franceses, en el sentido de que todos los síntomas clásicos de la histeria, tal como fueron enumerados por Charcot, ya habían sido ampliamente descritos cientos de años atrás por autores en trance de posesión demoníaca, le indujo a leer extensamente la literatura sobre ese tema de los siglos XVI y XVII. Era una prueba definitiva de que los síntomas no podían ser el resultado de una sugestión procedente de una u otra teoría médica vigente. Uno de los motivos por los cuales le fastidió el tener que hacer la monografía para Nothnagel era que le impedía realizar el estudio que en ese momento ansiaba hacer del *Malleus Maleficarum.* Freud se sintió especialmente impresionado por el hecho de que las perversiones sexuales que el Diablo practicaba con sus adictos eran iguales a los relatos que los pacientes hacían acerca de su infancia y de allí se le ocurrió sugerir que tales perversiones eran reliquia de una herencia proveniente de un antiguo culto sexual semirreligioso de los semitas (24 de enero de 1897). Aquí vemos que desde temprano Freud compartió la creencia lamarckiana, a la que se mantuvo fiel durante toda su vida.

Algo podemos decir aún de los objetivos que Freud se proponía en la vida, tanto inmediatos como remotos, tal como se manifiestan en esa década. Aparte del deseo mundano de alcanzar una posición tal que le permitiera ser independiente y viajar, se mantenía siempre despierta en Freud la ambición de incorporar sus descubrimientos sobre la represión y otros, al conjunto de la psicopatología y llegar, mediante la elaboración del mismo, a una psicología normal, que de ese modo se convertiría en una nueva ciencia, la Metapsicología.

El carácter de esta ambición era bastante claro para Freud. Desde muy temprano, un mes antes de la aparición de los *Estudios sobre la histeria,* escribía: «Un hombre como yo no

puede vivir sin un hobby, una pasión dominante: en realidad, sin un tirano, para usar la expresión de Schiller, y en eso se ha convertido. Porque, puesto al servicio de esto ya no conozco la moderación. La psicología es el objetivo que desde lejos ha estado llamándome, y ahora que me he puesto en contacto con las neurosis ese objetivo se halla mucho más cercano. Dos propósitos son los que no me dan descanso: el ver qué conformación adquiriría la teoría de las funciones psíquicas si se introducen las consideraciones de cantidad, una especie de economía de la energía nerviosa, y en segundo lugar, el tomar para la psicología normal todo lo que la psicopatología pueda ofrecerle».

En 1896 escribía a Fliess: «Si se nos conceden algunos años de tranquila labor, seguramente dejaremos los dos, tras de nosotros, algo que justifique nuestra existencia. Este pensamiento concede la fuerza necesaria para soportar los diarios sinsabores y afanes. Cuando era joven no ansiaba otra que el conocimiento filosófico, y en este momento me hallo en camino de satisfacer este anhelo al pasar de la medicina a la psicología. Fue contra mi voluntad que tuve que ocuparme de terapia».

En esta época, según parece, Freud no tenía mucha esperanzas de vivir largo tiempo. La predicción de Fliess en el sentido de que había de morir a los cincuenta y un años y sus propias dudas acerca del estado de su corazón parecen haber influido en esto. Pero acaso, con todo, la tarea podría ser realizada: «Dadme diez años y daré fin a esto de las neurosis y de la nueva psicología. Pero un año más tarde al reflexionar sobre lo enorme de la tarea emprendida, le hace sentirse «como un viejo. Si para establecer tan pocos puntos como los que se necesitan para resolver el problema de la neurosis requiere tanto trabajo, tanta energía y tantos errores, ¿cómo me atrevo a abrigar la esperanza de obtener una visión, tal como alguna vez esperaba tan entrañablemente, de la totalidad del funcionamiento psíquico?»

Podemos citar aquí una descripción, muy interesante aunque no del todo en serio, que en este aspecto hizo Freud de sí mismo: «A menudo me estimas en más de lo que valgo, porque en realidad yo no soy un hombre de ciencia, ni un observador,

ni un experimentador ni un pensador. No soy más que un conquistador por temperamento —un aventurero, si quieres traducir la palabra— con la curiosidad, la audacia y la tenacidad que caracterizan a esta clase de hombres. A tales hombres se los puede recordar si triunfan, si realmente han descubierto algo. De lo contrario se los tira por la borda. Y esto no es del todo injusto».

A menudo expresó la opinión de que era improbable alcanzar a ver el reconocimiento alguno de sus trabajos durante su propia vida, o quizá nunca. «Ningún crítico, ni siquiera el estúpido de Loewenfeld, el Burckhhardt de la neuropatología, puede ver con más agudeza que yo la desproporción existente entre los problemas y las soluciones, y yo he de sufrir el justo castigo de que ninguna de las no descubiertas regiones de la vida psíquica a las que yo fui el primer mortal en entrar, llevará mi nombre ni seguirá las leyes que yo he formulado». Lo que habría de suceder posiblemente es que acaso cincuenta años más tarde algún investigador haría los mismos descubrimientos, y luego el nombre de éste sería recordado como primer pionero. Es éste un pensamiento que no parece haberle deprimido de ningún modo. Lo que importaba era la oportunidad de alcanzar el objetivo fijado, para su propia satisfacción.

XVI

LA INTERPRETACIÓN DE LOS SUEÑOS

(1895-1899)

La interpretación de los sueños es, según general consenso, la obra maestra de Freud, aquélla por la que su nombre será posiblemente recordado por más tiempo. La opinión de Freud parecería coincidir en esto. Tal como lo decía en el prólogo a la tercera edición inglesa, «una intuición de esta índole es única en el curso de la vida de un hombre.» Fue un hecho típicamente «inesperado», dado que el descubrimiento de lo que los sueños significan fue hecho en forma casual —casi podría decirse accidental— cuando Freud estaba empeñado en descubrir el significado de las psiconeurosis.

Cierta vez que yo le pregunté cuáles eran entre sus obras las que él prefería, tomó de los estantes de su biblioteca *La interpretación de los sueños* y *Una teoría sexual*, y dijo: «Confío en que ésta dejará pronto de ser actual a causa de su aceptación general, pero esta otra durará más.» Luego con una tranquila sonrisa, agregó: «Mi destino parece haber sido el de descubrir únicamente lo que es evidente de por sí: que los niños tienen sensaciones sexuales, cosa que todas las niñeras saben y que los sueños son tanto una realización de deseos como lo son las ensoñaciones diurnas.»

No hace falta indagar mucho para explicarse la aceptación general de este libro. Es la obra más original de Freud. Sus

conclusiones principales eran enteramente novedosas e inesperadas. Esto se aplica al tema central, la estructura del sueño, así como a numerosos temas que incidentalmente se van desarrollando en el libro. El más importante de estos últimos es el que se refiere al hoy tan conocido «complejo de Edipo»: allí se exponen con toda franqueza las relaciones eróticas hostiles del niño con su progenitor. Junto a esto nos hallamos con la valoración de la vida infantil y de su abrumadora importancia para todos los aspectos del desarrollo que contribuyen a conformar al ser humano adulto. Nos proporciona, por encima de todo, no solamente una base segura para la teoría del inconsciente en el hombre, sino que nos facilita una de las mejores formas de enfoque para aproximarnos a esta oscura región, mucho más importante que la consciencia en lo que se refiere a la conducta efectiva del hombre. Con toda justicia denominó Freud la interpreatción de los sueños la *via regia* para el inconsciente. El libro contiene, además, una serie de sugestiones en el campo de la literatura, la mitología y la educación —un notable ejemplo de esto es la famosa nota sobre Hamlet— que desde entonces han servido de inspiración a un gran número de estudios especiales.

El libro es particularmente amplio. Su tema principal, la interpretación de los sueños, fue desarrollado de una manera tan cabal y minuciosa que sus conclusiones han sido objeto tan sólo de mínimas modificaciones o agregados en el curso del medio siglo que va desde su publicación. De muy pocas obras científicas de importancia puede decirse cosa igual.

El interés de Freud por los sueños provenía de muy lejos probablemente de su infancia: siempre había soñado mucho y aún desde joven no sólo les prestaba atención, sino que incluso los registraba, Apenas dos semanas después de su compromiso escribía a Marta: «Mis sueños se apartan mucho de lo común. Nunca sueño sobre cosas de las que me haya ocupado durante el día sino únicamente son cosas aludidas por un solo momento en el curso del día y luego interrumpidas». Esto se convirtió más tarde en un elemento muy conocido de su teoría de los sueños. Un año más tarde se refería a un beatífico sueño acerca de un paisaje, «lo cual, de acuerdo con el pequeño breviario

que sobre sueños he compuesto según mi propia experiencia, se refiere a realizar un viaje». Este libro de notas, la frecuente referencia a sus sueños, así como su descripción en sus cartas a Marta, así como las alusiones en sus primeras publicaciones, indican que Freud desde el principio dio una singular importancia a los sueños, aunque su forma de pensar respecto a ellos era todavía muy convencional.

Dos parecen haber sido los puntos de partida del interés que Freud tuvo por la interpretación de los sueños, y ambos son mencionados por él mismo. Uno era el hecho sencillo de que al seguir las asociaciones de los pacientes, a los que gradualmente se les permitía una mayor libertad en esto, observaba que intercalaban a menudo en las mismas el relato de un sueño, el cual provocaba, naturalmente, otras asociaciones. El otro era su experiencia psiquiátrica de los estados alucinatorios en los psicóticos, en los que a menudo se hace evidente el rasgo de la «realización de deseos».

En el primero de todos los análisis de sueños de que haya mención en sus obras publicadas (4 de marzo de 1895, es decir antes de la publicación de los *Estudios*), el del sobrino de Breuer, Emil Kaufmann, Freud traza la analogía entre la evidente realización de un deseo que hay en el mismo y la psicosis de un expaciente de Fliess al que él había tratado. El sueño que figura en *La interpretación de los sueños,* se refiere a un estudiante de medicina perezoso, que para no tomarse la molestia de levantarse, sueña que ya está en el hospital, realizando sus tareas. Constituye la primera mención de la teoría de la realización de deseos en los sueños. Freud refiere, sin embargo, que antes de cesar su colaboración con Breuer —cosa que ocurrió, como sabemos en la primavera de 1894—, le había informado de que había aprendido a interpretar los sueños.

El que la realización de un deseo oculto constituye la esencia de un sueño, idea que Freud ya había sospechado, fue confirmado por el primer análisis completo que hizo de un sueño propio, el miércoles 24 de junio de 1895, día en verdad histórico. Se trataba del sueño conocido con el nombre de «la inyección de Irma». Cierta vez me llevó Freud a almorzar al Restaurant Bellevue, donde ocupamos la mesa del ángulo nor-

deste de la terraza, donde tuvo lugar el gran acontecimiento. Cuando hice el natural comentario acerca de una placa que consignara el hecho ignoraba que ya años atrás, medio en serio y medio en broma, Freud preguntaba a Fliess en una carta si le parecía que alguna vez habría allí una placa de mármol con la siguiente inscripción: «Aquí le fue revelado al doctor Sigm. Freud el secreto de los sueños el día 24 de julio de 1895.» Siempre estamos a tiempo...

Cuatro meses más tarde Freud se refería confiado a las confirmaciones que hallaba su conclusión de que la realización de un deseo es la causa motivante de los sueños. A su regreso de la visita que hizo a Fliess en Berlín, Freud escribió afiebradamente el «Proyecto de Psicología científica».

Freud ya había hecho la trascendente distinción entre dos procesos psíquicos fundamentalmente diferentes, que denominó respectivamente primario y secundario. Señala que el proceso primario domina la vida onírica, cosa que explica por el relativo reposo del yo (que en las demás ocasiones inhibe el proceso primario) y por la inmovilidad muscular casi total. Si la catexis del yo se redujera a cero el reposo del dormir transcurriría sin sueños.

Algunos otros aspectos son también enfocados. El carácter alucinatorio de los sueños, que es aceptado por la conciencia onírica en forma tal que el soñante cree en lo que está ocurriendo, es una «regresión» a los procesos de percepción, que él relaciona con el bloqueo motor en la dirección del proceso habitual de descarga.

Los mecanismos comprobados en el análisis de un sueño ofrecen una impresionante semejanza con los que llegaron a serle familiares en los análisis de los síntomas psiconeuróticos.

Tiene una idea muy clara de que todo sueño representa la realización de un deseo, pero en cambio no llega muy lejos en su intento de explicar por qué esto aparece en forma disfrazada. El buscar el origen de la cadena de asociaciones se encuentra con que algunos eslabones no aparecen en la consciencia (durante el sueño), de manera tal que el sueño aparece a menudo completamente desprovisto de sentido. Explica este hecho, en términos de economía fisiológica, en relación con la carga

relativa de las diferentes ideas, pero esta explicación le deja completamente insatisfecho. Es digno de destacar el hecho de que aquí no hace uso del proceso de la «represión», que ya le era familiar en el terreno de la psicopatología.

El 2 de mayo de 1896 habló sobre el tema ante un auditorio juvenil, en la *Jüdisch-Akademische Lesehalle*. Un año más tarde hizo una exposición más amplia en la Sociedad *Verein B'nai B'rith*, que le llevó dos sesiones (7 y 14 de diciembre de 1897). El 14 de mayo de 1900, ya con un pleno dominio del tema, inició un curso de conferencias sobre los sueños en la Universidad. En esta importante oportunidad el auditorio se componía... ¡de tres personas! Eran Hans Königstein, el hijo de su gran amigo, la señorita Dora Teleky y un tal doctor Marcuse, de Breslau.

En una carta del 7 de julio de 1897, el mismo mes en que había dado comienzo a su autoanálisis, se refería a la amplia visión que ahora tenía en los problemas de los sueños, incluso las leyes de su génesis, como al aspecto mejor aclarado hasta el momento, en tanto que en lo demás se veía asediado por montones de enigmas. Había percibido ya la semejanza en la estructura de los sueños y las neurosis. «En los sueños se encierra, como en una cáscara de nuez, la psicología de las neurosis», frase ésta que hace recordar la afirmación que había hecho el gran Hughlings Jackson: «Estableced lo que se refiere a los sueños, y tendréis todo lo que concierne a la insanía». El 15 de octubre de 1897, en la carta en que relata detalles importantes de su autoanálisis, Freud anunciaba los dos elementos del complejo de Edipo, el amor hacia uno de los progenitores y los celos y la hostilidad hacia el otro. Este descubrimiento no significaba una cosa puramente incidental para la teoría de los sueños, dado que ilustraba vívidamente las raíces infantiles de los deseos inconscientes que animan a todo sueño. Basándose en esto explicaba a continuación el conmovedor efecto de la leyenda de Edipo y sugería además que no era otra cosa lo que se escondía bajo el dilema de Hamlet. En su respuesta, Fliess no aludió a estos temas, a consecuencia de lo cual Freud se sintió ansioso ante la posibilidad de haber cometido otro traspié y le rogó que lo tranquilizara al respecto.

La primera alusión acerca del propósito de escribir un libro sobre los sueños se registra en una carta del 16 de mayo de 1897, es decir en una época en que, si bien no había comenzado realmente su autoanálisis —cosa que tuvo lugar un par de meses más tarde— se hallaba bajo la influencia de las fuerzas que le conducirían a realizarlo. En conjunto, ambas cosas fueron realizadas de una manera tan entrelazada que podríamos considerarlas casi como una sola. *La interpretación de los sueños* constituye, entre otras cosas, una selección de los contenidos de su autoanálisis. El efecto de la muerte de su padre había estado actuando lentamente en los meses que mediaron entre este hecho y su decisiva reacción al mismo. El 5 de noviembre, cuando ya estaba en curso el autoanálisis, Freud declaraba que estaba tratando de imponerse a sí mismo la tarea de escribir el libro como un medio conducente a librarse del mal humor que le afectaba.

Cuando en setiembre de 1897 se desmoronó su importante teoría de la seducción, Freud escribió acerca de qué es lo que quedaba en pie. «En medio del desastre de todos los valores, lo único que ha quedado incólume es la teoría psicológica. La teoría de los sueños queda en pie con tanta solidez como antes.»

La primera referencia al asunto, posterior a esto, que se registra el 9 de febrero de 1898, no presenta a Freud trabajando arduamente en la obra, cosa que probablemente estaba haciendo ya desde dos meses atrás. Había estado ya revisando algo de la literatura al respecto antes de escribir su primera carta en mayo de 1897 y tuvo la satisfacción de comprobar que nadie había tenido idea alguna acerca de que los sueños fueran una realización de deseos, o que tuvieran cualquier otro sentido. El libro fue concluido en setiembre de 1899, de modo que podemos afirmar que Freud tardó casi dos años en escribirlo.

Podemos seguir en forma más o menos detallada la redacción del libro. El 23 de febrero de 1898 ya estaban escritos algunos capítulos; «...parece prometedor —decía—. Me introduce en la psicología mucho más profundamente de lo que me había propuesto. Todo lo que agrego de nuevo se refiere al aspecto filosófico de la obra; en cuanto al orgánico sexual no

ha habido nada.» El 5 de marzo ya estaba compuesto todo un capítulo, «sin duda la parte mejor escrita hasta ahora». El 10 de marzo adelanta una interesante apreciación acerca de una parte importante del futuro libro tal como éste se perfilaba en ese momento. «Me está pareciendo que la teoría de la realización de deseos nos ofrece solamente la solución psicológica, no la biológica o —por mejor decir— la metapsíquica. (Quiero preguntarte seriamente si puedo usar el término de Metapsicología para mi psicología que me lleva más allá de la consciencia.) A mi me parece que la vida onírica procede toda ella, biológicamente, de los vestigios del período prehistórico (de uno a tres años de edad) período que constituye también la fuente de lo inconsciente, y el único en que debe buscarse la etiología de las psiconeurosis. Existe normalmente, en lo que a este período se refiere, una amnesia análoga a la de la histeria. Se me ocurre una fórmula: todo lo que ha sido visto en ese período prehistórico da origen a los sueños, lo que fue oído a las fantasías y lo que fue experimentado sexualmente a las psiconeurosis. La repetición de lo que fue experimentado en este período constituye, en sí misma, la realización de un deseo. Un deseo reciente sólo puede dar lugar a un sueño cuando logra conectarse a un material del período prehistórico, cuando en sí mismo es un derivado de un deseo prehistórico o logra asimilarse a él.» Este párrafo exhibe elocuentemente la incansable penetración mental de Freud. Como cuadra a un verdadero hombre de ciencia, advertía que la solución de un problema, por brillante que ella pueda ser, sólo conduce a meditar sobre otros que esa solución ha puesto en evidencia. Y así sucesivamente, en una secuencia sin fin.

El 24 de mayo informa que la tercera parte, sobre elaboración de los sueños, está terminada, pero a continuación Freud se detiene, presa del impulso de trazar, en líneas generales, el ensayo sobre psicología general, ocasión ésta en que descubre —cosa extraña— que son más útiles los conceptos de la psicopatología que los procedentes de los sueños. El último capítulo resulta, evidentemente, sumamente engorroso. Se había demorado en él durante un tiempo, y en parte por no sentirse satisfecho de lo que había hecho y en parte por las alusiones íntí-

mas contenidas en el libro, se sentía poco inclinado a publicarlo del todo.

En una carta del 19 de febrero de 1899 trata de distinguir entre la naturaleza de los sueños y la de los síntomas histéricos, expresión deformada, unos y otros, de realización de deseos. Llega a la conclusión de que en los sueños sólo hay un deseo reprimido, mientras que en los síntomas existe un compromiso entre el deseo reprimido y la instancia represora. Por primera vez usa el término «autocastigo» como ejemplo de lo segundo. Solamente largo tiempo después llegó a descubrir la misma situación en los llamados «sueños de castigo».

El 28 de mayo de 1899 se registra un brote impetuoso de actividad en lo que al libro sobre sueños se refiere —aunque «por ninguna razón especial»—, y la decisión final de darlo a la publicidad. Estaría listo para ir a la imprenta a fines de julio, antes de las vacaciones: «He estado pensando que a nada conducirán las excusas ni las omisiones, puesto que no soy tan rico como para quedarme yo solo con el descubrimiento que he realizado, probablemente el único que me habrá de sobrevivir.» El 9 de junio ya no tiene acerca de esto tan alta opinión. «Toda la cuestión se resuelve en un lugar común. Todos los sueños procuran la realización de *un* deseo, que se ha visto transformado en muchos otros. Es el deseo de dormir. *Tant de bruit*[1].» En la carta siguiente encuentra que el último capítulo del libro se está alargando, y no es satisfactorio ni provechoso. Siente que es su deber escribirlo, pero no por ello se siente más encariñado con el tema. Al día siguiente sin embargo, envía a la imprenta el primer capítulo (no la parte bibliográfica).

El libro sobre los sueños propiamente dicho marchaba bastante bien, pero los dos capítulos adicionales que era forzoso agregarle resultaba cosa bastante engorrosa. El primero de ellos que escribió era una reseña de la literatura anterior sobre el tema. Comenzó a lidiar con esta ingrata tarea en diciembre de 1898, y le resultó «terriblemente tediosa». El 27 de julio la tarea está concluida, pero él se siente muy disgustado por la forma en que la realizó.

En su mayor parte, la literatura existente le resultó de una

superficialidad repugnante. Las observaciones de Scherner acerca del simbolismo constituían tal vez la única cosa de valor. En lo que a sus principales ideas propias se refiere, no se encontró con precursor alguno [2].

Seis meses más tarde escribía que en muchos momentos de desdicha se había sentido consolado con el pensamiento de que habría de dejar tras de sí este libro.

La otra gran dificultad era el formidable capítulo final sobre la psicología de los procesos oníricos. Es lo más difícil y el más abstracto que haya salido de la pluma de Freud. Al mismo le tuvo temor de antemano, pero llegado el momento lo escribió rápidamente, «como en un sueño [3]», terminándolo en un par de semanas, en la primera quincena de setiembre. Freud expresó vivamente sus temores acerca de lo que los psicólogos dirían del libro, del que él mismo, por supuesto, hizo, como de costumbre, una crítica implacable.

Lo mismo es aplicable a la redacción en sí misma. Refiriéndose a las descripciones de sueños, por ejemplo, dice Freud: «Lo que en esto no me gusta es el estilo, en que se demuestra una completa incapacidad de hallar una expresión sencilla y distinguida, por lo que degenera en perífrasis chistosas y en una empeñosa búsqueda de la imagen plástica. Yo no lo ignoro, pero la parte de mí mismo que lo sabe, y que sabe como debe estimar estas cosas, por sí mismas no produce nada».

El último manuscrito que fue despachado en esa fecha y una copia del libro fue enviada a Fliess antes del 27 de octubre. El libro fue editado en realidad el 4 de noviembre de 1899. Pero el editor prefirió ponerle al frente, como fecha, 1900.

El tema tomado de la Eneida de Virgilio, *Flectere si nequeo*

1. La comprensión de este aspecto, de parte de Freud, proviene del libro de Liébault *Du sommeil provoqué*.

2. Muchos años más tarde, sin embargo, atrajo su atención el libro de un físico, Josef Popper Lynkeus: *Die Phantasien eines Realisten*, publicado en 1899. En un capítulo del mismo titulado «Träumen wie Wachen» se encuentra la sugestión de que la deformación en los sueños se debe a una censura ejercida sobre pensamientos indeseados, idea ésta que puede considerarse como una anticipación casual de la parte medular de la teoría de Freud.

3. Carta del 20 de junio de 1898. Su hijo Ernst como Freud solía venir a comer, abandonando la glorieta donde estaba escribiendo, «como un sonámbulo», dando la impresión, en todo sentido, de «hallarse en un sueño».

Superos, Acheronta movebo[4], que evidentemente se refería al destino de lo reprimido, no era nuevo. Ya tres años antes Freud había tenido la intención de utilizarlo para encabezar el capítulo sobre «la formación de síntomas» en un libro que proyectaba escribir sobre la psicología de la histeria.

Se imprimieron 600 ejemplares, para cuya venta se necesitaron ocho años. En las primeras seis semanas se vendieron 123 ejemplares, y 228 en los dos años siguientes. Freud recibió en pago 524,40 gulden (41 libras y 16 chelines).

Dieciocho meses más tarde, según escribía Freud, ninguna publicación periódica científica, y sólo unas pocas de otro carácter, habían mencionado el libro. Simplemente se le ignoró. El diario *Zeit* de Viena había publicado una reseña extremadamente tonta y desdeñosa escrita por Burckhardt, el ex-Director del Burgtheater, seis semanas después de la aparición del libro y esto puso fin a todas las ventas en la ciudad. Aparecieron breves artículos sobre la obra en el *Umschau* (3 de marzo de 1900) y en el *Wiener Fremdenblatt* (10 de marzo). Seis meses más tarde apareció un artículo favorable en el *Berliner Tageblatt* y nueve meses después de esto otro menos favorable en *Der Tag*. Esto fue todo. Ni siquiera la influencia de Fliess en Berlín pudo procurarle una reseña en ningún semanario de allí.

Como un ejemplo de esta recepción en Viena, Freud mencionó el caso de un ayudante en la Clínica Psiquiátrica, que escribió un libro contra las teorías de Freud sin haber leído *La interpretación de los sueños*. Sus colegas de la Clínica le habían asegurado que no valía la pena. Este hombre era el ex-Profesor Raimann. Poco tiempo después Freud pronunció una conferencia sobre la histeria ante un auditorio de cuatrocientos estudiantes, finalizando con estas palabras: «Ya ven ustedes que esta gente enferma tiene la inclinación de descargar su psique. Un colega de aquí ha aprovechado esta circunstancia para elaborar una teoría sobre este hecho sencillo y con ello se llenó debidamente los bolsillos...»

Sin embargo el libro no fue enteramente ignorado en las revistas psicológicas, si bien las reseñas fueron en su mayor

4. «Si no logro conmover a los dioses celestiales, moveré a los del Infierno».

parte tan aniquilantes como lo habría sido un completo silencio. Así, por ejemplo, Wilhelm Stern, el psicólogo, proclamó el peligro de que: «ciertas mentes desprovistas de sentido crítico se sentirían felices de unirse a este juego con las ideas, para acabar en un completo misticismo y una caótica arbitrariedad», en tanto que el Profesor Liepmann, también de Berlín, sólo se sentía capaz de señalar que: «los pensamientos puramente imaginativos de un artista han triunfado sobre el investigador científico».

Todavía en 1927, el Profesor Hoche, de Freiburg, en uno de los últimos capítulos de su libro *Das Träumende Ich*, sobre «Misticismo del sueño» colocaba las teorías de Freud sobre los sueños junto a los sueños proféticos y a «esos libros sobre sueños, tan conocidos, impresos en papel de mala calidad, que es fácil hallar en los armarios de cocina».

Durante algunos años *La interpretación de los sueños* no tuvo venta alguna. Raras veces ha sucedido que un libro importante no haya tenido eco alguno. Fue diez años más tarde, cuando la labor de Freud comenzó a ser reconocida, que se hizo sentir la necesidad de una segunda edición. En total se hicieron ocho ediciones en vida de Freud, la última en 1929. Nunca se introdujo cambio fundamental alguno ni fue necesario hacerlo. Se incorporaba a las diversas ediciones nuevos ilustrativos, más amplios comentarios aquí o allí, y una exposición más adecuada del importante tema del simbolismo, en cuya debida valoración Freud reconoció haber sido un tanto remiso.

Las primeras traducciones del libro se hicieron en inglés y en ruso, ambas en 1903. A éstas siguió una en español (1922), luego en francés (1926), sueco (1927), húngaro (1934) y checo (1938).

ÍNDICE

Introducción 5

Prólogo 21

I. Los orígenes (1856-1960) 25
II. Niñez y adolescencia (1860-73) 41
III. La elección de profesión (1873) 51
IV. El estudiante de Medicina (1873-1881) 59
V. La carrera médica (1881-1885) 77
VI. El episodio de la cocaína (1884-1887) 95
VII. El noviazgo (1882-1886) 117
VIII. El casamiento (1886) 152
IX. La vida privada (1880-1890) 167
X. El neurólogo (1883-1897) 207
XI. El período Breuer (1882-1895) 226
XII. La psicopatología primitiva (1890-1897) 269
XIII. El período Fliess (1887-1902) 284
XIV. El autoanálisis (1897-) 317
XV. La vida privada (1890-1900) 327
XVI. La interpretación de los sueños (1895-1899) . . 344

Ernest Jones

Vida y obra de Sigmund Freud

EDICIÓN ABREVIADA A CARGO DE
LIONEL TRILLING Y STEVEN MARCUS

TOMO II

Título de la edición original:

The Life and Work of Sigmund Freud

Edited and abridged by Lionel Trilling and Steve Marcus

© Basic Books Publishing Co., Inc.
Nueva York, 1961

Traducción:

Dr. Mario Carlisky y José Cano Tembleque

(Excepto en los fragmentos debidos a Lionel Trilling y Steve Marcus, se ha utilizado la traducción del Dr. Mario Carlisky de la edición íntegra de esta obra publicada por la Biblioteca de psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Argentina, Editorial Nova, Buenos Aires.)

Cubierta:

Toni Miserachs

© Ernest Jones, 1953, 1955, 1957

© EDITORIAL ANAGRAMA

Calle de la Cruz, 44

Barcelona - 17

Depósito Legal: B. 37473 - 1970 (II)

I

EL FIN DEL AISLAMIENTO

(1901-1906)

Durante algunos años —diez, según él— Freud tuvo que soportar y padecer intensamente un aislamiento intelectual que sólo se vio mitigado por el cálido contacto de su familia y por su vida de relación social. No tenía absolutamente a nadie con quien comentar sus novedosos hallazgos, salvo, hasta cierto punto, con su cuñada, Mina Bernays, y en la correspondencia y los ocasionales encuentros con su gran amigo Wilhelm Fliess. Fueron años que él luego denominó de «espléndido aislamiento».

Freud describió más tarde las ventajas de este período: la ausencia total de competencia y de «adversarios mal informados», el no tener que leer o reunir una amplia literatura, tal como tuvo que hacer en el período neurológico, dado que en ese nuevo campo que él estaba inaugurando no había nada escrito. En su descripción sin duda idealizaba ese período. «Cuando vuelvo la mirada hacia esos años de aislamiento, comparándolos con la confusión y el acosamiento del presente, me da la impresión de ha-

ber sido aquélla una era hermosa y heroica.» Los sufrimientos y las dificultades por los que entonces había pasado, como llegamos a saber más tarde por la correspondencia con Fliess, parecían haber sido olvidados ahora e incluso, con la perspectiva del tiempo, adquirían un aspecto rosado. El resultado más importante de la dolorosa experiencia de esos diez años fue, quizás, el haber consolidado Freud una actitud mental que habría de constituir luego una de sus más peculiares características: su independencia con respecto a la opinión de los demás.

¿Cuándo llegaron a su fin esos diez años? Tal como la mayor parte de los acontecimientos en la vida de Freud, la emergencia del aislamiento constituyó un proceso gradual. Cada vez aparecían más reseñas de sus obras en las publicaciones de psiquiatría, cosa que hacia el final de la primera década del siglo habría de convertirse en un torrente de extensos comentarios, que en ocasiones alcanzaban centenares de páginas. Hubo, desde el comienzo, algunos signos de interés con respecto a sus métodos, principalmente en los países anglosajones, pero la mayor parte de los mismos, al parecer, no habían llegado a su conocimiento.

Los comienzos de lo que más tarde habría de convertirse en la famosa Sociedad Psicoanalítica de Viena, la matriz de tantas otras sociedades posteriores, no fueron enteramente fáciles de dilucidar. Entre los que asistían a las conferencias que daba Freud en la Universidad sobre la psicología de las neurosis hacia fines de siglo se hallaban dos personas, médicos los dos, cuyo interés no se extinguió ahí: Max Kahane y Rudolf Reitler. Este último fue la primera persona que ejerció el psicoanálisis después de

Freud. Kahane trabajaba en un sanatorio de psiconeuróticos, pero se limitó al uso de la electricidad y otros métodos usuales de tratamiento; abandonó la Sociedad en 1907. En 1901 mencionó el nombre de Freud a Wilhelm Stekel, señalándolo como un neurólogo que había ideado un método radical de tratamiento de las afecciones neuróticas. Stekel había escrito, por su parte, un artículo en 1895 sobre el coito en la infancia, pero no había oído hablar de Freud en esa época. Stekel, en esa época, padecía de molestos transtornos neuróticos, cuyo carácter no es necesario mencionar aquí, y recurrió a Freud en busca de ayuda. Ésta no se hizo esperar y fue de gran éxito. Stekel mismo refirió que el análisis se prolongó por sólo ocho sesiones, pero esto parece poco probable y yo pude recoger de Freud la impresión de que había durado mucho más. Comenzó a practicar el psicoanálisis en 1903. Era el único que hablaba de Freud utilizando su apellido, en lugar de llamarlo «Herr Profesor». El cuarto de estos primeros discípulos fue Alfred Adler, también un físico vienés.

En el otoño de 1902 Freud dirigió una tarjeta postal a Adler, Kahane, Reitler y Stekel, sugiriéndoles una reunión en su casa para ocuparse de sus libros trabajados (los de Freud). Stekel afirma haber sido él quien hizo primeramente tal sugestión a Freud, y esto se ve confirmado por la observación de este último de que «el estímulo provino de un colega que había experimentado en sí mismo los beneficios de la terapia analítica». De esta manera se puede conceder a Stekel el honor de haber creado, junto con Freud, la primera sociedad psicoanalítica. De todas maneras tomaron la costumbre, desde en-

tonces, de reunirse los miércoles por la noche para discutir sobre la materia, en la sala de espera de Freud, convenientemente provista, para ello, de una mesa cuadrangular. Se dio a estas reuniones el modesto nombre de «Sociedad Psicológica de los miércoles». Stekel acostumbraba a informar acerca de estas discusiones, semanalmente, en la edición dominical del *Neues Wienes Tagblatt*.

En el par de años que siguieron, fueron agregándose otras personas a este círculo, si bien a menudo por poco tiempo. Los únicos nombres que cabría recordar ahora son los de Max Graf, Hugo Heller —el futuro editor de Freud— y Alfred Meisl. Más tarde aparecieron ciertos nombres más conocidos: en 1903 fue Paul Federn, en 1905 Eduard Hitschmann, presentado por un amigo condiscípulo Federn, en 1906 Otto Rank, que se presentó a Freud con una carta de Adler y el manuscrito de su libro *Art and Artist*, e Isidor Sadger. En 1907 Guido Brecher, Maximilian Steiner y Fritz Wittels [1], este último presentado por Sadger, su *tío*. En 1908 Sandor Ferenczi, Oscar Rie y Rudolf Urbantschitsch. En 1909 J. K. Freidjung y Víctor Tausk. En 1910 Ludwig Jekels, Hann Sachs, Herbert Silbberer y Alfred von Winterstein.

Los primeros huéspedes de la Sociedad fueron: Max Eitingon, el 30 de enero de 1907, C. C. Jung y L. Binswanger el 6 de marzo de 1907, Karl Abraham, el 18 de diciembre de 1907; A. A. Brill y yo, el 6 de mayo de 1908; A. Muthmann, el 10 de febrero de 1909; M. Karpas, de Nueva York, el 4 de abril de 1909; L. Jekels, el 3 de noviembre de 1909, y L. Karpinska, el 15 de diciembre de 1909.

1. Wittels renunció a la Sociedad en 1910.

En la primavera de 1908 la pequeña Sociedad comenzó a formar una biblioteca. Ésta había llegado a tener proporciones impresionantes en la época en que llegaron los nazis para destruirla, en 1938. En la misma época (15 de abril de 1908), la entidad tomó un nombre más formal: la vieja Sociedad Psicológica de los miércoles se convirtió ahora en la «Sociedad Psicoanalítica de Viena», nombre con que todavía se la conoce.

En los primeros tiempos solía hacerse una velada social en vísperas de Navidad. Esto fue reemplazado más tarde por una reunión más suntuosa, en verano, primeramente en el Schutzengel, sobre el Hohe Warte, en los suburbios de Viena, y más tarde en el Konstantinhügel del Práter.

La Sociedad tenía una característica que quizás deba considerarse como la única. Ilustra tan bien la delicadeza de sentimientos y la consideración de Freud que no dejaré de transcribir íntegramente la circular en la que hacía la proposición que dirigió a los asociados. Estaba fechada en Roma, el 22 de setiembre de 1907.

Deseo informarle a usted que me propongo, al comenzar este nuevo año de trabajo, disolver la pequeña Sociedad que había tomado el hábito de reunirse todos los miércoles en mi casa, para hacerla revivir inmediatamente después. Una breve nota que usted envíe antes del 1.° de octubre a nuestro secretario, Otto Rank, bastará para renovar su carácter de miembro. Si hasta esa fecha no recibimos información de usted, supondremos que no desea reinscribirse. De más está subrayar lo mucho que me complacería su reinscripción.

Permítame que le exponga el motivo de esta resolución, que acaso le parezca superflua. Bastaría tener en cuenta los cambios naturales en toda relación humana

para suponer que para uno u otro de los componentes de nuestro grupo el ser miembro del mismo ya no represente lo mismo que significó años atrás, bien sea porque se haya extinguido su interés en el tema o su tiempo disponible, o bien su forma de vida, ya no le permiten asistir a las reuniones, o a causa de compromisos personales se vea en la inminencia de un alejamiento. Cabe suponer que en tal caso pudiera continuar siendo miembro de la Sociedad, ante el temor de que su renuncia pudiera interpretarse como un acto inamistoso. Para todos estos casos, la disolución de la Sociedad y su posterior reorganización tiene el propósito de devolver a cada uno su libertad de separarse de la Sociedad sin perjudicar con ello sus relaciones con las demás personas de la misma. Debemos tener en cuenta además que en el curso de los años hemos contraído obligaciones (financieras) tales como la designación de un secretario, cosa que estaba totalmente fuera de cuestión en los comienzos.

Si después de esta explicación usted acepta la conveniencia de reorganizar la Sociedad en esa forma, tal vez esté de acuerdo también en que ese procedimiento se repita luego a intervalos regulares, digamos, cada tres años.

Esta manera delicada de aceptar renuncias se repitió, efectivamente, en 1910, pero después nunca más. Pero el procedimiento fue utilizado más adelante por otras Sociedades Psicoanalíticas, por ejemplo la Suiza y la Británica, cuando se quiso restringirlas a cierto número de miembros que fueran serios investigadores del Psicoanálisis.

Los años a que nos estamos refiriendo fueron muy productivos, tanto en lo interno como en lo externo Freud perfeccionaba y refinaba constantemen-

te su técnica, adquiriendo así un dominio siempre creciente del método psicoanalítico. Publicó, aparte de cinco valiosos artículos, principalmente de exposición, un libro en 1901 y no menos de cuatro en los años 1905-1906, uno de los cuales sólo puede considerarse superado en importancia por *La interpretación de los sueños*. Más adelante nos ocuparemos, en los capítulos que corresponda, del contenido y origen de estos trabajos, pero con objeto de no alejarnos del tema de los progresos realizados por Freud hemos de hacer aquí alguna referencia a los mismos.

El año 1905 constituye uno de los períodos culminantes en la producción de Freud, cosa que se repetía, según él mismo observó cierta vez, medio en broma, cada siete años. Aparecieron cuatro artículos y dos libros, uno de estos últimos de gran importancia.

Uno de los dos libros publicados en 1905 era *El chiste y su relación con el inconsciente*, que habitualmente es citado, aunque no muy correctamente, como el libro de Freud sobre el ingenio. Este libro, con su título un tanto sorprendente, se ocupa de los mecanismos psicológicos y la significación del ingenio y del humor tal como aparece ilustrado en el campo del chiste. Es el libro menos leído de Freud, quizás por ser el más difícil de captar apropiadamente, pero contiene algunos de sus más delicados pasajes.

Este libro fue escrito al mismo tiempo que el que vamos a citar en seguida, *Una teoría sexual*. Freud tenía los manuscritos de los dos libros en dos mesas contiguas, y escribía alternativamente en uno o en el otro según su estado de ánimo. Fue la única oportunidad, a lo que yo conozco, en que Freud com-

binó tan íntimamente la redacción de dos ensayos y ello demuestra hasta qué punto se aproximaban los dos temas en su mente.

El otro libro, que habría de causar una gran sensación y hacer que el nombre de Freud llegara a ser casi universalmente impopular, era *Una teoría sexual*, uno de los dos libros más importantes de Freud. Allí reunió Freud por primera vez tomándolo de lo que había aprendido en los análisis de sus pacientes y de otras fuentes, todo lo que sabía acerca del desarrollo del instinto sexual a partir de sus primeros comienzos en la infancia. El libro le valió por cierto más odio que cualquier otra de sus obras. *La interpretación de los sueños* había sido recibida como cosa fantástica y ridícula, pero los *Tres ensayos* eran cosa chocante y malvada. Freud era un hombre de mente maligna y obscena. Lo que más oprobio mereció, por supuesto, era su afirmación de que los niños nacen con necesidades sexuales, sometidas a un complicado desarrollo que las conduce a tomar su forma adulta habitual, y que sus primeros objetos sexuales son sus progenitores. Esta ofensa a la prístina inocencia de la niñez era imperdonable. Pero a despecho del furor y los insultos de aquel momento, que continuaron durante más o menos dos décadas, el tiempo trabajaba en favor del libro y la predicción de Freud de que sus conclusiones habrían de ser indiscutidas después de un tiempo no está lejos de verse totalmente cumplida. Quien hoy negara la existencia de una vida sexual en los niños correría el riesgo de ser considerado simplemente un ignorante.

Hacia esa misma época Freud colmó la medida de su torpeza en opinión de la profesión médica al decidirse, luego de *cuatro años* de vacilaciones, a

publicar la historia clínica que generalmente se conoce con el nombre de «Análisis de Dora». Esta fascinante aplicación del análisis onírico a la dilucidación de un confuso caso de histeria era, una vez más, un producto colateral de *La interpretación de los sueños*. Pero sus colegas no podían perdonarle la publicación de detalles tan íntimos de la paciente sin el permiso de ésta, y menos aún atribuir a una niña tendencias hacia repugnantes perversiones sexuales.

En 1906, en ocasión de cumplir Freud cincuenta años, el pequeño grupo de sus partidarios vieneses le obsequió un medallón, realizado por un famoso escultor, Karl María Schwerdtner. Llevaba, esculpido en el anverso, en bajorrelieve, un perfil de Freud y en el reverso reproducía un grabado griego que representaba a Edipo en actitud de contestar a la Esfinge. Alrededor de este dibujo llevaba una frase de Sófocles perteneciente al *Edipo Rey:*

ὃς τὰ κλεὶν' αἰνίγματ' ἤδει καὶ κράτιστος ἦν ἀνήρ.*

Cuando me lo mostró, pocos años después, le pedí que me tradujera la frase, ya que mi griego se hallaba a la sazón bastante deslucido, pero él me pidió, modestamente, que se lo preguntara a otro.

Un curioso incidente se produjo en el momento de ofrecérsele el medallón. Cuando Freud leyó la inscripción se puso pálido y agitado, y *con voz estrangulada preguntó* a quién se le había ocurrido esa idea. Su actitud era la de quien se encuentra con un *revenant*, cosa que efectivamente era así. Una

* "Aquel que descifró los famosos enigmas y fue varón muy poderoso."

vez que Federn le dijo haber sido él quien había elegido la inscripción, Freud reveló el hecho de que, siendo joven estudiante en la Universidad de Viena, solía pasearse por el gran patio y las arcadas y contemplar los bustos de antiguos profesores ilustres de la institución. Se le ocurrió entonces la fantasía, no sólo de ver algún día allí su propio busto, cosa que no tendría nada de notable en un estudiante ambicioso, sino de que alrededor del busto habría una inscripción con *las mismas palabras* que ahora veía en el medallón.

No hace mucho yo pude realizar aquel juvenil deseo obsequiando a la Universidad de Viena, para ser colocado en el atrio de la misma, con un busto de Freud realizado en 1921 por el escultor Königsberger y que llevaba además frase de Sófocles. El busto fue descubierto en una ceremonia realizada el 4 de febrero de 1955. He aquí un ejemplo ciertamente raro de una fantasía de adolescente que llega a realizarse en todos sus detalles, claro está que ochenta años después.

En el consultorio de Freud el trabajo había aumentado hasta el punto de ocuparle todo el día. Tanto entonces como más tarde, eran pocos los pacientes vieneses. La mayor parte procedía de Europa Oriental, Rusia, Hungría, Polonia, Rumania, etc.

Los primeros años del siglo fueron relativamente tranquilos y felices. Representaron una transición entre las borrascas que los precedieron y las que vendrían a continuación. Nunca más llegaría a conocer Freud un período tan tranquilo y gozoso. Su vida transcurría invariablemente entre el trabajo profesional —incluyendo las publicaciones y los desahogos de la vida privada. Los fines de semana incluían la invariable partida de cartas de los sába-

dos, su favorito *tarock*. Luego de dictar su clase semanal en la Universidad de siete a nueve, alquilaba un coche en el hospital y se dirigía a la casa de su amigo Königstein, donde se realizaba la partida. No veía mucho a sus hijos, excepto a la hora de comer y los sábados, de modo que todos ellos esperaban ansiosamente las largas vacaciones de verano para estar reunidos.

Freud era muy afecto a los panoramas montañosos y le gustaba escalar las alturas, aunque difícilmente podría llamársele un alpinista en el sentido estricto de la palabra. Sin embargo quien pudo escalar las estribaciones de Dachstein debió poseer condiciones excelentes para resistir el mareo y las demás contingencias del caso.

Su hijo Martin me ha referido un incidente en las primeras de estas vacaciones y que vale la pena recordar. Volviendo de un paseo, se encontraron con que tenían que atravesar el Thumsee para regresar al hotel, frente al cual se había agolpado una tumultuosa multitud que profería contra ellos consignas antisemitas. Enarbolando su bastón Freud arremetió decididamente contra ellos, con una expresión en su rostro que les hizo abrirle paso. Ésta no era indudablemente su primera experiencia de esa índole, Freud era capaz, en algunas oportunidades, de producir una impresión formidable con cierto tono de mirada severa y un tanto torva. La última vez que ello sucedió, y también con éxito, fue cuando se enfrentó con los nazis en su propia casa, en 1938.

No siéndole posible llevar en carruaje a toda la familia en sus paseos largos, solía buscar casi siempre algún compañero, pues le resultaba muy desagradable viajar solo. Su mujer, atada a otras ocupaciones, raras veces se encontraba en condiciones

de viajar, ni se ajustaba tampoco al ritmo inquieto de Freud y a su omnívora pasión turística. A veces le parecía injusto gozar él solo de estas excursiones y deseaba que ella pudiera acompañarlo en sus correrías.

Hacia fines del verano de 1901 tuvo lugar un acontecimiento de la más alta significación afectiva para Freud, lo que él llamó «el momento culminante de mi vida». Se trataba de su primera visita a Roma, largamente anhelada. Era algo sumamente importante para él, de modo que la consideración de este asunto ha de revelarnos algún secreto íntimo de su vida interior.

Sobre la constancia invariable de este anhelo no cabe la menor duda. Trátase de un tema al que volvía una y otra vez en su correspondencia con Fliess, especialmente cerca de fin de siglo, y del que se ocupó también abierta y extensamente en *La interpretación de los sueños*, dado que desempeñaba también un amplio papel en su vida onírica. Este anhelo se inició evidentemente en la adolescencia y, como él mismo decía, «Se transformó en el símbolo de una cantidad de deseos cálidamente acariciados».

Un indicio más de la fortaleza de su deseo de visitar Roma es la gran felicidad e incluso exaltación que sentía en cada una de sus visitas a Roma. La fascinación ejercida por esta ciudad no se atenuó en ningún momento, y una carta tras otra hablan de ella en el más esplendoroso lenguaje.

Al mismo tiempo tenemos pruebas, sin embargo, de que la realización de este gran deseo era resistida por él por algún misterioso tabú que le hacía dudar de que alguna vez aquél pudiera realizarse. Era algo demasiado bueno para ser verdad. A veces trataba de racionalizar su inhibición diciendo que el clima

estival de Roma hacía imposible la visita, pero no ignoraba en ningún momento que lo que le retenía en esto era algo más profundo. Sus años de extensos viajes por el Norte y el centro de Italia apenas le hacían acercarse a Roma un poco más allá del Trasimeno (en 1897). Hasta aquí y nada más, le decía la voz interior, tal como dos mil años atrás le había ocurrido en ese mismo lugar a Aníbal. Pero él, por lo menos, había llegado a tener ante su vista el Tíber.

Para Freud como para toda otra persona en el mundo, Roma significaba dos cosas. En realidad hay dos Romas (aparte de la Roma política natural). Está la antigua Roma, de cuya cultura e historia Freud estaba profundamente imbuido, la cultura de que proviene la civilización europea. Bastaría esto sólo para despertar un intenso interés en Freud, siempre preocupado por el tema de los orígenes y y los comienzos. Luego está la Roma cristiana, que destruyó y reemplazó a la otra. Ésta no podía ser más que un enemigo de Freud, la fuente de todas las persecuciones que su pueblo había sufrido a través del tiempo. Pero un enemigo es siempre algo que se interpone entre uno mismo y un objeto amado y por lo tanto debe ser superado en lo posible. Aún después de satisfacer su anhelo, relataba Freud cómo la visión de esta segunda Roma, con todas las cosas que veía a su alrededor como parte de lo que él denominó, con su expeditivo lenguaje, «la mentira de la salvación», nublaba la alegría del encuentro.

No me propongo reinterpretar ninguno de los sueños de Freud, cosa que me parecería por lo menos aventurada, pero quiero citar uno de ellos que me parece oportuno recordar con respecto a esto. Es

el sueño conocido con el nombre de «Mi hijo, el miope». Al ocuparse de él, escribió Freud: «Incidentalmente, la situación en el sueño que se refiere a sacar a mis hijos de la ciudad de Roma para salvarlos estaba deformada por su relación con un hecho análogo que ocurrió durante mi infancia: yo sentía envidia a ciertos parientes que, muchos años atrás, habían tenido la oportunidad de llevarse a los hijos a otro país». Freud se refería aquí abiertamente a sus hermanastros, que se habían trasladado a Inglaterra cuando él tenía trece años. Nunca dejó de envidiarles el que pudieran educar a sus hijos en un país mucho más libre de antisemitismo que el suyo. Se ve claramente, por ello, que Roma se componía de dos mitades, la una amada, la otra temida y odiada.

Dos hechos incontrovertibles hay que tener en cuenta además. Uno es que él haya citado el estudio de Rank sobre el simbolismo de las ciudades y de la Madre Tierra, en el que se registra el siguiente párrafo: «Es conocido también el oráculo dado a los Tarquinos, en el que les fue profetizado que Roma sería conquistada por aquel de entre ellos que primero "besara" a su madre.» Este párrafo que Freud cita como una de las variantes de la leyenda de Edipo constituye evidentemente el reverso de la idea subyacente de que para dormir con la propia madre es totalmente necesario derrotar, en primer lugar, a un enemigo.

El otro hecho es la antigua y apasionada identificación de Freud con el semítico Aníbal. El intento de éste de apoderarse de Roma, la «madre de las ciudades», tropezó con cierta indefinida inhibición cuando ya estaba a punto de materializarse. Durante años enteros Freud, en sus sucesivas aproximacio-

nes a Roma, apenas pudo rebasar el Trasimeno, el lugar en que finalmente se detuvo Aníbal.

Freud no tuvo inconveniente en admitir su amor a la primera Roma y su desamor a la otra, pero en cambio se alzaba en él formidables resistencias en cuanto a relacionar estos afectos con las correspondientes imágenes primarias que había llegado a simbolizar. Sólo después de cuatro años de decidido e implacable autoanálisis Freud se impuso a esa resistencia y entró triunfalmente en Roma. Con su característica subestimación del propio esfuerzo, añadió a la segunda edición de *La interpretación de los sueños* una nota que decía: «He descubierto hace mucho tiempo que sólo hace falta un poco de coraje para realizar deseos que hasta ese momento se habían considerado inalcanzables».

Uno de los signos que evidenciaba el efecto que sobre su autoconfianza ejerció el hecho de entrar en Roma fue su decisión de tomar las medidas necesarias para sobreponerse a las autoridades clericales y antisemitas que durante tantos años se habían opuesto a su bien ganado derecho de ingresar al núcleo de profesores de la Universidad. Al anunciar a su amigo Fliess el éxito obtenido en este propósito, admitía que había sido «un asno» al no haberlo logrado tres años antes y agregaba: «Hay gente que es bastante inteligente para hacerlo sin necesidad de conocer previamente Roma».

Luego de estas consideraciones preliminares hemos de retornar previamente el relato. El lunes 8 de setiembre de 1901, Freud acompañado por su hermano Alexander, llegó a Roma. Seis visitas más hizo a la Ciudad Eterna. Inmediatamente escribió a su casa diciendo que en el término de una hora había tomado un baño y se sentía un perfecto romano. Le

resultaba incomprensible no haber llegado a Roma en tantos años. Y el hotel Milano tenía luz eléctrica y sólo cobraba cuatro liras por día.

Inició la mañana siguiente con una visita a las siete y media a San Pedro y el Museo del Vaticano, donde encontró un «raro goce» en Rafael. «Y pensar que durante años yo temía venir a Roma.» No tardó en arrojar una moneda a la fuente de Trevi, expresando el deseo de regresar pronto a Roma, deseo que efectivamente se realizó al año siguiente. También arriesgó su mano en la *Bocca della Veritá* en Santa María de Cosmendi, gesto innecesario para un hombre tan íntegro como él...

Al día siguiente pasó dos horas y media en el Museo Nazionale, después de lo cual un paseo en fiacre, a dos liras por hora, de tres a siete, le permitió tener una impresión general de la ciudad. Todo aquello resultaba espléndido, por encima de todo posible intento de descripción. Nunca en su vida se había sentido tan bien. Al otro día echó su primera ojeada (a la que luego seguirían tantas otras), al «Moisés», de Miguel Ángel. Luego de contemplarlo un instante tuvo un relámpago de intuición, mientras reflexionaba sobre la personalidad de Miguel Ángel, que le permitió comprender ésta, si bien probablemente no se trataba en ese momento de la misma explicación que ofreció trece años más tarde. Fue un día de mucho movimiento, ya que volvió a inspeccionar el Panteón y exploró nuevamente el Museo del Vaticano, donde llamaron especialmente su atención el Laoconte y el Apolo Belvedere. Se hallaba aún en un estado de ánimo exaltado. A esto siguió, al día siguiente, el Palatino, que según me dijo se convirtió en su rincón favorito en Roma.

El 10 de septiembre estuvo nuevamente en el Mu-

seo del Vaticano de donde salió exaltado por la belleza de lo que había visto. Pasaron el día siguiente en el Monte Albano y Freud informó seguramente a sus hijos que había viajado dos horas sobre una mula.

Luego de doce días inolvidables en Roma, Freud partió el 14 de septiembre, para llegar a Viena después de dos noches de viaje en tren.

A fines de agosto de 1902, envalentonado por su triunfo sobre el calor de Roma el año anterior, planeó una visita a Nápoles y sus alrededores. Es allí donde se encontró, según nos relata, con su doble («otro nuevo, no Horch»), y en uno de sus momentos de superstición preguntaba: «¿Significa esto *vedere Napoli e poi morire?*». La idea de la muerte raras veces se hallaba lejos de sus pensamientos. A la mañana siguiente partieron para Venecia, vía Trento. También esta ciudad le pareció «indescriptiblemente hermosa» y en ella permanecieron desde el mediodía hasta las nueve de la noche.

Nápoles resultó ser de un «calor inhumano», de manera que se contentaron con hacer una visita al famoso acuario y dos días más tarde se trasladaron a Sorrento.

En este viaje, Freud visitó también Pompeya, Capri, Amalfi, Paestum y contempló el Vesubio.

En agosto de 1904, Freud, acompañado una vez más por su hermano Alexander, hizo un viaje a Grecia y salieron para Brindisi, en un viaje que duraría veinticuatro horas. Entre los pasajeros se hallaba el profesor Dörpfeld, el ayudante del famoso arqueólogo Schliemann. Freud miró con reverencia al hombre que había intervenido en el descubrimiento de la antigua Troya, pero se sintió demasiado tímido para acercarse a él. Al día siguiente pasaron tres ho-

ras en Corfú, que Freud comparó con Ragusa, y donde tuvo tiempo de visitar las dos viejas fortalezas venecianas. El barco se detuvo a la mañana siguiente en Patras, para proseguir luego hacia el Pireo, y el 3 de septiembre al mediodía los viajeros se encontraban en Atenas. La primera impresión inolvidable e indescriptible, les fue proporcionada por la visión del templo de Teseo.

A la mañana siguiente pasaron dos horas en la Acrópolis, visita para la cual Freud se preparó luciendo su mejor camisa. Al escribir a su familia les dijo que su experiencia aquí había sobrepasado todo lo que hasta entonces había visto o imaginado, y si recordamos la amplitud de los conocimientos clásicos que fue atesorando desde su adolescencia y su sensibilidad para la belleza podemos entender muy bien lo que estas impresiones significaron para él. Más de veinte años más tarde decía que las columnas color ámbar del Acrópolis eran la cosa más hermosa que había visto en su vida. Frente al Acrópolis tuvo una curiosa experiencia psicológica, que analizó muchos años después en una carta a Romain Rolland. Se trataba de una sensación peculiar de duda e incredulidad respecto a la realidad de lo que tenía ante sus ojos, y provocó el asombro de su hermano al preguntarle si era cierto que realmente se encontraban allí. En el sutil análisis que más tarde hizo Freud, relacionó este sentimiento de duda con la incredulidad con que, en sus años de estudiante pobre, consideraba la idea de que algún día pudiera hallarse en condiciones de visitar un lugar tan admirable. Lo cual a su vez relacionaba con el deseo prohibido de superar en éxitos a su padre. Comparó este mecanismo con el que había descrito en aquellas personas que son incapaces de admitir su propio

triunfo, mecanismos del cual habremos de ocuparnos más tarde.

Freud tuvo oportunidad de comprobar en esa ocasión hasta qué punto difería el griego moderno del clásico. Estaba tan familiarizado con éste que en su juventud había escrito su Diario en griego, pero ahora, al darle al cochero las indicaciones para ser llevado al hotel Athena —y a pesar de todas las variantes de pronunciación que ensayó— fracasó rotundamente y tuvo que rebajarse a escribir el nombre del hotel.

Todo el día siguiente lo pasó nuevamente en el Acrópolis. Partieron de Atenas el 6 de setiembre por la mañana, tomaron el tren para Corinto y a través del Canal de Corinto llegaron a Patras, donde a las diez de la noche se embarcaron en viaje de regreso a Viena, vía Trieste.

II

EL COMIENZO DEL RECONOCIMIENTO INTERNACIONAL

(1906-1909)

Durante algunos años las obras de Freud habían sido ignoradas o bien recibidas con un comentario despectivo en las publicaciones alemanas. Algunas reseñas en los países de habla inglesa, en cambio, tenían un tono amistoso y de respeto, si bien durante cierto tiempo no desembocaron en una aceptación definitiva de sus ideas.

El primer autor que informó en idioma inglés sobre el trabajo de Breuer y Freud, fue, sin lugar a dudas, F. W. H. Myers. A tres meses apenas de su publicación en el *Neurologisches Centralblat* (enero de 1893) describió su *Comunicación preliminar* en una reunión amplia de la Society for Psychical Research, publicándose su exposición hacia junio del mismo año, en las Actas de la Sociedad. De este modo los descubrimientos en materia de lo que luego llegó a ser el psicoanálisis estaba al alcance de los lectores de habla inglesa seis meses después de haberse anunciado por primera vez. Cuatro años más tarde (marzo de 1897) Myers leyó una comunicación

a la misma Sociedad sobre «Histeria y genio», en la que hacía una exposición sobre los *Estudios sobre la histeria.* Esto apareció poco después, en forma resumida, en el *Journal* de la Sociedad, y más tarde, en forma mucho más extensa, en *Human Personality,* del mismo autor, que apareció en 1903, dos años después de su muerte.

Un año antes de la reseña que hizo Myers sobre los *Estudios,* el Dr. Mitchell Clarke, un neurólogo de Bristol, había publicado una amplia reseña en *Brain,* una publicación en la que Freud mismo había colaborado muchos años antes con un estudio neurológico. Si bien lo pasaron por alto la mayor parte de los neurólogos hubo dos lectores que lo tomaron seriamente en cuenta. Uno de ellos era Havelock Ellis. Dos años más tarde éste publicó un artículo en una revista norteamericana en la que hacía comentario de los *Estudios,* aceptando el punto de vista de Freud sobre la etiología sexual de la histeria. Ocho años más tarde el artículo fue reeditado en el segundo tomo de sus *Studies in the Psychology of Sex.* En 1904, en el primer tomo de la misma obra, había dedicado varias páginas a lo que llamaba «las investigaciones fascinantes y verdaderamente importantes de Freud». También aludía aquí, así como en el tomo siguiente (1906), aunque sin proporcionar referencia bibliográfica alguna, a los artículos de Freud sobre neurastenia y estados ansiosos. Más adelante se ocupó con frecuencia de las obras de Freud, frente a las cuales adoptó entonces una actitud crecientemente negativa.

El otro lector a que nos hemos referido era Wilfred Trotter, el famoso cirujano cuyo nombre es bien conocido para los psicólogos por su libro titulado *Instincts of the Herd in Peace and Ward* (que si

bien fue escrito en 1904, no se publicó hasta 1916). Fue él quien me señaló la reseña de Clarke de 1903, cuando yo comenzaba a especializarme en psicopatología y el mismo año leí la exposición, mucho más amplia, sobre los *Estudios*, en *Human Personality*, de Myers, que acababa de aparecer. El comentario de Havelock Ellis sobre los nuevos descubrimientos de Freud apareció al año siguiente, pero entonces se requería para un mayor estudio el aprendizaje del idioma alemán. El Dr. James J. Putnam, profesor de neurología en Harvard, publicó en el primer número del *Journal of abnormal Psychology* (febrero de 1906) el primer artículo en inglés dedicado específicamente al psicoanálisis y que fue la primera exposición correcta del mismo en ese idioma. El juicio, en esa época fue, sin embargo, adverso en general. El año anterior el Dr. Norton Prince, de Boston, había hablado en una carta a Freud «de los famosos trabajos» de éste, solicitándole un artículo para el primer número de su nueva revista. En Nueva York dos psiquiatras suizos emigrantes, Adolf Meyer y August Hoch, habían estado siguiendo los trabajos de Freud, y el segundo de ellos lo había hecho incluso con simpatía. Difícilmente pueden haber dejado de mencionarlos a sus alumnos.

Bien poco de esto, sin embargo, había llegado por entonces a conocimiento de Freud. Hasta 1906 todo lo que llegó a conocer en este senido aparte de Viena fueron las breves y mordaces alusiones en las revistas neurológicas y psicológicas alemanas y unos pocos ensayos tendientes a poner a prueba alguna de sus primeras ideas.

En 1904, nos encontramos ya con dos personas que habían avanzado un poco más. Otto Gross, de Graz, un genio que más tarde desembocó en la esquizofrenia [1], publicó un artículo en el que comparaba ingeniosamente la disociación de ideas descritas por Freud con la disociación de la actividad consciente manifestada en la «demencia precoz», a lo que siguió un libro muy original en el que la teoría de la libido de Freud, con sus conceptos de represión, simbolismo, etc., era ampliamente admitida. Fue el primero que me instruyó en la práctica del psicoanálisis y yo solía estar presente durante los tratamientos que hacía.

La otra persona era A. Stegmann, de Dresden. En 1904 describió varios casos de histeria y neurosis obsesiva tratados exitosamente con el método psicoanalítico. Fue el primer autor que escribió sobre factores inconscientes en el asma. Murió en 1912.

Todo esto no era más que un vacilante amanecer. Pero en 1906 comenzó a iluminarse el poniente. En el otoño de 1904 Freud había oído hablar de que Eugen Bleuler, el profesor de psiquiatría de Zurich y sus ayudantes se habían estado ocupando afanosamente durante un par de años del psicoanálisis y habían hallado algunas aplicaciones para el mismo. La cosa provenía principalmente de Bleuler y su ayudante principal, C.G. Jung. Éste había leído *La interpreta-*

1. En 1908 fue sometido a tratamiento en el Burghölzli Mental Hospital de Zurich, donde Jung, después de haberle apartado de su adicción a la morfina, concibió la ambición de ser el primero en curar un caso de esquizofrenia. Trabajó duramente y me contó que una vez la sesión se prolongó durante veinticuatro horas, hasta que las cabezas de ambos quedaron inclinadas como las de los mandarines chinos. Sin embargo, un día, Gross escapó del hospital y al día siguiente envió una nota a Jung, pidiéndole dinero para pagar la cuenta del hotel. En la primera guerra mundial, se alistó en un regimiento húngaro; antes de que finalizara, su vida acabó con un asesinato y su suicidio.

ción de los sueños un poco después de su aparición e incluso había hecho tres alusiones al mismo, de paso, en un libro que escribió sobre ocultismo (¡absit omen!) en 1902. Desde 1904 estuvo aplicando las ideas de Freud en diversas direcciones. Había ideado ciertos ingeniosos tests de asociación que confirmaban las conclusiones de Freud acerca de la manera en que los factores emocionales pueden interferir en la memoria y mediante los cuales pudo demostrar experimentalmente la presencia de material reprimido bajo lo que denominó «complejos afectivos», tomando para ello la palabra «complejo» introducida por Theodor Ziehen. En 1906 había publicado sus *Diagnostiche Assoziationstudien* (Estudios diagnósticos sobre la asociación), una colección de valiosos estudios hechos por él mismo y sus discípulos, y al año siguiente un libro que hizo historia en la psiquiatría, *La psicología de la demencia precoz*, que extendió muchas de las ideas de Freud al terreno de las psicosis propiamente dichas. Jung le envió, por supuesto, los dos libros, pero Freud estaba tan ansioso por leer el primero de ellos que ya lo había adquirido antes de recibir el ejemplar enviado por el autor.

En abril de 1906 se iniciaba una correspondencia regular entre Freud y Jung que se prolongó durante siete años aproximadamente. Durante algunos años constituyó un intercambio sumamente amistoso y en ocasiones de íntimos pensamientos personales, así como de reflexiones de carácter científico.

Esta nueva situación, concretada en el hecho de que sus investigaciones de los últimos trece años, tan escarnecidas y despreciadas por doquier, estaban hallando una aceptación simpática en una famosa clínica psiquiátrica del extranjero, alegraron el corazón de Freud. Su propia exaltación a raíz de esto, y la

impresión favorable que bien pronto obtuvo de la personalidad de Jung, hacían difícil un juicio desapasionado. ¿Cómo podría prever que las resistencias que inevitablemente se presentan en el proceso del psicoanálisis —resistencias que él conocía tan bien por sus pacientes —habrían de desviar y estorbar incluso el juicio de los propios analistas?

En 1907 recibió Freud visitantes de Zurich. No todos los que trabajaban bajo la dirección de Jung eran suizos. Y ocurrió que el primer emisario de allí era precisamente de otra nacionalidad. Se trataba de Max Eitingon, a la sazón un estudiante de medicina que completaba sus estudios en Zurich, donde se había puesto en contacto con la nueva psicología. Nacido en Rusia, pasó su niñez en Galitzia y en Leipzig, y luego de abandonar Zurich se estableció en Berlín conservando, sin embargo, la nacionalidad austríaca que había adoptado su padre. Más tarde habría de ser uno de los más íntimos amigos de Freud. El motivo de su visita fue consultar a Freud acerca de un caso grave que le interesaba. Escribió a Freud sobre el caso, que resultó, en realidad, inadecuado para el tratamiento psicoanalítico y acompañó al paciente en viaje a Viena en la segunda mitad de enero de 1907. Fue el primero de una serie de visitantes que con el tiempo habría de llegar a ser muy numerosa. Eitingon se quedó cerca de dos semanas, asistiendo, el 23 y el 30 de enero, a las reuniones que el pequeño grupo vienés realizaba todos los miércoles. Pasó tres o cuatro noches con Freud, dedicadas a análisis personal en el transcurso de largas caminatas por la ciudad. ¡Así se realizó el primer análisis didáctico! Recuerdo bien el rápido ritmo de la marcha de Freud y de su conversación en tales paseos. El caminar rápido estimulaba el

flujo de los pensamientos de Freud, pero esto a veces cortaba el aliento a su acompañante, que hubiera preferido ir más despacio y asimilar más lentamente sus explicaciones. En octubre de 1909 Eitingon pasó tres semanas en Viena. Dos veces por semana realizaba, por la noche, uno de esos paseos con Freud, para continuar su análisis didáctico. En noviembre de ese año se trasladó de Zurich a Berlín, y aunque su propósito era quedar allí por un año, ya no se fue hasta que emigró a Palestina en 1932. Fue sumamente leal con Freud, quien reconoció esto en una carta que le escribió el 1.° de enero de 1913: «Usted fue el primero en visitar al solitario y será el último en abandonarlo.»

Mucho más excitante le resultó la visita de Jung, que tuvo lugar el 2 de febrero de 1907, a las diez de la mañana de un sábado. Durante el mes de julio siguiente, en el Congreso Internacional de neurología de Amsterdam, en el que ambos habíamos presentado trabajos, Jung me hizo un vívido relato de su primera entrevista. Tenía muchísimo que decir y que preguntar a Freud, y con gran animación, y en forma desbordante, habló durante tres horas. Al cabo de ese tiempo su paciente y absorto interlocutor le interrumpió con la sugestión de continuar la conversación de una manera más sistemática. Para gran asombro de Jung, Freud procedió entonces a clasificar de acuerdo con una división precisa el contenido de su discurso, a continuación de lo cual pudieron emplear las horas restantes en un intercambio que resultó más provechoso.

Durante dos o tres años, como lo demuestra la correspondencia entre ambos y lo confirman mis propios recuerdos, la admiración que sentía Jung hacia Freud y el entusiasmo por su obra eran ilimi-

tados. Consideraba su encuentro con él como el punto culminante de su propia vida, y un par de meses después de la primera entrevista le dijo que quien haya llegado a conocer el psicoanálisis ha comido del árbol del Paraíso y adquirido la sabiduría.

Freud, por su parte, no sólo se sentía agradecido por el apoyo que le venía de lejos, sino que se sintió muy atraído por la personalidad de Jung. Bien pronto decidió que Jung habría de ser su sucesor, y a ratos lo llamaba su «hijo y heredero». En su opinión, según lo expresó, Jung y Otto Gross eran, entre sus partidarios, las únicas mentes realmente originales. Jung habría de ser el Josué a quien el destino señalaba para explorar la tierra prometida de la psiquiatría, que a Freud, como a Moisés sólo le era permitido divisar desde lejos. Esta manifestación de Freud resulta interesante, de paso, en cuanto hace resaltar la identificación de éste con Moisés, cosa que años más tarde habría de hacerse muy evidente.

A mi juicio, lo que más le atraía en Jung era su vitalidad, su vivacidad y sobre todo su ilimitada imaginación. Es ésta una cualidad que raras veces dejaba de cautivar a Freud, tal como sucedió en el caso de Fliess y el de Ferenczi. Hacía resonar algo de muy significativo en su propia personalidad, algo sobre lo cual su altamente desarrollada capacidad de autocrítica tenía que ejercer el más estricto control. Pero ni con Jung ni con Ferenczi llegó a verse tan interesado emocionalmente en un sentido personal como con Fliess. Únicamente se sentía animado por su presencia.

Es cosa natural que en 1910, al crearse la Asociación Internacional, Freud propusiera a Jung como presidente, por un período indefinido, según sus esperanzas. Jung, para comenzar, con su natural do-

minante y sus maneras marciales parecería tener las condiciones de un jefe. Con su preparación en psiquiatría y con la posición que ocupaba su destacada inteligencia y su evidente devoción al trabajo, parecía mucho más adecuado que nadie para ocupar el cargo. Pero tenía para ello dos defectos graves. No era un cargo que armonizara con sus propios sentimientos, que eran los de un rebelde, un herético, un «hijo», en una palabra, más bien que los de un líder, y esto se puso bien pronto de manifiesto en su falta de interés en el cumplimiento de sus obligaciones. Además, su mentalidad padecía el serio defecto de carecer de lucidez. Recuerdo haberme encontrado cierta vez con una persona que había sido su compañero de escuela y a quien le pregunté qué impresión le había hecho Jung a esa edad. Su respuesta me resultó sorprendente: «Tenía una mente confusa». Así pues, yo no era el único que había observado tal cosa.

La admiración que sentía Jung por la personalidad de Freud, con su penetrante inteligencia, distaba mucho de extenderse al grupo de sus discípulos. Consideraba a éstos, tal como me lo expresó, como una mezcolanza de artistas, decadentes y mediocridades y lamentaba la suerte de Freud, que debía verse rodeado por tales personas. Sin duda eran en su comportamiento un tanto diferentes de la clase profesional a que estaba acostumbrado Jung en Suiza, pero, con fundamento o no, no puede evitar la sospecha de cierto prejuicio «racial» en el juicio que había expresado. De todos modos la antipatía entre él y los vieneses fue recíproca y sólo fue aumentando con el tiempo, circunstancia ésta que habría de afligir mucho a Freud.

Antes de terminar este año memorable otro ami-

go, más duradero, habría de visitar a Freud, Karl Abraham. Había ocupado un cargo bajo la dirección de Bleuler y Jung en Zurich, durante tres años, pero como no era suizo no tenía perspectivas de progreso allí y en noviembre de 1907 decidió establecerse en Berlín y ejercer el psicoanálisis. Al igual que Jung, había estado estudiando las obras de Freud desde 1904. En junio había enviado a éste una copia del primero de una serie de valiosos artículos que escribió sobre el psicoanálisis, trabajo que impresionó muy favorablemente a Freud. Con esto se inició una correspondencia regular y Freud lo invitó a visitarlo. Abraham lo hizo así el 15 de diciembre de 1907, y en los primeros días que siguieron a este encuentro mantuvo con Freud varias conversaciones muy animadas. Asistió también a una reunión del pequeño grupo de Freud el día 18. Así se afirmó entre ambos lo que llegó a ser una férrea amistad, y Abraham fue una de las tres personas (los otros dos éramos Ferenczi y yo) cuya constante correspondencia con Freud dio motivo a los comentarios científicos más valiosos de cada parte.

La siguiente visita extranjera constituyó una adquisición igualmente valiosa. Sandor Ferenczi, de Budapest, quien había de convertirse en el más íntimo amigo y colaborador de Freud, era un médico general que había hecho experiencias de hipnotismo. Había leído *La interpretación de los sueños* cuando apareció este libro, pero con un movimiento de hombros se desentendió de él. Sin embargo, en 1907, un amigo indujo a Ferenczi a hacer otro intento de acercamiento, que esta vez tuvo un efecto fulminante. Ferenczi escribió a Freud, y la impresión que hizo fue tal que fue invitado a pasar quince días, en agosto, con la familia de Freud, de la que se convir-

tió bien pronto en el huésped favorito, en sus vacaciones en Berchtesgaden.

Freud se sintió pronto atraído por el entusiasmo y por la mentalidad vivaz y especulativa de Ferenczi, cualidades éstas que anteriormente le habían fascinado en su gran amigo Fliess. Sólo que esta vez su afecto no llegó a comprometerse de tal modo en la amistad, si bien siempre demostró un delicado interés paternal frente a la vida privada y las dificultades de Ferenczi. Pasaron muchas vacaciones juntos y entre 1908 y 1933 intercambiaron más de un millar de cartas, todas ellas conservadas. Desde el comienzo mismo Ferenczi se ocupó en sus cartas de problemas científicos y entre los dos dieron a luz, en sus conversaciones y su correspondencia, a varias e importantes conclusiones psicoanalíticas.

Hanns Sachs, de Viena, ya había asistido durante varios años a las conferencias de Freud en la Universidad, y a comienzos de 1910 se atrevió a visitarlo personalmente para obsequiarle un librito que acababa de publicar. Se trataba de la traducción de *Barrack-Room Ballads*, de Kipling, traducción que, dicho sea de paso, era excelente.

Hacia esa época los miembros del pequeño círculo que por muchos años habrían de ser íntimos amigos de Freud ya conocían a éste personalmente: Rank en 1906, Eitingon y Abraham en 1907, Ferenczi y yo en 1908 y Sachs en 1910.

En 1907 fue invitado por el doctor Fürst, director de una publicación dedicada a medicina social e higiene, a expresar sus puntos de vista sobre un problema que entonces era nuevo, el que se refiere a si se debe o no ilustrar a los niños sobre temas sexuales. Freud estaba naturalmente en favor de ello,

pues había visto muchas consecuencias dolorosas del ocultamiento que se hace de tal información, e ilustraba su opinión con algunos ejemplos elocuentes. Más importante que este trabajo fue, sin embargo, su primer aporte al estudio de la religión, en el que comparaba y contraponía ciertas prácticas religiosas con los actos convulsivos realizados por pacientes obsesivos. Su trabajo más importante fue su libro sobre *Gradiva*, la novela de Jensen.

A fines de noviembre de 1907 había pasado una semana con Jung, en Zurich, donde encontré, entre otros que trabajaban allí, a Brill y Peterson, de Nueva York. Al comenzar una nueva amistad, Jung era capaz de mostrarse sumamente encantador.

Solía también demostrar sumo ingenio. Recuerdo haberle preguntado cierta vez si pensaba que el dadaísmo, que precisamente comenzaba a estar en boga en Zurich, tenía una base psicótica. Replicó: «Es demasiado idiota para ser siquiera insania.»

Un pequeño «Grupo Freud», que así se llamaba, acababa de inaugurarse en Zurich. Con pocas excepciones, como las de Eduard Claparède, de Ginebra, y Binswanger, de Kreuzlingen, todos los miembros procedían de Zurich. Jung era, por supuesto, la cabeza visible del grupo, en el que se hallaban, entre otros, su jefe, el profesor Bleuler, un pariente de Jung llamado Franz Riklin y Alphonse Maeder. Todos ellos realizaban útiles aportes al conocimiento psicoanalítico.

Sugerí a Jung la conveniencia de concertar una reunión general de personas interesadas en la obra de Freud y así lo hizo, organizando la que se realizó en Salzburgo en abril del año siguiente. Se había pensado hacerla en Innsbruck, pero Salzburgo resultaba más conveniente para los de Viena. Mi deseo

era darle el nombre de «Congreso Psicoanalítico Internacional», que es el nombre que luego se dio a éste y todos los Congresos posteriores, pero él insistió en encabezar las invitaciones con *Zusammenkunft für Freud'sche Psychologie* (Reunión de Psicología Freudiana), título de carácter personal nada usual para una asamblea científica. Esta actitud pronto dio pie a su jefe, Bleuer, para sus críticas. Cuando más tarde Abraham, dicho sea de paso, consultó a Freud sobre el nombre que debía utilizar para referirse a ese Congreso al dar a publicidad al trabajo que allí leyó, Freud contestó que se trataba de una reunión meramente privada y que Abraham no tenía por qué mencionarla.

Fue, sin embargo, un acontecimiento histórico, el primer reconocimiento público de la obra de Freud. Dado que no se conserva relato alguno de la reunión, será oportuno proporcionarlo aquí. Se diferenciaba de todos los congresos posteriores en que no tenía presidente, ni secretario, ni tesorero, ni Consejo Directivo, ni subcomisión alguna y —lo mejor de todo— carecía de Comisión de Asuntos Administrativos... No duró más de un día.

El domingo 26 de abril de 1908 nos reunimos en Hotel Bristol de Salzburgo. Freud había llegado de Venecia esa mañana. Entre los otros huéspedes que allí se encontraban estaba el doctor Aldren Turner, un conocido neurólogo londinense, que debía haber estado preguntándose qué era lo que allí ocurría, y el profesor Alfred E. Hoche, de Friburgo, con quien vamos a encontrarnos más tarde en su doble calidad de admirador secreto y enconado enemigo de Freud.

La reunión fue realmente internacional, como se verá por los hechos que vamos a enumerar. Se

leyeron nueve trabajos: cuatro de Austria, dos de Suiza y uno de Inglaterra, Alemania y Hungría respectivamente. Se hallaban allí cuarenta y dos personas, la mitad de las cuales eran o habrían de hacerse psicoanalistas.

Los trabajos presentados al Congreso lo fueron en el siguiente orden:

Freud: «Historia Clínica».
Jones: «La racionalización en la vida cotidiana».
Riklin: «Algunos problemas de la interpretación de los mitos».
Abraham: «Las diferencias psicosexuales entre histeria y demencia precoz».
Sadger: «La etiología de la homosexualidad».
Stekel: «Sobre la histeria de angustia».
Jung: «Sobre la demencia precoz».
Adler: «El sadismo en la vida y en la neurosis».
Ferenczi: «Psicoanálisis y pedagogía».

La mayor parte de los trabajos fue publicada más tarde, pero el único que aquí nos interesa es el de Freud. Jung le había rogado que relatara un caso clínico, de manera que descubrió el análisis de un caso obsesivo, aquel a que estamos acostumbrados a designar con el nombre de «El hombre de las ratas». Freud estaba sentado al extremo de una larga mesa, a los costados de la cual nos habíamos reunido nosotros y hablaba en su habitual tono de conversación, bajo pero preciso. Comenzó a hablar a las ocho de la mañana, y le escuchábamos con atención extática. Interrumpió su exposición a las once, sugiriendo que ya teníamos bastante. Pero estábamos tan absortos que insistimos en que continuara, cosa que hizo hasta cerca de la una.

Entre otros conceptos, expuso el de la alternación de amor y odio hacia una misma persona, con la característica de que la primera separación entre las dos actitudes trae habitualmente como consecuencia la represión de la segunda, el odio. A esto sigue comúnmente una reacción al odio en forma de una inusitada ternura, horror al derramamiento de sangre, etc. Cuando las dos actitudes se presentan con igual fuerza se produce una parálisis del pensamiento, expresada en el síntoma clínico conocido como *folie de doute*. Las tendencias obsesivas, esa característica tan importante de la neurosis, significan un esfuerzo violento para la superación de la parálisis, mediante la más extrema insistencia.

A la edad de cincuenta y dos años Freud mostraba apenas un ligero comienzo de encanecimiento. Tenía una cabeza extraordinariamente bien cuidada y espesa cabellera oscura, un hermoso bigote y una espesa barba terminada en punta. Tenía aproximadamente un metro setenta de estatura, una figura ligeramente redondeada —si bien probablemente la medida de su cinturón no excedía la de su pecho— y ostentaba los indicios de una profesión sedentaria. Ya que hablamos de números agregaré que su cabeza tenía una circunferencia de cincuenta y cinco centímetros y medio y que los diámetros de la misma medían, respectivamente, dieciocho centímetros y quince y medio. De manera que con un índice cefálico de ochenta y seis Freud era decididamente dolicocéfalo. Tenía una actitud vivaz y quizás un tanto inquieta o incluso ansiosa, con una mirada rápida, seria y penetrante. Oscuramente tenía cierto aspecto ligeramente femenino en su manera y sus movimientos, que fue lo que quizá le llevó a una actitud

un tanto de ayuda o incluso de protección en lugar de la filial, más característica de muchos analistas. Hablaba con una pronunciación absolutamente clara, rasgo éste que un extranjero apreciaba con gratitud, en un tono de voz amistoso, más agradable cuando se mantenía bajo que en las ocasiones en que lo elevaba. Con clara inteligencia comprendió mi alemán a pesar de la mala pronunciación, si bien se mostró sensible a los errores de género. Recuerdo, por ejemplo, su impaciencia cuando le hablé de *die Schnee*[1].

Era natural que Freud diera especial importancia a sus nuevos partidarios, los suizos, los primeros del extranjero y, de paso los primeros no judíos. Después de tantos años de ser recibido con indiferencia, ridiculizado e insultado, se habría necesitado una disposición excepcionalmente filosófica para no sentirse exaltado ante la actitud de famosos profesores universitarios de una conocida Clínica Psiquiátrica extranjera que de pronto aparecen en escena apoyando de todo corazón su obra. Pero detrás de su calma externa había algo que anunciaba dificultades, y su exaltación probablemente excesiva no agradaba a los vieneses, quienes después de todo habían sido los primeros en rodearlo cuando se hallaba solo en el mundo. Era inevitable que estos celos se centraran en Jung, que provocaba un especial entusiasmo en Freud. Su actitud se veía acentuada por una sospecha, como judíos, de los gentiles en general, con esa anticipación casi siempre certera de un posible antisemitismo. El mismo Freud compartía hasta cierto punto ese tipo de sospecha, que por el momento, sin embargo, se hallaba adormecida ante

1. En lugar de *der Schnee*. (La nieve.) (T.)

el placer de verse finalmente reconocido por el mundo externo. Los vieneses predijeron ya desde ese mismo momento que Jung no permanecería por largo tiempo en el campo psicoanalítico. El que tuviera alguna razón para ello es otra cosa, pero los alemanes tienen un dicho muy acertado: *der Hass sieht scharf* («el odio que aguza la mirada»).

En una breve reunión, después de la lectura de los trabajos, se decidió publicar una revista, la primera que habría de dedicarse al psicoanálisis. El número de las publicaciones de esta índole fue aumentando hasta la catástrofe de la segunda Guerra Mundial, pero aún hay nueve de ellas, aparte de muchas otras que son «compañeras de ruta».

Se trataba del *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen*, cuya publicación se interrumpió con el estallido de la primera Guerra Mundial. Sus directores eran Bleuer y Freud y estaba a cargo inmediato de Jung.

Los vieneses se sintieron ofendidos al no tomárselos en cuenta para nada en la creación de la nueva publicación, y especialmente por no haber sido siquiera consultados. El asunto había sido tratado con los suizos con la presencia solamente de Abraham, Brill, Ferenczi y yo. El resentimiento de los vieneses siguió en aumento hasta llegar a expresarse manifiestamente, dos años después en Nuremberg.

El disponer de una revista a la que tendría libre acceso para sus publicaciones significaba mucho para Freud. Le hacía sentirse más independiente. Ahora podría reírse de sus adversarios. Pocos meses después escribía a Jung: «Estoy enteramente de acuerdo con usted. Muchos enemigos, a mucha honra.»

«Ahora que podemos trabajar, publicar todo lo

que queremos y sacar fruto de esta nuestra camaradería, encuentro todo esto muy bien y tengo la esperanza de que pueda continuar así por mucho tiempo. Si ha de llegar una época de 'reconocimiento', ésta será, en comparación con la presente, lo mismo que el horrible esplendor del Infierno comparado con el beatífico aburrimiento del Paraíso. (Lo que quiero decir es, por supuesto, exactamente lo opuesto.)»

Después del Congreso, Brill y yo fuimos a Viena, donde conocimos la deliciosa hospitalidad de la familia Freud, y de allí a Budapest, para visitar a Ferenczi.

Fue en esa época que Brill solicitó a Freud autorización para traducir sus obras, cosa que aquél le concedió gustoso, aunque en forma un tanto apresurada. Esto habría de ser el punto de partida de incontables dificultades personales, e incluso de orden legal en el futuro. Mi reacción personal al respecto fue de gran alivio, dado que estaba absorbido por planes de trabajo propios, que en parte ya había comenzado, y sabía por experiencia propia el tiempo que toma una traducción. Freud mismo era un traductor rápido y altamente dotado, pero lo hacía con mucha libertad, y tengo motivos para suponer que nunca llegó a comprender cuán inmensa y difícil habría de ser la tarea de traducir cuidadosamente ¡y ordenar! sus originales. La evidente deficiencia de los conocimientos de Brill, tanto en inglés como en alemán, hicieron surgir bien pronto mis malos presentimientos, de modo que me ofrecí a leer su manuscrito y a someter a su consideración todas las sugestiones que se me ocurrieran. Mi nombre no habría de mencionarse. Después de todo, el inglés era mi idioma nativo mientras que Brill no había hecho más que captarlo de algún modo en el desfa-

vorable ambiente de sus primeros años en Nueva York. Pero él rechazó la oferta, probablemente porque la interpretaba como una opinión desfavorable con respecto a sus aptitudes lingüísticas. Tenía cierto conocimiento de media docena de lenguas y en sus años mozos se había ganado la vida dando lecciones de idiomas. No será necesario que yo condene las traducciones de Brill. Otros lo han hecho ya con toda amplitud. Cuando un par de de años más tarde hice ante Freud el comentario de que era una lástima que sus obras no fueran presentadas al público de habla inglesa en una traducción mejor que aquélla, replicó: «Prefiero tener un buen amigo a un buen traductor», y a continuación me acusó de sentirme celoso de Brill. En realidad yo no tenía por qué estarlo, pero nunca fue cosa fácil hacer cambiar de opinión a Freud acerca de cualquier cosa, y no volví a hablar sobre el asunto. Tuvieron que llegar protestas del extranjero durante años para que Freud llegara a admitir en su fuero interno la exactitud de mi afirmación.

La relativa falta de tacto por parte de Brill en sus años juveniles no pudo empañar el hecho importantísimo de poseer un corazón de oro. Pude percibir desde el comienzo que habríamos de llevarnos bien en la tarea común que debíamos realizar en Estados Unidos, y nunca tuve es verdad un amigo más fiel de lo que fue a lo largo de todo el tiempo.

A comienzos de 1909 Freud hizo otra amistad, ésta de índole muy diferente. Ella perduró diáfana, sin una nube, hasta el fin de su vida. Era el *Pfarrer* (Pastor) Oskar Pfister, de Zurich, con el que luego mantuvo una extensa correspondencia. Pfister hizo su primera visita a Freud el domingo 2 de abril de 1909. Freud le tenía mucho afecto. Admiraba sus

elevados principios éticos, su impenitente altruismo y su optimismo respecto a la naturaleza humana. Probablemente le divertía pensar también que pudiera mantenerse en términos ilimitadamente amistosos con un clérigo protestante, a quien se dirigía en sus cartas llamándole «querido hombre de Dios» y en quien podía descontar una amplia tolerancia hacia «un herético empedernido», como más tarde se describía a sí mismo. Pfister, por su parte, sentía una gran admiración sin límites y gratitud hacia Freud, a quien insistía en considerar un verdadero cristiano. La única concesión que Freud podía hacer a esta amable denominación era la de señalar que su amigo Christian von Ehrenfels, de Praga, que acababa de escribir un libro sobre ética sexual, había adoptado para sí mismo y para Freud la denominación de «protestantes sexuales».

Las repercusiones del Congreso de Salzburgo fueron en su mayor parte agradables, si bien hubo una que no lo fue. Se trata de un choque entre Abraham y Jung, que puso de relieve la incompatibilidad personal entre ambos y, especialmente de parte del primero, una definida actitud de antagonismo. Abraham había pasado años felices en Zurich, pero finalmente se sintió descontento con lo que consideraba tendencias anticientíficas y místicas de parte de los que trabajan allí. La ocasión concreta para la colisión se presentó cuando Freud expresó, en conversaciones personales con Abraham y Jung, su opinión de que la demencia precoz difería de las otras neurosis simplemente en que tenía un punto de fijación mucho más precoz, punto de fijación que entonces se denominaba simplemente «autoerotismo» y al que el enfermo ha regresado en el proceso de su enfermedad. Era una conclusión a la que había llegado

unos nueve años antes. Abraham y Jung leyeron en el Congreso trabajos sobre demencia precoz, pero mientras Abraham aprovechó ampliamente las sugestiones de Freud e incluso llegó a la conclusión de que lo que se denominaba «demencia» en esta enfermedad se debía, no a una destrucción de aptitudes intelectuales sino a un bloqueo masivo del proceso afectivo. Jung, por su lado, no hizo más que repetir su opinión de que esta enfermedad era una afección orgánica del cerebro, producida por una hipotética «psicotoxina».

Se trataba de una de esas pequeñas y tontas disputas sobre prioridad que tan a menudo han entorpecido el progreso de la ciencia desde Newton a Leibnitz en adelante. Se produjo a causa de que Abraham en el trabajo que leyó en el Congreso no había citado ni atribuido mérito alguno a Bleuler y Jung por sus investigaciones psicológicas sobre demencia precoz, cosa que Jung tomó muy a pecho en este caso. Lo único interesante en todo esto reside en la luz que arroja sobre la actitud de Freud respecto a estos hechos y a las personas involucradas en los mismos. Esto se verá mejor transcribiendo las cartas de la época cursadas entre Abraham y Freud.

Lieber und geehrter Herr College.

Me alegro de saber que usted considera el Congreso de Salzburgo como un acontecimiento muy satisfactorio. En cuanto a mí, no puedo emitir juicio alguno, ya que me encuentro en el centro de todo eso, pero me inclino también a considerar esta primera reunión como una prueba muy prometedora.

En relación con esto quisiera hacerle a usted una demanda, de cuya realización pueden depender muchas cosas de diversa índole. Recuerdo que su trabajo en el

Congreso dio lugar a cierto conflicto entre usted y Jung, o por lo menos tal cosa deduje yo de algunas palabras que luego me dijo usted. Ahora bien, considero que cierta competencia entre ustedes es inevitable y que, dentro de ciertos límites, sería completamente inofensiva. En esa ocasión concreta yo he pensado firmemente que la razón le pertenecía a usted y he atribuido la susceptibilidad que demostró Jung a su propia vacilación. Pero no me gustaría que se produjera un resentimiento de cualquier índole entre ustedes. Somos tan poco numerosos aún que la falta de armonía, especialmente a causa de complejos personales, no cabe en ningún modo entre nosotros. Es importante también para nosotros que Jung encuentre la manera de volver a los puntos de vista que acaba de dejar de lado, y de los que usted ha sido tan constante defensor. Creo que existe cierta probabilidad en esto y el mismo Jung me escribe que Bleuler se está mostrando permeable y casi inclinado a abandonar nuevamente toda idea sobre el carácter orgánico de la demencia precoz. De manera que me haría usted un favor personal si se comunicara con Jung antes de publicar su trabajo y le propusiera discutir sus objeciones, a objeto de que usted pudiera tomarlas en cuenta. Un gesto amistoso de esta índole pondría seguramente fin a este naciente desacuerdo entre ustedes dos. Esto me resultaría sumamente grato y demostraría que todos nosotros estamos en condiciones de obtener del psicoanálisis ventajas prácticas de aplicación en nuestra propia conducta. Trate usted de que esta pequeña victoria sobre usted mismo no le resulte demasiado difícil.

Sea tolerante y no olvide que a usted le resulta realmente más fácil acompañarme en mis ideas que a Jung, en primer lugar porque usted es completamente independiente y por otra parte porque nuestra afinidad racial lo coloca a usted mucho más cerca de mi conformación intelectual, mientras que a él, siendo cristiano[1]

1. Es decir, "no judío", según la expresión judía corriente.

e hijo de un pastor sólo le es dado acercarse a mí a costa de grandes resistencias internas. Su adhesión (la de él) es tanto más valiosa en consecuencia. Estaba a punto de decir que fue su aparición en la escena lo que libró al psicoanálisis del peligro de convertirse en un simple asunto nacional de los judíos.

Abrigo la esperanza de que usted prestará atención a mi demanda. Reciba mis más afectuosos saludos.

Suyo,

FREUD

Al no recibir respuesta a esto, Freud se sintió muy inquieto y le escribió nuevamente.

Mayo 9 de 1908

Sehr geehrter Herr College.

No habiendo recibido hasta ahora respuesta alguna a mi demanda le escribo nuevamente para reforzarlo. Usted sabe cuán gustosamente pongo a su disposición, como lo hago con los demás, todo lo que tengo, pero nada sería más penoso para mí que comprobar que el resultado de ello sean susceptibilidades sobre prioridad entre mis amigos y partidarios. Para evitarlo bastará que cada uno desempeñe su parte. Espero que usted se mantendrá alejado de tales cosas tanto en homenaje a la causa[2] como por mí.

Con cordiales saludos.

Suyo,

FREUD

Mayo 11 de 1908

Sehr verehrter Herr Professor.

Estaba a punto de escribirle cuando llegó su segunda carta. No le había contestado antes por un motivo

2. Freud usaba siempre, para referirse al psicoanálisis la expresión *die Sache.*

que favorece nuestros intereses comunes. Cuando recibí su primera carta no estuve enteramente de acuerdo con lo que decía, de manera que la dejé de lado por un par de días. Después de este plazo estuve en condiciones de leerla *sine ira et studio* y de convencerme de lo correcto de sus argumentos. Sin tardanza escribí a Zurich, pero no despaché la carta de inmediato. Quería dejar pasar un par de días, para estar seguro de que en mi carta no se escondía nada que pudiera convertir impensadamente el gesto amistoso en un ataque. Yo sé lo difícil que me resulta evitar enteramente las polémicas, y al releer la carta encontré que ésta daba razón a mi sospecha. Ayer redacté nuevamente la carta en su forma final y espero que será útil a nuestra causa. No quería escribirle a usted, perdonará mi silencio. Ahora que puedo ver la cosa con tranquilidad debo agradecerle por su intervención, así como también por la confianza que ha puesto en mí. Puede usted confiar en que todo este asunto no ha provocado en mí ningún tipo de resentimiento.

En realidad me encontré envuelto en el conflicto de una manera enteramente inocente. En diciembre último yo le había preguntado a usted si no habría riesgo de chocar con Jung, dado que usted nos había comunicado a ambos sus ideas. Usted disipó entonces mis malos presentimientos. En mi manuscrito de Salzburgo había una frase que habría sido del agrado de Bleuler y Jung, pero siguiendo un impulso repentino, la omití en el momento de leer el trabajo. En la ocasión me engañé a mí mismo mediante un motivo encubridor —el de ahorrar tiempo— siendo que la verdadera razón era mi animosidad contra Bleuler y Jung. Esto se debía al carácter indebidamente propiciatorio de sus recientes publicaciones, a la comunicación de Bleuler en Berlín, en la que ni siquiera mencionó su nombre y a varias cosas más, de índole trivial. El hecho de que yo no mencionara a Bleuler y Jung significaba evidentemente: «Ya que us-

tedes se apartan de la teoría sexual yo no voy a citarlos cuando me ocupo de ella».

Sinceramente suyo,

KARL ABRAHAM

El gesto amistoso de Abraham no encontró el éxito que merecía: su carta no tuvo respuesta alguna. Abraham hizo entonces algunas críticas respecto de Jung, pero Freud le dijo que su opinión acerca acerca de éste era más favorable. Y agregó: «A nosotros los judíos nos resulta más fácil, ya que carecemos del elemento místico.» En la carta sigiuente le escribía: «Trataré en todo lo que pueda de arreglar las cosas cuando vaya a Zurich en setiembre. No me interprete mal: no tengo nada que reprocharle a usted. Supongo que el reprimido antisemitismo de Jung, que no puede expresarse contra mí, ha sido dirigido, en forma más intensa aún, contra usted. Pero mi opinión es que los judíos, si queremos cooperar con otra gente tenemos que preparar una pequeña dosis de masoquismo y estar dispuestos a soportar cierto grado de injusticia. No existe otra manera posible de trabajar en común. Puede usted estar seguro de que si yo me llamara Oberhuber mis nuevas ideas, a pesar de todos los otros factores, habrían chocado con una resistencia mucho menor... ¿Por qué no podré colocarlos a ustedes uno al lado del otro, usted con su agudeza y Jung con su entusiasmo?» Recibió entonces de Abraham la ingrata noticia de que a éste le habían llegado informaciones sobre el círculo de Zurich acerca de que esta gente había relegado el psicoanálisis como cosa que ya hubiera superado. Pero en setiembre Freud pasó varios días en Zurich, donde conversó con Jung a razón de ocho horas diarias. Comunicó a éste —cosa nada

prudente, al parecer— las dudas y los rumores recogidos por Abraham, a lo que Jung respondió que lamentaba mucho oír tales cosas. Freud sostenía que Jung había superado sus vacilaciones y se sentía ahora enteramente solidario con él. Se había apartado de Bleuler, que se mostraba enteramente negativo, renunciando a su puesto de asistente. Freud se separó de Jung lleno de alegría.

Pero en diciembre volvieron a surgir las dificultades. Abraham se había sentido indignado ante el anuncio de Jung de que, por falta de espacio, ciertas importantes reseñas que había escrito para el *Jahrbuch* no habrían de aparecer en el primer número sino en el segundo. Abraham tomó esto en un sentido personal, abrigando nuevas sospechas acerca de las buenas intenciones de Jung. Freud se colocó en esta ocasión de parte de Jung y amonestó a Abraham con mucha severidad.

Como hombre sensato que era, Abraham tomó a bien esta crítica. Jung devolvió a Freud la visita en la primavera siguiente, y junto con su mujer permaneció en Viena desde el 25 al 30 de marzo de 1909.

En la época del Congreso se produjo un cambio en la disposición doméstica de Freud. Hacia fines de 1907 su hermana la señora Rosa Graf había desocupado su vivienda, que se hallaba enfrente de la de Freud, en el mismo piso, y éste concibió la idea de simplificar su vida y aumentar sus comodidades tomándola para sí. Esto significaba abandonar el pequeño departamento de tres habitaciones de la planta baja, donde había estado trabajando y viendo a sus pacientes durante quince años. Aprovechó la oportunidad de la mudanza, para gran perjuicio de todos nosotros, para destruir, por segunda vez en su vida, una gran cantidad de documentos y cartas.

Después de haber vivido en Viena por cerca de cincuenta años, Freud decidió convertirse oficialmente en «ciudadano» de la misma. El hecho ocurrió el 4 de marzo de 1908. Esto le daba derecho al voto, cosa que habrá que suponer que había motivado su solicitud. Votó solamente en las raras ocasiones en que un candidato liberal se presentaba en su distrito electoral, y no me sorprendería enterarme de que tal oportunidad se presentaba entonces por primera vez.

En el verano de 1908 Freud visitó a su hermanastro Emmanuel en Manchester. Partió para Inglaterra el 1.° de setiembre, viajando tanto a la ida como a la vuelta por Hook Harwich. Interrumpió, sin embargo, el viaje para ver en La Haya los Rembrandt, que le produjeron una «impresión incomparable». Rembrandt y Miguel Ángel parecen haber sido los pintores que más profundamente le conmovían. Era ésta la primera vez que iba a Inglaterra desde aquella estimulante visita que hizo a los diecinueve años y habría de ser la última antes de establecerse allí en 1938. Pasó quince días en Inglaterra y se conservan seis largas cartas enviadas desde allí.

A la vuelta del viaje permaneció en Zurich cuatro días, como huésped de Jung en Murhölzli, donde pasaron momentos agradables y felices. Jung lo llevó a ver el Monte Pilatus y el Rigi, y realizaron juntos muchas caminatas. Freud esperaba ser huésped de Jung en la nueva casa que éste estaba construyendo en Küsnacht. La aproximación entre los dos, en esta ocasión, fue mayor que en ningún otro momento, con excepción, quizá, del primer encuentro.

En 1908 publicó cinco artículos. El primero de ellos, el más original, tuvo el efecto de una bomba

y despertó más escarnio que cualquiera de las cosas escritas hasta entonces. Era un trabajo corto, de apenas un par de páginas, en el que destacaba que las sensaciones anales en la infancia, sobre cuyo carácter erótico ya había insistido largamente, eran capaces de afectar los rasgos de carácter en una forma bastante específica. Si bien ahora se reconoce ampliamente la verdad de tales conclusiones, el hecho de que un rasgo de carácter pudiera tener orígenes tan bajos parecía entonces a los ojos del mundo externo simplemente un absurdo.

Un artículo que publicó sobre la relación entre moral sexual y civilización es el preanuncio de estudios más profundos sobre la naturaleza de la civilización, que alcanzaron a madurar más de veinte años después.

Uno de los artículos constituía la exposición de las curiosas hipótesis que se forman los niños pequeños acerca de la naturaleza de la actividad sexual, incluso la fecundación. Otro se refería a la relación entre fantasías histéricas y bisexualidad. Más tarde encaró audazmente el problema estético, en una discusión acerca de la relación de los poetas con la fantasía, en el curso de la cual llegó a algunas conclusiones impresionantes.

Un acontecimiento ocurrido en diciembre de 1908 habría de procurar a la personalidad y a la obra de Freud el acceso a un círculo mucho más amplio y más distante. Stanley Hall, Presidente de la Clark University, Worcester, Massachusetts, le invitó a dar un ciclo de conferencias en ocasión de celebrarse el vigésimo aniversario de su fundación.

Recibiría tres mil marcos ($ 714,60). Invitó a Ferenczi a acompañarlo y su hermano Alejandro expresó también su deseo de viajar, aunque esto resul-

tó luego imposible. Freud decía que se sentía muy impresionado ante la perspectiva del viaje. Ferenczi estaba aún más excitado que él. Se puso a aprender inglés y encargó a Estados Unidos los libros necesarios para orientarse debidamente sobre ese misterioso país. Freud no consiguió, sin embargo, decidirse a leerlos, pero se enteró por un libro sobre Chipre que estaba estudiando que la mejor colección de antigüedades chipriotas había sido llevada a Nueva York, donde abrigada la esperanza de verla. Todo lo que quería ver allí en América, decía, eran las cataratas del Niágara. No preparó nada para sus conferencias, afirmando que lo haría a bordo.

Partieron en el *George Washington*, un barco del Norddeutscher Lloyd que salió de Bremen el 21 de agosto. Ferenczi estaba preocupado acerca de si debía llevar consigo un sombrero de copa, pero Freud le dijo que su plan era comprar uno allí y arrojarlo al mar en el viaje de regreso.

A mediados de junio Freud supo que también Jung había sido invitado y dijo: «Esto significa la importancia de todo el asunto.» Inmediatamente arreglaron las cosas para viajar juntos.

En la primavera de ese año tuvo lugar un acontecimiento familiar que le produjo mucha alegría. Su hija mayor, Matilde, que era muy apegada al padre, se había comprometido en Merano, donde había estado durante seis meses, con un joven vienés, Robert Hollitscher.

El casamiento tuvo lugar el 7 de febrero. Al agradecer a Ferenczi sus congratulaciones por el casamiento de Matilde, Freud le confesó que el verano anterior, cuando Ferenczi visitaba la familia —por primera vez— en Berchtesgaden, había deseado que

fuera él el feliz mortal. Su actitud con Ferenczi fue siempre extremadamente paternal.

En la mañana del 10 de agosto Freud llegó a Bremen, donde se reunió con Jung y Ferenczi. Freud había pasado una mala noche en el tren de Munich a Bremen, cosa que explica en parte un curioso incidente, cuya importancia será expuesta más adelante. Fue huésped en el almuerzo de Bremen y allí consiguieron inducir a Jung, después de alguna discusión, a que dejara de lado sus principios de abstinencia y a que tomara vino con ellos. Pero inmediatamente sufrió un desmayo, cosa que en presencia de Jung habría de ocurrirle aún una segunda vez. Por la noche el huésped fue Jung y a la mañana siguiente se embarcaron. Durante el viaje, los tres compañeros analizaron mutuamente sus sueños —primer caso de análisis de grupo— y Jung me dijo más tarde que los sueños de Freud parecían referirse principalmente a preocupaciones por el futuro de su familia y de su obra. Freud me dijo que había encontrado al camarero de su cabina leyendo la *Psicopatología de la vida cotidiana,* cosa esta que por primera vez le dio la idea de que podía ser famoso.

Brill estaba en el puerto, por supuesto, cuando llegaron a Nueva York el sábado 27 de agosto por la noche, pero no se le permitió subir a bordo. De manera que envió a un amigo suyo, el doctor Onuf, que ocupaba un cargo oficial, a saludar a los viajeros. Poco trabajo les dieron las entrevistas con los reporteros y el único anuncio que salió en los diarios al día siguiente anunciaba escuetamente la llegada de cierto «Profesor Freund *(sic)*, de Viena». El mismo día de su llegada Freud visitó a su cuñado, Eli Bernays, y a su viejo amigo Lustgarten, pero los dos estaban aún de vacaciones. Brill lo llevó enton-

ces a conocer la ciudad. Primero fue al Central Park y luego una recorrida del Barrio Chino y el Ghetto. La tarde fue dedicada a Coney Island, «un magnífico Práter». A la mañana siguiente visitaron el lugar que más quería conocer Freud en Nueva York, el Metropolitan Museum, que le interesaba especialmente por las antigüedades griegas. Brill les mostró también la Universidad de Columbia. Al día siguiente me uní a ellos y almorzamos en el Roof Garden del Hammerstein. Luego fuimos a un cine, donde vimos una de estas primitivas película de la época, con abundancia de carreras y persecuciones. Ferenczi, con su manera infantil, se mostró muy excitado. Freud, en cambio, no hizo más que divertirse tranquilamente. Era la primera vez que ambos veían una película.

En la tarde del 4 de setiembre partimos todos a New Haven, en un viaje nocturno que implicaba una curiosa combinación de barco y hotel, y luego, en tren, a Boston y a Worcester.

De ningún modo podía decirse que Nueva Inglaterra no estuviera preparada para escuchar las doctrinas de Freud. En el otoño de 1908, mientras permanecí con Morton Prince en Boston, di dos o tres clases a un auditorio compuesto de dieciséis personas, entre las cuales se hallaban: Putnam, el profesor de Neurología en la Universidad de Harvard, E. W. Taylor, que luego fue su sucesor, Werner Munsterberg, que era profesor de Psicología en la misma Universidad, Boris Sidis y G. W. Waterman. El único con quien tuve realmente éxito fue con Putnam. (Más tarde, en mayo del año siguiente, poco después de la visita de Freud, hubo un importante Congreso en New Haven, en el cual Putnam y yo leímos trabajos que dieron lugar a una gran discusión.)

De modo que la llegada de Freud era esperada con cierto grado de impaciencia.

Freud no tenía idea sobre el tema que iba a abordar, o así lo decía al menos, y al comienzo se mostró inclinado a aceptar la sugestión de Jung en el sentido de dedicar su clases al tema de los sueños, pero cuando me consultó a mí le aconsejé que optara por otro más amplio. Luego de reflexionar al respecto, estuvo de acuerdo en que los norteamericanos podrían considerar que el tema de los sueños no era bastante «práctico», o incluso frívolo. De modo que se dispuso a hacer una exposición más general del psicoanálisis. Compuso cada una de las clases en el curso de un paseo de media hora que hacía con Ferenczi, cosa que ilustra muy bien la facilidad y armonía con que fluían sus pensamientos.

Freud dio las cinco clases en alemán, sin el auxilio de apunte alguno, en un tono serio y de conversación que impresionó profundamente. Una señora del auditorio estaba muy ansiosa de oírle hablar sobre temas sexuales y me rogó que le transmitiera su pedido. Cuando así lo hice, Freud replicó: *In Bezug auf die Sexualität lasse ich mich weder ab-noch zubringen.* Esto queda mejor expresado en alemán y significa que en lo que a sexualidad se refiere, Freud no se dejaba ni empujar ni disuadir.

Estas clases fueron más tarde publicadas en diferentes formas. La primera acogida fue muy desigual. El juicio del decano de la Universidad de Toronto, que le transmití a Freud, era bastante típico: «El lector común podrá deducir que Freud es partidario del amor libre, de la remoción de todo freno y el regreso a la barbarie.»

Resultó especialmente emocionante el momento en que Freud se puso de pie para agradecer a la Uni-

versidad el título de doctor que le había sido otorgado al término de la ceremonia. El recibir honores luego de tantos años de ostracismo y desprecio parecía un sueño, y estaba visiblemente conmovido al pronunciar las primeras palabras de su breve discurso: «Esto constituye el primer reconocimiento oficial de nuestros esfuerzos.»

Freud dejó una patética descripción de su encuentro con William James, entonces fatalmente enfermo[1]. William James, que conocía bien el alemán, siguió las clases con gran interés. Se mostró muy amistoso con nosotros y yo no olvidaré nunca sus palabras de despedida pronunciadas con un brazo sobre mis hombros: «El futuro de la psicología pertenece al trabajo de ustedes.»

En cuanto a Stanley Hall, el creador de la psicología experimental en Estados Unidos y autor de considerables trabajos sobre la adolescencia, se mostró entusiastamente obsequioso y amable tanto con Freud como con Jung. Cuando regresó a Estados Unidos, Freud escribió acerca de Stanley Hall a Pfister. «Constituye la más agradable de las fantasías imaginar que en algún lugar lejano, que jamás había sido visto por uno, hay gente decente que ha hallado la manera de ponerse al tanto de nuestros pensamientos y nuestros esfuerzos y que de pronto, después de todo, se ofrecen a nuestra vista. Esto es lo que me ocurrió con Stanley Hall. ¿Quién podía haber supuesto que allí en América, a sólo una hora de

1. "Otro acontecimiento de esta época que me causó una sempiterna impresión fue el encuentro con William James, que ocurrió mientras estábamos paseando. Se paró de pronto, me tendió una bolsa que transportaba y me pidió de seguir paseando, diciendo que me alcanzaría tan pronto como pasara un ataque de angina de pecho que estaba a punto de tener. Murió de esta enfermedad un año más tarde, y siempre he deseado poder estar tan exento de miedo como él, cara a la muerte que se aproxima". — *Un estudio autobiográfico.*

Boston, había un respetable señor de edad, que esperaba impaciente la aparición del próximo número de *Jahrbuch*, que lo leía y lo entendía enteramente y que luego, como él mismo decía, había de hacer la proclamación de nuestra obra?» Poco después conseguí que Hall aceptara el cargo de Presidente de la nueva Asociación Psicopatológica Americana que yo estaba creando, pero su interés por el psicoanálisis no duró mucho. Pocos años después se convirtió en partidario de Adler, noticia ésta que le dolió mucho a Freud.

En esta oportunidad Freud hizo, sin embargo, una amistad más duradera. Se trataba de J. J. Putnam, el profesor de Neurología de Harvard. Yo había mantenido largas conversaciones con él un tiempo antes, cuando me hallaba en Boston, como huésped de Morton Prince, y había conseguido que reconsiderara sus objeciones iniciales al psicoanálisis. Para ser un hombre destacado que había pasado los sesenta era la suya una mentalidad singularmente amplia. Fue el único hombre a quien jamás había oído admitir en una discusión pública que había estado equivocado sobre cierto asunto. El primer volumen de la serie de publicaciones de nuestra Biblioteca Psicoanalítica Internacional fue una colección de las obras de Putnam.

Durante su estancia en Worcester, Freud se formó una idea exagerada acerca de mi sentimiento de independencia y temió —completamente sin razón— que yo pudiera dejar de convertirme en un fiel partidario suyo. Tuvo así la deferencia especial de acompañarme a la estación cuando partí hacia Toronto al final de nuestra estancia y no dejó de expresarme en la ocasión su cálida esperanza de que me mantendría siempre unido al grupo. Sus palabras finales

fueron: «Ya verá usted que vale la pena.» Pude darle por supuesto toda clase de seguridades y nunca más volvió a dudar de mí.

Una vez que hubimos partido Brill y yo, los tres amigos visitaron, el 13 de setiembre, las cataratas del Niágara, que a Freud le parecieron aún mucho más grandes de lo que había supuesto. Pero en la «Cueva de los Vientos» Freud se sintió lastimado cuando el guía, empujando atrás a los demás visitantes, gritó: «Dejen pasar primero al viejo.» Se mostraba siempre sensible a alusiones como ésta a su edad y él mismo citaba como un buen ejemplo del caso lo que ocurrió a propósito de una observación hecha por Putnam en esa época.

Después de esto se dirigieron los tres a la casa de campo de Putnam en las Montañas Adirondack, cerca de Lake Placid, donde permanecieron cuatro días. Freud envió a su mujer una extensa descripción del nuevo lugar, donde no se veía más que un montón de cabañas en pleno descampado. El placer de esta visita fue un tanto empañado por un ataque bien definido, aunque leve, de apendicitis. No lo comentó con nadie, para no causar molestia alguna a Putnam y evitar la ansiedad de Ferenczi. En todo lo demás lo pasó muy bien y Jung los alegró y animó bastante entonando canciones alemanas.

Llegaron a Nueva York en la noche del 19 de setiembre y se embarcaron en el «Kaiser Wilhelm der Grosse» el 21. Esta vez fueron sorprendidos por los ventos equinocciales y si bien Freud no se mareó, estuvo acostándose a las siete un par de noches. Freud nunca se mareó en viaje alguno. Llegaron a Bremen el 29 al mediodía.

A pesar de su gratitud por la amistosa recepción que se le hizo y el reconocimiento de su obra y los

honores de que fue objeto, Freud no volvía de Estados Unidos con una impresión muy favorable. Era muy propenso a tener esta clase de prejuicios y éste a que nos referimos no llegó nunca a desvanecerse del todo. Hasta tuvieron que pasar años enteros para que el contacto íntimo con norteamericanos que lo visitaban lo mitigara un tanto. Esta actitud suya es tan injusta que es forzoso buscarle alguna explicación. Existían varias, pero superficiales, que encubrían a su vez otra cosa más profunda y personal, que en realidad nada tenía que ver con Estados Unidos. Por su parte, Freud atribuía su poca simpatía a Estados Unidos a un duradero trastorno intestinal producido, según él afirmaba sin mucha base, por la cocina norteamericana, tan diferente de aquélla a la que él estaba habituado. Pero esta aseveración pasa por alto el hecho importante de que este mal le había aquejado la mayor parte de su vida, muchos años antes de ir a Estados Unidos y muchos años después. Lo cierto es que durante su estancia allí sufrió constantemente la recurrencia de su viejo dolor apendicular, lo que de todos modos debe haber empañado el goce de estos días memorables. Otro transtorno físico de esta época eran sus molestias prostáticas. Esto era, naturalmente, doloroso y embarazoso a la vez y por supuesto era todo culpa de las costumbres norteamericanas. Recuerdo cómo se quejaba, dirigiéndose a mí, de la escasez y poca accesibilidad de los lugares adecuados para obtener alivio: «Os conducen a lo largo de kilómetros de corredores y al final os llevan al subsuelo, donde os espera un palacio de mármol, exactamente con el tiempo estricto.» Durante algunos años Freud atribuyó muchas de sus molestias físicas a la visita hecha a Estados Unidos. Llegó incluso a decirme que su escritura

había empeorado desde que había visitado América.

Un motivo más personal de este enojo suyo era la dificultad con el idioma, que le hacía revivir su desagradable experiencia en el mismo sentido de algunos años atrás, en París. Siempre fue sensible al hecho de hacerse entender y entender a los demás. Recuerdo que en una oportunidad un norteamericano pedía a otro que le repitiera cierta observación que no había entendido bien, a lo que Freud volviéndose a Jung, hizo este inciso comentario: «Esta gente no puede entenderse siquiera entre ellos mismos.» Le resultaba incluso difícil adaptarse a la libertad y facilidad de maneras imperantes en el Nuevo Mundo, de lo que es un ejemplo lo que he relatado un poco más arriba. Era un buen europeo, con un sentido de la dignidad y un respeto por la cultura que en esa época era menos visible que ahora en Estados Unidos. Más tarde me dijo, en ese su terso estilo: «Estados Unidos es un error; un error gigantesco, es cierto, pero de todos modos un error.»

Freud demostró desde el principio gran interés por el desarrollo del psicoanálisis en Estados Unidos y desde 1908 mantuvo una correspondencia constante con Brill y conmigo, y más tarde también con Putnam. A menudo se divertía con las cosas que al respecto le relatábamos. Así, por ejemplo, cuando a fines de 1909 en la Asociación Americana de psicología en un trabajo sobre su teoría de los sueños mencioné el rasgo de egocentrismo, a lo cual una dama se levantó indignada, sosteniendo que esto podía ocurrir en los sueños de Viena pero que en cuanto a los de Estados Unidos estaba bien segura de que eran altruistas. Pero esto fue superado aún en el caso de cierto psicólogo que sostenía que las asociaciones del paciente dependían en gran parte de la tempera-

tura de la habitación, y puesto que Freud no había tenido en cuenta este importante detalle sus conclusiones no eran dignas de crédito para la ciencia. Con verdadero placer contaba Freud estas cosas al grupo vienés.

El 2 de octubre regresó a Viena, la única parte del mundo civilizado que nunca lo reconoció.

A pesar de todas las alternativas del año 1909, Freud encontró la manera de publicar bastantes cosas. Reunió en un volumen los trabajos que componen el segundo de su serie de cinco *Sammlung Kleiner Schriften* y escribió además dos nuevos trabajos breves y otros dos muy extensos. Los primeros dos eran: *La novela familiar del neurótico,* que apareció como una parte del fascinante libro *Der Mythus von der Geburt des Helden.* (El mito del nacimiento del héroe) de Otto Rank, y otro que contenía una serie de afirmaciones de carácter general sobre la naturaleza esencial de los ataques histéricos.

Los dos trabajos más extensos resultaron ser aportes clásicos a la serie de sus historias clínicas. Uno de ellos era el popular «Caso de Juanito», que contenía el primer análisis infantil. El otro era un detallado estudio de los mecanismos operantes en la neurosis obsesiva.

En esa época se hallaba Freud, por primera vez en su vida, en condiciones de esperar razonablemente una carrera de reconocimiento y de fama. De aquí en adelante cabía encontrarse con la incomprensión, la crítica, la oposición e incluso el agravio, pero ya no podría ser ignorado. Se hallaba en la plenitud de su capacidad y ávido de emplearla al máximo. Todo esto, unido a un hogar armonioso en que reinaba la alegría de los niños en crecimiento, debe de haber hecho de esta década del siglo el perío-

do más feliz de su vida. Pero estos habrían de ser también sus últimos años de verdadera felicidad. Siguieron inmediatamente cuatro años de dolorosas disensiones con sus colegas más allegados, y luego la desdicha, la angustia y las privaciones de los años de guerra, a lo que siguió un total colapso de la moneda austríaca y la consiguiente pérdida de todos sus ahorros y su seguro. Muy poco después comenzó su torturante enfermedad, que finalmente, después de dieciséis años de sufrimiento, terminó con su vida.

III

LA ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA INTERNACIONAL

(1910-1914)

En estos años se inició lo que se dio en llamar el «Movimiento Psicoanalítico», nombre éste no muy feliz, pero empleado a la vez por amigos y enemigos. Fueron años de desdicha para Freud y durante los cuales añoró el pasado, que a través del rosado lente de la nostalgia, se le parecía como una época apacible de «espléndido aislamiento». La alegría del creciente éxito y reconocimiento fue seriamente turbada por los signos siniestros de la disensión entre valiosos discípulos suyos, tema éste que reclama un capítulo aparte. Freud se sintió enormemente perturbado y consternado a la vez por los insolubles problemas a que esto daba lugar y a toda la complejidad de la situación que debía afrontar para solucionarlos. Pero aquí vamos a limitarnos al aspecto más brillante, el tema de la gradual difusión de las nuevas ideas, que naturalmente significaba tanto para Freud.

Para todos nosotros parecía cosa establecida que el Congreso de Salzburgo habría de ser el primero

de una serie de reuniones de esa índole. En el momento en que escribo esto (1954) figura efectivamente como el primero de dieciocho congresos ya realizados. En 1909 tanto Freud como Jung, el organizador del primer Congreso, estaban tan ocupados con las conferencias a dictar en Estados Unidos, en Worcester, que la posibilidad de realizar otro Congreso en ese año no llegó a plantearse seriamente. Pero la impaciencia por realizarlo lo más pronto posible condujo a que se planteara uno para la primavera siguiente.

Los preparativos fueron confiados nuevamente a Jung y el Segundo Congreso Psicoanalítico Internacional se realizó en Nuremberg los días 30 y 31 de marzo de 1910. Freud llegó en las primeras horas de la mañana de la víspera del Congreso, con el objeto de reunirse unas horas con Abraham. A causa de ciertas proposiciones que se presentaron de índole administrativa, a las que hemos de referirnos bien pronto, el Segundo Congreso se desarrolló en una atmósfera mucho menos amistosa que la del primero. La parte propiamente científica alcanzó un gran éxito, demostrando la fecundidad de las nuevas ideas. Freud leyó un interesante trabajo sobre *El porvenir de la terapia psicoanalítica,* con valiosas sugerencias relativas tanto a su desarrollo interno como a su influencia externa. Su antiguo crítico y amigo Löwenfeld, de Munich, leyó también un trabajo. Los aportes del sector suizo —Jung y Honegger— fueron de primer orden.

Freud había estado pensando, desde tiempo atrás, en la posibilidad de reunir más estrechamente a los analistas, y encargó a Ferenczi la tarea de hacer la proposiciones consiguientes en el próximo Congreso. Después de la labor científica, Ferenczi habló en

la reunión sobre la organización futura de los analistas y de su obra. Sus palabras fueron recibidas al comienzo con una tempestad de protestas. En su exposición había hecho algunas observaciones muy negativas acerca de la calidad de los analistas vieneses, sugiriendo que el centro de la futura administración sólo podría ser Zurich, con Jung como presidente. Ferenczi, por otra parte, con todo su encanto personal, tenía cierta manera decididamente dictatorial y algunas de sus proposiciones fueron mucho más allá de lo que es habitual en medios científicos. Ya antes del Congreso había informado a Freud de que «el enfoque psicoanalítico no conduce a un igualitarismo democrático: tiene que haber una élite, más o menos dentro del espíritu de las leyes de Platón acerca del gobierno de los filósofos». Freud, en su respuesta, le manifestó que él mismo ya había tenido esa idea.

Luego de proponer la sensata idea de crear una asociación internacional, con filiales en los diferentes países, Ferenczi afirmó la necesidad de que todos los artículos y comunicaciones a ser presentados por psicoanalistas fueran previamente sometidos para su aprobación al Presidente de la Asociación, quien habría de tener así funciones de censura sin precedentes. Fue esta actitud de Ferenczi la que más tarde debía causar tanto perjuicio a las relaciones entre los analistas europeos y norteamericanos y que me tocó subsanar a mí, en particular, a costa de años enteros de esfuerzos. La discusión que surgió después del trabajo de Ferenczi fue tan áspera que tuvo que ser postergada para el día siguiente. No era el caso, por cierto, de aceptar sus sugestiones más extremas, pero los vieneses, especialmente Adler y Stekel, se opusieron también airadamente a la de-

signación de analistas suizos para cargos de presidente y secretario, cosa que significaría desconocer sus propios prolongados y leales servicios. Freud, por su parte, advirtió la ventaja de establecer para la labor común una base más amplia de la que podía proveer el círculo judío vienés y que era necesario convencer de esto a sus colegas de Viena. Enterado de que algunos de ellos se encontraban en la habitación de hotel de Stekel, realizando una reunión de protesta, se fue allá para dirigirles una apasionada llamada de adhesión. Destacó especialmente la virulenta hostilidad que los rodeaba y la necesidad de apoyo externo para contrarrestarla. Luego, en un gesto dramático, se arrancó violentamente la chaqueta y les dijo: «Mis enemigos quisieran verme morir de hambre. De buena gana llegarían al extremo de quitarme de encima la chaqueta.»

Freud apeló luego a medidas más prácticas para apaciguar a los dos jefes de la revuelta. Anunció que abandonaba la presidencia de la Sociedad de Viena, en la que sería reemplazado por Adler. Consintió también en que, en parte para contrarrestar la dirección que ejercía Jung del *Jahrbuch*, se fundaría una nueva Revista mensual, el *Zentralblatt für Psychoanalyse*, que estaría a cargo conjuntamente de Adler y Stekel. Los vieneses se apaciguaron entonces y consintieron en que Freud fuera el Director de una nueva Revista y Jung Presidente de la Asociación. Jung designó secretario a Riklin, a cuyo cargo estaría también la nueva publicación oficial que se había decidido crear. Ésta era el *Correspondensblatt der Internationalen Psychoanalyschen Vereinigung* (Boletín), que se encargaría de informar a todos los miembros las novedades de interés, las reuniones de la Sociedad, las publicaciones, etc.

Ninguna de estas designaciones, por más que parecían inevitables en la oportunidad, tuvo resultados felices. Adler se retiró cinco meses después y un par de años más tarde lo hizo Stekel. Riklin descuidó sus obligaciones, de modo tal que los asuntos administrativos llegaron a un estado verdaderamente embrollado y Jung, como se sabe, no habría de dirigir por mucho tiempo a sus colegas psicoanalistas.

Inmediatamente después de llegar a su casa, Freud envió a Ferenczi el siguiente «epílogo» del Congreso, como él lo llamaba.

No hay duda de que fue un gran éxito. Nosotros dos, sin embargo, no tuvimos mucha suerte. Mi comunicación tuvo evidentemente un eco muy pobre, y no sé por qué. Había en ella muchas cosas que deberían haber despertado interés. Tal vez se advirtió lo cansado que yo estaba. Su vigoroso alegato tuvo la desdicha de provocar una repulsa tan grande que se olvidaron de agradecerle las importantes sugerencias que usted les hizo. Todas las sociedades son ingratas: eso no importa. Pero merecemos alguna censura por no haber previsto el efecto que tendría en los de Viena. A usted le habría sido fácil omitir enteramente las críticas y tranquilizarlos con respecto a su libertad científica, con lo cual habríamos privado a sus protestas de gran parte de su vigor. Creo que mi largamente contenida aversión a los vieneses, junto con el «complejo de hermano» de usted nos han hecho un poco cortos de vista.

Pero esto no es lo esencial. Lo más importante es que hemos realizado una buena labor, que tendrá una profunda influencia en la conformación del futuro. Me he sentido muy feliz al comprobar el completo acuerdo existente entre usted y yo, y quiero agradecerle afectuosamente su apoyo, que al fin de cuentas fue fructífero.

Los acontecimientos van a sucederse ahora con rapi-

dez. Veo que ha llegado el momento de llevar a cabo una decisión en la que he estado pensando mucho tiempo. Voy a abandonar la dirección del grupo de Viena y dejar de ejercer influencia oficial alguna. Dejaré la dirección a Adler, no porque me agrade hacerlo o me sienta satisfecho con ello sino porque él es, después de todo, la única personalidad existente aquí y porque colocado en esa posición posiblemente se sienta obligado a defender nuestra causa común. Se lo he manifestado yo a él y he de informar a los demás el miércoles próximo. No creo que siquiera lo lamenten mucho. Ya he caído casi en el penoso papel del viejo disconforme y a quien ya no se quiere. Ciertamente no deseo llegar a esto, de manera que prefiero irme antes de que resulte necesario y por mi propia voluntad. Los dirigentes serán todos de la misma edad y categoría y podrán desenvolverse libremente y entenderse fácilmente entre sí.

En lo científico he de cooperar por supuesto hasta mi último aliento, pero me veré libre de todas las molestias que acarrea la dirección y la supervisión y podré disfrutar de mi *otium cum dignitate.*

Después del Congreso de Nuremberg los grupos psicoanalíticos ya existentes se enrolaron como Sociedades filiales de la Asociación Internacional y pronto se crearon otros grupos. La primera en registrarse fue la de Berlín, que lo hizo el último día del Congreso, 31 de marzo. Bleuler y unos pocos más renunciaron a la sociedad porque era contrario a sus principios el pertenecer a un organismo internacional, actitud ésta que parecería anticipar la que luego adoptó Suiza frente a la Liga de las Naciones y a la Organización de Naciones Unidas. Se trataba naturalmente de una racionalización de parte de Bleuler.

La actitud fluctuante de Bleuler amargó mucho a Freud. Por momentos escribía artículos en apoyo

del psicoanálisis y en otros momentos lo criticaba. No era raro, como decía Freud, que Bleuler adjudicara tanta importancia en el campo de la ambivalencia, introducido por él en la psiquiatría. Por la posición cada vez más prominente de Bleuler entre los psiquiatras, Freud se sentía ansioso de conservar su apoyo pero Bleuler y Jung nunca pudieron trabajar bien juntos y llegó un momento, apenas un año después en que sus relaciones personales dejaron prácticamente de existir. Jung atribuía la actitud hostil de Bleuler hacia él, y en consecuencia su negativa a ingresar en la Sociedad por él fundada, al fastidio que le produjo el hecho de que Jung se hubiera dejado inducir por Freud a ingerir bebidas alcohólicas. La abstinencia total era para Bleuler una religión, tal como lo había sido para Forel, su predecesor. Freud juzgó la interpretación de Jung «inteligente y plausible». «Las objeciones de Bleuler son inteligibles en este punto, pero cuando se dirigen contra la Asociación Internacional no tienen sentido. No podemos, junto a la promoción del psicoanálisis, inscribir en nuestra bandera de lucha cosas tales como la provisión de ropa para los escolares que se mueren de frío. Esto nos haría recordar demasiado los letreros de ciertas posadas: 'Hotel Inglaterra y el Gallo Rojo'.»

Convenció más tarde a Bleuler para reunirse con él en Munich, en las vacaciones de Navidad. Mantuvo con Bleuler una conversación extensa y muy personal, cuyo resultado fue que establecieron excelentes relaciones entre ambos y el psiquiatra suizo prometió ingresar en la Asociación Internacional. Bleuler debe haber abierto su corazón a Freud, ya que en una carta de éste a Ferenczi leemos: «No es más que un pobre diablo como nosotros y se halla necesi-

tado de un poco de amor, cosa que parece ser descuidada en ciertos sectores que le importan mucho.»

Lamentablemente este estado de cosas no duró mucho y un año después Bleuler renunciaba nuevamente, esta vez para siempre. Su interés fue desplazándose luego, lentamente de la psiquiatría psicológica a la clínica.

Habrá que decir algo acerca de los primeros progresos de estos grupos, por los que Freud demostraba constantemente su interés, semana tras semana. Después de todo, representaban, aparte de sus propias obras, la esperanza de una futura difusión de sus ideas.

En Viena mismo, donde la Sociedad ya tenía ocho años de antigüedad, la reunión administrativa del 12 de octubre de 1910 designó Presidente a Adler, vicepresidente a Stekel, tesorero a Steiner, bibliotecario a Hitschmann y secretario a Rank. A Freud se le confió el título de Presidente Científico y se convino en que los tres presidentes se turnarían para presidir las reuniones científicas.

En Berlín las cosas se desarrollaban, naturalmente, con mayor lentitud. La sociedad fue fundada por Abraham el 7 de agosto de 1908, figurando cuatro miembros más: Iván Bloch, Hirschfeld, Juliusburger y Koerber. Los primeros dos años Eitingon, aunque estaba en Berlín prefirió mantenerse alejado y tardó algún tiempo aún en comenzar a ejercer. Cuatro años más tarde todavía era Abraham el único analista activo en la Sociedad.

La «Sociedad Freud» de Zurich existía desde 1907 y su primera reunión se realizó el 27 de setiembre de ese año. Se había iniciado con veinte médicos, a quienes se agregaron poco después los Reverendos

Keller y Pfister. En 1910 contaba con algunos miembros que no eran suizos: Asagioli, de Florencia, a quien yo había interesado en el psicoanálisis cuando estudiábamos juntos con Kraepelin unos años antes, Trigant Burrow de Baltimore, Leonhard Seif, de Munich, también amigo mío de la época de Kraepelin y Stockmayer, de Tübingen. Se había resuelto ahora realizar reuniones públicas de tanto en tanto, para despertar un mayor interés en un público más amplio. En noviembre de 1910 Bleuler, Binswagner y Riklin leyeron trabajos en la Sociedad Suiza de Alienistas.

El 12 de febrero de 1911 Ferenczi leyó un trabajo sobre «sugestión» en la Sociedad Médica de Budapest, pero la reacción fue enteramente negativa. Por varios años Hungría no pareció terreno favorable para el psicoanálisis, pero más tarde varios excelentes analistas se agregaron a Ferenczi, dando término a su soledad.

El psicoanálisis era materia de discusión entonces en diversas reuniones y Congresos médicos de Europa, pero el único trabajo favorable que conozco de este año es el que leí yo mismo, sobre la teoría psicoanalítica de la sugestión, en el Congreso Internacional de Medicina psicológica y psicoterapia realizado en el mes de agosto en Bruselas.

En Estados Unidos, en cambio, las nuevas ideas estaban hallando ya una recepción más amplia. El interés despertado por las conferencias de Freud y Jung en Worcester el año anterior seguía en aumento. Putnam había publicado un informe personal y muy favorable de esas conferencias. En el curso de su exposición había hecho la desdichada observación de que Freud «ya no era un hombre joven». Esto lastimó bastante a Freud, quien me escribió: «Usted

es joven y yo ya le envidiado su incansable actividad. En cuanto a mí, la frase del ensayo de Putnam 'Ya no es un hombre joven' me hirió más de todo lo que pudo complacerme lo demás.»

Poco después, al traducir un artículo de Putnam para el *Zentralblatt* se tomó una leve venganza al manifestar en una nota que Putnam «ya estaba mucho más allá de sus años de juventud».

Brill, Putnam y yo comenzamos también nuestra carrera de conferencias y obras sobre el psicoanálisis y el primer volumen de las traducciones de Brill ya había aparecido en 1909. Aparte de su labor de traductor, Brill realizaba una valerosa lucha en diversas conferencias y debates sobre el tema. Su labor y la mía se superponían muy poco. Él se limitaba principalmente a Nueva York, y con gran éxito, mientras que yo abarcaba una esfera más amplia: Baltimore, Boston, Chicago, Detroit y Washington. Nuestros artículos no eran rechazados en ninguno de los órganos científicos, y especialmente los directores de *The journal of Abnormal Psychology* y *The American Journal of Psychology*, Morton Prince y Stanley Hall respectivamente, nos abrieron ampliamente las páginas de sus revistas y recibieron de muy buen grado nuestros trabajos. En el primer número correspondiente a 1910 de la segunda Revista nombrada figuraba mi ensayo sobre Hamlet. El número siguiente contenía traducciones de conferencias de Freud y Jung en Worcester, un artículo de Ferenczi sobre los sueños y un amplio relato, acompañado de ejemplos ilustrativos, que yo escribí sobre la teoría de Freud sobre los sueños.

No había llegado todavía la hora apropiada para una sociedad puramente psicoanalítica, de manera que propuse a Putnam la formación de una entidad

de carácter más amplio, en la que se pudieran discutir las ideas psicoanalíticas. El 2 de mayo de 1910, en el Willard Hotel de Washington, nació la *American Psychopathological Association.* Cuarenta personas acudieron a la reunión y se hicieron las siguientes designaciones: Presidente, Morton Prince; Secretario, G. A. Waterman (su secretario privado de Boston); vocales, A. G. Allen, de Filadelfia, August Hoch, de Nueva York, Adoph Meyer, de Baltimore, J. J. Putnam, de Boston y yo. Fueron designados cinco miembros honorarios: Claparède de Ginebra, Forel, de Zurich, Freud, de Viena, Janet, de París y Jung, de Zurich. Suiza como se ve, se vio favorecida. Yo fui designado miembro honorario tiempo después. *The Journal of Abnormal Psychology* se convirtió en órgano oficial de la Asociación.

Estaban apareciendo muestras de interés también en Rusia. M. E. Ossipow y varios colegas más se estaban ocupando de traducir las obras de Freud y nos enteramos también de que la Academia de Moscú había ofrecido un premio al mejor ensayo sobre psicoanálisis. Ossipow se presentó para optar al premio en marzo de 1910, pero nunca llegué a saber si obtuvo algún éxito. En el mes de julio del mismo año visitó a Freud, quien dijo de él que era «una persona espléndida». M. Wulf, que había estudiado con Juliusburger en Berlín, había perdido su puesto en una institución a causa de sus «ideas freudianas». Se trasladó entonces a Odesa y desde allí estableció contacto epistolar con Freud y Ferenczi.

Aunque los nombres de Ossipow y Wulf son los que más merecen recordarse en lo que se refiere a los primeros tiempos del psicoanálisis en Rusia —y también a los últimos, según pudo verse— hubo allí algunas otras personas que trabajaban con esa orien-

tación. En 1909 se fundó en Moscú una revista especialijada, *Psijoterapia*, en la que aparecieron una serie de artículos y reseñas psicoanalíticos.

De Francia, la única noticia que llegó fue una carta que Freud recibió de R. Morichau-Beauchant a fines de ese año. Nada más se supo de allí por un par de años, mientras que en Italia Baroncini había publicado el primer trabajo sobre psicoanálisis ya en 1908. Hacia la misma época Moderna, de Ancona, a quien yo había interesado también en el psicoanálisis cuando trabajábamos en Munich y con quien seguía manteniendo correspondencia durante muchos años, envió copia de un artículo suyo a Freud, quien lo consideró de mucho valor, disponiéndose luego a traducir los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad*. Ferenczi nos informó de una agradable visita que Moderna le hizo en 1910. Assagioli, de Florencia, leyó un trabajo sobre sublimación en el Congreso Italiano de Sexología, en noviembre de 1910.

El estímulo del psicoanálisis se había extendido ampliamente, llegando a lugares tan remotos como Australia. En 1909 Freud nos hizo saber que había recibido una carta de Sydney en la que se le informaba que había allí un pequeño grupo que estudiaba ansiosamente sus trabajos. Cierto doctor Donald Freser había fundado un pequeño grupo y dado numerosas conferencias sobre psicoanálisis en diversas sociedades. Antes de graduarse como médico en 1909, había sido sacerdote de la Iglesia presbiteriana, pero tuvo que renunciar al cargo a causa de sus «ideas freudianas», primer ejemplo éste, pero muy lejos de ser el último, de esta clase de persecuciones. La chispa se apagó poco después, tal como ocurrió también con la que yo dejé en Canadá.

Dos años más tarde, sin embargo, el doctor An-

drew Davidson, secretario de la Sección de Medicina psicológica y Neurología, invitó a Freud, a Jung y a Havelock Ellis a presentar personalmente trabajos en el Congreso Médico Austral asiático de 1911. Todos ellos enviaron trabajos que fueron leídos en el Congreso.

En 1910 dio Freud a publicidad las conferencias pronunciadas en Worcester —las *Cinco conferencias sobre psicoanálisis*—, el trabajo que había presentado en el Congreso de Nuremberg y cierto número de trabajos menores. Publicó, además de esto, tres trabajos originales. Uno de ellos versaba sobre *El sentido antitético de las voces primitivas*, un descubrimiento que le produjo gran placer por cuanto confirmaba lo que había observado años atrás acerca de un misterioso rasgo del inconsciente. Otro trabajo fue uno de sus tres ensayos sobre «Psicología de la vida erótica». Pero el acontecimiento más importante de 1910 fue su libro sobre Leonardo da Vinci. Aquí no sólo arrojó luz sobre el carácter íntimo de este gran hombre, con el conflicto entre las dos fuerzas impulsoras de su vida, sino que demostró la influencia que sobre su carácter habían tenido los acontecimientos de su más temprana infancia.

Durante el verano de 1910 Gustav Mahler, el famoso músico, se sentía muy desdichado en sus relaciones con su mujer y el doctor Nepallek, un psicoanalista vienés que era pariente de la mujer de Mahler, aconsejó a éste que consultara a Freud. Desde el Tirol telegrafió a Freud pidiéndole cita. Freud siempre se mostró muy poco dispuesto a interrumpir sus vacaciones por motivos de trabajo profesional, pero no pudo rehusarse tratándose de un hombre de la valía de Mahler. Pero su telegrama,

en el que fijaba fecha y lugar de reunión, fue seguido de otro de parte de Mahler, en el que éste renunciaba a la cita. Pronto llegó otra requisitoria igual, con el mismo desenlace. Mahler era víctima de la *folie de doute* de su neurosis obsesiva y repitió este juego tres veces. Freud tuvo que anunciarle finalmente que la última oportunidad de verlo sería antes de finalizar agosto, fecha en que se proponía partir para Sicilia. Se citaron entonces en un hotel de Leyden, a continuación de lo cual anduvieron caminando durante cuatro horas por la ciudad y realizando una especie de psicoanálisis. Aunque Mahler no había tenido previamente contacto alguno con el psicoanálisis Freud declaró que jamás se había encontrado con una persona que lo entendiera con tanta rapidez. Mahler se sintió muy impresionado por una observación de Freud: «Supongo que la madre de usted se llamaba María. Tengo que deducirlo de varios indicios de nuestra conversación. ¿Cómo se explica que se haya casado usted con una mujer de otro nombre, Alma, siendo que su madre desempeñó evidentemente un papel dominante en su vida?» Mahler le dijo entonces que el nombre de su mujer era Alma María, pero que él la llamaba... ¡María! Ella era hija de Schindler, el famoso pintor [1], cuya estatua se alza en el Stadtpark de Viena. Presumiblemente también en la vida de ella, tuvo importancia un nombre. Esta labor analítica produjo evidentemente su resultado, ya que Mahler recuperó su potencia y el matrimoni fue feliz hasta el día de su muerte, que desdichadamente se produjo apenas un año después. [?

En el curso de la conversación, Mahler dijo de pronto que ahora comprendía por qué su música se

1. Mahler, en alemán, significa pintor.

vio siempre impedida de alcanzar una máxima altura en sus pasajes más nobles, los que se inspiraban en las emociones más profundas, y se veían echadas a perder por la irrupción de una melodía vulgar. Su padre, persona brutal a lo que parece, trataba muy mal a la madre y cierta vez hubo entre ellos, cuando Mahler era muchacho, una escena especialmente dolorosa. Tan insoportable le *resultó, que salió corriendo* de su casa. En ese preciso momento un grupo callejero estaba silbando la popular aria vienesa *Ach, du lieber Augustin*. Desde ese momento, según opinaba Mahler, la alta tragedia y la fácil diversión se hallaban inexorablemente unidas en su mente, y cualquiera de los dos estados de ánimo acarreaba forzosamente al otro.

A finales de verano de este año, Freud y Ferenczi hicieron un viaje juntos por el sur de Italia. Fueron primero a París, donde pasaron la noche del 1.° de setiembre y el siguiente día. Fueron a Florencia, Roma y Nápoles, donde embarcaron para Sicilia, donde estuvieron hasta el 20. El tiempo que habían pasado en Sicilia resultó ser decisivo para las futuras relaciones entre los dos. Dado que el vínculo entre ellos fue el más importante que Freud llegó a labrar en esta época de su vida, será necesario mencionar brevemente cómo comenzaron las dificultades. Lo que ocurrió en realidad en Sicilia fue simplemente que Ferenczi se mostraba inhibido, malhumorado y poco responsable en cuanto a los pequeños problemas diarios del viaje. Freud describió la actitud de su amigo como de «tímida admiración y callada oposición». Pero detrás de estas manifestaciones se escondían graves perturbaciones en lo profundo de su personalidad. Por lo que yo supe a través de mis conversaciones íntimas con él se hallaba aco-

sado por un ansia insaciable y desmedida de amor de parte de su padre. Era la pasión dominante de su vida y constituyó indirectamente la fuente de los desdichados cambios que veinte años más tarde introdujo en su técnica psicoanalítica, cambios que tuvieron como resultado el apartarlo de Freud (si bien no a Freud de él). Sus exigencias de intimidad no conocían límites. No debía haber reservas ni secretos entre él y Freud. No se animaba, naturalmente, a expresar abiertamente nada de esto, de modo que esperaba, más o menos confiado, que Freud diera el primer paso.

Pero Freud no estaba en igual estado de ánimo. En las vacaciones se sentía muy contento de despreocuparse de todos los fastidiosos problemas de las neurosis y los conflictos psicológicos profundos, para buscar descanso y renovación en los goces del momento. Y mucho más aún en un viaje como éste, en el que había tantas cosas nuevas interesantes y hermosas que ver y explorar. Lo único que quería era tener un compañero agradable que tuviera gustos semejantes a los de él.

De regreso a su casa, Ferenczi escribió una de sus extensas cartas explicativas, de autoanálisis, en la que expresaba su temor de que a causa de su comportamiento reciente con Freud pudiera abrigar el deseo de no tener nada más que ver con él. Pero Freud se sentía más amistosamente que nunca, tal como lo demuestra la siguiente carta.

Es notable comprobar con cuánta mayor claridad se expresa usted escribiendo que hablando. Yo conocía, naturalmente, muchísimo o la mayor parte de lo que usted acaba de escribirme y no me será necesario darle más que unas pocas explicaciones. ¿Por qué no le he

reprendido, para abrir el camino a una mutua comprensión? Es bien cierto que esto fue una debilidad de mi parte. Yo no soy el superhombre psicoanalítico que usted se ha forjado en su imaginación ni he superado la contratransferencia. No he podido tratarlo a usted de tal modo, como tampoco podría hacerlo con mis tres hijos, porque los quiero demasiado y me sentiría afligido por ellos.

Usted no sólo ha advertido, sino que lo ha comprendido también, que yo ya no siento necesidad alguna de poner completamente al desnudo mi personalidad, y ha comprendido también cuál es el hecho traumático en que se origina esta actitud. Después del caso de Fliess, en cuya superación me ha visto usted recientemente ocupado, aquella necesidad se ha extinguido. Una parte de la catexis homosexual ha sido retirada y empleada en el ensanchamiento de mi propio yo. He tenido éxito allí donde fracasan los paranoicos.

Usted debería saber además que yo me sentía menos bien y sufría más a causa de mi transtorno intestinal de lo que me mostraba dispuesto a confesar. A menudo me he dicho a mí mismo que quien no pueda dominar enteramente a su «Conrado»[1] no debería salir de viaje. Es aquí donde debería haber comenzado la franqueza, pero usted no me pareció bastante dueño de sí mismo como para no sentirse en seguida demasiado angustiado por mí.

En cuanto a las molestias que pudo usted haberme causado, incluyendo entre ellas cierto grado de resistencia pasiva, ocurrirá con ellas lo que sucede con los recuerdos de viaje en general: uno los refina, los pequeños transtornos se olvidan y todo lo que fue hermoso se conserva para propio placer intelectual.

En cuanto a la suposición que usted hacía acerca de grandes secretos míos, que usted sentía gran curiosidad por conocer, era fácil de ver incluso factible de reco-

1. El término que usaba Freud para referirse a los intestinos.

nocer como infantil. Así como le he referido *todo* en materia científica es muy poco lo que le he ocultado en lo personal. El incidente del *Nationalgeschen*[2] fue, según creo, bastante indiscreto. Mis sueños en esa época estaban enteramente ocupados, como ya más o menos le sugerí, con el asunto Fliess, que, por su índole misma, difícilmente habría de suscitar su simpatía.

De esta manera, viéndolo todo más detenidamente, las cosas que faltaba explicar entre nosotros no son tantas como quizás creyó usted.

Más bien prefiero llamar su atención sobre cosas del presente...

La generosidad y el tacto demostrados por Freud en su trato con Ferenczi, y el gran cariño que sentía por éste, lograron conservar por muchos años esta valiosa amistad hasta que, mucho después de este episodio, se inició la quiebra de la estabilidad mental de Ferenczi.

Este fue el año de la ruptura con Adler, penoso episodio que será descrito en otro capítulo. Fue la preocupación dominante de Freud en ese año y causa de una gran aflicción. Otros rasgos característicos de ese año fueron su constante amistad con Jung y su contacto más íntimo con Putnam. El Congreso Internacional de Weimar en setiembre fue uno de los que tuvieron más éxito. El psicoanálisis siguió reclutando amigos y adversarios en diversos países. Freud fundó una nueva revista, *Imago*. No tuvo vacaciones prolongadas ese año, de modo que no se alejó de la familia. Escribió muy poco en 1911.

Freud mismo tuvo, en esa época, una curiosa experiencia que bien pudo haber tenido un desenlace

2. Una jocosa alusión a su afición a adquirir antigüedades.

fatal. Hacía un mes que estaba sufriendo una ofuscación mental que iba en constante aumento y que le producía dolores de cabeza sumamente intensos noche tras noche. Finalmente se descubrió una pérdida en la cañería del gas, en la unión con el tubo de goma que alimentaba su lámpara, a causa de lo cual había estado inhalando gas, todas las noches, durante varias horas. El humo del cigarro le impidió apercibirse de ello. Tres días después de encontrarse el defecto, Freud estaba completamente restablecido.

A principios del año Freud anunciaba que su originalidad estaba desapareciendo. La observación es interesante, ya que esto era apenas unos meses antes de escribir uno de sus trabajos más originales, sobre psicología de la religión. En agosto tuvo que reconocer que, a pesar de las vacaciones «todo él era totem y tabú».

El acontecimiento más destacado del año fue el Congreso de Weimar. Se realizó los días 21 y 22 de setiembre, con una atmósfera amistosa que recordaba el primer Congreso. No hubo esta vez la interferencia de una oposición vienesa. Freud había pasado previamente unos días con Jung en su nueva casa de Küsnacht y Putnam había venido a Zurich para reunirse con ellos. Otros norteamericanos que asistieron al Congreso fueron T. H. Ames, A. A. Brill y Beatrice Hinkle. En total asistieron cincuenta y cinco personas, incluyendo algunos visitantes.

Los trabajos leídos fueron de elevada categoría. Entre ellos pueden citarse varios trabajos clásicos de la literatura psicoanalítica, el de Ferenczi sobre homosexualidad y el de Sachs sobre las relaciones entre el psicoanálisis y las ciencias culturales. El excelente trabajo de Rank sobre «El tema de la desnudez en la poesía y en las leyendas» dio lugar a un

divertido episodio. En una breve información sobre el Congreso que apareció en un periódico local decía que «fueron leídos trabajos sobre la desnudez y otros temas corrientes». Esto fue motivo para entibiar nuestro entusiasmo en cuanto a invitar periodistas a nuestros Congresos.

El hecho más sobresaliente del Congreso fue sin duda la presencia de Putnam. Los miembros europeos conocían su noble lucha en Estados Unidos y la alta estima que le tenía Freud. Su apoyo compensaba a éste, en parte, la amargura de verse ignorado en Viena. Su distinguida y modesta personalidad impresionó hondamente a todos. Lo mismo le ocurrió a él respecto a los otros. En el curso de sus numerosas conversaciones con Freud felicitó a éste por la calidad de sus partidarios. Freud replicó en forma escueta: «Han aprendido a tolerar una parte de la realidad.» Putnam abrió el Congreso con un trabajo sobre «La importancia de la filosofía para el desarrollo futuro del psicoanálisis», que dio lugar más tarde a cierta discusión en el *Zentralblatt*. Su ardiente alegato en favor de la introducción de la filosofía —si bien solamente de la filosofía hegeliana, que él profesaba— en el psicoanálisis no encontró mucho éxito. La mayor parte de nosotros no veíamos la necesidad de adoptar un determinado sistema. Freud se mostró, por supuesto, muy cortés al respecto, pero más tarde me manifestó: «La filosofía de Putnam me hace pensar en un decorativo centro de mesa. Todos lo admiran, pero nadie lo toca.»

Freud inició las actividades del segundo día con un artículo que presentó modestamente como un suplemento al famoso caso Schreber. Tuvo la importancia histórica de haberle dado ocasión por primera vez de ocuparse de la tendencia de la humanidad

a crear mitos. También se refirió por primera vez al totemismo e hizo la afirmación de que el inconsciente no sólo contiene material de la infancia sino también vestigios del hombre primitivo.

Freud y Jung se encontraban todavía en los mejores términos. Recuerdo que alguien se atrevió a decir que los chistes de Jung eran bastante vulgares, a lo que Freud replicó en forma tajante: «Es una vulgaridad saludable.»

Durante nuestra estancia en Weimar, Sachs y yo aprovechamos la oportunidad de visitar a la hermana y biógrafa de Nietzsche, Frau Elisabeth Nietzsche de Förster. Sachs le habló del Congreso y se refirió a la semejanza entre algunas ideas de Freud y las de su famoso hermano [1].

En su informe administrativo al Congreso nos hizo saber Jung que la Asociación Internacional contaba ahora con ciento seis miembros.

En Estados Unidos no era poco lo que se estaba haciendo. Freud me había estado insistiendo en la necesidad de crear una rama norteamericana de la Asociación Internacional, de modo que me ocupé del asunto con Brill y con Putnam. Este último aceptó ocupar la presidencia si yo iba a ser el Secretario. Mi plan era que el nuevo organismo incluyera a los analistas de todo el país y que las Sociedades locales que se formaron posteriormente, con el propósito de realizar reuniones más frecuentes, se transformaran en ramas de la Asociación matriz. Pero este plan tardó más de veinte años en ser finalmente aceptado, a causa de que Brill, a despecho de la presión

1. Entre los miembros del Congreso de este año estaba Lou Andreas-Salomé, la gran amiga de Nietzsche, y más tarde, gran amiga de Freud. Ver página 185 (Eds.).

ejercida por Freud, estaba ansioso de conseguir para la Sociedad que se proponía fundar en Nueva York el prestigio de ser una rama directa de la Asociación Internacional. Tal vez no le agradaba la idea de que «su» Sociedad fuera de algún modo subordinada a la «mía». Nuestra divergencia se planteó en el más amistoso de los tonos. Brill creó la Sociedad de Nueva York el 12 de febrero de 1921, con veinte miembros, e inmediatamente esta entidad se acogió a las leyes estatales. Él ocupó el cargo de Presidente, B. Onuf fue designado vicepresidente y H. W. Frink, secretario. C. P. Oberdorf fue el último sobreviviente de los miembros fundadores que continuaron actuando en el psicoanális.

Poco después envié circulares a los analistas que residían fuera de Nueva York y el 9 de mayo de 1911 se realizó en Baltimore la primera Asociación Psicoanalítica Americana.

Asistieron ocho personas: Trigant Burrow, de Baltimore, Ralph Hamill, de Chicago, J. T. Mac Curdy, de Baltimore, Adolf Meyer, de Baltimore, J. J. Putnam, de Boston, G. L. Taneyhill, de Baltimore, G. A. Young, de Omaha y yo, que me hallaba entonces en Toronto. La mitad de los miembros procedía de Baltimore. ¡Éste fue el modesto comienzo de la actualmente tan poderosa organización! Pero en nuestra segunda reunión, el año siguiente, ya se contaban veinticuatro miembros y había una serie de solicitudes pendientes. Ambas Sociedades fueron oficialmente incorporadas por el Congreso de Weimar de setiembre de 1911.

De Inglaterra seguían llegando pocas noticias. A comienzos del año Freud había sido designado Miembro Honorario de la *Society for Psychical Re-*

search[1] y un año después envió un artículo sumamente conciso para un número especial dedicado a la psicología médica. Cuando le hice conocer mi intención de regresar de Canadá a Inglaterra, me escribió: «Usted conquistó América, por decir así, en sólo dos años y no me siento nada seguro respecto al curso que tomarán las cosas cuando usted se vaya. Pero estoy contento de que vuelva a Inglaterra, ya que confío que usted hará lo mismo por su patria, que, dicho sea de paso, se ha hecho terreno más fértil desde la época en que usted se fue. He tenido que rechazar no menos de tres ofrecimientos, de parte de traductores ingleses, de hacer la versión de la *Interpretación de los sueños*, esperando como usted sabe, que pronto la ha de hacer Brill. Tuve que contestar cartas provenientes de ciudades como Bradford y hubo un médico, por lo menos, Osler[2], que me envió un paciente, el cual se encuentra todavía en tratamiento con Federn. Su tarea puede resultar, por lo tanto, menos dura de lo que usted parece creer. Por otra parte *Brain*, la famosa revista de neurología dedicó un número especial al tema de la histeria, en el que apareció un magistral ensayo de Bernard Hart sobre *El concepto de la histeria en Freud*, con una lista bibliográfica compuesta de doscientas ochenta y una referencias a la literatura psicoanalítica. Más tarde M. D. Eder leyó un trabajo en la Sección Neurológica de la «British Medical Association» el 28 de julio de 1911. Se trataba del primer relato que se publicaba en Inglaterra sobre el análisis de un paciente, pero de ningún modo del primer tratamiento realizado en dicho país. El audi-

1. Freud llamó a esto "el primer signo de interés de la vieja y querida Inglaterra".
2. Sir William Osler, a la sazón profesor de Medicina de Oxford.

torio estaba formado por ocho personas, que abandonaron la sala cuando Eder llegó a la etiología sexual.

En la primavera de ese mismo año, Freud decidió, con Rank y Sachs, la publicación de una nueva revista, que estaría dedicada a las aplicaciones médicas del psicoanálisis. Era éste un aspecto de su labor que le atraía especialmente y la razón por la cual se le ocurrió este proyecto precisamente entonces era que ya estaba en ese momento enteramente procupado con el estudio de la religión, del que surgirían los ensayos sobre el totemismo del año siguiente. Me dijo entonces que la nueva revista se llamaría *Eros-Psyche*, nombre que había sido sugerido, como supe más tarde, por Stekel. Esta denominación fue reemplazada más tarde por la de *Imago*, propuesta por Sachs y tomada de la profunda novela de Spitteler que llevaba ese nombre. Freud encontró gran dificultad en dar con un editor para esta novedosa empresa, y la idea fue rechazada por los cuatro primeros a quienes se dirigió: Bergmann, Deuticke, Barth y Urban y Schwarzenberg. Finalmente convenció a su amigo Heller para que se hiciera cargo de editarla. Fue un éxito completo y el primer número apareció en enero de 1912.

La escisión con Adler fue cosa definitiva ya en 1911. Faltaba todavía Stekel, de quien se vio obligado a separarse a fines de 1912. En este año comenzaron a enfriarse también sus relaciones con Jung, de quien no se separó sino al cabo de dos años más, por cierto penosos.

En esa época, en que los preparativos para un Congreso eran relativamente sencillos, se tuvo la idea de hacer uno cada año. La razón por la cual no

se realizó ninguno, fue que Jung se había propuesto dar una serie de conferencias en Nueva York hacia el fin del verano y se consideraba enteramente imposible la idea de un Congreso sin la asistencia del presidente. Esto da la medida de la importancia personal de Jung en esa época.

Smith Ely Jelliffe había conseguido que la Fordham University, una institución jesuítica, invitara a Jung a dar una serie de ocho conferencias en setiembre. Tratábase de una invitación que yo había rechazado considerando que era una tribuna nada adecuada para ocuparse de psicoanálisis. Freud no se sentía muy satisfecho con esto y además tenía evidentes dudas sobre si era oportuno el viaje de Jung a Nueva York en esa ocasión. Fue éste efectivamente el momento en que comenzaron a cambiar las relaciones entre los dos. Cuando me encontré con Freud en el mes de junio le pregunté por qué no había dispuesto presidir él mismo el Congreso. Me contestó que no había pensado en esa idea y que de todos modos le correspondía al propio Jung hacer tal sugerencia.

Freud consideraba el año 1912 como uno de los más productivos. Esto era a causa de su gran obra *Totem y Tabú*. *Imago*, la nueva revista, había comenzado a publicarse en enero y antes de finalizar el año Freud inició la publicación de otra más, el *Zeitschrift*. Fue en conjunto, un año de ansiedad y desdicha, durante el cual además estuvo bastante enfermo. No es difícil suponer que hayan existido oscuras relaciones entre todas estas cosas.

Al enviar a Abraham un saludo de Año Nuevo, le decía además: «En cuanto a mí, no es mucho lo que espero. Tenemos por delante una época sombría. El reconocimiento no florecerá sino para la próxima

generación. Pero nos corresponde a nosotros la alegría incomparable del primer descubrimiento».

A comienzos de año le llegaron noticias de Jung acerca de una tormentosa agitación en los periódicos de Zurich. El psicoanálisis era violentamente atacado. El *Pfarrer* Pfister fue llamado a dar cuenta, a sus superiores y parecía probable que se le despojara de su ministerio, cosa que afortunadamente no ocurrió. Riklin informó a Freud que la campaña había tenido un efecto desastroso en los consultorios de los psicoanalistas, incluso el de Jung, y le rogaba que les enviara algunos pacientes. Freud creyó siempre que esta campaña adversa fue una de las razones del cambio que poco después se produjo en sus partidarios de Suiza. A los suizos les resultaba siempre difícil el verse colocados en posición adversa a sus compatriotas.

Cuando Freud volvió de sus vacaciones veraniegas de 1912, en las que había visitado nuevamente Roma, un intenso trabajo le esperaba al regreso. La lista de los pacientes que lo aguardaban era extensa. El auditorio de sus conferencias había alcanzado a cincuenta o sesenta personas. Las dificultades con Stekel llegaron a su culminación en noviembre.

El desaliento que le causaban las desavenencias con Stekel y Jung en esa época no impedían que los estados de ánimo de Freud fueran muy fluctuantes. Es así que escribía en octubre: «Me siento en un excelente estado de ánimo y le envidio las cosas hermosas que usted está viendo y especialmente lo que le espera en Roma». Pero un par de semanas más tarde se hace manifiesto todo lo contrario en exaltado saludo al primer libro de psicoanálisis en inglés, *Papers on Psycho-Analysis*. Era la cosa más natural del mundo que yo le dedicara el libro. Sin em-

bargo no sólo se vio impulsado a expresarme su agradecimiento telegráficamente sino que me escribió lo siguiente: «Me he sentido tan profundamente emocionado por su última carta, en la que me anuncia la dedicatoria de su libro que he resuelto no esperar hasta su aparición material para reaccionar a ello con una carta que la expresa mi orgullo y mi amistad». La vida no abundaba para él, en esa época, en momentos brillantes y la pérdida de los otros colegas le hizo valorar indudablemente mucho más el contacto con los que quedaban.

Freud publicó en 1912 una serie de trabajos breves, pero habían dos temas que dominaban su pensamiento en ese año: la exposición de su técnica y la psicología de la religión. Se puede percibir una relación entre estos dos temas aparentemente dispares. Los dos tenían que ver con la creciente disensión planteada por la escuela suiza. Freud creía que esta divergencia, así como las de Adler y Stekel, se debían en gran parte a un conocimiento imperfecto de la técnica del psicoanálisis y que por lo tanto era su deber exponer esta última en una forma más completa de como lo había hecho hasta entonces. En cuanto a la resurrección de su interés por la religión, se relacionaba en gran parte con la extrema incursión de Jung en los terrenos de la mitología y el misticismo. Las conclusiones de sus respectivos estudios fueron bien opuestas: Freud se sentía más firme que nunca en sus convicciones acerca de la importancia de los impulsos incestuosos y del complejo de Edipo, mientras que Jung tendía, cada vez más, a considerar que todo esto no tenía el sentido literal que parecía encerrar sino que simbolizaba tendencias más esotéricas de la psique.

El acontecimiento más importante en la vida de

Freud en 1913 fue la ruptura final con Jung, que se produjo en setiembre, en el Congreso de Munich. Ya no volvió a encontrarse nunca más con él, si bien continuaron manteniendo ciertas relaciones formales hasta el año siguiente. El año 1913 fue, tomado en conjunto, un año colmado de ansiedad y desdicha. En la descripción que de ello hace Freud en el mes de octubre todo esto aparece atenuado hasta cierto punto: «Difícilmente puedo recordar una época tan plena de mezquinos agravios y de hechos enojosos como ésta. Es algo así como una violenta lluvia que lo pone a uno en situación de esperar a ver quién resistirá más, uno mismo o el genio maligno que alimenta el mal tiempo». Este mismo mes, dirigiéndose a Pfister, se refirió a sí mismo como un «alegre pesimista».

A mediados de enero supimos de un pánico que se había producido en Boston. La policía de esta ciudad, sin duda hostigada por alguien, había amenazado a Morton Prince con enjuiciarlo por las «obscenidades» que estaba publicando en su *Journal of Abnormal Psychology*. Como se ve, su generosidad con los psicoanalistas fue mal recompensada y esto justificaba hasta cierto punto sus recelos, que Freud había tomado erróneamente por «gazmoñería puritana». Pero Prince, que había ocupado, no hacía mucho, el cargo de Intendente de la ciudad, sabía cómo parar tormentas como ésta sin necesidad de comparecer ante los tribunales.

En ese mes, el 14 de enero, se registró un acontecimiento importante en el hogar de Freud. Era el casamiento de su segunda hija, Sophie, con Max Halberstadt, un yerno que fue tan grato como lo había sido el primero.

Durante los seis primeros meses del año se en-

tregó por entero a la redacción de *Totem y Tabú*. Esta obra fundamental la elaboró Freud en una de esas épocas que se sucedían cada siete años, acompañadas de sus máximos períodos de actividad creadora, y él mismo la clasificó en cierta ocasión como la mejor de las que jamás había escrito.

En los dos años anteriores Jung había estado ahondando profundamente en el campo de la literatura, de la mitología y de la religión comparativa, y los dos habían mantenido conversaciones sobre el particular. Freud empezaba ya a sentirse descontento con el rumbo de las investigaciones de Jung. Jung estaba sacando de este campo ajeno conclusiones infundadas, aplicándolas a la interpretación de los datos clínicos, mientras que el método de Freud consistía en ver hasta qué punto las conclusiones de que había partido, derivadas de su experiencia analítica personal, podían desvelar los problemas más recónditos de la primitiva historia del hombre. Ya con ocasión de la fobia a los caballos del pequeño Hans se había percatado Freud del significado inconsciente de los animales y de la equiparación totemística entre ellos y la idea de un padre. Abraham y Ferenczi también habían informado sobre casos similares, aun cuando el totem de los neuróticos consistía en un objeto inanimado, como un árbol. Luego apareció, en el año 1910, la voluminosa obra en cuatro tomos de Frazer sobre *Totemism and Exogamy*, que proporcionó a Freud abundante materia de reflexión.

Tras regresar a Viena después del Congreso de Weimar celebrado el mes de setiembre de 1911, Freud se sumergió en el vasto material que había de manejar antes de que pudiera desarrollar sus ideas acerca de las semejanzas existentes entre las

creencias y costumbres primitivas y las fantasías inconscientes de sus pacientes neuróticos. Evidentemente, estaba iniciando uno de sus grandes períodos creadores.

Algunas semanas después se desahogaba con las siguientes reflexiones: «La tarea de *Totem* supone un trabajo bestial. Leo gruesos libros sin sentir realmente interés por ellos, puesto que ya sé los resultados; mi instinto me lo dice. Pero tienen que venir por sus pasos contados y a través de todo el material sobre el tema. Mientras así procedo, la propia percepción se torna nebulosa; son muchas la cosas que no encajan, pero no deben forzarse. El caso es que no todas las noches tengo tiempo; de forma que así van las cosas. Con todo este asunto siento como si tratando tan sólo de comenzar un flirteo, descubriese luego que había de tomar otra esposa para el resto de mi vida».

Los dos meses siguientes brindaron pasajes de excepcional interés para el historiador del carácter y la personalidad de Freud. Durante la redacción misma, todo marchaba bien: «Actualmente, escribo el *Totem* con la sensación de que es mi obra más importante, la mejor, quizá mi última gran obra. Mi seguridad interior me dice que voy acertado. Desgraciadamente cuento con muy poco tiempo para el trabajo, por lo que continuamente tengo que esforzarme en sujetar una y otra vez el genio, y esto perjudica al estilo». Unos cuantos días más tarde: «Estoy trabajando en la última sección del *Totem*, que aparece en el momento mismo en que se abre el abismo[1] a pasos agigantados... No he escrito nada con tanta convicción desde *La interpretación de los sueños*, así que puedo adivinar la suerte del ensayo».

1. Entre él y Jung.

Cuando apareció, su acogida no difirió mucho de la del otro libro. Explicó a Abraham que el ensayo saldría antes del congreso (de Munich), y «servía para trazar una neta división entre nosotros y toda la religiosidad aria. En efecto, será su consecuencia». El mismo día, 13 de mayo de 1913, después de acabado el libro, escribió también a Ferenczi: «Desde *La interpretación de los sueños* no he trabajado en nada con tanta seguridad y alegría. Pero la acogida será la misma: una tormenta de indignación, salvo entre aquellos que me rodean. En cuanto a la disputa de Zurich, llega en el mejor momento para disgregarnos, como un ácido corroe una sal.»

Quince días más tarde, sin embargo, el tono había cambiado por completo. Como muy a menudo sucede tras un gran éxito, al júbilo sustituyó la duda y el miedo. Con este cambio se suavizó asimismo la belicosa actitud de Freud. «Jung está chiflado, pero yo no quiero una escisión, preferiría que nos dejara por su propia voluntad. Quizá mi *Totem* acelere la ruptura aun en contra de mi deseo».

Ferenczi y yo leímos juntos las pruebas en Budapest, y escribimos a Freud haciendo un gran elogio. Sugerimos que había conservado en su imaginación las experiencias que describía en su libro, que su júbilo representaba la emoción de matar y comer al padre, y que sus dudas constituían sólo la reacción. Cuando en una visita a Viena le vi unos días más tarde, y le pregunté cuál era la razón de que el hombre que había escrito *La interpretación de los sueños* pudiera tener ahora esas dudas, me contestó muy juiciosamente: «Entonces exponía el deseo de matar al propio padre, y ahora he descrito la muerte efectiva; después de todo hay una gran distancia entre un deseo y una acción».

La primera sección de *Totem y Tabú*, sobre el «El horror al incesto», se refiere a las extraordinariamente diversificadas precauciones que toman las tribus primitivas para evitar las más remotas posibilidades de incesto, o incluso una relación que ni por asomo pudiera parecérsele. Es evidente que se muestran mucho más sensibles al respecto que cualquier pueblo civilizado, castigándose a menudo la infracción del tabú con la muerte inmediata. Freud infería que la consiguiente tentación debía ser mayor entre ellos, pues no podían confiar, como nosotros lo hacemos, en represiones perfectamente organizadas. En ese sentido, podía comparárselos con los neuróticos que acostumbran a desarrollar fobias complicadas y otros síntomas, que sirvan a idénticos fines que los primitivos tabús.

La segunda sección, cuatro veces más larga que la primera, lleva por título «El tabú y la ambivalencia de los sentimientos». Freud pasaba aquí revista al ancho campo de tabús en su casi infinita variedad. Para el creyente no existe ninguna razón o explicación más allá del tabú. Es independiente y las consecuencias fatales de su ultraje son igualmente espontáneas. Su más parecido ejemplo en los tiempos modernos es la conciencia, a la que Freud define como aquella parte de uno mismo que se conoce con la certeza más incontrovertible.

La persona o cosa sobre las que pesa un tabú están dotadas de poderes prodigiosos tanto para el bien como para el mal. Cualquiera que los toque, incluso accidentalmente, queda similarmente dotado: por ejemplo, al comer una porción de alimento el jefe ha sido revocado, aun cuando el consumidor ignore su fundamento. Pero meses de complicados procedimientos, la mayoría consistentes en va-

rias privaciones, pueden sin embargo purificarle. En un tabú la prohibición esencial consiste en el contacto, y Freud lo compara al *délire de toucher* de los neuróticos obsesivos, que es igualmente temido por la razón de que se siga de ello alguna desgracia terrible.

Freud trazó un estrecho paralelismo entre lo que podría denominarse la sintomatología de los tabús primitivos y la de los neuróticos obsesivos. En los dos casos existe, 1) una ausencia completa de motivación consciente, 2) la aparición imperiosa a partir de una necesidad interior, 3) la facultad de ser separado y de contagiar a otras personas y 4) la exigencia de actos de ceremonial encaminados a contrarrestar el daño tenido. Puesto que aquéllos consisten en privaciones, Freud deducía que los propios tabús significaban originalmente una renuncia de algo que constituía una tentación, pero que por alguna razón importante llegaba a ser prohibido. Cuando una persona transgredía un tabú, se convertía en tabú, a menos que despertara los deseos prohibidos en sus semejantes. Sin embargo Freud señalaba una importante distinción entre los impulsos inconscientes que se hallan reprimidos en los dos campos: en el caso de los neuróticos, aquéllos son de naturaleza típicamente sexual; en los tabús primitivos se refieren a varios impulsos antisociales, principalmente el de agresión y muerte. «Por una parte las neurosis despliegan curiosas y enormes semejanzas con las grandes producciones sociales del arte, religión y filosofía, pero por otra, presentan la apariencia de caricaturas de los mismos. Cabe aventurar la afirmación de que la histeria es una caricatura de una creación artística; la neurosis obsesiva, una caricatura

de la religión; y las quimeras paranoicas, la caricatura de un sistema filosófico».

El tercer ensayo trataba sobre «Animismo, magia, y la omnipotencia de las ideas». Frazer ha descrito el proceso de la magia como el de «los hombres que confunden el orden de sus ideas con el orden de la naturaleza, imaginando de aquí que el dominio que poseen, o creen poseer, sobre sus pensamientos les permite ejercer el correspondiente dominio sobre las cosas.» Sin embargo, Freud deseaba penetrar más allá de esta descripción estática, que correspondía a a psicología asociativa del siglo diecinueve, y descubrir algo de los factores dinámicos que operan. Veía la base de la magia en la exagerada confianza del hombre en el poder de sus pensamientos, o, más exactamente, sus deseos, y ponía en relación esta actitud primitiva con la «omnipotencia de las ideas» que podía descubrirse en las fantasías neuróticas, y en la vida mental de los niños pequeños.

La cuarta sección, que es con mucho la más importante de todas, fue titulada «El retorno infantil al totemismo», y era la única alrededor de la cual giraba todo el libro.

Con toda probabilidad, los totem eran en su origen animales, aunque posteriormente podían haber representado también las plantas el papel de aquéllos. Para el clan que derivaba su descendencia de una especie particular (conforme a la línea materna), estaba rigurosamente prohibido matar a esa especie de animal. Por el contrario, había que cuidarlo, y él protegía a su vez a su clan. McClellan, que fue el primero que describió esta religión primitiva en 1865, consideró que estaba vinculada con la exogamia, la práctica que prohibió toda relación sexual entre los miembros del mismo clan, o lo que es lo

mismo, entre aquellos que compartían el mismo totem y el mismo nombre totémico.

A continuación discutía Freud las numerosas interpretaciones del totemismo que se habían ofrecido hasta entonces, la mayor parte de las cuales son obviamente muy artificiosas. Tenía la ventaja de conocer bien la actitud de los niños pequeños para con los animales, su capacidad para identificarse íntimamente con ellos, y la frecuencia con la que escogían una especie a la que temían con exageración. El psicoanálisis descubrió regularmente que el animal temido era un símbolo inconsciente del padre, a quien se amaba y odiaba a un mismo tiempo. El «ancestro» totemístico de los clanes de los pueblos primitivos debió tener el mismo significado, y desde este punto de vista, son fácilmente comprensibles los diversos rasgos de tabú, ambivalencia de sentimiento, y así sucesivamente.

En cuanto a la exogamia, que no es sino una complicada garantía contra la posibilidad de cometer incesto, Frazer ha proporcionado razones abrumadoras para suponer que las poblaciones primitivas sienten una acusada tendencia hacia el incesto mucho mayor que la de los pueblos civilizados. Desde luego, ignoraba por completo su importancia para los niños pequeños, pero fue fácil para Freud captar la conexión entre totemismo y exogamia, que representaban las dos vertientes del conocido complejo de Edipo, la atracción hacia la madre y los deseos de muerte contra el padre rival.

Luego se plantea la delicada cuestión del origen histórico de esas grandes y primordiales instituciones de las que toda religión posterior parece haber derivado luego de su depuración y evolución. Aquí vino en apoyo de Freud la sugerencia de Darwin

de que la humanidad primitiva debía haberse parecido a los monos superiores que vivían en pequeñas hordas que incluían un macho fuerte y varias hembras. Atkinson imaginó que este estado de cosas llevaría inevitablemente, como entre tantos de los grandes animales, a la obsesiva prohibición al incesto del macho impuesta a sus jóvenes rivales. La especial contribución de Freud en esta cuestión fue la de suponer que periódicamente los hijos crecidos se asociaban en pandillas, mataban y devoraban al padre. Esto promueve la cuestión de la suerte del «clan hermano», que quedaba abandonado. Freud postulaba sentimientos ambivalentes hacia el padre muerto, estimulados también por las dificultades que surgían de las disputas y rivalidades entre los hermanos. Esto conduciría al remordimiento y a una obediencia atrasada a su voluntad respecto a sus mujeres, es decir, a una barrera contra el incesto.

Llegado a este punto, Freud introdujo la aportación de los importantes escritos de Robertson Smith sobre el tema del sacrificio y los festivales del sacrificio. En estas fiestas se mata y come al totem en una ceremonia, repitiendo por tanto la acción original. A ello siguen lamentaciones y luego un regocijo triunfal y excesos salvajes. De esta forma se mantiene la comunidad permanente de la sociedad, entre ellos mismos y con su antecesor, cuyas virtudes acaban de incorporar.

Con el transcurso de miles de años el totem se convertía en un dios, y surgía la complicada trama de las distintas religiones. Freud no prosiguió el tema en esta dirección, sino que expresó algunas reflexiones interesantes sobre las más tempranas formas de tragedia griega, en donde el héroe, a pesar de las advertencias del coro, prosigue una senda pro-

hibida y halla su merecida condena. Freud apuntaba que esto era una inversión —que él denominaba hipócrita— del significado originario en donde los hermanos, representados aquí por el coro, eran los transgresores, y el héroe simplemente una víctima.

Hay una célebre frase al final en donde Freud habla de «los orígenes de la religión, la moralidad, la vida social y el arte confluyendo en el complejo de Edipo». Para concluir discutía entonces la cuestión de si la evolución social que él había postulado no podía explicarse por reacciones de culpa contra los *deseos* hostiles del hijo solitario, lo que sabemos que suele ocurrir en el desarrollo individual. Era ésta una lección que había aprendido años antes y a un precio amargo a través de su experiencia personal. Por otro lado, existen buenas razones para creer que para un niño un deseo es lo mismo que una acción, antes de que desarrolle los poderes de autodominio y el conocimiento de la realidad; pues en verdad no existe una pausa intermedia para la reflexión. Freud consideró probable que lo mismo debía haber sido cierto respecto al hombre primitivo, quien todavía contaba con tan escaso dominio de sí. Por tanto, concluía, «en el principio era la acción».

Freud acertó en su predicción de que el libro sería mal recibido. Fuera de los círculos analíticos fue considerado como una fantasía personal más de Freud, acogida con un total escepticismo.

En la primera semana de agosto, en el Congreso Internacional de Medicina, hubo un duelo entre Janet y yo, que puso fin a las pretensiones de aquél: Janet sostenía haber sido el creador del psicoanálisis, y que Freud no hizo más que estropearlo posteriormente. He aquí la respuesta de Freud a esta noticia.

Marienbad, 10 de agosto de 1913

Mi querido Jones:

No puedo expresarle la satisfacción que me causa su información sobre el Congreso y la derrota que infligió usted a Janet en presencia de sus compatriotas ingleses. El interés por el psicoanálisis y por usted son en Inglaterra la misma cosa y ahora confío en que usted «*schmieden das Eisen solange es warm ist*».[1]

Lo que nosotros queremos es juego limpio y por lo visto esto se consigue más fácilmente en Inglaterra que en ninguna otra parte.

Brill no vendrá. Me escribe que su familia, la mujer y la hija, quieren tenerlo este año con ellas. Ha sido designado Jefe de Clínica Psiquiátrica en la Universidad de Columbia, de modo que ya está afincado y finalmente es independiente.

Estoy por dejar Marienbad para dirigirme a S. Martino di Castrozza, Hotel des Alpes. Hemos tenido mal tiempo aquí, muy frío y húmedo. Apenas puedo escribir, a causa del reumatismo en el brazo derecho. Quizá tengamos más heladas en las montañas.

Siga dándome buenas noticias durante estas cuatro semanas. Usted me hace sentir fuerte y lleno de esperanzas.

Sinceramente suyo,

FREUD

S. Martino di Castrozza, adonde Freud llegó el 11 de agosto, está a una altura aproximada de 1.700 metros, en el corazón de los Dolomitas, en el extremo del Valle Primiero. Ferenczi se unió a la familia Freud el 15 de agosto —también Abraham estuvo allí unos días— y viajó con Freud al Congreso de Mu-

1. Batirá el hierro cuando esté caliente.

nich. Llegaron a Bayerischer Hof el 5 de septiembre por la noche.

Ferenczi y yo mantuvimos ese verano numerosas conversaciones con Freud acerca de cuál sería la manera más conveniente de afrontar la situación creada por Jung al apartarse de los principios básicos del psicoanálisis. Entre él y Freud ya no existían sentimientos amistosos, pero el asunto iba mucho más allá de toda cuestión personal. Freud se mantenía constantemente optimista en cuanto a la posibilidad de conservar por lo menos cierta cooperación formal y ambos —él y Jung— deseaban evitar todo lo que pudiera aparecer como una querella. Llegamos así al Congreso, que debía realizarse el 7 de setiembre, con ese estado de ánimo y con la esperanza de que no habría de producirse una ruptura formal.

Freud no estaba nada dispuesto a presentar un trabajo al Congreso y Abraham tuvo que emplear toda su capacidad de persuasión para inducirlo a hacerlo. Fue así como presentó *La predisposición a la neurosis obsesiva*, un trabajo importante en el que dejó establecido que la fase sádico-anal es un período pregenital corriente en el desarrollo de la libido.

Mi trabajo fue el único en que se hacía una crítica directa a las opiniones de Jung, de modo que lo sometí previamente a la consideración de Freud. Le escribí al mismo tiempo: «Los párrafos que se refieren directamente a Jung no me satisfacen. Cuando yo digo que no puedo entender por qué continúa analizando fantasías de naturaleza enteramente secundarias y no causables, él podría replicarme: «porque la libido y la energía necesarias para la realización de la *Aufgabe* han quedado ancladas allí y tienen que ser liberadas mediante el análisis. No es

fácil replicar a esto sin salirse del terreno de la terapéutica, para enfrentarse con otras partes de su teoría», he aquí la respuesta de Freud.

Agosto 29 de 1913

Mi querido Jones:

Su trabajo es excelente, sumamente claro, inteligente y justo. Siento alguna resistencia a escribirle en inglés después de leer su alemán. Usted tendría que aprender también la escritura gótica.

Usted tiene razón al decir que hay cierta parquedad en las observaciones que hace con motivo de un punto importante que usted critica a Jung. También podría agregar que hay un especial interés en abstenerse de afirmaciones decisivas con respecto a los casos de neurosis obsesiva, en los que el paciente se mantiene a la espera de renovar con los preceptos que le llegan de afuera el juego antes realizado con los que provenían de dentro de él mismo. En cuanto a la cuestión de la importancia de las fantasías inconscientes no veo por qué tendremos que someternos al arbitrario juicio de Jung en lugar de consultar la necesaria decisión del paciente al respecto. Si éste valora tales creaciones como sus más preciados secretos (productos de sus «sueños diurnos») tenemos que aceptar esta actitud y asignarles un papel de los más importantes en el tratamiento. Y ello dejando de lado la cuestión de si esta importancia es de carácter etiológico: esto está fuera de lugar aquí, es más bien pragmática.

Sus observaciones sobre la estima de que goza el psicoanálisis en Inglaterra desde tiempos atrás, me han hecho reír de todo corazón; usted tiene mucha razón.[1]

Dentro de pocos días tendré el placer de conversar

1. Yo le había escrito: "Las alusiones al psicoanálisis en revistas populares son por lo común sumamente favorables, con ese respeto que se tiene por las cosas distantes que muy probablemente se transforma en otra cosa cuando hay que enfrentarlas más de cerca."

con usted sobre otros temas. No se olvide: es el Bayerischer Hof.

He recibido un buen trabajo sobre psicoanálisis de un tal Becker of Milwaukee. Los primeros trabajos de los que se nos acercan parecen ser siempre muy buenos. Esperemos a que el tiempo nos diga lo que será capaz de escribir este hombre más adelante.

Au revoir, suyo,

FREUD

Asistieron al Congreso ochenta y siete personas, entre miembros e invitados. El nivel científico de los aportes fue mediocre, si bien hubo dos interesantes trabajos de Abraham y Ferenczi. Un trabajo leído por uno de los suizos, lleno de estadísticas, era tan aburrido que Freud me hizo esta observación: «Se han hecho contra el psicoanálisis toda clase de críticas, pero ésta es la primera vez que se podría decir que es tedioso.» Jung dirigía las sesiones en forma tal que se sentía la necesidad de protestar de algún modo. Cuando se volvió a proponer su nombre para la presidencia, Abraham sugirió que los que se oponían a su designación se abstuvieran de votar, de modo que fue reelegido, y aceptó el cargo, por cincuenta y dos votos contra veintidós. Observando que yo era uno de los disidentes, vino hacia mí, y con una agria mirada, me dijo: «Yo creí que usted era cristiano» (es decir, no judío). Tenía la apariencia de una observación sin mayor importancia, pero presumiblemente encerraba cierto significado.

Freud demostró cierta ansiedad acerca de la actitud que tomaría Putnam en la disensión con Jung. Le envié una larga carta que acababa de recibir de Putnam y su comentario fue el que aquí transcribo. «La carta de Putnam resultó muy divertida. Sin embargo no dejó de temer que si se aparta de Jung a

causa del misticismo y la negación del incesto, podrá abandonarnos a nosotros, en cambio, por nuestra defensa de la libertad sexual. La pregunta escrita con lápiz, de segunda intención, hace pensar bastante en ese sentido. Me pregunto qué es lo que usted le contestará. Espero que usted no le negará que nuestras simpatías están por la libertad individual y que a nuestro juicio no representa ningún progreso el rigor de la castidad norteamericana. Pero usted podría recordarle que en nuestro tipo de tratamiento no desempeña un papel prominente el consejo y que nos sentimos contentos de dejar que cada uno resuelva los problemas delicados de acuerdo con su propia consciencia y bajo su responsabilidad personal». Es bien sabido que Putnam siguió siendo un partidario leal y convencido hasta el fin de su vida, de modo que la aprensión de Freud no resultó justificada.

Dos nuevos grupos, entretanto, fueron creados y aceptados como filiales de la Asociación Internacional. El primero de ellos era el de Budapest, fundado el 19 de mayo de 1913. Sus autoridades eran: Presidente, Ferenczi; vicepresidente, Hollos; Secretario, Rado, y tesorero, Levy. Yo presencié la segunda reunión y Ferenczi me dijo entonces, en su habitual estilo jocoso, que el miembro restante, Ignotus, hacía el papel de público.

La otra Sociedad que se fundó fue la de Londres, el 13 de octubre de 1913. La presidencia estaba a mi cargo, el vicepresidente era Douglas Bryan y el secretario M. D. Eder. La componían nueve miembros, de los cuales, empero, sólo cuatro habían practicado el psicoanálisis (Bryan, Eder, Forsyth y yo). Una semana más tarde ingresó Bernard Hart, pero William McDougall y Havelock Ellis se negaron a hacerlo.

Inmediatamente después del Congreso Freud se dirigió a Roma y su cuñada, Mina Bernays alcanzó el tren en Bolonia. «Diecisiete deliciosos días» pasó allí, desde el día 10 hasta el 27, visitando sus viejos rincones y descubriendo otros nuevos, particularmente «las encantadoras Tombe Latine, que conocí por primera vez». Como ocurría siempre, recuperó inmediatamente el ánimo y la salud. Como Mina no soportaba gran cosa los afanes turísticos, Freud pudo realizar mucha tarea. Aparte de corregir las pruebas de su extenso ensayo para *Scientia,* corrigió un prólogo para el *Totem y Tabú,* escribió, ampliándolo, el trabajo que había presentado en Munich y, lo más importante de todo, compuso un borrador completo de su extenso trabajo sobre «Narcisismo». Mientras estaba en Roma recibió una carta de Maeder en la que le aseguraba su invariable veneración, para agregar luego, sin embargo, con referencia a sus propios cambios de opinión: «Como Lutero, aquí me mantengo. No puedo hacer otra cosa». Freud comentó escuetamente: «Esto es una frase digna para quien afronta un riesgo. Difícilmente para quien huye de un riesgo».

En Navidad Freud hizo una visita a su hija Sophie, en Hamburgo. Salió de Viena el 24 de diciembre por la noche, para volver el 29 por la mañana. Se detuvo en Berlín por seis o siete horas el día 25 y así tuvo tiempo de visitar a Abraham, Eitingon y a su hermana Marie. En esa época tenían lugar numerosas consultas, tanto personales como por correspondencia, con miembros del «Comité», acerca de la situación con Jung y Freud tenía la mente enteramente ocupada con un trabajo de carácter polémico que estaba escribiendo precisamente entonces: la *Historia del movimiento psicoanalítico.*

Las disensiones con Jung culminaron a fines de 1914, con la renuncia de éste a la dirección del *Jahrbuch*, a la presidencia de la Asociación Internacional y finalmente con el retiro definitivo de esa entidad. Todos estuvimos de acuerdo en que Abraham ejerciera provisionalmente la presidencia y que preparara el próximo Congreso. Primeramente se convino en que éste tendría lugar en Dresden el 4 de setiembre, fecha que luego tuvo que ser trasladada al 20 de ese mes, pero ya entonces la mayor parte de Europa se hallaba en guerra. Prácticamente todos los suizos se habían adherido a Jung, y Abraham tuvo incluso algunas sospechas sobre las intenciones del bueno de Pfister. Lo único que Freud pudo decir fue: «Ya he sido escarmentado en cuanto a contradecirle a usted en sus juicios sobre la gente [1].» Pero en este caso el equivocado resultó Abraham, ya que Pfister siguió siendo un firme partidario de Freud.

A comienzos de ese año Freud recibió la gran noticia de que su hija de Hamburgo le había obsequiado con un nieto, el primero de los seis que llegó a tener. Este nieto es ahora un psicoanalista.

En febrero tuvo Freud una verdadera sorpresa al leer en una copia impresa, la conferencia oficial del Rector de la Universidad de Leyden, pronunciada con motivo del 339 aniversario de esa institución. Se refería a la teoría freudiana de los sueños, a la que G. Jelgersma, de quien aquí se trata —profesor de Psiquiatría además—, prestaba su *apoyo*. «Después de 14 años, el primer reconocimiento, proveniente de una Universidad, de mi labor sobre los sueños». Esto fue seguido de una cortés invitación a Freud para dictar conferencias en esa Universidad

1. Se refería a la predicción que yo había hecho a Abraham acerca de Jung.

durante el otoño. Freud se sintió excitado y escribió: «¡Fíjese usted! Un psiquiatra oficial, el Rector de una Universidad, se traga el psicoanálisis, con cáscara y todo. ¿Qué otras sorpresas nos esperan aún?».

En mayo las cosas no marcharon tan bien. Su mal intestinal le ocasionaba tantas molestias que tuvo que someterse a un examen especial para descartar un cáncer del recto. Fue realizado por el doctor Walter Zweig, Docente de enfermedades del intestino. Freud hizo este comentario: «Me felicitó tan calurosamente que tuve que inferir que esperaba decididamente encontrar un cáncer. Bueno, por esta vez me escapé».

Ese mismo mes llegaron malas noticias de Norteamérica. Stanley Hall había proclamado su adhesión a Adler. Freud escribió: «por razones personales, este contratiempo me afectó más que los otros». Después de todo había sido Stanley Hall quien había demostrado, apenas hacía cuatro años, tanto entusiasmo por la obra de Freud y quien hizo tanto por darla a conocer al mundo. Freud se sentía evidentemente muy decepcionado y agregaba, en la misma carta: «Tengo suma necesidad de conversar algunas horas con usted». Unos seis años más tarde, no obstante, Stanley Hall pagó un gentil tributo a la obra de Freud, diciendo de éste que era «la mente más original y creadora de nuestra generación, en materia psicológica... Sus ideas tuvieron la virtud de atraer e inspirar no sólo en psiquiatría sino en muchos otros terrenos, a un conjunto de inteligencias brillantes, al que el mundo de la cultura es deudor de *aperçus* más nuevos y fecundos que los que pudieron haber provenido de cualquier otra fuente dentro del vasto dominio del humanismo».

IV

LOS ADVERSARIOS DEL PSICOANÁLISIS

Ahora daré alguna información sobre la tormentosa oposición que éste tuvo que soportar, especialmente en los años que precedieron a la Primera Guerra Mundial, pero en alguna medida por todo el resto de su vida.

Quien quiera describir actualmente el carácter y la extensión de esta posición se encontrará con dos grandes dificultades. La primera de ellas es que la mayor parte de sus manifestaciones difícilmente puedan llevarse a la publicidad: son simplemente impublicables. No por ello pudo ahorrarse Freud el escucharlas. Siempre había pacientes en una fase de transferencia negativa, para no hablar de «amigos bondadosos», que se encargaban de tenerlo bien informado. Pero después de todo, el ver que se le niega a uno el saludo en la calle y el encontrarse ignorado y desterrado en la propia ciudad son cosas que no pueden escapársele a uno...

El nombre de Freud se había transformado en un motivo de sensación —o más bien de notorie-

dad— para los psiquiatras y neurólogos alemanes y sus teorías estaban perturbando hondamente su tranquilidad intelectual. Día llegará en que algún estudioso de la historia de la ciencia podrá abrirse camino entre los torrentes de insultos y malentendidos que servían de válvula de escape a las emociones que fermentaban por doquier. Pero aún así se formaría una imagen bastante incompleta o imperfecta de la inmensa ira e indignación con que estos círculos intelectuales intentaban cubrir emociones más angustiosas que los agitaban, ya que sólo una pequeña parte del torrente fluía a través de las revistas científicas, adoptando para el caso una forma relativamente civilizada. Porque la mayor parte de las invectivas había que buscarlas en explosiones marginales a las reuniones científicas y aún más en las conversaciones privadas fuera de estas reuniones. Ferenczi señaló con toda razón que si los adversarios de Freud negaban sus teorías, sin duda no dejaban de soñar con ellas.

La segunda dificultad es que el motivo del oprobio general ha variado ámpliamente en el último medio siglo, y en parte ciertamente como resultado de la misma obra de Freud. Si ahora se dijera de una persona destacada que es «un obsesionado por el sexo», que tiene el hábito de querer descubrir los aspectos más bajos y repulsivos de la sexualidad en cualquier hecho o acto, por insignificante que sea, la mayor parte de la gente lo consideraría más bien como una actitud excéntrica, pero de todos modos trataría de juzgarlo en otros aspectos, ya que así y todo podría ser una persona agradable o tener el mérito de una obra valiosa. Y aún si alguno llegara a sugerir que esa persona incurre en diversas perversiones sexuales, difícilmente bastaría el solo rumor

para marginarlo socialmente como una criatura imposible, a quien no se puede dirigir la palabra ni admitir en una reunión de gente decente. No creo que se lo considerara esencialmente de mala índole y malvado, o enemigo de la sociedad.

Freud y sus partidarios eran considerados entonces no sólo como perversos sexuales, sino como psicópatas, ya sea obsesivos o paranoicos. Y la combinación de estas cosas tenía que representar un serio peligro para la comunidad. Las teorías de Freud eran consideradas como otras tantas incitaciones directas a abolir toda restricción, a volver a un estado primario de desenfreno y salvajismo. Lo que estaba en juego era nada menos que la civilización. Como ocurre en tales circunstancias, el pánico provocado condujo por sí mismo a la abolición de ese mismo autodominio que los opositores creían estar defendiendo. Sin más ni menos, se tiró por la borda todo lo que pudiera significar buenas maneras, tolerancia o incluso cierto sentido de decencia, y no hablemos ya de un deseo de discusión objetiva o de investigación.

En un Congreso de neurólogos y psiquíatras alemanes realizado en Hamburgo en 1910, el profesor Wilhelm Weygandt, un *Geheimer Medizinalrat*, expresó elocuentemente este estado de alarma cuando al mencionarse las teorías de Freud, y dando un fuerte golpe de puño sobre la mesa, gritó: «Éste no es un tema a discutirse en una reunión científica; es un asunto para la policía». Y cuando Ferenczi leyó un trabajo en la Sociedad Médica de Budapest se enteró de que la obra de Freud no era más que pornografía y que el lugar que correspondía a los psicoanalistas era la prisión.

Pero las censuras no se limitaban simplemente

a las palabras. En el Congreso Neurológico de Berlín de 1910 el profesor Oppenheim, famoso neurólogo y autor de los textos corrientes entonces en la materia, propuso que se estableciera un «boicot» a toda institución en que fueran toleradas las ideas de Freud. Esto encontró inmediato eco en el auditorio y todos los directores de sanatorios allí presentes se pusieron en pie para declarar su inocencia. Después de ello el profesor Raimann pensó que había que ir más lejos y manifestó que «el enemigo debía ser buscado en su guarida». Había que reunir y publicar todos los casos de tratamiento psicoanalítico aplicados sin éxito.

La primera víctima material de la campaña, por extraño que parezca, se registró en la lejana Australia, donde un clérigo presbiteriano, Donald Fraser, tuvo que abandonar su ministerio en virtud de su simpatía por la obra de Freud. Ese mismo año, 1908, me vi obligado a renunciar al puesto que ocupaba en Londres por interrogar a los pacientes sobre su vida sexual. Dos años más tarde el gobierno de Ontario prohibió que se siguiera publicando el *Asylum Bulletin*. Éste reproducía todos los trabajos escritos por el personal médico, y se consideró que los míos eran «impropios para la publicación incluso en una revista médica». Wulff, en 1909, fue destituido del cargo que ocupaba en una institución berlinesa. Schneider, su colega, fue menos afortunado y fue destituido de la dirección de un seminario en 1916. Ese mismo año fue negada la docencia a Sperber, el distinguido filólogo sueco, a causa de un ensayo que había escrito sobre el origen sexual del lenguaje. Sperber vio con ello malograda su carrera.

Freud era, por supuesto, el villano máximo que había desencadenado todo el mal, pero, acaso por razones personales, muchos de sus adversarios centraban sus ataques sobre otras personas. Friedländer, Hoche y Raimann dirigían sus baterías contra el mismo Freud. Abraham se las tenía que ver con Oppenheim y Ziehen, Jung con Aschaffenburg e Isserlin y Pfister con Förster y Jaspers, mientras que Vogt y yo teníamos nuestra lucha aparte. En Norteamérica le tocaba a Brill enfrentarse con los neurólogos neoyorquinos, Dercum, Allen Starr y Bernard Sachs. Putnam era hostigado por Joseph Collins y Boris Sidis.

En los primeros años del siglo, Freud y sus obras caían bajo la consigna del silencio o bien se les dedicaba una o dos frases de desdén, como cosa que no merecía seria atención.

Pero después de 1905, cuando aparecieron *Una teoría sexual* y el *Análisis de Dora*, esta situación cambió bien pronto y los críticos sustituyeron el silencio por una actitud más activa. Si sus ideas no morían por sí solas había que matarlas. Freud se sintió evidentemente aliviado con este cambio de táctica. Manifestó a uno de sus pacientes favoritos —que no era otro que «el hombre de los lobos»— que la oposición franca e incluso la injuria, eran cosa mucho más preferible que el ser ignorado. «Era una confesión de que tenían que vérselas con un adversario serio, con quien *nolens volens* tenían que arreglar cuentas».

Ya en el primer relato del *Análisis de Dora* se había despachado Spielmeyer contra el uso de un método que para él era de «masturbación mental». Bleuer protestó diciendo que nadie podía juzgar el método sin ponerlo en práctica, pero Spielmeyer

descargó sobre él todo el peso de su indignación moral.

La primera persona que inició una acción independiente fue Gustav Aschaffenburg. En un Congreso realizado en Baden-Baden en mayo de 1906 se pronunció vigorosamente, llegando a la conclusión de que «el método Freud es erróneo en la mayor parte de los casos, objetable en muchos y superfluo en todos». Era un método inmoral y basado en todo caso en la autosugestión. Pronto se le unió Hoche. Según éste, el psicoanálisis era un método dañino, originado en tendencias místicas y lleno de peligro para todo aquel que llevara a cabo una actividad médica.

Otra cosa semejante hizo ese mismo año Ostwald Bumke, quien recordó ostentosamente el primer ataque a Freud sobre la teoría de la paranoia. Sus ideas, según Rieger, eran tales «que ningún alienista podía leerlas sin experimentar una verdadera sensación de horror». El motivo de ese horror era ver cómo Freud atribuía la mayor importancia a un galimatías paranoide, con alusiones sexuales a hechos puramente incidentales, que, si no eran pura invención, carecían de cualquier modo de toda importancia. Cosas de esta índole conducían nada menos que a «una horripilante psiquiatría de viejas comadres». Esta misma invectiva habría de ser desenterrada y citada nuevamente unos diez años más tarde por el profesor von Luschan, de Berlín. Algunos años más tarde Bumke amplió estos ataques y los publicó en forma de libro, cuya segunda edición hubo de servir en tiempo de los nazis como un autorizado texto de consulta sobre la materia.

Un año más tarde tuvo lugar un serio duelo, entre Aschaffenburg y Jung, en el Primer Congreso In-

ternacional de Psiquiatría y Neurología realizado en Amsterdam en setiembre de 1907.

Freud mismo había sido invitado a tomar parte en el Simposium, pero no vaciló en rechazar la invitación. Escribió a Jung acerca de esto: «Esperaban evidentemente verme entablando en lucha con Janet, pero yo odio las luchas de los gladiadores frente a la noble plebe y me cuesta aceptar que una multitud desprevenida pueda emitir su voto acerca de mis experiencias». Pero no dejó de sentirse incómodo luego, con la idea de que mientras él disfrutaba de agradables vacaciones alguien tenía que luchar por él. Antes del Congreso escribió a Jung una carta destinada a infundirle ánimo: «No sé si usted tendrá éxito o no, pero me gustaría estar a su lado precisamente ahora y disfrutar de la sensación de que ya no me encuentro solo. Si usted necesitara de un estímulo yo podría hablarle de mis largos años de soledad honorable, pero dolorosa, que comenzó para mí el mismo momento en que pude echar el primer vistazo al nuevo universo; de la falta de interés y de comprensión de parte de mis amigos más cercanos; de los momentos de ansiedad en que yo mismo creía estar equivocado y me preguntaba de qué modo podría seguir un camino tan fuera de lo común y al mismo tiempo mantener a mi familia; del gradual fortalecimiento de mi convicción, que se aferró a *La interpretación de los sueños* como una roca en medio de la rompiente, y de la tranquila certidumbre que finalmente conquisté y que me invitaba a esperar hasta que una voz lejana, la voz de alguien que se hallaba fuera de mi alcance, me respondiera: ¡Esa voz era la de usted!»

¿Qué otro estímulo podría ya necesitar Jung después de semejante pronunciamiento? Aschaffenburg

repitió su afirmación anterior sobre la falta de validez del método de Freud a causa de que interpretaba todo, palabra por palabra, en un sentido sexual. Esto no sólo era doloroso para el paciente sino también, a menudo, directamente dañino. A continuación, sacando pecho y con un gesto de supremo decoro, aseguró que él incluso prohibía a sus pacientes toda mención del tema sexual. En el curso de su exposición, se le escapó a Aschaffenburg este lapsus: «Como se sabe, Breuer y yo hemos publicado un libro hace años». Al parecer no se dio cuenta del error, que quizás sólo fue percibido por Jung y por mí o por lo menos fuimos los únicos en percibir su significado. No pudimos hacer otra cosa que sonreírnos a distancia. Jung, en su exposición, dijo que había hallado que las conclusiones de Freud eran correctas en todos los casos de histeria que él había visto y señaló que el tema del simbolismo, si bien es familiar a los poetas y creadores de mitos, era nuevo para los psiquiatras. Al día siguiente, Konrad Alt condujo el ataque. Manifestó que, al margen de los métodos de Freud, se supo siempre que los traumas tienen influencia en la génesis de la histeria. «Muchos histéricos han sufrido seriamente a causa del prejuicio de sus familiares según el cual la histeria sólo puede originarse en causas sexuales. A nosotros, los neurólogos alemanes, nos ha costado infinito trabajo destruir ese prejuicio tan extendido. Y si ahora llega a ganar terreno la opinión freudiana sobre la génesis de la histeria, los pobres histéricos volverán a ser nuevamente menospreciados. Este paso hacia atrás producirá el mayor de los daños». En medio de grandes aplausos hizo la promesa de que jamás permitiría a ningún paciente suyo acercarse a ninguno de los partidarios de Freud, que tan inconsciente-

mente han descendido hasta la más absoluta inmundicia. El aplauso se renovó cuando Ziehen se puso de pie para felicitar al orador por la firme actitud que había adoptado.

Jung sintió, por supuesto, verdadera repugnancia frente a todo esto y se congratuló de que Freud no estuviera presente, para no ser objeto de semejante insolencia.

En esa época se estaba realizando audaces intentos destinados a introducir las ideas psicoanalíticas en Berlín. El 14 de diciembre de 1907, Juliusburger leyó un trabajo en el *Psychiatrischer Verein* (Asociación Psiquiátrica) de esa ciudad en el que defendió esas ideas y logró sobrevivir a la unánime oposición que encontró. Un año después, el 9 de noviembre de 1908, Abraham leyó un trabajo en la misma Sociedad, sobre los aspectos eróticos de la consanguinidad. Provocó un arranque de furia de parte del famoso neurólogo Oppenheim, quien manifestó que seguramente no atinaría a poner en su exposición toda la crudeza y la decisión con que habría que replicar a ideas tan monstruosas. También Ziehen se sintió sorprendido ante «afirmaciones tan frívolas» y sostuvo que todo lo que escribía Freud carecía absolutamente de sentido. Braatz, afirmó enfáticamente que lo que estaba en juego eran los ideales alemanes y que era necesaria alguna acción drástica para protegerlos. Poco después, Oppenheim publicó un artículo en apoyo del ataque que había hecho Dubois, de Berna, al psicoanálisis. Las falsas generalizaciones de Freud hacían peligroso su método y los informes que publicaban él y sus discípulos daban la impresión de una forma moderna de «manía de brujas». Estaban ante el deber urgente de llevar la guerra a esta teoría y a sus derivaciones, ya que se esta-

ban extendiendo rápidamente y el público se vería inevitablemente confundido.

El infatigable Abraham leyó otro trabajo en la misma Sociedad el 8 de noviembre de 1909, esta vez sobre «Estados oníricos». Fue recibido con sonrisas de superioridad y el Presidente, profesor Ziehen, prohibió toda discusión, pero sin dejar de expresar, en un airado arranque, sus propios sentimientos.

La capacidad de Ziehen para juzgar la obra de Freud puede deducirse del siguiente episodio. Un paciente llegó a la Clínica Psiquiátrica de Berlín, de la que Ziehen era director, quejándose de un impulso obsesivo de levantar las faldas de las mujeres en la calle. Ziehen manifestó entonces a sus discípulos: «Ésta es la oportunidad para juzgar el supuesto carácter sexual de tales obsesiones. Le preguntaré si ocurre lo mismo con mujeres de edad, en el cual caso evidentemente no puede ser erótico». La respuesta del paciente fue: «¡Oh, sí, a todas las mujeres, incluso a mi madre y a mi hermana!». A lo cual Ziehen, con gesto triunfante, ordenó que se anotara en la respectiva ficha que se trataba de un caso «definitivamente no sexual».

Freud seguía, por supuesto, bien de cerca todo el proceso y parecía estar especialmente interesado en las cosas que ocurrían en Norteamérica, quizás porque fue allí donde habló por única vez en su vida, ante un auditorio absolutamente sin restricciones. Voy a relatar por ello tres incidentes de ese alejado continente que ocurrieron en 1910, que es el año a que acabamos de llegar.

En la reunión de la Asociación Americana de Psicología congregada en Baltimore en 1909, Boris Sidis llevó un violentísimo e injurioso ataque a la obra de Freud, protestando contra «la loca epidemia de

freudismo que invade actualmente a Estados Unidos». La psicología de Freud nos hacía retroceder a la oscura Edad Media y Freud mismo era simplemente «uno de esos piadosos sexualistas» de los que tenemos numerosos ejemplos en América misma (Oneida Creek, el mormonismo, etc.) Putnam estaba tan indignado que no se sentía seguro de sí mismo si tomaba la palabra, pero yo pude replicar con toda tranquilidad. Un poco más tarde, sin embargo, en la misma sesión, Putnam y Stanley Hall le contestaron de una forma demoledora y definitiva.

En la reunión anual de la Asociación Neurológica Americana realizada en Washington en 1910, Joseph Collins, un neurólogo neoyorquino se puso en evidencia mediante un discurso que pronunció a los postres del habitual banquete y que no era más que un injurioso ataque personal, del peor mal gusto posible, a Putnam. Protestaba contra la Asociación por haber permitido ésta a Putnam la lectura del trabajo que acababa de presentar, constituido por «relatos pornográficos acerca de doncellas puras». Cabe recordar, de paso, que Collins era bien conocido por su inclinación a los chistes indecentes. «Era tiempo ya de que la Asociación tomara una posición frente al trascendentalismo y supernaturalismo y aplastara definitivamente a la "Christian Science", el freudismo y todo esa palabrería y esas cosas sin sentido». Este discurso ofendió, por supuesto, el sentimiento norteamericano del «fair play», y cuando a la mañana siguiente alguien se levantó en la Asamblea para decir que la Asociación debía sentirse muy agradecida cuando un hombre de los principios éticos del doctor Putnam se decide a experimentar y a poner a prueba estas nuevas corrientes, recibió el más sincero y caluroso de los aplausos.

El 29 de marzo de 1910 se registró una violenta explosión de insolencia en una reunión de la Sociedad Médica de Hamburgo. Weygandt, el caballero que había hablado de llamar a la policía, se mostró particularmente virulento. Las interpretaciones de Freud pertenecían al nivel de los más vulgares libros de sueños. Sus métodos eran peligrosos porque fomentaban simplemente las ideas sexuales en los pacientes. Su método de tratamiento estaba a la altura de un masaje a los órganos genitales. Trömmer esgrimió en su crítica la original idea de que mal podía haber factores sexuales en la histeria, si la mayor parte de las histéricas eran frígidas. Nonne estaba preocupado por el peligro moral que corría el médico que usaba estos métodos. Alfred Saenger señaló que con la mención de erotismo anal las teorías de Freud estaban adquiriendo el aspecto más fantástico y grotesco. Pero por suerte la población del norte de Alemania estaba muy lejos de ser tan sensual como la de Viena.

Freud hizo el siguiente comentario: «Aquí nos encontramos precisamente con el argumento que yo he tratado de evitar al establecer nuestro centro en Zurich. ¡En ninguna otra parte se podrá hallar esta famosa sensualidad vienesa! Entre líneas puede leerse además que los vieneses no sólo somos unos puercos sino también judíos. Sólo que esto último no aparece impreso».

Otro adversario, que nos causó más diversión aún, fue Friedländer, de Frankfort. Ya había hecho varios ataques al psicoanálisis. Uno de ellos, publicado en Estados Unidos y en el que citaba una larga lista de opiniones desfavorables, nos perjudicó mucho allí, porque daba la impresión de que las autoridades del Continente habían hecho extensas inves-

tigaciones sobre el psicoanálisis y lo habían hecho objeto de condenación universal. Aun cuando todas sus publicaciones eran extremadamente adversas al psicoanálisis parecía que éste ejercía sobre él una particular fascinación. Había visitado a Jung y se mostró todo dulzura con él, expresándole la esperanza de que llegarían a entenderse entre ellos. Lo que más le lastimaba era que ninguno de nosotros contestaba a sus publicaciones. Conociendo este anhelo suyo de ser tomado en cuenta decidimos ignorarlo completamente, cosa que fue para él motivo de gran desdicha. En un trabajo que presentó en Budapest se quejaba amargamente por la forma en que se lo ignoraba. «Mi reseña de la teoría freudiana ha sido anunciada hace varios meses y me pregunto por qué Freud, que no tuvo inconveniente en viajar a Estados Unidos, no se toma la molestia de venir a Budapest a refutarme. ¿Por qué se desembaraza de sus adversarios con una simple nota al pie de página?»

Friedländer era un hombre curioso, una personalidad dudosa y tenía un pasado oscuro, del que Freud estaba informado. Cuando estuve con Freud en Holanda en el verano de 1910 me contó la siguiente historia. Un día sábado, el 25 de mayo de 1910, sonó el teléfono y cierto profesor Schottänder, psiquiatra, solicitó una entrevista. Freud contestó que podría venir esa misma noche, pero se sintió muy intrigado por cuanto conocía los nombres de todos los psiquiatras alemanes y no recordaba éste. A las nueve apareció el profesor Friedländer, asegurando a Freud que éste había entendido mal su nombre por teléfono. La conversación entre ambos prosiguió y pronto llegó el tema del *Análisis de Dora*, al que Friedländer daba el nombre de «análisis de Ana»,

Freud aguzó el oído e inclinándose hacia adelante le dijo: «Por favor, señor Profesor, ahora no estamos al teléfono. Le sugiero que analicemos este lapsus». Desde ese momento, y dejando de lado todo miramiento, Freud lo tuvo acosado hasta la una de la madrugada. Nos confesó luego que hizo pasar un mal rato a su visitante —había bastante que analizar en este caso— y quedó finalmente con la opinión de que Friedländer era «un mentiroso, un bribón y un ignorante».

Otro adversario enconado fue Oscar Vogt. Entre 1899 y 1903 había publicado una serie de artículos en los que sostenía la superioridad de su «análisis causal» sobre el método psicoanalítico de Freud. La autobservación intelectual era absolutamente suficiente y no había por qué invocar instancias afectivas. Freud era simplemente un obstinado fanático cuando introdujo estas últimas. Vogt presidía el Congreso Internacional de Psicología Médica de Munich, en septiembre de 1911 cuando Seif y yo tuvimos un duro encuentro con él. Era una persona de carácter tiránico y se puso rojo de ira cuando, en el curso de la discusión sobre la hipnosis, yo expuse el concepto de Ferenczi sobre regresión a la situación progenitor-niño. Me interrumpió con esta observación: «Es cosa disparatada el sugerir que mi poder de hipnotizar a los pacientes se basa en mi complejo paterno... quiero decir, naturalmente, el complejo paterno de ellos.» A continuación de lo cual, en obsequio del auditorio, expliqué cuidadosamente el significado del lapsus.

Por la noche, sin embargo, y en una atmósfera más amistosa —en una cervecería— pudimos entablar una relación menos tirante. Los chistes obscenos, a título de procurarse un descanso de las fatigo-

sas reuniones de la jornada, estuvieron a la orden del día y Vogt, por cierto, contó algunos bastante buenos. Pero yo eché a perder la armonía de la reunión señalando que estos chistes no tendrían razón de ser si no fuera por los diversos significados simbólicos que tienen, iguales a aquellos cuya existencia él había negado enérgicamente esa misma tarde. Esta observación le hizo perder el aplomo, pero pronto encontró una respuesta que le pareció sumamente convincente: «Pero esto está al margen de la ciencia».

El 12 de enero de 1910 Fritz Wittels leyó en la Sociedad de Viena un trabajo en el que analizaba el carácter del conocido escritor y poeta Karl Kraus. Freud opinó que era un trabajo inteligente y correcto, pero no dejó de reclamar una especial discreción en el estudio de una persona viviente si no se quería caer en una falta de humanidad. Kraus llegó a enterarse de algún modo del trabajo de Wittels y contestó con varios ataques al psicoanálisis, muy enérgicos, en la ágil revista que dirigía, *Die Fackel*.

A fines de 1910 señalaba Freud que «de Alemania llovían insultos», y un par de años más tarde agregaba: «Se necesita bastante estómago». Este estado de cosas, del que ya he proporcionado algunas noticias, continuó durante varios años, hasta el estallido de la Guerra Mundial en 1914, pero sería tedioso abundar en más ejemplos. Tampoco la guerra por sí misma puso fin enteramente a esto. En 1916 el profesor Franz von Luschan, de Berlín, publicó un enjuiciamiento del psicoanálisis con el título, hoy familiar, de «Psiquiatría de viejas comadres». Elogiaba a Rieger por haber sido éste el primero en percibir el peligro y alertar contra él mismo veinte años atrás, a la vez que censuraba severamente a Bleuler

por su asombrosa conducta en favor de la epidemia. «Todos estos disparates deben ser impacablemente combatidos y señalados a fuego. En la grandiosa era en que vivimos esta psiquiatría de viejas comadres es indudablemente repulsiva». Freud manifestó estoicamente al respecto: «Ahora sabemos ya lo que podemos esperar de esta Grandiosa Era. ¡No importa! Un viejo judío es siempre más tenaz que un monárquico teutón prusiano».

Hasta aquí casi todas las «críticas» a que nos hemos referido pueden reducirse a dos afirmaciones, constantemente reiteradas en el más pretencioso tono *ex cathedra:* las interpretaciones de Freud son arbitrarias y artificiales y sus conclusiones, por ser repulsivas, tienen que ser falsas. Pero había un reducido grupo de autores que entendían que era necesaria una comprensión más cabal de la obra de Freud, así fuera con el objeto de combatirla con argumentos que se proponían ser objetivos. Cierta vez me llamó la atención Freud —dicho sea de paso—, sobre la curiosa circunstancia de que sus adversarios se arrogaran con toda tranquilidad, esta cualidad. A él nunca se le había permitido poder mostrarse objetivo.

Un intento serio es el que hizo J. H. Schultz en 1909. Trátase de una reseña, que no deja de tener cierto valor, sobre las primeras etapas del psicoanálisis y la oposición despertada por éste. Contenía ciento setenta y dos referencias bibliográficas. Se abstenía, en general, de pronunciarse en forma definitiva sobre los asuntos en cuestión, si bien el tono general de su exposición era negativo. Isserlin, al año siguiente, publicó una amplia reseña crítica, en la que, sin vacilación alguna, expuso su opinión definitiva. Todo el método de Freud, tanto por su base

como por sus objetivos, era completamente insostenible.

Arthur Kronfeld, en 1911, publicó un amplio resumen del psicoanálisis considerado como un todo orgánico. Se ocupó muy poco de los aspectos históricos del tema, pero suministró una amplia exposición acerca de la etapa alcanzada. Sus consideraciones críticas eran de carácter filosófico y abstracto y sus conclusiones, en conjunto, más que escépticas. Cuando Freud leyó el trabajo escribió: «Kronfeld ha demostrado por vía filosófica y matemática que todas las cosas por las que tanto nos afanamos no existen, porque no pueden existir. Ahí está la cosa». He aquí lo que dijo Stärcke: «Leí también el trabajo de Kronfeld. Exhibe la habitual técnica de la filosofía. Usted sabe bien con cuánta seguridad los filósofos se refutan mutuamente, luego de remontarse a esferas bien alejadas de la experiencia. Esto es precisamente lo que hace Kronfeld. Afirma que nuestra experiencia no cuenta para nada, después de lo cual el refutarnos ya no es para él más que un juego de niños».

Un año más tarde Kuno Mittenzwey escribió una reseña extremadamente extensa sobre la materia. Fue publicada por entregas, que regularmente aparecieron en los distintos tomos del *Zeitschrift* de Specht, que no alcanzó a tener larga vida, pues sucumbió al peso de este trabajo antes de que Mittenzwey le hubiera dado fin. De modo que sólo poseemos un gigantesco fragmento de cuatrocientas cuarenta y cinco páginas, que constituye quizás la mejor reseña histórica de la primera etapa del desarrollo de las ideas de Freud.

Freud, por su parte, se mantuvo alejado de toda esta batahola, a la que dedicaba poca atención. La

única réplica que se dignó conceder a esta ola de crítica fue la misma que dio Darwin y que consistía simplemente en aportar más pruebas en apoyo de sus teorías. Despreciaba la estupidez de sus adversarios y lamentaba sus malos modos, pero no creo que tomara muy a pecho su oposición. Ya había tenido, después de todo, bastantes años para endurecerse y su confianza en las cosas que él mismo había observado lo dotaba de un caparazón bastante sólido. Pero no contribuía por cierto a mejorar su opinión sobre el mundo que lo rodeaba y especialmente sobre la parte del mundo constituida por los hombres de ciencia alemanes. En su *Autobiografía*, muchos años después, habría de decir estas palabras.

Se me ocurre que el día que se escriba la historia del período que nosotros hemos atravesado la ciencia alemana no tendrá motivo para sentirse orgullosa de quienes entonces la representaban. No pienso, al decir esto, en el hecho de que hayan rechazado el psicoanálisis o en la forma decisiva en que lo hicieron. Una y otra cosa son fáciles de entender, era lo que cabía esperar, y de ninguna manera echaban sombra sobre el carácter de los adversarios del análisis. Pero el grado de arrogancia demostrado, el absoluto desprecio de la lógica y la rudeza y mal gusto de sus ataques no podían tener excusa alguna. Podrá decirse que es infantil de mi parte el dar rienda suelta a estos sentimientos ahora, después de quince años. Pero no lo haría si no fuera que tengo algo más que agregar. Años más tarde, durante la Gran Guerra, cuando un coro de enemigos hacía a la nación alemana la acusación de barbarie, cargo éste que no hacía más que compendiar todo lo que acabo de decir, no dejaba de dolerme profundamente el ver que mi propia experiencia no me permitiría contradecirles.

A Freud le resultaba evidente la absoluta inutilidad de toda respuesta a semejantes diatribas y la idea de hacerlo no se le cruzó jamás por la mente. El hecho de que sus desconcertantes descubrimientos tropezaran con una general incredulidad era cosa enteramente inteligible para quien, como él, había tenido que luchar durante muchos años con la intensa oposición («resistencias») de los pacientes, y desde mucho tiempo atrás había advertido que a este respecto éstos nos difieren de otras personas. Tampoco sorprendió a Freud que los llamados «argumentos» esgrimidos por sus adversarios fueran iguales a las defensas de sus pacientes y evidenciaran la misma falta de visión e incluso de lógica. Todo esto estaba, pues, en el orden natural de las cosas y no podía ni conmover sus convicciones ni perturbaciones personalmente.

Todo lo que acabo de decir sobre la actitud de Freud frente a la crítica es enteramente exacto, pero dista mucho de ser toda la verdad. Sería erróneo el querer presentar a Freud como un modelo de olímpica calma. Frente a la crítica él era capaz, la mayor parte de las veces, de mantenerse bastante tranquilo y despachar el asunto con algún buen chiste o un comentario irónico. Pero con todo su férreo autodominio, era más inclinado a las emociones intensas que la mayor parte de las personas y algunos aspectos de la crítica eran capaces de conmoverlo bastante profundamente. Es así como solía recibir mal una crítica adversa e incomprensible de parte de alguien a quien apreciaba o tenía en buen concepto. Le deprimió la defección de Stanley Hall. Y evidentemente se sintió también disgustado al encontrarse con malos modos semejantes a aquéllos en Estados Unidos, donde esperaba hallar una conducta mejor.

El 4 de abril de 1912 el conocido neurólogo neoyorquino Allen Star lo había denunciado ante la Sección Neurológica de la Academia de Medicina de Nueva York como un típico «libertino vienés», y al día siguiente el *Times de* Nueva York decía que aquél, según había manifestado, había trabajado durante todo un invierno en el mismo laboratorio que Freud y que por lo tanto lo conocía bien, agregando además, también por cuenta de Star, que sus teorías eran inseparables de la vida inmoral que entonces llevó.

Había una acusación, al parecer, a la que se mostraba bastante sensible: la idea de que haya derivado sus conclusiones de su propia consciencia interna. Este fue el motivo principal que le indujo a contestar a Löwenfeld, muchos años después, ocasión ésta que fue la única que condescendió a contestar a una crítica. En una carta a Pfister escribía: «Si por lo menos pudiera lograr que nuestros adversarios entendieran que todas nuestras conclusiones derivan de experiencias —que, por lo menos en cuanto a mí se refiere, otros autores pueden tratar de interpretar de distinta manera— y no las hemos inventado ni reunido discrecionalmente sobre un escritorio. Esto es lo que realmente todos ellos piensan, cosa que evidencia, por vía de proyección, cuál es su propia manera de trabajar.» Cabe sospechar que su particular sensibilidad a este tipo de crítica se debe al profundo temor o sentimiento de culpa que le provocaba el aspecto imaginativo, e incluso especulativo, de su naturaleza, que tan arduamente se había empeñado en anular o, por lo menos, en intentar controlar.

Otro aspecto al que se mostraba sensible era el del ostracionismo que tenía que soportar en su pro-

pia ciudad, Viena. A esto realmente no llegó a acostumbrarse jamás.

Pero lo que realmente llegaba a enfurecerle, en algunas ocasiones, era la hipocresía de las supuestas pretensiones éticas de algunos de sus adversarios. Contestando a una carta en la que Pfister le había enviado las pruebas de imprenta de una réplica que había escrito a un ataque de Förster a Freud, escribía éste: «Admiro la forma en que usted es capaz de escribir, tan gentil, tan humanitaria, tan llena de consideraciones, tan objetiva y dirigiéndose mucho más al lector que al enemigo. *Ésa* es precisamente la manera correcta de lograr un efecto educativo y mucho más apropiada también para un hombre de su posición. Le agradezco especialmente el haber dejado mi personalidad, en lo posible, fuera del primer plano. Pero yo no podría escribir así. Más bien no escribiría del todo, es decir, efectivamente no escribo. Yo sólo podría escribir para descargar *mi* ánimo, para desembarazarme de *mis* afectos, y como esto no resultaría muy edificante —proporcionaría un gran placer a los adversarios, que se sentirían felices de verme airado— no les contesto para nada. ¡Pero imagínese usted! Un tipo ha estado haciendo el papel de una criatura moral y noble que se vuelve contra cosas bajas, adquiriendo con ello el derecho de proferir los más grandes disparates, de ostentar su ignorancia y su superficialidad, de descargar toda su hiel, de retorcerlo todo y hacer surgir toda clase de sospechas. Todo esto en nombre de la más elevada moral. Yo no podría mantener mi calma frente a todo esto. Pero como no puedo moderar artificialmente mi rabia ni expresarla con una pestilente sonrisa, me mantengo en silencio. Lo que nunca sería capaz de hacer es rebajar su calor.»

Freud podía permitirse esta conducta, pero otra cosa ocurría con aquellos de nosotros que por nuestra labor profesional teníamos que entrar forzosamente en contacto personal con los adversarios. No siempre era posible rechazar invitaciones de presentar trabajos en reuniones y Congresos. Aun así se nos calificaba con bastante frecuencia de cerrados ermitaños. El consejo que daba Freud para tales ocasiones se ve bien ilustrado por el siguiente párrafo de una carta de Stärcke, que por otra parte evidencia, una vez más, su absoluta integridad de carácter.

Su tarea en el Congreso holandés no será fácil. Permítame usted manifestarle mi opinión de que podría realizarse mejor si lo hace usted de otra manera, no como usted se propone. Su idea de convencer a la sociedad, o persuadirla mediante la sugestión, tiene dos cosas en su contra. En primer lugar se propone algo imposible y en segundo lugar se aparta del protofipo del tratamiento psicoanalítico. Tenemos que tratar realmente a los médicos tal como lo hacemos con los pacientes, no por la sugestión, en consecuencia, sino provocando sus resistencias y el conflicto. Además, no se llega nunca a nada más que esto. Quien llegue a superar el primer «no» de las represiones y luego el segundo y el tercero, alcanzará una relación verdadera con los asuntos importantes del psicoanálisis. El resto seguirá sumido en el pantano de las resistencias hasta que ellos mismos se desprendan de ellas por la presión indirecta y creciente de la opinión pública. Creo, por lo tanto, que uno deberá contentarse con establecer el propio punto de vista y exponer las propias experiencias con la mayor claridad posible y no afligirse demasiado por la reacción de los que escuchan.

Compilar estadísticas, tal como usted se propone, es por ahora cosa imposible. Seguramente ya lo sabe us-

ted. En primer lugar, trabajamos con una cantidad mucho menor de pacientes que los otros médicos, que dedican mucho menos tiempo a cada uno. Además, falta aquí la necesaria uniformidad, única base posible para una estadística. ¿Tendremos que sumar realmente, como si fueran cosas iguales, manzanas, peras y nueces? ¿A qué llamamos un caso grave? Yo no podría, por otra parte, comparar entre sí mis propios resultados durante los últimos veinte años, dado que mi técnica ha cambiado fundamentalmente durante ese período. ¿Y qué tendríamos que hacer con los numerosos casos que han sido analizados sólo parcialmente o con aquellos cuyo tratamiento ha tenido que ser interrumpido por razones externas?

Pero el punto de vista terapéutico, no es, por cierto, el único que el psicoanálisis considera de interés, ni tampoco el más importante. De modo que es mucho lo que puede decirse sobre el tema aún sin colocar en primer término la terapia.

V

DISENSIONES

Este es un tema doloroso y difícil de exponer. Doloroso por los disgustos que trajeron consigo las disensiones y por las desagradables consecuencias que siguieron prolongándose durante muchos años. Difícil porque cuesta hacer entender, fuera del círculo de las personas afectadas, el sentido íntimo de los desacuerdos y porque los motivos personales de los disidentes no pueden ser siquiera totalmente expuestos. La opinión general, con razón, trata de juzgar las diferencias entre las teorías de Freud y las de aquellos de sus discípulos que se separaron de él, basándose en los méritos objetivos de sus respectivos puntos de vista, si bien no siempre llega a alcanzar esta loable finalidad. La naturaleza misma de las cosas hace que un elemento esencial de la situación sea pasado por alto o al menos subestimado.

La investigación del inconsciente, definición ésta bastante plausible del psicoanálisis, puede ser llevada a cabo únicamente por la superación de las «re-

sistencias» que, como lo ha demostrado una amplia experiencia, se oponen siempre a tal propósito. En efecto, tal como ha señalado Freud, el psicoanálisis consiste en un examen de estas resistencias y de las «transferencias» que las acompañan, y apenas si pasa de ser esto. Una vez que han sido superadas las resistencias el sujeto adquiere cierta visión de aspectos de su personalidad para los cuales antes era ciego.

Se podría suponer, que esto, una vez realizado, le valiera para siempre a la persona de que se trate, y eso fue, en efecto, lo que al comienzo esperaba Freud. El comprobar lo contrario no dejó de ser decepcionante. Las energías que operan en la psique no son estáticas sino dinámicas. Pueden variar y cambiar de dirección de una manera inesperada. Puede ocurrir de este modo que la visión o comprensión lograda en un comienzo no sea necesariamente permanente y se pierda una vez más, evidenciándose como simplemente parcial. Sólo cuando las múltiples resistencias han sido cabalmente «elaboradas, podrá darse una comprensión duradera.

Esto es válido tanto para el analista como para el paciente ya que para el primero es más importante aún una visión clara y permanente de la situación. Esta última consideración es a veces dejada de lado por el público, que a menudo entiende que la persona que practica el análisis y ha leído todos los libros necesarios para el caso, no se halla propensa a fluctuaciones en sus emociones personales y en su visión. Los mismos analistas se mostraban un tanto remisos en asignar a esto su valor y a percibir la necesidad de un previo «análisis didáctico», destinado a eliminar los obstáculos que invariablemente existen en la psique humana. Yo he sido precisamen-

te el primer analista sometido a un análisis didáctico, si bien el de entonces era menos a fondo que el que hoy se exige. Freud mismo fue capaz de realizar la difícil hazaña de un autoanálisis sumamente extenso, pero ninguno de los otros pioneros llegó a conocer gran cosa de su propio inconsciente, o bien lograron esto tan sólo en forma de rápidos vislumbres si bien teóricamente habría sido factible predecir posibles recaídas entre los analistas, semejantes a las que conocemos muy bien en el caso de nuestros pacientes, las primeras experiencias de esta índole resultaron inesperadas y sorprendentes. Hoy en día ya nos asombramos menos.

Cuando un analista pierde parte de la comprensión que antes tuvo, la nueva ola de resistencias que lo ha llevado a esto puede manifestarse bajo la forma de explicaciones seudocientíficas del material a considerar, terminando finalmente, para adquirir inesperada categoría, por tomar el nombre de una «nueva teoría». Y puesto que la fuente de esto se mantiene en un plano inconsciente, toda la controversia en un nivel puramente consciente y científico está condenada de antemano al fracaso.

Todas las «divergencias» de quienes se apartaron del psicoanálisis en los últimos cuarenta años, han tenido dos características: un repudio de los hallazgos fundamentalmente realizados mediante el psicoanálisis y la exposición de una teoría psíquica diferente. Esta última debe ser juzgada, naturalmente, según sus méritos, por psicólogos generales y filósofos. Lo primero interesa específicamente a los psicoanalistas.

Como aquí estamos haciendo una biografía y no una discusión acerca de divergencias científicas, será necesario llevar nuestro comentario a consideracio-

nes de orden personal. Las diferencias científicas en cuestión no siempre se limitaron al ámbito de los problemas objetivos. Hubo a veces cierta inclinación a mezclar estas diferencias de opinión e interpretación con reacciones personales hacia Freud mismo. Es así como nos hacen saber que tal o cual persona se apartó de Freud y de su círculo no simplemente a causa de una divergencia de opiniones sino por la tiránica personalidad de aquél y su insistencia dogmática en que todos sus discípulos aceptaran íntegramente sus puntos de vista. Que estas acusaciones son ridículas e inexactas puede demostrarse por su correspondencia, sus obras y sobre todo los recuerdos de quienes trabajaron con él. Citaré un párrafo de una carta escrita muchos años después a Binswanger: «A diferencia de tantos otros, usted no ha permitido que el hecho de que su desarrollo intelectual lo haya apartado cada vez más de mi influencia llegara a perturbar nuestras relaciones personales y usted no sabe cuánto bien le hace a uno esta decente actitud.»

Entre las diversas divergencias a que nos hemos referido hay dos que han logrado captar especialmente la atención general: las iniciadas respectivamente por Adler y por Jung. Es difícil decidir si ello se debe a que fueron las primeras o a alguna cualidad intrínseca de sus teorías. El caso es que fueron rápidamente rotuladas como «escuelas psicoanalíticas diferentes» y su existencia fue ampliamente aprovechada por todos los adversarios, tanto los legos como los profesionales, como motivo suficiente para no tomar en serio el psicoanálisis. ¿Cómo habríamos de hacerlo —insistían— y cómo podríamos depositar confianza alguna en los hallazgos psicoanalíticos, si sus supuestos expositores difieren entre sí en tal me-

dida como para establecer escuelas diferentes? Para los escépticos y los adversarios activos, la característica esencial de estas «nuevas teorías» era el repudio de los descubrimientos y las teorías de Freud, cosa en que, en realidad, tal vez no estaban muy equivocados.

Es de esperar que esta introducción haya preparado al lector para comprender el hecho de que las disensiones en psicoanálisis son aún más difíciles de resolver que las de otras disciplinas científicas, donde no resulta tan fácil persistir en la interpretación de los hechos sobre la base de un prejuicio personal. Establecido esto, podemos entrar a considerar más fríamente los hechos que hemos de relatar.

Alfred Adler (1870-1937)

A Freud le desagradaba sobremanera el ocupar posiciones prominentes, especialmente si ello podía significar la responsabilidad de dirigir a otras personas. Me resulta difícil imaginar a una persona menos adecuada que él, por temperamento, para hacer el papel de dictador, como a veces se lo ha querido presentar. Pero como fundador de los nuevos métodos y teorías, y con la riqueza de experiencia y conocimientos que poseía, su posición en el pequeño círculo de sus discípulos vieneses no podía dejar de ser excepcionalmente dominante. A tal punto llegaba esto que tuvieron que dejar pasar años enteros hasta que alguien se sintiera en condiciones de rebelarse contra una figura tan evidentemente paterna. Todo complejo infantil no resuelto podía hallar su expresión en la rivalidad y en los celos en cuanto a mere-

cer su predilección. El clamor suscitado por el deseo de ser el hijo favorito tenía también en este caso, un importante motivo de orden material, ya que la seguridad económica de los analistas más jóvenes dependía en gran parte de los pacientes que Freud podía enviarles de los que tenía en exceso. La atmósfera, de este modo, se hizo cada vez más desagradable. Hubo calumnias, comentarios agrios, querellas sobre prioridad en tal o cual asuntillo, etc. Los miembros que más molestos resultaron en ese sentido fueron Adler, Stekel, Sadger y Tausk.

La situación se vio muy exacerbada después de los dos primeros Congresos, en los cuales Freud, en forma enteramente manifiesta y quizá poco prudente, demostró su extrema preferencia por el extranjero Jung. Esto condujo a que los díscolos vieneses se unieran en un solo bando, quejoso de Freud. Fue este probablemente el momento preciso en que sus anteriores celos mutuos comenzaron a tomar la forma de una rebelión contra él. El rebelde más prominente era indudablemente Adler, y fue él quien provocó la primera escisión en el movimiento psicoanalítico.

La actitud de Freud, tendiente a apaciguar a los enfadados vieneses, y que consistió en colocar a Adler y Stekel, sus partidarios más antiguos, al frente del recién fundado *Zentralblatt* en el otoño de 1910 y ceder al mismo tiempo la presidencia de la Sociedad a Adler tuvo apenas un éxito parcial y temporario.

Existen abundantes pruebas de que en 1910, después del Congreso de Nuremberg, Freud sentía el peso abrumador de las rencillas y las recriminaciones de las que él mismo, sin desearlo, era el motivo. Se desahogó principalmente con Ferenczi. Refiriéndo-

se a la tensión existente en Viena y Zurich, escribió: «La falta de tacto y el desagradable comportamiento de Adler y Stekel hacen muy difícil seguir adelante juntos. Me hallo en un estado de exasperación crónica con los dos. También Jung, ahora que es presidente, podría dejar a un lado esa sensibilidad suya en relación con incidentes del pasado.» Se quejaba de que esto le molestaba para dedicarse a sus trabajos y agregaba: «Lo estoy pasando muy mal con Adler y Stekel. Yo abrigaba la esperanza de que se llegaría a una neta separación, pero la situación se está arrastrando aún y a pesar de que estoy convencido de que no hay nada que hacer con ellos, me veo obligado a continuar así. A menudo ya era mejor cuando estaba solo.» Ferenczi le había sugerido a Freud que éste estaba repitiendo la desagradable experiencia con Fliess, cuando éste se separó de él, diez años atrás, lo cual fue confirmado por Freud: «He vuelto a vivir nuevamente todo el asunto con Fliess. Adler es un poco un Fliess redivivo. Y Stekel, su apéndice, lleva además el nombre de Wilhelm.» En la primavera siguiente, después de largo debate con Adler, Freud se quejaba: «Me fastidian constantemente los dos —Max y Moritz—[1] que están retrocediendo rápidamente y pronto terminarán por negar la existencia del inconsciente.»

La impresión que me hacía Adler a mí era la de un hombre pendenciero y de mal genio, cuya conducta oscilaba constantemente entre las querellas y el mal humor. Era evidentemente muy ambicioso y constantemente andaba en pleitos con los demás por cuestiones de prioridad en las ideas. Años más tarde, sin embargo, al volver a encontrarme con él,

1. Los dos chicos malos en *Die bösen Buben*, de Wilhelm Busch.

observé que el éxito había producido en él cierta actitud de benignidad, de la que por cierto había escasos indicios en la primera época. Freud, en cambio, tenía de él, a lo que parece, un alto concepto en los primeros años. Era sin duda el más enérgico entre los miembros del pequeño círculo. Freud tenía un buen concepto de su libro sobre la inferioridad de los órganos y consideraba que había hecho algunas observaciones encomiables en su trabajo sobre la formación del carácter. Pero su teoría de las neurosis se basaba exclusivamente en un enfoque a partir del yo y podía considerarse básicamente como una errónea interpretación de las defensas secundarias contra los impulsos reprimidos e inconscientes. Toda su teoría tenía una base sumamente estrecha y unilateral, en la que la agresión surgía de la «protesta masculina». Los factores sexuales, especialmente los de la infancia, quedaban reducidos al mínimo: el deseo de intimar con la madre, de parte del varón, era interpretado como el deseo masculino de conquistar a una mujer, disfrazado de deseo sexual. Quedaban descartados los conceptos de represión, sexualidad infantil e incluso el del inconsciente, de modo que es bien poco lo que quedaba del psicoanálisis.

En cuanto a las divergencias científicas con Freud, eran tan fundamentales que me pregunto, tal como en el caso de Fliess, cómo tuvo Freud la paciencia necesaria para hallar la manera de trabajar con él, durante tanto tiempo. Adler tenía a su favor dos conceptos acertados, pero interpretaba en función de los mismos todo lo demás: la tendencia a compensar los sentimientos de inferioridad (el *sentiment d'incomplétitude* de Janet) y el hecho de que esta tendencia se ve forzada por una agresividad innata. Adler relacionó esto, al comienzo, con el lado

femenino de toda personalidad, y dio a la subsiguiente tendencia compensadora el nombre de «protesta masculina». Bien pronto, empero, se fue al extremo opuesto e interpretó todo en función de la voluntad de poder nietzscheana. El acto sexual mismo tendría como fuente más bien un impulso puramente agresivo que un deseo sexual.

Freud tomó enteramente en serio las ideas de Adler, analizando detenidamente todo posible acierto de las mismas y aún diez años más tarde, cuando tuvo a su disposición cierto material clínico especialmente adecuado para poner a prueba sus conceptos, publicó una crítica sumamente escrupulosa y detallada de los mismos. Pero otros miembros de la Sociedad fueron tan vehementes en sus críticas, que hasta llegaron a tomar la forma de verdaderas acusaciones. Hitschmann propuso un debate en regla sobre el particular. Las dos primeras sesiones, realizadas el 4 de enero y el 1.º de febrero de 1911 respectivamente, fueron dedicadas a extensas exposiciones de Adler. En las sesiones del 8 y el 22 de febrero se hizo la discusión, que fue bastante calurosa. En cuanto a Freud, se mostró implacable en la crítica. Stekel sostuvo que no existía contradicción entre las teorías de Freud y las de Adler, a lo que el primero replicó que desdichadamente para esta opinión tanto Adler como él creían que sí la había. La insistencia de parte de Adler en que el complejo de Edipo era puro invento ya fue bastante prueba de esto. Al refutar las teorías de Adler, Freud dijo: «Considero que las enseñanzas de Adler son erróneas y peligrosas, por lo tanto, para el desarrollo futuro del psicoanálisis. Son errores científicos que derivan de métodos falsos. Con todo, son errores honestos. Aun rechazando el contenido de las ideas de Adler,

se puede reconocer la coherencia e importancia de las mismas.»

Después de la última de estas sesiones, el 22 de febrero, hubo una reunión del Comité en el curso de la cual Adler y Stekel presentaron sus renuncias como presidente y vicepresidente de la Sociedad respectivamente. Se aprobó por unanimidad una resolución por la que se agradecería a Adler y Strekel los servicios prestados y se expresaba al mismo tiempo la esperanza de que continuarían como miembros de la Sociedad.

Adler continuó por un tiempo en la Sociedad. La última reunión a que asistió fue la del 24 de mayo. Pero entonces Freud le sugirió que renunciara al cargo de Codirector del *Zentralblatt* y escribió también a ese efecto a Bergman, editor de la Revista. Adler se resistió al principio e hizo que su abogado planteara a Freud ciertas condiciones previas como «una pretensión ridícula, de carácter absolutamente inaceptable». Adler y sus amigos reclamaron también una sesión extraordinaria para una nueva discusión.

La reacción de Adler fue la de explotar la situación formando un grupo con el nombre, más bien de mal gusto, de «Sociedad de Psicoanálisis Libre», con la pretensión ostensible de estar luchando por la libertad de la ciencia. El propósito proclamado es desde luego estimable. Significa presumiblemente la libertad de realizar cualquier investigación por cualquier medio posible, llegar a las conclusiones que se desee respecto a sus resultados y darlos a conocer al mundo. Pocos son los organismos científicos, si los hay, que puedan impedir tal libertad, y menos que ninguno la endeble «Sociedad de los Miércoles» de Viena. La única cosa en discusión era la conveniencia de seguir discutiendo asuntos cuando no

había acuerdo sobre los principios básicos del tema en cuestión. Un explorador, por ejemplo, difícilmente podría alegar el *derecho* de pertenecer a la Royal Geographical Society y ocupar todo el tiempo de ésta en ventilar sus propias opiniones. Al presentar su renuncia, Adler se demostró sensato. En cuanto a acusar a Freud de despotismo e intolerancia por lo que había ocurrido, es cosa tras de la cual se advierte un motivo tan visible que no hay porqué tomarla en serio.

La reunión extraordinaria en cuestión se realizó el 11 de octubre, al comienzo del nuevo período y en ella anunció Freud las renuncias de Adler, Bach, Máday y Baron Hye. El Comité propuso que los asociados decidieran a cuál de las dos sociedades estarían adheridos, partiendo de la base de que nadie podría pertenecer a un mismo tiempo a ambas. Se aprobó finalmente por once votos contra cinco, a continuación de lo cual los restantes partidarios de Adler —Furtmüller, Franz Grüner, Gustav Grüner, la doctora Hilferding, Paul Klemperer y Oppenheim— renunciaron a la Sociedad.

No deja de ser interesante recordar que la mayor parte de los partidarios de Adler, así como él mismo, eran ardientes socialistas. La esposa de Adler, de nacionalidad rusa, era amiga íntima de los dirigentes revolucionarios rusos. Trotsky y Joffe, por ejemplo, frecuentaban su casa. El mismo Furtmüller tuvo una carrera política activa. De ahí se comprende más fácilmente que Adler se haya particularizado con los aspectos sociológicos de la conciencia más que con el inconsciente reprimido.

Un par de años más tarde Freud supo que Stanley Hall había invitado a Adler a pronunciar conferencias en Estados Unidos, a lo que comentó: «El ob-

jeto de esto es presumiblemente salvar el mundo de la sexualidad y asentarlo sobre la agresión.»

WILHELM STEKEL (1868-1940)

Las molestias que producía a Freud eran de carácter enteramente diferentes a las de Adler. Stekel era extraordinariamente distinto de Adler. No tenía nada de su pesadez y lejos de concentrarse exclusivamente en la teoría, tenía muy poco interés por ésta. Era, sobre todo, práctico y empírico, pero la diferencia más importante entre él y Adler consistía en que tenía un acceso rápido al inconsciente, mientras que el segundo tenía tan poca capacidad para ello que pronto dejó de creer en su existencia. Stekel era un psicólogo naturalmente dotado, con un extraordinario olfato para el material reprimido y sus contribuciones al conocimiento del simbolismo, terreno éste en que tenía mayor genio intuitivo que Freud, fueron de un valor muy considerable en las primeras etapas del psicoanálisis. Freud admitía esto con toda naturalidad. Decía que a menudo había discutido con Stekel acerca de la interpretación de un determinado símbolo, para tener que reconocer más tarde, a continuación de nuevos estudios, que éste tenía razón. Desgraciadamente este talento estaba unido a una incapacidad poco común de juicio. Stekel carecía de todo sentido crítico y cuando se liberó de ese grado de disciplina que impone la labor en común con los colegas, su intuición degeneró en un simple ejercicio de adivinanza. A ratos se mostraba penetrante, muchas veces evidentemente no y nada de ello era de fiar. En la primavera de 1911 publicó un voluminoso libro sobre sus sueños. Así como sos-

tenía algunos conceptos estimables y brillantes, otros eran muy confusos. Freud consideró que era «mortificante para nosotros, a pesar de sus nuevos aportes». La verdad es que Stekel, que sabía escribir con fluidez, pero sin mayor cuidado, era un periodista nato en el mal sentido de la palabra, es decir, que daba mucha más importancia al efecto producido que a las verdades comunicadas, y en realidad se ganaba en parte la vida escribiendo folletines en la prensa local.

Stekel era, como lo admitiría Freud, una buena persona en el fondo y, cosa que yo puedo confirmar, era un compañero agradable. A diferencia de Adler, se le veía siempre contento, de buen humor y muy divertido. Cierta vez Freud dijo de él a Hitschmann: «No es más que un trompetero, pero así y todo le tengo afecto.»

Pero Stekel tenía un serio defecto, que lo hacía inadecuado para trabajar en un terreno académico: carecía de toda conciencia científica. Nadie concedía mucho crédito, por ello, a las experiencias que relataba. Era su costumbre, por ejemplo, iniciar la discusión, cualquiera que fuera el tema del día, con la siguiente observación: «Precisamente esta mañana he visto un caso de esta índole.» El «paciente de los miércoles» de Stekel se hizo proverbial.

Cuando se le preguntó cómo podía probar la verdad de cierta asombrosa afirmación que hizo, replicó: «Yo estoy aquí para descubrir cosas; otra gente puede dedicarse a probarlas, si lo desea.»

En un artículo que escribió sobre la importancia psicológica que tienen los apellidos para las personas, incluso en la elección de carreras y otros asuntos, citó un enorme número de pacientes cuya vida había sido profundamente influida por su nombre.

Cuando Freud le preguntó cómo pudo decidirse a publicar los nombres de tantos pacientes, Stekel contestó, con una sonrisa tranquilizadora: «Son todos inventados.» El hecho no deja de disminuir un tanto el valor demostrativo del material aportado. Freud se negó a permitir la publicación del artículo en el *Zentralblatt* y Stekel tuvo que publicarlo en otra parte.

Una de las cosas que posiblemente fastidiaban bastante a Freud era la costumbre que había tomado Stekel de citar en las reuniones de la Sociedad episodios y tendencias de su propia vida, que, por lo que Freud sabía de él, por haberlo analizado, eran falsos. Al mismo tiempo dirigía a Freud una mirada desafiante como para animarlo a desmentirlo, con la consiguiente violación del secreto profesional. Cierta vez pregunté a Freud si él creía que el «ideal del yo» era un atributo universal, a lo que replicó con gesto de sorpresa: «¿Pero usted cree que Stekel, por ejemplo, tiene un ideal del yo?»

Pero lo que produjo finalmente la ruptura fue una cosa de carácter más bien indirecto. Ocurría que Stekel y Tausk, por alguna razón se odiaban mutuamente y en la última reunión de la temporada 1911-1912 (mayo 30 de 1912) tuvo lugar entre ellos una escena muy desagradable. Pero Freud, si bien alguna vez había dicho de Tausk que era una «bestia salvaje», tenía una opinión muy elevada de su capacidad y precisamente entonces quería que se encargara de la sección bibliográfica del *Zentralblatt*, que se hallaba muy descuidada. Stekel se puso inmediatamente a la ofensiva, declarando que no permitiría la aparición de una sola línea de Tausk en su *Zentralblatt*. Freud le recordó que la revista era el órgano oficial de la Asociación Internacional y que tales pretensio-

nes estaban fuera de lugar. Pero Stekel había tomado una actitud arrogante y no estaba dispuesto a ceder. Su éxito en el terreno del simbolismo le daba la sensación de haber superado a Freud. Le agradaba expresar esta estimación de sí mismo, en un tono a medias modesto, diciendo que un enano encaramado sobre el hombro de un gigante podía ver más lejos que el gigante mismo. Cuando Freud oyó esto comentó ásperamente: «Esto puede ser así, pero no cuando se trata de un piojo sobre la cabeza de un astrónomo.»

Freud escribió a Bergmann, el editor, solicitándole el reemplazo de Stekel como encargado de la revista. Pero también le escribió Stekel, y el asombrado editor replicó que las cosas quedarían tal cual hasta completarse el tomo en curso después de lo cual se proponía interrumpir del todo la publicación de la revista. Entretanto, en la reunión del 6 de noviembre, fue anunciada la decisión de Stekel de retirarse de la Sociedad de Viena.

Escribiendo a Abraham, decía Freud: «Estoy muy contento de que Stekel esté marchando ahora por su propio camino. Usted no puede imaginarse todo lo que me ha hecho sufrir la tarea que significaba el tener que defenderlo contra todo el mundo. Es un hombre insoportable.» Muchos años después Freud decía de él, en una carta, que era un caso de «insania moral».

C. G Jung (1876-1961)

La reacción de Freud ante la separación de Adler y Stekel fue simplemente una sensación de alivio al verse libre de tantas dificultades y disgustos. Pero

el caso de Jung fue muy distinto. La ruptura con éste constituyó un hecho mucho más importante, tanto desde el punto de vista personal como del científico. Jung se había iniciado con un conocimiento mucho más amplio del psicoanálisis del que jamás tuvo Adler y lo que él ofrecía al mundo era una explicación diferente de algunos, por lo menos, de los hallazgos de esta ciencia. Su capacidad intelectual y la amplitud de su cultura sobrepasaban en mucho los elementos con que podía contar Adler, de modo que en todos sentidos debía ser tomado mucho más en serio que éste.

De 1906 a 1910 Jung daba la sensación de ser un partidario no solamente sincero sino también muy entusiasta de la obra y de las teorías de Freud. Sólo una mirada muy aguda podría haber percibido entonces algún indicio de su futura grieta, y Freud, por su parte, tenía los más poderosos motivos para cerrar los ojos ante tales indicios. Abraham que había trabajado bajo su dirección durante varios años, ya se había sentido desconcertado ante lo que él llamaba la tendencia al ocultismo, la astrología y el misticismo en Zurich, pero sus críticas no impresionaron a Freud, que había depositado grandes esperanzas en Jung.

Se veía bien claro que existía cierta antipatía mutua entre Viena y Zurich, pero todos confiábamos en que ella se vería mitigada con el tiempo, por la acción de nuestros intereses comunes. En esa época Jung se mostraba muy amistoso conmigo y manteníamos una extensa correspondencia, que he conservado.

En la visita a Worceste en 1909, Jung me sorprendió al decir que a él le parecía innecesario entrar en detalles sobre temas desagradables con los pacien-

tes; resultaba incómodo después, al encontrarse con ellos en una comida o una reunión social. Bastaba con insinuar fugazmente esos temas y ya los pacientes comprendían, sin necesidad de usar un lenguaje franco. Esta actitud me pareció muy diferente de la forma categórica en que habíamos estado enfocando temas muy serios, pero, a pesar de la honda impresión que me produjo, es esta la primera ocasión en que yo saco a la luz esta observación de Jung. Pero unos tres años después supimos por Oberholzer que esta idea de no entrar en detalles ya era cosa corriente en las enseñanzas de Jung. Me parece interesante confrontar esto con el categórico párrafo de una carta que escribió Freud a Pfister comentando su análisis del Conde Zinzendorf. «Su análisis adolece de la debilidad hereditaria de la virtud. Es la obra de un hombre excesivamente decente, que se siente obligado a ser discreto. Pero estos asuntos psicoanalíticos reclaman una exposición completa para resultar comprensibles, del mismo modo que un psicoanálisis sólo puede progresar si se abandona el plano de las abstracciones para descender a los pequeños detalles que se ocultan debajo de aquellas. La discreción es, pues, incompatible con una buena exposición del psicoanálisis. Es necesario convertirse en una mala persona, violar las reglas, sacrificarse, traicionar y comportarse como el artista que compra la pintura con el dinero que la esposa tiene destinado a la casa o quema los muebles para caldear la habitación en que está posando su modelo. Sin este tipo de delincuencia no cabe esperar la realización de nada grande.»

Jung había hablado en un tono bastante diferente hacía apenas unos meses: «Haríamos bien en no dejar que la teoría de la sexualidad irrumpa y se co-

loque en primer plano. Se me han ocurrido muchas ideas acerca de esto, especialmente en los aspectos morales de la cuestión. Creo que el anunciar públicamente ciertas cosas significaría cortar la rama sobre la que descansa la civilización; se subestima el impulso a la sublimación... La actitud extrema representada por Gross es decisivamente errónea y peligrosa para todo el movimiento... Tanto con los estudiantes como con los pacientes sigo adelante gracias a que no coloco en lugar prominente el tema de la sexualidad.»

Vino entonces la visita común de 1909 a Estados Unidos, en el curso de la cual los tres amigos se llevaron muy bien. En marzo de 1910 Jung hizo una rápida visita a Chicago, para una consulta, pero permaneció solamente siete días en Estados Unidos y volvió a tiempo para presidir el Congreso de Nuremberg, el día 30. A fines de este año Freud viajó a Munich para conversar con Bleuler. Esto parece haber tenido mucho éxito. «He llegado a un completo entendimiento con él y establecido una buena relación personal. Después de todo no es más que un pobre diablo como nosotros y necesita un poco de amor, circunstancia ésta que tal vez ha sido dejada de lado en ciertos círculos que le importan mucho. Es casi seguro que se plegará a la Sociedad de Zurich, con lo cual será subsanada la división allí existente. Un día después de su partida llegó Jung. Estaba magnífico y me hizo mucho bien. Le abrí mi corazón acerca del asunto Adler de mis propias dificultades y mi preocupación sobre lo que se puede hacer en el asunto de la telepatía... Estoy más convencido que nunca de que él es el hombre del futuro. Sus investigaciones propias lo han conducido muy lejos en el terreno de la mitología, que desea abrir

con la llave de la teoría de la libido. Con todo lo agradable que es todo esto le he pedido, sin embargo, que volviera a tiempo a las neurosis. Ésta es nuestra patria, donde tenemos que fortificar en primer término nuestras posiciones, contra todo y contra todos.» Esta última observación caracteriza muy bien la actitud de Freud. Con todo lo que se interesaba él mismo en la historia de la humanidad y a pesar del deseo que a veces sentía de dedicarse a esos estudios, reconocía que estos otros campos eran lo que él llamaba «colonias» del psicoanálisis, no la verdadera patria.

En 1911 las cosas también marcharon bien al comienzo. Jung hizo otra visita a Estados Unidos, con motivo de lo cual Freud se quejó de que el «príncipe heredero» estuviera tanto tiempo fuera del país. En el otoño, Freud se sintió asombrado ante una carta que la señora Jung escribió a Ferenczi y en la que expresaba su esperanza de que Freud no se sintiera disgustado con su esposo. En realidad no había motivo para ello en esa época, pero es posible que ella hubiera comenzado a advertir en su esposo ciertas tendencias divergentes que cabía suponer que no agradarían a Freud.

Los cinco años felices tocaban a su fin y a comienzos de 1912 comenzaron a agolparse las nubes. Freud se vio obligado a comprobar en ese año que sus esperanzas acerca de una constante camaradería con Jung estaban condenadas a terminar en una decepción y que Jung se estaba orientando en una dirección que bien podría conducir a una separación tanto personal como científica. Pasó los dos años siguientes devanándose los sesos para encontrar la manera adecuada de enfrentar esta nueva situación.

Es importante, desde luego, conocer los fundamentos de este cambio. Desde dos años atrás, las invectivas contra las teorías sexuales de Freud estaban expandiéndose también en toda Suiza, lo cual no podía dejar de acarrear a los analistas de ese país toda clase de dificultades, tanto de orden práctico como moral. Comenzaron a aparecer artículos en la prensa diaria en los que se denunciaban las malvadas teorías de origen vienés y se expresaba la esperanza de que ellas no llegarían a corromper el alma impoluta de los suizos. Hay que tener en cuenta, por otra parte, que una de las peculiaridades más destacadas de los suizos es el poderoso vínculo que los une entre sí. Son bien contados, por ejemplo, los extranjeros que llegan a adquirir ciudadanía suiza. Hay pocos lugares en el mundo en que resulte más difícil que en este país el apartarse de los principios morales imperantes en la comunidad. La consecuencia de esto fue que bien pronto los analistas suizos empezaron a pasarlo muy mal, cosa que se evidencia ampliamente en las cartas de Pfister a Freud. El hecho es que no pasaron dos años sin que todos los analistas suizos, con excepción de dos o tres, adjuraran de sus «errores», apartándose de las teorías sexuales de Freud.

Lo que más afectó a Freud en 1910, y en mayor grado aún de 1911, fue la comprobación de que la intensa dedicación de Jung a sus investigaciones mitológicas estaba incidiendo en el cumplimiento de las funciones presidenciales que le había conferido. Había pensado en Jung como directo sucesor suyo, y lo veía en su imaginación no sólo agregando constantemente nuevos aportes a los que ya había hecho al psicoanálisis sino convertido en el centro de todas las actividades psicoanalíticas. Jung sería el nexo ofi-

cial entre las diversas sociedades filiales y se encargaría de ofrecer su consejo y su ayuda dondequiera que ello fuese necesario, de supervisar la múltiple labor administrativa en los Congresos, las publicaciones, etc. De esta manera Freud se vería liberado de la obligación de desempeñar un papel central y activo, cosa que tan poco le agradaba. Desgraciadamente Jung tampoco se sentía inclinado a ello. Jung decía a menudo que era un herético por naturaleza, y que eso mismo fue lo que en un principio lo empujó hacia Freud, cuya obra era de carácter sumamente herético. Pero trabajaba mejor que nunca cuando lo hacía solo y carecía de ese talento especial que hace falta para la labor en común o la supervisión del trabajo de los colegas. Tampoco le agradaban las minucias administrativas. En pocas palabras, no era el hombre adecuado para el papel que le había asignado Freud como Presidente de la Asociación y dirigente máximo del movimiento psicoanalítico.

Tampoco habrían de verse satisfechas por mucho tiempo las aspiraciones de Freud en otros aspectos, de índole más personal. Jung demostró siempre ser un corresponsal un tanto inconstante. El enfrascamiento en sus investigaciones lo hacía cada vez más remiso en ese aspecto. Y éste era precisamente un terreno en el que Freud se mostró siempre muy sensible. No sólo le gustaba mucho el recibir cartas —además de escribir muchas por su parte— sino que cualquier tardanza en la respuesta de parte de los demás solía provocar en él temores de diversa índole: una enfermedad, un accidente, etc. La nueva situación creada debe haberle hecho recordar —y así se lo manifestó él mismo, poco después, a Jung— lo que le había ocurrido con Fliess ya que el primer

signo de alejamiento que se advirtió en éste había sido un retraso similar en contestar a las cartas de Freud. Con toda sensatez, decidió resignarse ante lo inevitable, una vez que hubo comprobado la inutilidad de ciertas leves protestas que había intentado. De ahí en adelante sabía que no cabía esperar mucho y que era preferible acallar en buena parte sus sentimientos personales al respecto.

Freud no había hablado nunca de estas cosas hasta 1911, que fue cuando dejó caer algunas alusiones, ante Ferenczi a la forma poco satisfactoria en que Jung conducía los asuntos. Con todo hacía apenas un año que le había manifestado a Ferenczi, confidencialmente, su convicción de que Jung era el hombre del futuro

El famoso ensayo de Jung sobre los *Símbolos de la libido*, más tarde publicado en forma de libro, apareció en dos entregas. En la segunda parte fue donde las divergencias con Freud se hicieron manifiestas.

En mayo de 1911 Jung le manifestó a Freud que a su juicio el término libido no designaba otra cosa que una tensión *general*. Mantuvieron acerca de esto una correspondencia, pero en noviembre Jung anunció que estaba «ampliando» el concepto de libido. En ese mismo mes su esposa escribía a Freud que a éste no iba a agradarle lo que su marido estaba escribiendo en la segunda parte del ensayo. Era la parte en que la idea de incesto ya no era tomada en su sentido literal sino como «símbolo» de ideas más elevadas.

El año 1912 fue decisivo en cuanto a la separación entre Freud y Jung. Tres episodios registrados en ese año desempeñaron un papel en el cese de-

finitivo de la relación personal entre ellos. El primero de éstos fue la visita que Freud hizo el domingo de Pentecostés a Binswanger, en Kreuzlingen, cerca de Constanza. Hacía mucho tiempo que Freud había prometido esa visita, en retribución de las muchas que Binswanger había hecho a Viena, pero esta vez había además una razón especial. Binswanger había pasado por una peligrosa intervención quirúrgica, que encerraba el peligro de una muerte cercana, cosa que felizmente no ocurrió. El jueves 23 de mayo escribió a Binswanger y Jung haciéndoles saber que partiría al día siguiente. Como sólo disponía de cuarenta y ocho horas para esta visita no tenía el propósito de proseguir el viaje hasta Zurich, pero supuso que Jung no dejaría de aprovechar la oportunidad para reunirse con ellos en Kreuzlingen. Permaneció allí desde el mediodía del sábado hasta el mediodía del lunes. Para sorpresa y decepción de Freud, no hubo noticia alguna de Jung.

Al mes siguiente, y varias veces después, Jung hizo algunas observaciones sarcásticas, en su correspondencia con Freud, acerca de que «entendía su gesto de Kreuzlingen», frase ésta que dejaba absolutamente perplejo a Freud, quien no llegó a descifrar su significado hasta después de haber transcurrido seis meses.

El segundo hecho fue la serie de conferencias que Jung pronunció en Nueva York en el mes de setiembre, para lo cual, al aceptar en marzo la invitación, tuvo que postergar por un año la realización del Congreso Psicoanalítico. Empezaban a llegar desde Nueva York informaciones de la actitud de abierta oposición, de parte de Jung, a las teorías de Freud, e incluso a él mismo a quien estaba presentando como una persona anticuada, cuyos errores Jung estaba

ahora en condiciones de puntualizar. Ya en mayo de ese año Jung había manifestado a Freud que los deseos incestuosos, en su opinión, no debían tomarse literalmente como tales, sino como símbolos de otras tendencias. Constituían nada más que una fantasía destinada a levantar el ánimo. Después de esto hubo un completo silencio durante cinco semanas. Freud manifestó a Abraham que la vieja predicción de éste acerca de Jung, a la que él no había querido prestar oído, se estaba cumpliendo, pero que él, por su parte, no quería provocar una ruptura. A su regreso de Estados Unidos, Jung envió a Freud una larga relación de todo lo acontecido allí, haciéndole saber que había logrado un completo éxito en cuanto a hacer más aceptable el psicoanálisis, mediante la exclusión de los temas sexuales. Freud le replicó, en forma concisa y escueta, que no veía en ello ningún alarde de inteligencia. Bastaría con excluir más cosas aún para que el psicoanálisis resultara más aceptable todavía. Anteriormente, en el mes de junio, le había dicho a Jung que sus divergencias en cuanto a teoría psicoanalítica no tenían que afectar su relación personal, pero ésta venía empeorando evidentemente de un mes a otro. Todavía en el mes de setiembre Freud opinó que no era grande el peligro de separación, pero que el antiguo afecto personal ya no podría restablecerse.

El último de estos hechos, el más decisivo, fue el encuentro de ambos en el mes de noviembre, en Munich. Esta fue la última ocasión en que se reunían, salvo el encuentro del año siguiente, que se realizó en esa misma ciudad. Jung había convocado a una reunión de colegas prominentes para tomar una decisión formal en el plan de dejar a Stekel el *Zentralblatt* y crear, para reemplazar dicha revista, el *Zeits-*

chrift. En la reunión, que se hizo a las nueve, Jung propuso que el plan de Freud, en cuanto al reemplazo de una revista por otra, se aceptara sin discusión, pero Freud prefirió hacer primeramente un informe sobre las dificultades que había tenido con Stekel y las razones de su propio proceder. Todos se plegaron amistosamente a cada uno de los pasos propuestos por Freud, y la reunión terminó antes de las once.

Freud y Jung realizaron entonces un paseo de dos horas, mientras llegaba el momento de almorzar. Esta fue la ocasión para aclarar el misterioso «gesto de Kreuzlingen». Jung manifestó que no había podido superar el resentimiento provocado por el hecho de que Freud le había notificado con dos días de atraso su visita a Kreuzlingen en mayo: había recibido la carta el lunes, es decir, el mismo día en que Freud ya volvía a Viena. Freud admitió que esto habría sido un acto de bajeza de su parte, pero estaba seguro de haber despachado las dos cartas, a Jung y Binswanger, el mismo día, que era el jueves anterior. En eso Jung recordó repentinamente que ese fin de semana había estado ausente de su casa por dos días. Freud le preguntó, por supuesto, por qué no había mirado la fecha en el sobre o preguntado a su mujer cuándo había llegado la carta, antes de hacer tales reproches. Su resentimiento debió tener evidentemente otra fuente y Jung había recurrido, para justificarlo, a esta doble excusa. Jung se mostró muy contrito y admitió la existencia de rasgos difíciles en su carácter. Pero también Freud tenía necesidad de desahogo y no dejó de hacerle una buena reprimenda. Jung aceptó todas sus críticas y prometió enmendarse.

Durante el almuerzo Freud se mostró muy ani-

mado, exaltado indudablemente por la idea de haber vuelto a conquistar plenamente a Jung. Hubo un leve comentario del reciente artículo de Abraham sobre un personaje egipcio, Amenhotep, durante el cual se registraron algunas divergencias de opinión, y a continuación de esto Freud comenzó a criticar a los suizos por las recientes publicaciones en Zurich, en las que su obra, e incluso su nombre, era ignorado. Este episodio, incluyendo el desmayo de Freud, ya ha sido relatado en otra parte de esta obra, lo cual me exime de narrarlo ahora, pero quiero agregar algo, en esta ocasión, a la interpretación dada allí. Cuando Ferenczi supo de este incidente le hizo recordar a Freud otro similar, ocurrido en Bremen en el momento en que los tres estaban a punto de iniciar el viaje a Estados Unidos, en 1909. También en aquel momento, como aquí, Freud acababa de obtener una pequeña victoria sobre Jung. Éste había sido educado en la fanática tradición antialcoholista de Burghölzli (Forel, Bleuler, etc.), y Freud hizo todo lo que pudo para mofarse de él en este aspecto. Freud tuvo éxito en cuanto a hacer cambiar la actitud de Jung hacia el alcohol —cosa que luego no dejó de tener graves consecuencias en las relaciones entre Jung y Bleuler—, pero en seguida se desplomó, víctima de un desvanecimiento. Ferenczi, con su penetración, no dejó de preguntarse si el episodio no habría de repetirse aquí, en Munich, cosa que realmente ocurrió. En su respuesta, Freud, después de analizar su desmayo, expuso su opinión de que todos sus ataques de esa índole tenían su origen en el efecto que le había causado, a la edad de un año y siete meses, la muerte de su hermano menor. Parecería, por lo tanto, que en Freud se daba un caso leve del tipo que él mismo describió como «los que al triunfar fracasan»

—en este caso, al derrotar a un rival—, y el primer ejemplo de ello sería el éxito que habrían obtenido sus deseos de muerte dirigidos contra su hermano Julius. Esto nos lleva a recordar la momentánea ofuscación ante el Acrópolis en 1904, episodio éste que analizó, a la edad de ochenta y un años, señalando su origen en la realización del oculto deseo de sobrepasar a su padre. El Mismo Freud, en efecto, señaló la semejanza entre aquella experiencia y ese otro tipo de reacción a que nos hemos estado refiriendo.

Jung, al despedirse, le dio nuevas seguridades de su lealtad, y a su regreso a Zurich le escribió una carta humilde, en la que expresaba su gran contricción y su deseo de enmienda. Pero una semana después ocurrió en Zurich algo cuyo carácter exacto desconocemos; el hecho es que llegó de allí una carta para calificar cuyo contenido resultará pálida la palabra «descaro». Después de esto, y luego de un intercambio de cartas sobre asuntos administrativos, se produjo una nueva crisis, la última, en el aspecto de las relaciones personales. Freud había manifestado a Jung, hacía algún tiempo, que su idea de que el complejo de incesto era una cosa artificiosa tenía cierta semejanza con el concepto de Adler al respecto, ya que según éste se trataría de algo «aderezado» desde adentro para encubrir otros impulsos, de naturaleza diferente. Este mismo comentario había sido hecho también por otros, y Jung se sentía molesto por cuanto esto implicaba una conexión con Adler. En el momento a que nos estamos refiriendo escribió a Freud una carta en la que le decía que «ni los mismos compañeros de Adler consideran que yo formo parte del grupo de usted». (Aquí se deslizó un lapsus, ya que había querido decir «el

grupo de ellos»)[1]. Y como Jung había estado insistiendo en que su actitud, con respecto a sus nuevas ideas, era puramente objetiva, Freud, incautamente, no pudo resistir el impulso de preguntarle si sería lo bastante objetivo como para darle su opinión sobre ese «lapsus calami». Con un hombre de la susceptibilidad de Jung, eso significaba, de parte de Freud, buscarse él mismo una complicación. Y en efecto, a vuelta de correo, vino una carta explosiva y muy insolente sobre la «neurosis» de Freud. Éste se sintió humillado, como nos lo manifestó, al verse tratado de esa manera, y no llegaba a decidir en qué tono le habría de contestar. Escribió una carta en tono suave, pero no la envió nunca. Pero quince días más tarde, al dirigirse a él para un asunto de índole administrativa, le propuso poner fin a la correspondencia personal, a lo que Jung asintió de inmediato. Por el término de algunos meses siguieron manteniendo correspondencia sobre asuntos administrativos, e incluso, aunque muy poco, sobre temas científicos, pero aún eso terminó después de los desagradables sucesos del Congreso de 1913.

Todo esto dio origen a una situación muy engorrosa. Jung seguía siendo Presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional y teniendo a su cargo el *Jahrbuch*. Todavía seguía siendo función suya el mantener unidas las distintas Sociedades filiales y crear otras. Por otra parte, la divergencia entre la concepción de Freud y la de Jung se acrecentaba de tal modo y era de carácter tan fundamental, que comenzamos a preguntarnos qué es lo que había

1. En alemán resulta muy fácil esta clase de lapsus: basta decir "ihrer" con mayúscula en vez de minúscula.

de común en la labor científica de uno y otro grupo —que podríamos llamar, para abreviar, el vienés y el suizo— y por cuánto tiempo más podría tener algún sentido cualquier tipo de colaboración.

Freud se resignó pronto a la pérdida de la amistad de Jung, a pesar de las grandes satisfacciones que le había procurado durante varios años, y se volvió hacia otros amigos, especialmente Ferenczi. Pero se echaba en cara a sí mismo el error que había cometido en su juicio sobre la personalidad de Jung, y nos manifestó que, después de haber incurrido en tamaña equivocación, creía preferible encargarnos de la elección del nuevo presidente a nosotros, es decir, al «Comité» [1].

Al anunciar a Ferenczi el cese de sus relaciones con Jung, agregaba Freud: «Considero que no hay manera de rectificar los errores de la gente de Zurich y creo además que dentro de dos o tres años estaremos marchando en direcciones enteramente diferentes, y sin ninguna posibilidad de entendimiento mutuo... La mejor manera de precaverse de la amargura es no esperar ya nada en ese sentido, es decir, prepararse para lo peor».

En la primavera de 1913 existía cierta incertidumbre acerca de lo que habría de ocurrir en el Congreso venidero y de si la Asociación Internacional habría de sobrevivir a la escisión. Freud expresaba su ansiedad en estas líneas: «Todo lo que nos aparte de nuestras verdades encontrará, por supuesto, la aprobación del gran público. Es bastante posible que esta vez consigan sepultarnos realmente, después de tantas letanías fúnebres ensayadas en vano. Esto será muy importante para nuestro destino personal, pero

1. Ver el próximo capítulo. (Eds.)

no significará nada para el de la Ciencia, La verdad nos pertenece. Estoy tan seguro de ello como lo estaba quince años atrás. No he participado nunca en polémicas. Mi costumbre es la de repudiar en silencio y proseguir mi camino.»

Maeder escribió a Ferenczi diciéndole que la diferencia entre los vieneses y los suizos consiste en que aquéllos son judíos y éstos «arios». Freud le aconsejó a Ferenczi que contestara en estos términos: «Existen, efectivamente, grandes diferencias entre el espíritu judío y el ario. Podemos observarlo a diario. A cada momento podrá ser posible encontrarse, por lo tanto, con enfoques diferentes en la vida o en el arte. Pero no puede haber una ciencia aria o judía. Las conclusiones de la ciencia tienen que ser las mismas, aunque varíe su forma de presentación. Si estas diferencias se reflejan en la captación de las relaciones objetivas en la ciencia, debe haber algo que no marcha bien.»

Ante la proximidad del Congreso todos estuvimos de acuerdo, en nuestras conversaciones preliminares, en que nuestro objetivo debería ser el de la colaboración con los suizos y que se debía hacer todo lo posible para evitar una ruptura. Hicimos especial hincapié en que deberíamos alojarnos en el mismo hotel en que lo harían los suizos, para no dar la impresión de relaciones tirantes con ellos.

En octubre, Jung escribió a Freud que había oído, por Maeder, que Freud dudaba de su buena fe. Renunciaba por ello a su cargo en el *Jahrbuch* y le hacía saber que en adelante ya no sería posible ninguna cooperación entre los dos. Al mismo tiempo recibí una carta de Jung en la que me decía que la situación era «absolutamente incurable», lo cual, desgraciadamente, era la estricta verdad.

Sólo quedaba, después de esto, la cuestión puramente técnica acerca de la forma en que tendría lugar oficialmente la separación.

En forma bastante inesperada, en abril de 1914, Jung renunció a su cargo de Presidente, probablemente a consecuencia de reseñas desfavorables aparecidas en el *Zeitschrift*. Decidimos unánimemente que Abraham lo reemplazara interinamente como Presidente hasta el próximo Congreso a realizarse en Dresde en setiembre. Inmediatamente antes del comienzo de la guerra, Jung anunció su alejamiento de la Asociación Internacional y al mismo tiempo supimos que ninguno de los suizos se proponía concurrir al Congreso. Esto era consecuencia, al parecer, del ensayo polémico de Freud, aparecido en junio, ensayo que, a juicio de Ferenczi, era una verdadera «bomba».

Freud no se hacía ninguna ilusión acerca del daño que ocasionaría al psicoanálisis la defección de Jung. En una de sus cartas me decía: «Es posible que estemos sobrestimando a Jung y lo que puede realizar en el futuro. Se está colocando en una posición que no le favorece ante el público al volverse contra mí, es decir, contra su propio pasado. Pero mi opinión general en todo esto es muy similar a la suya. Lo que yo preveo no es un éxito inmediato sino una incesante lucha. Todo aquél que prometa a la humanidad liberarla de las dificultades de lo sexual será aclamado como un héroe, cualesquiera sean las tonterías que se le ocurra decir.» Esta predicción de Freud resultó acertada. Ya en enero de 1914 el *British Medical Journal* celebró la conversión de Jung como un «retorno a un enfoque más sano de la vida». Hasta hoy en día se señala a Jung, en determinados círculos, como el hombre que expurgó las doctrinas

de Freud de su obscena preocupación por los temas sexuales. Por su parte los psicólogos de la psicología general, así como otras personas, aprovecharon gustosos la ocasión de declarar que, dado que existían tres «escuelas de psicoanálisis» —Freud, Jung y Adler—, que no podían ponerse de acuerdo acerca de sus propias conclusiones, nadie tenía necesidad de tomar toda la cosa en serio. Todo era bastante dudoso.

Fue esta última consideración, la afirmación de que existían muchas escuelas psicoanalíticas, diferentes entre sí, la que impulsó a Freud a defender sus derechos en cuanto a la obra por él realizada, escribiendo, durante los meses de enero y febrero de 1914, su ensayo, de carácter polémico, titulado *Historia del movimiento psicoanalítico*. En él afirmaba que, más que ningún otro, él era el indicado para saber qué era el psicoanálisis y cuáles los métodos y las teorías característicos que los distinguían de las otras ramas de la psicología.

VI

EL «COMITÉ»

Yo estaba afligido por las tres defecciones que he historiado en el capítulo precedente y preveía la posibilidad de otras en el futuro. En julio de 1912 mientras Freud se hallaba en Karlsbad, yo me encontraba en Viena y mantuve una conversación con Ferenczi sobre la situación. El plan ideal habría sido, según lo señaló con todo acierto Ferenczi, el procurar que un cierto número de personas cabalmente analizadas por Freud, estuviera repartido en los diferentes centros o países. Pero como parecía no haber posibilidades para la realización de esta idea, yo propuse que entre tanto constituyéramos una especie de «Guardia Vieja» —un pequeño grupo de analistas de confianza— alrededor de Freud. Le procuraría una seguridad que sólo podía darle un grupo estable de amigos firmes y le ofrecería una tranquilidad en el caso de nuevas disensiones, a la vez que nosotros estaríamos en condiciones de ofrecerle una ayuda práctica, ya sea contestando a las críticas, reuniendo para él la bibliografía necesaria, aportando

aquellos casos de nuestra experiencia que pudieran resultarle ilustrativos, etc. Los miembros del grupo contraeríamos una sola obligación expresa: para el caso de que cualquiera de nosotros estuviera decidido a apartarse de algunos de los principios fundamentales de la teoría psicoanalítica, tales como el de represión, el de psiquismo inconsciente, el de la sexualidad infantil, etc., debería comprometerse a no hacerlo públicamente sin discutir antes sus ideas con los otros miembros del grupo. La idea de la formación de un grupo de esta índole tenía, por supuesto, sus antecedentes, en mis propias lecturas e ideas: así, por ejemplo, las historias de los paladines de Carlomagno y las numerosas sociedades secretas acerca de las cuales había leído.

Ferenczi acogió de muy buen grado mi sugestión, que luego expusimos a Rank. También escribí al respecto a Freud. Rank estuvo de acuerdo, por supuesto.

Después de esto me dirigí a Sachs, mi amigo más antiguo y más íntimo en Viena, y por su parte Ferenczi y Rank tomaban contacto, un poco más tarde, con Abraham, durante una visita que hicieron a Berlín.

En cuanto a Freud mismo se mostró entusiasmado y contestó mi carta a vuelta de correo. «Lo que inmediatamente captó mi imaginación fue su idea de constituir un consejo secreto compuesto de los hombres mejores y de más confianza con que contamos y que tomaría a su cuidado el desarrollo ulterior del psicoanálisis y defendería la causa contra las personas y los obstáculos con que ésta podrá tropezar cuando yo ya no esté... No ignoro que en esto se encierra también un elemento casi infantil y quizá romántico, pero tal vez resulte posible adaptarlo

a las necesidades de la realidad. Daré rienda suelta a mi fantasía y le dejaré a usted el papel de censor.

»Me atrevo a decir que me sería más grata la vida y más fácil la muerte el día que supiera que existe un grupo de tal índole, encargado de vigilar lo que he creado.»

Un año más tarde escribía a Abraham: «Usted no se imagina cuánta alegría me proporciona la cooperación de cinco hombres como ustedes en mi obra.»

En octubre de 1919 Freud propuso a Max Eitingon como sexto miembro del Comité, con lo que éste quedó definitivamente integrado. Eitingon reemplazaba a Anton von Freund, cuya enfermedad y subsiguiente fallecimiento le impidieron ocupar ese lugar. El Comité comenzó a actuar antes de la guerra, pero sólo fue después de ésta que adquirió toda su importancia para Freud, tanto desde el punto de vista administrativo y científico, como también, y sobre todo, personal. En la carta en que comunicaba a Eitingon su designación, escribía Freud: «El secreto de este Comité es que me ha sacado de encima el peso enorme de la preocupación para el futuro, de modo que yo ya puedo proseguir con tranquilidad mi camino hasta el fin.»

El Comité se reunió por primera vez, en pleno, el verano siguiente. El 25 de mayo de 1913 Freud celebró el acontecimiento obsequiándonos a cada uno de nosotros un antiguo camafeo griego de su colección, que luego engarzamos en sendos anillos de oro. Freud llevó también, por muchos años, un anillo como éste, un camafeo greco-romano con la cabeza de Júpiter.

Quedó convenido que, en mi calidad de fundador, yo ocupara la presidencia del Comité, cosa que se prolongó durante casi toda la existencia de éste.

Freud tuvo, durante toda su vida, muchos amigos no analistas, todos los cuales, a lo que yo sé, se mantuvieron fieles a él. Tuvo tres amigos íntimos que participaron en su vida científica, Breuer, Fliess y Jung, y los tres lo abandonaron. Nuestras amistades fueron ya las últimas que habría de hacer. No es nada difícil establecer la forma en que distribuía su afecto entre los cinco miembros del Comité anteriores a la guerra. Ferenczi era notoriamente el primero, y luego, seguían: Abraham, yo, Rank y Sachs, en ese mismo orden. Citaré también aquí la edad de cada uno: Ferenczi era el mayor, nacido en 1873; luego Venía Abraham, de 1877 luego yo, de 1879; luego Sachs, 1881; por último Rank, de 1885. Rank fue el primero de conocer a Freud, en 1906, Abraham en 1907, Ferenczi y yo en 1908 y Sachs en 1910 (si bien este último ya había asistido a sus clases durante años).

Freud mantuvo, durante muchos años, una correspondencia constante y abundante con aquellos de nosotros que no residíamos en Viena, y esa correspondencia, tanto de su parte como de la nuestra, se ha conservado. Al releerla hoy íntegramente (¡y más de una vez!) hay varias cosas que llaman la atención. Una de ellas es que Freud nunca mencionaba en sus cartas a los demás amigos. Era como si cada relación fuera completamente distinta y personal. Tampoco repetía noticia alguna en los mismos términos. Siempre describía las mismas cosas desde ángulos diferentes.

Hasta los asuntos científicos de que se ocupaba aparecían en cada caso con otro cariz.

La personalidad de Freud, así como la de cualquier otra persona, mal puede ser estudiada *in vacuo* sino en su relación con los demás y por lo tanto se

hace necesario conocer algo acerca de estas otras personas. Dado que el grupo de que aquí se trata significaba tanto para Freud, aun desde el comienzo, será conveniente decir algo acerca de sus miembros, no solamente en cuanto a sus actividades científicas, cuyo resultado se halla incorporado a la literatura psicoanalítica, sino en un sentido más personal. Siempre es cosa delicada hablar de los propios amigos, pero trataré de hacerlo de la manera más leal que pueda y de acuerdo con los principios que inspiran toda esta biografía.

Ferenczi —para usar el nombre que él y su familia adoptaron en lugar de apellido original, Fraenkel— era el miembro de más edad en el grupo, el más brillante y el que se hallaba en una relación más íntima con Freud. Desde cualquier punto de vista corresponde empezar con él. De su historia anterior y de la forma en que se acercó a Freud ya hemos dicho algo en otra parte. En cuanto al otro aspecto —el más sombrío— de su vida, al que ya hemos hecho alusión, era bastante poco lo que conocíamos hasta muchos años después, cuando ya no había manera de ocultarlo. Hasta entonces era un secreto solamente compartido con Freud. Lo que nosotros conocíamos era el dirigente y el amigo brillante, animador y benévolo. Tenía un gran encanto con un trato con los hombres, pero no tanto con las mujeres. Tenía una personalidad cálida y atrayente y un carácter generoso. Su espíritu estaba lleno de entusiasmo y devoción y siempre esperaba y provocaba estos mismos sentimientos en los demás. Era un analista altamente dotado, con un notable olfato para las manifestaciones del inconsciente. Por encima de todo era un conferenciante y un maestro entusiasta y lleno de sugestiones.

Pero tenía naturalmente, como todo ser humano, sus debilidades. La única que a nosotros se nos hacía evidente era su falta de sentido crítico. Solía proponer planes absolutamente sin base, habitualmente idealistas, sin criterio alguno acerca de las posibilidades de realización, pero cuando sus colegas le hacían volver a tierra y tomar contacto con la realidad lo aceptaba siempre de buen talante. Tenía otras dos cualidades, de las que entonces sabíamos muy poco aún y que probablemente se relacionaban entre sí. Tenía una necesidad insaciable de ser amado y cuando años después tuvo que enfrentarse con una inevitable frustración, no pudo resistir a su embate. Además, y quizás como una pantalla que encubría su excesivo amor a los demás y la necesidad de ser amado por ellos, llegó a adquirir una actitud un tanto dura en ciertas situaciones, que tendía a degenerar en un trato altivo y a veces dominador. Esto se hizo más manifiesto en los últimos años.

Ferenczi, con su carácter abierto e infantil, sus dificultades internas y su desatada fantasía, ejerció gran atracción sobre Freud. Era, en muchos aspectos, un hombre muy de su gusto. Una imaginación audaz y sin freno era cosa que siempre excitaba a Freud. Era un elemento intrigante de su propia personalidad y al que raras veces daba rienda suelta, ya que lo había dominado con una modalidad escéptica que de ningún modo existía en Ferenczi y un juicio mucho más equilibrado del que poseía éste. Así y todo, el espectáculo de su imaginación desenfrenada en lo demás era algo que Freud raras veces podía resistir y es de imaginar que los dos deben haber disfrutado de momentos sumamente agradables cuando se hallaban a cubierto de críticas de los demás.

Noviembre 17 de 1911

Querido hijo: [1]

Me pide usted una rápida respuesta a su emotiva carta y hoy me gustaría trabajar, pues estoy contento con las noticias que en seguida pasaré a relatarle. Le contestaré en forma breve y no diré mucho de nuevo. Estoy familiarizado, por supuesto, con sus «complejos» y debo confesar que preferiría tener un amigo que tuviera confianza en sí mismo. Pero ya que usted se presenta con tantas dificultades, tengo que tratarlo como a un hijo. Su lucha por la independencia no tiene por qué tomar la forma de alternación entre rebelión y sumisión. Creo que usted sufre además del miedo a los complejos que ha quedado asociado a la «mitología del complejo» de Jung. Un hombre no tiene por qué empeñarse en deshacerse de sus complejos, sino en ponerse de acuerdo con ellos: son ellos los que legítimamente dirigen su conducta en el mundo.

Por otra parte, usted se encuentra científicamente en el mejor de los caminos para lograr su independencia. Una prueba de ello son sus estudios sobre el ocultismo, que quizás a causa de ese afán suyo contienen cierto elemento indebido de ansiedad. No se avergüence usted de participar por lo común de mis opiniones y no me pida personalmente más de lo que estoy dispuesto a dar. Una persona debe sentirse contenta cuando, a título de verdadera excepción, se halla en condiciones de ponerse en armonía consigo misma sin ayuda externa. Usted conoce seguramente el viejo dicho: «Las cosas malas que a uno no le suceden deben ser colocadas en el haber».

Adiós y tranquilícese.

Con paternales saludos, suyo,

FREUD

1. Dos veces se dirigió Freud a Ferenczi con este apelativo, en parte en broma y en parte en un sentido psicoanalítico.

Abraham fue sin duda la persona más normal entre los miembros del grupo. Sus cualidades distintivas fueron la firmeza, el sentido común, la perspicacia y el dominio de sí mismo. Por tormentosa o difícil que fuera una situación él siempre mantenía una calma inquebrantable. Nunca emprendió una cosa con ánimo precipitado o vacilante. Fuimos él y yo, habitualmente de común acuerdo, quienes aportábamos el elemento de juicio en las decisiones. Era, para no decir precisamente el más reservado, por lo menos el menos expansivo de todos. No tenía nada de la actitud y maneras desbordantes e incitante de Ferenczi. Difícilmente podría hablarse de «encanto» y Freud a veces solía decirme que lo encontraba «demasiado prusiano». Pero le tenía un gran respeto. Con su independencia intelectual y su característico dominio de las propias emociones, no parecía tener necesidad alguna de una amistad especialmente cálida. No se mostraba más íntimo con relación a uno que a otro de nosotros.

Rank y Sachs eran grandes amigos y siempre trabajaban en armonía. Eran los únicos miembros del Comité que, por no ser médicos, no practicaron el psicoanálisis (hasta después de haber finalizado la guerra).

Una de las dificultades que representa el describir a Otto Rank —cuyo apellido original era Rosenfeld— es que ostentó dos personalidades absolutamente diferentes antes y después de la guerra respectivamente. Nunca he visto que otra persona llegara a cambiar tanto. Sus experiencias personales durante la guerra hicieron aflorar en él un vigor y otras manifestaciones de su personalidad que no habíamos sospechado nunca de él. Me limitaré por el momento al Rank de la preguerra, dejando para el

momento apropiado la descripción de los cambios sobrevenidos más tarde.

Rank procedía de un estrato social evidentemente inferior al de los otros y esto explica quizás su visible actitud de timidez y hasta de deferencia de aquella época. Pero esto tenía que ver más probablemente con sus inconfundibles tendencias neuróticas, de tan desastroso resultado en una época posterior de su vida. Había estudiado en una escuela técnica y sabía manejar cualquier instrumento con destreza. Freud le insistió en que se graduara en la Universidad. Nunca supe de qué vivía, pero sospecho que Freud debió mantenerlo, aunque sea en parte. Era hábito de Freud el hacer estas cosas en silencio, sin comunicárselo a nadie. A menudo solía decir que si alguno de nosotros llegara a hacerse rico su primer deber sería ocuparse de Rank. Cierta vez me dijo que en la Edad Media un mozo inteligente como Rank habría hallado un protector, pero luego agregó: «Tal vez no le sería nada fácil con lo feo que es.» La verdad es que ninguno de los miembros del Comité era de aspecto muy agraciado. Rank haría un secretario privado ideal, y en realidad ejercía estas funciones, en muchos aspectos, con Freud. Se mostraba siempre voluntarioso, no se quejaba de tarea alguna por pesada que fuera, era hombre apto para cualquier clase de trabajo y dotado de una extraordinaria inventiva. Era sumamente inteligente y de rápido ingenio. Tenía un especial olfato analítico para la interpretación de sueños, mitos y leyendas. Su gran obra sobre los mitos de incesto, que hoy en día no se lee tanto como debiera, es un tributo a su realmente vasta erudición. Era verdaderamente un misterio cómo hallaba siempre tiempo suficiente para leer ese vasto material. Durante años

tuvo un contacto estrecho, casi diario, con Freud, a pesar de lo cual nunca llegaron a sentirse muy cercanos uno del otro. A Rank le faltaba para ello el necesario encanto, entre otras cosas, y esto, al parecer, significaba mucho para Freud.

Hans Sachs representaba, entre los miembros del Comité, el eslabón más débil de la cadena. Era un compañero divertido, el más ocurrente entre todos los del grupo y tenía siempre una colección inacabable de los mejores chistes judíos. Su interés residía principalmente en asuntos literarios. Cuando, como ocurría a menudo, había que tratar asuntos de índole más política y administrativa, estaba siempre aburrido y se mantenía como ausente, actitud ésta que le favoreció mucho cuando emigró a Estados Unidos, donde muy sabiamente se dedicó a una tarea técnica. Se mantuvo completamente leal a Freud, pero sus episodios de apatía no gustaban a éste de modo que era, de los miembros del Comité, el que se hallaba en menos contacto personal con él.

Eitingon se destacaba, entre otras cosas, por ser el único psicoanalista en el mundo que disponía de bienes. Estaba por ello en condiciones de prestar gran ayuda en diversas iniciativas psicoanalíticas y en ello se mostró siempre generoso. Era sumamente devoto de Freud, cuyo más ligero deseo u opinión era decisivo para él. Fuera de esto era un hombre más bien fácil de influenciar, de modo que no siempre se podía predecir de antemano su opinión. Sentía su origen judío más agudamente que los demás, tal vez con excepción de Sachs y era muy sensible a los prejuicios antisemitas. Su visita a Palestina en 1910 preanunciaba, en cierto modo, su retiro final a ese país en el primer momento de la ascensión de Hitler al poder, veinte años más tarde.

De los cinco miembros del Comité —más tarde seis, con Eitingon— yo diría que los mejores analistas eran Abraham y Ferenczi. Abraham tenía un juicio muy seguro, si bien carecía de la penetración intuitiva de Ferenczi. En esa época nadie pensaba en un análisis didáctico. Creo haber sido el primer psicoanalista que se decidió a recurrir a un análisis personal. No pudiendo contar con Freud para el caso, por la razón que ya antes expuse, fui a Budapest, en 1913, para realizar con Ferenczi un intenso análisis que duró varios meses, a razón de tres horas diarias. Esto me fue muy útil para mis propias dificultades personales y me proporcionó la experiencia irremplazable de la «situación analítica». Me ofreció además la oportunidad de apreciar de cerca las valiosas cualidades de Ferenczi. Éste, por su parte aprendió mucho escuchando los comentarios de Freud sobre su autoanálisis y por dos veces, 1914 y en 1916, fue analizado por éste en Viena durante tres semanas en cada caso. En una y otra ocasión el análisis se vio interrumpido bruscamente por haber sido llamado Ferenczi a cumplir con sus deberes militares. Ninguno de los otros miembros realizó jamás un análisis personal en regla. Vale la pena destacar lo bien que se desempeñó Abraham sin ninguna ayuda, cosa que demuestra que el carácter original y el temperamento de una persona representa un factor de la mayor importancia para el éxito.

Además de contribuir a atemperar el optimismo de Abraham y las extravagancias de Ferenczi, mi propio aporte al Comité consistió esencialmente en proporcionarles una visión más amplia del mundo circundante. El círculo vienés tenía una visión en cierto modo limitada y en algunos aspectos incluso bastante provinciana. En esa época yo viajaba mu-

cho, tanto en Norteamérica como en Europa, y tenía la costumbre de asistir a Congresos Internacionales de toda índole, donde se tiene la oportunidad de aprender mucho acerca de las personalidades y de las opiniones predominantes, al margen de los trabajos que en cada caso se presentan. Esto me daba la oportunidad de valorar el progreso de las ideas psicoanalíticas y de las resistencias con que éstas tropezaban en diferentes lugares. La reacción a estas ideas no era de ningún modo igual en los diferentes países y a tenor de esto variaban también las dificultades con que tropezaban los respectivos analistas. Yo estaba por eso en condiciones de renovar cada tanto la atmósfera algo recalentada de este círculo de personas que por lo común no se habían aventurado muy lejos de su habitual rincón familiar.

Éramos todos librepensadores, de manera que no existían barreras religiosas entre nosotros. No recuerdo tampoco que haya tenido ninguna dificultad, en ningún momento, por el hecho de ser el único no judío en el grupo. Hijo de una raza oprimida también yo, me era fácil identificarme con el modo de pensar judío que, tras largos años de intimidad, yo había asimilado en alto grado. Mi conocimiento de anécdotas, agudezas y chistes judíos llegó, bajo esa tutela, a ser tan copioso que provocaba el asombro de los demás analistas, no pertenecientes a nuestro círculo.

Pude enterarme, por supuesto, y no sin cierto asombro, hasta qué grado llega la suspicacia de los judíos ante el más leve signo de antisemitismo y de cuán numerosas son las observaciones y los actos a los que suele adjudicarse ese sentido. Los miembros más sensibles a esto eran Ferenczi y Sachs. Abra-

ham y Rank no lo eran en el mismo grado. También Freud era bastante sensible al respecto.

En cuanto a mis propios defectos creo que son bastante conocidos, de modo que no será necesario que los exponga aquí. Pienso, por mi parte, que el más importante de ellos, en esa época, era una actitud excesivamente crítica frente a las deficiencias de los demás. Debo decir que en ese sentido es mucho lo que he aprendido observando la encantadora tolerancia de Freud.

El Comité llenaba indudablemente su función primaria de fortalecer el ánimo de Freud frente a los enconados ataques de que era objeto. Rodeado de buenos amigos le era más fácil dar cuenta de esos ataques entre chistes y bromas, y nosotros, por nuestra parte, estábamos en condiciones de contestar algunos de ellos en una forma en que él no se hubiera ocupado de hacer. De este modo quedaba en mayor libertad para la obra constructiva. Con el tiempo comenzaron a adquirir importancia otras funciones del Comité. Las frecuentes reuniones, ya sea de todos a la vez o bien por partes, junto con una constante correspondencia, nos ponían en condiciones de mantenernos en contacto con todo lo que ocurría en el mundo del psicoanálisis. Fue una ventaja inapreciable, por otra parte, el disponer de una política unitaria, planeada por los mejor informados y los que poseían una influencia considerable para enfrentarse con los innumerables problemas que se iban presentando: las divergencias dentro de una Sociedad, la elección de autoridades, los problemas planteados por la oposición en tal o cual organismo local, etc.

El Comité funcionó perfectamente por lo menos para un cuerpo tan heterogéneo como ése. Después de eso surgieron algunas dificultades internas, que lo

afectaron un tanto. El destino individual de sus miembros —la muerte, el alejamiento o la disensión— es cosa que se irá viendo a medida que prosiga nuestro relato. Son vicisitudes que no hacen más que reflejar la imprevisibilidad de la vida en todos sus aspectos. Pero puedo decir, como único sobreviviente del grupo, que conservo el grato recuerdo de aquellos años en que éramos un grupo feliz de hermanos.

VII

LOS AÑOS DE LA GUERRA

En sus juicios sobre acontecimientos políticos, Freud no era ni más ni menos perspicaz que cualquier otra persona. Acostumbraba a seguir de cerca los acontecimientos, pero éstos no llegaban a interesarle sino cuando de uno u otro modo incidían sobre su propia obra. Esto es lo que ocurrió por primera vez en 1914.

En fecha tan temprana como el 8 de diciembre de 1912, me escribía que la situación política en Austria era tormentosa y que tendrían que prepararse para malos tiempos. Yo sabía que se refería a las relaciones con Servia, y quizá también con Rusia, entonces como ahora, el temible oso que atemoriza a los austríacos. Pero presumiblemente participaba de la opinión corriente entre los vieneses acerca de estas dificultades, ya que poco después, según recuerdo, me escribía: «¡Los servios son tan desvergonzados!»

El 28 de junio el mundo se sintió sobresaltado por la noticia de que el heredero del trono, el archi-

duque Francisco Fernando, había sido asesinado por un bosnio, un súbdito austríaco que obró instigado por conspiradores servios. En una carta dirigida a Ferenczi ese mismo día, escribía Freud: «Estoy escribiendo aún bajo la impresión del impacto del increíble asesinato de Sarajevo, cuyas consecuencias son imprevisibles.»

Lo único que siguió a esto, sin embargo, por varias semanas, fue un fatídico silencio. Freud parece haberse dejado engañar por esto, ya que de lo contrario difícilmente habría permitido a su hija menor que partiera para Hamburgo el 7 de julio, y menos aún que, once días después, el 18, siguiera viaje a Inglaterra, donde se proponía pasar un par de meses. Finalmente llegó el ultimátum a Servia el 23 de julio.

La nota de aceptación del ultimátum por parte de Servia, que Sir Edwar Grey consideró el más extraordinario documento que haya visto dirigido por un estado soberano a otro, no era completamente satisfactoria, de modo que Austria declaró inmediatamente la guerra y bombardeó Belgrado. La Gran Guerra había comenzado.

Durante los dos o tres primeros años de la guerra, Freud simpatizó completamente, desde luego, con las Potencias Centrales, los países con los que estaba tan íntimamente asociado y por quienes luchaban sus hijos en el frente. Este sentimiento se mezclaba, sin embargo, con un creciente escepticismo acerca de la victoria final. Se volvió incluso contra su bienamada Inglaterra, que ahora se había vuelto «hipócrita». Aceptaba evidentemente la versión germana de que Alemania estaba siendo «cercada» por vecinos envidiosos, juramentados para destruirla. Sólo más adelante, bastante más avanzada la guerra, la «propaganda» de los aliados hizo aflorar sus sospechas

acerca de los principios morales implicados en el conflicto, a raíz de lo cual empezó a recelar de las versiones de uno y otro bando y pudo colocarse *au dessus de la mêlée.*

Durante la guerra pude mantener mi contacto con él del siguiente modo: enviaba mis cartas a mis amigos de Holanda, Suecia, Suiza e incluso Italia, quienes a su vez las despachaban a Viena. Putnam, por su parte, solía enviarme regularme las cartas que Freud pudo escribirle antes de la entrada de Estados Unidos en la guerra, en 1917.

Freud y su círculo, tal como le ocurrió a mucha otra gente en esa época, y a despecho de una carta de advertencia que yo le escribí, se mostraron remisos en comprender la gravedad de la situación internacional. Fue apenas el 2 de julio que Ferenczi comprendió que tenía que renunciar a su viaje a Inglaterra, pues su nombre estaba en la lista de los que iban a ser inmediatamente movilizados y no podía, por lo tanto, abandonar Hungría. En cuanto a Abraham, el optimista de siempre, todavía el 29 de julio creía que el Congreso habría de realizarse y aún el 31 (el mismo día en que Alemania declaró la guerra) estaba convencido de que ninguna gran potencia habría de dar un paso como ése. El resultado fue que su familia, sorprendida por los acontecimientos en una aldea de la costa báltica, se vio imposibilitada de abandonar el lugar. En cuanto a Freud, comenzó a dudar de la posibilidad de la realización de éste el 26 de julio. El día 29 escribió a Eitingon: «También hay sombras que se precipitan sobre nuestro Congreso, pero no es posible predecir lo que ocurrirá dentro de dos meses. Quizás para entonces las cosas hayan vuelto a su cauce.» Pero ese mismo día escribía a Abraham que «dentro de un par de sema-

nas nos sentiremos avengonzados de esta excitación actual o bien estaremos próximos a hechos de trascendencia histórica y cuya amenaza viene prolongándose desde hace décadas».

La primera reacción de Freud a la declaración de guerra fue realmente inesperada. Cabía suponer que un sabio de 58 años habría de sentirse simplemente horrorizado ante los hechos, cosa que ocurrió con muchos otros. Sin embargo, su primera reacción fue más bien de entusiasmo juvenil, que no era otra cosa, al parecer, que una resurrección de su entusiasmo bélico de la adolescencia. Incluso llegó a calificar la desatinada actitud de Berchtold como un «alivio a la tensión gracias a un acto audaz», y declaró que por primera vez en treinta años se sentía austríaco. Cuando Alemania hubo dado curso a sus tres declaraciones de guerra, escribió: «Me sentiría solidario con esto de todo corazón si no fuera porque Inglaterra ha abrazado la mala causa.» Se sentía como transportado, no podía pensar de ningún modo en el trabajo y pasaba el día comentando los acontecimientos con su hermano Alexander. Como él mismo decía: «Toda mi libido pertenece ahora a Austria-Hungría.» Se mostraba excitado e irritable y su conversación estaba enteramente plagada de lapsus.

Pero este estado de ánimo duró apenas un poco más de dos semanas, al cabo de lo cual volvió a ser el de siempre. Lo curioso es que el factor determinante de este cambio en los sentimientos de Freud fue el desprecio que le inspiraba la incompetencia con que su recién adoptada patria llevaba adelante la campaña contra Servia. Si los austríacos podían ser detenidos e incluso derrotados precisamente por ese pueblo que, con actitud tan despectiva, se habían

dispuesto a aniquilar, era evidente, una vez más, que esa patria de adopción no tenía remedio y no valía la pena pertenecer a ella. Sólo cabía esperar que Alemania, el hermano mayor, viniera a salvarlos, y desde entonces en adelante fue ésta la única esperanza. Después de las aplastantes derrotas de Austria en Galitzia, ese mismo mes, Freud comentaba: «Alemania ya nos ha salvado.» Había renunciado ya a la esperanza de un rápido fin de la guerra, y esto le hacía decir: «La capacidad de resistir se convierte ahora en la suprema virtud.»

En la segunda semana de la guerra, su hijo mayor, Martín, se enroló como voluntario y fue incorporado a la artillería. Con su característico humor, dijo que lo había hecho para poder visitar Rusia sin cambiar de religión[1]. Se encontraba entonces en Salzburgo y fue enviado para su entrenamiento a Innsbruck, donde recibió la visita de su padre en la primera semana de setiembre. La hija de Freud, Ana, que, según parece, había corrido el peligro de verse retenida en Inglaterra, pudo volver sana y salva a su casa, después de un viaje vía Gibraltar y Génova y bajo la protección del embajador austríaco. Por una de mis cartas de la época, compruebo que yo me había ofrecido a acompañarla a la frontera austríaca «por uno de los numerosos caminos practicables», tal era nuestra inocencia en aquellos felices días acerca de lo que los gobiernos son capaces de hacer en su empeño de coartar la antigua libertad de viajar.

Por primera vez en treinta años, Freud pasó el mes de agosto en Viena, y naturalmente se hallaba sin ocupación. Decidió, sin embargo, no iniciar la

1. En la época zarista los únicos que no podían visitar Rusia eran los judíos.

labor del consultorio hasta la fecha habitual, 1.° de octubre. Escribiendo a Abraham, le decía que ahora disponía, para estudiar, de todo el tiempo necesario, cosa que tan a menudo había anhelado, pero luego agregaba irónicamente: «A esto vienen a parar, nuestros deseos, una vez realizados.» Empleó el tiempo en examinar y describir cuidadosamente su colección de antigüedades, en tanto que Otto Rank hacía un catálogo de su biblioteca.

El 16 de setiembre salió de Viena por doce días, para visitar a su hija Sofía en Hamburgo. Al anunciar a Eitingon el viaje que estaba a punto de emprender, expresaba su esperanza de poder compartir el júbilo por la esperada caída de París durante su estancia en Alemania. Y desde Hamburgo, ciudad que conocía muy bien, escribió que por primera vez no se sentía extranjero allí. Y hablaba de «nuestras» batallas, «nuestras» victorias y así sucesivamente. En su viaje de regreso pasó cinco horas en compañía de Abraham, en Berlín. Habrían de transcurrir exactamente cuatro años hasta que volvieran a encontrarse. El último día del mes llegó Ferenczi a Viena, para analizarse con Freud, pero por desgracia el análisis tuvo que ser interrumpido al cabo de tres semanas, por haber sido convocado Ferenczi a filas. Sirvió como médico en los húsares húngaros, donde tuvo que aprender a cabalgar.

En octubre llegó la «magnífica noticia» de la caída de Amberes. Para entonces Freud ya había reiniciado la labor en su consultorio, pero con sólo dos pacientes, húngaros los dos. Al mes siguiente quedó con uno solo. Fue entonces cuando escribió la extensa historia clínica que desde entonces se conoce con el nombre de «El hombre de los lobos». No fue publicada, sin embargo, hasta cuatro años después.

Durante los primeros meses de la guerra, varias de las cartas que nos escribíamos mutuamente, Freud y yo, no llegaron a su destino, y la primera que recibí de él era del 3 de octubre. Dos días después de declarada la guerra le hablé de la creencia generalizada en Inglaterra de que Alemania perdería, a la larga, e incluso me aventuré a repetirlo en una carta posterior. Al informar de esto a Ferenczi, Freud manifestó que yo hablaba de la guerra con «la característica estrechez del punto de vista inglés».

El 11 de noviembre escribía a Ferenczi que acababa de recibir la noticia de su tan amado hermano Emmanuel había fallecido en un accidente ferroviario. Esto debe haber sido un hondo motivo de aflicción para Freud, ya que su cariño hacia su medio hermano se había mantenido invariable desde la primera infancia. Algunos meses más tarde, hizo, en una carta a Abraham, esta característica reflexión: «Tanto mi padre como mi medio hermano vivieron hasta la edad de ochenta y un años, de modo que mis perspectivas son bastante sombrías» [1]. Había otra pérdida que lamentar: el famoso crucero *Emden*. Freud decía que se había encariñado mucho con él.

En diciembre el ánimo de Freud estaba muy decaído y pidió a Abraham que viniera a animarlo. Su optimismo no subió de punto, desde luego, cuando recibió de Trigant Burrow, de Baltimore, un ofrecimiento de asilo, lo que, tal como me escribió Freud, demostraba «lo que los norteamericanos piensan acerca de nuestras posibilidades de victoria». Escribió a Abraham que la impotencia y la pobreza eran las dos cosas que siempre había odiado más y que, al aparecer, se hallaban ahora bastante pró-

1. ¡Otros veintitrés años de vida dura aún por venir!

ximas. Pero no estaba solo. Hanns Sachs había sido exceptuado del servicio militar a causa de su miopía, en tanto que Otto Rank, su otro colaborador literario, estaba tratando de evitar la conscripción, «luchando como un león contra su patria».

Solía haber a menudo, en la vida de Freud, una mujer inteligente, paciente o discípula, cuya compañía le reportaba una especial satisfacción. En esa época estaba Lou Andreas-Salomé, que había estudiado con él antes de la guerra. Era una mujer dotada de un notable olfato para los grandes hombres, entre los que contaba un gran número de amigos, desde Turgueniev, Tolstoi y Strindberg, a Rodin, Rainer María Rilke y Arthur Schnitzler. De ella se dijo que estuvo relacionada con los dos hombres más grandes de los siglos XIX y XX: Nietzsche y Freud respectivamente. Freud admiraba mucho su carácter elevado y sereno, que consideraba superior al suyo, y ella por su parte, apreciaba cabalmente la importancia de la obra de Freud. En su depresión, en ese otoño, Freud le escribió una postal: «¿Cree usted todavía que todos los grandes hermanos[1] son tan buenos? ¿Habrá una palabra de confortamiento para mí?». Ella hizo todo lo que pudo para ponerse a la altura de la situación y Freud habló a Abraham del «optimismo realmente conmovedor» de su carta. Por su parte, Freud le contestó: «Lo que usted me escribe me da el valor necesario para volver a escribirle. Yo no dudo de que la humanidad superará incluso esta guerra, pero sé positivamente que yo y mis contemporáneos no volveremos a ver ya un mundo gozoso. Todo es demasiado odioso. Y lo más triste de todo es que ha resultado precisamente lo que noso-

1. Alusión a sus seis hermanos que se mostraban buenos con ella y partidarios también de las Potencias Centrales.

tros, los psicoanalistas, debíamos imaginar, en cuanto al hombre y su comportamiento. Nunca pude compartir, por eso, el gozoso optimismo de usted. Mi secreta conclusión era ésta: puesto que podemos considerar que esta civilización actual encubre una gigantesca hipocresía, se deduce que no somos orgánicamente aptos para ella. —Él o Lo desconocido— que acecha tras el Destino, repetirá un día otro experimento semejante con otra especie».

Su capacidad de crear, sin embargo, se mantenía todavía en un óptimo nivel, tal como solía ocurrir cuando se sentía mal de salud o de ánimo. No sólo escribía mucho, sino que también meditaba mucho. La concentración interior empezaba a ocupar el lugar del interés por los desalentadores acontecimientos del mundo externo. Después de exponer a Ferenczi algunas de sus nuevas ideas, agregaba: «Aún sin esto último puedo decir que he dado al mundo más de lo que el mundo me ha dado a mí. Estoy ahora más aislado del mundo que nunca, y espero seguir así más tarde, a consecuencia de la guerra. Sé que estoy escribiendo para sólo cinco personas en la actualidad, usted y pocos otros [1]. Alemania no se ha ganado mi simpatía como analista, y en cuanto a nuestra patria común, cuanto menos se diga será mejor».

Expondremos las ideas en cuestión en el lenguaje un tanto militar utilizado por el mismo Freud. «Vivo, como dice mi hermano, en mi trinchera primitiva: medito y escribo, y después de varias batallas me he abierto camino a través de la primera serie de enigmas y dificultades. La angustia, la histeria y la paranoia han capitulado. Hasta donde po-

1. Abraham, Ferenczi, Rank, Sachs y yo.

drán seguir estos éxitos es cosa que queda por ver. Pero han aparecido una gran cantidad de hermosas ideas: la elección de neurosis, por ejemplo. Las regresiones son cosa completamente resuelta. Algún progreso en las fases del desarrollo del yo. La importancia de todo el asunto depende de si será posible o no dominar lo realmente dinámico, es decir, el problema placer-dolor, cosa de la que mis primeros intentos me hacen más bien dudar». Ferenczi visitó a Freud por un día o dos una semana más tarde y entre los dos, sin duda, desmenuzaron algunos de estos problemas.

Al día siguiente de esta conversación Freud escribió a Abraham:

Lo único satisfactorio es que mi labor continúa y que está conduciendo, a pesar de las repetidas interrupciones, a nuevas y notables ideas y conclusiones. He tenido suerte recientemente en definir una característica de los dos sistemas Bw (consciente) y Uw (inconsciente) que los hace casi comprensibles y que conduce, a lo que yo creo que será una solución sencilla de la relación entre demencia precoz y realidad. Todas las catexis de objetos componen el inconsciente. El sistema Bw significa la conexión de estas ideas inconscientes con los conceptos denotados por las *palabras*: es esto lo que hace posible que una cosa se haga consciente. La represión, en la neurosis de transferencia, consiste en un retiro de libido del sistema Bw, es decir, en una separación entre las ideas de los objetos y las palabras. En las neurosis narcisísticas,[1] la represión retira libido de las ideas inconscientes de los objetos, cosa que representa, naturalmente, una perturbación mucho más profunda. De ahí los cambios operados en el lenguaje en la demencia precoz, que en general trata las ideas de las

1. Psicosis.

palabras tal como la histeria trata las de los objetos, es decir, subordinándolas al «proceso primario», con sus condensaciones, desplazamientos y descarga. Podría escribir ahora un tratado completo sobre teoría de las neurosis, con capítulos sobre el destino de los instintos, sobre la represión y sobre el inconsciente si no fuera porque el placer de trabajar se ve perturbado por mi estado de ánimo.

Freud ya había insinuado anteriormente esta interesante teoría, a la que se conservó siempre fiel. Ferenczi le preguntó cómo podría aplicarse a los sordomudos de nacimiento, que no tienen idea de las palabras. Su contestación fue que, en este aspecto, debíamos ampliar el sentido de lo que entendemos por «palabras», para incluir en ese concepto toda clase de gestos y formas de comunicación.

Extractamos a continuación algunos párrafos de la última carta del año.

Su carta me llegó exactamente en la víspera de Navidad y, como todos sus esfuerzos anteriores de lograr contacto, me ha conmovido grandemente y me ha procurado gran satisfacción. Repetidas veces he usado de la amabilidad del doctor van Emden para conseguir que lleguen a usted mis respuestas, pero no sé si las ha recibido. De modo que cuando usted no recibe respuesta a una carta, no puedo siquiera hacerle saber que no es por culpa mía...

No me hago ilusiones sobre el hecho de que el momento culminante de nuestra ciencia ha sido violentamente interrumpido, que tenemos por delante una época mala y que lo único que podemos hacer es mantener en algunos corazones encendida una brasa de la espera de que un viento más favorable permita la reaparición de la antigua llama. Lo que Jung y Adler dejaron en pie

de nuestro movimiento y se ve ahora arruinado por la contienda entre las naciones. Las posibilidades de mantener unida nuestra Asociación son tan reducidas como las de cualquier otra cosa que se llame Internacional. Nuestras revistas parecen estar llegando a su fin. Tal vez consigamos de algún modo mantener en pie el *Jahrbuch*. Todo lo que hemos tratado de cultivar y cuidar hasta ahora deberá seguir por sí solo, de algún modo. No siento ansiedad, por supuesto, respecto al destino final de nuestra causa, a la que usted demuestra una devoción tan conmovedora. Pero en cuanto al futuro inmediato, que es lo único en que yo puedo interesarme, parece ser insanablemente sombrío y ya no podría tomar a mal el que alguna rata se apresurara a abandonar el barco en pleno naufragio. Estoy empeñado ahora en reunir, en una especie de síntesis, todo aquello que aún puedo dar a nuestra ciencia, y ya he obtenido en realidad una buena cosecha de cosas nuevas...

A principios de 1915 todavía parecía que las Potencias Centrales ganarían la guerra. Alemania rechazaba todas las ofensivas en el Oeste y lograba grandes victorias sobre los rusos. Freud se sentía enteramente esperanzado. A principios de año comentó que la guerra podría prolongarse bastante, quizás hasta octubre. En ese momento Freud expresó, por primera vez, su optimismo acerca de la victoria en las próximas batallas y de la próxima paz, y un mes más tarde escribía: «Mi corazón está en las montañas, mi corazón no está aquí. Es decir, está en los Dardanelos, donde ahora se está decidiendo el destino de Europa. Grecia va a declararnos la guerra dentro de pocos días y entonces ya no podremos visitar las ciudades que más he amado entre todas las que conocí».

En la primavera hacía estas reflexiones: «No

deja de ser un consuelo el pensar que la guerra quizás no pueda durar ya tanto como ha durado hasta ahora... La tensión acerca de los acontecimientos esperados es grande. ¿Cree usted que *todo* saldrá bien?». En el verano pensaba que la guerra podría durar aún un año más, pero seguía confiando en la victoria. «Como les ocurre a muchos otros, encuentro la guerra más insoportable cuando mejores son las perspectivas». En el otoño el ánimo se volvió más sombrío. «No creo que la paz esté cerca. El próximo año, por el contrario, irán en aumento la amargura y la crueldad». «La larga duración de la guerra lo aplasta a uno y las interminables victorias, junto con las crecientes dificultades, hacen que uno se pregunte si después de todo el pérfido cálculo[1] de los ingleses no habrá sido correcto».

Era considerable, por supuesto, su ansiedad respecto a los dos hijos que estaban combatiendo: Martin, el mayor, en Galitzia y Rusia, y Ernst, el menor, contra Italia, después de la entrada de ésta en la guerra, en el mes de abril. Martin ya había ganado una condecoración al valor. Oliver, el otro hijo, estuvo ocupado durante toda la guerra en trabajos de ingeniería, construyendo túneles, cuarteles, etc. Se había graduado de ingeniero, el mismo día en que Ana se graduó de maestra. Freud tuvo varios sueños acerca de desgracias ocurridas a sus hijos, que interpretaba como envidia de su juventud.

Freud hizo desesperados esfuerzos para salvar las publicaciones psicoanalíticas, a objeto de poder conservar en alguna medida la *continuidad en el trabajo*. Tuvo éxito con el *Zeitschrift* y con *Imago*, a costa de sacrificar un libro que proyectaba editar y que

1. Se refiere a la predicción que Lord Kitchener había hecho al comienzo de la guerra de que ésta duraría tres años.

publicó por entregas en los mismos. Pero el *Jahrbuch* no volvió a aparecer nunca más después de 1914. La mayor parte del trabajo de las revistas le tocaba a él, ya que Abraham y Ferenczi estaban tan fuera de alcance. En junio fue llamado Rank a filas, y en agosto Sachs. Después de doce días de entrenamiento en Linz, Sachs fue dado de alta. Freud escribió diciendo que parecía repetirse el anterior período de gran productividad, pero esta vez en completa soledad. La Sociedad de Viena, al comenzar la guerra, había dejado de reunirse, pero en el invierno se reanudaron las sesiones, a razón de una cada tres semanas. El consultorio, por supuesto estaba bastante despoblado. A comienzos de año no tenía más que dos o tres pacientes, aristócratas húngaros todos ellos.

Aparte de Ferenczi, que se ingenió para hacer dos o tres escapadas a Viena, Freud tuvo muy pocos visitantes ese año, lo mismo que en los años que siguieron. Una visita especialmente interesante fue la de Rainer María Rilke, que estaba haciendo su entrenamiento militar, en Viena. Freud tuvo una verdadera satisfacción en la velada que Rilke pasó en su casa, con su familia.

El 13 de setiembre se dirigió, por Munich y Berlín, a Hamburgo, para visitar a su hija Sophie y gozar de la compañía de su primer nieto.

La correspondencia de ese año, aunque menos copiosa que antes, ofrecía algunos rasgos de interés, y voy a extractar algunas partes de la misma. De entre las cartas hay dos de especial interés personal, escritas a Putnam y que éste me envió a mí. Los dos párrafos que vienen a continuación son de la primera de ellas, fechada el 7 de junio de 1915.

Mi principal impresión es que yo soy mucho más primitivo, más humilde y menos sublimado que mi querido amigo de Boston. Percibo su noble ambición y su vivo deseo de conocimiento y lo comparo con ésta mi manera de limitarme a lo más cercano, lo más accesible —y sin embargo, más pequeño— y mi inclinación a conformarme con las cosas que están a nuestro alcance. No creo que me falte la capacidad de apreciar todo lo que promueve su afán, pero lo que me atemoriza es la gran incertidumbre de todo esto. Mi temperamento es más bien ansioso que audaz y es mucho lo que estoy dispuesto a sacrificar voluntariamente a cambio de la sensación de pisar terreno firme.

La poca valía de los seres humanos, incluso de los analistas, es cosa que siempre me ha impresionado profundamente, pero, ¿por qué la gente analizada habría de ser mejor que la otra? Lo que cabe esperar del análisis es la *unidad*, no necesariamente la *bondad*. Yo no coincido con Sócrates y Putnam en que todos nuestros defectos provengan de la confusión y la ignorancia. Creo que es una carga excesiva para el psicoanálisis el pretender de él que pueda realizar todos los grandes ideales.

En el mismo año, Ferenczi informaba a Freud de la experiencia que tuvo, de realizar un análisis con su comandante mientras los dos iban a caballo, cosa que a su juicio constituía el primer «psicoanálisis hípico» que se haya conocido. Luego se le ocurrió repentinamente la idea de que Freud se parecía mucho a Goethe, a continuación de lo cual enumeraba una serie de rasgos comunes de los dos hombres, tal como el amor de Italia. Pero, por supuesto, esto es cosa común a la mayoría de los hombres del Norte. La contestación de Freud es interesante. «Pienso que realmente me hace usted demasiado honor, y la idea,

por lo tanto, no me produce ningún placer. Yo no conozco parecido alguno entre mí mismo y el gran caballero que usted cita, y esto no lo digo por modestia. Soy bastante devoto de la verdad —o digamos, más bien, de la objetividad—, como para dejar de lado aquella virtud. Yo explicaría en parte esta idea suya por la impresión que nos produce, por ejemplo, el ver a dos pintores usando pincel y paleta. Este hecho no nos autoriza de ningún modo a equiparar sus respectivas producciones pictóricas. En parte se explica también por la semejanza de su actitud emocional frente a uno y otro. Permítame que admita que he encontrado en mí mismo un solo atributo de primera calidad: una especie de coraje que no se deja afectar por las convenciones. Digamos de paso que usted pertenece también al tipo creador y tiene que haber observado el mecanismo de la creación en usted mismo: la sucesión de audaces y tornadizas fantasías, por una parte, y por otra, de una crítica implacablemente realista».

Pero Ferenczi no se dejó convencer tan pronto y adujo nuevas semejanzas entre ambos hombres. A lo que Freud contestó: «Ya que usted insiste en esta comparación con Goethe, me permitiré contribuir a ello con algunas indicaciones, unas positivas y otras negativas. En primer lugar está el hecho de que los dos hemos pasado sendas temporadas en Karlsbad, y además, nuestro respecto por Schiller, a quien considero una de las personalidades más grandes de la nación alemana. Entre las cosas negativas está mi actitud con respecto al tabaco, que Goethe siempre aborrecía, mientras que por mi parte considero que es la única disculpa para la fechoría cometida por Colón. De todos modos no me siento bajo el peso de sentimiento alguno de grandeza».

En otra carta preguntaba a Ferenczi si sabía que existe una cosa que puede denominarse criminalidad por sentimiento de culpa, y que la tartamudez puede deberse a un desplazamiento hacia arriba de conflictos acerca de funciones excrementicias.

El asunto más importante que Freud discutió con Abraham en 1915 se refería a un tema de común interés, la psicología de la melancolía.

La observación más interesante, sin embargo, se refería a que finalmente había logrado la comprensión de la base fundamental de la sexualidad infantil. Nada más decía al respecto. Pero cabe preguntarse aquí si acaso estaba pensando ya en su nuevo punto de vista con respecto al sadismo y al masoquismo, que iba a anunciar nueve años más tarde, y que iba unido a la teoría del instinto de muerte.

Freud estaba ya por cumplir sesenta años y el pensamiento de la proximidad de la vejez pesaba siempre sobre él. Creía supersticiosamente que sólo le quedaban un par de años de vida. Estaba dispuesto, por eso, a intentar algo así como una síntesis de sus concepciones psicológicas más profundas y a agregar a esto todo aquello que le parecía que aún tenía que dar al mundo. Esta intención había estado ya germinando en su mente desde hacía algunos años. Cuatro años antes había manifestado a Jung que se sentía «grávido de una gran síntesis», y que tenía el plan de comenzar a escribirla durante ese verano. El título pensado para ese libro fue sucesivamente *Zur Vorbereitung der Metapsychologie* (Introducción a la Metapsicología), *Abhandlungen zur Vorbereitung der Metapsychologie* (Ensayos introductorios sobre Metapsicología) y *Uebersicht der Uebertragungsneurosen* (Reseña general de las neurosis de transferencia).

El concepto de «metapsicología» desempeña un papel central en la teoría psíquica de Freud. Quería designar con él una descripción comprensiva de todo proceso psíquico que diera cuenta de *a*) sus atributos dinámicos, *b*) sus rasgos topográficos y *c*) su significación económica. En cuanto al término mismo, que hasta donde yo sé es invención de Freud, se registra por primera vez una carta dirigida a Fliess en 1896. Aparece por primera vez en un trabajo publicado en 1901, pero no se repite hasta 1915, en su gran ensayo sobre la represión.

Freud comenzó a escribir esta serie el 15 de marzo de 1915. En tres semanas había dado fin a los dos primeros ensayos, los que se titulan respectivamente *Los instintos y sus vicisitudes* y *La represión*. El siguiente, sobre *El inconsciente*, que él proclamaba su favorito, le tomó otros quince días. Los dos últimos, *Adición metapsicológica a la teoría de los sueños* y *Duelo y melancolía*, fueron concluidos en otros once días.

Estos cinco ensayos figuran entre los trabajos más profundos e importantes de Freud. La originalidad y la penetración demostrada en estas exposiciones de las teoría psíquica, son tan novedosas que su comprensión requiere un estudio muy cuidadoso. El hecho de que hayan podido escribirse en el espacio de seis semanas, apenas puede creerse. Ahí está, sin embargo, el hecho. Difícilmente podrá encontrarse un símil a este tremendo ímpetu de actividad en toda la historia de la creación científica.

Pero Freud no descansó. En las seis semanas que siguieron había escrito cinco ensayos más, si bien dos de ellos, uno sobre *La consciencia* y otro sobre *La ansiedad*, requerían aún cierta revisión. Manifestó a Ferenczi que había terminado recientemente su

ensayo sobre *Histeria de conversión* y que estaba por escribir uno sobre *Neurosis obsesiva*, al que seguiría una *Síntesis general de las neurosis de transferencia*. Quince días más tarde me dijo que toda la serie de doce ensayos ya estaba «casi terminada», y a principios de agosto ya les había dado fin.

Ahora viene lo triste. Ninguno de los siete últimos ensayos fue publicado jamás ni se conservan los respectivos manuscritos. Y la única alusión que hace a ellos en su correspondencia se registra aproximadamente dos años más tarde, cuando menciona su intención primitiva de publicarlos todos en un libro, agregando: «pero ahora no es el momento». No puedo explicarme ahora por qué ninguno de nosotros le preguntó acerca de lo que había ocurrido con esos trabajos. ¿Y por qué los destruyó? Mi hipótesis personal es que representaban el final de una época, el compendio de todo el trabajo de su vida. Habían sido escritos cuando no se registraba signo alguno de ese gran período de su vida que comenzaría en 1919. Probablemente los conservó hasta el final de la guerra, y entonces, cuando comenzaron a asomar ideas nuevas y revolucionarias, que habrían significado la necesidad de rehacer esos trabajos, se decidió simplemente a hacerlos pedazos.

La actitud de Freud durante ese año, en lo que se refiere a su deseo de resumir la obra de su vida, parece confirmada por la actitud tomada en relación con sus conferencias anuales en la Universidad. Decidió darlas por última vez. Todo parecía llegar a su fin.

En 1915 publicó otros cuatro trabajos. El último de estos cuatro trabajos era un par de ensayos titulados *Pensamientos sobre la guerra y la muerte*, que a menudo ha sido reimpreso en diversas formas y

que tuvo considerable difusión también entre gente profana.

El año 1916 demostró ser nada brillante en comparación con el anterior. Comenzó de una manera nada auspiciosa para Freud, cuando Otto Rank fue trasladado en el mes de enero, a Cracovia, para encargarse del periódico más importante de allí.

La ausencia de Rank fue un serio golpe para Freud, ya que Abraham y Ferenczi estaban lejos y él necesitaba básicamente de su ayuda en los trabajos de corrección y en toda la labor editorial. Ahora quedaba solamente Hans Sachs, pero éste se mostró a la altura de la situación y Freud no tuvo más que elogios para él. La preocupación principal de Freud en los años que quedaban aún hasta la terminación de la guerra, era la de mantener, de uno u otro modo, por lo menos dos de las publicaciones psicoanalíticas. Era todo lo que quedaba del movimiento psicoanalítico. A fuerza de empeñarse él mismo en llenar los claros de material con artículos especialmente escritos para el caso, de reducir el formato de las publicaciones y más tarde —cuando llegó lo peor— de espaciar su publicación, Freud logró su propósito. Ferenczi insistía en que se suprimiera la palabra «Internacional» ya que había dejado de ser adecuada, en el título del *Zeitschrift*, pero yo rogué que no se hiciera así, y mi nombre siguió figurando como co-director durante toda la guerra. Al final Freud se sintió orgulloso al pensar que ésta fue la única publicación científica que había mantenido ondeante la bandera internacional [1] a pesar del

1. No puedo garantizar la absoluta exactitud de que haya sido así.

terrible encono prevaleciente entre las naciones en esa época.

El día de Año Nuevo, Freud enviaba sus saludos a Eitingon, agregando: «Es difícil decir nada sobre la guerra. Parece que estamos en la calma que precede a la tempestad. Nadie sabe lo que vendrá después, a qué habrá de conducir ni cuánto durará. El estado de agotamiento aquí ya es muy grande. Incluso en Alemania han desaparecido los optimistas sin reservas.» Informaba que su hijo mayor ya era teniente y el menor «cadete». Los dos luchaban ahora en el frente italiano. El otro hijo, Oliver, estaba construyendo un túnel en los Cárpatos y había llevado consigo a su novel esposa. Un mes más tarde Freud manifestaba a Ferenczi que leía cuatro diarios todos los días. Ahora esperaba la guerra con Estados Unidos. En la primavera yo le hice saber que tenía once pacientes, y tres que esperaban turno, y que había comprado un coche y una casa en el campo. Al referir estas cosas a Ferenczi, Freud comentaba: «Dichosa Inglaterra. Esto nos da la impresión de un pronto final de la guerra».

Freud tuvo en febrero un ataque de gripe bastante malo y sufría también en esa época de molestias prostáticas.

En mayo de ese año Freud cumplió sesenta años. Se quejó a Eitingon de que estaba ya en el umbral de la ancianidad, y escribió a Abraham: «A causa de noticias publicadas en los periódicos de Berlín mi cumpleaños no pudo, después de todo, pasar tan en secreto como yo hubiera deseado. Especialmente los que se hallan a distancia, y que desconocen mis deseos, se movilizaron y me dieron bastante trabajo para agradecerles. Incluso aquí en Viena me enviaron tantas flores que ya no puedo esperar coronas

el día de mi muerte, y Hitschmann me envió un "speech" tan conmovedor que ya tengo derecho a pedir que, cuando llegue la ocasión, se me entierre sin oración fúnebre alguna». Cuando me tocó a mí, más de veinte años después, pronunciar esa oración, no sabía nada de aquél discurso de Hitschmann.

La escasez de alimentos hacía muy difícil planear vacaciones en Austria, y el cierre de la frontera le había hecho perder tanto su amada Berchtesgaden como las visitas a su hija en Hamburgo. Ésta vino a Viena a mediados de noviembre, sin embargo, y pasó seis meses con sus padres. Freud, por su parte, salió el 16 de junio para Bad Gastein, un hermoso lugar al pie de las montañas de Tauren. Se había propuesto primeramente pasar allí todas las vacaciones de verano, pero todo era tan deficiente allí que al cabo de una semana se trasladó a Salzburgo, donde pasó cinco semanas en el Hotel Bristol, asiento del primer Congreso. Pero a fines de agosto retornó a Gastein por una quincena y volvió a Viena el 15 de setiembre, más temprano de lo que era su costumbre. En la mitad de las vacaciones escribió: «Es necesario extremar las medidas para retraerse de la terrible tensión externa; ya es imposible de soportar».

La correspondencia con Ferenczi durante este año estuvo principalmente dedicada a comentarios sobre la neurosis de este último, que era narrada en detalle y que estaba imposibilitando ciertas decisiones vitales para él. Los comentarios de parte de Freud eran breves y enderezados simplemente a darle coraje, más bien que analíticos. Le aconsejó, en efecto, que toda decisión importante debía tomarse independientemente de todo análisis, el cual debe preceder o seguir a tales decisiones, pero nunca coincidir con ellas.

La única observación de interés general en la correspondencia entre ambos, era la que hizo Freud al decir que la cocaína, «cuando es tomada en exceso» puede producir síntomas paranoides y que la interrupción de la droga puede tener igual efecto [1]. De todos modos, los adictos a las drogas no eran muy indicados para el tratamiento analítico, ya que todo retroceso o dificultad en el análisis significaba un retorno a la droga. Otra cosa, que puede quizás relacionarse con la anterior, era la confesión de que su pasión por el tabaco le estorbaba en la elaboración de ciertos problemas psicológicos.

En 1915, Freud mencionó el tema del Premio Nobel. «La concesión del Premio Nobel a Bárány, a quien yo me negué a tomar como discípulo hace unos años porque me pareció demasiado anormal, me ha hecho sugerir algunas tristes reflexiones acerca de la importancia del individuo para granjearse el respeto de la multitud. Usted sabe que lo único que me importaría es el dinero, y acaso, además, la maliciosa satisfacción de fastidiar a algunos de mis compatriotas. Pero sería ridículo esperar signo alguno de reconocimiento, cuando están contra uno de las siete octavas partes del mundo».

Unos días más tarde manifestó a Ferenczi que no tenía pacientes ni veía perspectiva alguna de que llegara alguno. Se hallaba, sin embargo, en buen estado de ánimo, cosa que atribuía al paso dado por el Presidente Wilson, que él creía que sería tomado en serio [2].

En 1915, Freud publicó la primera parte de *In-*

1. A objeto de evitar todo posible malentendido, aclararé que esto no significa nada que tenga que ver con Ferenczi.

2. Alusión a la sugerencia de Wilson en el sentido de que ambas partes contendientes declaraban sus finalidades esenciales en la guerra.

troducción al Psicoanálisis. La única actividad científica de Freud en este año, fue la preparación de las conferencias que habría de pronunciar en el próximo período invernal de 1916-1917.

El año 1917 había de mostrarse aún más de desdichado y estéril que el año anterior. El primitivo entusiasmo de Freud acerca de una victoria alemana ya se había evaporado a la sazón, y cada vez se sentía más pesimista sobre el desenlace de la guerra.

Vino entonces la primera Revolución rusa. «¡Cuán apasionante habría resultado este tremendo cambio si nuestro pensamiento no estuviera dedicado a la paz!». En abril escribía a Ferenczi: «Creo que si los submarinos no dominan la situación para siempre, los alemanes despertarán de sus ilusiones y esto conducirá a terribles consecuencias». Un par de meses más tarde estaba seguro de que ya no había esperanzas de paz para 1917 y que la guerra continuaría hasta la llegada de los norteamericanos.

En el otoño Freud debe haber tenido la impresión de que la guerra estaba perdida.

Hacia fines de año había signos evidentes de que la verdad se estaba filtrando y de que Freud había perdido toda simpatía hacia Alemania..., lo cual no significaba que tuviera mucha hacia la parte contraria. Escribiendo a Abraham, decía : «Me siento enconadamente hostil a la idea de escribir sobre lo que experimento respecto a otras cosas. Entre éstas está su querida patria alemana. Difícilmente puedo imaginarme la idea de viajar allá, aun cuando ya resulte materialmente posible. En la querella entre la Entente y las Potencias Centrales he llegado definitivamente a la posición de doña Blanca, de Heine, en la *Disputa* en Toledo:

«Doch es will mich schier bedünken...»[1]

La única noticia alegre es la captura de Jerusalén por los ingleses y la experiencia que se proponen realizar creando un hogar para los judíos».

Rosa, la hermana favorita de Freud, perdió a su único hijo, Hermann Graf, un joven de veinte años, que fue muerto en el frente italiano durante el verano. Fue ésta la única pérdida que experimentó la familia en la guerra. A pesar de las muchas y azarosas aventuras y dificultades, los dos hijos que habían participado en la lucha volvieron sanos y salvos.

Pero en la retaguardia la población sufría también muchísimo especialmente en Austria. Freud tuvo que quejarse muchas veces, en sus cartas, del terrible frío y de la dificultad de conseguir alimento suficiente para mantenerse sanos. Durante esos años prevaleció decididamente una alimentación deficiente. Ferenczi y von Freund, de vez en cuando, conseguían contrabandear harina, pan y ocasionalmente algunas cosas más lujosas de Hungría, mediante complicadas maniobras, pero esta obra resultaba bastante precaria. Jakobus Kann, hermano de un ex paciente, también hizo mucho por ellos procurándoles provisiones desde Holanda. El gabinete de Freud carecía de calefacción, de modo que escribía las cartas con los dedos helados y en cuanto a producción científica no había ninguna posibilidad de encararla durante los meses de invierno. Toda clase de dificultades de otra índole, que no es el caso de detallar aquí, hacían muy dura la vida en Viena. Sin embargo, luego de mencionar algunas de ellas, Freud agregaba: «Es curioso, pero con todo estoy perfecta-

1. Alusión al pasaje final de la extensa disputa religiosa, cuando la Reina termina por decir: "Todo lo que puedo decir es que las dos partes son hediondas."

mente bien y mi ánimo se halla intacto. Esto es una prueba de cuán poco respaldo necesitamos hallar en la realidad exterior para gozar de bienestar interno». El reumatismo se agregaba ahora a las molestias prostáticas, de modo que fue una suerte poder contar con aquellos recursos internos.

Hacia el fin del año ocurrió algo que, con el conocimiento de los hechos ulteriores, podríamos vernos tentados de llamar siniestro. Sus amados cigarros estaban escaseando mucho, cosa naturalmente desdichada para él. «Ayer he fumado mi último cigarro, y desde entonces he estado de mal humor y cansado. Aparecieron palpitaciones y un empeoramiento en una dolorosa inflamación en el paladar, que ya había notado desde que comenzó la escasez (¿cáncer?). Un paciente me trajo entonces cincuenta cigarros, prendí uno, me puse contento y la afección de paladar desapareció rápidamente. Era cosa de no creer si no hubiera sido tan enteramente manifiesta.» Esto sucedió seis años antes de que le atacara allí mismo un cáncer verdadero, y sabemos que los cirujanos hablan de una «etapa precancerosa». La relación con el tabaco estaba enteramente a la vista.

Ese verano Freud pasó sus vacaciones en la Villa María Theresia, en Csorbató, a unos 1.300 metros de altura. Hacía frío y tuvieron bastantes días de tormenta, pero a Freud le gustaban los alrededores y hasta pudo entregarse a su ocupación favorita en las vacaciones: buscar hongos. Ferenczi mismo estuvo con ellos dos semanas, y Sachs tres. Eitingon y Rank se ingeniaron para poder pasar también un día o dos con ellos.

La clientela de Freud tuvo, por supuesto, fluctuaciones durante el año. Había comenzado sin tener un solo paciente. Mejoró en abril, pero en junio no

había más que tres. Después de las vacaciones, sin embargo, ya tenía nueve, y así siguieron las cosas hasta fin de año. Así y todo, sus entradas no lograban alcanzar el ritmo de la alarmante subida de los precios. Lo único que pudieron hacer fue diferir «la inevitable bancarrota».

En mayo Freud recibió la dolorosa noticia del fallecimiento de Johann Stärcke en Holanda. Éste había sido uno de los analistas más prometedores y su muerte fue considerada como una pérdida especialmente considerable. Además Rank, que en el verano se había repuesto de su depresión del invierno, a fin de año estaba sufriendo nuevamente un serio ataque. Ferenczi constituía también un motivo de ansiedad. En febrero se descubrió qué sufría de tuberculosis pulmonar, así como de la enfermedad de Graves (bocio exoftálmico), y tuvo que pasar tres meses en un sanatorio en el Semmering.

No era cosa de esperar que las deplorables circunstancias de ese año pusieran a Freud en un estado de ánimo compatible como para trabajar. A veces se quejaba de que la tensión causada por la marcha de la guerra era tan grande que no le permitía pensar en escribir.

En una carta dirigida a la prometida de Ferenczi, decía: «A veces tengo accesos de disgusto en la vida y siento alivio en la idea de que esta dura existencia llegará algún día a su fin. En esos momentos se me impone la idea de lo mucho que nuestro amigo necesita ser cuidado». Escribió a Abraham. «He estado trabajando duramente, me siento estropeado y comienzo a encontrar el mundo repugnante y odioso. La supersticiosa idea de que mi vida llegará a su fin en febrero de 1918, ya me parece a menudo enteramente propicia. A veces tengo que luchar duramente

para recuperar el dominio sobre mí mismo». Pero cuando Ferenczi protestó ante esta idea, Freud le replicó: «Cuando terminé de leer su carta no pude menos que contemplar su optimismo con una sonrisa. Usted parece creer en el «eterno retorno de las cosas»[1] y querer pasar por alto la inconfundible dirección en que marcha el destino. En un hombre de mi edad no tiene realmente nada de extraño el darse cuenta del inevitable y gradual decaimiento personal. Confío en que pronto usted podrá convencerse de que esto no significa que me halle de mal humor. Trabajo espléndidamente todo el día con nueve badulaques y apenas puedo controlar mi apetito, pero ya no disfruto como antes de un sueño reparador».

Como era de esperar, su producción literaria de 191 no fue nada extensa. Al comienzo del año había escrito un artículo con el título de *Una dificultad en el psicoanálisis*. Describía allí los tres grandes golpes que sufrió el orgullo del hombre a manos de la ciencia: primeramente su desplazamiento del centro del Universo, luego de su posición única en el mundo animal, y por último el descubrimiento de que no era dueño de su propia mente.

La publicación más importante del año fue la segunda parte de las clases que componen la *Introducción al Psicoanálisis*. Éstas fueron terminadas al comienzo de la primavera y el libro apareció en junio. Luego, en el viaje en tren, de regreso a Csobató a Viena, escribió el pequeño ensayo sobre Goethe: *Un recuerdo infantil de «Poesía y Verdad»*. En septiembre estaba escribiendo el ensayo antropológico titulado *El tabú de la virginidad*, que había comen-

1. Es una cita de Nietzsche.

zado en enero del mismo año, y que fue publicado al año siguiente.

Pero sus publicaciones no constituyen un reflejo cabal de su productividad durante el año. Había un importante tema que estuvo ocupando su mente, a intervalos, durante todo el año. Se trataba de un estudio que había comenzado conjuntamente con Ferenczi sobre la importancia del lamarckismo para el psicoanálisis. Abraham no sabía nada al respecto de modo que Freud le envió el siguiente resumen: «Nuestra intención es tomar enteramente como base a Lamarck y demostrar que su concepto de la "necesidad" que crea y transforma los órganos, no es otra cosa que el poder de las ideas inconscientes sobre el cuerpo, de lo que no es dado observar algunos vestigios en la histeria: en pocas palabras la "omnipotencia de los pensamiento". Propósito y utilidad serían explicados luego psicoanalíticamente. Con esto se completaría el psicoanálisis. Dos grandes principios de cambio o progreso surgirían de esto: uno por la adaptación (autoplástica) del propio cuespo y más tarde otro (heteroplástico) por la transformación del mundo externo». Toda esta forma de pensar caracteriza gran parte de los períodos más especulativos de Freud en el último trecho de su vida.

En 1918, como muchos otros austríacos, Freud se había resignado evidentemente a dejarse arrastrar por los alemanes a un triste final.

La gran ofensiva de marzo, que los ingleses denominaron el «push» de Kudendorf, hizo surgir la momentánea esperanza de una nueva victoria, aunque no de la paz. «Supongo que tenemos que desear una victoria alemana y ello es, primeramente, una

idea desagradable y en segundo lugar, todavía improbable».

Las privaciones ocasionadas por la guerra iban en aumento. Aparte de cosas tan serias como los alimentos y la calefacción había infinidad de otras menos importantes, que constantemente entorpecían las actividades de la vida diaria. La familia Freud lo pasaba, en cuanto a alimentos, mejor que la mayor parte de vieneses, a causa de los constantes esfuerzos que hacían Ferenczi y von Freund para conseguir algo para ellos, por las buenas o por las malas. La carne había sido siempre el plato principal de Freud, y la gran escasez de la misma lo fastidiaba. Repetidas veces expresaba su gratitud por la ayuda que recibía y su placer ante la idea de tener unos amigos tan fieles.

En febrero un paciente que él había curado le dejó en su testamento diez mil coronas, suma que nominalmente era equivalente a dos millones veintiséis mil dólares, pero que en ese momento equivalían apenas a la cuarta parte. Jugó a «hacer el papel de hombre rico», distribuyendo el dinero entre sus hijos y sus parientes.

El ánimo de Freud siguió fluctuando en la primera mitad del año. Evidentemente se daba cuenta de que era poco lo que cabía esperar. «Lo único que nos queda es una lúgubre resignación». La idea de la firmeza de Abraham siempre le traía alegría. «Mi fluctuación entre el coraje y la resignación encuentra protección y refugio en su temperamento inmutable y en su indestructible sentido de vitalidad». Tres meses más tarde escribía: «Mi madre va a cumplir ochenta y tres años este año y ya no es demasiado fuerte. A veces pienso que me sentiría un poco más liberado el día que ella muera, porque la idea de

que algún día pueda anunciársele mi fallecimiento es simplemente terrible».

Después de las dos prometedoras novedades del verano, a las que vamos a referirnos en seguida, Freud se mostró de un ánimo más contento y ya siguió así. La historia de los dos hechos alentadores es la siguiente. A Anton von Freund, el doctor en filosofía, húngaro, cuyo nombre ya hemos mencionado anteriormente, le fue resecado un sarcoma de un testículo y, sin fundamento, temía que se produjeran recaídas. Esto precipitó una neurosis, que Freud trató con todo éxito. Sintiéndose inseguro, sin embargo, de su vida, von Freund volvió su pensamiento hacia planes filantrópicos, para deshacerse de su vasta fortuna y decidió dedicarla al progreso del psicoanálisis. Freud lo remitió a Ferenczi, y en verano comenzaron a tomar forma concreta los planes. Freud había tenido infinitas dificultades con sus publicaciones, tanto en cuanto a los libros, como a las revistas. Provenían no solamente de la extrema escasez de papel de imprenta, tipos, mano de obra, etc., sino también a causa de Heller, el editor, que era una persona bastante difícil. De modo que concibió la idea de fundar una Editorial propia, a la que hemos de referirnos con el nombre de *Verlag* que habría de darle completo control sobre todos esos trabajos. Esto es lo que ahora estaba preparando von Freund, primero con la colaboración de Ferenczi y más tarde con la ayuda más experta de Rank.

El otro acontecimiento prometedor del año fue la decisión de realizar un Congreso durante las vacaciones de verano.

El espíritu animador de todos los preparativos concernientes al Congreso a realizarse en plena guerra era por supuesto, el dinámico Abraham, que em-

pezó a preparar su propio trabajo para el mismo ya desde el mes de marzo. Primeramente se pensó realizarlo en Breslau, pero a comienzos de setiembre se decidió hacerlo en Budapest, que Freud declaró ahora ser el centro del movimiento psicoanalítico.

El quinto Congreso Psicoanalítico Internacional se realizó en el Hall de la Academia de Ciencias de Hungría, el 28 y el 29 de setiembre de 1918.

Fue el primer Congreso al que asistieron representantes estatales: eran delegados oficiales de los gobiernos de Austria, Alemania y Hungría. La razón de su asistencia era el creciente reconocimiento del importante papel desempeñado en todo cálculo militar por las «neurosis de guerra». Un libro que había publicado Simmel, a comienzos de año, junto con la excelente labor profesional realizada por Abraham, Eitingon y Ferenczi, había impresionado grandemente, si no al gremio médico en general, por lo menos a los médicos militares de mayor graduación y se estuvo hablando de crear clínicas psicoanalíticas en diversos centros, para el tratamiento de las neurosis de guerra.

El intendente y los demás funcionarios de Budapest se deshacían en demostraciones de hospitalidad. El nuevo hotel termal, Geller-furdó, fue reservado para los participantes del Congreso, se puso a su disposición un barco especial sobre el Danubio y les ofrecieron diversas recepciones y comidas. En conjunto, la atmósfera era sumamente estimulante y acogedora. Ferenczi fue designado para ocupar la próxima presidencia de la Asociación Internacional. Al mes siguiente, un millar de estudiantes solicitaron al rector de la Universidad que se invitara a Ferenczi a dar en la misma una serie de conferencias sobre psicoanálisis.

Cuarenta y dos miembros, entre analistas y simpatizantes, tomaron parte en este Congreso. Freud leyó un trabajo sobre *Los caminos de la terapia psicoanalítica.* Por alguna curiosa razón, esta vez realmente leyó, apartándose de su invariable costumbre de dar sus conferencias o exponer sus comunicaciones científicas sin la ayuda de anotación alguna. Mereció por ello la censura calurosa de los miembros de su familia allí presentes. Sostenían que los había deshonrado, rompiendo con una tradición familiar.

Si bien se mantuvo alejado, en todo lo que pudo, de las ceremonias de carácter formal, no pudo dejar de sentirse conmovido ante el entusiasmo reinante y las brillantes perspectivas que inesperadamente se abrían para la difusión de su obra. Unos días después escribía a Ferenczi. «Me siento pletórico de satisfacción y mi corazón está aliviado desde que sé que la niña de mis ojos, la obra de mi vida, se halla protegida por la colaboración de usted y los demás que de ningún modo se descuida su futuro. He de contemplar los tiempos mejores que vendrán, aun cuando sea desde lejos». Ferenczi le replicó que ya había oído esa historia de contemplar desde lejos diez años atrás, cuando Freud se retiraba para hacer lugar a Jung.

Freud había tenido pocas noticias acerca de Pfister durante la guerra, pero en el mes de octubre de ese año la correspondencia fue reanudada con motivo de la publicación de un nuevo libro del pastor. Freud, luego de elogiarlo, le manifestó que disentía con él en dos puntos: la crítica a sus ideas sobre la sexualidad infantil y el tema de la moral. «En cuanto a esto último le cederé la plaza a usted. El tema se halla lejos de mi interés y usted se ocupa de la cura de almas. Yo no me exprimo el cerebro acerca del

problema del bien y del mal, pero en resumen puedo decirle que no he encontrado mucho de "bien" en la gente. La mayor parte de ellas, según mi experiencia, es gentuza, ya sea que se proclamen partidarios de tal o cual doctrina moral o de ninguna. Usted no podría decir otro tanto, ni siquiera pensarlo quizás, si bien su experiencia en la vida difícilmente puede haber sido diferente de la mía. Si de moral se trata, reconozco que profeso ideales elevados, de los cuales, triste es decirlo, la mayor parte de la gente se aparta... Desde un punto de vista terapéutico, no puedo menos que envidiar las posibilidades de sublimación que ofrece la religión. Pero la belleza de la religión no pertenece, ciertamente, al dominio del psicoanálisis. Naturalmente, a partir de aquí nuestros caminos divergen en cuanto a la terapia se refiere. Y podemos dejar las cosas tal cual. Pero quisiera preguntarle, de paso: ¿cómo es que el psicoanálisis no ha sido descubierto por ninguna de esas personas tan piadosas? ¿Por qué tuvieron que esperar a que lo hiciera un judío completamente ateo?».

Desde hacía un año o dos, Freud tenía motivos para temer que, con la caída del valor de sus ingresos, su situación financiera desembocaría en la bancarrota. Su cuñado, Eli Bernays, sospechando que su situación económica no fuera buena, le había enviado una considerable suma desde Nueva York, antes de entrar Estados Unidos en la guerra, en 1917. Era una recompensa, muy oportuna, por lo que Freud había hecho por él veinticinco años atrás, cuando él emigró a Estados Unidos. Pero ese dinero ya se había agotado hacía tiempo.

Vino luego la derrota, con el colapso del Imperio Austro-húngaro. Freud manifestó que no podía dejar de sentir una satisfacción ante este hecho. Quince

días más tarde escribía: «La época es de una tensión terrible. Es bueno que lo viejo perezca, pero lo nuevo no ha llegado aún. Estamos esperando de Berlín las noticias que anuncien el comienzo de esas cosas nuevas. Pero el destino de Austria o de Alemania no ha de arrancarme una sola lágrima». En realidad, tampoco esperaba nada de Wilson y por lo que supe más tarde, estaba muy indignado con él por haber engañado a Europa con tantas promesas que no estaba en condiciones de cumplir.

Escribió a Ferenczi: «En Alemania creo que ocurrirán cosas terribles, mucho peores de las que pueden venir en su país o en el mío. Basta recordar la tremenda tensión de estos cuatro años y medio y el amargo desengaño que sobrevendrá, ahora que esa tensión cede bruscamente. Allí habrá resistencia, una sangrienta resistencia. Ese Wilhelm es un tipo incurablemente romántico. Se equivoca acerca de la revolución, tal como se equivocó con la guerra. Ignora que la edad de la caballería llegó a su término con Don Quijote. No se preocupe demasiado por el destino de Hungría quizás todo esto lleve a un renacimiento de esa nación tan dotada y tan viril. En cuanto a la caída de la vieja Austria, lo único que yo puedo sentir es una honda satisfacción. Desdichadamente no me considero ni germano-austríaco, ni pangermano.

También nuestro psicoanálisis ha tenido mala suerte. Tan pronto como comenzó a interesar al mundo a causa de las neurosis de guerra, la guerra llega a su fin, y cuando por primera vez nos encontramos con una fuente de riqueza, ésta se agota a nuestra vista. Pero la mala suerte es compañera constante de la vida. Nuestro reino, evidentemente, no es de este mundo».

La guerra había dejado una sola ansiedad de carácter personal, pero sumamente considerable. Durante muchas semanas no hubo noticia alguna del hijo mayor de Freud, Martin, de modo que cabía esperar cualquier cosa. Finalmente llegó el rumor de que todo su regimiento había sido capturado por los italianos, pero apenas el 3 de diciembre llegó una tarjeta postal a Viena, anunciando escuetamente su presencia en un hospital italiano. Pero no fue dado de baja hasta el mes de agosto.

A pesar de la estremada escasez de papel y de plomo, Freud logró publicar en 1918 el cuarto volumen de su *Sammlung kleiner Schriften*, que con sus 717 páginas igualaba a los tres volúmenes previos sumados.

La paz no se concertó hasta el verano siguiente y entretanto la situación fue empeorando en Alemania y especialmente en Austria, es decir en lo que quedó de ésta. Freud se quejó amargamente de que «todos los cuatro años de la guerra no fueron más que un chiste comparados con la tremenda amargura de estos cuatro meses, e indudablemente de los que ahora vendrán».

El consultorio de Freud estaba nuevamente floreciente y había de nueve a diez pacientes por día. Pero las mil coronas de ingreso que esto significaba sólo tenía la décima parte de su valor anterior. El primero de año escribió a Ferenczi: «A menudo hemos hablado de la alternativa de autoadaptación o transformación del mundo externo. Ahora mi capacidad de adaptación está en huelga y en cuanto al mundo externo no tengo poder alguno. Estoy malhumorado y debo confesar que estoy contagiado también a otra gente, aún joven y vigorosa.»

Al comienzo se sintió completamente sin una idea

nueva, pero pronto comenzaron a aparecer algunas de valor sobre el tema del masoquismo. Se mostró entusiasmo con un artículo de Ferenczi sobre técnica, que a su juicio era «oro puro analítico». Se sintió muy feliz al ser informado del casamiento de Ferenczi a comienzos de marzo. Ahora se vería aliviado de la ansiedad que significaba el tener que cuidarlo. Pero por otra parte llegaban malas noticias de su otro amigo húngaro, von Freund, a quien finalmente se le reprodujo su sarcoma y cuyos días a partir de ese momento estaban contados.

En marzo nos hizo saber Freud que repentinamente había recobrado su capacidad de creación. Varios años antes le había manifestado a Ferenczi que sus verdaderos períodos de productividad se producían cada siete años. Había llegado el momento para un nuevo brote de productividad, que en algunos aspectos iba a ser el más asombroso de todos.

VIII

HÁBITOS DE VIDA Y DE TRABAJO

Queremos dar unas impresiones sobre la forma de vivir de Freud.

Comencemos por describir el escenario físico en que se desarrolla su vida. La Berggasse es una calle que se denomina así porque desciende en pendiente de una arteria importante, y exhibe una serie de masivos edificios del siglo dieciocho, típicamente vieneses, observándose en ellos algunas pocas casas de comercio. En la planta baja del número 19 había una carnicería. El nombre de pila de su propietario era Sigmund y el letrero fijado a uno de los costados de la amplia puerta de entrada contrastaba un tanto curiosamente con la placa del Prof. Sigm. Freud en el otro extremo del portón. La entrada principal del edificio era muy amplia, a punto tal que un carruaje con su caballo podía entrar cómodamente para dirigirse al jardín, y al patio del fondo. Tan pronto como se entraba, a la izquierda, se hallaba la vivienda del

portero. A mí me resultaba extraño ver que Freud, tal como otros habitantes de Viena, no tuviera una llave de la puerta principal y se viera obligado a despertar al portero para hacerse abrir la puerta todas las veces que volvía a casa después de las 22. A la derecha había un tramo de escalera de unos seis escalones que conducía al departamento de tres habitaciones que para uso profesional ocupó Freud desde 1892 hasta 1908. Las vastas ventanas de estas habitaciones daban al jardín del fondo. Una escalera de piedra conducía al piso siguiente, el entrepiso en que habitaba Freud con su familia.

El 6 de mayo de 1954, la *World Federation for Mental Health* (Federación Mundial para la Salud Mental), a raíz de una resolución votada unánimemente unos meses antes, fijó en el viejo domicilio de Freud de Berggasse 19, una placa conmemorativa.

En mil novecientos treinta y tantos el Consejo de la Ciudad de Viena propuso que se rebautizara la Berggasse con el nombre de «Sigmund Freudgasse», siguiendo una generosa costumbre vienesa de recordar así los nombres de los médicos famosos. A Freud esto le pareció una cosa «sin sentido». Sobrevinieron luego dificultades políticas y esta iniciativa fue dejada de lado. El 15 de febrero de 1949, sin embargo, el Consejo Municipal decidió dar el nombre de «*Sigmund Freud-Hof*» a un grupo de edificios del Noveno Distrito de Viena.

En la primavera de 1908 Freud introdujo modificaciones en la vivienda que ocupaba. Dejó el departamento de tres habitaciones que estaba ocupando en la planta baja y que había constituido hasta entonces su refugio privado y tomó entonces el departamento que había ocupado su hermana Rosa en el primer piso, y como allí se hallaba también su vi-

vienda particular, el piso íntegro quedó a su disposición. Abrió una puerta de comunicación entre el viejo departamento y el nuevo, que le permitió pasar del uno al otro sin utilizar la puerta de entrada, ventaja ésta que no dejó de aprovechar habitualmente en los pocos minutos de que solía disponer entre uno y otro paciente. Otra modificación más fue necesaria para que los pacientes, al final de la hora de tratamiento, pudieron retirarse sin volver a la sala de espera, de manera tal que raramente podían producirse encuentros entre ellos. La criada, a su debido momento, les alcanzaba el sombrero y el abrigo.

Pasamos a describir las habitaciones de su propio uso. En primer lugar había una pequeña sala de espera con una ventana que daba al jardín. Era bastante cómoda para realizar en ella las reuniones de los miércoles de la Sociedad de Viena durante varios años, hasta el momento en que ésta se hizo demasiado numerosa. Ocupaba el centro de la misma una larga y sólida mesa, y la habitación misma estaba decorada con diversas piezas de la colección de antigüedades que Freud había ido reuniendo. Esta habitación estaba separada del consultorio por un juego de puertas dobles, revestidas de fieltro y recubiertas además por ambos lados de pesadas cortinas. Con eso se aseguraba el debido aislamiento. Al costado del sofá analítico, Freud se sentaba en una silla poco confortable frente a la ventana, que daba también al jardín. Años más tarde solía usar un taburete alto para apoyar los pies.

En el consultorio había también muchas antigüedades, entre ellas un relieve de la famosa Gradiva, que proporcionaba útiles estímulos a las fantasías de los pacientes. De allí se pasaba a un refugio más íntimo, la pieza de estudio propiamente dicha. Ésta

estaba llena de libros, pero aún aquí había lugar para vitrinas con más antigüedades. La mesa en que escribía no era grande, pero estaba siempre limpia. Sacar el polvo a esta mesa debe haber sido una cosa harto difícil, dado que se hallaba repleta de estatuillas, principalmente egipcias, que Freud solía reemplazar cada tanto con otras tomadas de sus vitrinas.

La afición de Freud a coleccionar antigüedades griegas, asirias y egipcias desempeñaba un papel importante en su vida afectiva y constituía para él una intensa fuente de placer y de interés.

Pudo trasladar a su nueva residencia en Londres, por fortuna, la colección íntegra e intacta y allí puede verse ahora la útil e interesante exposición. Uno de los grandes placeres de Freud consistió en regalar de tanto en tanto diversas piezas de su colección, y somos varios los que tenemos la suerte de poseer algunas de ellas. Su hijo Ernst, que posee varias piezas seleccionadas y valiosas, naturalmente les ha elegido de acuerdo con su valor artístico, cosa que para Freud siempre tuvo menos importancia que su significación histórica o mitológica.

La vivienda propiamente dicha constaba de tres habitaciones de recepción y los dormitorios. Se podía contar en total no menos de doce estufas de porcelana, de antiguo estilo vienés, y los hijos se sentían orgullosos de saber que eran los únicos, en su círculo de parientes y amistades, que poseían doce pupitres en su casa.

Por supuesto su forma de vida, e incluso, hasta cierto punto, su personalidad, no eran iguales durante su período de trabajo en Viena y sus largas vacaciones de verano, que siempre esperaba con anhelo. Poco había, en Viena, fuera del trabajo. La labor comenzaba a las ocho, con el primer paciente, y esto

significaba levantarse poco después de las siete. Nunca resultaba fácil hacerlo levantarse tan temprano, dado que su intenso trabajo y la hora avanzada en que se acostaba, le hacían desear siempre un poco más de reposo del que le estaba asignado. Pero le bastaba una ducha fría para sentirse renovado. Todas las mañanas venía un barbero, para recortar su barba y cada tanto su cabello. Impresionado en Estados Unidos por lo poco usual de su apariencia hirsuta volvió a Europa con las mejillas rasuradas, pero pocos meses después decidió abandonar el nuevo hábito. No tardó mucho, después de esto, en sacrificar la plenitud de su bigote y su barba, que en los últimos años mantenía más bien cuidadosamente recortados. Apresuradamente tomaba el desayuno y echaba un vistazo al *Neue Freie Presse*. Dedicaba a cada paciente exactamente cincuenta y cinco minutos, de modo que había un intervalo de cinco minutos cada hora para refrescar un tanto la mente y disponerla para nuevas impresiones o para correr hacia el interior de la casa y enterarse de las últimas novedades de la misma. Pero tenía por principio ser puntual con sus pacientes.

El almuerzo se servía para toda la familia a la una. Habitualmente era ésta la única oportunidad en que se reunían todos. La cena, a menudo, se servía tan tarde que los más jóvenes a esa hora ya se habían retirado a dormir. El almuerzo, como comida principal del día, era sustancioso y se componía, entre otras cosas, de sopa, carne, queso, etc., y postre. Freud sentía especial apego a los platos de carne y la carencia de ésta durante la guerra significó para él una gran privación. La comida era para él un placer y solía concentrarse en ella. Se mostraba muy taciturno mientras comía, cosa que solía crear a ve-

ces una situación embarazosa para los visitantes extranjeros, quienes tenían que conversar con la familia de Freud sin la intervención de éste. Pero Freud no perdía nunca una palabra en lo que se refería a todas las relaciones dentro de la familia y a las novedades del día. Si uno de los hijos dejaba de asistir a una comida, solía apuntar con un cuchillo o un tenedor hacia la silla vacía, con un gesto de interrogación dirigido a su mujer, sentada al otro extremo de la mesa. Ésta entonces explicaba la razón de la tardanza o la ausencia del hijo o la hija, a continuación de lo cual, satisfecha su curiosidad, el jefe de la familia asentía con un gesto y proseguía silenciosamente con la comida. Todo lo que deseaba era mantenerse al corriente de toda la actividad familiar. Salvo en las ocasiones en que tenía excesivo trabajo, Freud se hallaba desocupado de una a tres, de modo que después de unos pocos minutos de descanso solía hacer una caminata por los alrededores. Esto podía significar también la oportunidad para pequeñas compras. Como rápido caminante, era capaz de recorrer una larga distancia en este rato de que disponía. A menudo tenía que despachar pruebas de imprenta a sus editores, Deuticke primero y luego Heller. Estaba además la importante visita al comercio en que se proveía de cigarros, cerca de la Iglesia de San Miguel. Las tres de la tarde era la hora destinada a las consultas, para lo cual se ponía levita. Cuando Freud se veía obligado a tomar un paciente analítico a las tres, esto le obligaba a atender las consultas a las dos. A continuación venía la tarea terapéutica ininterrumpidamente hasta las nueve de la noche, la hora de la cena. Cuando se hallaba excepcionalmente ocupado, solía trabajar con sus pacientes incluso hasta las diez, lo cual significa-

ba doce y hasta trece horas diarias de labor analítica.

Desde la una hasta las nueve parece ser un trecho largo sin tomar alimento alguno, pero en verdad sólo después de cumplir sesenta y cinco años se permitió Freud el lujo de tomar una taza de café a las cinco de la tarde.

Freud se sentía más dispuesto a una actitud de descanso y esparcimiento con su familia a la hora de la cena que en el almuerzo, durante el cual se mostraba más preocupado. Después de la cena solía dar otro paseo, esta vez con la esposa, la cuñada o bien, más tarde, con una de las hijas. En tales ocasiones solían entrar a veces en un café: en verano al café Landmann, en invierno al café Central. Cuando las hijas iban al teatro, Freud solía citarse con ellas cerca de éste, frente a un determinado farol, para acompañarlas luego a casa.

La hija mayor cuenta una anécdota acerca de la cortesía de Freud hacia la familia. Cuando contaba catorce años, su padre la había invitado a ocupar el lado de la derecha en sus paseos. Una amiga del colegio que vio esto le dijo que no estaba bien. El padre debe ocupar siempre el lado derecho. A esto respondió ella con orgullo: «Cuando se trata de mi padre no sucede así. Para él yo soy siempre la dama.»

De vuelta a casa, Freud se retiraba inmediatamente a su escritorio, para concentrarse en su trabajo. Atendía en primer término la correspondencia, que escribía invariablemente a mano, y luego se dedicaba a los trabajos que escribía. Además de eso tenía la labor monótona de preparar nuevas ediciones y corregir pruebas de imprenta, no solamente la de sus propios trabajos, sino también las de las revistas

que dirigía. Nunca se retiraba antes de la una de la mañana y a menudo mucho más tarde aún.

Había algunas variantes en esta rutina que acabamos de describir. Todos los miércoles se efectuaba la sesión regular de la Sociedad de Viena en la que siempre leía un trabajo o bien intervenía en la discusión. Cada dos martes asistía a las reuniones de su círculo judío, el *Bnei Brith*, donde también solía leer de vez en cuando un trabajo. Las veladas del sábado eran sagradas: raras veces perdía Freud el agradable descanso que para él significaban queridas partidas de «tarock». El dedicar una noche al teatro era un acontecimiento bastante raro. Sólo algunas cosa de especial interés, tal como la representación de una obra de Shakespeare o una ópera de Mozart, podía decidirlo a dejar a un lado su trabajo.

Los domingos, eran por supuesto, diferentes, sin pacientes. Por la mañana, acompañado por uno o dos miembros de su familia, Freud hacía siempre una visita a su madre. Allí solía encontrarse a menudo con una o más de sus hermanas, lo que aseguraba, por cierto, nutridas charlas familiares. Freud fue siempre, en alto grado, un hombre de familia, participaba en todas las dificultades y no hay duda de que siempre ofrecía su sabio consejo. Escuchaba mucho más de lo que hablaba en tales reuniones y cada vez que había algún problema serio, una dificultad financiera, por ejemplo, prefería tratarlo tranquilamente con su hermano Alejandro, en su casa. Más avanzada la mañana solía, alguna que otra vez, visitar a un amigo o bien recibir en su casa a algún visitante, si bien esto último ocurría pocas veces durante el año. Ya en edad más avanzada, el domingo era el día favorito de Freud para verse con sus amigos psicoanalistas del extranjero, puesto que en-

tonces podía dedicarles horas y horas. Varias veces he estado con él hasta las tres de la mañana, y a pesar de mi cargo de consciencia de acortarle el descanso, se veía que le resultaba difícil poner término a una conversación interesante.

Los domingos por la noche, su madre y todas sus hermanas solían venir a comer en su casa, pero Freud se retiraba a su habitación inmediatamente después de la comida. Cuando alguna de las hermanas quería conversar a solas con él o pedirle un consejo se veía obligada a seguirlo hasta allí.

Freud contaba también principalmente con el domingo, además, para escribir.

Es cosa bien sabida que Freud fue un gran fumador. Consumía diariamente, por término medio, veinte cigarros. El sufrimiento que significaba para él toda ocasión en que se veía privado de fumar demuestra que se trataba más bien de una adicción que de un hábito. Conoció esta privación en los últimos años de la guerra e incluso más tarde, por razones de salud. Cuando, por este último motivo, tuvo que resignarse a fumar tabaco desnicotizado se mostró bastante disgustado. Nunca mostró, en cambio, inclinación alguna a beber con exceso. Una sola excepción puede señalarse en su vida. Los estudiantes de medicina, en cierta oportunidad, estaban ofreciendo una comida en honor del profesor Stricker y cada uno debía pagar lo que bebía. En razón de su pobreza Freud, bebió únicamente cerveza, a lo cual además no estaba acostumbrado. Repentinamente se le nubló la vista y cuando despertó se vio en la cama. Lo habían transportado Gärtner y Wagner-Jauregg. Tal como cierta vez escribió a su prometida, «no tenía predisposición a la bebida». En su juventud le había gustado el vino, pero nunca la cerveza ni las

bebidas alcohólicas y en sus viajes a Italia se preocupaba de probar los vinos locales. Pero en Viena no lo probaba nunca y en su casa difícilmente había más que una pequeña provisión. Es muy posible que todo esto no fuera por razón de principios sino por el disgusto que le provocaba la ligera ofuscación mental que podía producir la bebida, aún ingerida en mínima cantidad. Quería estar siempre lúcido.

Freud era invariablemente limpio y correcto en su indumentaria, si bien no elegante ni a la moda. Antes de la guerra llevaba un holgado traje oscuro con un cuello duro y un lazo negro. La levita era para las ocasiones especiales. Llevaba el amplio sombrero negro que entonces se usaba en Viena. El sombrero de copa era para aquellas raras ceremonias que Freud generalmente lograba evitar.

Conviene decir algo acerca de la vida matrimonial de Freud. La esposa de Freud era sin duda alguna la única mujer en su vida amorosa y la que se hallaba en primer término, para él, entre todos los mortales. Si bien al parecer, el aspecto más apasionado de la vida matrimonial, en el caso de Freud, declinó bastante antes de lo que ocurre en muchos otros casos —en realidad ello surge de diversas expresiones— su lugar fue ocupado por una inconmovible devoción y una perfecta comprensión y armonía. Tampoco es cierto que Marta Freud fuera «ejemplo y compendio de aquella tediosa *Hausfrau* (ama de casa), que se pasa la vida limpiando y fregando y que no descansa ni aspira a descansar mientras quede un solo almohadón que acomodar en la casa». Era, por cierto, una excelente ama de casa, de normas elevadas, y el solo disponer las ocupaciones de varias personas de servicio y criar seis chicos, que a menudo estaban enfermos, representaba una ocupación más

que considerable. Hubiera sido mucho más ajustado a la verdad el decir que para ella lo primero era la familia y no, como se pretende sugerir, las ocupaciones de la casa. Y lejos de pertenecer al tipo de «gobernanta», era una señora muy culta y que apreciaba mucho los dones de la vida. Dedicaba la noche a la lectura, manteniéndose así al día con la literatura corriente, hábito que no abandonó durante el resto de larga existencia. Fue para ella un placer especial el que Thomas Mann, uno de sus autores favoritos fuera huésped de su casa, como lo fueron también muchas personalidades literarias prominentes de la época. Tenía escasa oportunidad, y acaso ningún deseo, de realizar estudios puramente intelectuales y estaba lejos de hallarse familiarizada con los detalles de la labor profesional de su esposo. Pero éste en sus cartas, hacía alusiones circunstanciales a sus trabajos sobre la *Gradiva, Leonardo, Moisés,* etcétera, en una forma que daba a entender que todo esto no le era ajeno a ella.

Y ahora viene su hermana, la famosa «Tante (tía) Minna», que vivió con ellos alrededor de cuarenta y dos años. Sin duda conocía la obra de Freud más que su hermana, y cierta vez él señaló que en los años de soledad que precedieron al comienzo del nuevo siglo eran Fliess y ella las únicas personas en el mundo que simpatizaban con ella. Su lengua era cáustica y de ella procedían muchos epigramas que la familia conserva cuidadosamente. Freud apreciaba sin duda su conversación, pero el decir que ella reemplazaba de algún modo a su hermana en sus sentimientos es puro disparate.

Los hijos de Freud leyeron con gran asombro, en un libro de autor norteamericano, dos supuestas características de las relaciones entre ellos y su padre.

En primer lugar se enteraron, no sin asombro, de que no estaba en la naturaleza de Freud el ofrecer a sus hijos un cariño espontáneo y simple y que éste mantenía «sepultados en sí mismo» sus naturales sentimientos paternos. Yo mismo recuerdo como una de sus hijas, una colegiala bastante grande, ya entonces, estaba acomodada en su regazo y abrazada a él en forma tal que no dejaba duda alguna sobre el cariño del padre así como de su capacidad de demostrarlo. Estar junto a ellos y compartir sus diversiones constituía su mayor felicidad y les dedicaba exclusivamente todo su tiempo libre cuando se hallaba con ellos de vacaciones. Más extraño les resultó aún leer acerca de lo extremadamente severo que habría sido su padre. Se han descrito cuadros de una severidad patriarcal, en un ambiente en que el temor reverente hacia el padre y la obediencia a sus menores caprichos había constituido la base de la educación. Muy diferente de todo esto es la verdad, como lo atestiguan todos ellos. Tanto es así que acaso la única crítica que podría hacérsele a Freud sobre la educación de sus hijos era su extremada indulgencia. El permitir el libre desarrollo de la personalidad del niño con el mínimo de restricciones o de reprimendas era una cosa muy rara por aquellos días y es posible que Freud haya practicado este principio hasta el extremo, con el mejor de los resultados, empero, en cuanto al desarrollo ulterior de sus hijos. Y puede decirse que esta libertad se aplicó tanto a los varones como a las niñas.

Había un rasgo muy poco común en la vida familiar de la Berggasse: la notable atmósfera de armonía que allí reinaba. Al igual que Freud y su esposa, los hijos tenían un sentido del humor muy desarrollado, de modo que abundaban en la casa los chistes,

sin faltar incluso alguna que otra broma. Lo que nunca se podría ver allí era una actitud aviesa o de mal talante. Nadie de ellos recuerda nada que pueda parecerse a una reyerta entre ellos o menos aún con el padre o con la madre. Toda la atmósfera familiar estaba impregnada de libertad, amistad y equilibrio. Jamás había nada que pudiera asemejarse a una «escena». Todo esto, que por cierto no puede decirse de muchas familias, es indicio del sentimiento de amor que impregnaba las relaciones familiares. Freud no era un hombre expansivo, capaz, por ejemplo de besar a su mujer delante de personas extrañas, pero el profundo afecto que irradiaba no podía menos que animar a la familia entera.

En una cosa no hubiera cejado Freud en cuanto a la educación de los hijos se refiere, y era que, en cuanto de él dependiera, ellos no debían llegar a conocer en modo alguno una angustia económica como la que había amargado tanto su propia juventud. Su propósito era que no les faltara nada, así fuera para su placer como en materia de su educación, hasta el día en que pudieran costeárselo por sí mismos. Desde ese momento ya no deberían esperar nada de él. Todo el dinero que pudiera dejar estaba destinado a las muchas personas que de él dependían. Al acercarse el fin, entregó dinero a sus hermanas, antes de ausentarse definitivamente de Viena y todo lo demás que pudo reunir quedó en manos de un familiar para que su esposa pudiera disponer de ello a su entera libertad. Entretanto, los hijos no sólo debían estar a cubierto de toda preocupación económica, sino que incluso debían conocer lo menos posible en esta materia, con excepción, naturalmente, de la que se refería a administrar cada uno su pequeño fondo. En esto se fue más bien en el ex-

tremo opuesto, y es posible que les hubiera beneficiado más que se les hubiera enseñado algo acerca del papel que el dinero desempeña necesariamente en la vida.

Freud siempre decía que hay tres cosas en las que nunca se debe hacer economías: la salud, la educación y los viajes. También observaba que era muy importante para el auto-respeto de los niños el poder disponer siempre de trajes en buen estado.

Se preocupó especialmente de que en sus fiestas y viajes sus hijos no tropezaran con obstáculo alguno por razón de dinero. Solía darles simplemente lo que le pedían y hablaba muy en favor del carácter de ellos el que nunca hayan abusado de su generosidad. Por otra parte, su delicadeza y su sentido de equidad le llevaban a tomar en cuenta las circunstancias de carácter económico referentes a cualquiera de los amigos que acompañara a alguno de sus hijos. Esto era especialmente importante en lo que se refiere al hijo mayor, cuyo mejor amigo era un joven de difícil situación económica. De manera que cuando los dos estaban por emprender un viaje a las montañas, Freud hacía que su hijo preguntara previamente a su amigo qué suma llevaría consigo, y a continuación, para que aquél no pudiera sentirse menoscabado, daba a su hijo exactamente igual cantidad.

La principal fuente de ingresos de Freud, era, naturalmente, su trabajo terapéutico. Antes de la guerra sus honorarios eran cuarenta coronas ($ 8,10), lo que en Viena era una cifra elevada. Consideraba todo lo que cobraba por consultas aisladas como un sobresueldo y le parecía justo reservarlo para su hobby favorito: las antigüedades que coleccionaba. Al comentar estos ingresos con Ferenczi, Freud solía

referirse a ellas como *Nationalgeschenk* (asignación graciable del Estado). Los fondos que ingresaban por derechos de autor, que durante años fueron escasos, eran repartidos entre los hijos a guisa de regalo. El ofrecer regalos era uno de los más grandes placeres de Freud. A tal punto llegaba esto que ni siquiera tenía la paciencia necesaria para esperar el momento apropiado. A pesar de las protestas de su mujer, los regalos de cumpleaños para los hijos llegaban siempre a destino un día antes. Digamos de paso que este hecho no era el único que reflejaba cierta nota de impaciencia en su ardiente naturaleza. La diaria llegada del cartero era un acontecimiento que esperaba siempre con verdadera ansia. No sólo le complacía mucho recibir cartas, sino que incluso era capaz de impacientarse con sus amigos cuando éstos no contestaban la correspondencia con la misma rapidez con que él lo hacía.

En aquella época no era común en Austria que los ciudadanos demostraran demasiada exactitud en la confección de sus declaraciones de impuestos y Freud no constituía posiblemente una excepción a esto. No tendría nada de sorprendente que considerara más importantes las necesidades de su familia que las del Emperador. En cierta ocasión, en 1913, los funcionarios del respectivo departamento le escribieron expresándole su asombro al ver que fuera tan reducido el monto de su impuesto «dado que nadie ignora que su reputación se extiende mucho más allá de las fronteras de Austria». Freud envió esta contestación mordaz: «El Prof. Freud se siente muy honrado de recibir una comunicación del Gobierno. Es ésta la primera vez que el Gobierno ha tomado nota de su existencia, cosa que desea reconocer. Hay un punto, sin embargo, en el que no puede coincidir

con el texto de la nota recibida: que su reputación se extiende mucho más allá de las fronteras de Austria. Comienza en la frontera.»

Freud se mantenía al tanto de las noticias y la política de su época, pero no se sentía demasiado afectado por eso. Simpatizaba con las reformas más progresistas del programa del Partido Socialista, pero no estaba afiliado al socialismo. Su hermano Alexander que actuaba en círculos gubernamentales, era un vehemente adversario del socialismo, pero Freud se limitaba habitualmente a escuchar sus peroratas con silenciosa sonrisa. Nunca votó por el Partido Socialista en las elecciones, ni tampoco, por supuesto, por sus adversarios, el Partido Social Cristiano, violentamente antisemita. Había también un pequeño Partido Liberal. Cuando presentaba un candidato en el distrito —ello ocurrió una o dos veces— podía contar con el voto de Freud.

Hasta pasados los sesenta no tuvo nunca una enfermedad grave. Pero por otro lado padecía constantemente de perturbaciones de menor monta. Las cartas a sus amigos están llenas de alusiones a sus transtornos intestinales. El transtorno en cuestión, cuyo síntoma más destacado era una constipación crónica, era de carácter muy confuso. En diferentes épocas fue diagnosticado como colitis, inflamación de la vesícula biliar, simple indigestión y apendicitis crónica. Todas estas dolencias podían explicarse muy bien en un hombre que llevaba una vida tan sedentaria como la de Freud, pero el transtorno quizá puede considerarse también, en parte, como un remate psicosomático de la neurosis que tanto atormentó a Freud antes de su autoanálisis y durante el curso del mismo.

Había también algunas otras molestias, tales

como una buena dosis de «reumatismo». Solía atacarle la mano derecha, creándole dificultades para escribir. No es cosa de sorprender tampoco en un hombre tan afecto al uso de la pluma, que sufriera de vez en cuando de «calambre de los escritores». Sufrió también, durante toda la vida de una seria hemicránea y de repetidas infecciones sinusales, a lo cual se agregaron, en los últimos años, molestias prostáticas.

Durante toda su vida preocuparon a Freud pensamientos sobre la muerte. Se trataba de reflexiones sobre su significado, temores de muerte, y más tarde el deseo de que ésta llegara. A menudo nos hablaba y nos escribía sobre esto. Lo más corriente en estos comentarios era siempre que ya se estaba volviendo viejo y no le quedaba mucho que vivir. Los cálculos sobre «periodicidad» de Fliess, habían asignado a Freud cincuenta y un años de vida. Tan pronto como traspuso esa edad sin consecuencias, incurrió en otra creencia supersticiosa, que según manifestó a Ferenczi en 1910 había alimentado «durante mucho tiempo»: que había de morir en 1918. Cuando también esta fecha pasó tranquilamente hizo este comentario, característicamente conciso: «Esto demuestra lo poco que puede uno confiar en lo sobrenatural.»

Las vacaciones representan ciertamente una vida muy distinta para Freud. En el momento mismo de tomar el tren que lo alejaría de su odiada Viena seguramente habría más de un suspiro de alegría y de alivio. Durante muchos meses, a menudo ya desde enero, había discusiones en la familia y con los amigos acerca del lugar más atrayente para el próximo veraneo. A menudo solía hacer expediciones exploradoras durante la Pascua y enviaba entonces

divertidas descripciones a la familia. Todos ellos eran peritos en la materia y por otra parte las exigencias eran muy específicas: una casa cómoda en la que no faltara una habitación apropiada para escribir si Freud se sentía inclinado a ello, una determinada altitud, sol y mucho aire, bosques de pino en las inmediaciones para los paseos, hongos a discreción, hermoso paisaje y sobre todo tranquilidad y estar a cubierto de toda irrupción de gente en bandadas o de cualquier otra posibilidad de turismo en gran escala.

Antes de la guerra solía llevar Freud, en sus vacaciones, un traje tirolés, con tiradores bien visibles, «shorts», y un sombrero verde con un pequeño *Gamsbart* (borla de gamuza) que pendía de un costado. Un sólido bastón, y en los días lluviosos una capa alpina afelpada, completaba el equipo. Más adelante esto fue reemplazado por un abrigo de repuesto y más tarde aún por una larga chaqueta gris.

En su juventud Freud solía divertirse jugando a los bolos pero su ejercicio consistía principalmente en largas caminatas. Era un caminador notable: liviano, veloz e incansable.

El rasgo más característico en estas andanzas de Freud era su pasión por los hongos, especialmente por descubrirlos. Tenía un impresionante olfato para adivinar los lugares en que podía haberlos, e incluso solía señalarlos viajando en tren. En las expediciones que emprendían con ese fin solía separarse a menudo de los hijos, los que entonces ya no dudaban de que pronto habrían de oír el grito que denotaba el éxito. En ese momento él se deslizaba silenciosamente hasta el lugar y súbitamente se abalanzaba para «capturar» el hongo, como si se tratara de un pájaro o de una mariposa.

Otra de sus aficiones era la inacabable búsqueda de flores silvestres raras, y la posterior clasificación de las mismas, cuidadosa y con todo el tiempo necesario. Una de sus hijas me decía que había tres cosas que el padre deseaba especialmente enseñar a sus hijos: conocimiento de las flores silvestres, el arte de descubrir hongos y la técnica del juego del tarock. Y en todo ello tuvo completo éxito.

Entre las cosas típicas de las vacaciones, había dos que suelen considerarse más bien como características del sector femenino de la humanidad. Freud carecía del sentido de la orientación y por ello no encontraba nunca el camino de regreso en tales ocasiones. Sus hijos me cuentan que después de una larga caminata solían quedar atónitos al ver la absurda dirección que quería tomar para el regreso. Pero sabedor él de la situación, se resignaba bien pronto a dejarse guiar por ellos. No era nada práctico, además, en cuanto a los detalles preparatorios de un viaje. Los horarios de ferrocarril eran una cosa que estaba más allá de su comprensión, y los viajes más bien complicados eran siempre preparados por otros, primero por su hermano Alejandro y más tarde por su hijo Oliver, ambos expertos en esto. Se tomaban las mayores precauciones para no equivocarse de tren, llegando para ello a la estación con una anticipación absolutamente exagerada. Solía ocurrir aún así que el equipaje se despachara con errores en la dirección o que se extraviara del todo.

Después de pasar más o menos seis semanas en esta idílica existencia, Freud solía sentir la nostalgia de placeres más complicados. Esto significaba casi siempre un viaje a Italia, que raras veces solía hacer sin ninguna compañía.

No es mucho lo que cabe decir acerca de los hábi-

tos de Freud en cuanto a escribir se refiere. A juzgar por lo mucho que escribió y por la correspondencia, debe haber tenido una gran afición al acto físico de escribir, cosa que hacía siempre a mano. Sólo en los últimos años, después de cumplidos los setenta, admitió cierta ayuda de parte de su hija menor. Freud no poseía el arte mercenario de obligarse a sí mismo a escribir tantos o cuantos centenares de palabras por día. Su forma de redactar tenía más de la cualidad irregular del poeta. Podía pasar semanas e incluso meses sin sentir la necesidad de decir algo. Pero de pronto llegaba cierta ansia de creación, una especie de moderado y doloroso trabajo de alumbramiento, un esfuerzo de escribir por lo menos dos o tres fases por día y finalmente el estallido, una ruptura de todas las vallas, que era cuando un ensayo importante quedaba terminado en pocas semanas. Pero al hablar de pocas semanas no nos referimos a un trabajo continuo: significaba, por el contrario, exprimir presurosamente las muy contadas horas de que podía disponer al final de una jornada de intenso trabajo.

Sus mejores producciones eran siempre precedidas por una creciente indisposición y diversos síntomas de malestar general. Cuando, como ocurrió a veces, se hallaba en un estado de perfecta salud y con el ánimo eufórico, no era el caso de escribir absolutamente nada. Había otro motivo que le impulsaba a escribir tanto, aparte, por supuesto, de los de orden científico. A mí me explicó esto mismo diciendo que el escuchar e incorporar tantas cosas a lo largo del día, engendraba la necesidad de «expulsar» algo, de cambiar la actitud pasiva y receptora por otra de tipo activo y creador.

Las vacaciones de verano constituían a menudo

un período de germinación de ideas nuevas, resultado a distancia, a no dudar, de las numerosas impresiones recibidas de sus pacientes en los procedentes meses de labor. De este modo, al volver a Viena, en el mes octubre, solía encontrarse, por lo común, en un estado de ánimo apropiado para sumergirse en el trabajo. Tenía la creencia, que comunicó a Ferenci en 1913, de que sus mejores trabajos los realizaba periódicamente, cada siete años. Esto era evidentemente un remanente de su creencia en las leyes de perioridad de Fliess.

A fin de cuentas el trabajo, sea de una índole u otra, era la cosa obligada para Freud. Una vida de ocio le habría resultado insoportable. «Una vida sin trabajo de ningún modo podría parecerme agradable. Imaginación creadora y trabajo son cosas inseparables para mí. Ninguna otra cosa me encanta. El secreto de la felicidad podría estar encerrado en esta fórmula, a no ser por la terrible idea de que la capacidad de creación de uno depende íntegramente de estados de ánimo. ¿Qué puede hacer uno cuando las ideas dejan de fluir y las palabras apropiadas no acuden? Es imposible dejar de temblar ante esta posibilidad. Es por esto que, a pesar de que a un hombre firme y enhiesto le sienta el manifestarse conforme con el destino, yo imploro secretamente: nada de enfermedad, nada de paralización de la capacidad productiva a causa de un mal físico. Moriremos con la amargura puesta, como decía el rey Macbeth.»

Habría sido afectación de parte de Freud, cosa que en él nunca sería posible, el negar la evidencia de que, luego de muchos años de haber sido ya conocido, había llegado —después de la Gran Guerra— a ser realmente famoso. Lo aceptaba como un simple hecho, y naturalmente le alegraban las señales del

creciente reconocimiento de sus trabajos. Pero nada hizo para alcanzar la fama. La consideraba una consecuencia incidental de su labor, que obedecía, a su vez, a otros motivos.

Cierta vez dijo, pensando evidentemente en sí mismo, aún cuando lo expresaba en términos generales: «Nadie escribe para alcanzar la fama, la que de todos modos es algo sumamente transitorio, o la ilusión de inmortalidad. Escribimos, sin duda ninguna y ante todo, para satisfacer algo que se halla dentro de nosotros, no para los demás. Naturalmente, cuando otros reconocen nuestros esfuerzos ello incrementa nuestra satisfacción interior, pero, sin embargo, escribimos en primer término para nosotros mismos, elevados con un impulso interno».

Freud no adjudicaba mucho valor a sus trabajos, una vez que la aplicación de su método le había permitido expresar aquello que deseaba. Esta actitud despreocupada se evidenciaba principalmente en materia de traducciones, ya que se le veía dispuesto a conceder derechos de traducción en una forma un tanto descuidada e indiscriminada. A su hijo Ernst le dio un trabajo bastante considerable, año después, poner en claro los complicados y contradictorios contratos que fueron descubiertos.

Freud tenía un concepto bastante modesto de sí mismo. He aquí una típica expresión del mismo. «Mi capacidad y mi talento son muy limitados. Absolutamente nada en cuanto a ciencias naturales, nada en cuanto a matemáticas, nada que tenga que ver con lo cuantitativo. Pero los dones que tengo, limitados en su naturaleza, son probablemente poderosos.»

Muchas veces he sido consultado acerca de la importancia que en mi opinión podía tener sobre

la evolución de las ideas y los trabajos de Freud su judaísmo, especialmente por personas que al escribirme al respecto esperan una respuesta enfática positiva. Este factor tenía indudable importancia en un aspecto, al que el mismo Freud se refirió frecuentemente. La hereditaria capacidad de los judíos de resistir y mantener su posición en la vida frente a la oposición y la hostilidad que los rodea era evidentemente pronunciada en Freud, quien indudablemente tenía razón al atribuir a esto la firmeza con que había sostenido sus convicciones sin amilanarse ante la oposición general a las mismas. Otro tanto puede decirse de sus partidarios, que en su mayoría eran judíos. Cuando estalló la tormenta de la oposición al psicoanálisis en los años que precedieron a la Gran Guerra, los únicos no judíos que sobrevivimos a la misma fuimos Binswanger, Oberholzer, Pfister y yo.

Freud creía que la inevitable oposición a los asombros y nuevos descubrimientos del psicoanálisis se veía considerablemente agravada por prejuicios antisemitas. Escribiendo a Abraham sobre los primeros signos de antisemitismo en Suiza, decía: «Creo que los judíos si queremos cooperar de algún modo con la otra gente, tenemos que desarrollar una pequeña dosis de masoquismo y estar dispuestos a soportar cierto grado de injusticia. No hay otra manera de cooperar y trabajar juntos. Puede usted tener la seguridad de que si yo me llamara Oberhuber, mis nuevas ideas, a pesar de todos los otros factores, habrían encontrado mucho menos resistencia.» Es difícil saber hasta qué punto es correcta esta apreciación. No lo confirma del todo mi experiencia en Inglaterra, donde hemos encontrado una «resistencia» bastante considerable, aun cuando en

los primeros doce años no había más que dos judíos en nuestra Sociedad.

La pregunta acerca de si sólo un judío pudo ser el creador del psicoanálisis, es evidentemente mucho más difícil de contestar. Por un lado podría decirse que, de todos modos, fue un judío el que lo hizo, pero por otra parte también cabe agregar que hay innumerables millones de judíos que no lo hicieron.

La tenacidad con que Freud sostenía sus convicciones, conquistadas a costa de duro esfuerzo, y la imperturbabilidad frente a las «críticas» externas, que eran a menudo la simple expresión de una incredulidad nacida de la ignorancia, dieron pie a muchos adversarios para afirmar que era dogmático y cerrado, nunca dispuesto a admitir duda alguna. Es fácil demostrar que esta conclusión es realmente incorrecta, no solamente por diversos pasajes de sus obras, en que admitía el carácter absoluto de ensayo de muchas de sus conclusiones y sobre todo la absoluta imperfección de éstas como afirmación definitiva, sino también y más especialmente por diversos párrafos de sus cartas, algunos de los cuales ya hemos citado en estos dos volúmenes, en los que describía la frecuencia con que solía sentirse agobiado por dudas internas e indecisiones. Tal como él mismo sostenía, era un crítico más severo de su propia obra de lo que podría serlo cualquier otra persona.

Freud no dudó nunca de que su obra tenía un futuro ante sí, si bien no estaba en condiciones de prever la importancia que podría llegar a tener. Siempre se sintió estimulado por el pensamiento de que tarde o temprano la verdad de sus descubrimientos habría de imponerse. En fecha tan temprana como 1906, a propósito de la oposición de Aschaf-

fenburg escribía: «Lo que lo mueve es su tendencia a reprimir enteramente lo sexual, ese factor tan impopular en la buena sociedad. Nos hallamos aquí ante una lucha entre dos mundos y quienquiera se ubique realmente ante la vida no puede dudar acerca de cuál de ellos será derrotado y cuál saldrá victorioso.»

Pocos años después, respondiendo a los augurios y cumplidos que le enviaba Ferenczi con motivo del nuevo año, escribía con su habitual franqueza: «Sería en vano querer negarle que las palabras con que usted saludaba al nuevo año en su carta me han producido un gran placer. No soy tan insensible al reconocimiento como lo soy a la censura. En cuanto al valor de mi obra y su influencia sobre el desarrollo futuro de la ciencia, me resulta difícil a mí mismo formarme una opinión. A veces creo en ellas, otras veces dudo. Creo que no existe manera de predecirlo y es posible que Dios mismo aún no lo sepa. En todo caso deberíamos considerar valiosa esta obra en este momento, y me siento contento de todo corazón por no ser ya el único empeñado en ella. Si no llego a viejo nada sacaré de ella, pero por cierto, no trabajo con vistas a la fama ni a recompensas de ninguna índole. Considerando la inevitable ingratitud del género humano, no espero nada, ni siquiera para más tarde, para mis hijos. Muy poco valor han de tener todas las consideraciones de esta índole si tomamos en cuenta seriamente la firma *Fatum* y *Ananke*»[1].

Freud nos ofrece un juicio definitivo sobre su obra en su *Autobiografía*. «Mirando atrás, sobre toda esa labor de parches y remiendos que es la obra

1. "El Destino y la Fatalidad."

de mi vida, puedo decir que he iniciado muchas cosas y ofrecido muchas sugerencias. Algo saldrá de todo esto en el futuro, aun cuando por mi parte yo no podría decir si será mucho o poco. Pero puedo, eso sí, manifestar la esperanza de haber abierto un sendero para un importante progreso en el terreno del conocimiento.»

Se ha dicho, y por gente bien autorizada, que se le consideraba un maestro de la prosa alemana, y el hecho de habérsele conferido el alto honor del premio Goethe de literatura en Frankfurt, en 1930, es bien elocuente al respecto. Sería más correcto hablar de su prosa austríaca, y no germana, ya que Freud mostraba una notoria preferencia por lo que él llamaba la *Geschmeindigkeit*[1] de la manera austríaca de escribir, tan diferente del pesado alemán de los escritores más septentrionales.

A juzgar por la extensión de su obra científica y su correspondencia, Freud debe haber manejado la pluma con mucha rapidez. Pero la fluidez nunca se convirtió en ambigüedad. Por el contrario, la facilidad y la gracia de su estilo vienés sólo eran igualados por la concisión de su expresión. Sin embargo —y esto no podrá negarlo ningún traductor concienzudo de sus obras—, Freud no era un escritor excesivamente cuidadoso. A veces, cuando se le consultaba acerca de una frase ambigua, se reprochaba riendo un *Schlamperei*[2], término demasiado duro incluso para un hombre de sentido autocrítico tan severo como el suyo. Su veloz pluma sabía de lucidez, pero también de giros elípticos.

Tenía un vocabulario enormemente rico, pero era del tipo absolutamente opuesto al del escritor pe-

1. Flexibilidad.
2. Chapucería.

dante por los términos que utilizaba. Cuando cierta vez le pregunté, por ejemplo, por qué escribía *Narzissmus* en vez de *Narcissismus*, que sería la forma más correcta, su sentido estético se mostró más fuerte que su conciencia filológica y replicó sencillamente: «El sonido de esta palabra me desagrada.»

Parecería que le fuera imposible escribir ni siquiera una simple frase sin infundirle algo de su originalidad, elegancia y dignidad. Lo mismo puede decirse de su conversación: la chabacanería le era ajena, incluso en los asuntos más triviales, y toda observación tenía que ser tajante, adecuada y precisa. Fueron estas cualidades, más la extraordinaria pureza y calidad de su prosa, lo que hizo que muchos lectores alemanes lo valoraran como escritor tanto como otros lo han estimado como hombre de ciencia.

IX

CARÁCTER Y PERSONALIDAD

Cuando se escribe la biografía de un pariente o un amigo, suele uno, para protegerse del peligro de imponer indebidamente un enfoque personal acogerse a una estéril objetividad. No creo haber caído en eso pero he tomado, sin embargo, la precaución de consultar a diversos amigos, que lo conocían bien, preguntándoles cuáles eran, a su juicio, las características más distintivas de Freud, y esas opiniones serán muy tenidas en cuenta. Como es natural, las respuestas diferían entre sí.

En cierta oportunidad le hice esta pregunta a Ana Freud, la persona que más íntimamente lo conoció en los últimos veinte o treinta años de su vida. Me contestó sin vacilar: «su simplicidad». Esta característica es la que también Joan Riviere consideró «la cosa más importante de él». Es necesario dar a esta respuesta todo el valor que indudablemente merece. A Freud le desagradaba, sin ninguna duda, todo aquello que pudiera complicar la vida, tanto la suya como la de los demás. Este rasgo se

extendía a los detalles más íntimos de la vida diaria, a los asuntos de orden más personal y privado. Así, por ejemplo, no tenía más que tres trajes, tres pares de zapatos y tres juegos de ropa interior. Hacer las maletas así se tratara de vacaciones prolongadas, era un asunto muy sencillo en su caso. Otro aspecto de esta cualidad fue relatado por Joan Riviere en un escrito publicado cuando la muerte de Freud:

Pero tanto en el análisis como en el resto, su interés, con su intolerancia frente a los preliminares y a su imperiosidad, fue curiosamente impersonal. Uno tenía la impresión de una cierta reserva detrás de su afán, como si no fuera para sí mismo para quien tan perentoriamente anhelaba entender las cosas, sino para algún propósito exterior. Había una simplicidad en su impersonal ahinco que era quizá su aspecto más significante. Estaba tan concentrado en su investigación que se utilizaba a sí mismo como un instrumento. Sus penetrantes y atentos ojos no sólo tenían la simplicidad y clarividencia de un niño —para quienes nada es demasiado pequeño, o común, o sucio— *había también en* ellos una madura paciencia y cuidado, y una despegada interrogación. Su mirada, atisbadora y penetrante tras de las pobladas cejas mostraba una capacidad para traspasar la superficie e ir más allá de los límites de las percepciones ordinarias. Pero también expresaba una capacidad para el escrutinio paciente y cuidadoso y para el juicio suspendido hasta no tener los elementos suficientes tan poco usual que para muchos era irreconocible; su frío escepticismo había sido incluso interpretado como cinismo o pesimismo. Existía en él la conjunción del cazador siguiendo un rastro interminable y el firme y persistente vigilante que escruta y revisa; y de esa conjunción nació su poder de descubrir y comprender las fuentes de los sentimientos y de la conduc-

ta humana. Un valor y una tenacidad indomables, unidos a una inquebrantable honestidad, fueron las características que sustentaban sus dotes de observación, su «intrépida imaginación» y agudeza, que le condujeron a sus grandes logros.

Que esta característica, intuitivamente señalada por su hija, no era solamente sorprendente sino también de importancia fundamental, se demuestra por la facilidad con que el tema pudo ser desarrollado y por los muchos atributos que gracias a éste fueron más fáciles de aclarar. Esta simplicidad se manifestaba en su porte mismo. Freud tenía una manera tranquila y una sencilla dignidad, muy alejada de toda pose, o de aires de grandeza o pretensión de ninguna índole. Tenía una pronunciada aversión a las actitudes afectadas o a cualquier otra cosa que supiera a farsa, hipocresía, o complicados enredos. Los epítetos de «vano» y «pomposo», que he visto aplicarle, constituyen invenciones singularmente desdichadas. Su lenguaje era directo e iba en seguida al asunto. Nada de frases o circunloquios. Difícilmente podría considerársele sutil ni daba tampoco gran valor al tacto, excepción hecha de los casos en que se trataba de una real consideración a los sentimientos de los demás. Aun la modesta fama que había adquirido en cuanto a mi tacto para dirimir querellas resultó bastante extraña a su manera directa de actuar, tanto que provocó un comentario directo de su parte. Es así como en cierta ocasión dijo, riendo: «Si Jones sigue actuando bastante tiempo en esta forma diplomática lo tendremos que ceder a la Liga de las Naciones.» No me extrañaría oír que algún extranjero haya podido encontrar a veces un poco brusco su trato. Era, sin embargo, una per-

sona sumamente accesible, que difícilmente se negaba a ver a alguien que quisiera visitarlo, aun cuando el motivo de la visita fuera una simple curiosidad.

Con las personas de su intimidad se abandonaba, por supuesto, a una actitud tranquila y espontánea. Cuando trato de evocarlo, recuerdo principalmente su constante jovialidad, su actitud tolerante y la llaneza de su trato, así como su gran característico humor. Freud no era realmente un hombre chistoso, pero poseía un fino sentido de los aspectos humorísticos de la vida, y sus comentarios frente a cualquier noticia solían consistir en citar alguna sentencia, un proverbio, o más a menudo aún, un chiste judío. Pero siempre se tenía la sensación de que toda relación con los demás estaba perfectamente controlada por su parte. Su afabilidad y su accesibilidad se manifestaban porque él lo quería así. Daba la sensación de una invisible reserva, que habría sido impertinente querer, penetrar, y que nadie dejó de respetar.

Llegamos aquí a un punto que puede dar lugar a discusión. Freud sostuvo siempre con toda firmeza que sólo él tenía el derecho de decidir qué cosas de su personalidad habría de revelar a los demás y cuáles no, actitud ésta que, en términos generales, es perfectamente comprensible. Pero había ciertos aspectos en esto que iban, al parecer, más allá de lo razonable, lo suficiente como para pensar que era el caso ya de hablar no de cosa privada sino secreta. Se aplicaba, en efecto, a situaciones en las que no había razones especiales para la reserva o el ocultamiento y por otra parte llamaba la atención el extremo a que esto llegaba. Freud era un hombre que estaba muy lejos de mostrarse reser-

vado en general. Se expresaba con toda libertad sobre toda clase de temas y nunca ocultaba sus opiniones. Pero a veces conseguía dar la impresión de que, en lo referente a su persona, sólo era tema permitido aquello que él mismo dejaba traslucir, y que tomaría a mal cualquier pregunta de carácter íntimo. Nunca hablaba con sus hijos acerca de sus años de juventud o de su infancia, y la mayor parte de lo que ellos conocen al respecto tiene su origen en esta biografía. El tema aunque no expresamente proscrito, parecía ser tabú y nunca fue planteado por ellos. Hacia la mitad de su vida solía comunicarnos siempre los temas sobre los que estaba trabajando, pero no así en los últimos veinte años de su vida. En esta época se mostró reservado, incluso para sus amigos más íntimos. Solamente decía que a su debido tiempo lo llegarían a saber. Tal como vimos ya, resaltaba sobre todo el contraste entre el cuadro nada complaciente que reveló al mundo acerca de su vida interior, especialmente en el análisis de sus sueños, y la reticencia casi absoluta en todo lo referente a su vida amorosa. Aquí se centraba indudablemente lo que habría de ocultar como cosa sagrada y ya tuvimos oportunidad de señalar las precauciones realmente extraordinarias que había tomado para ocultar un sentimiento amoroso completamente inocente y efímero de su adolescencia.

Por otra parte, y es cosa extraña, Freud era un hombre a quien no le resultaba fácil mantener los secretos de los demás. Tenía, efectivamente, fama de ser enteramente indiscreto. Cabe recordar que la ruptura final con su amigo Fliess se había producido con motivo de un hecho de esta índole. Tengo muchos recuerdos personales de hechos que podrían confirmar este rasgo más bien extraño de Freud. Va-

rias veces me refirió cosas de la vida privada de colegas que no debía haberme comunicado. En esa época yo le disculpé pensando que quizá le resultaba difícil sobrellevar informaciones penosas de esta índole y que tal vez representaba un alivio el poder confiarlas a un extranjero con cuya discreción podía, desde luego, contar. Es posible que esta hipótesis no fuera del todo desatinada. Bien puede ser que la conservación de sus propios secretos comportaba también cierta tensión que él lograba descargar de esta manera indirecta.

Cuando James Strachey fue a estudiar con Freud, envié a éste una carta de presentación, que no abundaba en cumplidos, en la que le explicaba lo poco que conocía al visitante hasta ese momento. En una de las primeras sesiones, Freud fue a la habitación contigua, trajo la carta y se la leyó en voz alta. En otra oportunidad le envié cierta información privada que me parecía conveniente que él conociera acerca de una paciente mía que él estaba tratando —era un caso de uso secreto de morfina— y le manifesté que era importante que la paciente no llegara a enterarse de esa comunicación mía. Freud me contestó asegurándome que se mantendría enteramente en reserva los datos en cuestión, pero no pasó mucho tiempo antes de que yo recibiera una furiosa carta de la paciente quejándose de mi proceder.

Su preferencia por la simplicidad antes que la complejidad estaba íntimamente relacionada con otros dos rasgos de su personalidad: su disgusto por la formalidad y su impaciencia frente a las restricciones. Una pequeña parte de la primera de estas actitudes puede atribuirse al hecho de haber sido educado en un ambiente de restricciones, con poca

oportunidad para las relaciones y la experiencia de carácter social. En las primeras cartas a su futura esposa confesó varias veces cierto sentimiento de inferioridad por no haber adquirido las maneras sociales y no sentirse ducho en el arte de la cortesía. Pero en años posteriores había superado evidentemente estas dificultades y, aun cuando difícilmente se podría decir de él que era un hombre de mundo, era capaz de realizar cosas corteses de un modo muy amable, tales como regalar una pieza de su preciosa colección, y sus maneras sociales estaban a cubierto de todo reproche [1].

Tenía poca paciencia para las precauciones complejas, especialmente las de carácter legal, con que los hombres complican a menudo sus relaciones. Si había confianza entre unos y otros tales reservas eran superfluas; si no, ninguna precaución sería capaz de evitar las dificultades. Se sintió realmente escandalizado cuando supo que las sociedades psicoanalíticas norteamericanas tenían el hábito de emplear abogados para redactar los estatutos que habrían de regular las relaciones entre sus miembros. Esta actitud de Freud era tan arraigada que llegó a crear problemas bastante difíciles cuando surgieron asuntos administrativos de cierta complejidad. Freud veía muy poca razón para que existieran reglamentos en una Sociedad, si bien conseguimos que aceptara un breve estatuto para la Asociación Psicoanalítica Internacional. Ocurría a veces que él sugería alguna cosa que —como se le señalaba— era contraria a una determinada disposición

1. Tal vez deba considerarse como una excepción a esto su hábito de gargajear y escupir, introducido por el catarro crónico y el abuso del tabaco. Sus pacientes occidentales solían sentirse a veces molestos por esto, a lo que Freud respondía reprendiéndoles por sus remilgos.

del estatuto. «Cambiemos entonces la disposición; será fácil reponerla si luego se desea así.» Prefería, a menudo, cortar un nudo gordiano antes que desatarlo.

Es posible que las personas más apegadas que Freud al espíritu de la legalidad hayan interpretado esa actitud suya como pura arbitrariedad, lo cual en rigor no sería justo. Su postura tenía un origen más loable. Lo que le preocupaba era que pudiéramos conservar nuestra libertad de acción para tomar en cualquier oportunidad la decisión que mejor convenga sin sentirnos coartados por ninguna regla fija. Y, sin embargo, hubo ocasiones, tales como las que se refieren a citar a otros analistas en sus trabajos, en que no podría aplicarse esta explicación. Mientras que en sus trabajos neurológicos las citas bibliográficas de Freud habían sido escrupulosamente exactas y limpias, ya no puede decirse lo mismo en lo referente a sus trabajos analíticos. En cierta oportunidad Rank comentó, en tono de broma, que Freud distribuía las citas referentes a los trabajos de los demás analistas del mismo modo que el Emperador distribuía condecoraciones, es decir, según el estado de ánimo y el capricho de cada momento. No sólo eso, sino que incluso las redistribuía. Recuerdo el caso en que una importante conclusión mía, contenida en un libro que había leído, fue atribuida al que hizo la reseña del libro. Lo que ocurría es que en ese momento yo no gozaba de todo su favor y sí la otra persona.

Parte de esta arbitrariedad provenía de un aspecto realmente inesperado en la personalidad de Freud: su manera de juzgar a la gente en forma absolutamente terminante en uno u otro sentido. Y decimos inesperado, porque nadie mejor que Freud

conocía la complicada mezcla de buenas y malas cualidades de que se compone el ser humano. Sin embargo, conscientemente, y más aún, indudablemente, en su inconsciente, las personas se dividían principalmente en buenas y malas —o más precisamente, tal vez, en personas que agradan o desagradan— y poco o nada quedaba fuera de esta clasificación. Y una misma persona podía, de tanto en tanto, pasar de una a otra categoría. Más extraño aún resulta en el caso de un tan gran psicólogo el hecho de que, como todos lo hemos creído sin excepción, era muy pobre «conocedor de hombres». Quizá no deba considerarse tan extraño esto, dado que las dos características van unidas.

He leído varias veces que Freud era pesimista, arrogante y tan desagradable que siempre terminaba por reñir con sus amigos. Hay mucho que decir acerca de tales cargos y los he de ir considerando en su orden. La pregunta que más veces se me ha planteado es ésta: ¿Cómo era Freud para trabajar con él? Es una pregunta fácil de contestar. Siempre me resultó cómodo y agradable trabajar con él y estoy seguro que otro tanto habría dicho cualquier otra persona en igual situación. Era un compañero sumamente jovial, agradable y divertido, y difícilmente hacía mayores críticas a cualquier plan que se le propusiera. Cierto es que de vez en cuando se topaba uno con alguno de sus prejuicios y a veces se mostraba tan inflexible en tales ocasiones que no quedaba otro recurso que buscar una solución por algún nuevo camino.

Veamos ahora lo que se refiere a su supuesto pesimismo. Era sin duda una persona jovial, de modo que lo único que podría decirse de él, en el peor de

los casos, es que se trataría quizá de uno de esos «pesimistas joviales» que tan a menudo encontramos en la vida. Él mismo usó más de una vez esta expresión para definirse a sí mismo. Pero no sería del todo justo. Lo más apropiado sería decir de él que era un «realista», una persona liberada de excesivas ilusiones. Se puede tener una actitud pesimista acerca de la vida misma o acerca de la gente. Lo primero significa que, dado que uno no disfruta de la vida, ésta tiene poco valor. Esto seguramente no podría decirse de Freud, que tenía una ingente capacidad de goce. Es cierto que en su opinión la vida era en esencia más bien dura que fácil, tal como su propia experiencia le había enseñado. Era una cosa, que, en primer término, había que saber soportar. Si se tenía éxito en esto había muchas cosas que disfrutar y la vida muy bien valía la pena ser vivida. Bastaría referirse a su breve ensayo sobre *Lo transitorio*, en el que calificó de cosa absolutamente sin sentido la idea de que las cosas buenas de la vida pierden su valor por su carácter poco duradero. Así duraran un solo minuto, ya podían ser buenas.

Freud vivía el presente. A pesar de la fascinación que sobre él ejercía el pasado, tanto en lo que concierne al individuo como en lo referente a la especie humana en general, y de su creencia de que sólo a través del estudio del pasado podría aprenderse algo valioso y útil, parecía haber perdido todo interés en su propio pasado, del que no hablaba nunca. Lo único que personalmente le interesaba era el presente, incluyendo, naturalmente, todo plan referente al mundo inmediato. En cuanto al futuro en general, no creo que le dedicara gran parte de su pensamiento. Tan convencido estaba de la enorme complejí-

dad, tanto de las circunstancias materiales como de las motivaciones psicológicas, que le parecía una pérdida de tiempo el dedicarse a especular sobre una cosa tan impredecible como es el futuro. No tenía, sin embargo, razones para ser pesimista al respecto de él. En una carta a Reik escribía: «Si bien estoy de acuerdo con usted acerca del mundo, y de la especie humana actual, ya sabe usted que no puedo considerar justificado su pesimista rechazo de la idea de un futuro mejor.»

Freud había mostrado su apoyo a toda reforma social razonable, pero no estaba seguro de que, a la larga, esto habría de engendrar una civilización realmente satisfactoria. Se necesitaba algo más radical.

El epíteto de arrogante es realmente absurdo si se quiere aplicar a Freud. Cabría hablar, en todo caso, de obstinación para referirse a la tenacidad con que sostenía sus convicciones, alcanzadas a costa de tan arduos esfuerzos, pero este mismo término ya no sería correcto si con ello quisiera darse a entender que estas convicciones eran en él inconmovibles y cerradas a toda revisión. Los tanteos de Freud en su marcha incesante hacia lo desconocido y los cambios que la experiencia fue imprimiendo a sus conclusiones son ya hechos históricos. Frente a la vastedad de lo desconocido la actitud de Freud no podía ser otra que la de Newton, con sus «granitos de arena frente al mar inmenso de la ciencia». Sabía que había «iniciado algunas cosas» y abierto algunos nuevos senderos, pero en cuanto a donde podrían conducir éstos no podía juzgarlo ni trató de hacerlo.

No era bastante filósofo como para imaginarse que tenía la capacidad de construir un sistema acabado de pensamiento. El haber «iniciado algu-

nas cosas», como él decía, es algo bien distinto de esto.

Dudo mucho de que alguna vez Freud pensara de sí mismo que era un gran hombre, o que se le hubiera ocurrido jamás la idea de compararse con aquellos que él consideraba grandes: Goethe, Kant, Voltaire, Darwin, Schopenhauer, Nietzsche. En cierta ocasión le dijo Marie Bonaparte que a su juicio él era una mezcla de Pasteur y Kant. A lo que replicó: «Esto es muy gentil, pero yo no puedo compartir su opinión. No porque yo sea modesto, de ningún modo. Tengo una elevada opinión de las cosas que he descubierto, pero no de mí mismo. Ser un gran descubridor no implica necesariamente ser un gran hombre. ¿Quién cambió el mundo más de lo que lo hizo Colón? ¿Y qué fue Colón? Un aventurero. Poseía carácter, es cierto, pero no era un gran hombre. De modo que, como usted ve, se puede hallar grandes cosas, sin que ello signifique que uno sea realmente grande.» Una cosa había de la que estaba convencido respecto de sí mismo: que tenía una reducida capacidad intelectual. Había demasiadas cosas en matemáticas o en física, por ejemplo, que él sabía que nunca llegaría a entender, en tanto que para otros esto era cosa fácil.

Sea cualquiera la fuente de ello —y Freud mismo se hallaba constantemente intrigado precisamente por este problema— había en él una actitud moral tan profundamente arraigada que daba da impresión de ser parte de su fondo natural y primitivo. Nunca tuvo duda alguna acerca de cuál era el camino recto a seguir en cada caso. Todo resultaba tan evidente que había hecho suyo y citaba con predilección un dicho de F. T. Vischer: «Lo moral es evidente por sí mismo.» Sólo en un período avanzado

de su vida estuvo Freud en condiciones de proyectar alguna luz sobre el origen del sentimiento moral.

Su correspondencia con Putnam era sumamente reveladora en cuanto a su actitud frente a la moral. En 1915 Freud leyó la obra que acababa de publicar Putnam con el título de *Human Motives*. He aquí la carta que escribió a Putnam sobre el libro.

Por fin me ha llegado su libro, mucho tiempo después de haber sido anunciado. Todavía no he terminado de leerlo, pero he leído lo que para mí constituye la parte más importante del libro, lo que se refiere a religión y a psicoanálisis, y cedo al impulso de escribirle acerca de ello.

Seguramente usted no busca elogio y reconocimiento de mi parte. Resulta grato pensar que su libro impresionará a sus compatriotas, y que en muchos de ellos tendrá el efecto de doblegar su hondamente arraigada resistencia. En la página 20 encuentro un párrafo que debo considerar como el más aplicable a mí mismo: «El habituarnos al estudio de la inmadurez y la infancia antes de proceder al estudio de la madurez y la edad adulta significa a menudo habituarnos a una indeseable limitación de nuestra visión en cuanto al alcance de la empresa en que nos embarcamos».

Reconozco que éste es mi caso. Soy seguramente incompetente para juzgar el otro aspecto de la cuestión. Debo haber utilizado esta unilateralidad para poder ver lo oculto, es decir, aquello mismo de que otras personas han sabido apartarse. Ésta es la justificación de mi reacción defensiva. La unilateralidad ha demostrado tener, después de todo, su utilidad.

Por otra parte, no se puede inferir gran cosa del hecho de que no me impresionan mayormente los argumentos referentes a la existencia real de nuestros ideales. No veo modo de pasar del hecho de que nuestras ideas de perfección tienen una realidad psíquica a la

creencia en su existencia objetiva. Usted no ignora por supuesto, cuán poco cabe esperar de las argumentaciones. Agregaré además que no tengo temor alguno al Todopoderoso.[1] Si alguna vez llegáramos a enfrentarnos yo tendría más reproches que hacerle a él, de los que él podría hacerme a mí. Yo le preguntaría por qué no me dio una capacidad intelectual mayor de la que poseo, y Él no podría quejarse de que yo no haya aprovechado al máximo mi supuesto libre albedrío. (Puede decirle, de paso, que no ignoro que cada uno de nosotros representa un fragmento de energía vital, pero no sé cuál es la energía que tiene que ver con el libre albedrío, es decir, con la ausencia de factores condicionantes).

Porque debo decirle que yo me he sentido siempre insatisfecho con los dones que poseo y que sé precisamente en qué aspectos son deficientes, pero en cambio me considero una persona muy moral, que puede suscribir la excelente sentencia de Th. Vischer: «Lo moral es evidente por sí mismo». Considero que en lo que se refiere al sentido de justicia y de consideración hacia los demás y en cuanto a disgustarme el hacer sufrir a los demás o aprovecharme de ellos puedo compararme con la mejor gente que haya conocido. Nunca he hecho nada mezquino o malicioso ni podría recordar tampoco tentación alguna de hacerlo, de modo que no tengo motivo alguno para sentirme orgulloso de ello. Tomo la idea de moral de que aquí hablamos, en su sentido social, no en el sentido sexual. La moral sexual, tal como la define la sociedad —y como ejemplo extremo, la sociedad norteamericana— parece ser muy despreciable. Yo propugno una vida sexual incomparablemente más libre, si bien por mi parte he hecho muy poco uso de tal libertad; solamente en la medida en que a mí mismo me pareció lícito.

La publicidad que se da a las exigencias de carácter

1. *Der liebe Gott.*

moral me ha impresionado a menudo desagradablemente. Lo que he podido ver acerca de conversiones ético-religiosas no ha sido muy edificante. (Aquí viene una referencia expresa a Jung.)

Una cosa hay, sin embargo, en la que estoy de acuerdo con usted. Cuando me pregunto por qué me he conducido siempre honorablemente, dispuesto a considerar a los demás y a ser bondadoso todas las veces que me fuera posible y por qué no he dejado de actuar así aun cuando he visto que de esta manera uno se perjudica y se transforma en víctima de todos, porque los demás son brutales y desleales, cierto es que no sé qué contestarle. Ha sido, por cierto, una conducta sensata. No he sentido nunca en mi juventud ninguna clase de aspiraciones éticas especiales ni noto que evoque en mí satisfacción alguna, visible, la conclusión de ser más bueno que la mayor parte de la gente. Es usted probablemente la primera persona a quien confieso todo esto. De manera que se podría citar precisamente mi caso en apoyo de su concepto de que un impulso hacia el ideal constituye una parte esencial de nuestra naturaleza. ¡Ah, si pudiera ver en los demás esa misma valiosa naturaleza! Abrigo secretamente la creencia de que si tuviéramos la manera de estudiar las sublimaciones de los instintos tan minuciosamente como las represiones de los mismos, podríamos encontrarnos con explicaciones psicológicas completamente naturales, que harían innecesarias sus filantrópicas hipótesis. Pero, como ya dije, no sé nada acerca de esto. Me resulta una cosa completamente incomprensible porque yo —y casualmente, además, mis seis hijos, todos adultos— tenemos que ser seres humanos tan absolutamente decentes.

Freud solía decir que en sus relaciones con otros hombres se daba fácilmente el caso de alternar el amor con el odio, y no hay duda de que alguna que otra vez fue así. Esta molesta ambivalencia no llegó

a afectar nunca, en cambio, su relación con las mujeres, con quienes su actitud fue mucho más coherente. Juzgada al margen de otros factores, su conducta hacia las mujeres probablemente merecería el calificativo de anticuada. Cualesquiera hayan sido sus opiniones intelectuales en la materia, son numerosos los indicios existentes, tanto en sus obras como en su correspondencia, acerca de su actitud emocional. Sería ciertamente excesivo afirmar que consideraba al sexo masculino como los señores de la Creación, ya que no había en su carácter tinte alguno de arrogancia o de superioridad, pero quizá sería justo suponer que en su opinión la función capital de la mujer, a su modo de ver, era la de un ser angelical que debía atender a las necesidades del hombre y hacerle más cómoda la vida. Tanto sus cartas como su elección amorosa ponen de manifiesto que para él no había más que un objeto sexual posible: una mujer dulce y femenina. Por más que pertenecieran al sexo más débil, él las consideraba como más puras y éticamente más nobles que los hombres. Existen indicios de que deseaba absorber de ellas algunas de estas cualidades.

Caben pocas dudas de que para Freud la psicología de la mujer era más enigmática que la del hombre. Cierta vez dijo a Marie Bonaparte: «La gran pregunta que nunca ha obtenido respuesta y que hasta ahora no he sido capaz de contestar, a pesar de mis treinta años de investigación del alma femenina, es ésta: «¿Qué es lo que desea la mujer?» [1].

A Freud le interesaba también otro tipo de mujer, de un cuño más intelectual y quizá masculino.

1. *Was will das Weib?*

Mujeres de estas características, desempeñaron, repetidas veces, cierto papel en su vida, accesorio del que correspondió a sus amistades masculinas —si bien de índole más refinada—, pero ninguna de ellas ejerció sobre él una atracción erótica. Las figuras más importantes fueron su cuñada Mina Bernays, en primer lugar, y luego, por orden cronológico: Emma Eckstein, Loe Kann, Lou Andreas-Salomé, Joan Riviere y Marie Bonaparte. Freud sentía una especial admiración por la distinguida personalidad y los ideales éticos de Lou Andreas-Salomé, que en su sentir superaban en mucho a los suyos propios.

Freud fue monógamo, y lo fue de un modo muy singular. Son pocos los hombres de quienes pueda decirse que en el transcurso de toda su vida no se hayan sentido incitados eróticamente de una manera más o menos seria por alguna mujer que no fuera la única mujer elegida. Con todo, es esto lo que parece haber ocurrido en el caso de Freud. Los hombres que así viven y sienten este problema son ciertamente felices si todo ha marchado bien en cuanto a la gran elección, como es el caso de Freud, pero si han de ser considerados o no verdaderos exponentes de la normalidad masculina es cosa que sólo podrá contestar la antropología social o la psicología.

Freud ejercía, a no dudar, una notable atracción sobre personas de uno y otro sexo, cosa que con toda seguridad no puede atribuirse exclusivamente al encanto de su trato o a la cortesía. Las mujeres, así sean las que apenas lo conocían e incluso las que de ningún modo lo habían conocido personalmente, encontraban a menudo irresistible esa su peculiar combinación de confiada fuerza e invariable consideración y ternura. Éste tenía que ser un hombre en

quien se podía confiar. Quedaban impresionadas a la vez por el evidente interés que demostraba por conocer su personalidad. También los hombres, por regla general, sentía el impacto de su actitud de aplomada autoridad —característica de una verdadera figura paterna— y de sus profundos conocimientos y su bondadosa tolerancia. Era sencillamente una persona a quien podían respetar y acaso tomar como modelo de imitación.

La mayor parte de quienes han estudiado a Freud se han visto impresionados por lo que se ha dado en llamar su pertinaz dualismo. A través de toda su obra se advierte lo que Heinz Hartmann ha llamado «un pensamiento dialéctico de índole muy característica, que tiende a fundar sus teorías en la interacción de dos fuerzas opuestas». Donde se ve resaltar más esto es, naturalmente, en sus clasificaciones básicas: amor-hambre, yo-sexualidad, autoerotismo-heteroerotismo, Eros-Tanatos, vida-muerte, y así sucesivamente. Es como si Freud hubiera tenido dificultad en enfocar tema alguno sino dividiéndolo en dos conceptos opuestos y nunca más de dos.

Me propongo realizar aquí el ambicioso intento de aproximarme tanto como me sea posible, al secreto del genio de Freud. Propósito audaz, por cierto, y en el cual seguramente no me espera el éxito.

Cuando conocí por primera vez a Freud, no puede dejar de observar cualidades tan manifiestas como su derechura sin reservas, su absoluta sinceridad, su tolerancia, la facilidad de aproximarse a él y su esencial bondad. Pero bien pronto observé también otro rasgo que le era más peculiar. Era su actitud acerca de la posibilidad de ser influido por las opiniones de los demás. Las escuchaba con cortesía,

mostraba interés en ellas y a menudo hacía penetrantes comentarios al respecto, pero siempre se traslucía de algún modo que no afectaba para nada las suyas propias. Era algo así como interesarse por algo que se contempla pero que en realidad no le afecta a uno personalmente.

No sería realmente aplicable aquí el calificativo de «obstinado», ya que éste se refiere específicamente a deseos activos, a una insistencia en hacer o lograr algo, cosa que difícilmente podía decirse de Freud. Lo característico en él era una voluntad desusadamente vigorosa, pero que se manifestaba en actitudes de resistencia negativa. Una vez que estaba decidido en un determinado sentido no era posible empujarlo, ni siquiera guiarlo en ninguna dirección especial. Era hombre capaz de infundir una gran energía a la palabra «no». En su vejez solía repetir las palabras *nein, nein, nein,* acompañándolas de un vigoroso movimiento de cabeza que me hacía pensar en cuánto vigor este hombre debió haberse resistido a ciertas manipulaciones en su primera infancia.

Freud tenía una mentalidad plástica y móvil, inclinada a las más libres especulaciones y abierta a ideas nuevas, aun cuando fueran sumamente improbables. Pero esto sólo ocurría si esas ideas provenían de él mismo. Cuando venían de otra parte bien podía suceder que encontraran en él una gran resistencia y muy pocas posibilidades en cuanto a hacerle cambiar de parecer.

Comencé por sentirme intrigado ante esa resistencia a la opinión ajena, hasta que dí con lo que considero la explicación de la misma, y para lo cual lo que acabo de exponer podría servir de ejemplo ilustrativo. Una intuición, que pronto fue confirma-

da, me hizo ver que junto a esa gran independencia de espíritu de Freud y a su crítica escéptica de las ideas había también una veta oculta de contenido enteramente antagónico y que su resistencia era una defensa contra el peligro de ser demasiado rápidamente influido por los demás. En cierto caso que él había tratado antes de la guerra, y cuya historia yo conocía íntimamente, pude comprobar como Freud le creyó una serie de informaciones que yo sabía que eran inexactas, así como se oponía a creer en la verdad de otras que indudablemente eran ciertas. Joan Riviere ha relatado un extraordinario caso de combinación como ésta de incredulidad y porfía. Una mañana mientras la analizaba, le habló muy disgustado en una paciente inglesa que acababa de ver y que se quejaba amargamente de haber sido sometida a un tratamiento monstruoso —que en realidad sólo existió en la fantasía de la enferma— de parte de un analista... nada menos que de Ipswich. El sereno juicio de la señora Riviere le hizo percibir inmediatamente que se trataba de una historia absurda, pero se conformó con observar que no había habido nunca un analista del nombre que él mencionaba, y que, por otra parte, tampoco hubo nunca un analista en Ipswich ni en realidad en parte alguna de Inglaterra aparte de Londres. Esto no impresionó a Freud, quien siguió despachándose contra aquella conducta escandalosa. Pero poco después recibió una carta de Abraham en la que éste le decía que le había recomendado a una señora inglesa para consultarlo, que ella era una desatada paranoica con especial inclinación a inventar historias increíbles sobre médicos. De manera que el malvado analista de Ipswich había sido... ¡el pobre Abraham!

Existen pruebas indudables de esta credulidad,

contra la cual Freud debió haber tenido que luchar duramente. Asombra leer ahora cómo en cierta época —en la última década del siglo pasado— aceptaba íntegramente las desconcertantes fantasías numerológicas de su amigo Fliess e incluso no estoy seguro de si no habría vuelto más tarde en alguno que otro momento, a creer en ellas. La amarga experiencia le había enseñado, pues, en qué medida extraordinaria su pensamiento podía verse influido por todo aquel que fuera capaz de conmover su afecto.

Menos asombrosa quizá, pero sin duda más perjudicial, fue su crédula aceptación de los relatos que le hacían sus pacientes acerca de episodios de seducción paterna y que él narró en sus primeras publicaciones sobre psicopatología. Cuando le comenté a mi amigo James Strachey esto de la credulidad de Freud me replicó muy sabiamente: «Fue una suerte para nosotros que haya sido así.» Lo que la mayor parte de los investigadores habría hecho sería negar todo crédito a los relatos de los pacientes, alegando su inherente improbabilidad —por lo menos en tan gran escala— desechando todo el asunto como un ejemplo más de la poca confianza que merecen los histéricos. Freud tomó esos relatos en serio y creyó al comienzo literalmente en su contenido, y sólo después de algunos años de reflexión hizo el descubrimiento de que representaban fantasías altamente significativas. Esto señaló el comienzo de la valoración de la importancia de las vivencias fantásticas en el inconsciente y del descubrimiento de la existencia del erotismo infantil reprimido.

Tenemos que llegar, por lo tanto, a la conclusión de que esta curiosa modalidad del carácter de Freud, lejos de significar una desdichada debilidad o una

falla, constituía una parte esencial de su genio. Estaba dispuesto a creer en lo improbable y lo inesperado, la única manera de descubrir nuevas verdades, tal como ya lo había destacado Heráclito muchos siglos atrás. Claro está que se trata de un arma de doble filo. Por momentos condujo a Freud a cometer serios errores, posiblemente incluso errores ridículos, pero también lo colocó en condiciones de enfrentarse intrépidamente con lo desconocido.

No deja de ser interesante la acotación de que este rasgo podría ser muy probablemente una característica corriente del genio científico.

Una imagen de Freud que nos lo presentará como un investigador tediosamente paciente e invariablemente devoto de los hechos sería bastante imperfecta, pues, por lo que acabamos de ver. El demonio de la especulación creadora, que había mantenido implacablemente a raya en los primeros años de su labor científica, cuando se quedaba pegado al microscopio todo el día, nunca estuvo acallado, en eralidad, por mucho tiempo. El autoanálisis le hizo alcanzar un equilibrio que le permitió marchar con seguridad entre los laberintos del nuevo territorio por él descubierto y traernos siempre de esas expediciones, a lo largo de un período de cuarenta años, el relato invalorable de sus hallazgos. Y en los últimos veinte años de su vida, como luego hemos de ver, aflojó las riendas de su demonio especulativo en una forma tal como no lo había hecho jamás, con los asombrosos resultados que aún hoy estamos lejos de haber valorado debidamente.

Esta capacidad de adivinar la verdad implica un deseo de hacerlo, de una intensidad nada común. Freud no sólo poseía evidentemente ese deseo sino que, me aventuraría a suponerlo, se trataba aquí de

una de las fuerzas más profundas y poderosas que animaron su vida, y el que lo condujo a la realización de toda su obra de pionero. Ahora bien, ¿de qué verdad se trataba? ¿Y por qué fue en él tan poderoso ese deseo? en su estudio sobre Leonardo Freud sostuvo que el deseo de conocimientos de parte del niño se alimenta de poderosos motivos provenientes de su curiosidad infantil acerca de los hechos primarios de la vida, del significado del nacimiento y de las causas que conducen a él. Esta curiosidad es exacerbada, por lo común, por el hecho de la aparición de un pequeño rival que lo reemplaza en la atención de la madre y en parte también le arrebata su amor. Sabemos que el pequeño Julius desempeñó ese papel en la infancia de Freud y que éste nunca dejó de reprocharse el haber sido responsable, con sus deseos hostiles, de la temprana muerte del intruso. Conocemos también la inmensa capacidad de celos que demostró durante su compromiso con Marta Bernays y su exagerada exigencia de exclusiva posesión del ser amado. Tenía, como se ve, poderosas razones para querer saber cómo ocurrían esas cosas, de qué modo se hacía posible la aparición de intrusos y quién era el causante de ellos. No puede ser, después de todo, pura casualidad que después de haberse distraído tantos años en otros campos de investigación haya sido finalmente en el terreno de la vida sexual donde hizo sus descubrimientos el casto y puritano Freud.

Sólo en el conocimiento de la verdad podría haber seguridad, aquella seguridad que la posesión de su madre pudo haberle procurado. Pero para abatir las barreras prohibitivas que lo separaban de su objetivo le hacía falta no solamente decisión sino también el supremo coraje de enfrentarse con los fan-

tasmas del inconsciente. Este impávido coraje constituía la más alta cualidad de Freud y su don más precioso. ¿Y de dónde podría haberlo obtenido sino de su suprema confianza en el amor de su madre?

A partir de esto estaremos en condiciones de aproximarnos más a la comprensión de otros rasgos prominentes en el carácter de Freud. Para alcanzar el éxito de esta gran empresa de indagar la verdad eran requisitos esenciales una absoluta sinceridad y una completa integridad. Esto es evidente. Pero, ¿por qué habría de realizar la búsqueda con tan completa independencia? No sólo tenía que realizarla por sí solo sino que rechazaba toda clase de influencias ajenas, por útiles que pudieran parecer, como si se tratara de obstáculos que sólo podrían servir para distraerlo de su empeño o que incluso habrían sido colocados allí para desviarlo. Esto concuerda con la tendencia a la desconfianza que hemos señalado en él. En última instancia sólo podía confiar en sí mismo para la realización de la vital tarea emprendida. Pero si esto es así, ¿cómo podremos explicarnos la actitud opuesta, que, como hemos visto, se manifestaba también de vez en cuando en él? Se daba en él una tendencia a creer en las cosas que le relataban otras personas, personas que al parecer tendrían más poder que él para descubrir secretos. ¿Qué había ocurrido con la desconfianza de Freud en ocasiones como ésas? Debe haber abrigado la creencia de que alguna otra persona conocía la respuesta a los enigmas que inconscientemente lo mantenían perplejo. Pero, ¿le dirían realmente la verdad? ¿Con cuánta frecuencia, avanzada ya su vida, Freud se quejó de aquellos tiempos en que había sido «traicionado», para usar su propia expresión, por sus amigos? Breuer, Fliess, Adler, Jung, uno

tras otro, le habían prometido ayudarlo e incluso inspirarlo en esa su gran búsqueda, para abandonarlo luego. Creo que tenemos derecho, en este caso, a reemplazar la palabra «traicionado» por «decepcionado». Y así, finalmente tendría que descubrirlo todo por sí solo.

INDICE

I. El fin del aislamiento (1901-1906) . . . 7

II. El comienzo del reconocimiento internacional (1906-1909) 26

III. La asociación psicoanalítica internacional (1910-1914) 65

IV. Los adversarios del psicoanálisis . . . 110

V. Disensiones 133

VI. El «Comité» 165

VII. Los años de la guerra 179

VIII. Hábitos de vida y de trabajo . . . 216

IX. Carácter y personalidad 243

TÍTULOS PUBLICADOS
EDICIONES DE BOLSILLO

1. *Historia de cronopios y de famas*, Julio Cortázar (E.D.H.A.S.A.)
2. *Teoría de las ideologías*, Eugenio Trías (Ed. Península)
3. *Los cachorros*, Mario Vargas Llosa (Ed. Lumen)
4. *Arte y Sociedad*, Herbert Read (Ed. Península)
5. *Justine*, Lawrence Durrell (E.D.H.A.S.A.)
6. *Exilados*, James Joyce (Barral Editores)
7. *Historia social del movimiento obrero europeo*, Wolfgang Abendroth (Ed. Estela).
8. *Realismo y utopía en la Revolución Francesa*, Babeuf (Ed. Península)
9. *Guerra del tiempo*, Alejo Carpentier (Barral Editores)
10. *Vida y obra de Sigmund Freud*, tomo I, Ernest Jones (Editorial Anagrama)
11. *Parábolas para una pedagogía popular*, C. Freinet (Ed. Estela)
12. *Las palmeras salvajes*, William Faulkner (E.D.H.A.S.A.)
13. *De los espartaquistas al nazismo: la república de Weimar*, Claude Klein (Ed. Península)
14. *Autopista*, Jaime Perich (Ed. Estela)
15. *Una teoría científica de la cultura*, B. Malinowski (E.D.H.A.S.A.)
16. *La arquitectura modernista*, Oriol Bohigas (Ed. Lumen)
17. *La canción de Rachel*, Miguel Barnet (Ed. Estela)
18. *Otras voces otros ámbitos*, Truman Capote (E.D.H.A.S.A.)
19. *Diccionario para ociosos*, Joan Fuster (Ed. Península)
20. *Versión Celeste*, Juan Larrea (Barral Editores)
21. *Tener y no tener*, Ernest Hemingway (E.D.H.A.S.A.)
22. *Los orígenes de la Europa moderna: el mercantilismo*, Pierre Deyon (Ed. Península)
23. *Poetas ingleses metafísicos*, Maurice y Blanca Molho (Barral Editores)
24. *Contra la medicina liberal*, Comités d'Action Santé (Editorial Estela)
25. *Sobre literatura rusa*, Angelo Maria Ripellino (Barral Editores)
26. *Los vagabundos eficaces*, P. Deligny (Ed. Estela)
27. *Ferdinand*, Louis Zukofsky (Barral Editores)
28. *Historia del primero de Mayo*, Maurice Dommanget (Editorial Estela)

Ernest Jones

Vida y obra de Sigmund Freud

EDICIÓN ABREVIADA A CARGO DE
LIONEL TRILLING Y STEVEN MARCUS

TOMO III

EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

The Life and Work of Sigmund Freud
Edited and abridged by Lionel Trilling and Steven Marcus

© Basic Books Publishing Co., Inc.
Nueva York, 1961

Traducción:

Dr. Mario Carlisky y José Cano Tembleque

(Excepto en los fragmentos debidos a Lionel Trilling y Steve Marcus, se ha utilizado la traducción del Dr. Mario Carlisky de la edición íntegra de esta obra publicada por la Biblioteca de psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Argentina, Editorial Nova, Buenos Aires.)

Cubierta:

Toni Miserachs

© Ernest Jones, 1953, 1955, 1957
© EDITORIAL ANAGRAMA
Calle de la Cruz, 44
Barcelona - 17

Depósito Legal: B. 37473 - 1970 (III)

Gráficas Diamante - Zamora, 83 - Barcelona, 5

I

EL REENCUENTRO

(1919-1920)

Los años que siguieron a la guerra fueron extremadamente duros. Todas las cosas habían quedado como paralizadas en Viena, y la vida se hacía allí apenas soportable. La monótona dieta de sopa de legumbres estaba muy lejos de ser un alimento adecuado y los tormentos del hambre eran continuos. Los inviernos de 1918-19 y 1919-20, con las habitaciones completamente sin calefacción y débilmente iluminadas, fueron los peores. Se necesitaba una gran fortaleza de ánimo para mantenerse inmóvil durante hora y horas, con los pacientes, con ese frío mortal, por más que se hallara equipado con un abrigo y gruesos guantes. Luego venía la noche, y Freud tenía que atender a su correspondencia, corregir numerosas pruebas de imprenta de las nuevas ediciones de sus libros y de las revistas cuya responsabilidad pesaba sobre él. Todo esto con los dedos agarrotados de frío. Y aún le quedaba la energía necesaria para ocuparse de nuevas ideas y escribir nuevos trabajos.

A todas estas inevitables dificultades se agregaban numerosos motivos de ansiedad. Pasaron meses hasta que pudo recibir noticias de su hijo mayor, prisionero de guerra en Italia. Por un par de años tuvo la preocupación de que sus hijos hallaran trabajo —uno de ellos todavía estudiante— y tenía que ocuparse no solamente de ellos sino también de su yerno de Hamburgo, amén de otros miembros de su familia y diversos amigos. La situación económica en Austria no podía ser más sombría y no eran más promisorias tampoco las perspectivas del futuro. La situación financiera muy seria y más precario aún su futuro. Sus ingresos no podían seguir el ritmo del constante aumento de los precios, y se vio forzado a acudir a sus ahorros. En octubre de 1919 calculaba que éstos habrían de alcanzar todavía para unos dieciocho meses, pero esto partiendo de la hipótesis optimista de que la inflación no seguiría progresando. Terminó por consumir sus ahorros, que llegaban a unas 150.000 coronas (cuyo valor entonces era de £ 6.000), de manera que no le quedaba nada para la vejez. Pero lo que más ansiedad le producía era el futuro de su mujer, ante la idea de que ella habría de sobrevivirle, cosa que realmente ocurrió. Había asegurado su vida a nombre de ella, por 100.000 coronas (£ 4.000). Se sintió muy satisfecho a este respecto, pero por obra de la inflación esta suma llegó pronto a ser insuficiente para pagar un viaje en automóvil.

Pronto se hizo evidente que la única esperanza de mantenerse a flote estaba en la posibilidad de conseguir pacientes norteamericanos o ingleses, que pagarían con sus divisas, relativamente fuertes. A principios de octubre de 1919 llegó un médico londinense, el doctor Forsyth, con el propósito de perma-

necer en Viena siete semanas, para aprender algo de psicoanálisis. Freud lo recibió con mucho agrado, no sólo por que su llegada representaba un buen comienzo, sino también por la distinguida personalidad del visitante, que le produjo considerable impresión. Al mes siguiente induje a un dentista norteamericano, que había solicitado mis servicios, a desafiar los rigores de la vida en Viena. Iba a abonar honorarios bajos, cinco dólares, pero Freud hizo la observación de que era justo que pagara solamente la mitad de la tarifa, ya que era sólo americano a medias; su otra mitad era de judío húngaro. En marzo del año siguiente pude enviarle un inglés que le pagaba una guinea por sesión. Freud me refirió que sin estos dos pacientes no habría podido arreglarse. Y le hizo esta pregunta a Ferenczi: «¿Qué sería de mí si Jones no hubiera podido mandarme más pacientes?» A fines de año, sin embargo, este aflujo se hizo constante. Analistas principiantes, primeramente de Inglaterra y luego de Estados Unidos, comenzaron a venir para aprender su técnica, y con esto ya tenía tarea más que suficiente. Esto condujo, empero, a otra dificultad. Freud encontraba difícil el seguir los diferentes acentos de sus discípulos y se quejaba amargamente de que el inglés no era hablado con la clara pronunciación a que lo había acostumbrado la gente del Continente. Al cabo de seis horas de esfuerzo con estos pacientes, quedaba completamente exhausto.

A pesar de varias ofertas que le fueron hechas, Freud no llegó a pensar seriamente, en ningún momento, en emigrar. Al instarle yo que viniera a Inglaterra me dio la misma respuesta que más tarde daría, en 1938: «Permaneceré en mi puesto todo el tiempo que razonablemente me sea posible». Un

poco antes de esto, sin embargo, había estado fantaseando con la idea de disponer de Inglaterra como último recurso, ya que escribió a Eitingon lo siguiente: «Hoy he tomado un profesor para pulir un poco mi inglés. La situación es aquí de desesperanza y seguramente continuará así. Confío en que Inglaterra estará dispuesta a permitir la entrada de ex enemigos para el día que yo haya gastado mis últimos ahorros, dentro de unos dieciocho meses. Mis dos hermanos descansan ya en tierra inglesa; quizá pueda yo también hallar un lugar allí». Finalmente lo consiguió.

Los catastróficos acontecimientos ocurridos en Europa, y sobre todo en Austria, en el curso de estos dos años, provocaron en Freud un estado de ánimo de desesperada pero alegre resignación. Los párrafos que vienen a continuación pertenecen a cartas escritas con un intervalo de dos semanas. En una de las primeras cartas que recibí de él después de la guerra, escribía: «Usted no va a escuchar quejas. Todavía estoy en pie y no me siento responsable de porción alguna de la tontería del mundo». A Ferenczi, que estaba esperando cierto reconocimiento oficial en Budapest, le escribía en esa misma época: «Mantenga una actitud reservada. A nosotros no puede venirnos bien ninguna clase de existencia oficial y necesitamos ser independientes en todo sentido. Tal vez tengamos razón de decir: Dios no proteja de nuestros amigos. Hasta ahora nos hemos librado con éxito de nuestros enemigos. Hay, además algo que se llama el futuro, en el que nuevamente encontraremos algún lugar. Estamos, y debemos mantenernos alejados de toda actitud tendenciosa, excepto la de investigar y ayudar.

Aproximadamente en la misma época, me escri-

bió: «No recuerdo época alguna de mi vida en que mi horizonte se mostrara tan negro, o en todo caso si lo hubo yo era más joven y no me sentía oprimido por los achaques del comienzo de la vejez. Yo sé que también ustedes lo pasaron mal y tuvieron amargas experiencias, y siento mucho no tener nada mejor que informarle ni nada que ofrecer como consuelo. Cuando nos encontremos, cosa que confío que será en este año, usted verá que me siento inconmovible aún y listo para cualquier emergencia, pero esto sólo en el plano del sentimiento, porque mi razonamiento se inclina más bien al pesimismo... Estamos pasando por una mala época, pero la ciencia tiene el ingente poder de enderezarnos la nuca. Reciba mis mejores expresiones de cariño y envíe las mejores noticias que pueda a su viejo amigo Freud».

Edward Bernays, el hijo de Eli, hizo todo lo que pudo durante esos años en pro de los intereses de Freud en Estados Unidos. Hallándose en París a comienzos de 1919, encontró la manera de hacer llegar a Viena una caja de cigarros habanos, por intermedio de una misión que se hallaba investigando, sobre el terreno, las condiciones de vida. Sabía bien que ningún otro presente habría de ser mejor recibido que éste por su tío, que no había fumado un buen cigarro habano durante años. En retribución de esto Freud le envió un ejemplar de su *Introducción al Psicoanálisis*, y Edward no tardó en ofrecerse para hallar un editor y hacer traducir el libro, cosa que Freud aceptó sin vacilar. Cuando yo me encontré con él en el mes de octubre le hablé de nuestro propio plan de hacer aparecer una versión inglesa de la obra y de la dificultad que tendríamos para hallar un editor inglés en caso de que ya hubieran

sido concedidos los derechos de traducción. Hechos como éste significaron repetidos motivos de malentendido entre nosotros dos. Inmediatamente Freud telegrafió a Nueva York pidiendo que se detuviera la traducción, pero ya era tarde. Edward Bernays, sin pérdida de tiempo, había reunido un grupo de graduados en la Universidad de Columbia, a quienes encargó una traducción conjunta, a la vez que convino con *Boni and Liverigh* la publicación del libro, que apareció en la primavera siguiente, bajo el título de *A General Introduction to Psychoanalysis*. Freud se sintió disgustado al comprobar los numerosos errores y otras deficencias de la traducción, y más tarde no dejó de expresar su arrepentimiento por haberla autorizado, a pesar de los derechos de autor que percibió, de tanta importancia en esa época de estrechez.

Joan Rivière, entretanto, hizo una cuidadosa traducción de la obra en 1922, la que apareció con el título, más correcto, de *Introductory Lectures on Psycho-Analysis*.

La estrechez económica no fue motivo suficiente para impedir a Freud que saliera de Viena en la época de verano, toda vez que había un motivo aparente para ello. El 15 de julio de 1919 partió de Bad Gastein (Villa Wassing) en compañía de Mina Bernays, los dos tenían necesidad de buscar alivio en la «cura» que allí se ofrecía. Su mujer no estaba en condiciones de acompañarlo, dado que se estaba restableciendo, en un sanatorio cercano a Salzburgo, de las secuelas de la neumonía que había contraído dos meses antes. Freud esperaba que Ferenczi y yo nos encontráramos con él allí, pero ninguno de los dos pudo conseguir el permiso necesario para penetrar en territorio de Austria. El 12 de julio partió

para Badersee, un hermoso lugar en los Alpes bábaros, a pocas millas de Partenkirchen. Aquí recibió la visita de Eitingon. El 9 de septiembre inició el incómodo viaje a Hamburgo, vía Munich, para ver a su hija Sophie. Esta resultó ser la última visita que le hacía, ya que ella falleció apenas cuatro meses más tarde. En su viaje de regreso, Freud y su esposa se encontraron con Abraham y Eitingon en Berlín, donde pasaron seis horas en la residencia temporal de Abraham. Regresó a Viena el 24 de septiembre, y pronto recibió mi visita. Fue nuestro primer encuentro después de casi cinco años.

Los sucesos que trajo consigo el final de la guerra volvieron los pensamientos de Freud hacía el mundo exterior, del cual había estado casi completamente aislado durante años. La desdichada situación reinante en Viena, junto con la falta de contacto con Hungría —donde bien poco antes había creído ver el centro más prometedor del psicoanálisis— y la extrema dificultad que encontraba incluso en comunicarse con Ferenczi, despertaron en él el ansia de recibir noticias fidedignas acerca del progreso que había alcanzado su obra en países más distantes. Su avidez de noticias no hizo más que acrecentarse con los favorables informes que le enviaba yo desde el extranjero.

Freud estaba necesitado, ciertamente, de cosas que levantaran su ánimo, ya que la actitud de la profesión hacia su obra seguía siendo tan adversa como antes, tanto en Austria como en Alemania. En las reuniones celebradas por los neurólogos y alienistas de Alemania Suroccidental en 1919, 1920 y 1921, Hoche se ocupó de difamar constantemente a Freud y sus teorías. Se trataba de «inadmisibles esfuerzos

místicos, ocultos bajo un velo científico». El lenguaje empleado por Kretschmer era similar a éste.

En los años que siguieron inmediatamente a la guerra mundial se habló mucho de Freud y de sus teorías en los círculos intelectuales ingleses. Podría notarse, en efecto, un verdadero auge y hasta una especie de culto de sus doctrinas, cosa que de ningún modo podía satisfacer a los verdaderos estudiosos de las mismas. Hicimos entonces todo lo que pudimos para limitarnos a nuestra labor científica, aun a costa de vernos motejados de sectarios o ermitaños. La Sociedad Psicoanalítica Británica fue organizada en febrero de 1919, con veinte miembros. El cambio de la palabra Londres por «Británica» siguió a una proposición que yo hice para todas las Sociedades Psicoanáliticas, de modo que la de Berlín se llamó «Alemana», la de Budapest se convirtió en «Húngara» y así sucesivamente. La Sociedad Psicológica Británica estaba sufriendo al mismo tiempo una amplia transformación. Flugel era Secretario del Consejo que la estaba llevando a cabo, y yo el Presidente, una de las consecuencias fue la creación de una Sección Médica especial, que se convirtió en un centro invalorable de discusión de nuestras ideas con otros psicólogos médicos. Con objeto de acrecentar su prestigio, logramos que W. H. R. Rivers, el distinguido antropólogo, fuera su primer Presidente. Los otros siete miembros del Consejo seguían siendo psicoanalistas, tal como ocurrió más tarde con muchos otros dirigentes de la entidad.

Por más que tanto Freud como yo estábamos ansiosos por restablecer contacto personal, las dificultades que se oponían a ello eran poco menos que insuperables. Las autoridades procedían como si el peligro de una nueva guerra iniciada por Alemania

fuera inminente —habrían de transcurrir para ello veinte años— y se mostraban extremadamente suspicaces en cuanto a los motivos que pudiera tener cualquier ciudadano para hacer un viaje al exterior. Las autoridades francesas eran aún más difíciles de persuadir. Llegué, con todo, a Berna el 15 de marzo de 1919 y allí me encontré con Otto Rank. Hans Sachs llegó dos días más tarde.

Un mes antes, Sachs había escrito a Freud desde Davos, anunciándole su decisión de cambiar su profesión de abogado por la de psicoanalista, que estaba dispuesto a ejercer. Toda perspectiva de reiniciar con éxito su anterior profesión en Viena, en medio del colapso general, era más que sombría.

El notable cambio que los años de la guerra habían provocado en Rank, me produjo un extraordinario asombro. La última vez que lo vi era un joven endeble, tímido y reverente, muy afecto al clásico saludo de juntar los talones e inclinarse profundamente. Ahora tenía ante mí a un hombre de rígida apostura, de gesto rudo y aire señorial, y cuyo primer ademán fue el de colocar sobre la mesa un enorme revólver. Cuando le pregunté qué se proponía con eso, me contestó con aire de negligencia: «*Für alle Fälle*» (para cualquier eventualidad). ¿Cómo había logrado pasarlo por la frontera, a pesar de la revisación aduanera? Cuando el oficial le señaló el enorme bulto que llevaba en el bolsillo, Rank contestó con toda calma: «pan». La transformación había coincidido con el hecho de reanudar su trabajo en Viena después de los años pasados en Cracovia. En ese momento sus amigos de Viena consideraban que su actitud podía ser consecuencia de su reciente casamiento, pero más tarde se hizo evidente que no podía ser otra cosa que una reacción

hipomaníaca a los tres graves ataques de melancolía que había sufrido durante su permanencia en Cracovia.

Ignotus, de Budapest, amigo de Ferenczi y de Freud, presidía una delegación húngara en Berna que en vano estaba procurando lograr contacto con las autoridades de la Entente, y no había manera de convencerle de que los primeros civiles británicos que abandonaron el país después de la guerra no podían tener una gran influencia en el sentido de obtener mejores condiciones de paz para Hungría. Sus esperanzas fracasaron rotundamente, y un día antes de separarme de él recibimos noticias de la Revolución bolchevique de Bela Kun en Hungría, que inmediatamente disolvió la delegación. Este cambio político afectó a Freud en dos sentidos. Durante cinco meses resultó apenas posible recibir una palabra de Ferenczi, cosa que no dejaba de ser una fuente de considerable ansiedad. Por otra parte, los bolcheviques —que no habían descubierto todavía que el psicoanálisis era una desviación burguesa para inventar la cual Freud había sido sobornado por los capitalistas, en su lucha contra Marx— favorecieron hasta cierto punto el movimiento y pusieron a Ferenczi como primer profesor de psicoanálisis en la Universidad. Rado tenía cierta influencia con los nuevos dueños de la situación y fue él quien lo había conseguido. Róheim había sido designado profesor de antropología un par de semanas antes. Ferenczi habría de pagar bien cara esta incauta aceptación de tal honor. Luego que los rumanos penetraron en Budapest, en el mes de agosto, el régimen reaccionario que se implantó fue violentamente antisemita y por largo tiempo Ferenczi tuvo temor de mostrarse en las calles de la ciudad. Para

gran pesar suyo fue expulsado incluso de la Sociedad Médica de Budapest, y el hecho de que él era la única persona que podía negociar con las autoridades todo lo referente a la donación de von Freund resultó un obstáculo fatal. Para Freud esto constituyó una profunda decepción.

El 22 de marzo después de pasar un par de días en Lucerna, partimos los tres a Zurich y el 24 de marzo de 1919 tuvimos ocasión de hablar ante la recién constituida Sociedad Psicoanalítica Suiza, que sustituía a la que antes de la guerra era dirigida por Jung. Pasamos un par de días en Neuchatel y yo me separé de mis amigos el 28 de marzo. El Consejo de la nueva Sociedad Suiza estaba compuesto por Binswanger, Morel, Oberholzer, Pfister y Rorschach.

Me las arreglé para volver de nuevo a Suiza en el mes de agosto, acompañado por mi asistente Bric Hille. Nos encontramos con Sachs en Basilea, el 25 de agosto. No se podía pensar en obtener un permiso para viajar a Garmisch, en Alemania, localidad cercana al lugar en que estaba pasando sus vacaciones Freud, pero tuve más suerte con el embajador austríaco en Berna. En esa su disciplente manera aristocrática nos expresó su sorpresa de que hubiera alguien capaz de querer ir a un lugar tan desdichado y maltrecho como Viena, pero, luego de agregar «es cuestión de gustos», ya no hizo ninguna objeción, como no la hicieron tampoco las autoridades suizas. De este modo pudimos partir Hiller y yo. No nos llevó mucho tiempo el confirmar la exactitud de los indicios consignados por Freud en sus cartas acerca de la desoladora situación de su país. Bastaba para ello ver el aspecto demacrado y hambriento de los funcionarios, y no puedo dejar de recordar tampoco los vanos esfuerzos de los demacrados pe-

rros para arrastrarse hasta el alimento que yo les arrojaba. Fuimos los primeros civiles extranjeros llegados a Viena y se nos recibió con gran alegría en el Hotel Regina, donde paraban siempre los analistas que visitaban la ciudad. Encontré a Freud un poco más canoso y bastante más delgado que antes de la guerra. Ya nunca más recuperó su antiguo aspecto. Pero su inteligencia no había perdido nada de su acostumbrada agudeza. Se mostraba tan cálidamente amistoso y alegre como siempre, tanto que costaba pensar que no nos habíamos visto durante casi seis años. No alcanzamos a estar reunidos mucho tiempo cuando irrumpió Ferenczi en la habitación y, para gran asombro mío, nos besó efusivamente a ambos en la mejilla. No había visto a Freud por espacio de más de un año. Mantuvimos desde ese momento numerosas conversaciones para informarnos mutuamente de todo lo que nos había ocurrido durante esos años. Hubo, naturalmente, comentarios sobre los amplios cambios operados en la situación de Europa, y Freud me sorprendió no poco al decir que había mantenido recientemente una entrevista con un fogoso comunista, quien lo había convertido «a medias» al bolchevismo, como entonces se decía. Le habían dicho que el advenimiento del bolchevismo daría por resultado algunos años de miseria y caos, que serían seguidos luego por una era de paz universal, prosperidad y felicidad. Y agregaba Freud: «Le dije que creía en la primera mitad de la predicción».

Tenía cosas muy duras que decir acerca del Presidente Wilson, cuya visión de una Europa amistosa, basada en la justicia, se estaba convirtiendo rápidamente en una simple ilusión. Cuando yo señalé la complejidad de las fuerzas que intervienen en la

concertación de un tratado de paz y que éste no podía ser dictado por un solo hombre, replicó: «No debían haber hecho, entonces, tales promesas».

Inmediatamente se le hizo evidente a Freud que lo que él denominaba «el centro de gravedad del psicoanálisis» habría de ser trasladado al oeste. Propuso entonces a Ferenczi que me transfiriera la Presidencia provisoria de la Asociación Internacional que el Congreso de Budapest le había conferido durante la guerra. Ferenczi se avino a ello de buen grado, pero años después llegó a lamentar profundamente el hecho de que nunca hubiera sido llamado nuevamente a ejercer esa función, y por mi parte tuve buenas razones, más tarde, para pensar que me guardaba un resentimiento irracional por haber tenido que ocupar su lugar. Freud observó en esta ocasión: «Cabe esperar que esta vez hemos dado con el hombre más indicado», confiando evidentemente en que mi gestión en ese cargo habría de ser duradera. Desgraciadamente para mí hubo ocasiones, más tarde, en que Freud ya no fue de esa opinión.

Fue durante esa reunión en Viena que Freud nos sugirió invitar a Eitingon a formar parte del «Comité». Consentimos en ello inmediatamente, y Abraham fue comisionado para conseguir la conformidad de Eitingon. El anillo, la necesaria insignia, le fue impuesto unos meses más tarde. En mayo de 1920 Freud le entregó a su hija Ana otro anillo igual. Las únicas mujeres que, aparte de Ana, fueron objeto de la misma distinción, fueron Lou Salomé, Marie Bonaparte y mi esposa.

En octubre de 1919, recibió Freud el título de Profesor de la Universidad. Dijo que se trataba de un «título hueco», ya que no implicaba participación alguna en el Consejo de la Facultad. Pero tampoco

significó, por suerte, ninguna responsabilidad docente.

La fatalidad reserva a Freud, en el primer mes de 1920, dos serios golpes; uno para el que estaba preparado, aunque no resignado; el otro absolutamente inesperado. El primero la muerte de Toni (Anton) von Freund. A continuación de una operación de sarcoma que sufrió a la edad de treinta y nueve años von Freund contrajo una grave neurosis que fue tratado con éxito por Freud en los años 1918-19. Pero en marzo de este último año comenzaron a aparecer signos sospechosos de una reaparición del sarcoma en el abdomen, y durante meses sus amigos fluctuaron entre la esperanza y el temor. Pero una exploración posterior dio por resultado el desvanecimiento de toda duda acerca del siniestro diagnóstico, y el estado del paciente comenzó a empeorar rápidamente. En diciembre Abraham, que había conocido a von Freund en la época del Congreso de Budapest, preguntó a Freud si aquél estaba enterado del rápido desenlace que se esperaba, a objeto de saber en qué términos debería escribirle. Freud le contestó que el enfermo lo sabía todo y que incluso había dado orden de que el anillo que Freud le había entregado fuera devuelto después de su muerte, con objeto de ser pasado a Eitingon. Como su mujer, llegado el momento, reclamó el anillo, Freud entregó a Eitingon el que él mismo había llevado hasta entonces. Freud había estado visitando al enfermo diariamente e hizo todo lo que pudo para aliviarle la situación. El fallecimiento se produjo el 20 de enero de 1920, y Freud destacó que von Freund había muerto heroicamente, sin avergonzar al psicoanálisis. Freud le había tenido un especial cariño,

y su fallecimiento fue para él un serio golpe. Decía que era uno de los motivos de su envejecimiento.

Apenas tres días más tarde, la noche misma del día en que fue enterrado von Freund, llegó la noticia de la grave enfermedad de Sophie, la hermosa hija de Freud, a quien llamaban «la criatura primorosa», en Hamburgo, donde residía. Se trataba de la neumonía gripal que ese año constituía una verdadera epidemia. No había trenes de Viena a Alemania, de modo que no había posibilidad de dirigirse allá. Dos de sus hermanos, Oliver y Ernst, que se hallaban en Berlín, hicieron el viaje a Hamburgo, acompañados de Eitingon, pero llegaron después de su fallecimiento. Dos días después, el 25 de enero, un telegrama anunciaba la desgracia. No había pasado los 26 años, había estado gozando de perfecta salud y felicidad y dejó dos chicos, uno de ellos apenas de trece meses. La noticia cayó como un rayo en un día sin nubes. Al día siguiente me escribía Freud: «El pobre —o afortunado— Toni Freund fue enterrado el jueves pasado, el 22 de este mes. Lamento oír que ahora le toque al padre de usted [1], pero a todos nos llegará el turno y ahora me pregunto cuándo será el mío. Ayer he pasado por algo que me hace desear que ese día no tarde en llegar». Un día después escribía a Pfister: «Fue barrida de este mundo como si nunca hubiera existido». Al informar a Ferenczi lo ocurrido, agregaba: «¿Y nosotros? Mi mujer está completamente anonadada. Por mi parte, pienso: *La séance continue.* Pero ha sido un poco demasiado para una sola semana». Debajo de este estoicismo, Freud era capaz de alimentar una emoción profunda, si bien controlada. Escribiendo poco después a

1. Le acababa de comunicar que mi padre se estaba muriendo.

Eitingon, quien, como de costumbre, se mostró tan servicial como le fue posible, describía su propia reacción: «No sé qué más se puede decir. Es un hecho de efecto tan paralizante, que no puede inspirar reflexión alguna a quien no es un creyente, cosa que le evitaría a uno todos los conflictos consiguientes. Cruda fatalidad, muda sumisión».

Ferenczi se sintió muy preocupado de las consecuencias que podría tener en el ánimo de Freud este terrible golpe. Freud lo tranquilizó con estas patéticas líneas:

No se intranquilice por mí. Sigo siendo el mismo de siempre, aunque con un poco más de cansancio, con todo lo doloroso que fue el fatal acontecimiento, no ha sido capaz de trastocar mi actitud frente a la vida. Durante años he vivido preparado a sufrir la pérdida de mis hijos varones [1]. Ahora viene la de mi hija. Siendo como soy profundamente antirreligioso no tengo a quien acusar y sé que no hay tampoco a quien recurrir en queja. «*Des Dienstes ewig gleichgestellte Uhr*» [2] y «*Des Daseins süsse Gewohnheit*» [3] ya se encargarán de que las cosas continúen como antes. Muy adentro, muy en lo profundo, advierto el impacto de una honda herida narcisística, que ya no podrá ser curada. Mi mujer y Anita han sufrido una conmoción terrible, en un sentido que diríamos más humano.

Cuando un par de semanas más tarde yo informaba a Freud sobre el fallecimiento de mi padre, me replicó: «De modo que su padre ya no tendrá que seguir sufriendo, a la espera de ser devorado paulatinamente por el cáncer, como el pobre Freund.

1. En la guerra.
2. "El círculo invariable de los deberes del soldado", de *Die Piccolomini*, de Schiller, Acto I, Esc. 4.
3. "El dulce hábito de vivir", de *Egmont*, de Goethe, Acto V, Esc. 3.

¡Qué suerte para él! Pero pronto podrá darse cuenta usted de lo que esto significa para usted mismo. Yo tenía más o menos la misma edad que usted cuando falleció mi padre (43) y el hecho revolucionó mi alma».

Pero la vida tenía que proseguir su curso. La cosa que inmediatamente monopolizó el interés de Freud fue la inauguración, el 14 de febrero de 1920, del Policlínico de Berlín. Este hecho convirtió a Berlín, en su opinión, en el más importante de los centros psicoanalíticos. Lo que hizo posible tal fundación fue la generosidad de Eitingon. Ernst Freud, por su parte, dispuso de tal modo la distribución de las diferentes dependencias del edificio que mereció el elogio de todos. Había allí, por supuesto, una biblioteca para la investigación y se estaban trazando planes para la creación de un Instituto Didáctico. Fue el primero, y por mucho tiempo el más famoso de los establecimientos de ésta índole. En verano vino Hanns Sachs de Suiza a Berlín para colaborar en la enseñanza, y poco después se le unió, para ayudarle, Th. Reik, de Viena.

Los miembros de la sociedad de Viena, naturalmente, no querían quedar atrás, y surgió el proyecto de establecer una clínica similar con carácter de Departamento dependiente del Hospital General. Freud se opuso mucho a esta idea. Las razones que para ello dio a Abraham eran de que por su parte no podría dedicarle tiempo y que en este caso no se sabría a quién, entre los miembros de la Sociedad, podría confiar la dirección del Instituto. Pero a Ferenczi le confesó que no creía que Viena fuera un centro adecuado para el psicoanálisis, de modo que no correspondía que se creara tampoco una Clínica. «Un cuervo no puede vestir camisa blanca». Pero la necesidad

de un establecimiento de esa índole era innegable, y con el nombre de *Ambulatorium* éste fue inaugurado el 22 de mayo de 1922.

Freud intercambiaba correspondencia, de vez en cuando, con Havelock Ellis, a quien a menudo enviaba algunos de sus libros. Pero le causó desagrado un artículo que Ellis había escrito durante la guerra y que acababa de llegar a su conocimiento. Ellis sostenía en el mismo que Freud era un artista, no un hombre de ciencia. Para Freud esto constituía «una forma muy sublimada de resistencia». En la carta que me escribió calificaba el ensayo de Ellis como «la forma más refinada y amistosa de resistencia, y al considerarme un gran artista lo hacía para restar validez a nuestras pretensiones científicas».

Al finalizar la guerra se oyeron numerosas y amargas quejas acerca de la forma ruda, e incluso cruel, con que los médicos militares austríacos habían tratado a los afectados por neurosis de guerra, especialmente en la Sección de psiquiatría del Hospital General de Viena, que dirigía el profesor Wagner-Jauregg. A comienzos de 1920 las autoridades militares austríacas designaron una Comisión especial encargada de investigar la cuestión, y Freud y Raimann (el ayudante de Jauregg) fueron invitados a preparar sendos informes al respecto. Esto prueba, de paso, la jerarquía científica que a los ojos de las autoridades de Viena había alcanzado Freud. El memorándum llevaba como título «Memorándum sobre el tratamiento eléctrico de los neuróticos de guerra».

Freud comenzaba señalando las dos opiniones vigentes en el seno de la profesión médica acerca de la naturaleza de las neurosis traumáticas causadas por accidentes ferroviarios, o de otra índole. Algunos sostenían, en efecto, que eran debidas a diminutas

lesiones del sistema nervioso, aunque la existencia de las mismas no pudiera ser demostrada, mientras que para otros no serían más que perturbaciones funcionales: el sistema nervioso seguía intacto. La experiencia de la guerra, especialmente la de las neurosis de guerra producidas lejos del frente y sin que mediara un trauma tal como la explosión de bombas, decidieron la cuestión en favor de esta última opinión.

El psicoanálisis había señalado como origen de todas las neurosis los conflictos emocionales y era fácil considerar como causa inmediata, por lo menos, de las neurosis de guerra, el conflicto entre el instinto de conservación, con la necesidad consiguiente de rehuir los peligros del servicio militar, y los diversos motivos que impedían al individuo confesar enteramente esto: el sentimiento del deber, la educación anterior para la obediencia, etc. La terapia que se había creado para resolver estas situaciones, antes que en ninguna parte en el ejército alemán, consistía en la aplicación de un tratamiento eléctrico, en dosis tales que lo hacían aún más desagradable que la idea de volver al frente. «En cuanto a su utilización en las Clínicas de Viena, estoy personalmente convencido que el progresor Wagner-Jauregg nunca habría permitido que llegara a extremarse de modo tal que se convirtiera en un tratamiento cruel. No puedo asegurar lo mismo en cuanto a otros médicos a quienes no conozco. La educación psicológica de los médicos es, en general, bastante deficiente y muchos de ellos bien pueden haber olvidado que el paciente que intentaban tratar como a un simulador en realidad no lo era»...

«Los brillantes éxitos iniciales del tratamiento con cargas eléctricas poderosas no tuvieron carácter

duradero. Pacientes que se habían logrado restablecer y enviar de nuevo al frente repetían nuevamente el cuadro y sufrían una recaída, con lo cual ganaban por lo menos algún tiempo y evitaban los peligros inmediatos. Cuando el paciente se hallaba de nuevamente bajo el fuego, su temor a la carga eléctrica disminuía, del mismo modo que durante el tratamiento se había desvanecido su temor al servicio activo. Por otra parte, el colapso del entusiasmo popular —en rápido aumento— y el desagrado cada vez mayor frente a la idea de continuar la guerra, se hacían sentir cada vez más, de manera que el tratamiento comenzó a fallar. En tales circunstancias no faltó quien diera rienda suelta a la característica predisposición de los alemanes a dar cima a sus objetivos de una manera absolutamente implacable. Sucedió algo que nunca debió haber ocurrido: la intensidad de las cargas eléctricas, así como la severidad en los otros aspectos del tratamiento, fueron intensificados a un punto tan insoportable como para despojar a los neuróticos de guerra de toda ventaja que pudiera procurarles su enfermedad. Nadie desmintió jamás que en los hospitales alemanes hubo casos de fallecimiento en el curso de los tratamientos y suicidios a continuación de los mismos. No tengo idea alguna, en cambio, acerca de si las Clínicas de Viena pasaron por esta fase de la terapia.»

Debe señalarse que, en opinión de Freud, los casos de verdadera simulación eran una pequeña minoría. Este juicio ha sido ampliamente confirmado por la experiencia ulterior. No pensaban así, por cierto, la mayoría de los médicos militares. El mismo Wagner-Jauregg, que aplicaba cargas eléctricas relativamente suaves cuando el neurótico de guerra

presentaba síntomas de orden físico, tales como temblores, admitía en su *Autobiografía*: «Si todos los simuladores a quien yo he curado en la Clínica, a menudo con procedimientos bastante duros, se presentaran para acusarme, seguramente nos encontraríamos ante un proceso impresionante». Por fortuna para él, como él mismo decía, la mayor parte de ellos se hallaba dispersa por lo que había sido antes el Imperio austro-húngaro y no se podría dar con ellos, de modo tal que la Comisión se pronunció finalmente en favor del Director de la Clínica.

A su regreso a Viena, procedente del Congreso realizado en La Haya en septiembre, Freud se encontró ante la desagradable tarea de tener que atestiguar ante la Comisión que estaba investigando estas quejas acerca del tratamiento de las neurosis de guerra. Las acusaciones se centraban en el profesor Wagner-Jauregg, el hombre a quien correspondía la máxima responsabilidad en el caso. Freud manifestó que se proponía una conducta tan amistosa como le fuera posible con Wagner-Jauregg, ya que éste último no era responsable de ninguna de las cosas que habían ocurrido. En la sesión del 15 de octubre, presidía la Comisión el profesor Alexander Löffler, Presidente también de la Comisión Investigadora. Se hallaban presentes todos los neurólogos y psiquiatras de Viena, y había sido invitada también la prensa. Freud leyó primeramente, en voz alta, el memorándum que había enviado ocho meses antes y expuso a continuación, en forma tranquila y objetiva, sus puntos de vista, Wagner-Jauregg sostenía que todos los pacientes con neurosis de guerra eran simples simuladores y que su experiencia había sido mucho más amplia que la de Freud, a quien no recurrían nunca tales enfermos. Freud adujo que admi-

tía esa opinión en la medida en que todos los neuróticos, en cierto sentido, son simuladores, pero sólo de un modo inconsciente. En esto residía la diferencia esencial entre los dos puntos de vista. Admitió también que era difícil la aplicación del psicoanálisis en tales casos, en tiempo de guerra, para lo cual ya era un obstáculo los múltiples idiomas hablados en el ejército austro-húngaro, pero sostenían a la vez que un conocimiento, de parte de los médicos, de los principios psicoanalíticos habría resultado más útil que la terapéutica eléctrica que se adoptó. Señaló además el conflicto entre el deber del médico que debe poner por encima de todo el interés de su paciente y la exigencia, de parte de las autoridades militares, de preocuparse, ante todo, de reintegrar a los pacientes al servicio militar. A esto siguió un agudo debate, durante el cual toda la Comisión se puso violentamente contra Freud. En el curso del mismo se dijeron cosas muy duras contra el psicoanálisis, de modo que, una vez más, se comprobó que Freud no era profeta en su propia tierra. Más tarde dijo que la reunión no hizo más que confirmar su opinión sobre lo insinceros y odiosos que eran los psiquiatras vieneses.

Hacia esa época llegó a oídos de Freud un rumor, que había circulado en Estado Unidos durante la guerra, según el cual las difíciles condiciones de vida imperantes en Viena lo habían inducido al suicidio. Hizo el comentario de que esta idea no le parecía nada amable.

En julio de 1920 hizo Eitingon que un escultor vienés, Paul Königsberger, ejecutara un busto de Freud. Éste se hallaba demasiado recargado de trabajo, pero no podía negarle nada a Eintingon. Tal como ocurre con mucha gente ocupada, le desagra-

daban mucho estas largas «poses». Aunque le pareció que se sentiría fastidiado con el escultor, le tomó cierto cariño y se formó una alta opinión de su habilidad. «Me he de sacrificar, pues, en obsequio de la posteridad». No podía prever, por cierto, cuán profético habría de resultar este chiste, ya que fue una réplica de este busto lo que más tarde doné a la Universidad de Viena, para ser descubierto en ésta, el 4 de febrero de 1955. Tanto Freud como su familia se mostraban muy complacidos con el trabajo logrado: «Da la impresión de una cabeza de Bruto y produce un efecto muy impresionante». Los miembros del Comité hicieron una suscripción para adquirir el original y ofrecérselo a Freud como regalo en su 65° aniversario, y Eitingon descubrió la obra, ya terminada, en el aniversario del año siguiente. Había que buscar entonces un lugar en la casa de Freud «para el fantasmal y amenazante doble de él mismo en bronce». Pero, según confesaba, había caído en la trampa. «Yo creí realmente que Eitingon lo quería para él. Si no fuera así, yo no hubiera posado para el busto el año pasado».

Tan pronto como terminó la guerra habíamos comenzado a hacer cálculos acerca de la posibilidad de realizar un nuevo Congreso Internacional. El lugar más adecuado parecía ser un país neutral, y Holanda era preferible a Suiza a causa de las complicadas restricciones de los viajes a través de Francia. En la primavera de 1939 tuve la esperanza de que podríamos realizar uno en el otoño de ese mismo año, pero una pequeña investigación de las condiciones imperantes nos demostró la imposibilidad de hacerlo así.

El sexto Congreso Psicoanalítico Internacional se inauguró el 8 de septiembre de 1920 y duró cuatro

días. De los sesenta y dos miembros asistentes había dos de Estados Unidos (Feigenbaum y Stern) siete de Austria, quince de Inglaterra, once de Alemania (entre ellos Groddeck), dieciséis de Holanda (entre Jelgersma y van Renterghem), tres de Hungría (entre ellos Melanie Klein), uno de Polonia y siete de Suiza. Entre los cincuenta y siete invitados que también asistieron al Congreso se hallaban Ana Freud, James Glover y John Rickmen. Freud presentó un trabajo titulado *Complementos a la teoría onírica.* Planteaba en él tres puntos. Uno era la ampliación de su teoría de la realización de deseos para incluir en ella aquellos casos en que el deseo no procedía de la parte del inconsciente que procura el placer sino de las tendencias autopunitivas de la conciencia. Una segunda observación, más intranquilizadora, se refería a incluir en su teoría el hecho de una repetición lisa y llana en un sueño, de una experiencia traumática. Ésta y otras consideraciones fueron las que estaban induciéndolo en esa época a sostener la existencia de una «compulsión a la repetición», además del bien conocido principio de placer. El tercer punto era el rechazo de diversos intentos recientes de reconocer una «tendencia prospectiva» en los sueños, intentos que a su juicio denotaban una confusión entre el contenido manifiesto y el latente de los sueños.

Otros trabajos que se destacaron fueron: el de Abraham, *El complejo de castración femenino* y el de Ferenczi, *Progresos en la técnica activa en psicoanálisis.* Róheim produjo gran impresión al improvisar una comunicación en inglés sobre el totemismo en Australia.

En todos sentidos fue éste un Congreso muy positivo que sirvió de motivo de reunión a gente labo-

riosa que durante años había estado privada de mutuo contacto. Más tarde escribió Freud que «se sentía orgulloso del Congreso» y era motivo de congratulación general el hecho de que fue ésta la primera oportunidad en que gente de trabajo de países enemigos se reunían para fines de colaboración científica.

En oportunidad del Congreso de La Haya tomamos medidas para consolidar aún más la estructura interna del «Comité» privado, que ahora pudo reunirse en pleno por primera vez. Decidimos reemplazar, por lo menos en parte, la forma irregular de correspondencia que íbamos manteniendo entre todos los miembros por una *Rundorief* (carta circular) que cada uno de los miembros habría de recibir y que nos mantendría al corriente de los cambiantes acontecimientos y planes. La primera serie de estas cartas circulares se inició el 7 de octubre de 1920. Al comienzo fue semanal, pero en diferentes épocas los intervalos fueron de diez días y hasta de una quincena. Sin embargo, este procedimiento, tendiente a ahorrar tiempo, no tenía el propósito de suprimir la correspondencia de carácter más personal, especialmente con Freud, que en cada caso pudiera resultar deseable.

En octubre de 1920 Freud, contento por los derechos de autor que le enviaba su sobrino de Estados Unidos, le escribió a éste ofreciendo enviar cuatro artículos para una buena revista de Nueva York. Serían de carácter popular y Freud proponía que el primero de ellos llevara el título de *No use el psicoanálisis en polémicas.* Bernays recogió inmediatamente la sugestión y entró en tratos con el *Cosmopolitan Magazine.* Ésta ofreció a Freud mil dólares por el primer artículo, y en caso de obtenerse éxito

le pediría otros mas. En lugar del tema que había sugerido Freud, proponían varios títulos, tales como *La ubicación psiquica de la mujer en el hogar, La ubicación psíquica del marido en el hogar,* etc. Freud se sintió ultrajado. El hecho de que la aceptación de artículos de «un autor bien conceptuado tuviera que depender de los gustos del gran público y que los temas a encarar no fueran los que él mismo proponía», hería su orgullo y dignidad. «De haber tomado en cuenta desde el comienzo de mi carrera la clase de consideraciones que mueven a su editor, seguramente no habría llegado a ser conocido de ningún modo ni en Estados Unidos ni en Europa». Escribió a Edward Bernays una carta punzante de rechazo, pero no puedo dejar de pensar que parte de su indignación provenía de un ligero sentimiento de vergüenza por haberse apartado él mismo de sus principios habituales y haber concebido el propósito de ganar dinero escribiendo artículos de carácter popular. Fue la única vez en su vida que llegó a pensar en un plan como éste.

Un mes más tarde recibía un cable de Bernays anunciándole que un grupo de personas de Nueva York le aseguraban la suma de diez mil dólares si se decidía a permanecer allí seis meses tratando pacientes por la mañana y dando conferencias por la tarde. Su respuesta cablegráfica fue simplemente «No conviene», a la que siguió una extensa carta que constituía una obra maestra de sagacidad comercial. Freud calculaba detalladamente los gastos, que correrían por su cuenta, sin excluir el incremento en los réditos, etc., y llegaba a la conclusión de que volvería a Viena agotado y más pobre que antes. Otro motivo decisivo era el hecho de tener que dar conferencias en inglés.

Más avanzado el año 1920 la situación económica de Freud comenzó a dar signos de rehabilitación. En el mes de noviembre estaba ganando las dos terceras partes de lo que había ganado antes de la guerra. Comenzó incluso a acumular una pequeña cantidad de divisas extranjeras. A este objeto hizo que yo abriera, en ese verano, una cuenta a mi nombre en un Banco holandés, a la que él pudiera remitir parte de los honorarios que recibía de pacientes extranjeros

La editorial que tan importante papel habría de desempeñar en la vida de Freud de ahí en adelante, la *Internationaler Psychoanalytischer Verlag*, fue fundada en Viena a mediados de enero de 1919. Constituyó en muchos sentidos una empresa muy positiva por más que significó para nosotros, durante años, un motivo de preocupación económica y llegó a motivar incluso ciertas dificultades personales. Sus directores eran Freud, Ferenczi, von Freund y Rank. En septiembre ocupé el lugar de von Freund, que estaba muriendo lentamente, y en 1921 se agregó al directorio Eitingon. Fue la única oportunidad en que vi a von Freund, y no olvidaré nunca la luctuosa expresión con que el hombre condenado a morir contempló a su sucesor. Rank fue designado Director-Gerente y pronto ocupó el lugar de ayudante Th. Reik. El primer libro publicado por la nueva empresa era de Abraham, Ferenczi, Simmel y yo, sobre *Neurosis de guerra*, y apareció en mayo de 1919.

El interés que Freud ponía en el futuro de la *Verlag* era, sobre todo, expresión de su poderoso deseo de independencia. La idea de sentirse completamente liberado de las condiciones impuestas por los editores, que siempre lo habían fastidiado, y de poder

publicar los libros que quería y cuando se le ocurriera hacerlo, ejercía una poderosa atracción sobre este aspecto de su carácter. La existencia de una Editorial propia daría, además, una mayor seguridad a la publicación ininterrumpida de las revistas psicoanalíticas, cuya existencia había sido gravemente amenazada durante la guerra. Por último los autores que no contaban con bienes de fortuna podrían tener la seguridad de poder publicar una buena obra que eventualmente podría ser rechazada por los editores comerciales. Desde el punto de vista de el público en general habría cierta garantía de que los libros publicados por una Editorial como ésta, por mucho que variara su calidad, pertenecían al acervo de la literatura psicoanalítica, que era necesario distinguir de muchas otras publicaciones que se disfrazaban con ese nombre.

La mayor parte de estos propósitos fueron logrados, si bien a costa de un considerable esfuerzo económico y de muchas energías restadas de ese modo a la labor científica. En los veinte años de su existencia la *Verlag* publicó 150 volúmenes, incluyendo cinco colecciones, además de las *Obras completas* de Freud y aparte de mantener en publicación cinco revistas psicoanalíticas. Lo que se inició en Inglaterra como rama de la editorial vienesa publicó también más de 50 volúmenes, muchos de los cuales eran traducción de los libros más valiosos de la *Verlag*. La dificultad más grande con que tropezó a lo largo de estos esfuerzos era de índole económica. La *Verlag* se costeaba por sí misma tan sólo en algunos raros períodos y los llamados a la contribución de los mismos psicoanalistas se repitieron constantemente. Freud, por su parte, no aceptó en ningún momento cobrar derechos de autor e incluso

enterró buena parte de su propio dinero en la empresa. La estrechez financiera tuvo, además, el efecto de impedir la realización de uno de los objetivos que nos habíamos propuesto, el de ayudar a los autores pobres. Nos vimos obligados más bien a pedirles que contribuyeran al pago de la impresión de sus libros, de modo que se vieron incluso menos favorecidos que si se hubieran dirigido a una firma comercial. Con todo, contemplados todos los aspectos, la *Verlag* debe ser considerada como una empresa loable. Para Freud fue una fuente considerable de ansiedad, de enorme trabajo personal, pero también de profunda satisfacción.

De lo que no cabe duda es que la *Verlag* no hubiera llegado a existir ni vivido un solo día si la capacidad y la energía verdaderamente asombrosa, tanto desde el punto de vista de la labor editorial como la gestión administrativa, con que Rank se lanzó a la tarea. Durante cuatro años no se apartó de Viena para tomarse descanso alguno y aún al cabo de ese tiempo se llevó consigo un enorme material de trabajo. Los cinco años durante los cuales continúa Rank con ese furioso ritmo de trabajo deben haber constituido un factor importante de su posterior derrumbe mental.

Von Freund había dejado una suma considerable para financiar la *Verlag* y otras cosas que Freud estaba proyectando. Representaba el equivalente de £ 100.000. Pero este fondo tuvo una vida muy accidentada. Sólo fue posible transferir a Viena una cuarta parte del mismo, medio millón de coronas. Se decidió retener la mitad de esta suma en Viena y transferir la otra mitad a Londres. Con respecto a la primera mitad, Rank cometió el único error de cálculo financiero en que le he visto incurrir

jamás. En esa época, cuando la monarquía austrohúngara se hallaba en plena disolución, se podía optar entre conservar la moneda austríaca o convertirla en coronas de la recién creada República Checoslovaca. Rank pensó como mucha otra gente, que el nuevo estado no resultaría viable y decidió conservar los billetes austríacos. Al cabo de un par de años la inflación quitó a éstos todo valor, en tanto que los billetes checos se valorizaban más. Esto era una doble desdicha, ya que el trabajo de impresión que empleábamos se hacía en Checoslovaquia y tenía que ser pagado con esa moneda. Yo me encontraba en Viena en septiembre de ese año (1919), junto con Erik Hiller, un joven que habría de colaborar en los noveles planes en que nos estábamos embarcando y dimos comienzo a la tarea de pasar de contrabando, de Austria a Inglaterra, el otro cuarto de millón de coronas. Al cruzar la frontera austríaca fuimos completamente desnudados por los funcionarios aduaneros de modo que la operación requirió de nuestra parte cierta finura. Mi valija fue la primera en ser revisada, de modo que con toda tranquilidad yo pasé el fajo de billetes de la maleta de Hiller a la mía, que ya había pasado por la Aduana. Pero las dos tenían que ser revisadas nuevamente al día siguiente, cuando el tren partía para Suiza, de modo que alquilé un automóvil a la mañana siguiente y recorrimos el puente sobre el Rhin que separa los dos países. Al llegar al linde pudimos sostener que nuestro equipaje ya había sido revisado y rotulado. Pero esta hazaña no halló recompensa alguna, dado que al cabo de uno o dos años los billetes alcanzaban a valer escasamente el papel en que estaban impresos. Rank no nos había permitido cambiarlos por las pocas libras inglesas

que al comienzo nos habrían dado por ellos. Nadie podía creer en esa época que la moneda de un país pudiera desvalorizarse y desaparecer de tal manera.

A causa del régimen bolchevique implantado en Hungría y la ocupación rumana que siguió a aquél en agosto de 1919, resultaron vanos todos los esfuerzos de transferir a Viena parte alguna del núcleo principal del fondo. Al terror rojo siguió el terror blanco, con una intensa ola antisemitismo, que afectó seriamente la situación de Ferenczi. Rank, sin embargo, y con él von Freund, no cejaron en la lucha, y a fines de 1919 se tuvo la impresión de que podría salvarse de la confiscación siquiera una parte del dinero. Las autoridades municipales sostenían que, tratándose de una donación caritativa, ésta debía ser dedicada a fines filantrópico locales y que el dinero, en todo caso, no debía salir del país.

Ferenczi llevó a cabo multitud de negociaciones, pero la oposición de las fuerzas antisemitas y antipsicológicas era demasiado poderosa y tan sólo al cabo de tres años pudo rescatarse apenas una pequeña parte del fondo. Esto colocó a Freud y a la *Verlag* en una situación desastrosa, ya que entre tanto habían contraído compromisos financieros bastante considerables. Pero a esto Eitingon, el puntal que en ningún momento falló, salvó la situación unos meses más tarde, induciendo a un simpático cuñado suyo de Nueva York a hacer a la *Verlag* una donación de cinco mil dólares.

Desde muy al principio resultó evidente la conveniencia de extender nuestras actividades editoriales más allá de la esfera germanoparlante. Una semana después de la fundación de la *Verlag*, una fir-

ma comercial de Berna se ofreció a participar en las obras que se editaran en Viena.

A las firmas pertenecientes a países ex enemigos les estaba prohibido en esa época tener filiales en Inglaterra, y en el caso de que las tuvieran debían someterse a restricciones prohibitivas. Tuve que convertirme, pues, en editor independiente, creando lo que se llamó *International Psycho-Analytical Press*. Se inició con un negocio de librería en Weymouth Street, donde se vendían principalmente libros en alemán, difíciles de conseguir en otra parte. Erik Hiller, el joven ayudante de quien hemos hablado antes, se encargó de esta actividad. Esta empresa duró apenas un año, al cabo del cual vendimos las existencias de la librería por £ 100 y clausuramos el establecimiento. Luego vino la *International Psycho-Analytical Library Series* (Biblioteca Psicoanalítica Internacional), cuyo quincuagésimo volumen acabo de preparar para la publicación. Los primeros dos volúmenes aparecieron en 1921. Después de esto, en 1924, el Instituto de Londres hizo un arreglo satisfactorio con la *Hogarth Press*. Las publicaciones de esta empresa mixta han continuado hasta la fecha.

De la enorme labor que significa la traducción de los libros de Freud, lo que aquí más nos interesa es su constante y minuciosa colaboración personal. Le enviábamos pregunta tras pregunta acerca de ambigüedades en la exposición y le hacíamos diversas sugerencias acerca de ciertas contradicciones internas y cosas por el estilo. Desde aquella época, esto ha continuado todo el tiempo bajo la eficiente dirección de James Strachey, con el resultado notable de que las traducciones inglesas de los libros de Freud, bajo el nombre de *Standard Edition*, podrán ser consideradas, desde el punto de vista de la co-

rrección, más valederas que cualquier versión alemana.

Para procurarme ayuda en la preparación y corrección del *International Journal of Psycho-Analysis*, la tercera y más importante de nuestras empresas, pude lograr la colaboración de Bryan y Flugel, ambos de Inglaterra. La delicada cuestión de designar a los norteamericanos que habrían de ocuparse de igual labor resultó más complicada.

Al cabo de una serie de movimientos tácticos, la la elección recayó finalmente en los nombres de Brill, Frink y Oberndorf.

Desde el comienzo informé, por supuesto, de nuestros planes a Brill, que inmediatamente me prometió su cordial apoyo. Al mismo tiempo me hizo la curiosa sugerencia de que creáramos una Asociación Psicoanalítica Angloamericana en lugar de la Asociación Internacional, que en esa época era esencialmente alemana o por lo menos germano-parlante. Brill se había mostrado fuertemente proalemán en la primera parte de la guerra, pero los acontecimientos posteriores parecen haberlo norteamericanizado en exceso. Siendo yo, entre otras cosas, un buen europeo y de mentalidad invariablemente internacionalista, me mostré reacio a la sugerencia de la que no volvía a oír nunca más.

Con excepción de la amistosa carta citada, el silencio de Brill fue absoluto por mucho tiempo. Yo hubiera deseado inaugurar el *Journal* con un artículo suyo, pero repetidos requerimientos míos, incluyendo tres telegramas, resultaron inútiles. No obtuve respuesta alguna. Freud no había tenido noticias de él desde el comienzo de la guerra, y a medida que transcurría el tiempo después de la misma, su preocupación al respecto fue cada vez mayor.

Finalmente dio muestras de existencia. «De Brill recibí la traducción del *Leonardo, El chiste* y el *Tótem,* ninguna carta. Perdóneme que le diga que es un judío alocado (*meschugge*) (sic)». En el interín, sin embargo, con noble gesto, Brill reunió mil dólares para ayudar a la *Verlag;* y así se lo comunicó a Rank. Yo no tenía noticias de él cuando, de pronto, Freud me escribió diciendo que «Brill está realmente bien».

Brill no había asistido al Congreso de La Haya de septiembre de 1920, pero luego llegó la explicación de su prolongado silencio. «He recibido de Brill una extensa, tierna, alocada carta en la que no menciona una palabra del dinero que reunió, pero me explica el misterio de su conducta. Se trataba simplemente de celos, de sensibilidad herida y de cosas por el estilo. Haré todo lo que pueda por aplacarlo». Brill había pasado evidentemente por una época muy difícil, pero ésta fue la única de esta índole en su vida. Desde ese momento fue nuevamente, y para siempre, el viejo y leal amigo. La cosa se debió a que Brill había creído, sin fundamento por cierto, que Freud se sentía resentido con él a raíz de las severas críticas que habían merecido sus traducciones. Freud nunca había tomado la cosa a mal, pero, Brill, decidió sabiamente dejar esta tarea de ahí en adelante a otras personas.

En 1916, hacia la mitad de la Gran Guerra, Freud debe haber tenido la sensación de haber dado ya al mundo todo lo que era capaz de darle, en forma tal que poco le quedaba más allá de vivir los años de vida que le quedaban... nada más que dos, en realidad según sus cálculos. En la asombrosa, casi increíble, eclosión de energía que trajo consigo la

primavera de 1915 había volcado sus pensamientos más profundos y sus ideas de más vasto alcance en la serie teórica de ensayos sobre metapsicología, y al año siguiente puso fin a su ciclo periódico de conferencias en la universidad, escribiendo y publicando, a cambio de eso, la *Introducción al Psicoanálisis*.

En los dos años que siguieron nada cabía esperar, al parecer, ni en cuanto a desarrollo ni a difusión de sus doctrinas. Pero el estímulo que trajeron consigo, a fines de 1918, el Congreso de Budapest, la fundación de la *Verlag* y las buenas noticias que llegaron de allende los mares, tuvieron por efecto reanimar el espíritu de Freud. A comienzos del nuevo año manifestó a Ferenczi que se mantenía aún completamente atascado en cuanto a ideas científicas, pero apenas un par de semanas más tarde tenemos noticias de algunas nuevas ideas sobre el tema del masoquismo, de cuya corrección se sentía seguro.

En marzo llegó una revelación más extensa de las ideas que evidentemente estaban germinando durante esa primavera. «Acabo de dar fin a un trabajo de veintiseis páginas sobre la génesis del masoquismo, que llevará por título "Pegan a un niño". Estoy comenzando otro con el misterioso encabezamiento de "Más allá del principio del placer". No sé si es esta fría primavera o la dieta vegetariana lo que repentinamente me han hecho tan productivo». Quince días más tarde escribía: «Estoy escribiendo el nuevo ensayo titulado: "Más allá del principio de placer" y cuento que lo entenderá usted, cuya comprensión no me ha faltado nunca. Mucho de lo que allí digo es bastante oscuro y el lector se verá obligado a arreglarse como pueda. Algunas veces no puedo hacer otra cosa que eso. Así y todo confío

en que usted encontrará en él muchas cosas de interés».

Al cabo de dos meses estaba listo un primer borrador, pero se proponía volver a escribirlo durante el tratamiento a realizar en Bad Gastein. Entre tanto se ocupó, durante las escasas horas libres que le quedaban antes de partir, en volver a escribir un viejo artículo suyo que había descubierto en un cajón. Era un trabajo interesante sobre *Lo siniestro*, que publicó en *Imago* hacía fines de ese año

Poco fue lo que adelantó durante sus vacaciones, y tal como me manifestó a mí, el trabajo no progresaba porque se sentía demasiado bien. Evidentemente no se sentía satisfecho de su esfuerzo, y al parecer lo abandonó postergándolo hasta el verano siguiente. Escribió en el intervalo uno de sus grandres historiales clínicos, el que se refiere a la homosexualidad femenina.

En mayo manifestó a Eitingon: «Estoy corrigiendo y completando ahora el *Más allá del principio de placer* y me encuentro en una etapa productiva». El 16 de junio expuso un resumen del mismo en la Sociedad de Viena. En ese mismo mes escribió a Ferenczi que se habían producido en ese trabajo «curiosas derivaciones», con lo que presumiblemente se refería a la inmortalidad virtual de los protozoarios. Terminó el trabajo antes de partir para sus vacaciones de verano y más tarde pidió Eitingon que fuera testigo de que ya había estado terminado a medias en la época en que su hija Sophie se hallaba todavía en perfecto estado de salud. Agregaba: «Mucha gente, frente a esto, sacudirá la cabeza en señal de duda». Esta petición a Eitingon resulta realmente curiosa y sería el caso de preguntarse si no era manifestación de una negación interna de que los nuevos

pensamientos acerca de la muerte pudieran haber sido influidos por la depresión causada por la pérdida de su hija, de no haberse referido casualmente en otra carta, escrita apenas dos semanas después del desdichado acontecimiento, a lo que estaba escribiendo entonces acerca del «instinto de muerte».

Las asombrosas ideas expuestas por Freud aquí sobre la relación entre la vida y la muerte, y la introdución de su concepto de un «instinto de muerte», no sólo eran profundamente filosóficas sino también altamente especulativas por su índole. Freud mismo las ofreció como tales y con carácter indudablemente de ensayo, si bien más tarde llegó a aceptarlas enteramente. Hasta entonces no había escrito nada por el estilo en toda su vida, y esto mismo ya es un hecho del más grande interés para todo aquél que se interese por la vida de Freud. Es verdad que a menudo había admitido la existencia de cierta tendencia especulativa e incluso inclinada a la fantasía como parte de su naturaleza, tendencia que por muchos años había cohibido vigorosamente. Ahora estaba dejando de lado la violencia que durante tantos años se había impuesto y permitiendo que sus pensamientos se elevaran hacia regiones distantes.

Al tratar de esos problemas trascendentales, cual el origen de la vida y la naturaleza de la muerte, Freud desplegaba una audacia especulativa única en todos sus escritos; nada de lo que escribiera en cualquier otra parte podía comparársele. Este libro es aún más digno de notar por ser el único del que Freud ha recibido escaso reconocimiento por parte de sus seguidores.

El problema que constituía el punto de partida

de los pensamientos de Freud fue el dualismo de la mente. En toda su obra psicológica se sintió cautivado por la idea de un profundo conflicto dentro de la mente, y como era muy natural, interesado en captar la naturaleza de las fuerzas opuestas. Durante los primeros veinte años de su obra, aproximadamente, Freud se contentó con afirmar que el carácter del conflicto mental derivaba de impulsos eróticos, que procedían de lo que los biólogos denominan el instinto de reproducción, por un lado, y de los impulsos del yo, incluyendo en especial el instinto de conservación, por el otro. Esta formulación quedó radicalmente trastornada en 1914, cuando razones muy atendibles le obligaron a postular el concepto de narcisismo, y opinó que había que incluir en este autoenamoramiento el instinto de conservación. De forma que el único conflicto entonces perceptible era el existente entre los impulsos narcisistas y aloeróticos, es decir, entre dos formas de instinto sexual. Esto resultaba extraordinariamente insatisfactorio, pues Freud siempre estuvo seguro de que debía haber algún instinto en la mente, probablemente en el yo, aparte del instinto sexual, al que denominó provisionalmente «egoísta». Fue este el origen de la idea de una parte del yo no libidinal que podía contraponerse a los instintos sexuales. Por esta época había observado en diversas ocasiones un juego de su nieto mayor, quien estuvo realizando una y otra vez acciones que sólo podían encerrar para él un significado no placentero: acciones relacionadas con la ausencia de su madre.

Comenzaba su exposición replanteando su opinión acerca de la importancia del principio placer-displacer que, de acuerdo con Fechner había considerado como continuador del principio de estabili-

dad que este último había sentado. Según éste, la función principal de la actividad mental consiste en reducir hasta el grado más bajo posible las tensiones motivadas por excitaciones instintivas, o exteriores. Freud empleó un término sugerido por Barbara Low, el «principio del Nirvana», que habría de aplicarse tanto si el objetivo consistía en suprimir la excitación, como en reducirla simplemente. El principio parecía avenirse bien con la experiencia de Freud sobre la resistencia, e incluso con toda su teoría del cumplimiento de los deseos, en donde los impulsos encuentran satisfacción y luego quedan acallados. Pero por aquel entonces llegó a descubrir que la correlación existente entre el aumento de la excitación y el displacer, y entre el alivio y el placer, no podía ser tan estrecha como había supuesto hasta entonces. El placer logrado por el aumento de la tensión sexual parecía hallarse en flagrante contradicción con la regla, y ahora la experiencia de los «sueños de guerra» parecía igualmente curiosa.

A continuación relataba Freud la historia del juego del niño antes aludido y se refería a la afición que mostraban los niños por repetir juegos, historias y demás, independientemente de si eran o no placenteras. Fue esta observación la que le hizo preguntarse sobre si existía algún principio independiente del principio placer-displacer, y sugirió que existía uno al que él daba el nombre de *obsesión de repetición.* Entonces le vino a su mente un cierto número de fenómenos aparentemente similares que parecían encajar en esta idea: los sueños periódicos de los neuróticos de guerra, en los que el trauma original se revive una y otra vez; el modelo de conducta autoagresiva que puede trazarse mediante las vidas de ciertas personas; la tendencia de muchos

pacientes a representar una vez tras otra durante el psicoanálisis experiencias no placenteras de su infancia. No es difícil descubrir en todos esos casos algún otro motivo para esas repeticiones, y el mismo Freud adelantó alguno. De aquí que en el caso de los sueños de guerra, en donde la conmoción había traspasado la barrera defensiva, dada la ausencia de toda preparación, señalaba que la repetición durante el sueño, acompañada de intensa angustia, puede representar un intento de servir de «señal de angustia» como advertencia cuya falta explicaba el efecto traumático de la conmoción. No obstante, Freud pensaba que esos sueños parecían ser una excepción a su teoría general de los sueños, que representaba el cumplimiento de un deseo. Volvía a la distinción que él había propuesto juntamente con Breuer entre energía libre y energía reprimida, sobre la que erigió una de las bases fundamentales de su propia psicología, y esto lo correlacionaba ahora con el intento de «dominar» o «reprimir» experiencias no placenteras que en su opinión facilitaban el sentido de las repeticiones de que se trataba.

Freud había encontrado ya el segundo principio que buscaba. Se trataba de la necesidad de reprimir o dominar las impresiones primitivas, para transformarlas desde el «sistema primario» al «sistema secundario», por decirlo con su terminología característica. Entonces consideraba Freud a éste como más fundamental que el principio del placer; era en verdad un preliminar necesario antes de que se permitiera operar a este último.

Tres ideas, de igual importancia para el pensamiento de Freud, vinieron entonces a su mente. Los procesos primarios que habían de reprimirse antes de que el principio del placer pudiera operar, ema-

naban de estímulos internos y pertenecían, por tanto, a los instintos. La tendencia a la repetición mostraba asimismo con toda evidencia una naturaleza instintiva. Era más fundamental que el principio del placer, y contrastaba con él por su carácter «demoníaco»; el primero quedaba limitado muy a menudo al «principio de la realidad». La tendencia hacia la estabilidad, también denominada «el principio de constancia», era un atributo fundamental de la mente. De esas tres ideas acabadas de mencionar, otras dos nuevas comenzaron a surgir en el proceso mental de Freud, constituyendo su definitiva teoría de la mente.

En este aspecto fue la tendencia a la repetición la que ocupó sobre todo la mente de Freud. Percibía con razón que esta tendencia era un rasgo típico de la vista instintiva, que por naturaleza era esencialmente conservadora. Los instintos humanos, es cierto, se caracterizan por su extraordinaria plasticidad, pero cuanto más descendemos en la escala animal, más estereotipada aparece la conducta instintiva. Hasta aquí, no obstante, nos hallamos dentro de un ámbito biológico, pero la imaginación de Freud comienza a atribuir a la dualidad repetición-obsesión un significado más trascendental. Incluso nos extraña hasta qué punto fue influido a este respecto por la memoria de la ley de la periodicidad inevitable de Fliess, que había de explicar todos los sucesos de la vida, y por la doctrina de Nietzsche acerca del «eterno retorno», una expresión que Freud citaba en el libro. En cualquier caso, se presenta aquí un paso en el razonamiento que no es fácil seguir y que ha dado origen a muchos recelos.

El paso en cuestión consistía en equiparar la tendencia a la repetición con la de restaurar un *previo*

estado de cosas, una equiparación que dista mucho de ser clara. Sea como fuere, Freud llegó a la conclusión de que el objetivo fundamental de todo instinto es volver a un estado primitivo, una regresión. Y si los instintos miraban al pasado, ¿por qué habían de detenerse antes de reducir un organismo vivo a un estado prevital, el de la materia inorgánica? De forma que el objetivo final de la vida debía ser la muerte. De esta manera surgió la célebre idea de Freud sobre el *Instinto de Muerte*.

Al centrarse en un «instinto» omnipresente, con un alcance tal, Freud se hallaba en peligro de tener que reconocer una idea monística de la vida, el peligro al que escapó por muy poco en 1914, cuando el concepto de narcisismo amplió el alcance del instinto sexual a un campo inmenso. En su opinión, el instinto sexual era el más conservador de todos, mientras que el instinto de conservación, al que uno podía haber esperado que hubiera sido opuesto al instinto de muerte, acabó convirtiéndose en su sirviente; su única función era asegurar en todo lo posible que el organismo moría según le correspondía conforme a su ley interna y en el momento previsto para ello, y no por un accidente o enfermedad evitables. Incluso el famoso principio del placer, que tan valiosos servicios ha prestado, fue entonces planteado como si se tratara del asistente del instinto de muerte. Esta vez el callejón sin salida parecía total, y Freud parecía haber llegado a la misma posición que Schopenhauer, quien enseñaba que «la muerte es el objetivo de la vida». Dicho sea de paso, el propio Goethe había expresado en una de sus conversaciones una idea muy similar. Pero Freud se zafó hábilmente una vez más, en esta ocasión señalando que aunque los instintos sexuales eran con-

servadores y obedecían tanto a la obsesión de repetición como al principio constancia-nirvana, lo hacían en una forma que les era muy peculiar. Era cierto que tendían a reinstaurar primitivas formas de vida, y por tanto debían formar parte del instinto de muerte, pero al menos su modo de acción tenía el mérito de posponer el objetivo final de este último. Incluso cabía decir que al proceder así, a través de la creación permanente de nueva vida, burlaban el objetivo del instinto de muerte, de forma que podían contraponérsele. De esta manera Freud tuvo éxito, después de todo, al establecer en la mente dos fuerzas opuestas: designándolas respectivamente instintos de vida e instintos de muerte, englobando a los primeros bajo el nombre de *Eros*. Ambos tenían igual validez y posición, y se hallaban en lucha constante entre sí, aunque al final terminara ganando inevitablemente el último.

Se planteaba luego un problema más. Esta fuerza muda que operaba tanto en la mente como en cada una de las células del cuerpo, cuyo objetivo final no era otro que la destrucción del ser vivo, cumplía su tarea silenciosamente. ¿Existía alguna forma de descubrir los signos de su existencia? Freud imaginó que podía descubrir dos de esos signos, o al menos sus indicios, derivables del hipotético instinto de muerte. Lo que brindaba la clave era la crueldad en la vida; la gran guerra misma había ofrecido recientemente un monstruoso espectáculo de agresión, brutalidad y crueldad. No mucho antes, Freud había admitido la existencia de un instinto *primordialmente* agresivo o destructor, un instinto que cuando se fundía con los impulsos sexuales se convertía en la conocida perversión denominada sadismo. Cuando lo planteó así por primera vez en

1915, lo incluyó como una parte de los instintos del yo, pero con posterioridad le otorgó una posición más fundamental, independientemente del yo y anterior a su formación. Freud había considerado siempre hasta aquí al masoquismo como un sadismo secundario, un impulso sádico que había sido vuelto hacia adentro contra el yo. Ahora trocaba el orden y aducía que podía existir un masoquismo primario, una tendencia autodestructora que representaría un indicio del instinto de muerte. Los impulsos destructivos y sádicos derivarían de éste, dejando de ser su fuente. La idea de Freud consistía en que los instintos sexuales o de vida —responsables del «clamor» de vida— en la lucha contra su contrario intentaba prolongar algo más la vida, desviando la tendencia a la autodestrucción hacia otras personas, de la misma forma en que un gobernante puede torcer los impulsos rebeldes o revolucionarios contra el exterior mediante la instigación a la guerra: el motivo real con el que su país, Austria, provocó la gran guerra mundial. Era una concepción muy ingeniosa, y con ella Freud redondeó a su plena satisfacción sus dinámicas ideas del funcionamiento mental.

Aunque Freud presentó al principio como pura tentativas las ideas a las que acabamos de referirnos (un enfoque, digamos, muy personal de la cuestión que le divertía, pero de cuya validez siempre distó mucho de estar convencido), a los dos años terminó por aceptarlas completamente en su libro *El Yo y el ello*, y conforme pasaba el tiempo con una convicción cada vez más absoluta. Como una vez me dijo, no podía ya andar su camino sin ellas, pues se le habían hecho indispensables.

Con todo, las nuevas teorías encontraron entre los analistas una acogida muy diversa, y ello a pe-

sar del enorme prestigio de Freud. Unos cuantos, incluyendo entre ellos a Alexander[1], Eitingon y Ferenczi, las aceptaron inmediatamente. Por lo que a mí me consta, los únicos analistas, que aún emplean el término «instinto de muerte» —es decir Melanie Klein, Karl Menninger y Hermann Nunberg— lo utilizan en un sentido estrictamente clínico que se halla muy distante de la teoría original de Freud. Cualesquiera aplicaciones clínicas que él llevó a cabo teniéndola en cuenta se realizaron después, y no antes, de su invención. De aquí tenemos las observaciones puramente psicológicas de las fantasías agresivas y canibalísticas del niño, seguidas luego por las fantasías homicidas, pero no cabe inferir de ellas ninguna voluntad activa por parte de las células del cuerpo a conducir ese cuerpo a la muerte. La misma frase «deseos de muerte», es decir, deseos homicidas, que es inevitable en la labor psicoanalítica, parece haber sembrado mucha confusión en este caso con el simple uso de la palabra «muerte». La circunstancia de que en casos raros de melancolía tales deseos puedan llevar a un suicidio, por medio complicados mecanismos de identificación, etc., no constituye sin embargo, una prueba de que surja de un deseo primario de autodestrucción por parte del cuerpo; precisamente la experiencia clínica señala con claridad a la dirección opuesta.

Es algo completamente esencial distinguir entre los aspectos hipotéticos de la teoría del instinto de muerte y las observaciones clínicas a las que se han asociado secundariamente. Edward Bibring ha señalado bien este extremo con la siguiente afirmación.

1. La opinión de Alexander cambió luego.

«Los instintos de vida y muerte no son psicológicamente perceptibles en cuanto tales; son instintos biológicos cuya existencia sólo la postulan las hipótesis. Siendo esto así, se deduce que, propiamente hablando, la teoría de los instintos primarios es un concepto que sólo debiera aducirse en un contexto teorético, y no en una discusión de naturaleza clínica o empírica. En ellos, la idea de instintos de agresión y destrucción bastará para explicar todos los hechos que aparecen ante nosotros».

La complicada ideación del libro a que nos hemos referido convierte el hilo del pensamiento en algo nada fácil de seguir, y varios analistas, entre los que yo mismo me incluyo, han tratado de presentarlo en un lenguaje más llano, pues los puntos de vista de Freud sobre el tema han sido muy a menudo falsamente interpretados.

El segundo de los libros de este período, *Psicología de las masas y análisis del yo* fue concebido en el mismo impulso de productividad al que se debía *Más allá del principio del placer*. Lo comenzó el invierno de 1919-20, cuando se hallaba superando las dificultades inherentes a su libro anterior, y lo acabó en la primavera de 1921.

Vemos, pues, que en estos dos primeros años que siguieron a la guerra Freud había reiniciado, lleno de esperanzas, su vida activa, estaba colmado de nuevas y fecundas ideas y de planes prácticos para la difusión de su obra en todo el mundo. Después de este período las cosas no volverían nunca más a mostrarse tan favorables. Las decepciones con los amigos y su terrible enfermedad física habrían de poner a dura prueba su fortaleza de ánimo.

II

DIVERGENCIAS

(1921-26)

En la actitud de Freud hacia el «Comité» había algo que iba más allá de la cordialidad hacia los miembros que lo constituían, y será bueno no olvidarlo a propósito de lo que ahora vamos a relatar. Más aún que la amistad individual, Freud valoraba la importancia de sus descubrimientos y de todo aquello que de los mismos derivaba. Había tenido la suerte de realizarlos, pero esto sólo no bastaba para hacer de él un gran hombre. Parecía como si se le hubiera confiado un acceso sumamente valioso al conocimiento y que su función fuera la de fomentarlo y ampliarlo, algo así como la de un concienzudo heredero con respecto a sus bienes. Por otra parte Freud no confió nunca en vivir una larga existencia, de modo que sentía inevitablemente la preocupación de transmitir esa función de su vida, el cuidado del psicoanálisis, a quienes —para mantener el símil— podrían ser considerados sus herederos. Durante el viaje realizado a Estados Unidos en 1909, Freud solía relatar sus sueños a sus com-

pañeros, Jung y Ferenczi, tal como ellos le relataban los suyos, y poco después éstos me hicieron saber que el tema que dominaba los sueños de Freud era la ansiedad con relación a sus hijos y al psicoanálisis.

Sería erróneo suponer que Freud abrigara algún sentimiento de dependencia personal con respecto a algunos de los miembros del Comité, ni aún con Ferenczi, el más cercano a él. Todo rastro de dependencia de esa índole se había desvanecido para siempre después de su ruptura con Fliess. Era cosa natural que su actitud hacia nosotros fuera más bien la de un padre que la de un colega de nuestra propia edad. Se mostraba interesado en lo que se refiere a nuestro bienestar y a nuestra vida familiar, especialmente en lo referente a nuestros hijos, pero no tuvo ocasión alguna de penetrar en nuestra intimidad con excepción del caso de Ferenczi, quien constantemente requería ayuda en sus dificultades íntimas.

La armonía que había prevalecido durante cerca de una década habría de verse perturbada ahora, y de una manera bastante grave. Comenzó a mostrar su cabeza el espíritu maligno de la disensión, y en 1923 el Comité, tan importante para la tranquilidad del espíritu de Freud, empezó a mostrar signos de desintegración. Por espacio de varios meses dejó realmente de funcionar. No es de extrañar que esta calamidad haya sido para Freud un motivo de honda desazón, especialmente por cuanto coincidía con los comienzos de lo que, indudablemente para él, habría de ser una enfermedad fatal de su organismo. Su capacidad filosófica de resignación, que ya tantas otras veces había resistido fuertes golpes de la fatalidad, no tardó en aparecer en su ayuda y se

le vio sobrellevar todo con su habitual fortaleza de ánimo. Pero sería exigir de él algo más que humano el esperar que no hiciera responsables de lo ocurrido a aquéllos de entre nosotros que le parecían los responsables de la situación creada. Hizo objeto de sus críticas a Abraham, y en menor grado a mí. Sólo unos cuantos años más tarde pudo evidenciarse con toda claridad la verdadera fuente del malentendido: la inestabilidad mental de Rank y Ferenczi.

El primer indicio de que las cosas no marchaban bien fue una creciente tensión entre Rank y yo, a propósito de asuntos editoriales. Las circunstancias del momento, más cierta incompatibilidad de temperamento entre los dos, fueron la causa de ello. Yo siempre había sentido un gran afecto hacia Rank y ello siguió así hasta el momento mismo de la ruptura final. Coincidíamos siempre todas las veces que debíamos tratar asuntos personalmente. Pero operando a distancia ya era otra cosa, y surgían dificultades que probablemente habrían sido en gran parte allanadas de haber vivido los dos en la misma ciudad. En nuestros planes comunes de crear en 1919 la Editorial Inglesa, que habría de apuntalar la *Verlag*, habíamos cometido fatales errores de cálculo.

Además toda la maquinaria de la vida, en Austria, había descendido tanto después de la guerra que las dificultades para realizar cualquier trabajo eran realmente indescriptibles. El papel y los tipos de imprenta debían ser conseguidos de cualquier modo, hurgando en viejos rincones, los conflictos laborales eran frecuentes y las comunicaciones desesperadamente lentas. Rank enfrentaba heroicamente infinitos problemas y realizaba hazañas sobrehumanas para resolverlos, casi sin ninguna ayuda.

A título de simple ejemplo ilustrativo, para hacerse los paquetes libros tenía que procurarse él mismo la cuerda, hacer empaquetar y despachar los bultos transportándolos él mismo a la oficina de correos. Este esfuerzo no dejó de tener su efecto sobre su sensible naturaleza.

Desde el punto de vista personal nuestras relaciones se veían perjudicadas por una tendencia mía que con toda frecuencia me ha creado dificultades en la vida: una forma bastante obsesiva de realizar las cosas en la forma que a mí me parecía mejor, con cierta impaciencia con respecto a la torpeza y el riesgo consiguiente de despertar la suceptibilidad ajena. Rank, por su parte, trabajaba con una furia casi maníaca, de manera tal que mis ocasionales protestas lo irritaban más allá de toda medida. Reaccionaba —¿o acaso era él el que iniciaba todo?— usando conmigo un tono prepotente y fanfarrón que me resultaba sumamente extemporáneo, viniendo, como venía, de un viejo amigo. Esta actitud se fue transformando gradualmente en la ignorancia o la contravención de decisiones que me correspondía a mí tomar en cuanto al manejo de la editorial. Esto hacía que toda colaboración, por no decir más que eso, resultara difícil. No era fácil sospechar qué era lo que había hecho surgir en Rank esta manera tajante y dictatorial, que hasta ese momento no le conocíamos. Debieron pasar dos años hasta que se hizo evidente que se trataba de una fase maníaca de su ciclotimia, que gradualmente se iba desarrollando e intensificando.

Yo sabía que Rank había sufrido mucho, en su infancia, de una hostilidad fuertemente reprimida contra su hermano, y que tras de ésta se escondía habitualmente una actitud similar con el padre. En

ese momento esa hostilidad se estaba descargando sobre mí y mi preocupación dominante era la de proteger a Freud de las consecuencias de este hecho. Yo sentía, con toda razón, lo mucho que para Freud significaba la conservación de la armonía en el Comité, de modo que me empeñé en ocultarle las dificultades entre Rank y yo. Mi compañero, en cambio, no ahorraba esfuerzos en sacar su buena causa y no tenía los mismos escrúpulos que yo. Constantemente se empeñaba en hacer llegar a los oídos de Freud historias a cerca de lo insoportable que yo era como compañero, y el innato escepticismo de Freud solía no ampararlo mucho en situaciones personales como ésta. Yo no dejaba de asegurarle constantemente que no tenía por qué preocuparse en cuanto a nosotros dos, que seguramente sabríamos arreglar solos nuestras dificultades, pero a medida que su opinión con respecto a mí iba empeorando, esta actitud mía dejó de tener efecto alguno.

Durante tres años viví con el temor de que «la hostilidad fraterna» de Rank regresara hasta transformarse en una «hostilidad hacia el padre», y con toda esperanza confiaba de que esto último habría de ocurrir en vida de Freud. Mi temor era, por desgracia, justificado, ya que al final de esa época Rank manifestó abiertamente una irrefrenable hostilidad contra Freud.

El hecho que servía de base a esto era la intensa oposición que el psicoanálisis despertaba en Inglaterra. Después de la Primera Guerra Mundial, nuestros oponentes explotaron al máximo los sentimientos antialemanes de los ingleses, y el psicoanálisis, que tenía que subrayar especialmente los aspectos menos verosímiles de la naturaleza humana, fue vilipendiado como un típico producto de una deca-

dencia y una total brutalidad alemana[1]. Mis protestas en el sentido de que Freud era más judío que alemán surtían poco efecto —bastaba para ello que escribiera en alemán— pero era comprensible mi ansiedad en el sentido de no destacar de ningún modo lo que hubiera de alemán en su obra. Ya era bastante desdichado el hecho de que el *International Journal* tuviera que imprimirse inevitablemente con caracteres visiblemente extranjeros, ya que en Austria no había manera de conseguir tipos ingleses. Los impresores extranjeros, además, sin conocimiento del inglés, plagaban el texto de germanismos, que a mí me daba un poco de trabajo expurgar. Por otra parte Rank, que en esa época sabía muy poco inglés, se puso a corregir las pruebas por su cuenta, sin informarme de ello. Tuvimos que dejar por lo tanto

1. Los prejuicios antigermanos eran, por supuesto, nada más que un aspecto de la oposición general al psicoanálisis, y los años 1921-22, que aquí nos ocupan, fueron particularmente difíciles para nosotros en Londres. Aparecieron montones de "analistas silvestres" y todas sus fechorías fueron adscriptas a las iniquidades del psicoanálisis. (Una "Compañía Editora Psicoanalítica" publicó el siguiente anuncio: "¿Desearía Vd. ganar £ 1.000 por año como psicoanalista? Nosotros le enseñaremos cómo lograrlo. Reciba nuestras ocho clases por correspondencia al precio de ¡cuatro guineas por curso!" L., Febr., 11 de 1921.) La prensa desbordaba de relatos acerca de pacientes violadas, que luego eran vendidas al mejor postor, y otras cosas por el estilo. Cuando un maestro estadounidense fue enviado a la prisión, y luego deportado por su comportamiento indecente con "pacientes", esto era, una vez más, un ejemplo de nuestra perfidia, y *The Times* se negó a publicar una carta que le enviamos negando toda conexión nuestra con ese individuo. Los periódicos pregonaban estas noticias, con grandes titulares, denunciando a gritos los supuestos peligros del psicoanálisis, y el *Daily Graphic* designó una comisión de abogados y médicos encargada de investigar nuestra actividad profesional. Esta comisión publicaba informes diarios de su labor. El arzobispo de Canterbury designó una comisión encargada de estudiar la ética de la masturbación con motivo de un librito sobre el tema escrito por un clérigo, ex paciente mío, cosa que me procuró bastante trabajo pues tuve que aparecer como testigo ante la misma.

Se clamaba por una resolución en virtud de la cual algún organismo oficial, preferentemente el Consejo Médico General investigara de nuestra labor profesional. Invitado a ello el Royal College of Physians, se negó a intervenir, pero un poco más tarde lo hizo la British Medical Association, con un resultado que nos fue enteramente favorable.

una persona en Viena, encargada de corregir las pruebas allí mismo y ahorrar de este modo el tiempo que tomaba su envío a Londres. Eric Hiller, fue enviado a Viena en diciembre de 1920, con lo cual las cosas mejoraron bastante. Otra adquisición invalorable, aunque en esa época pareciera accidental fue la colaboración de Ana Freud en la sección inglesa, en Viena, labor ésta que la acercó al psicoanálisis mucho más que antes y resultó ser el anticipo de su futura carrera.

Aún cuando el asunto no le concernía, Rank seguía enviándome incisivas críticas sobre la forma en que yo conducía el *Journal*. Llegó incluso al extremo de rechazar los artículos que yo le enviaba para imprimir cuando no eran de su gusto. Lo que merecía especialmente su crítica era lo que él denominaba «la basura allende el Atlántico», y esto fue el primer indicio del conflicto entre Viena y Nueva York, al que yo tendría que dedicar mis próximos veinte años. Yo quería que el *Journal* no fuera simplemente un duplicado del *Zeitschrift* alemán, sino que sirviera también para que los analistas recién iniciados de Inglaterra y Estados Unidos pudieran publicar en él sus trabajos, aun cuando sus primeros esfuerzos no llegaban a ser, por cierto, de carácter clásico. También Freud se mostró insatisfecho con el material de los dos primeros años del *Journal*.

Pero las dificultades creadas por el *Journal* eran poca cosa en comparación con las que surgieron en relación con la traducción de las obras de Freud, asunto éste, que, por supuesto, le concernía más directamente. Durante mucho tiempo, cosa curiosa, se mostró indiferente al respecto y se oponía a que yo «perdiera el tiempo» incluso en revisar las traduc-

ciones que se hicieran en Inglaterra. Pero, luego, cuando vio los ambiciosos planes que yo estaba concibiendo al respecto, cambió de actitud, comenzó a mostrarse ansioso de ver aparecer, mientra vivía, algunos de los volúmenes prometidos, y empezó a expresar crecientes censuras con motivo de cualquier demora. Freud aceptó plenamente la opinión de Rank de que yo era el único culpable de la tardanza, así como de las demoras en la aparición del *Journal*. Todo se debía a mi omnímoda intromisión.

En los catorce años transcurridos desde que yo había conocido a Freud, nuestras relaciones personales habían sido excelentes y nunca se vieron enturbiadas por rastro alguno de desacuerdo. Una y otra vez me había hecho objeto de los más finos cumplidos, tanto desde el punto de vista personal como en lo que se refería a mis trabajos. A principios de 1922, con asombro y, por supuesto, con verdadera pena, recibí de él la siguiente carta:

Querido Jones:

Me apena saber que usted sigue enfermo, y como yo mismo tampoco estuve bien estas últimas dos semanas, siento una gran compasión por usted.

Este año último ha traído una decepción difícil de sobrellevar. He tenido que convencerme de que usted no controla sus estados de ánimo y pasiones ni es tampoco bastante constante, sincero y responsable, como yo tenía que esperar de usted y tal cual correspondía a la copiscua posición que ocupa. Y a pesar de haber sido usted mismo quien tuvo la iniciativa de crear el Comité, veo que no se ha abstenido de poner en peligro la armonía entre los miembros del mismo con sus injustas susceptibilidades. Usted sabe que no está en mi hábito el coartar mis verdaderos juicios en lo que se refiere a las relaciones de amistad y que estoy siempre

dispuesto a correr el riesgo que tal actitud comporta.

Usted tiene razón cuando pide que los amigos se traten entre sí con la misma implacabilidad con que lo hace el destino, pero piense usted cuánto más satisfactorio resulta para un amigo el reconocer o apreciar o admirar al otro, que a perdonarlo...

Con deseos de un completo restablecimiento de la lealtad y la amistad en 1923 (*sic.*).

Afectuosamente suyo,

Freud

Debo dejar a otros que juzguen si lo que Freud exponía aquí era objetivo y justo o bien una prueba más de la facilidad con que se dejaba sugestionar. Me intrigaban especialmente las alusiones a mis «pasiones», que difícilmente podían tener su origen en Rank, y más aún porque a ellas siguieron, en cartas posteriores, misteriosas alusiones a «aventuras» (que no podían ser sino amorosas) y a lo que significaban como peligro de distraerle a uno de su labor. La explicación llegó unos meses después. Entre los numerosos pacientes que yo enviaba a Freud en esos años, se hallaba una mujer a quien yo había analizado ya parcialmente, de modo que le envié a Freud un informe del caso. La paciente había tomado algunas atenciones que yo le mostrara como signos de afecto personal de mi parte y, como lo declaraba yo en mi carta a Freud, «esto condujo a una declaración de amor» de su parte. Freud entendió mal este párrafo, entendiendo que se trataba de una declaración mía, e incluso llegó a suponer que mantuve relaciones sexuales con ella. Cuando se puso en análisis con él, Freud tuvo la satisfacción de comprobar su error.

Bien pronto llegó a hacerme Freud objeto de crí-

ticas más concretas con respecto a mi conducta, que resultaron mucho más fáciles de desvirtuar. El problema esencial implicado en esto era el origen de la indebida demora que sufría la publicación de sus libros en inglés. Cada vez se mostraba más impaciente y surgían dudas en su ánimo acerca de si viviría lo suficiente como para llegar a ver alguno de los tomos.

Otra rueda de la maquinaria parece estar fallando y me imagino que en medio de todo esto está usted, y está el «ritual» que prescribe su intromisión personal en cada paso del proceso. Es así que se me informa que cada una de las *Korrekturen*[1] ha de pasar por sus manos y, como son cinco seis las personas que intervienen en la corrección, se me hace fácil comprender cómo yo recibo apenas una hoja de los manuscritos de *Psicología de las masas* en dos semanas. Es así como no parece haber posibilidad alguna de que yo llegue a ver terminados en vida los dos tristes folletos, *Jenseits y Mass*[2], para no hablar ya de cosas mayores, tales como el *Sammlung*. No puedo comprender por qué se empeña usted en hacerlo todo por sí mismo y verse aplastado por el fárrago de las labores rutinarias... Bastaría con que usted echara un vistazo a la última prueba, la diera por definitiva y dejara las fases inmediatas en manos de otros... Se podrían ahorrar muchos meses si se le pudiera inducir a desprenderse de partes de esta pesada tarea...

Perdóneme que me entrometa en sus asuntos, pero éstos son de todos nosotros y Rank, por su parte es bastante débil para oponerse a usted en esas cosas. Mis anchas espaldas son, como usted dice, más apropiadas para soportar esa carga...

1. Prueba de imprenta.
2. *Más allá del principio del placer y Psicología de las masas y análisis del yo.*

La inocente alusión a Rank, que provocó lo que los novelistas denominan una carcajada homérica, me demostraba que Freud no había visto nunca las prepotentes cartas que constantemente recibía de aquél. En mi respuesta le decía: «...Tenemos que ver también, como usted dice, qué es lo que puede hacerse para apresurar las cosas en este extremo londinense, y en este aspecto le agradecería mucho si me hiciera sugerencias bien definidas. La única que me ha hecho usted, la que se refiere a dejar todas las correcciones, menos la final, en manos de la gente de Viena, es algo que he estado poniendo en práctica hace cosa de dieciocho meses.

»No siento apego alguno a los trabajos minuciosos de esta índole, sino todo lo contrario, y había abrigado el temor de haberme quejado demasiado al expresar mi intenso deseo de verme aliviado de las tareas rutinarias en todos los casos posibles... Las dificultades en que me veo mezclado se deben más bien al hecho de delegar en exceso las tareas (me refiero a las traducciones para el *Journal*)... Como usted ve, mi propia inquietud coincidió con su consejo de liberarme del peso de tanta tarea y no se trata de ningún modo, como lo cree erróneamente Rank, del deseo de controlar todos los detalles. Más me hubiera valido dirigirme a él, describiéndole ampliamente el proceso, tal cual se desarrolla desde la recepción del trabajo hasta su aparición, y pedirle que me sugiriera algunas modificaciones, que yo recibiría con el mayor agrado... usted sabe cuánto me aflige el ver que sus traducciones no estén más avanzadas, pero éste es otro asunto que vale la pena considerar. Usted se queja con toda razón por los dos folletos, el *Jenseits* y el *Massenpsychologie*. Bien, juzgue usted por ellos. He revisado la tra-

ducción del primero hace un año, enviándola a Viena, para su impresión, en *mayo*. Desde entonces no he tenido nada que ver con su existencia, salvo el hecho de recibir en diciembre último los dos primeros *Bogen*[1] y de haber preguntado repetidas veces acerca de la suerte que corrían. Hasta aquí lo que se refiere a mi intromisión en todos los detalles. Lo mismo puedo decir con respecto el *Massenpsychologie*. He dado fin a la revisación en agosto último, y Stranchey lo llevó consigo a Viena. Esta semana he recibido las primeras pruebas.

»Lamento molestar a usted con un informe tan largo, pero el asunto nos interesa a todos y he querido exponerle la verdadera situación, ya que usted ha tenido a bien interesarse tan profundamente por ella. Usted sabe que, esencialmente, es por usted que todos trabajamos y que por ello su inspiración y su aprobación significan tanto para nosotros. Si logro publicar antes de mi muerte una edición completa de sus obras y dejar organizado el *Journal* sobre una base sólida sentiré que mi vida ha valido la pena ser vivida por más que espero poder hacer aûn algo más que esto en pro del psicoanálisis».

Esta objetiva carta trajo como respuesta una postal: «Le agradezco mucho su amable carta. Temo estar envejeciendo y hacerme gruñón. Se ha abstenido de todas las críticas que yo merecía.» En la carta siguiente me escribió «Podía haberle escrito esta carta hace algunas semanas, pero... He aliviado mi conciencia, además, con aquella postal en que le confesaba mi error con respecto a usted... Tengo que retirar mi sospecha primitiva de que la culpa era suya y pedirle disculpas. Me he sentido profun-

1. Folios.

damente conmovido ante la afirmación suya de que consideraba la publicación de mis libros en inglés como uno de los objetivos principales de su propia labor, y confío que usted consentirá en juzgar esto como una cariñosa exageración, fruto de impulso súbito, ya que la parte capital de su obra tiene que tender forzosamente a objetivos más elevados y al margen de mis intereses personales. Aprecio de todos modos sus palabras como expresión de una invariable amabilidad hacia mí, que yo trato siempre como usted sabe, de retribuir».

Después de esto las críticas de Freud, aunque se repitieron de tiempo en tiempo, se hicieron más suaves, al mismo tiempo que mis relaciones con Rank seguían de mal en peor. En esa época comenzó a censurar mi conducción de los asuntos de la Asociación Internacional, con críticas que habitualmente no era nada difícil desbaratar. Poco después cuando Abraham se hizo Secretario de la Asociación Internacional, Rank, sin informar de ello a ninguno de nosotros dos, se dirigió en carta circular a las diversas Sociedades, ocupándose de asuntos que correspondían exclusivamente al Ejecutivo Central. La reacción de Abraham a la actitud de Rank fue mucho más violenta de lo que había sido la mía en cualquier momento y Freud dirigió una carta personal a nosotros dos, en la que defendía a Rank de nuestras supuestas suceptibilidades neuróticas. Los dos nos opusimos, naturalmente a este planteo de Freud.

Los asuntos de la editorial inglesa y de la *Verlag* empeoraban continuamente. Hiller se había negado a seguir trabajando con Rank y había renunciado a su puesto. Finalmente dejó Viena en marzo de 1923. Sin contar con un representante de habla inglesa

en Viena, estaba fuera de cuestión toda posible continuación de las publicaciones en inglés según los planes anteriores, y luego de intentar diversos compromisos se convino finalmente en que la editorial inglesa con la ayuda del Instituto de Psicoanálisis que acababa de ser creado en Londres, habría de tener existencia independiente.

Yo había abrigado la esperanza de que la separación en nuestras relaciones comerciales conduciría a un alivio en el aspecto personal, pero con verdadera sorpresa me encontré con que la hostilidad de Rank hacia mí se hacía cada vez más patente. Esto llegó a su culminación en la última de todas las reuniones de nuestro Comité, hacia fines de agosto de 1923. Ferenczi y Rank habían pasado el mes anterior en Klobenstein y el Tirol, donde trabajaron juntos para dar fin a un libro, *El desarrollo del psicoanálisis*, en el que estuvieron ocupados durante un par de años.

Nos reunimos todos en San Cristoforo, junto al lago Caldonazzo, en los Dolomitas, para poder estar cerca de Freud, quien entonces estaba pasando sus vacaciones en Lavarone, a seiscientos metros más arriba que nosotros.

Freud nos había propuesto que hiciéramos la experiencia de reunirnos para tratar de restablecer la armonía sin su intervención. En caso de acompañarnos el éxito, él se uniría a nosotros más tarde. Parece ser que yo había hecho alguna crítica de Rank —no puedo recordar a quién— y éste no tardó en destacar mi falta de espíritu amistoso. Le pedí disculpas por haber herido su susceptibilidad, pero él se negó a aceptarlas y pidió mi expulsión del Comité. Esto, por supuesto, no fue admitido por los otros miembros y mi defensa fue hecha particularmente

por Abraham, pero tuvo lugar una escena muy penosa, durante la cual yo no hice más que asistir, intrigado y en silencio, a un arranque incontrolable de ira de parte de Rank.

A pesar de no haberse logrado el restablecimiento de la armonía esperada Freud consintió en unirse a nosotros y yo no olvidaré nunca la insistente amabilidad con que él se esforzó hasta donde le fue posible por lograr algún grado de reconciliación entre nosotros.

Después de esto más bien desaparecí de la escena y mi lugar «como perturbador de la tranquilidad» fue ocupado por Abraham. A fines de ese año, 1923, Ferenczi y Rank publicaron en colaboración, un libro titulado *Los Objetivos del Desarrollo del Psicoanálisis*. Este libro notable, que habría de desempeñar un papel decisivo en todo este asunto, apareció repentinamente, sin que ningún miembro del Comité, excepto Freud, tuviera noticia alguna al respecto. Bastó este solo hecho para suscitar la sorpresa de los demás miembros, que no pudieron menos que considerarlo como una circunstancia poco propicia, nada acorde con nuestra manera habitual de actuar y, por supuesto, con las mutuas promesas que nos habíamos hecho. Tratábase de un libro valioso en cuanto ofrecía una exposición brillante de numerosos aspectos de la técnica psicoanalítica, pero había en él párrafos llenos de contradicciones, y todo él parecía estar pregonando algo así como una nueva era del psicoanálisis. Su tema principal era el de la inclinación de los pacientes a vivir sus impulsos inconscientes, llevándolos a la acción. Freud había dedicado un trabajo especial a este tema, subrayando el conflicto entre esta inclinación y la finalidad más analítica de revivir los impulsos

infantiles, ahora reprimidos. Este libro señalaba, muy atinadamente, que el análisis del *acting out*, por sí mismo, podría ser de gran valor, y Freud aceptó esta conclusión como una corrección de su actitud y su técnica anteriores. En realidad, en los siete años transcurridos desde que había escrito este trabajo, Freud había progresado en su técnica y hacía un uso más activo de las tendencias del *living out* que antes.

Pero había en el libro numerosos párrafos que dejaban traslucir la idea aunque no fuera en una forma enteramente explícita, de que el análisis de dichas tendencias podría ser suficiente y hacer innecesario el penetrar en las fuentes históricas de las mismas en la infancia. Esto me hacía recordar el cargo que yo había hecho a Jung en el Congreso de Munich de 1913, en el sentido de que estaba reemplazando el análisis de la infancia por la simple consideración de asuntos actuales, y que ello podría ser aprovechado, en este sentido, por analistas ambiciosos o reaccionarios. También Freud tenía sus dudas, si bien estaba convencido de que esto no se aplicaría a los autores de este libro. Los analistas de Berlín, especialmente Abraham y Rado, no se sentían tan felices al respecto, y el correr del tiempo no haría más que justificar sus temores.

Freud había leído el libro antes de su aparición y había hecho una serie de sugerencias. Manifestó a Ferenczi, más tarde, que al comienzo se había sentido cautivado por el libro, especialmente por la forma en que destacaba los progresos que él mismo había estado introduciendo en la técnica. Pero a ésto agregó que, a medida que transcurría el tiempo, el libro llamaba cada vez menos su atención. No le parecía «sincero». Se escondían tras de él las ideas

de Rank acerca del trauma de nacimiento y el método de la técnica «activa», de Ferenczi, tendientes tanto aquéllas como éste, al acortamiento del análisis, aun cuando ninguna de las dos cosas era explícitamente mencionada en el libro.

El 2 de enero de 1924, Ferenczi leyó un ensayo del libro ante la Sociedad de Viena en presencia de Freud. Cuando luego le preguntó su opinión, Freud le contestó por carta que aquél había producido en el auditorio una curiosa impresión, puesto que Ferenczi no se refirió al tema principal del libro —la tendencia a obrar conforme a los recuerdos, en vez de recordarlos— y sólo trató de su nueva técnica de la «terapia activa». Freud también incluyó en esta carta una moderada observación acerca de que no estaba enteramente de acuerdo con todo el contenido del libro.

En una carta de diez páginas, decía Ferenczi que se había sentido «destrozado» por esta observación y hacía acaloradas protestas en el sentido de que él no soñaba jamás apartarse en nada de las teorías de Freud. Freud replicó: «En cuanto a su empeño de mantenerse completamente de acuerdo conmigo, lo valoro como una expresión de su amistad, si bien considero que tal propósito no es necesario ni fácil de lograr. Bien sé que no soy fácilmente accesible y que, por mi parte, me resulta difícil asimilar los pensamientos de los demás que no coinciden con el propio curso de los míos. Se requiere por ello bastante tiempo hasta que yo pueda formarme un juicio acerca de los conceptos ajenos, de modo tal que entretanto me es forzoso abstenerme de todo juicio crítico. Si tuviera ustedes que esperar tanto en cada caso, ello significaría el fin de toda creación para ustedes. Tal conducta sería, pues, ino-

perante. La idea de que usted o Rank, en sus elucubraciones propias, puedan algún día abandonar el terreno común del psicoanálisis me parece absolutamente fuera de cuestión. ¿Por qué no habrían de tener ustedes el derecho, entonces, de hacer sus propios intentos de probar si las cosas no han de marchar mejor por un camino diferente del mío propio? Si en algún momento, al proceder así, se apartaran demasiado lejos, ya lo comprobarán ustedes mismos de una manera u otra, o bien yo me tomaré la libertad de señalárselo tan pronto yo mismo esté realmente convencido de ello».

Todo esto se complicó enormemente por la aparición, en esa misma época —diciembre de 1923—, de un libro de Rrank, mucho más intranquilizador, titulado *El trauma del nacimiento*. Ni Freud ni Ferenczi lo había leído antes de su aparición, si bien estaban enterados de que Rank lo estaba escribiendo, y para todos los demás, por supuesto, el hecho constituyó un motivo de gran sorpresa. Durante mucho tiempo ya había estado pensando Freud que la experiencia del nacimiento, en circunstancias en que la posibilidad de asfixia coloca al recién nacido, inevitablemente, en un peligro mortal, era el prototipo de todos los posteriores accesos de miedo. Ahora Rank, aplicando a este episodio el nombre de «trauma», sostenía que el resto de su vida consistía en complicados esfuerzos tendientes a superarlo o anularlo. La neurosis no sería otra cosa, de paso, que el resultado del fracaso de estos esfuerzos. El libro, mal escrito y confuso, denotaba un estilo hiperbólico, más apropiado para el anuncio de un nuevo evangelio. No contenía dato ninguno que pudiera ponerse a prueba, y la mayor parte del libro se componía de extravagantes especulaciones en el terreno

del arte, la filosofía y la religión. La consecuencia clínica de esto sería que todos los conflictos psíquicos se refieren necesariamente a la relación del niño con la madre y todo lo que pudiera parecer a primera vista conflicto con el padre, incluyendo el complejo de Edipo, no sería más que un enmascaramiento de los conflictos básicos relacionados con el nacimiento. El tratamiento psicoanalítico debería consistir, en consecuencia, en concentrarse exclusivamente, desde el comienzo, en obligar al paciente a repetir en la situación transferencial el drama del nacimiento, y el renacimiento consiguiente representaría la curación.

Estas ideas de Rank habían germinado lentamente. Recuerdo muy bien que en marzo de 1919, cuando me encontré con él y su mujer, entonces embarazada, en Suiza, provocó mi asombro al afirmar, en un tono angustiado, que los hombres no tenían importancia en la vida: la esencia de la vida era la relación entre madre e hijo. El 16 de mayo de 1921 había leído un curioso trabajo en la Sociedad de Viena sobre la relación entre cónyuges. Estos, según él sostenía, repetían siempre, en esencia, las relaciones entre madre e hijo (por ambas partes y alternativamente). Este trabajo no llamó la atención en aquél momento. Freud, en algunas raras ocasiones, había recurrido al procedimiento de señalar al paciente un término para el análisis, una fecha antes de la cual debía terminarse. Rank retomaba ahora la idea para aplicarla en todos los casos, sin excepción, con lo que se reduciría mucho la duración del análisis. Esto le daba la idea de que un análisis debería consistir en una gigantesca experiencia de volver a vivir hechos del pasado. A poco andar, toda esta experiencia tomó la forma de un «renacer».

Rank informó a Freud acerca de sus ideas teóricas —no de las clínicas— en el verano de 1922. La primera observación de Freud fue: «Cualquier otra persona que no fuera usted habría utilizado un descubrimiento como éste para independizarse». El comentario que hizo a Ferenczi fue: «Yo no sé si lo que en esto hay de cierto es el 66 ó el 33 por ciento, pero en todo caso estamos ante el progreso más importante desde el descubrimiento de psicoanálisis».

Las cambiantes reacciones de Freud frente a la teoría de Rank ilustran en forma interesante la personalidad de aquél, de modo tal que me propongo exponerlas con cierta extensión. La primera reacción fue de desconfianza, y cuatro meses después de la aparición del libro decía que su primera conmoción de alarma —ante la perspectiva de que toda su obra sobre la etiología de las neurosis pudiera desvanecerse ante la importancia asignada al trauma del nacimiento— aún no había desaparecido del todo. Pero bien pronto siguió a esto el placer que le proporcionaba el ver que Rank había hecho un descubrimiento de fundamental importancia, su interés se concentró en el problema de cómo éste podría ensamblarse con toda la estructura anterior del psicoanálisis. Con el correr del tiempo, sin embargo, e influido probablemente por las críticas que llegaban de Berlín —que expresaban los mismos recelos que él trataba de sofocar dentro de sí—, comenzó a dudar cada vez más del valor de la obra. Esta oscilación, con comentarios contradictorios que no dejaba de hacer cada tanto acerca de la teoría, hacia difícil, naturalmente, para los demás, el formarse una idea de su opinión al respecto.

En la Navidad de 1923, Sachs estaba en Viena y Freud le expresó las dudas que abrigaba acerca de

la teoría de Rank. Sachs escribió acerca de esto a Berlín, donde su carta fortaleció la actitud crítica que ya prevalecía allí.

Luego de esto se enteró Freud, por Eitingon, de lo que él llamaba la «tormenta» de Berlín, que a su juicio reclamaba su intervención para aplacar un poco los ánimos. Hizo enviar entonces la siguiente carta circular a todos los miembros del Comité.

Wien, febrero 15 de 1924

Liebe Freunde,

Por varios conductos he llegado a saber, no sin cierto asombro, que las recientes publicaciones de Ferenczi y Rank —me refiero a su libro en colaboración y al trauma de nacimiento— han provocado una discusión bastante desagradable y tormentosa. Uno de nuestros amigos [1] me ha rogado que tratara de aclarar entre nosotros este asunto aún no zanjado, en el que él percibe un germen de disensiones. Al acceder a su ruego quiero que usted no piense que estoy tomando una actitud de intromisión. Por mi parte preferiría mantenerme en todo lo posible a la retaguardia y dejar que cada uno de ustedes siga su propio camino.

Recientemente cuando Sachs se encontraba aquí, cambiamos algunas ideas sobre el trauma del nacimiento. De ahí proviene la impresión de que yo veo en la publicación de este libro la aparición de una tendencia adversa o de que yo esté absolutamente en desacuerdo con su contenido. Yo tenía motivos de pensar, en realidad, que el hecho mismo de haber aceptado la dedicatoria de la obra tendría que desvirtuar tales sospechas.

El hecho es éste: ni la armonía que debe reinar entre nosotros ni el respecto que frecuentemente me han demostrado ustedes debería impedir de ningún modo

1. Eitingon.

que cada uno de ustedes haga el uso que mejor le parezca de su propia capacidad creadora. Lo que yo espero de ustedes no es que trabajen en un sentido que pueda complacerme, sino en la forma más acorde con sus ideas y sus experiencias. Un completo acuerdo sobre los detalles científicos y sobre todo tema nuevo que surja es absolutamente imposible entre media docena de personas de temperamento diferente, y ni siquiera es deseable. La única cosa que hace posible que trabajemos juntos con provecho es que ninguno de nosotros se aparte del terreno común de las premisas del psicoanálisis. Hay aparte de esto otra consideración que ustedes ya deberían conocer bien y que hace que yo resulte especialmente ineficaz en la función de despótico censor constantemente montando guardia. A mí me resulta difícil orientarme debidamente frente al curso de los pensamientos de otros y tengo como norma esperar, en cada caso, a descubrir alguna conexión entre estas ideas y mi propia manera de pensar. De este modo de proponerse ustedes esperar, frente a cada idea nueva, a que yo pueda darle mi aprobación, correría el riesgo de envejecer esperando.

Mi actitud frente a los dos libros en cuestión es la siguiente.

La obra escrita en colaboración representa para mí una corrección de mi concepto del papel que desempeña la repetición o el *acting out* dentro del psicoanálisis. Yo solía mostrarme receloso frente a tales fenómenos y solía considerar esos acontecimientos —o «experiencias» como las llaman ustedes ahora— como accidentes indeseados. Rank y Ferenczi han llamado la atención sobre el hecho de que estas «experiencias» no pueden evitarse y de que su utilización puede ser provechosa. La descripción que ellos hacen tiene a mi juicio el inconveniente de no ser completa, es decir, no dan cuenta de los cambios de técnica que tanto les preocupan, se conforman con aludirlos simplemente. El hecho de apartarse de nuestra «técnica clásica», tal como

la denominó Ferenczi en Viena, no deja de encerrar ciertos peligros, pero esto no significa que los mismos no pueden ser evitados. En la medida en que se trata de una cuestión de técnica, de saber si a los fines prácticos podemos realizar nuestro trabajo en una forma diferente de la actual, considero que el experimento de estos autores se justifica plenamente. Ya veremos con el tiempo cual será el resultado. En todo caso tenemos que cuidarnos de condenar este intento desde el comienzo, a título de herético. De todos modos no tenemos porque silenciar ciertos recelos. La «técnica activa» de Ferenczi es una peligrosa tentación para los novicios excesivamente ambiciosos, y difícilmente podremos disponer de algún modo de evitar que realicen tales experimentos. Tampoco quiero ocultarles otra impresión o prejuicios que yo tengo. Durante mi reciente enfermedad aprendí que una barba, en una cara recién afeitada, tarda semanas en volver a crecer. Han pasado ya tres meses desde mi última operación y todavía estoy sufriendo a consecuencia de los cambios que se operan en el tejido cicatricial. No me resulta fácil creer, por lo tanto, que en un período apenas mayor, de cuatro o cinco meses, pueda una penetrar las capas más profundas del inconsciente y lograr con ello cambios duraderos en la psique de una persona. Así y todo, por supuesto, me inclinaré ante la experiencia. Por mi parte, seguiré realizando análisis «clásicos» dado que, en primer lugar, apenas tomo alguno que otro paciente, sino que me ocupo de discípulos para quienes es más importante pasar por todos los procesos íntimos posibles —no se puede manejar los análisis didácticos exactamente en la misma forma que los terapéuticos— y en segundo lugar soy de opinión que aún tenemos mucho que investigar y todavía podemos basarnos exclusivamente, como es necesariamente el caso en los análisis abreviados, en nuestra premisa.

Y ahora vamos al segundo libro, incomparablemente más interesante, *El trauma del nacimiento* de Rank. No

dudo en calificar esta obra de altamente signficativa ni en afirmar que me ha dado mucho que pensar y que hasta el momento no he llegado a una conclusión definitiva hacia la misma. Hace mucho tiempo que nos hallamos familiarizados con fantasías uterinas y reconocíamos su importancia, pero con la prominencia que les ha conferido Rank aquellas han adquirido una importancia mucho mayor y nos revelan, en un repentino chispazo, el fundamento biológico del complejo de Edipo. Para repetirlo con mis propios términos: es necesario asociar al trauma de nacimiento algún instinto que tiende a restaurar la forma anterior de existencia. Podríamos denominarlo el impulso a la felicidad [1], entendiendo aquí que el concepto de «felicidad» se usa principalmente en un sentido erótico. Ahora Rank va más allá de la psicopatología y nos señala que los hombres modifican el mundo exterior para ponerlo al servicio de este instinto, en tanto que los neuróticos se ahorran este trabajo, tomando el atajo de las fantasías de retorno al vientre materno. Si a la concepción de Rank se le agrega la de Ferenczi, de que el hombre puede ser representado por sus genitales, tendremos por primera vez una derivación del instinto normal que encaja en nuestra concepción del mundo.

Y aquí llegamos al punto en que a mi juicio comienzan las dificultades. Obstáculos que son causa de ansiedad y que constituyen otras tantas barreras contra el incesto se oponen a la fantasía de retorno al vientre materno: ahora bien, ¿de dónde provienen? Representan evidentemente al padre, la realidad, la autoridad que prohibe el incesto. ¿Por qué han erigido estas instancias la barrera contra el incesto? Mi explicación era de carácter histórico y social, filogenética. Yo hacía derivar la barrera contra el incesto de la historia primitiva de la familia humana, viendo así en el padre el obstáculo real que erige cada vez, nuevamente, la ba-

1. *Glückstrieb.*

rrera contra el incesto. Aquí Rank se aparta de mí. Se niega a considerar la filogenia y la ansiedad que se opone al incesto es simplemente para él, una repetición de la angustia del nacimiento, de modo que la regresión neurótica se ve esencialmente contrarrestada por la naturaleza misma del proceso del nacimiento. Esta angustia, es cierto, es transferida al padre, pero según Rank éste constituye simplemente un pretexto para ello. La actitud frente al vientre o al genital materno es considerada básicamente como ambivalente desde el comienzo. Aquí está la contradicción. Me parece muy difícil decidirlo aquí, ni veo tampoco en qué podrá ayudarnos para ello la experiencia, ya que en el análisis nos topamos siempre con el padre como representante de la prohibición. Pero esto no es, por supuesto, un argumento. Me es forzoso, por el momento, dejar pendiente la cuestión. Como argumento en contra yo podría señalar también que no corresponde a la naturaleza del instinto el ser sociativamente inhibido, tal como ocurre aquí con el instinto de regreso a la madre por asociación con el terror provocado durante el nacimiento. Todo instinto en su tendencia a restaurar una situación anterior, presupone en realidad un trauma como causante del cambio ocurrido y por ello no puede haber instintos ambivalentes, es decir, acompañados de angustia. Naturalmente podría decirse mucho más, y en detalle, acerca de esto, y es mi esperanza que los pensamientos suscitados por Rank se convertirán en el tema de muchas y fructíferas discusiones. Nos vemos aquí no frente a una revuelta, una revolución, un rechazo de aquellos conocimientos que consideramos firmes sino frente a un interesante aporte nuevo, cuyo valor tendríamos que reconocer tanto nosotros como los demás analistas.

Si a esto añado que no me resulta claro comprender cómo la interpretación prematura de la transferencia como una fijación con la madre puede contribuir al acortamiento del análisis, les habré dado una impresión

leal de mi actitud frente a los dos libros en cuestión. Los valoro altamente, los acepto ya en parte, tengo mis dudas y recelos acerca de ciertas partes de los mismos, espero que la reflexión y la experiencia nos permitan una mayor clarificación en el futuro y recomendaría a todos los analistas que no se formasen un juicio demasiado apresurado, y menos aún si es reprobatorio, acerca de las cuestiones que aquí han surgido.

Perdóneme la longitud de la carta. Quizá con ello pueda conseguir que ustedes se abstengan de pedir mi opinión sobre asuntos que ustedes mismos pueden juzgar tan bien como yo.

Freud.

Esta carta, tal vez demasiado tolerante, no logró disipar los recelos de Abraham. Éste no quiso replicar en una carta circular, para no irritar a las dos personas implicadas, de modo que envió una carta privada a Freud, diciéndole que advertía signos de un proceso fatal que interesaba a cuestiones vitales del psicoanálisis.

Freud le escribió pidiéndole que especificara de qué peligro se trataba, ya que él mismo no lo podía advertir. Abraham estimulado por el hecho de ver que Freud estaba dispuesto a escuchar críticar, aun cuando éstas se dirigieran a sus amigos más cercanos, le manifestó francamente que en los dos libros en cuestión veía los signos de una regresión científica que se asemejaba mucho a la de Jung doce años atrás. La única esperanza que cabía era una franca discusión entre los miembros del Comité, a realizarse antes del próximo Congreso (en abril).

Sachs sentía más simpatía por la innovación de Rank que Abraham, pero señaló una debilidad fatal en la exposición que de su teoría hacía Rank. «El

trauma del nacimiento no puede probarse con materiales etnológicos o tomados de la psicología de la religión más de lo que se puede comprobar el complejo de Edipo. La interpretación de los sueños y la teoría de las neurosis son supuestos previos sin los cuales el tótem y el tabú no serían concebibles siquiera».

Freud se había sentido un poco molesto ante la idea de que, por un momento, Abraham haya dudado de su disposición a prestar oídos a una crítica penosa y admitía que las posibilidades entrevistas por Abraham no se hallaban muy lejos de las que él mismo podía ver. Pero, decía, estos dos hombres difieren fundamentalmente de Jung y no los ha movido nada más que el deseo de encontrar algo nuevo. De modo que el único peligro a que se exponían era el de estar equivocados, «cosa que en la labor científica es difícil evitar». Pongámonos en un caso extremo, y supongamos que Ferenczi y Rank hayan afirmado directamente que nosotros habíamos estado en un error al haber asentado nuestros cuarteles sobre la idea del complejo de Edipo. El asunto decisivo estaría en el trauma de nacimiento, y todo aquél que no lo hubiera superado terminaría naufragando en la situación edípica. En tal caso, en lugar de nuestra etiología de las neurosis nos encontraríamos con otra, condicionada a accidentes fisiológicos, ya que habrían de hacerse neuróticos o bien los chicos que hubieran pasado por un trauma de nacimiento especialmente grave o los que hubieran llegado al mundo con una constitución especialmente sensible al trauma. Más aún: sobre la base de esta teoría muchos analistas introducirían algunas modificaciones en su técnica. ¿Qué otro daño podría provenir de ésto? Podríamos permanecer todos con tranqui-

lidad, bajo el mismo techo, y al cabo de unos pocos años de trabajo se vería claramente si el caso es que algunos analistas han sobreestimado un hallazgo valioso o más bien otros lo han subestimado. Tal me parece a mí la situación. Por supuesto no puedo negar fundamento, de antemano, a las razones y argumentos que usted pueda adoptar en este asunto, y por ello me siento muy inclinado a la discusión que usted propone».

Estas dos cartas de Freud —a las que podrían agregarse muchas otras— representan por sí solas un decisivo mentís a la leyenda que algunos autores han inventado acerca de él: que era un hombre nada dispuesto a permitir a ninguno de sus discípulos que tuviera ideas propias o distintas de las suyas.

Evidentemente Freud no había contado con las relaciones de los dos autores. Dos días después de escribir a Abraham, y no con mucho tacto, por cierto, informó a Rank de las sospechas de Abraham y su semejanza con Jung, y Rank pasó por supuesto la información a Ferenczi. Se hace difícil decir cuál de los dos se enojó más. Ferenczi escribió denunciando la «ilimitada ambición y envidia» que se ocultaba tras la «máscara de cortesía» de Abraham, declaró que con su acción había señalado el destino del Comité, y pretendió que había perdido el derecho a ser elegido presidente de la Asociación Internacional, lo que se había dispuesto que tuviera lugar durante el próximo Congreso. La cosa ya estaba hecha.

Freud había sido excesivamente optimista al suponer que los cuatro (Abraham, Ferenczi, Rank y yo), habríamos de arreglar fácilmente las cosas por nosotros mismos y evidentemente fue para él una

sorpresa nada agradable el encontrarse con la tempestad que él mismo, sin quererlo, había provocado. Se apresuró a asegurar a Ferenczi que tenía la más absoluta confianza en la lealtad de él y de Rank, agregando: «Sería cosa triste tener que sentirse desengañado después de convivir durante quince o diecisiete años». Pero no podía ocultar lo desolado que se sentía ante los hechos ocurridos. «Yo no dudo que los demás miembros de lo que hasta hoy fue el Comité sienten consideración y buena voluntad hacia mí, pero así y todo se me va a dejar en la estacada precisamente ahora cuando yo soy un inválido, con mi capacidad de trabajo disminuida y en un estado de ánimo que me hace rehuir todo lo que sea una carga y no sentirme capaz de sobrellevar una preocupación grande. No estoy tratando de inducirle con mis lamentos a dar paso alguno en el sentido de conservar la vida del ya perdido Comité. Bien lo sé: lo ido se ha ido y lo perdido perdido[1]. He sobrevivido al Comité que tenía que haber sido mi sucesor. Quizá sobreviviré a la Asociación Internacional. Es de esperar que el psicoanálisis me sobrevirá. Pero todo esto contribuye a hacer un sombrío final de mi vida».

En este estado de ánimo de resignada desesperación, Freud se volvió incluso contra el leal Abraham, a quien hacía responsable ahora de todas las dificultades. Escribió a Abraham una carta en términos duros y no del todo amistosos, en la que le decía: «Por mucho que su reacción frente a Ferenczi y Rank haya sido justificada, su comportamiento no fue por cierto amistoso. Y es esto lo que ha puesto realmente en evidencia que el Comité ya no existe.

1. *Hin ist hin, verloren ist verloren.* Cita de "Lenore", un poema de Bürger.

Porque ya no existen los sentimientos que puedan convertir a este grupo de personas en un Comité. Creo que es a usted a quien corresponde ahora detener toda ulterior desintegración, y confío en que Eitingon le será útil en ello». En algunas ocasiones Freud era capaz de ser enteramente injusto, y ésta era una de ellas. Su condena bastante infundada de Abraham, continuó tal cual, cosa que solía ocurrir con Freud. Pero al referirse al supuesto mal comportamiento de Abraham (y acaso también el mío), manifestaba: «un poco más o menos de injusticia, cuando uno es arrastrado por la pasión, no es razón valedera para condenar a personas a quienes por otra parte se siente afecto».

Pero Abraham no se dejó arrinconar. En términos amistosos, pero viriles, rechazó toda acusación, y tuvo el coraje necesario para atribuir el cambio de actitud de Freud —con toda razón— al resentimiento que en este provocaba el hecho de que se le enfrentara con una verdad dolorosa.

A causa de un ataque de gripe Freud no pudo asistir al Congreso de Salzburgo, en la Pascua de 1924. Ferenczi y Rank se habían negado terminantemente a participar en discusión alguna sobre sus trabajos, de tal modo que la reunión del Comité que había sido planeada para la víspera del Congreso, no se realizó. El hecho fue que diez días antes de esa fecha, Rank envió una carta circular en la que anunciaba la disolución del Comité, decisión ésta que Ferenczi aceptó con enojo y Freud con pena.

Pero ni el infatigable Abraham ni yo estábamos contentos con dejar las cosas como estaban. Juntos abordamos a Ferenczi en la primera oportunidad que tuvimos durante el Congreso, y Abraham le dijo con toda franqueza que se había iniciado en

una senda que habría de alejarlo por completo del psicoanálisis. Su lenguaje fue tan absolutamente sincero y objetivo que Ferenczi sólo pudo responder con una sonrisa y protestas tales como ésta: «Usted no puede pensar realmente lo que dice». A esto siguió una conversación tranquila y de tono crecientemente amistoso. Presente Sachs como mediado entre nosotros, se pudo restablecer un considerable grado de armonía.

Rank, en cambio, se mostró completamente inaccesible y abandonó el Congreso en su segundo día, en viaje a Estados Unidos. Más tarde dijo Freud que había abandonado tan rápidamente el Congreso, antes de la reunión de asuntos administrativos, porque le resultaba imposible presenciar la elección de Abraham como Presidente. Los temores que abrigaba a Freud acerca de una áspera ruptura durante el Congreso resultaron infundados. En el simposio en el que debió ser mencionado el tema del trauma de nacimiento los tres analistas de Berlín que tuvieron que ocuparse de él hablaron con toda moderación y objetividad.

Llegado el momento, fue Ferenczi mismo quien propuso la designación de Abraham como Presidente. Al escribirle felicitándolo por su designación, le decía Freud: «En cuanto al juicio de los hechos yo me siento muy cerca de su punto de vista, o más bien me estoy aproximando a él cada vez más, pero en cuanto se refiere a las personas no puedo estar todavía de su parte. Estoy convencido de la corrección de su conducta, pero así y todo pienso que usted debió de haber procedido de otra manera». Su afecto por Abraham había vuelto a ser plenamente el de antes. En la carta siguiente lo llamaba su «roca de bronce» y le daba explicaciones sobre su

actitud anterior. «Para no sentirse disgustado conmigo usted tendría que ponerse (con toda intensidad) en mi caso. Aun cuando se me considera en vías de restablecimiento, abrigo en lo hondo una convicción pesimista de que se acerca el final de mi vida. Esta convicción se alimenta de los tormentos que incesantemente me ocasiona mi cicatriz. Padezco una especie de depresión senil centrada en un conflicto entre un irracional amor a la vida y un sentimiento más sensato, de resignación... Si estoy equivocado y esto resulta ser apenas un período pasajero seré yo mismo el primero en notarlo y en ese caso, una vez más, arrimaré el hombro al trabajo».

Su primitivo entusiasmo por el libro de Rank disminuía rápidamente. En esa misma carta escribía: «Cada vez me alejo más y más del *Trauma del nacimiento*. Confío en que "se desinflará" por sí mismo si no se lo hace objeto de críticas muy serias y entonces Rank, a quien valoro por su talento y por los grandes servicios prestados, habrá sacado de ello una provechosa lección».

Durante algunas semanas había tratado de aplicar la teoría de Rank en su labor diaria, interpretando las asociaciones, cada vez que le era posible, en términos de nacimiento, pero sin recibir reacción alguna de sus pacientes ni advertir en ellos ningún otro efecto. Ferenczi, en cambio, había obtenido resultados magníficos aplicando el mismo método y no podía prescindir de él ni en uno solo de los casos.

Ames, entonces Presidente de la Sociedad de Nueva York, había invitado a Rank a hacer una visita de seis meses. Unos tres meses después comenzaron a llegar a Europa informaciones sumamente intranquilizadoras. Sus afirmaciones de que el «viejo» psicoanálisis había sido completamente dejado atrás

con sus nuevos descubrimientos y de que un análisis podía realizarse ahora en tres o cuatro meses causaron una considerable impresión. Buena parte de la gente más joven se sintió cautivada por este maravilloso progreso mientras que los menos impresionables, especialmente Brill, se sintieron simplemente asombrados, y querían saber, naturalmente, qué es lo que Freud tenía que decir al respecto de todo esto. Freud confió al comienzo, en que los informes fueran exagerados, si bien entendía que Rank procedía mal al difundir ideas que aún no habían sido puestas debidamente a prueba. Pero unas pocas semanas después llegó una carta sumamente desagradable de Rank. A Freud le resultaba difícil creer lo que estaba leyendo: no parecía de ningún modo el Rank a quien había conocido hasta entonces. Se sintió completamente desconcertado. «Realmente ya no entiendo a Rank. ¿Puede usted hacer algo para aclararme esto? Durante quince años lo he conocido como una persona completamente afectuosa, dispuesta siempre a prestar un servicio, discreto, absolutamente responsable, tan capaz de recibir sugerencias nuevas, carente de inhibiciones para la elaboración de ideas nuevas propias, que en toda disputa se colocaba siempre de mi parte y esto, según yo creía, sin ninguna compulsión interna para hacerlo... ¿Cuál es el Rank verdadero, el que conocí durante quince años o el que Jones me ha estado señalando en los últimos años?»

Envió una copia a Eitingon. «Abraham, naturalmente, no tiene que enterarse para nada del contenido de la carta de Rank. Los sentimientos en ella expresados son demasiado feos. Hay en ella un tono de malicia y hostilidad que no me permite esperar un buen desenlace». Rank había reprochado a Freud,

evidentemente, lo mal que lo había tratado al no aceptar plenamente las nuevas ideas que se le ofrecían. En una carta dirigida a Ferenczi, protestaba Freud: «También yo reclamo el derecho de hacerme mi propio juicio y no me creo obligado a aceptar incondicionalmente las innovaciones de un principiante, ya que por mi parte me he mostrado dispuesto a permitir que cada uno tenga sus propias opiniones, dentro de los límites de nuestro trabajo en común». Rank daba también como explicación de sus sentimientos de hostilidad el que Freud hubiera prestado oído a las críticas de Abraham. Freud comentó atinadamente que con esto estaba incurriendo en una realmente curiosa venganza contra Abraham, ya que tomaba precisamente el camino que aquél sospechó que tomaría. Freud le había escrito a Rank, no con mucho tacto por cierto, que él no habría escrito el libro de haber sido analizado, por el peligro de proyectar los propios complejos sobre la teoría. (Sin embargo, sólo ocho meses antes había señalado Freud que en los quince años que había conocido a Rank, apenas si se le había ocurrido que éste precisara ningún análisis). Rank replicó airadamente que por todo lo que él conocía de los analistas preparados por Freud le parecía una suerte el no haberse analizado nunca. Freud hizo el siguiente comentario: «Esto ya sobrepasa toda medida, lo mismo que el pasaje en que califica a Abraham como una persona absolutamente ignorante y un niño que no sabe cuándo debe sujetar la lengua».

Si bien abrigaba aún alguna esperanza de retorno del hijo pródigo, Freud ya estaba preparado para cualquier emergencia. «Rank es arrastrado a apartarse del psicoanálisis por su descubrimiento, del

mismo modo que Adler, pero si se independiza sobre la base de la solidez de ese descubrimiento, no tendrá la misma suerte, ya que su teoría contradice el sentido común de los profanos, que se han visto halagados, en cambio, por la lucha adleriana por el poder... Cuando vuelva a recobrar su sensatez habrá llegado el momento, por supuesto, de volver a aprovechar sus extraordinarios servicios y su irreemplazable colaboración y de perdonarle todas sus divagaciones. No me animo a esperar tanto, sin embargo; la experiencia nos enseña que una vez que el diablo se ha puesto en camino no se detiene hasta llegar al fin. Me siento muy mortificado con la idea de que finalmente resultaría cierto todo lo que decía Jones».

La conversación que Abraham y yo mantuvimos con Ferenczi en el Congreso de Salzburgo tuvo probablemente cierto efecto sobre él. Había estado al borde del precipicio y ahora se retiraba de él de una manera absolutamente indudable. Después de leer la dura carta de Rank, escribió a Freud que se apartaba definitivamente de aquél.

A fines de septiembre recibió Freud otra carta de Rank, escrita esta vez en tono más pausado pero sin duda más definitiva. Luego de recibirla, Freud lo consideró definitivamente perdido. Todo este episodio de la curiosa conducta de Rank en Estados Unidos recordaba mucho la visita que a este país había hecho Jung en 1912, y el desenlace final resultó también el mismo.

A su regreso a Viena, al mes siguiente, Rank mantuvo con Freud una conversación de tres horas. Produjo a Freud una impresión confusa y atribuyó toda su conducta a la provocación que atribuía a Abraham. Este le había dado la idea de que Freud

quería deshacerse de él, de modo que tenía que pensar en ganarse la vida en alguna otra parte. La entrevista fue insatisfactoria y no condujo a nada. El rasgo dominante de la misma fueron sus evasivas negaciones. Al final de la conversación, Rank anunció su intención de volver a los Estados Unidos. El 19 de noviembre Rank visitó a Freud para despedirse de él. Debe haber sido ésta una entrevista penosa y embarazosa. Freud dijo que lo sentía terriblemente por Rank, porque advertía que éste tenía un peso sobre su corazón que le resultaba completamente imposible expresar. No abrigaba muchas esperanzas de volverlo a ver nunca más. Ese mismo día recibió Freud una carta de Brill que le causó una profunda impresión. En términos aterradores, éste le informaba de las extraordinarias doctrinas que los discípulos de Rank habían manifestado, llenos de gozo, que ya no era necesario analizar los sueños ni hacer ninguna interpretación, que no sea la del trauma de nacimiento y se sentían aliviados también de no tener que ocuparse del molesto tema de la sexualidad.

Freud no sentía hacia él resentimiento alguno, por mucho que deploraba su pérdida. Tampoco yo. Freud, que creía entonces que aquél había abandonado Viena para siempre, me había escrito sobre la situación: «Como usted ve, se ha evitado una ruptura categórica. Rank mismo no intentó tal cosa, y un escándalo no habría favorecido a nadie. Pero toda relación íntima con él ha terminado... No solamente a mí mismo sino a las otras dos personas presentes en la entrevista, nos resultaba muy difícil considerarlo sincero y dar crédito a sus afirmaciones. Lamento mucho tener que decir que usted querido Jones, finalmente tenía toda la razón». En una carta posterior me escribió:

«El asunto Rank está llegando ahora a su fin... No crea usted que la cosa me haya turbado mucho o que haya de tener especiales consecuencias para mí. Esto no deja de ser bastante curioso en realidad, si se tiene en cuenta el papel que ha de desempeñado Rank en mi vida durante una década y media. Puedo distinguir tres explicaciones de esta frialdad de mis sentimientos. En primer lugar puede ser una consecuencia de mi vejez, a causa de la cual las pérdidas ya no me pesan tanto. En segundo lugar me digo que la relación se ha visto, por así decir, amortizada en estos quince años; no es lo mismo cuando una persona se muestra desleal al cabo de dos o tres años que si esto ocurre después de realizar durante años una tarea extraordinariamente grande. En tercer lugar, y por cierto no en último orden de importancia, es posible que yo me sienta tan tranquilo porque no puedo advertir en mí absolutamente ningún rasgo de responsabilidad en cuanto a todo este proceso».

Entonces ocurrió un milagro. Rank prosiguió su viaje solamente hasta París y allí fue presa de un grave ataque de depresión; el último que había sufrido se había producido cinco años antes. Volvió a Viena y vino a ver a Freud en la segunda semana de diciembre. Otra vez estaba cambiado. Aparte de su depresión, parecía tener una clara visión de lo que le afectaba. Para decirlo en las palabras de Freud, acababa de salir de una afección psiquiátrica. Discutió todo el asunto con Freud como si estuviera en un confesionario. Había sido un episodio realmente trágico, y que estuvo a punto de desembocar en una tragedia verdadera. Freud se sintió hondamente conmovido y lleno de júbilo por el reencuentro con su viejo amigo y partidario. Escribiendo a Eitingon de-

cía que Rank había «actuado» su neurosis exactamente en la forma que él y Ferenczi describían el caso en su libro escrito en colaboración, y que el contenido de la misma era sumamente similar al de las teorías que Rank había expuesto en su libro sobre el trauma del nacimiento. Rank se sentía ahora abrumado ante la idea de lo que había ocurrido y sólo abrigaba un deseo: el de desvirtuar los males que había causado. Tenía la intención de regresar a Estados Unidos para ello, cosa que a Freud no le parecía nada fácil. Freud señalaba que podía entender bien que nosotros mantuviéramos aún cierta desconfianza, pero que él, por su parte, con un mayor conocimiento de la situación, había dejado de lado toda reserva. A Abraham le manifestó que estaba completamente seguro que Rank se había curado de su neurosis mediante la experiencia (*Erlebnis*) por que pasó, tal como hubiera ocurrido mediante un análisis en regla.

El optimismo y el alivio que sentía Freud se hallan expresados en una carta de esa misma fecha, dirigida a Joan Rivière: «Usted debe haberse enterado de que aquí hemos tenido un desagradable episodio con el doctor Rank, que fue de todos modos una cosa temporaria. Ha regresado a nosotros completamente y nos ha explicado su conducta de una manera que obliga a la tolerancia y el perdón. Ha pasado por un estado neurótico grave, está recuperado ahora y ve claramente y comprende todo lo ocurrido. Aún no ha superado la depresión, resultado comprensible de esta experiencia.»

Dos rasgos notables pueden señalarse en el optimismo de Freud, que sólo cabe explicar por el intenso alivio que significaba el no haber perdido un amigo que por tantos años había sido de incalcula-

ble valor para él. Uno de ellos es el hecho de saber que Rank sufría de una ciclotimia[1], hecho que ya había comentado años atrás. Freud tenía una formación psiquiátrica y sabía muy bien que la recaída es casi inevitable en este mal, si bien era capaz de reprimir esta obvia consideración. La actual fase de melancolía de Rank, en efecto, fue reemplazada nuevamente por otra de manía, apenas seis meses más tarde, con la habitual alternación de estas fases en los años sucesivos. El otro rasgo realmente curioso, era la aparente aceptación de la herejía que precisamente habíamos estado combatiendo en la teoría, es decir, que el estudio de una experiencia recurrente podía reemplazar una análisis genético más profundo: que la terapia de las vivencias (*Erlebnis*) podía reemplazar el psicoanálisis.

El 20 de diciembre de 1924 Rank envió una carta circular explicando lo que le había ocurrido y solicitando nuestro perdón. Se disculpaba humildemente ante Abraham y ante mí por lo mal que había procedido con nosotros y expresaba su esperanza de que podríamos reanudar nuestra relación de amistad. Su hostilidad hacia Freud, nos decía, era parte de una neurosis que se había puesto de manifiesto con motivo de la peligrosa enfermedad de Freud. Todos nosotros le contestamos, naturalmente, tranquilizándolo y asegurándole nuestra comprensión y simpatía.

Pero en cuanto al Comité, no esperamos a ese feliz desenlace con Rank para volver a estrechar sus vínculos internos. Freud ya había sugerido, en efecto, a Ferenczi, que contando nuevamente con un Comité cuyos miembros podían actuar en armonía (por

1. Es decir, psicosis maníaco-depresiva.

la salida de Rank) reanudáramos nuestra anterior costumbre de enviarnos mutuamente, y en períodos regulares, cartas circulares.

Todos, naturalmente, respondimos gustosos a esta invitación y aceptamos también la proposición que ya había hecho Abraham de que Ana Freud, que había iniciado su labor psicoanalítica unos años antes, ocupara en el Comité la vacante dejada por Rank.

Rank partió a Estados Unidos el 7 de enero de 1925 y Freud escribió a Brill exponiéndole ampliamente la situación y pidiéndole que ayudara a Rank en la difícil tarea que éste tenía ante sí. Apelaciones como ésta a la generosidad de Brill nunca fueron hechas en vano. Nos informó que Rank estaba haciendo todo lo que podía, pero que se hallaba en un estado bastante insatisfactorio. Rank permaneció esta vez apenas unas semanas en Nueva York, y regresó a Viena a fines de febrero en un estado lamentable y muy deprimido.

En junio informó Freud que Rank había salido de su estado de depresión y que los dos mantenían provechosas conversaciones analíticas. Rank leyó un trabajo en el Congreso de Homburg de septiembre de 1925. Era muy confuso y fue leído a una velocidad tal que el mismo Ferenczi, que conocía muy bien las ideas de Rank, no lo pudo seguir. Estaba muy excitado y hablaba de sus amplios planes para el futuro, pero no manifestaba una actitud amistosa hacia ninguno de nosotros. Después del Congreso partió por tercera vez a Estados Unidos. Freud aprobó la resolución del hacer el viaje y aún estaba seguro de que no habría de producirse una repetición de los anteriores brotes.

Pero a su regreso a Viena se mostró muy abs-

traído y el 12 de abril de 1926 —cosa muy significativa, tres semanas antes de la celebración del septuagésimo cumpleaños de Freud— se presentó por última vez, para despedirse. «Rank partió para París, por ahora, pero probablemente nada más que de paso para Estados Unidos. Puede haber tenido para ello varios motivos... pero lo esencial del caso es que esta vez puso en práctica en un estado de sobriedad, por decir así, la misma cosa que antes intentó realizar en un tormentosos ataque patológico: separarse de mí y de todos nosotros. Dos cosas quedaron en absoluta evidencia, que no estaba dispuesto a renunciar a ningún aspecto de la teoría en que había colocado su neurosis, y que no dio el menor paso en el sentido de acercarse aquí a la Sociedad. Yo no pertenezco a la clase de personas que exigen a los demás mantenerse encadenados o venderse para siempre por motivos de "gratitud". Se le ha dado mucho y él, en retribución, ha hecho mucho también. Estamos en paz. En su visita final no he visto motivo alguno para expresarle mi especial ternura; me mostré sincero y duro. Pero ya podemos "poner la cruz sobre su nombre". Abraham tenía razón.»

Una de las raras alusiones que Freud hizo a Rank en los años posteriores fue en 1937. Era sobre el tema de los análisis breves y la dificultad de lograr que éstos puedan ser eficaces. Refiriéndose al intento de Rank de realizar análisis breves, en pocos meses, concentrándose en el trauma de nacimiento, decía Freud: «No puede negarse que estas ideas de Rank eran audaces e ingeniosas, pero no resistieron la prueba de un examen crítico. Fueron concebidas bajo la presión del contraste entre la miseria de la postguerra en Europa y la «prosperity» de Estados

Unidos, y fueron concebidas como para acelerar la velocidad de la terapia analítica y ponerse así a tono con el precipitado ritmo de la vida en Estados Unidos».

No nos corresponde ocuparnos aquí de la carrera posterior de Rank, como no lo hemos hecho con respecto a los disidentes anteriores, Adler, Steckel y Jung. Lo único que importaba a Freud era la labor que ellos realizaban quedara bien diferenciada del psicoanálisis. Hay ciertas analogías entre la defección de Rank y la de Jung que quizá valga la pena comentar. Los dos comenzaron en medio de un gran secreto, siguieron luego con una considerable oscuridad en la exposición de sus respectivas divergencias. Los dos se manifestaron por primera vez en visitas a Estados Unidos, seguidas, en uno y otro caso, por una carta personal de áspero estilo. Luego siguió una disculpa muy pronunciada, pero temporal. Las divergencias, en los dos casos, fueron percibidas por los demás mucho tiempo antes de que Freud admitiera la posibilidad de las mismas. Aún al hacerlo, en ambos casos, Freud realizó toda clase de esfuerzos en pro de la reconciliación, y al fracasar estos dio todo al olvido. La diferencia más destacada entre uno y otro caso es, naturalmente, que Jung no padecía ninguno de los transtornos mentales que llevaron a Rank al descalabro, con lo cual pudo llevar a cabo una vida excepcionalmente fructífera y provechosa.

III

PROGRESO Y DESDICHA

(1921-1925)

Contrariamente a sus presagios durante la guerra, la obra y el nombre de Freud se difundía ahora con más amplitud que nunca. Sus libros eran ávidamente buscados y se traducían a diversos idiomas. Hasta en Francia hubo una solicitud de André Gide, uno de los directores de la *Nouvelle Revue Française,* requiriéndole la autorización para publicar sus obras. En Alemania se fundaban nuevas sociedades en Dresde, Leipzig y Munich. La Asociación Británica para el Progreso de la Ciencia había decidido crear una rama dedicada a la psicología e invitó a Freud a inaugurarla con un discurso, cosa que éste no aceptó.

Desde el punto de vista profesional estaba plenamente ocupado. Desde entonces en adelante tomó menos pacientes, ya que había muchos discípulos, provenientes principalmente de Estados Unidos y de Inglaterra, deseosos de aprender su técnica. En el mes de julio manifestó que había prometido analizar el doble de personas de las que realmente po-

dría atender al reiniciar su trabajo en octubre. Llegado el momento aceptó diez personas.

A comienzos del año la *Verlag* publicó un libro de Groddeck titulado *Der Seelensucher*. Era un libro picante, con algunos pasajes obscenos. Varios analistas, especialmente Pfister, consideraron que no era el tipo de libro para una editorial reconocidamente científica, y la Sociedad Suiza realizó una reunión especial de protesta. A juicio de Freud el libro era muy entretenido y todo lo que dijo en respuesta a las indignadas cartas que incesantemente llovían de Suiza, fue: «Estoy defendiendo enérgicamente a Groddeck contra la respetabilidad de ustedes: ¿Qué es lo que ustedes habrían dicho si hubieran sido contemporáneos de Rabelais?»

El 3 de abril nació otro nieto, Anton Walter, hijo de Martin Freud, y el 31 de julio otro más, Stephan Gabriel, el primer hijo de Ernst Freud. El abuelo se quejaba de tener cuatro nietos y ni una sola nieta.

En este momento las constantes quejas de Freud acerca de que se sentía envejecer tomaron un repentino cariz: «El 13 de marzo de este año, en una forma enteramente repentina, he dado verdaderamente un paso hacia la vejez. Desde ese momento no me ha abandonado la idea de la muerte y a veces tengo la impresión de que siete de mis órganos internos están luchando por el honor de poner fin a mi vida. Ningún hecho especial se produjo que pudiera justificarlo, a no ser que ese día Oliver se despidió en viaje a Rumania. Así y todo no he sucumbido a la hipocondría y lo miro todo fríamente, como si se tratara de mis especulaciones de *Más allá del principio del placer*».

El 15 de julio Freud se dirigió a Bad Gastein

—a la villa Wassing, como de costumbre—, con su cuñada Mina, que también necesitaba ponerse en tratamiento allí. Su esposa y su hija, entretanto, pasaban unas vacaciones en Aussee, en el Salzkammergut. El 14 de agosto se reunieron todos en Seefeld, un poblado de cerca de mil seiscientos metros sobre el nivel del mar, en el norte del Tirol, cerca de la frontera bábara. Permanecieron allí en la pensión Kurheim. Se quejaba todavía de fatiga del corazón, palpitaciones y otros síntomas cardíacos. Pero pronto se repuso con el aire de la montaña. Era un paraje ideal, donde podía caminar durante horas enteras.

Allí recibió varias visitas. Van Emden, que se encontraba en Salzburgo, vino a verlo dos veces, y también Ferenczi pasó un día con él. La visita de mayor importancia fue la de Brill, a quien no había visto desde la guerra, pero después de esto resultó casi imposible lograr que enviara una sola carta. Freud tomaba siempre a mal el no recibir contestación a sus cartas, y comenzó a perder la paciencia. A fines de enero envió a Brill una carta muy enérgica, que equivalía a un ultimátum. Lo amenazaba con romper totalmente las relaciones con él y le quitó todo nuevo derecho de traducción. Pero aún con esta carta tardó seis meses en contestar. Freud estaba cada vez más irritado y comenzó a pensar que el caso no tenía remedio: «Brill se está comportando de una manera vergonzosa. Hay que deshacerse de él». Finalmente Brill hizo la cosa más sensata, que yo estaba reclamando de él desde hacía algún tiempo: vino a Europa para hablar ampliamente con Freud. Como era de esperar, el resultado fue enteramente satisfactorio: «Brill ha estado conmigo los últimos días. Está muy bien, enteramente dispuesto

a ayudarnos, completamente responsable y confiesa sus deficiencias neuróticas. Es una gran adquisición para nosotros». Esto significó un gran alivio para mí ya que, dejando aparte los sentimientos personales, había muchas cosas de orden práctico que dependían de poder comunicarme con Brill. Éste trató de verme en Inglaterra pero yo acababa de partir para el Continente, de modo que no nos encontramos. Tuvieron que pasar aún tres años hasta que nos volvimos a reunir.

Freud salió de Seefeld, en viaje a Berlín, el 14 de septiembre, y de allí se dirigió a Hamburgo, para ver a sus dos nietos. Todos los miembros del Comité nos encontramos con él en Berlín el 20 de septiembre y viajamos todos juntos a Hildesheim. Teníamos propósito de hacer un viaje de diez días por la región de Harz. Abraham, que la conocía bien, haría de guía. Permanecieron primeramente en Hildesheim y luego en la encantadora y vieja ciudad de Goslar. De ahí subimos a la cima del Brocken, un paraje de especial interés para mí por su relación con brujas e incluso pude echar un vistazo al famoso espectro de Brocken. Todos los días realizábamos expediciones a pie, y a todos nos impresionaba lo veloz e incansable que se mostraba Freud en tales ocasiones.

Fue ésta una de las raras ocasiones en que todo el Comité pudo reunirse en pleno, y la única en que los miembros del mismo pasamos unas vacaciones junto a Freud. Esto era en sí mismo un acontecimiento portentoso. Al final del viaje nos manifestó Freud: «Hemos pasado juntos por algunas cosas, y esto siempre une a los hombres». Son pocas las ocasiones, sin embargo, en que todo transcurre de un modo perfecto, y la presente experiencia se vio

ligeramente turbada por un serio resfriado que nos acometió a todos. El de Freud fue especialmente malo, pero nos aseguró que no le afectaba: «Se trata sólo del hombre exterior».

En el curso de esos días tuvimos, por supuesto, bastante tiempo para mantener prolongadas conversaciones acerca de diferentes temas científicos de interés común. Freud nos leyó dos trabajos que había escrito especialmente para esa ocasión, que fue la única vez en que ocurrió tal cosa. Uno era sobre telepatía, y lo había comenzado a escribir a fines de julio y terminado en tres semanas.

El otro trabajo que nos leyó es más conocido, ya que fue publicado al año siguiente. Freud había anunciado en el mes de enero anterior que repentinamente había alcanzado una profunda comprensión —«hasta la roca viva»— del mecanismo de los celos paranoicos. Esto provenía del estudio de un paciente norteamericano que yo le había enviado, el primero desde la época de la guerra.

Freud regresó a Viena, después de este viaje, el 29 de septiembre, y no pasó mucho tiempo hasta que comenzó a «sentir la nostalgia de Hildesheim y Schiercke como si se tratara de un lejano sueño».

En el mes de diciembre Freud tuvo la satisfacción de verse designado Miembro Honorario de la Sociedad Holandesa de Psiquiatras y Neurólogos y aún más por cuanto su nombre contó con la aprobación del profesor Winckler, un hombre que a menudo había combatido el psicoanálisis. La resolución no fue unánime, pero fue tomada por 50 votos contra 20. Era la primera vez que Freud recibía honores de esta clase y ello señaló el comienzo de un cambio en la estima profesional de su obra. Desde ese momento era cosa común el reconocer que algu-

na parte de la misma, a pesar de sus muchos supuesto «errores», era de gran importancia y que Freud mismo era una eminencia científica.

Este año comenzó con la visita a Viena de varios miembros del Comité. Había en esa época cierto número de personas procedentes de Estados Unidos y de Inglaterra estudiando psicoanálisis con Freud, y éste concibió la idea de ampliar lo que aprendían en sus propios análisis, haciendo que varios analistas de Viena pronunciasen conferencias para ellos sobre aspectos teóricos de la materia. Más tarde, a requerimiento de los mismos interesados vinieron a Viena Abraham, Ferenczi, Róheim y Sachs, en la primera semana de enero, para pronunciar cada uno de ellos un par de conferencias. La iniciativa resultó todo un éxito.

El nombre de Freud estaba convirtiéndose en algo muy habitual en Londres en esa época. En enero apareció una fotografía suya en *The Sphere*, una revista semanal muy en boga. Pero los editores, en general, tenían que cuidarse de la policía. Kegan Paul, que había sido procesado por editar una autobiografía considerada obscena —y en esa época sexualidad y psicoanálisis eran conceptos equivalentes— decidió que la venta de la traducción del *Leonardo* de Freud, que estaba a punto de editar, debería restringirse a los miembros de la profesión médica, de modo que la gente de arte pudiera mantenerse libre de la contaminación.

Pero para Freud, su creciente popularidad era más bien un peso: «Lamento no haber contestado su penúltima carta. A veces mi pluma se vuelve pesada. Tengo que atender mucha correspondencia para disuadir a los pacientes de venir a mí, ya que

no dispongo del tiempo necesario para atenderlos, y para rechazar halagüeñas ofertas de escribir un artículo para tal o cual publicación. Éstos son los inconvenientes de la popularidad. Son pocas las ventajas de la misma que alcanzo a ver».

Comparando su situación con la de la época en que por primera vez lo visitó Eitingon, escribía: «Mi situación ha cambiado grandemente en estos quince años. Me siento aliviado de cuidados materiales rodeado de la alharaca de una popularidad que para mí es repulsiva y envuelto en empresas que me roban tiempo y energía necesarios para una tranquila labor científica». He aquí cómo describía, por otra parte, su estado de ánimo a Ferenczi en la misma semana: «Me complace por supuesto el que usted me escriba con tanto entusiasmo, como lo hace en su última carta, acerca de mi juventud y mi actividad, pero cuando me vuelvo hacia el "principio de realidad" sé que no es así y no me siento muy asombrado de que no lo sea. Mi capacidad de sentir interés se agota rápidamente: es decir, se aparta muy gustosa del presente en otras direcciones. Hay algo en mí que se rebela contra la obligación de seguir ganando un dinero que nunca es suficiente y echando mano de los mismos recursos psicológicos que durante treinta años me han mantenido en pie frente al desprecio que siento por la gente y frente a nuestro detestable mundo. Siento surgir en mí extraños y secretos anhelos —quizá sea mi herencia ancestral— que me señala el Oriente y el Mediterráneo y me hablan de una vida completamente diferente: deseos de la niñez avanzada que nunca se verán realizados y que no concuerdan con la realidad, como si quisieran sugerirme el aflojamiento de mi relación con la misma. En lugar de

todo esto... vamos a encontrarnos en el sobrio Berlín.»

La Universidad de Londres, en combinación con la Sociedad Histórica Judía, dispuso la realización de una serie de conferencias sobre cinco filósofos judíos: Filón, Maimónides, Spinoza, Freud y Einstein. La conferencia sobre Freud fue dada por Israel Levine (con mi ayuda). Un año más tarde publicó Levine un libro titulado *El inconsciente*. Fue el primer filósofo que demostró una plena comprensión de las ideas de Freud. Cuando éste leyó el libro me escribió: «¿Quién es Israel Levine? Nunca me gustó tanto un libro sobre asuntos psicoanalíticos como éste sobre el inconsciente. Rara avis si es un filósofo. Quisiera conocerlo mejor».*

Desde 1906 en adelante, Freud había mantenido ocasionalmente correspondencia con el famoso escritor Arthur Schnitzler. Es cosa muy curiosa que nunca se hubieran conocido personalmente si bien se movían en círculos muy allegados y Freud conocía muy bien al hermano de Schnitzler, el distinguido cirujano. El mismo Arthur Schnitzler, en sus tiempos de actividad médica, había comentado la traducción hecha por Freud, en 1893, de *Leçons du Mardi*, las conferencias de Charcot, hecho que registró en su diario. A pesar de su notable intuición psicológica y también de su admiración por las obras de Freud, con las que estaba familiarizado desde temprano, Schnitzler no admitió nunca estar de acuerdo con las conclusiones principales de aquél. Mantuvo muchas discusiones acerca de ellas con Reik, con Winterstein, conmigo y con otros analistas, pero no pudo superar su objeción a las ideas de incesto y de sexualidad infantil.

Este año se había producido en Nueva York una

gran agitación con motivo de un incidente en que se vio envuelto Frink, quien siempre habló en términos muy elogiosos de su inteligencia y de lo mucho que prometía. Se había enamorado ahora de una de sus pacientes —que como él llevaba una vida matrimonial desdichada— y se proponía lograr el divorcio para casarse con ella. El esposo de la paciente estaba furioso y amenazaba con provocar un escándalo que llevaría a Frink a la ruina. Éste no se había hecho estimar mucho a su regreso de Europa y muchos analistas— Brill y Jellife entre los más notables— comenzaron a preocuparse muy seriamente de la situación. Freud aprobaba en realidad el paso que iba a dar Frink; enamorarse es un error, pero ahora no había más remedio que aceptarlo. En Nueva York se difundían los más increíbles rumores: uno de ellos era que Freud mismo estaba dispuesto a casarse con la dama. El resultado final fue que el esposo en cuestión falleció en el momento crítico.

Ana Freud, que había leído un trabajo en la Sociedad de Viena sobre *Fantasías de pegar* y *Sueños diurnos* el 31 de mayo, fue designada miembro de la Sociedad el 13 de junio de 1922, para gran satisfacción de su padre.

Freud no había demostrado ningún entusiasmo, al comienzo, ante la idea de que hubiera una Clínica Psicoanalítica en Viena. Los otros analistas de Viena, en cambio —especialmente Hitschmann, Helene Deutsch y Federn—, insistieron en la iniciativa y en junio de 1921 el Ministerio de Educación les ofreció un local en un Hospital Militar. Finalmente, luego de superar numerosas dificultades e interferencias, se inauguró el 22 de mayo de 1922 una Clínica con el nombre de Ambulatorium en la Peli-

kangasse. Su director era Hitschmann. Había también allí una amplia sala en la que entonces comenzó a reunirse la Sociedad. Seis meses después, a pesar de todo, las autoridades médicas municipales ordenaron súbitamente su clausura y pasaron tres meses de discusiones hasta que se autorizó nuevamente su funcionamiento.

Durante las vacaciones de verano, recibió la noticia del fallecimiento de su sobrina Cecilia (Mausi), de veintitres años de edad, con la que estaba muy encariñado. Estando encinta había tomado una dosis excesiva de veronal. Murió de neumonía el 18 de agosto. Era la única hija que le quedaba a la hermana favorita de Freud, Rosa, cuyo único hijo había muerto en la guerra. Freud se sintió «hondamente trastornado» por esta inesperada tragedia.

Ferenczi se hallaba en ese mes de agosto en Seefeld con Rank, y allí recibieron la visita de Abraham y Sachs. Fue en esa oportunidad, un poco tardíamente, cuando decidieron fortalecer los lazos de intimidad del Comité tratándonos mutuamente por el nombre de pila y con el apelativo de tú. Esto permitió superar, desde luego, cierto embarazo en el trato, dado que antes el tratamiento variaba de uno a otro miembro. Así, por ejemplo, yo tenía el hábito de tratar de tú a Ferenczi, Rank y Sachs, pero no así a Abraham o a Eitingon, y así sucesivamente.

Freud nos trataba a todos de usted. Aparte de los miembros de su familia, la únicas personas que yo sepa que lo trataban de tú eran el psiquíatra Wagner-Jauregg y el arqueólogo profesor Löwy, ambos amigos suyos de la época estudiantil. Probablemente lo hacían también otros viejos amigos, tales como el profesor Königstein, Rosenberg y los hermanos

Rie, pero no deja de ser curioso que Breuer conservara el viejo trato formal de *Verehrter Herr Professor*. Por lo que yo conozco, las únicas personas que lo llamaban por su apellido, sin título alguno, fueron la famosa recitadora francesa, y amiga de la familia Yvette Guilbert, el embajador norteamericano W. Bullitt y el novelista inglés H. G. Wells. Freud llamaba naturalmente, a los miembros del Comité por sus apellidos, tanto en la conversación como en la correspondencia, con excepción de las cartas dirigidas a Eitingon después de julio de 1920, ya que a pedido de éste las encabezaba con «Querido Max» (*Lieber Max*). Es un poco extraño que no haya usado nunca el nombre de pila de Ferenczi. En las cartas dirigidas a éste y a Abraham, escribía siempre «Querido amigo» (*Lieber Ferenczi*).

El Congreso de Berlín, del 25 al 27 de septiembre de 1922, fue el último Congreso al que habría de asistir Freud, si bien éste hizo serios esfuerzos para participar en los dos siguientes. El trabajo que leyó en esta ocasión llevaba por título *Algunas observaciones sobre el inconsciente*. Nunca se publicó. Los nuevos conceptos que aquí exponía fueron tomados de su libro *El yo y el ello*, que apareció poco después. Daban por tierra con su primitiva identificación del inconsciente propiamente dicho con los procesos psíquicos en estado de represión. Ahora se ocupaba de los aspectos inconscientes del yo no reprimido. Esto fue el comienzo de la nueva psicología del yo, un progreso fundamental de la teoría psicoanalítica. Los trabajos de Alexander, Abraham, Ferenczi, Hollós, Karen, Melanie Klein, Nunberg, Pfeifer, Rado, Róheim y el que esto escribe entre muchos otros demostraron más adelante haber servido de poderoso estímulo. Sobresalían especialmen-

te el de Abraham sobre la *Melancolía* y el de Ferenczi, *Una teoría genital*. En general el nivel científico de este Congreso fue más elevado que el de todos los anteriores.

En mi Memoria mencioné el hecho de que el número de miembros de la Asociación se había elevado, en los dos últimos años, de ciento noventa y uno a doscientos treinta y nueve.

Freud se mostró muy satisfecho del éxito del Congreso y me felicitó especialmente por mi discurso de sobremesa. Recuerdo el pasaje del mismo que le resultó especialmente divertido y que puede servir para demostrar que los analistas no son tan huérfanos de humor como a menudo se sostiene. Se refería al rumor circulante acerca de que el anónimo donante del Policlínico de Berlín había sido en realidad Eitingon. Y yo dije: «En inglés poseemos dos notables proverbios: "la caridad empieza por casa" y "el crimen ya aparecerá". Si aplicamos a esto los mecanismos de condensación y desplazamiento, llegaremos a la conclusión de que "el crimen comienza por casa", un principio fundamental del psicoanálisis, y "la caridad ya aparecerá", cosa que queda bien ilustrada por la dificultad de mantener en secreto el nombre del generoso donante del Policlínico de Berlín».

Incluso en Viena, finalmente, el interés por el psicoanálisis estaba alcanzando más amplios círculos, y Freud había sido invitado a pronunciar conferencias por el Doktoren-Kollegium, por la Sociedad de Librepensadores y hasta por las más altas autoridades policiales. De más está decir que no accedió a ninguno de estos requerimientos. Su trabajo profesional, más aún por el hecho de que lo estaba haciendo en un idioma extranjero, le resul-

taba muy pesado y le manifestó a Eitingon que lo estaba reduciendo a ocho horas diarias. A Pfister, que desde mucho atrás le había estado insistiendo en que redujera su ritmo de trabajo, le prometió que nunca más tomaría nueve pacientes a la vez.

En el mes de noviembre el hijo de un viejo sirviente de Freud hirió de un disparo al padre —aunque no en forma fatal—, en circunstancias en que éste estaba violando a una media hermana del joven. Freud no conocía personalmente al joven, pero con su carácter humanitario, se veía siempre movido a compasión por los jóvenes delincuentes. De modo que contrató por su cuenta los servicios del doctor Valentin Teirich, la autoridad más destacada en ese campo y fundador de una institución destinada a promover la reforma de los procedimientos judiciales en la materia, para defender al joven. Escribió también un memorándum, en el que manifestaba que todo intento de buscar motivaciones más profundas no haría más que embrollar los hechos, bien claros por sí. El profesor Sträussler elevó también un memorándum similar, en el que sostuvo que la excitación del momento había producido en la mente del joven un «cortocircuito» equivalente a una alienación transitoria, este alegato fue aceptado y el joven fue declarado libre de culpa.

El 8 de diciembre nació un quinto nieto. Se trataba de Lucian Michael, hijo de Ernst, y actualmente un distinguido pintor.

Este fue uno de los años críticos en la vida de Freud, el último de tales períodos. Fue un año en el que las fricciones entre Rank y yo le causaron una gran desazón, por cuanto ponía en peligro la armonía dentro del Comité, en el cual residía su prin-

cipal esperanza en cuanto a la continuación de su obra después de su muerte. Pero más lúgubres que esto fueron, sin duda, los primeros indicios de la mortal enfermedad que habría de ocasionarle incontables sufrimientos antes de llegar a su fatal culminación. Muchas veces se había imaginado que tenía los días contados, pero esta vez, por lo menos, la temible realidad estaba a la vista.

Los primeros indicios del mal aparecieron en febrero, si bien Freud no hizo nada al respecto sino al cabo de dos meses. Tampoco hizo ninguna mención de ello a familiares ni amigos. La primera noticia que yo tuve al respecto me vino de una carta fechada el 25 de abril (y escrita en inglés): «Hace dos meses he descubierto una formación leucoplásica en el carrillo y el paladar del lado derecho, que me hice extirpar el día 20. Todavía no estoy en condiciones de trabajar y no puedo tragar alimentos. Me han dado seguridades acerca del carácter benigno del proceso, pero, como usted bien sabe, nadie puede garantizar cómo irá a comportarse en caso de que se lo deje crecer. Mi diagnóstico fue de epitelioma, pero fue rechazado. Se indica al tabaco como causante de esta rebelión de los tejidos». La leucoplasia no es cosa tan siniestra a los sesenta y siete años como lo es a los cincuenta y siete, o más aún, a los cuarenta y siete, de modo que para mí se trataría solamente de una molestia local, en este momento ya enteramente superada. El único aspecto de la cuestión que despertaba algún recelo en mí era el hecho mismo de que Freud me lo hubiera mencionado. No era su costumbre ocuparse de asuntos referentes a su salud con nadie, excepto Ferenczi —y aún esto lo ignoraba yo en esa época—, de modo que no dejaba de abrigar alguna duda acerca

de si Freud no estaría revelando alguna cosa realmente grave.

Lo que había ocurrido era esto. En la tercera semana de abril Freud consultó a uno de los más importantes rinólogos, Hajek, a quien conocía de mucho atrás: era cuñado de Schitzler. Hajek manifestó que se trataba de una leucoplasia debida al tabaco, pero al mismo tiempo, y en respuesta a una pregunta que se le formuló, hizo una observación nada tranquilizadora: «Nadie puede esperar que ha de vivir eternamente». Aconsejó, sin embargo, la remoción del pequeño tumor —«una operación muy fácil»— e invitó a Freud a concurrir a su consultorio externo alguna mañana. Unos días antes Freud había recibido la visita de Félix Deutsch, por ciertos asuntos privados, y al final de la conversación, aquél le pidió que le examinara «cierta cosa desagradable» en la boca, que un dermatólogo había considerado que era una leucoplasia, aconsejándole su extirpación. Deutsch tuvo inmediatamente la evidencia del cáncer y se sintió realmente desazonado cuando Freud le pidió que le ayudara «a abandonar este mundo en actitud decente» si estaba condenado a morir en medio del sufrimiento. Freud le habló luego de su anciana madre, para quien la noticia de la muerte del hijo sería sumamente difícil de sobrellevar. Parece ser que Deutsch vio en estas manifestaciones una amenaza directa de suicidio, seguramente mayor de la que contenían. Ya tendremos ocasión de ver que, llegada la hora crítica, Freud supo soportarla muy bien. En consecuencia, Deutsch se contentó con decirle que se trataba de una simple leucoplasia, que realmente convendría extirpar.

Al cabo de unos días de reflexión Freud volvió a la clínica de Hajek sin decir una palabra a nadie

en su casa. Cabe aclarar que esta clínica formaba parte de un Hospital General de enseñanza, que carecía de habitaciones privadas. Bien pronto la familia tuvo la sorpresa de ser llamada telefónicamente desde la clínica, a objeto de que trajeran algunas cosas que Freud necesitaba para pasar la noche allí. La esposa y la hija corrieron apresuradamente a la clínica, donde encontraron a Freud sentado en una silla de cocina, en un consultorio del servicio externo del hospital, con las ropas cubiertas de sangre. La operación no se había desarrollado tal como se esperaba y la pérdida de sangre había sido tan considerable que no convenía que el paciente volviera inmediatamente a la casa. No había en la clínica ninguna habitación disponible, pero se pudo armar una cama en una pequeña habitación que tuvo que compartir con un enano cretino que se hallaba en tratamiento. La hermana de la caridad hizo que se retiraran las dos mujeres a la hora del almuerzo durante la cual estaban prohibidas las visitas asegurándoles que el paciente marcharía perfectamente bien. A su regreso, una o dos horas después, se enteraron de que había tenido una profusa hemorragia y que para pedir ayuda había tocado el timbre, que no funcionaba. Por su parte no estaba en condiciones de hablar ni de llamar a nadie. El enano se mostró muy servicial y corrió en busca de ayuda; después de algunas dificultades, la hemorragia fue detenida. Esta conducta del compañero de habitación posiblemente significó salvar la vida de Freud. Después de esto Ana se negó ya a retirarse y pasó la noche sentada junto a su padre. Éste se hallaba debilitado por la pérdida de sangre, semiintoxicado por los medicamentos y sentía fuertes dolores. Durante la noche, Ana y la enfermera se sintieron alarmadas

ante este cuadro y salieron en busca del médico interno, quien se negó, empero, a abandonar su lecho. Al día siguiente Hajek mostró el caso a un numeroso grupo de estudiantes, después de lo cual Freud pudo retirarse a su casa.

De esta manera terminó la primera de las treinta y tres operaciones que sufrió Freud antes de alcanzar el descanso final.

El tumor extirpado fue examinado y resultó ser efectivamente canceroso, si bien esto no se le dijo a Freud. El cirujano no tomó tampoco las diversas precauciones necesarias para evitar la contracción del tejido cicatricial, cosa que no se dejó de hacer en todas las intervenciones posteriores. Se produjo, por ello una considerable contracción de los tejidos, cosa que redujo en gran medida el orificio bucal. Esto fue causa de grandes y constantes dificultades posteriores.

No es fácil comprender del todo la conducta de Hajek. Es posible que tuviera la impresión de haber hecho todo lo que estaba a su alcance en el caso y de que el tumor no habría de volver a crecer, o bien consideró el caso, desde un comienzo, tan desesperante que no valía la pena tomar ninguna precaución especial. Pero el doctor Holzknecht realizó posteriormente dos tratamientos de rayos X, cosa que no concordaba con el supuesto carácter benigno de la tumoración. Esto fue seguido además por una serie de drásticos tratamientos con cápsulas de radium, a cargo de un ayudante de Hajek de apellido Feuchtinger. Las dosis deben haber sido bastante intensas, ya que Freud sufrió mucho de sus efectos tóxicos. Cuatro meses después todavía escribía que no había tenido una sola hora sin dolor desde la finalización de este tratamiento y agregaba: «Una comprensible

indiferencia hacia la mayor parte de las trivialidades de la vida me demuestra que la "elaboración del duelo" se está realizando en lo profundo. Entre estas trivialidades se encuentra la ciencia misma. No se me ocurre ninguna idea nueva y no he escrito ni una sola línea».

Durante esa misma primavera había ocurrido algo que tuvo un profundo efecto en el ánimo de Freud por el resto de su vida. Su nieto Heinerle (Heinz Rudolf), el segundo chico de Sophie, había estado pasando varios meses en Viena, con la tía Matilde. Freud sentía un extraordinario cariño por el muchacho, de quien decía que era el chico más inteligente que jamás había conocido. Le habían extirpado las amígdalas más o menos en la misma época de la primera operación de la boca sufrida por Freud, y cuando los dos pacientes se encontraron por primera vez después de esto, el niño preguntó a su abuelo con gran interés: «Yo ya puedo comer corteza de pan. ¿Y usted?» Desgraciadamente el niño era muy delicado de salud, «una bolsa de piel y huesos», y había enfermado de tuberculosis el año anterior, en la campaña. Murió de tuberculosis, a los cuatro años y medio de edad, el 19 de junio. Fue la única ocasión en la vida de Freud en que se supiera que haya derramado lágrimas. Más tarde me manifestó que esta pérdida le había afectado de una forma distinta a la de todas las otras que había sufrido. Estas últimas le habían ocasionado mucho dolor, pero la del nieto había matado algo dentro de él. Esta pérdida debe haber afectado alguna cosa especialmente profunda en sus sentimientos, quizá algo que alcanzaba incluso al recuerdo del pequeño Julio de su primera infancia. Un par de años más tarde manifestó a Marie Bonaparte que después de

esa desgracia ya no fue capaz de volver a encariñarse con nadie: sólo conservaba sus afectos interiores. El golpe le resultó completamente insoportable, más aún que el cáncer. Al mes siguiente escribió que estaba sufriendo la primera depresión de su vida, y apenas cabe dudar de que esto se debía a aquella pérdida, ocurrida tan inmediatamente a continuación de las primeras manifestaciones de su propia y mortal enfermedad. Tres años más tarde, al expresar sus condolencias a Binswanger por la muerte de su hijo mayor, manifestaba que Heinerle representaba para él tanto como todos sus hijos y nietos. Después de esta desgracia no se sentía capaz de gozar de la vida; y agregaba: «Éste es el secreto de mi indiferencia —lo que la gente llama coraje— frente a los peligros que corre mi propia vida».

Freud vio a Hajek varias veces en el transcurso de los dos meses siguientes, y el cirujano no opuso objeción alguna a que hiciera su habitual viaje trimestral de vacaciones. Pero a último momento provocó el asombro de Freud al pedirle que le enviara información acerca de su estado de salud cada quince días y que viniera a verle a fines de julio. A mediados de julio Freud escribió desde Gastein para preguntar si realmente hacía falta que regresara a Viena, a lo cual Hajek respondió, después de una demora de quince días, que no era necesario y que podía prolongar su ausencia todo el verano. Esta ambigüedad, o ambivalencia, era una de las cosas que hacían crecer constantemente su desconfianza hacia el cirujano. Un médico de Gastein, que examinó la cicatriz, hizo un buen informe, pero la molestia era, en general, tan grande que, por insistencia de su hija, Freud pidió a Deutch que le hiciera una visita a Lavarone, donde estaba pasando

la mayor parte de las vacaciones con la familia. Deutsch descubrió inmediatamente una recidiva de la tumoración y la necesidad de otra operación, más radical que la anterior. Por varios motivos, sin embargo, se abstuvo de exponerle a Freud la situación con toda franqueza. Por un lado era la incertidumbre acerca de si Freud consentiría en una operación de esa magnitud o más bien preferiría dejarse morir; por otra parte influía en el médico el profundo duelo de Freud por la muerte de su nieto, y por último una resistencia a ensombrecer la visita a Roma que Freud se proponía hacer con su hija Ana, y que para él significaba mucho. De modo que Deutsch acompañado de Ana, viajó a San Cristóforo, donde los miembros del Comité se habían citado para una reunión. Rank ya estaba informado de la gravedad de la situación, y ahora, para nuestra consternación, nos enteramos todos los demás. Nos reunimos entonces con Ana y fuimos a cenar. Durante la comida, por supuesto, fue mencionado el nombre de Freud, a lo cual, Rank, para gran asombro de todos, tuvo un irrefrenable ataque de risa histérica. Únicamente dos años después los sucesos ya relatados en el capítulo anterior hicieron comprensible esta explosión.

Después de esto, Deutsch y Ana volvieron a Lavarone. Durante el viaje y con objeto de conocer la verdadera opinión del médico, Ana le manifestó que en caso de gustarles la estancia en Roma, podrían decidirse a prolongarla un poco más de lo calculado. A esto Deutsch se mostró excitado y le hizo prometer seriamente que no haría tal cosa. Esto fue un indicio bastante elocuente para la agudeza de Ana.

Entretanto, en la reunión del Comité, surgió la

conversación sobre cuál podría ser el motivo más potente para decidir a Freud a aceptar la operación. Sachs sugirió que podría ser el pensamiento de Ana, mientras que Rank, calando un poco más hondo, dijo que más bien el pensar en la anciana madre. Yo protesté ante eso, sosteniendo que no teníamos el derecho de arrebatar a Freud la decisión acerca de tal paso, y los otros médicos presentes, Abraham Eitingon y Ferenczi, estuvieron de acuerdo conmigo. Muchos años más tarde, cuando Freud vivía en Londres, le conté que habíamos estado discutiendo acerca de si debíamos informarle o no, a lo cual contestó, con una penetrante mirada: «*Mit welchem Recht?*»[1] Pero más tarde manifestó a Ferenczi que desde el comienzo estuvo seguro de que la tumoración era cancerosa.

Ni aún entonces se le dijo la verdad a Freud. Hajek, por el contrario y a pesar de haber visto el informe del examen histológico, le aseguró que la tumoración no había sido de carácter maligno y que la operación había sido meramente profiláctica. Pero entretanto se hicieron los preparativos para una gran operación, que habría de realizarse a su regreso a Viena. Freud, pensando para sus adentros que ésta podría ser la última oportunidad que tendría para ello, se decidió a cumplir el proyecto largamente acariciado de mostrar Roma a su hija. Había tomado esa decisión durante la misma semana de su primera operación, en el mes de abril. Pasaron la noche y el día siguiente en Verona, después de lo cual tomaron el expreso nocturno de esta ciudad a Roma. Durante el viaje, una pareja que venía de Cincinnati, trabó conversación con ellos, mani-

1. ¿Con qué derecho?

festándoles que les agradaba siempre, conversar con los «nativos» de cada lugar. En el tren tuvo lugar un sombrío episodio, durante el desayuno. Repentinamente brotó de la boca de Freud un chorro de sangre, cosa que seguramente se debió a la herida producida por una corteza de pan. No cabe duda acerca de la impresión que esto produjo al padre y a la hija. La visita a Roma fue, con todo, sumamente placentera, y Freud, que era un guía admirable, se deleitaba con las entusiastas reacciones de su hija ante las cosas que le iba mostrando. «Roma estaba realmente encantadora, especialmente durante las dos primeras semanas, hasta que llegó al siroco, que hizo acrecentar mis sufrimientos físicos. Ana estaba magnífica. Entendía y gozaba de todo y yo me sentía muy orgulloso de ella».

Hallándose en Roma llegó a sus manos un recorte de un diario de Chicago en el que se anunciaba que él estaba «muriendo lentamente», que había abandonado el trabajo y transferido sus alumnos a Otto Rank. El comentario de Freud fue éste: «Esto es muy instructivo acerca del origen de los rumores y de todas las cosas que pueden crecer alrededor de un núcleo de verdad. No se trata de un puro invento. El artículo me alegra por cuanto la muerte no existe a no ser para la gente mala; el autor debe ser de la Christian Science».

Durante la ausencia de Freud, Deutsch siguió con los preparativos. Convenció al profesor Pichler, el distinguido cirujano oral, para que se hiciera cargo del caso, y con ello hizo una elección realmente excelente y que Freud siempre le agradeció. Realizó además todos los preparativos necesarios para la probable intervención, después de lo cual esperó pacientemente el regreso de Freud.

El 26 de septiembre Pichler y Hajek examinaron conjuntamente a Freud y descubrieron una inconfundible úlcera maligna en el paladar óseo, que había invadido los tejidos circundantes, incluso la parte superior de la mandíbula y hasta el carrillo. Pichler decidió inmediatamente que era necesario realizar una intervención radical. Ese mismo día Freud escribió a Abraham, a Eitingon y a mí, agregando: «Ya sabe usted lo que todo esto significa». Pichler dio comienzo a los preparativos usuales (los dientes, etc.) al día siguiente. Realizó la operación radical en dos etapas, los días 4 y 11 de octubre. En la primera etapa ligó la arteria carótida externa y extirpó las glándulas submaxilares, algunas de las cuales habían aumentado sospechosamente de tamaño. En la segunda etapa, luego de practicar una considerable incisión del labio y el carrillo, el cirujano extirpó todo el maxilar superior y el paladar del lado afectado, operación ésta que por su extensión, naturalmente, dejó unidas la cavidad nasal y la oral. Estas dos terribles operaciones fueron realizadas bajo la anestesia local. Después de la segunda el paciente no pudo hablar por varios días, durante los cuales se le debió alimentar, además, a través de un tubo nasal. Se recuperó bien, no obstante, el día 28 de octubre se retiró a su casa. Dos veces escribió Freud durante su estancia en el establecimiento (Auersberger Sanatorium). Una vez fue un telegrama que me envió y en el cual no mencionaba la intervención. La otra fue una carta que apenas una semana después de la misma envió a Abraham, a quien había mandado una de sus misivas más optimistas:

Mi querido e insuperable optimista:

Hoy fue renovado el tapón. Levantado de la cama. Lo que ha quedado de mí ha sido vestido. Gracias por todas las noticias, cartas, saludos y recortes periodísticos. Tan pronto como pueda dormir sin inyecciones iré a casa.

En ese momento comenzaron dieciséis años de molestias, desdicha y dolor, interrumpidos solamente por la recurrencia de transtornos y nuevas operaciones. La gigantesca prótesis —una especie de enorme dentadura u obturador— destinada a separar la boca de la cavidad nasal, era un horror. Se le denominó «el monstruo». En primer lugar era muy difícil de sacar o volver a colocar, ya que le era imposible a Freud abrir la boca a tal extremo. Así, por ejemplo, en una ocasión, los esfuerzos combinados de Freud y de su hija fueron insuficientes para colocarla en su lugar a pesar de media hora de lucha, y fue necesario traer al cirujano. Por otra parte, para que la prótesis llenara el objetivo de taponar bien el orificio superior y hacer posible comer y hablar, tenía que estar bien ajustada. Pero esto producía una constante irritación, que daba origen a la formación de puntos dolorosos con lo que llegaba un momento en que resultaba imposible usarla. Por otra parte, si quedaba fuera de su lugar por más de unas pocas horas se producirían variaciones en los tejidos y ya la «dentadura» no podría ser colocada nuevamente sin determinados ajustes.

Desde este momento la pronunciación de Freud fue muy defectuosa, si bien cambiaba bastante de una época a otra, según el ajuste de la «dentadura». Tenía una voz nasal y más bien espesa, muy semejante a la voz de los que tienen fisura en el

paladar. Alimentarse era también un tormento, y raras veces se animaba a hacerlo en compañía de otros. Por otra parte, el daño producido a la trompa de Eustaquio, a la vez que las constantes infecciones a los tejidos circundantes, le dificultaban grandemente la audición con el oído derecho, hasta que esto llegó a transformarse casi en una completa sordera de ese lado. Como era el lado por el que se comunicaba con los pacientes, tuvo que cambiarse la posición del sofá y también de la silla de su consultorio.

Desde el comienzo de la enfermedad hasta el final de su vida, Freud rehusó tener ninguna enfermera que no fuera su hija Ana. Desde el principio hizo un pacto con ella en el sentido de que habría de ser evitada toda manifestación afectiva; todo lo que fuera necesario hacer debería realizarse de una manera absolutamente fría, con esa ausencia de emoción que caracteriza la labor de un cirujano. Esa actitud, más el coraje y la firmeza de parte de ella, le hicieron posible el cumplimiento del pacto aun en los momentos y situaciones más descorazonantes.

La segunda elección de cirujano fue para Freud realmente afortunada. La reputación de Pichler como cirujano estaba fuera de todo parangón, y además este hombre hizo en el caso todo lo que de fue posible. Tenía apenas una vaga idea de lo que Freud significaba para el mundo, pero no lo habría atendido mejor así se tratara de un emperador. Pertenecía al tipo alemán-austríaco más encomiable y era un hombre de insuperable integridad. Ninguna molestia era excesiva para su elevada conciencia profesional. Era precisamente el tipo de médico que Freud necesitaba, un hombre en quien podía confiar

absolutamente, y las relaciones entre ambos fueron excelentes todo el tiempo.

No cabe duda alguna de que Félix Deutsch actuó en todo esto con la mejor inspiración y buena fe. Algunos años después aseguró a Freud de que no se arrepentía de todo lo que había hecho y de que en circunstancias similares volvería a hacer exactamene lo mismo, si bien en esto último no consiguió que el paciente pensara lo mismo. Muy sensible siempre a la posibilidad de ser engañado por los médicos, Freud consideraba difícil perdonar el hecho de que no se le hubiera dicho toda la verdad desde el principio, si bien esto último no influyó de ningún modo en sus amistosos sentimientos y en su gratitud hacia Deutsch. Lo que le molestaba especialmente, al parecer, era que se hubiera supuesto que no estaría dispuesto a enfrentar valerosamente una verdad dolorosa, ya que precisamente esto constituía una de sus virtudes más destacadas. Deutsch pudo captar esto, por supuesto, de modo que pocos meses después de la operación, una vez que Freud volvió a una existencia más o menos normal, le expresó con toda valentía que lo ocurrido haría imposible en el futuro la completa confianza que es indispensable en la relación entre médico y paciente. Freud admitió esto, lamentándolo, pero se reservó el derecho de llamar a Deutsch en su ayuda en cualquier momento que ello fuera necesario. Una reconciliación completa se produjo más tarde, en enero de 1925.

Después de esta introducción a la épica historia de los sufrimientos de Freud, tenemos que volver a la cronología diaría de la época.

En febrero *L'Encéphale*, la más importante revis-

ta francesa de neurología, requirió una fotografía de Freud para publicarla junto con una amplia exposición de su obra. Por otro lado, un excelente libro de Raymond de Saussure, *La méthode psychoanalytique*, había sido prohibido en Francia bajo el pretexto de que el análisis de un sueño hecho por Odier atentaba contra la discreción profesional.

La *Verlag* tenía que negociar ahora una inmensa cantidad de traducciones de las obras de Freud a diversos idiomas. Dos mil ejemplares de la traducción rusa de la *Introdución al psicoanálisis* fueron vendidos en Moscú en un solo mes. En esa época había un enorme interés por el psicoanálisis en Rusia: acababa de crearse precisamente otra Sociedad psicoanalítica, esta vez en Kazan. Cuando le llegó el turno a las traducciones al chino, Freud expresó la hipótesis de si en ese idioma no llegaría a ser más comprensible el análisis que en la lengua original.

Fue en esa época que se tomó la decisión de editar las obras completas de Freud con el título de *Gesammelte Schriften*. El primer volumen que apareció fue el tomo IV, y en el Congreso de Salzburgo, de abril de 1924, se pudieron exhibir tres volúmenes.

El 22 de febrero de 1923 Romain Rolland escribió a Freud agradeciéndole un elogio que éste había hecho de él en una carta dirigida a Édouard Monod-Herzen, un amigo común. Se trata posiblemente del libro de Rolland *Au dessus de la mêlée*, que poco tiempo antes había creado bastante sensación. Fue éste el comienzo de una interesante correspondencia entre ambos, de la que se desprende que Freud tenía un alto concepto del escritor francés. Éste manifestó a Freud que había seguido su obra durante 20 años, cosa realmente notable si es así.

Durante el verano recibió una carta de un joven

judío llamado Leyens, un entusiasta nacionalista germano que había actuado en el frente durante la primera Guerra Mundial y que era un partidario de Hans Blüher. Esperaba de Freud que le aclarara la paradoja de que Blüher, un furioso nacionalista y antisemita, fuera un admirador de Freud. En su respuesta, fechada el 4 de julio de 1923, y que contenía algunas apreciaciones condenatorias de Blüher, escribía Freud: «Yo le aconsejaría a usted que no malgastara sus energías en la estéril lucha contra el movimiento político actual. Las psicosis de las masas resisten toda clase de argumentos. Son precisamente los alemanes quienes tuvieron la ocasión de aprender esto en la última guerra, pero por lo visto son incapaces de ello. Déjelos usted en paz... Dedíquese a las cosas que puedan elevar a los judíos por encima de esta locura, y no tome a mal mi consejo, que es producto de una larga vida. No se muestre tan ansioso de unirse a los alemanes». En la época de los nazis Leyens emigró a Estados Unidos, desde donde escribió a Freud para reconocer que éste había tenido toda la razón. He aquí la modesta respuesta de Freud, fechada el 25 de julio de 1936: «Espero que usted no crea que me siento orgulloso de haber estado en lo cierto. Tenía razón en mi carácter de pesimista contra los entusiastas, de anciano contra un hombre joven. Más me agradaría haber estado equivocado».

Como antes he mencionado, Freud fue autorizado a volver a su casa después de la operación mayor, el 28 de octubre. Tenía que reanudar su trabajo el 1.° de noviembre, pero entonces surgieron algunas complicaciones relacionadas con la cicatriz de la primera operación. En el tejido séptico y necrótico se hallaron rastros de substancia cancerosa, de modo

que Pichler realizó inmediatamente una nueva operación, la tercera, el 2 de noviembre. Esta vez se hizo una amplia extirpación del paladar blando, junto con los tejidos de la vieja cicatriz y el proceso perigóideo. Todo esto fue realizado bajo la acción de una combinación de pantopón y anestesia local, en el Auersperg Sanatorium. Durante la operación hubo una profusa hemorragia y más tarde hubo efectos secundarios bastante molestos.

El 17 de noviembre se le hizo a Freud una operación de Steinach —ligadura de los conductos deferentes de ambos lados— a requerimiento suyo. Esto fue realizado con la esperanza de que el rejuvenecimiento que se esperaba de esa operación pudiera demorar la recidiva del cáncer. Esta idea provenía de von Urban, que había trabajado con Steinach y estaba entusiasmado con los resultados que había podido comprobar. Consiguió que Federn insistiera sobre ello ante Freud, quien se dirigió entonces a von Urban para preguntarle cuáles habían sido sus experiencias al respecto. Dos años más tarde, sin embargo, Freud manifestó a Ferenczi que no había percibido beneficio alguno de esta operación.

El resto del año estuvo colmado de visitas casi diarias a Pichler y cambios constantes introducidos en el «monstruo», en la esperanza de conseguir la suficiente comodidad para hacer posible el habla. Se le hicieron además varios tratamientos de rayos X en la boca durante esos meses. Freud no pudo recibir ningún paciente hasta el Año Nuevo. Durante seis meses no había tenido ingreso alguno, y sus gastos habían sido considerables. Insistió en pagar a Pichler honorarios completos, tal como lo hizo con los demás médicos.

Su producción más importante de este año fue un libro con el que entraba en un terreno completamente nuevo, *El Yo y el Ello*, que apareció en la tercera semana de abril. Lo había comenzado en el mes de julio del año anterior, que fue uno de los períodos más productivos de Freud. Había escrito a Ferenczi: «Estoy ocupado con una cosa un tanto especulativa, una continuación de *Más allá del principio del placer*. Lo que saldrá de ello será un pequeño libro o bien nada.» Freud, posteriormente, escribió a Ferenczi: «Ahora me encuentro bajo la conocida depresión que sigue a la corrección de las pruebas, y me estoy jurando a mí mismo no incurrir nunca más en semejante embrollo. Se me ocurre que después del *Más allá del principio del placer* la curva ha descendido bruscamente. Este trabajo estaba aún lleno de ideas y bien escrito, la *Psicología de las masas* está bien cerca de la banalidad y en cuanto a este libro es decididamente oscuro, está compuesto de una manera artificial y mal escrito... Con excepción de lo que se refiere a la idea básica del "ello" y el esquema acerca del origen de la moral, estoy disconforme realmente con todo lo que contiene este libro».

Freud escribió durante este año varios artículos, prólogos y otras cosas por el estilo, amén de dos trabajos publicados en enero de 1923 que habían sido escritos el año anterior: *Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación de los sueños* y *Una neurosis demoníaca del siglo XVII*.

El trabajo más importante que escribió Freud en 1923, realizado en el mes de febrero, fue publicado en el número de abril del *Zeitschrift*. Se titulaba «La organización genital infantil de la libido».

Este año fue principalmente cubierto por las penosas complicaciones a que dieron lugar las críticas de Abraham a Ferenczi y Rank y los notables cambios operados en la personalidad de éste último, a todo lo cual nos hemos referido ya en el capítulo anterior. Freud, se había propuesto seriamente asistir al Congreso a realizarse en abril, si bien le manifestó a Abraham el temor de que el escuchar la lectura de quince trabajos sería un esfuerzo excesivo para él. Freud escuchaba por principio todos los trabajos leídos en cada uno de los Congresos a que asistió, ejemplo éste que más tarde fue seguido por su hija. Pero en el mes de marzo sufrió un ataque de gripe, que le dejó ciertas secuelas en la mucosa de la nariz y de los senos nasales (una vieja afección de Freud), de modo que se vio obligado a tomarse un descanso.

Freud había reiniciado su trabajo profesional el día 2 de enero, con seis pacientes, pero la dificultad que tenía para hablar hacía que esto resultara muy cansado. «Usted es de aquellos que se niegan a creer que ya no soy el mismo hombre de antes. Pero estoy, en realidad, muy cansado y necesitado de descanso, apenas puedo realizar mis seis horas de trabajo analítico y no puedo pensar en hacer ninguna otra cosa. Lo sensato sería renunciar a todo mi trabajo y mis obligaciones y esperar en un tranquilo rincón la llegada del fin natural de todo. Pero la tentación —para no decir la necesidad— de seguir ganando algo cuando los gastos son tantos, es poderosa». El «monstruo» era fuente de constantes de molestias y tenía que ser modificado cada varios días. Se hizo una segunda prótesis en febrero y otra en octubre, pero sin mucho éxito. Se le permitió fumar, pero para mantener el cigarro entre los dien-

tes tenía que forzar la apertura de la boca con la ayuda de un instrumento.

La noticia de la grave operación de Freud parece haber trascendido en Viena y hubo algunas expresiones de amistad. El *Neue Freis Presse* publicó un artículo elogioso el 8 de febrero; fue escrito por Alfred von Winterstein. Luego de esto el Consejo Municipal, entonces con mayoría demócrata socialista, le confirió el título de ciudadano honorario (*Bürgerrecht*) de Viena, título semejante al de ciudadano honorario inglés. «La idea de que mi próximo 68.° aniversario pueda ser el último de mi vida parece habérsele ocurrido también a otros, ya que las autoridades de Viena se han apresurado a conferirme en ese día el *Bürgerrecht*, para lo cual se espera habitualmente el 70 cumpleaños». Freud no mencionó esa nueva a Ferenczi, y cuando éste le inquirió al resto, le contestó: «Es poco lo que cabe decir acerca del *Bürgerrecht* a que usted se refiere. No parece ser esencialmente más que un ritual, algo simplemente para el Sábado[1]».

También Stekel, movido probablemente por las mismas consideraciones, así como también por una resurrección de su viejo vínculo personal con Freud, llegó a contestar a Stekel. Probablemente no lo hizo pero de lo que no hay dudas es que no se entrevistó con él.

El 24 de abril nació el sexto y últimos de los nietos de Freud, Clemens Raphael.

El octavo Congreso Psicoanalítico Internacional

1. *Man, kann Schabbes davon machen.* (En su traducción de esta frase, el Dr. Jones olvida el hecho de que es un dicho judío de carácter irónico. Significa literalmente "Uno puede sacar de él el Sábado", es decir, la comida del Sábado. Pero su verdadero significado es que no sirve para nada en absoluto. — *Eds.*)

se realizó del 21 al 23 de abril en Salzburgo, sede del primer Congreso realizado 16 años antes. Ocho fueron los miembros que asistieron a uno y otro Congreso: dos de ellos viven aún. Hitschman y yo. Inmediatamente después del Congreso me dirigí a Viena para visitar a Freud y llevarle mi informe. Permanecí en esa ciudad tres días. Me produjo una fuerte impresión por supuesto, el cambio operado en su fisonomía y la gran alteración de su voz, amén de que había que acostumbrarse a verle mantener la prótesis en su lugar con el pulgar. A la larga, sin embargo, esto último daba la impresión de concentración filosófica. Inmediatamente se advertía que la inteligencia y la fineza mental de Freud no había cambiado. También Abraham se había propuesto visitarlo, pero el corto visado obtenido para Austria ya había expirado. El y Ferenczi enviaron a Freud amplios informes del Congreso, y Freud se sintió muy aliviado al saber que éste había transcurrido sin incidencias desagradables. Había temido mucho que las críticas de Berlín a Ferenczi y Rank provocaran una escisión mayor.

Romain Rolland visitó a Freud el 14 de mayo. Quien lo llevó a su casa fue Stephan Zweig. Pasaron juntos la velada, y Zweig actuó de intérprete. Con su defectuosa pronunciación, le resultaba a Freud bastante difícil, a ratos, hacerse entender en alemán, de modo que el francés estaba enteramente fuera de su alcance. Lo mismo ocurrió dos años más tarde en ocasión de la visita que Freud hizo a Yvette Guilbert en el Bristol Hotel. Dirigiéndose al esposo de Yvette, hizo esta patética observación: «Mi prótesis no habla francés».

George Seldes ha tenido la gentileza de hacerme conocer los detalles del siguiente incidente ocurrido

en esa época. Dos jóvenes, Leopold y Loeb, habían realizado en Chicago lo que ellos describían como un «crimen perfecto». Fueron descubiertos, sin embargo, y el largo proceso que siguió a esto fue motivo de una sensación de primer orden en Estados Unidos. Sus pudientes parientes y amigos hicieron todo esfuerzo posible por salvarlos de la pena capital, cosa que finalmente no pudieron evitar. Seldes, que formaba parte de la redacción del *Chicago Tribune*, recibió instrucciones del Coronel McCormick de dirigir a Freud el siguiente telegrama: «Ofrecimiento de 25.000 dólares o cualquier otra cifra que disponga, venir a Chicago a psicoanalizarlos (es decir, a los asesinos)». Freud contestó a Seldes, en carta fechada el 29 de junio de 1924:

> Recibí su telegrama con retraso, a causa de un error en la dirección. En respuesta al mismo debo declarar que no se puede pretender que yo esté en condiciones de emitir una opinión autorizada acerca de personas y un hecho de los que sólo tengo informes periodísticos y careciendo de una oportunidad para un examen personal. He tenido que declinar una invitación de la Hearst Press para ir a Nueva York por el tiempo que dure el proceso, por razones de salud.

Esta última frase se refiere a una invitación de Hearst, de Chicago, para que viajara a Estados Unidos a «psicoanalizar» a los dos delincuentes y presumiblemente demostrar que no debían ser ejecutados. Hearst ofrecía a Freud cualquier suma que quisiera proponer, y habiéndose enterado de que se hallaba enfermo estaba dispuesto a fletar un barco especial para que pudiera realizar el viaje al abrigo de toda molestia.

En el mes de junio Freud, con todo optimismo, reservó comodidades para el mes de julio en el Walhaus, Flims, en el Cantón Grisons. A menudo había tenido el deseo de pasar una vacaciones en Suiza, pero siempre ocurría algo que lo hacía imposible. También esta vez sufrió un desengaño, ya que la molestia local de la boca lo obligó a permanecer al alcance de su cirujano. Alquiló entonces la villa Schüler, en el Semmering, desde donde hacía visitas regulares a Viena.

Entre las noticias que tuve que comunicar a Freud en esa época una era la del éxito obtenido por Sachs en una serie de conferencias que pronunció en Londres ese verano, y otra, más sorprendente, se refería a que en el National Elisteddford de Gales, el bardo máximo había sido premiado con un poema referente al psicoanálisis.

La hija de Oliver Freud, Eva Matilde, nació el 3 de septiembre. Era la segunda nieta de Freud, ya que Miriam Sophie, hija de Martin, nació el 6 de agosto de 1924.

Ese año trajo a Freud un serio desengaño personal, comparable apenas al que le produjo el caso de Rank. Frink, de Nueva York, había reanudado su análisis en Viena en abril de 1922 y continuado hasta febrero de 1923, y Freud se había formado de él la más alta opinión. Era, con mucho, según Freud decía, el más dotado de los norteamericanos que había conocido, el único de cuyo talento podía esperar algo. Frink había pasado, durante el análisis, por una fase psicótica —tuvo que tener a su lado por un tiempo, un enfermero—, pero Freud consideraba que la había superado completamente y esperaba verlo convertido en el principal psicoanalista de Estados Unidos. Desgraciadamente, a su regreso

a Nueva York, Frink se comportó en forma arrogante con los analistas de más edad, especialmente Brill, hablando con todo el mundo de que todos ellos ya eran anticuados. El segundo casamiento de Frink, que tanto escándalo había causado y en el cual se habían cifrado grandes esperanzas de dicha, resultó ser un fracaso, y la esposa había iniciado un juicio de divorcio. Esto junto con la reyerta que él mismo provocaba, deben hacer sido la causa que precipitó un nuevo ataque. Frink me escribió en noviembre de 1923 que, por razones de salud, tenía que interrumpir su colaboración en el *Journal*, así como su práctica profesional. En el verano siguiente estaba internado como paciente en el Phipps Psychiatric Institute y ya nunca recuperó su salud mental. Falleció en el Chapel Hill Mental Hospital de North Carolina aproximadamente unos diez años más tarde.

Freud se había mostrado impaciente y había manifestado críticas acerca de la lentitud de la traducción de sus obras completas en inglés, sin advertir la inmensa labor que ello significaba si se quería realizar el trabajo con todo cuidado. Pero finalmente comenzaron a aparecer. «La noticia que me envía Mrs. Rivière acerca del primer tomo de la colección, resultó un placer y una sorpresa. Confieso que estaba equivocado. Yo subestimaba la duración de mi existencia o la energía puesta por ustedes en la empresa. Las perspectivas que me hace conocer usted en su carta acerca de los volúmenes siguientes me parecen espléndidas». Más tarde, cuando el primer tomo de los *Colected Papers* llegó realmente a sus manos, escribió: «Veo que ha logrado usted su propósito, asegurando en Inglaterra un lugar para la literatura psicoanalítica, y lo congratulo por este

resultado, al que yo ya había renunciado casi por completo».

A fines de ese año, Helene Deutsch propuso la creación de un Instituto Didáctico, Bernfeld como Vicedirector y Ana Freud como Secretaria.

Hacia fin de año, por precaución, Freud fue sometido a varios tratamientos de rayos X, aun cuando no se había producido aún una recidiva del cáncer.

En 1924 Freud publicó, aparte de algunos prólogos y otras cosas por el estilo, cinco trabajos. Dos de ellos, *Neurosis y psicosis* y *La pérdida de la realidad en las neurosis y psicosis*, representaban una mera extensión de ideas expuestas en su libro *El yo y el ello.*

En abril apareció un trabajo muy importante, *El problema económico del masoquismo.* Lo que sirvió de estímulo para escribirlo fueron ciertos desconcertantes problemas que surgieron como consecuencia de los conceptos expuestos en su libro *Más allá del principio del placer.*

En octubre y noviembre de 1923, aún en plena convalecencia de su operación radical, Freud había escrito, por encargo, una breve noticia sobre psicoanálisis, en parte autobiográfica, para los editores norteamericanos de la Enciclopedia Británica. Apareció en ésta en el verano de 1924, bajo el título bastante sensacional de *Psicoanálisis: Explorando los ocultos reductos de la muerte,* como Capítulo LXXIII de un volumen titulado *Estos años memorables. El siglo XX en plena obra, tal como lo ven muchos de sus artífices.* Cuatro años más tarde se publicó en los *Gesammelte Schriften* con el título de *Kurzer abriss der Psychoanalyse* («Breve reseña del Psicoanálisis»).

En el mes de febrero de 1925 Freud informaba que no se le habían ocurrido nuevas ideas en los últimos cuatro meses transcurridos, período éste que era el más largo que podía recordar. Pero esta situación no duró mucho.

Abraham y su esposa proyectaba realizar una visita a Viena durante la Pascua, y Freud estaba tan ansioso como él mismo de que ésto se llevara a cabo. Pero justamente entonces Pichler se hallaba empeñado en rehacer la prótesis bucal, cosa que prácticamente privaba a Freud de la capacidad del habla, a la vez que le causaba una gran incomodidad. Muy contra sus deseos, Freud tuvo que prescindir de la visita de Abraham, aún cuando abrigaba la esperanza de verlo en el verano. Fue ésta la última oportunidad en que podría haberse reunido con él, ya que durante el verano Abraham se hallaba en plena convalecencia del primer ataque de la enfermedad que finalmente resultó fatal. Falleció en diciembre.

En mayo le envié a Freud la siguiente noticia: «Posiblemente habrá visto usted que Lord Balfour, en el discurso pronunciado en Jerusalén [1], se ha referido, de una manera personalmente amistosa, a los tres hombres que a su juicio han influido más en el pensamiento moderno, judíos los tres: Bergson, Einstein y Freud. En una reciente comida de la Sociedad Anglo-austríaca, a la que yo asistí, Lord Haldane, el huésped de la velada, se ocupó en su discurso de los aportes a la cultura hechos por Viena a través de las edades. Los cuatro nombres que destacó para ilustrar su disertación fueron los de Mozart, Beethoven, Bach y Freud». Freud acababa de recibir ejemplares de su *Autobiografía*, de los que

1. En el acto de inauguración de la Universidad Hebrea.

me envió dos para que yo los hiciera llegar a las dos personas en cuestión. Balfour acusó recibo del envío, pero no así Haldane.

El 30 de junio Freud partió para el Semmering, donde había alquilado nuevamente la Villa Schüler. Ese día la había aparecido una telangiectasis[1] en la encía, que fue destruida por el cauterio. Quince días antes le hicieron el curetaje de unos fondos de saco en la herida, bajo anestesia local, por supuesto, Antes de eso le tuvieron que obturar cuatro dientes, previa mortificación de la pulpa. Una semana antes de partir de Viena, en junio, tuvo nuevamente un papiloma y le fue cauterizada la mucosa circundante. Todas estas pequeñas intervenciones no representaban más que intervalos en la constante lucha por el mejoramiento de la prótesis, mediante una modificación tras otra, de lo cual se deduce hasta qué punto estaba Freud obligado a mantenerse cerca de su cirujano.

El 20 de junio fallecía José Breuer, a la edad de 84 años. Freud envió a la familia un expresivo pésame y escribió una nota necrológica para el *Zeitschrift*.

De nueva York llegaron buenas noticias: Brill había reasumido la Presidencia de la Sociedad local. Después de desempeñarse en el cargo apenas por dos años desde su fundación, lo había transferido a Frink por el término de dos años más, después de lo cual realmente no hubo ya ningún dirigente. Brill ocupó ahora el cargo en los críticos once años que siguieron, durante cinco de los cuales fue también presidente de la Asociación Psicoanalítica Norteame-

1. Un tumor constituido por vasos sanguíneos.

ricana. En la época en que abandonó estos dos cargos había regularizado las relaciones entre las dos instituciones y entre ellas y la Asociación Internacional. En sus cuarenta años de actividad, por su inconmovible adhesión a las verdades del psicoanálisis, su manera amistosa, pero insobornable, de combatir a los enemigos del mismo y su invariable disposición a ayudar a los analistas más jóvenes, prestó al psicoanálisis en Norteamérica mayores servicios que ninguna otra persona. En la época a que nos estamos refiriendo, la lucha por el reconocimiento en Norteamérica era especialmente seria, y no era nada fácil lograr nuevos adherentes. En 1925, por ejemplo, sólo había un analista al occidente de Nueva York: Lionel Blitzsten, en Chicago.

En Pentecostés, Abraham había pronunciado algunas conferencias en Holanda y volvía de allí con una tos bronquial. La historia que nos contaron entonces era que se había tragado, en un descuido, una espina de pescado que se alojó en un bronquio. El mal se resistía a ceder y se creyó que había traído como consecuencia una bronquiectasis crónica. En julio se dirigió a Wengen, luego a Sils María, de donde volvió con una ligera mejoría. Pero en el Congreso de Homburg, que él había de presidir, era un hombre enfermo y evidentemente se hallaba bajo la influencia de la morfina con que trataba de contener su tos crónica. De regreso en Berlín, fue tratado de la garganta por Fliess, el antiguo amigo de Freud, e informó luego su asombro al hallar la estrecha relación entre las fases de su misteriosa enfermedad y los cálculos numéricos de Fliess. Dado que Abraham siempre se había mostrado muy escéptico en cuanto a las ideas de Fliess, habría que atribuir su conversión a la extrañeza que le producía —y que

todos compartían— la imposibilidad de llegar a un diagnóstico razonable de su afección.

El Congreso de Homburg que tuvo lugar del 2 al 5 de septiembre, había sido un éxito, si bien no alcanzó el nivel científico logrado en el anterior. Habían asistido muchos norteamericanos, y comenzaban a hacerse evidentes las serias divergencias —entre ellos y los grupos europeos— acerca de la zarandeada cuestión del análisis profano. Le sugerí a Eitingon que el Congreso creara una Comisión Didáctica Internacional, cuya función sería la de coordinar en lo posible los métodos y principios de la formación de candidatos a analistas en las diversas Sociedades, y proporcionar la oportunidad de discusión común de los problemas técnicos del caso. Eitingon se mostró entusiasta y logró que Rado hiciera la necesaria proposición en la reunión administrativa, donde fue inmediatamente aceptada. Esto dio lugar más adelante, por desgracia, a nuevos inconvenientes, cuando el siguiente Presidente, Eitingon, que también lo era de la Comisión, sostuvo, con el apoyo, hasta cierto punto, de Freud y Ferenczi, que la Comisión tenía el derecho de imponer en todas partes los mismos principios y reglas de admisión, punto de vista éste que muchos de nosotros, especialmente, los de América, resistíamos.

Pero el verdadero acontecimiento del Congreso fue la noticia de que Freud había confiado a su hija Ana la lectura de un trabajo que había escrito especialmente para la ocasión. Esta muestra de atención de su parte, así como el contenido del trabajo y la forma en que fue leído, causaron general agrado. El trabajo, se titulaba *Algunas consecuencias psicológicas de la diferencia anatómica entre los sexos.*

Durante un corto tiempo Freud no pudo conci-

liar el sueño a causa del dolor del maxilar inferior izquierdo. Se descubrió que un diente incluido se había infectado, originando un absceso. El 1 de noviembre la pieza fue extirpada, junto con un quiste dentario. La intervención debe haber sido bastante desagradable, pero lo único que al respecto se le oyó decir a Freud es que había sido hecha con gran elegancia. Una semana después fue expulsado un secuestro óseo.

Freud se estaba convirtiendo en una especie de sensación que obligaba a todos los que llegaban a Viena a hacerle una visita. Años más tarde esto llegó a transformarse en una verdadera plaga y Freud, por otra parte, solía discriminar poco en cuanto a los visitantes.

El primero de ellos fue el famoso escritor francés Lenormand, quien quería discutir con Freud la obra de teatro sobre Don Juan de que es autor. Hizo a Freud una impresión muy seria y simpática, y ambos concordaron en que los escritores que no hacen más que tomar los datos del psicoanálisis para sus creaciones debían ser considerados peligrosos e indignos.

Durante la Pascua recibió varias visitas de analistas: Alexander, Landauer y Pfister. Freud manifestó además que le había resultado excepcionalmente interesante una conversación de dos horas que mantuvo con Brandes, el famoso ensayista danés. En esa época le volvió a visitar también, por dos veces, el conde Keyeserling, pero sus entrevistas parecen haber derivado en una consulta, ya que Freud le aconsejó que se pusiera en manos de Abraham.

En diciembre recibió la visita de otros dos conocidos escritores, Emil Ludwing y Stephan Zweig. Freud declaró que el primero de éstos no le había

hecho ninguna impresión especial, y Ludwig, a juzgar por el sorprendente libro sobre Freud que escribió más de veinte años después, evidentemente le devolvió el cumplido.

Resultaba doloroso consignar que en los últimos meses de vida de Abraham, sus relaciones con Freud fueron menos favorables que en ningún otro momento, si bien esto tenía las características indudables de una cosa transitoria. Todo comenzó cuando Samuel Goldwyn, el famoso director cinematográfico, hizo a Freud la oferta de cien mil dólares a cambio de colaborar en la producción de una película que describiría escenas de famosas historias de amor, que comenzaría con Antonio y Cleopatra. Freud se sintió muy divertido frente a esta ingeniosa manera de explotar la asociación entre psicoanálisis y amor, pero, por supuesto, rechazó la oferta de Goldwyn e incluso se negó a entrevistarlo. Hans Sachs informó que el telegrama con que Freud rechazó la oferta creó en Nueva York una sensación mayor de la de su obra maestra *La interpretación de los sueños*. En el mes de junio Neuman, en nombre de la Ufa Film Company, sugirió la producción de una película que ilustrara algunos de los mecanismos del psicoanálisis. Abraham, a quien se le habló al respecto, pidió a Freud su opinión, y por su parte creía que sería mejor realizar una película bajo una supervisión auténtica y no con la ayuda de un analista «silvestre». Freud se negó a autorizarla por sí mismo, pero no hizo ningún intento serio de desalentar a Abraham si éste quería hacer el ensayo. Su objeción principal se basaba en la poca confianza que abrigaba en cuanto a la posibilidad de que, por abstractas, sus teorías pudieran ser presentadas al público en la forma plástica de una pe-

lícula. Si, no obstante, contra lo que él suponía, ello resultaba factible, volvería a considerar la posibilidad de autorizar la película, y en ese caso cedería a la *Verlag* cualquier suma que ingresara por tal motivo.

La película se hizo, y yo la vi en el mes de enero siguiente, en Berlín. La noticia causó bastante consternación, especialmente el hecho de que una película de esa índole fuera autorizada por el Presidente de la Asociación Internacional. Los periódicos ingleses, donde en ese momento se registraba una de las tantas olas de insultos al psicoanálisis, aprovecharon ampliamente la ocasión. Manifestaron que Freud, habiendo fracasado en su intento de lograr apoyo para sus teorías en los círculos profesionales, había descendido, en su desesperación, al recurso teatral de hacer la propaganda de sus ideas entre el populacho, mediante la exhibición de una película. Esto no hacía más que reflejar la típica mala voluntad con que se atacaba al psicoanálisis en todas las formas posibles.

En el mes de agosto Freud se quejó de que la compañía filmadora estaba anunciando, sin su consentimiento, que se estaba realizando la película, y que sería exhibida «con la colaboración de Freud». En Nueva York se afirmó que «cada metro de la película, *El misterio del alma*, habría de ser planeado y vigilado por el Dr. Freud». Por otra parte Sachs, sobre quien recaía la mayor responsabilidad de la película, a causa de la ininterrumpida enfermedad de Abraham, se quejó de que Stofer, entonces director de la *Verlag*, hacía circular ejemplares de un artículo que había escrito en un periódico y en el que criticaba severamente la película. Bernfeld, entonces, elaboró otro guión cinematográfico, que junto con Sto-

fer ofreció a otras compañías. Trataron incluso de lograr la colaboración de Abraham en dicha empresa, pero éste invocó una importante cláusura del contrato que había firmado, que prohibía patrocinar oficialmente ninguna otra película psicoanalítica, y menos aún con intervención de la *Verlag*, por un período de tres años. Esto dio lugar a una agitada controversia, en el curso de la cual Abraham se formó una pobre opinión de la responsabilidad de los analistas vieneses. A Freud le pareció que esto último era exagerado, pero Abraham le envió una exposición detallada de sus críticas, recordándole a la vez cuán acertado había sido su juicio en el caso de Jung y de Rank. Esto más bien molestó a Freud, quien le dijo que no había razón alguna para que estuviera acertado *siempre*, pero con todo, si también esta vez tenía razón, no dejaría de otorgársela nuevamente. La correspondencia quedó interrumpida en esta carta, en la que Freud le expresaba sus mejores deseos de restablecimiento.

Abraham se había mostrado constantemente optimista en cuanto a su salud, pero ésta iba empeorando constantemente, sin que los médicos supieran decir a qué se debía. A Freud esto le pareció de mal agüero y comenzó a demostrar gran asiedad acerca del curso futuro de los hechos. En octubre Abraham informó de una complicación: un hígado inflamado y dolorido. A su juicio se trataba de una molestia de la vesícula, por lo cual insistió en que se le hiciera una intervención, para lo cual elegiría una fecha de acuerdo con los cálculos de Fliess. La operación se hizo, sin llegar a aclararse nada, e hizo más mal que bien. En la misma carta transmitía Abraham un mensaje de simpatía a Freud de parte de Fliess. El comentario de Freud fue este: «Esta expresión de

simpatía al cabo de veinte años me deja bastante indiferente». Esto no deja de dar la impresión de que aún se sentía lastimado por la forma en que Fliess se apartó de él.

La ansiedad continuó, y algunas semanas más tarde, Freud ya había perdido casi toda esperanza de ver restablecido a Abraham. A la luz de los actuales conocimientos médicos no cabe dudar de que la misteriosa enfermedad del caso debe haber sido un cáncer de pulmón, que hizo su inevitable evolución en poco más de seis meses. El 18 de octubre tuve la terrible noticia, en un telegrama de Sachs: «El estado de Abraham es desesperante». Una semana más tarde, el día de Navidad, se produjo el desenlace. Freud recibió la noticia el mismo día, e inmediatamente redactó la breve nota fúnebre, más tarde complementada por otra más amplia, de carácter biográfico, que hube de escribir yo. Refiriéndose a la frase de Horacio que aquí citaba (*integer vitae, scelerisque purus*)[1], me escribió: «Siempre me parecieron detestables las exageraciones en ocasión de un fallecimiento. He puesto todo cuidado en evitarlas, pero siento que esta cita es realmente justa». Muchos años antes, mientras presenciaba el acto de descubrir una placa recordatoria de Fleischl-Marxow, en 1898, había oído esas mismas palabras en boca del profesor Exner, el sucesor de Brücke, a propósito del extinto amigo. Difícilmente pudo Freud haber conocido jamás dos hombres que merecieran más que Fleischl y Abraham semejante elogio.

En la misma carta agregaba: «¡Quién habría pensado cuando nos hallábamos todos juntos en el Hartz, que él habría de ser el primero de abandonar

1. "Un hombre de vida recta e intachable".

esta vida sin sentido! Tenemos que trabajar y seguir juntos. Nadie puede remplazar la pérdida personal, pero en el trabajo nadie puede ser considerado irremplazable. Pronto habré de desaparecer yo —es de esperar que a los otros les tocará mucho más tarde—, pero la labor debe ser continuada: en relación con ésta todos somos igualmente pequeños».

El trabajo más importante de Freud en el año 1925 fue su *Autobiografía*, el más extenso de los esbozos de esta índole que habría de producir en diversas ocasiones. Constituye una de las más importantes fuentes para los estudiosos de Freud. Como era de esperar, dada la índole del trabajo, proporciona un relato de su carrera científica, a la vez que una reseña del desarrollo de sus ideas, más que una verdadera exposición de su vida.

Durante las mismas vacaciones escribió otro ensayo, también por encargo, probablemente en el mes de septiembre. Freud había prestado su nombre como miembro del Comité de Redacción de una Revista, la *Revue Juive*, que se publicaba en Ginebra. El Director Albert Cohen, le insistía en que le enviara una colaboración, usando como anzuelo la afirmación de que Einstein y Freud eran los dos judíos más distinguidos en ese momento. La colaboración, titulada «Las resistencias al psicoanálisis», apareció en esa revista en marzo de 1925. Después de una interesante disquisición acerca de la actitud ambivalente hacia cualquier cosa nueva (el miedo a la misma y a la vez su ansiosa búsqueda), Freud exponía razones por las cuales se podía atribuir la oposición al psicoanálisis a motivos afectivos, principalmente basados en la represión de la sexualidad. Dado que la civilización dependía de nuestro dominio sobre los

instintos primitivos, las revelaciones del psicoanálisis parecían constituir una amenaza a la solidez de ese dominio. Freud sugería finalmente que los prejuicios de carácter antisemita con respecto a su persona podían ser un motivo más de la enorme oposición a sus ideas y del carácter tan desagradable que ella asumía a menudo.

En el mes de enero de 1925 del *Zeitschrift* apareció un breve trabajo con el curioso título de «A Note upon the Mystic Writing Pad» *. Los otros dos trabajos de índole clínica publicados en 1925, «La negación» y «Algunas consecuencias psicológicas de las diferencias anatómicas de los sexos».

* Traducido al castellano con el título de *El block maravilloso*. (Nota del Traductor.)

IV

FAMA Y SUFRIMIENTO

(1926-1933)

La muerte de Abraham no sólo dejó una brecha irreparable sino también importantes cuestiones por resolver. Estaba ahí, ante todo, el problema de reemplazarlo en el Comité. Dado que Brill se hallaba demasiado lejos para lograr una comunicación asidua, con él sugerí los nombres de James Glover, van Ophuijsen, Rado y Joan Rivière, pero se resolvió continuar sin cambios. Quedaban, además, dos presidencias sin vacantes. Ferenczi expuso su pretensión de ser el próximo Presidente de la Asociación Internacional, pero Freud, al ser informado de ello, dijo que significaría una seria ofensa para Eitingon, dado que por ser el Secretario, quedaba entendido que le correspondía ser el sucesor de Abraham. No estábamos del todo seguros de que Eitingon aceptaría el pesado cargo, que, entre otras cosas, le impediría continuar con su viejo hábito de tomarse largas vacaciones en el extranjero, en distintas épocas del año. Sin embargo, no sólo expresó estar dispuesto a aceptar el cargo sino que comenzó a mostrar desde ese

momento un alto sentido de responsabilidad, que no dejó de ser una sorpresa para muchos. En cambio, rechazó firmemente la idea de ocupar el lugar de Abraham en la presidencia de la Sociedad Alemana. Para ese cargo la elección recayó, después de muchas discusiones, en Simmel, quien por cierto no defraudó tampoco nuestras esperanzas. Ana Freud reemplazó a Eitingon como Secretaria de la Asociación Internacional.

Freud, desde su operación mayor, había renunciado a asistir a las reuniones de la Sociedad de Viena, pero se impuso a sí mismo el hacer una excepción a esto al realizarse el 6 de enero, el acto de homenaje póstumo a Abraham. El número siguiente debió haber sido dedicado a conmemorar el 70 aniversario de Freud, pero éste dio instrucciones a Rado, el activo director de la Revista, para que postergara ese homenaje a él y dedicara el número a las noticias fúnebre de Abraham, que Rado pensaba publicar a fin de año. «No se pueden celebrar festejos antes de cumplir con los deberes de un duelo».

El 17 y el 19 de febrero Freud sufrió en la calle leves accesos de angina de pecho (estenocardia). No hubo, aparte del dolor, ni disnea ni angustia. Al producirse el segundo de estos episodios se hallaba Freud a pocos pasos de la casa de un conocido médico, amigo suyo, el doctor Braun, hasta donde consiguió llegar. Braun hizo el diagnóstico de miocarditis y aconsejó un tratamiento de quince días en un sanatorio. Freud desoyó el consejo y, siquiera por una vez, se mostró optimista acerca de su afección, que atribuyó, con toda razón, a una intolerancia al tabaco. Había estado fumando unos cigarros desnicotinizados, pero aún así se registraban, en cada ocasión, molestias cardíacas. Para él esto era un inquie-

tante presagio de que la abstinencia ya no le resultaba nada dura. Ferenczi estaba convencido de que esto se trataba de una cosa de índole psicológica y se ofreció a venir a Viena por unos meses, para analizarlo. Freud se sintió conmovido por el ofrecimiento, y luego de agradecerle, agregaba: «Bien puede ser que esto tenga raíz psicológica y es extremadamente dudoso que ello pueda ser dominado por el psicoanálisis; además, cuando uno ya ha llegado a los setenta, ¿no tiene derecho acaso a toda forma de descanso?»

Freud se conformó, por un tiempo, con llevar una vida tranquila y no atender más que tres pacientes por día. Pero la insistencia de Braun, reforzada con una consulta con Lajos Levy, de Budapest, terminó por decidirlo a internarse el 5 de marzo, en el Cottage Sanatorium, donde siguió tratando a sus tres pacientes. Su hija Ana dormía en la habitación contigua y actuaba como enfermera del padre durante medio día, mientras que la mujer y la cuñada se turnaban el resto de la jornada. Nos informó jocosamente que se había tomado unas vacaciones en la Riviera. Volvió a su casa el viernes 2 de abril (Viernes Santo).

Freud estaba tomando ahora más en serio su afección, y escribió acerca de esto a Eitingon lo que sigue:

Sí, con toda seguridad recibiré al Comité, usted, Ferenczi, Jones y Sachs a comienzos de mayo. Me propongo interrumpir mi trabajo del 6 al 10 de mayo para dedicarme exclusivamente a ustedes, mis huéspedes. Una cosa que contribuye a ello es la idea de que bien puede ser éste el último encuentro con mis amigos. Digo esto sin mal ánimo contra el destino, sin tener que ha-

cer esfuerzo alguno de resignación, sino simplemente como un hecho, si bien sé lo difícil que resulta convencer a los demás de que lo veo así. Cuando no se es un optimista, como lo fue nuestro Abraham, se lo cree a uno naturalmente un pesimista o un hipocondríaco. Nadie puede creer que yo pueda estar preparado para algo desfavorable por el solo hecho de que sea, según toda probabilidad, lo que va a ocurrir.

Es cosa bien segura que yo muestro signos de una afección en el miocardio que no puede ser tratada con sólo dejar de fumar. Lo que dicen mis médicos acerca de que es apenas una cosa leve y que pronto habrá una gran mejoría y cosas por el estilo, no es, por supuesto, que más que una historia calculada pensando en que yo no soy un aguafiestas y que me portaré bien y que no he de atentar contra las convenciones establecidas. No me siento nada bien aquí, y aunque realmente esto fuera la Riviera, hace mucho que hubiera vuelto a casa.

...La cantidad de transtornos corporales que padezco hace que me pregunte por cuánto tiempo más estaré en condiciones de continuar con mi trabajo profesional, especialmente en vista de que la renuncia al dulce hábito de fumar ha tenido como consecuencia una gran disminución de mis intereses intelectuales. Todo esto proyecta una amenazante sombra sobre el cercano porvenir. La única cosa que me inspira miedo es la perspectiva de una prolongada invalidez, sin posibilidad de trabajar: para decirlo más claramente, sin posibilidad de ingresos. Y esto es precisamente lo que con más probabilidad ocurrirá. No poseo lo suficiente como para seguir viviendo como hasta aquí ni seguir afrontando mis incesantes obligaciones sin ingresos. En última instancia, son estas serias consideraciones de índole personal las que importan.

Usted podrá comprender que ante esta conjunción de cosas —el peligro de la incapacidad de trabajar por la dificultad para hablar y para oír, por una parte, y por la otra el agotamiento intelectual— no puedo sen-

tirme descontento con mi corazón, ya que la afección al corazón abre en mí la perspectiva de un final no muy dilatado ni demasiado desdichado... No ignoro, naturalmente, que la incertidumbre en el diagnóstico tiene también el otro aspecto, que puede tratarse solamente de una advertencia momentánea, que la inflamación puede disminuir, tec. Pero, ¿por qué ha de ocurrir todo tan placenteramente a los setenta? Por otra parte, nunca me he conformado con las sobras. Ni siquiera he podido conformarme cuando sólo me quedaba un par de cigarros en mi caja.

¿Que por qué le estoy contando todo esto? Probablemente para evitarme el hacerlo cuando usted esté aquí. Además, para lograr su ayuda para aliviarme en lo posible de las formalidades y festejos que se acercan... No cometa el error de pensar que estoy deprimido. Considero un verdadero triunfo el mío el mantener siempre un juicio claro cualesquiera sean las circunstancias y no dejarme engañar por la euforia, como el pobre Abraham. Sé también que, a no ser por esta única preocupación que tengo de que pueda llegar a no poder trabajar, me consideraría un hombre digno de envidía. Luego a una edad tan avanzada; encontrar tanto y tan cálido afecto en la familia y en los amigos; tanta esperanza de éxito —si no el éxito mismo— en una empresa tan azarosa: ¿quién más ha llegado a obtener tanto?

De regreso a Viena, Freud continuó llevando una existencia de semiinválido. Todas las mañanas antes de iniciar su trabajo, solía hacer un viaje a los verdecidos suburbios de la ciudad. Esto le dio la oportunidad de conocer la hermosura de la primavera naciente: ¡el tiempo de las lilas en Viena! ¡Qué lástima tener que llegar a viejo y estar enfermo para venir a descubrir esto!

A comienzo del año el ánimo de Freud comenzó a conturbarse con la proximidad de su 70 aniver-

sario. Lo que lo perturbaba no era, de ningún modo, el simple hecho de sentir que estaba envejeciendo, sino la idea de los diversos actos celebratorios a que sin duda daría lugar el acontecimiento. Ya había habido anteriores fiestas de cumpleaños bastante malas, pero éste tenía perspectivas aún peores.

En un determinado momento pensó huir de todo eso enclaustrándose por una semana en un sanatorio pero finalmente le pareció que sería una conducta cobarde y demasiado desconsiderada para con todos aquellos que lo apreciaban.

Durante varios días hubo una lluvia de cartas y telegramas de felicitación procedentes de todas partes del mundo. Las cartas que más satisfacción le produjeron fueron las de Brandes, Einstein, Yvette Guilbert, Romain Rolland y la Universidad Hebrea de Jerusalén, de la cual él era uno de los Directores. Se sintió evidentemente conmovido al recibir una carta de felicitación de la viuda de Breuer.

Todos los diarios de Viena, así como también muchos de Alemania, publicaron artículos especiales, la mayor parte de ellos llenos de apreciaciones favorables. Los mejores fueron los de Bleuler y Stephan Zweig.

Por su parte, el mundo académico de Viena —la Universidad, la Academia, la Sociedad Médica, etcétera— ignoraron por completo el acontecimiento. Este comportamiento le pareció sincero a Freud. «Cualquier congratulación que proviniera de ellos me parecería insincera.»

La Logia judía Bnei Brith, de la que Freud era miembro, le dedicó un número especial de su periódico, que contenía una cantidad de artículos amistosamente inspirados. «En su conjunto, eran bastan-

te inofensivos. Yo me considero uno de los más peligrosos enemigos de la religión, pero ellos no parecen tener ninguna sospecha al respecto». También realizaron una fiesta en homenaje, en la que el Profesor Ludwig Braun —el médico de Freud— pronunció un discurso muy brillante. La familia de Freud estuvo presente, pero no así él: «Mi presencia hubiera resultado embarazosa, y de mal gusto además. Cuando alguien me insulta, me puedo defender, pero contra el elogio me encuentro indefenso... En general, los judíos me tratan como a un héroe nacional, si bien mi único servicio a la causa judía se reduce al hecho de no haber renegado nunca de mi condición de judío».

Llegado el día —6 de mayo— se reunieron en la casa de Freud y le hicieron entrega de una donación de 30.000 marcos (£ 1.500), importe recolectado entre los miembros de la Asociación. Freud destinó las cuatro quintas partes del dinero a la *Verlag* y lo demás a la Clínica de Viena. Al darnos las gracias, Freud pronunció una alocución de despedida. Una cosa que nos manifestó era que debíamos considerarlo ahora retirado de toda participación activa en el movimiento psicoanalítico y que en el futuro sólo deberíamos contar con nosotros mismos. Nos hizo un requerimiento, además, de que fuéramos testigos, ante la posteridad, de cuán buenos amigos había tenido. La parte más enfática de su alocución fue, sin embargo, aquella en que nos pidió que no nos dejáramos engañar por aparentes éxitos, en virtud de una subestimación de la intensidad de la oposición que aún habría que superar.

Al día siguiente, mantuvo su última reunión con el Comité en pleno. Se prolongó durante siete horas y media —aunque no en forma continuada por su-

puesto—, sin que él mostrara signo alguno de cansancio.

El tercer número del *Zeitschrift* de ese año, tuvo carácter conmemorativo, en homenaje a Freud, y reproducía un retrato de éste, especialmente hecho para la ocasión por el conocido artista vienés Profesor Schmutzer. Cuando Freud se enteró de que Ferenczi había recibido el encargo de hacer la nota introductoria de salutación, le escribió: «Si en lugar del artículo que me tocó hacer cuando usted cumplió cincuenta años me hubiera visto obligado a escribir dos más, habría terminado por sentirme agresivo contra usted. Yo no quisiera que una cosa así le ocurra a usted ahora, de modo que será bueno tener en cuenta la necesidad de un poco de higiene emocional para el caso».

El 17 de junio Freud alquiló comodidades en la Villa Schüler, en el Semmering, donde permaneció hasta el fin de septiembre. Desde allí realizó frecuentes visitas a su cirujano, en Viena, en su empeño de lograr, mediante sucesivas modificaciones, una mayor comodidad con su terrible prótesis. Sufrió mucho durante ese verano, y sólo un par de meses después mejoró de su afección al corazón. Así y todo, lo pasó mejor un mes o dos, al final de sus vacaciones, y en ese lapso estuvo tratando dos pacientes por día.

Ferenczi llegó el 22 de agosto, para permanecer una semana antes de partir, el 22 de septiembre, para Estados Unidos. Cuando se dirigía a Cherburgo, para embarcarse, se encontró con Rank en París, en una agencia de viajes. Curioso encuentro debió haber sido éste de dos hombres que habían colaborado tan estrechamente apenas dos años antes. Fue una semana muy feliz la que transcurrió en el Sem-

mering, y fue la última ocasión en que habría de sentirse feliz en compañía de Ferenczi. Porque estamos aquí en el comienzo de una historia bien triste en cuanto a las relaciones entre los dos. Hacía un tiempo que Ferenczi se sentía insatisfecho y aislado en Budapest y en la primavera tuvo deseo de trasladarse a Viena, cosa que no contó con el apoyo de su mujer. En abril había recibido una invitación de Frankwood Williams para dar una serie de conferencias en la *New School of Social Research* de Nueva York, y aceptó la invitación, con la aprobación de Freud. Pronunció la primera conferencia el 5 de octubre de 1926, en un acto que presidió Brill. Cierta intuición premonitoria, basada probablemente en las desdichadas consecuencias que habían tenido los viajes similares de Jung y de Rank, me movió a aconsejarle a Ferenczi que no aceptara la invitación. Pero él no hizo caso de mi consejo e hizo el plan de quedarse seis meses en Nueva York y analizar en este lapso el mayor número posible de personas. El resultado del viaje no hizo más que justificar mi premonición.

Al regresar de sus prolongadas vacaciones, Freud decidió tomar sólo cinco pacientes, en lugar de los seis que atendía antes, pero dado que en ese momento aumentó sus honorarios de veinte a veinticinco dólares, la reducción de horas de trabajo no le produjo ninguna pérdida económica. Otra innovación de esa época consistió en que, dado que aún no se sentía en condiciones de dirigir las reuniones de la Sociedad de Viena, consintió en recibir en su casa un reducido número de miembros selectos de la misma, el segundo viernes de cada mes, para realizar con ellos una reunión científica nocturna.

El 25 de octubre, invitado por Rabindranath Ta-

gore, que se hallaba en Viena, Freud le hizo una visita. Tagore no debe haberle hecho gran impresión, ya que al ser visitado poco después por otro hindú —Gupta, profesor de filosofía en Calcuta— Freud hizo este comentario: «Por el momento, mis necesidades en cuanto a hindúes están completamente satisfechas».

Puesto que estoy describiendo, en sus diversas fases, las relaciones personales de Freud con los miembros del Comité, que tanto significaba para él, no puedo dejar de referirme a mí mismo en este aspecto. Durante diez años, a partir de 1922, la relación conmigo no fue excelente como lo había sido antes y lo sería más tarde nuevamente durante esta década, si bien no me había retirado su afecto y a ratos éste solía expresarse cálidamente, Freud mostró hacia mí una actitud más crítica y menos íntima. Las dificultades comenzaron cuando Rank lo predispuso contra mí, y hubo de transcurrir mucho tiempo antes de que Freud abandonara la ojeriza contra Abraham y contra mí por todo lo que hicimos para desengañarlo respecto a Rank y a sus ideas. Más tarde fue Ferenczi quien desempeñó igual papel. Sin interrupción estuvo expresando ante Freud su animadversión hacia mí, cosa que por cierto yo ignoraba totalmente, ya que he llegado a saberlo apenas ahora, al leer su correspondencia con Freud. Tal como fue el caso con Rank, esta hostilidad precursora de la que más tarde habría de manifestarse contra Freud mismo. Había, además, algunos tópicos en los que yo no pude estar de acuerdo con Freud: el tema de la telepatía, la posición exacta en el problema de los analistas «profanos» y mi apoyo a la obra de Melanie Klein.

Para Navidad, Freud y su esposa viajaron a Ber-

lín, de donde regresaron el 2 de enero. Fue su primer viaje después de la operación, realizada tres años atrás, y habría de ser el último que hacía a esta ciudad simplemente por placer. El objeto del viaje era ver a sus dos hijos, uno de los cuales estaba por partir para Palestina, a realizar cierto trabajo, y a los cuatro nietos que tenía allí: hasta entonces sólo había visto a uno de ellos, y ello cuando apenas tenía un año de edad.

Esta fue la primera ocasión en que Freud se puso en contacto con Einstein. Se encontraba en casa de su hijo Ernst, y allá recibió la visita de Einstein y su mujer. Freud escribió: «Es alegre, seguro de sí mismo y hombre agradable. Entiende tanto de psicología como yo de física, de modo que tuvimos una conversación muy placentera».

El libro titulado *Inhibición, síntoma y angustia*, que Freud había escrito en el mes de julio anterior y revisado en el mes de diciembre, apareció en la tercera semana de febrero de 1926. El juicio de Freud mismo era que «contiene varias cosas nuevas e importantes, revoca y corrige algunas conclusiones anteriores y en general no es bueno».

Esta obra es sin duda la más valiosa contribución clínica que hiciera Freud en el período de los años de posguerra. Es esencialmente un amplio estudio de los diversos problemas relativos a la angustia. Constituye un libro más bien discursivo y lo escribió con toda evidencia para sí mismo, y para tratar de aclarar sus propias ideas, más que para hacer una exposición de las mismas. Como hemos visto, Freud se hallaba lejos de sentirse satisfecho con el resultado, pero la forma en que indicó la complejidad de muchos problemas que habían sido pasados por

alto, ha parecido muy estimulante a los estudiosos serios. Algunos de esos problemas no se habían solucionado hasta entonces.

El libro es tan rico y sugeridor de ideas y conclusiones provisionales, que sólo es posible aquí seleccionar algunas de las más sobresalientes. Freud tornó a una de sus tempranas concepciones, la de «defensa», que durante veinte años había sido reemplazada por la de «represión»; ahora juzgaba a ésta como una más de las diversas defensas utilizadas por el yo. Contrastaba la parte fundamental que desempeña la represión en la histeria con las más características defensas de «reacción-formación», «aislamiento», y «supresión» (una forma de reparación), en la neurosis obsesiva.

Freud admitía que había estado equivocado al mantener que la angustia mórbida es simplemente libido transformada. Ya en 1910, yo había criticado este punto de vista antibiológico, y sostenido que la angustia debe proceder del propio yo, pero Freud no hizo caso de ello y sólo cambió su opinión cuando se dedicó al tema por sí mismo dieciséis años después.

Entonces Freud prosiguió la cuestión de la naturaleza del peligro con el que se relaciona la angustia. La situación de «angustia real» difiere de la angustia mórbida en que la naturaleza del peligro es evidente en la primera, mientras que se ignora en la última. En la angustia mórbida, el peligro puede emanar del temor de los impulsos del ello, de amenazas desde el superyo, o del miedo al castigo procedente del exterior, pero en los machos es siempre, en definitiva, un peligro de castración, y en las hembras más característicamente el temor de no ser amadas. Sin embargo, Freud fue capaz de ahondar

más profundamente en el problema, distinguiendo entre la vaga sensación de peligro y la auténtica catástrofe final que él denominaba trauma. Este supone una situación de impotencia en la que el sujeto es incapaz de dominar sin ayuda cualquier excitación excesiva; el mismo acto de nacimiento constituye el prototipo de este trauma, pero Freud no estaba de acuerdo con Rank en que los posteriores ataques de angustia eran meras repeticiones de éste y constantes tentativas de resistirlo. En la situación traumática han sido desbordadas todas las barreras protectoras, resultando una impotencia inmersa en pánico, una respuesta que Freud calificaba de inevitable pero inoportuna. La mayoría de los casos clínicos de angustia, sin embargo, pueden calificarse de oportunos, porque constituyen muestras fundamentales de un próximo peligro que en su mayor parte puede entonces evitarse de distintas formas; entre ellas está la acción misma de la represión, que Freud consideraba como provocada por la angustia en vez de ser la causa de la angustia como antes había pensado.

La definida relación existente entre los síntomas neuróticos y la angustia da origen a otro difícil problema. En su conjunto, Freud los consideraría como defensas parciales destinadas a obviar la angustia, facilitando salidas sustitutivas a los impulsos temidos. Pero la cuestión más escabrosa reside en saber bajo qué condiciones queda retenida la situación original de peligro en toda su fuerza dentro del inconsciente. Por ejemplo, puede acontecer en la vida adulta una curiosa resistencia al miedo infantil a la castración como si existiera una contingencia inminente. El enigma de la neurosis depende de esta fijación. Sin duda, el elemento económico de la canti-

dad es el decisivo, pero Freud señalaba tres factores que tenían sobre él gran influencia. El primero, o biológico, es la sobresaliente y prolongada falta de madurez de los infantes, en contraste con otros animales; esto realza el papel de la dependencia respecto a la madre protectora, cuya ausencia evoca tan asiduamente una angustia alarmante. El segundo factor, histórico o filogenético, lo deducía Freud de la curiosa circunstancia de los dos estadios existentes en el desarrollo libidinal del hombre que se hallan separados por los años del período de latencia. El tercer factor, es el psicológico, y se refiere a la peculiar organización de la mente humana con su diferenciación en ello y yo. Debido a los peligros exteriores (castración), el yo ha de considerar determinados impulsos instintivos como si condujeran a un peligro, pero sólo puede hacerles frente a expensas de sufrir serias deformaciones, restringiendo su propia organización, y asintiendo a la formación de síntomas neuróticos, como sustitutos parciales de los impulsos en cuestión.

En junio, Freud empezó a escribir otro libro, *Análisis profano*. La ocasión para ello la brindó la acusación puesta en marcha contra Theodor Reik basada en la práctica ilegal del psicoanálisis, una acción que no prosperó. Freud definió el libro de «amargo», puesto que cuando lo escribió no estaba de buen talante.

Los acontecimientos más importantes de este año fueron: los primeros indicios de los cambios que se producían en la personalidad de Ferenczi y que habrían de conducirlo a alejarse de Freud, la disputa con los norteamericanos y los holandeses en el Congreso de Innsbruk y el desacuerdo entre Freud

y yo acerca del análisis profano y el análisis de niños.

Freud había conocido, hacía algún tiempo, a Stephan Zweig, con quien mantuvo correspondencia durante unos años. En la primavera presente inició una correspondencia mucho más extensa con Arnold Zweig. Estos dos hombres, a quienes no unía ni el más remoto parentesco, eran además muy distintos entre sí. Stephan, hijo de padres pudientes, actuaba en los círculos intelectuales y artísticos más destacados de Viena. Su vida se deslizaba con facilidad. Escritor fluido y con talento, produjo numerosas biografías históricas, en las que demostró una considerable penetración psicológica. Pero dejaba poco que hacer a la imaginación del lector, a quien instruye cabalmente acerca de lo que debe sentir ante cada párrafo del relato. Arnold, en cambio, había tenido que sobrellevar una dura existencia, y además fue menos afortunado también por su constitución orgánica. Su prusiano estilo era más pesado, pero más consumado y profundo. La actitud de Freud hacia uno y otro se deduce de la distinta manera de dirigirse a ellos. Stephan era para él *Lieber Herr Doktor* (estimado Doctor); Arnold, en cambio, *Lieber Meister Arnold* (Estimado maestro Arnold). Conocía bien, por supuesto, las primeras obras de Arnold Zweig, pero fue su famosa novela de guerra *El sargento Grischa* lo que aproximó a los dos hombres.

Los analistas de Nueva York, si bien se sentían un tanto ofendidos con Ferenczi por no haberles escrito éste al aproximarse la fecha de su viaje, lo recibieron de manera amistosa y lo invitaron a hacer uso de la palabra en la reunión invernal que realiza-

ba la Asociación Psicoanalítica Norteamericana, cosa que hizo el 26 de diciembre de 1926. Brill se mostró cordial con su viejo y respetado amigo, y tuvo otras atenciones con él, lo invitó a almorzar, etc.; presidió además la sesión en que Ferenczi pronunció su primera conferencia en la New School of Social Research. Rank —digamos de paso— estaba desarrollando un curso, simultáneamente, en la Old School of Social Research. A esto siguió un período de agasajos y desmedido ensalzamiento de parte de la gente local, que produjo en Ferenczi una exaltada explosión de energía. Todos los días recibía alguna invitación para hablar, tanto en privado como en público. Al mismo tiempo comenzó a preparar a ocho o nueve candidatos para el ejercicio del análisis, la mayor parte de ellos no médicos. Se trataba forzosamente de análisis breves, pero el número de los candidatos fue suficiente como para formar un grupo especial de analistas no médicos, que él tenía la esperanza de que sería aceptado por la Asociación Internacional como una Sociedad aparte. Éstas y otras actividades lo llevaron a entrar en conflicto con los analistas neoyorquinos, quienes aprobaron, el 25 de enero de 1927, enérgicas resoluciones condenando toda actividad terapéutica de quienes no fueran médicos. A medida que transcurrían los meses las relaciones se hicieron cada vez más tirantes, hasta que llegó el momento en que se vio casi completamente aislado de sus colegas. Cuando, en la víspera de su partida para Europa, el 2 de junio, Ferenczi ofreció una fiesta de despedida, hasta el mismo Brill, tan cordial siempre, se abstuvo de asistir, lo mismo que Oberndorf.

Ferenczi se dirigió primeramente a Inglaterra, donde habló ante la British Psychological Society y

la British Psychoanalytical Society. Lo recibimos con todo afecto, cosa que, por contraste con lo ocurrido en Nueva York, debe haberle resultado muy grato. Yo ofrecí en su honor una fiesta al aire libre, así como varias recepciones en mi casa, y fue huésped un par de días en mi casa de campo. Tuve la impresión de que nuestra vieja amistad se conservaba intacta, y en realidad conservé esta impresión hasta hace poco, cuando leí su correspondencia con Freud. Peor aún en aquella ocasión, cuando me preguntó si yo había estado en Italia para encontrarme con Brill y yo le dije que no, escribió a Freud diciéndole que estaba convencido de que yo le había mentido y que seguramente yo había estado con Brill en Italia, conspirando juntos en el asunto del análisis profano.

De Londres, Ferenczi se dirigió a Baden-Baden para visitar a Groddeck, luego a Berlín, para ver a Eitingon, después nuevamente a Bäden-Baden, y no fue a visitar a Freud hasta después del Congreso de Innsbruck, en septiembre. Freud se sintió molesto por el hecho de que Ferenczi no lo fue a ver sino después de tres meses de estancia en Europa. Sospechaba que esto pudiera ser indicio de cierta tendencia a emanciparse. Fue éste el primer indicio de su gradual alejamiento de Freud. En ese momento Freud no podía tener idea del alcance que esto llegaría a alcanzar, a pesar de lo cual, por alguna razón, hubo algo que les indujo a ofrecerse mutuas seguridades de que su vieja amistad seguiría siempre en pie.

En este año, la preocupación más importante de Freud, de orden organizativo, era la que se refería al problema del análisis profano.

Fue este el rasgo del movimiento psicoanalítico que, con la posible excepción de la *Verlag*, atrajo más decididamente el interés de Freud, y ciertamente sus emociones, durante la última fase de su vida. Venía ligado aquél con un problema central para el movimiento psicoanalítico, para el que todavía no se ha hallado solución.

Prescindiendo del hecho de que el psicoanálisis se originó en el campo de la psicopatología, Freud reconocía que los descubrimientos que hizo y la base teórica establecida a partir de ellos tenían unas conexiones generales y extraordinariamente amplias fuera de ese campo. Hasta el punto en que supone un conocimiento más profundo de la naturaleza humana, de los motivos y emociones de la humanidad, era inevitable que el psicoanálisis se hallara posibilitado para realizar valiosas y a veces cruciales aportaciones a todos los campos del espíritu humano, y que posteriores investigaciones aumentarían la validez de esas contribuciones hasta un punto nada fácil de delimitar. Por no mencionar más que unos cuantos: el estudio de la antropología, mitología y folklore; la evolución histórica de la humanidad con los varios caminos divergentes por los que ha discurrido; la crianza y educación de los niños; el significado del empeño artístico; el amplio campo de la sociología, con una más penetrante estimación de las distintas instituciones sociales, tales como matrimonio, ley, religión, y quizás incluso el Estado. Todas esas posibilidades sin fin se hubieran perdido si el psicoanálisis hubiera terminado confinándose a una pequeña sección del capítulo sobre terapia en un libro de texto de psiquiatría que se situara junto a las secciones de sugestión hipnótica, electroterapia, etc. Esto es lo que él preveía que po-

día haber muy bien sucedido si el psicoanálisis hubiese llegado a considerarse sólo como una rama de la práctica médica.

Posteriormente, Freud se percató de que aunque los analistas prácticos podían brindar indicaciones y sugerencias en aquellos distintos campos, las únicas contribuciones de valor permanente habrían de ser obra de especialistas en ellos, especialistas que también han adquirido un aceptable conocimiento del psicoanálisis recurriendo a una enseñanza autorizada. Una parte esencial de esta formación consiste en la realización de psicoanálisis a aquellos que desean sujetarse a ella. Así por ejemplo, un antropólogo deseoso de aplicar las doctrinas psicoanalíticas dentro de su especial ámbito habría de convertirse sobre todo, al menos durante un cierto tiempo, en un psicoterapeuta. Cabría suponer que esta sería una solución verdaderamente satisfactoria de toda la cuestión, pero de hecho quienes venían de otros campos para estudiar el psicoanálisis deseaban convertirse invariablemente en analistas prácticos durante el resto de sus vidas, una decisión que forzosamente limita su utilidad en aplicar sus recién adquiridos conocimientos a sus anteriores esferas de trabajo. A esas personas se las denomina psicoanalistas profanos, o no médicos.

Freud acogió cálidamente la llegada al campo terapéutico de personas de valía procedentes de otras ocupaciones distintas a la médica, y en su opinión era indiferente el que los candidatos que se presentaban para la enseñanza psicoanalítica tuvieran o no cualificación médica. Cuando se le pedía consejo, incitaba a esos candidatos a que no gastaran años de estudio en obtener aquella cualificación, sino a adelantar inmediatamente en la obra

psicoanalítica. Freud deseaba una formación previa más amplia y mejor para el novicio en psicoanálisis. Debería existir un centro especial en el que se dieran clases sobre rudimentos de anatomía, fisiología y patología, biología, embriología y evolución, en mitologa y psicología de la religión, y en los clásicos de la literatura.

Por mucho que uno se sintiera cautivado por su enfoque, con todo, hemos de tener en cuenta una serie de consideraciones a las que habría primero que prestar atención. Para empezar, Freud insistía con firmeza y buen sentido en que sus analistas profanos no serían en la práctica completamente independientes. Al faltarles formación en todas la materias que encaminaban a un diagnóstico médico, eran incompetentes para decidir qué pacientes eran apropiados para su tratamiento, y Freud sentaba la regla invariable de que los analistas profanos nunca habían de operar como consejeros; la primera persona que examinase un paciente debía ser un doctor, quien llevaría luego los casos que así lo requirieran al analista. Esto suponía una cooperación plena con la profesión médica, y suscitaba la cuestión de hasta qué punto y bajo qué condiciones podría ser ello posible. Existían algunos países, como Austria, Francia, y algunos de los estados de Norteamérica en donde la ley prohibía cualquier medida terapéutica adoptada por cualquiera que no se hallara en posesión de un título médico. Había muchos más en donde a los miembros de la profesión médica la ley les prohibía colaborar con los prácticos no médicos. Más aún, si la mayoría de los analistas eran legos, había que prever la posibilidad de que el psicoanálisis se fuera divorciando cada vez más de la ciencia de la medicina con gran detrimento práctico y teoré-

tico. Además, su perspectiva de llegar en alguna ocasión a ser reconocidos como una rama legítima de la ciencia, quedaría reducida, quizás, a un punto prácticamente despreciable.

Por lo que a mí me consta, los únicos analistas no médicos que ejercieron antes de la Gran Guerra fueron Hermine Hug-Hellmuth, en Viena, y el reverendo Oskar Pfister en Zurich. La doctora en filosofía Hug-Hellmuth realizó análisis pedagógicos y aportó muchas observaciones analíticas útiles sobre de los niños. También se la recuerda por haber trazado la técnica del juego para el análisis de los niños que Melanie Klein habría de utilizar con tanta brillantez tras la guerra. Los dos primeros años después de la guerra, una serie de analistas no médicos comenzaron a practicar en Viena. Otto Rank fue quizás el primero de ellos, aunque él me dijo casi apologéticamente entonces que sólo analizaba a niños. Prevalecía por aquel tiempo la ilusión de que los análisis practicados a niños eran una cuestión más fácil que la de los adultos; ese fue el motivo de que cuando la New York Society mostró en 1929 temporalmente su acuerdo de permitir la práctica del análisis profano, la limitara al análisis del niño. A Rank pronto se le unieron Bernfeld y Reik, y en 1923 Anna Freud; más tarde Aichhorn, Kris, Wälder, y otros. Más o menos por aquella época otros varios empezaron su labor en Londres, especialmente J. C. Flugel, Barbara Low, Joan Rivière, Ella Sharpe, y mucho antes James y Alix Strachey.

En Viena muchos de los que venían a analizarse eran americanos, y muchos de esos se establecieron a su vez como analistas profanos a su regreso a América. Este fue el comienzo de una disensión entre los analistas americanos y europeos que se mantuvo

viva durante muchos años y sólo acabó solucionándose tras la última guerra. En la terrible situación de Austria en aquella época, en que era difícil hacer frente a las más urgentes necesidades vitales, no es sorprendente que consideraciones económicas impulsaran a unos cuantos analistas, tanto profanos como médicos, a descuidar las normas generalmente tenidas por deseables dentro de la profesión. Por ejemplo, recuerdo haberle preguntado a Rank cómo podía enviar a Norteamérica como analista en ejercicio a alguien que había estado con él escasamente seis semanas, y replicó, con un encogimiento de hombros, «uno tiene que vivir». También hay que recordar que en esa época la «enseñanza» era enteramente individual y no tenía carácter oficial, sin que existieran normas impuestas por una institución, como sucedería en años posteriores.

En 1925, Brill escribió un artículo para un periódico de Nueva York, manifestando su desautorización del análisis profano, y en ese otoño anunció a la Sociedad Psicoanalítica de Nueva York su determinación de romper las relaciones con Freud si la actitud vienesa hacia Norteamérica continuaba.

En la primavera de 1926 un paciente de Theodor Reik inició una acción judicial contra él basada en un tratamiento perjudicial, e invocó la ley austríaca contra el curanderismo. Afortunadamente para Reik se demostró que el paciente era una persona desequilibrada, cuyo testimonio no merecía crédito. Esta circunstancia y la intervención personal de Freud ante un alto funcionario decidieron el caso en favor de Reik. No obstante, ésto motivó que Freud escribiera rápidamente durante el mes de julio un librito titulado *Análisis profano*. Estaba dispuesto en forma de un diálogo entre él y un oyente no mal predis-

puesto, modelado al estilo del funcionario que acabamos de mencionar. La mayor parte del libro es una brillante exposición hecha a un no entendido de lo que es y hace el psicoanálisis, y constituye uno de los mejores ejemplos del arte expositivo de Freud. Va seguido de un ruego, sin duda el ruego más persuasivo que se haya hecho, para granjearse una actitud liberal hacia el análisis profano. Habló a Eitingon de lo bien que se estaban portando los periódicos de Viena en el asunto Reik, y añadía: «El movimiento contra el análisis profano sólo parece ser un rebrote de la vieja resistencia contra el análisis en general. Desgraciadamente, muchos de nuestros propios miembros están tan aquejados de miopía, o tan cegados por sus intereses profesionales, como para sumársele».

En el otoño de ese año, la Legislatura de Nueva York aprobó una ley, que según Ferenczi se debió a instigación de Brill, por la que se declaraba ilegal el análisis profano, en tanto que la Asociación Médica Americana publicaba también una advertencia a sus miembros contra cualquier cooperación con aquellos prácticos.

Previendo que el tema iba a transformarse en algo de capital interés en el próximo congreso a celebrar en Innsbruck el mes de septiembre de 1927, Eitingon y yo organizamos una discusión preliminar en forma de colaboraciones que habían de publicarse en el *International Journal* y el *Zeitschrift*, que eran los órganos oficiales de la Asociación. En ese momento, Ferenczi era la única persona que compartía la postura extrema de Freud. Eitingon, el presidente de la Asociación, era un neto simpatizante con la postura pro-médica, más incluso que yo mismo, y, como más de una vez se quejó Freud,

«indiferente» respecto al tema del análisis profano. El grupo de analistas profanos de Ferenczi en Norteamérica deseaba entrar en la Asociación Internacional, y Freud consideraba esto como una prueba. Sin embargo, Eitingon se mostraba contrario a aceptarlo, y en la práctica no lo hizo.

En mayo de 1927, la Sociedad de Nueva York aprobó una resolución condenando sin reservas el análisis profano, una acción precipitada que no mejoró la atmósfera para la próxima discusión general. Escribí a Brill con vehemencia rogándole que hiciera algo en el último momento para disminuir la pésima impresión que había causado en Europa, pero era ya demasiado tarde. Y en el Congreso de Innsbruck se debatieron muy acaloradamente, aunque sin llegar a ninguna resolución, las diferencias entre Viena y Nueva York.

Freud se mostraba siempre contrario a la posición norteamericana, y me imagino que una de los principales razones para ello fue la siguiente: quizás en ninguna parte del mundo la profesión médica había gozado de una más alta estima que en la Austria de antes de la guerra. Un título universitario, de auxiliar o profesor, constituía el pasaporte para cualquier posición social. Freud nunca comprendió que la situación de la profesión médica pudiese ser completamente distinta en los demás países. No tenía ninguna idea de la dura lucha que hubieron de mantener hace cincuenta años en Norteamérica los doctores, en donde todo tipo de prácticos sin cualificación gozaban, por lo menos de tanta estima, sino mucha más en ocasiones, que los médicos. Por consiguiente, nunca admitiría que la oposición de los analistas norteamericanos al análisis profano constituía hasta un punto muy considerable una par-

te de la lucha mantenida por varias profesiones doctas de Norteamérica para asegurar el respeto y el reconocimiento al saber del especialista y a la formación precisa para conseguirlo. En la primavera de 1928 comentó a Ferenczi que «el desarrollo interno del psicoanálisis está avanzando por doquier divorciado del análisis profano contrariamente a mis intenciones, y convirtiéndose en una especialidad puramente médica, lo que considero como trágico para el futuro del análisis».

La tensión acerca del problema del análisis profano se mantuvo hasta la llegada de la segunda guerra mundial. Cuando ésta hubo concluido, poco había quedado del movimiento psicoanalítico en el continente europeo, y los norteamericanos, que formaban entonces la gran mayoría de los analistas existentes en el mundo, no sólo habían perdido su antigua aprensión hacia la Asociación Internacional, sino que cooperaron también cordialmente con ella, hasta un extremo que nunca antes había sido posible lograr. Nuestra unidad se salvó, por consiguiente, pero al precio de seguir posponiendo el problema todavía sin resolver del *status* de los analistas profanos.

A finales de la década de 1930 se había difundido ampliamente una noticia en los Estados Unidos, según la cual Freud había cambiado radicalmente las ideas que tan claramente había expresado en su folleto sobre el análisis profano, siendo su opinión ahora la de que la práctica del psicoanálisis debía limitarse estrictamente en todos los países a los miembros de la profesión médica. A continuación presentamos la respuesta que dio en 1938 a una pregunta sobre el rumor: «No puedo concebir cómo puede haber surgido este burdo rumor sobre mi

cambio de punto de vista sobre el problema del análisis profano. Lo cierto es que nunca he negado esos puntos de vista, e insisto en ellos incluso con más fuerza que antes frente a la clara tendencia americana a convertir el psicoanálisis en una mera sirvienta de la psiquiatría».

Después del Congreso de Innsbruck convertimos el Comité en grupo —ya no privado— de dirigentes de la Asociación.

El problema más urgente que había que encarar era el de las finanzas, siempre difíciles, de la *Verlag*. Las cosas marchaban tan mal que se había iniciado tratos formales para vender las existencias y transferir la firma a una empresa comercial. A Freud le disgustaba mucho la idea de perder el control de una empresa que siempre había querido de una forma entrañable, de modo que Eitingon siguió afrontando noblemente todas las dificultades. Una donación de cinco mil dólares de parte de la señorita Potter conjuró momentáneamente la crisis.

En septiembre me escribió una extensa carta en la que se quejaba vivamente de que yo estaba realizando una campaña pública contra su hija Ana y acaso, de ese modo, también contra él. El único hecho en que se basaba ese arranque de su parte era el haber publicado yo, en el *Journal*, un largo informe sobre una discusión que había tenido lugar sobre el tema del psicoanálisis de niños. Era un tópico este que durante años había interesado a nuestra Sociedad, en la que había muchas analistas, y que llegó a interesar más aún con la llegada a Inglaterra, un año antes, de Melanie Klein. En una carta que le envié, expliqué todo a Freud, extensa y detalladamente, y recibí de él la siguiente contestación: «Me

siento muy feliz, por supuesto, de que me haya contestado usted con tanta calma y de una manera tan amplia, en lugar de sentirse muy ofendido por la mía». Pero siguió mostrándose escéptico, y probablemente receloso, acerca de los métodos y las conclusiones de Melanie Klein.

Posteriormente sostuve con él varias conversaciones sobre el tema del análisis temprano, pero nunca llegué a impresionarle para nada y lo único que logré obtener de él fue admitir que no tenía, para orientarse en esto, ninguna experiencia personal.

Tres trabajos escribió en 1927. El primero de ellos fue un suplemento al ensayo sobre el *Moisés* de Miguel Ángel, que había publicado, en forma anónima, trece años antes. Fue escrito en junio y publicado en *Imago* a fin de año, luego de haber aparecido, en el verano, en el primer número de la recién fundada *Revue Française de Psychanalyse.* Después escribió —«repentinamente», según dijo— un breve trabajo sobre *Fetichismo,* que fue despachado a fines de la primera semana de agosto. Hizo esta triste reflexión: «Probablemente esto no dará lugar a nada».

El mismo día en que despachó este trabajo, anunció que estaba escribiendo uno sobre *El humor,* dado que se hallaba en un buen estado de ánimo porque una vez más acababa de evitarse la bancarrota de la *Verlag.* Su interés por el tema databa de la época en que había escrito el libro sobre *El chiste,* más de veinte años atrás, pero el problema había quedado sin resolver hasta ese momento. Tardó apenas cinco días en escribirlo. Ana Freud lo leyó en el Congreso de Innsbruck, en septiembre.

También publicó un libro ese año, *El futuro de una ilusión.* Éste dio origen a numerosas y ásperas

controversias, que aún no han terminado. Él mismo escribió a Ferenczi lo siguiente: «Ahora ya me parece pueril; básicamente mi pensamiento es distinto; lo considero, desde el punto de vista analítico, tan flojo e inadecuado como una autoconfesión». Esta frase puede inquietar a mucha gente. Evidentemente se presta a numerosas interpretaciones. Había en esa época una amplia controversia religiosa en Inglaterra, que arrancó de la exposición del obispo de Birmingham sobre el origen antropológico de la creencia en la transubstanciación, de modo que Freud se mostró muy ansioso de ver publicada cuanto antes una traducción inglesa del libro.

El comienzo del año 1928 trajo consigo una gran sensación: la expedición de Róheim al Pacífico y a Australia, que resultó posible gracias a la generosidad y la perspicaz visión de Marie Bonaparte. He aquí algunas sugestiones de Freud acerca del viaje. «Róheim está añadiendo de ansias por "analizar" a sus primitivos aborígenes. Yo creo que sería más urgente observar en lo posible lo que se refiere a la libertad sexual y al período de latencia en los niños, a cualquier indicio que hubiera sobre el complejo de Edipo y a todo lo que pudiera haber en cuanto a la existencia de un complejo de masculinidad en la mujer. Pero convinimos en que el programa tendría que adecuarse finalmente a las oportunidades que allí se presentaran».

Róheim se proponía radicarse, a su regreso, en Berlín, cosa que por entonces hizo. Ferenczi se quejó de que fueran tantos los húngaros que hacían otro tanto, y se sintió muy inclinado a imitarlos. Recabó la opinión de Freud acerca de cómo sería recibido allí, pero Freud le aconsejó que permaneciera

en Hungría tanto como le fuera posible con el antisemitismo reinante bajo el régimen de Horthy.

En febrero le pregunté a Freud si estaba enterado de los nuevos esfuerzos que se estaban haciendo para que le concedieran el Premio Nobel. Me contestó: «No, no sé nada acerca de los esfuerzos tendientes a procurarme un Premio Nobel, y no los encuentro loables. ¿Quién va a ser tan tonto como para mezclarse en este asunto?»

En este mes estuvo afectado de una seria conjuntivitis, que le hacía sumamente difícil la lectura, pero a fines de marzo actuó como testigo en la boda de Ruth Mack y Marck Brunswick. Era el tercer casamiento a que asistía, aparte del suyo propio.

En esa época recibió un librito del filósofo ruso Chestov, que le enviaba Eitingon, que era amigo y admirador del escritor. Freud dijo que lo había leído de un tirón, pero sin lograr enterarse de cuál era la actitud del autor. «Probablemente no se imagina usted cuán lejos me siento de todos estos rodeos de los filósofos. La satisfacción que me procuran es el hecho de no participar en este lamentable despilfarro de la capacidad intelectual. No hay duda de que estos filósofos creen contribuir con esta clase de estudios al desarrollo del pensamiento humano, pero detrás de todo esto hay siempre un problema psicológico, o incluso psicopatológico».

El 72 aniversario de Freud fue celebrado en forma muy silenciosa, de acuerdo con los deseos de éste. El siempre fiel Eitingon fue el único de nosotros que estuvo presente.

Freud partió para sus vacaciones el 16 de junio. Gozaba ahora de la compañía de su primera perra pekinesa, que Dorothy Burlingham, que estaba intimando mucho con la familia, le había regalado. Tal

como la mayor parte de los judíos de su generación, Freud había tenido poco contacto con animales, pero un par de años antes alguien había procurado un perro alsaciano, Wolf, para hacerle compañía a Ana en sus caminatas por los bosques del Semmering. Freud se había interesado considerablemente en observar las costumbres caninas y desde ahora comenzó a cobrar cariño a un perro tras otro, lo cual era evidentemente una sublimación de su enorme afecto a los niños pequeños, que ahora ya no podía verse satisfecho. Esta primera perra, llamada Lun-Yu, desgraciadamente no sobrevivió más que once meses. En agosto del año siguiente, Eva Rosenfeld la estaba conduciendo de Berchtesgaden a Viena, cuando se escapó en la estación de Salzburgo, donde tras de tres días de búsqueda, fue hallada en la vía férrea, muerta bajo las ruedas de un tren. Freud manifestó que el dolor que todos sintieron era de la misma cualidad, aunque no de igual intensidad, que el que produce la muerte de un niño. Pero no tardó en ser reemplazada por una congénere, Jo Fie, que fue su compañera costante durante siete años.

Esa primavera había sido excepcionalmente desdichada para Freud, y en marzo manifestó que su cansancio había alcanzado un grado desusado. Las molestias y el dolor en la boca habían llegado a ser casi insoportables y, a pesar de los constantes esfuerzos de Pichler, ya estaba perdiendo toda esperanza de hallar alivio. Si hubiera estado en condiciones económicas para ello, dejaría el trabajo. Hacía un año ya que su hijo Ernst le estaba rogando que consultara a un famoso cirujano oral de Berlín, el profesor Schroeder, pero su poca disposición a abandonar a su cirujano le impulsó a dejar de lado esa

idea hasta que el propio Pichler le confesó que había llegado al límite de sus posibilidades, y ya no podía hacer nada más por él. Se resolvió entonces hacer una consulta entre ambos médicos, y Schroeder vino a ver a Freud el 24 de junio. El resultado fue tan prometedor que Freud consintió en permanecer algún tiempo en Berlín, tan pronto como Schroeder estuviera desocupado. Nos pidió que mantuviéramos en reserva, todo lo posible, esta noticia, porque no quería que nadie llegara a suponer que su resolución pudiera significar desaprobación alguna de su parte en cuanto al cirujano vienés. Se hizo circular entonces la noticia de que iba a visitar nuevamente a sus hijos y nietos en Berlín. Partió acompañado por Ana, el 30 de agosto, y por primera vez se alojaron en el Sanatorio de Tegel. Marie Bonaparte y Ferenczi lo visitaron allí ese mes, pero Freud se hallaba en un estado deplorable, apenas en condiciones de hablar y embargado de incertidumbre acerca del éxito de ese intento. Cuando regresó a Viena, sin embargo, a comienzo de noviembre, la nueva prótesis, aun cuando distaba mucho de ser perfecta, registraba un evidente progreso sobre la anterior, de modo que la vida, nuevamente, se hizo tolerable. Era mejor que la otra en un 70 %.

Durante los dos años y medio que siguieron el cirujano de Freud fue el doctor Weinmann, un vienés que había estado cierto tiempo con Schroeder, en Berlín, de modo que estaba al tanto del caso de Freud en detalle. Fue Weinmann quien sugirió el uso del ortoformo, integrante del grupo de la novocaína, y que por consiguiente era una adquisición derivada de los primitivos estudios de Freud sobre la cocaína. Esto significó una verdadera dicha para Freud durante algunos años, pero luego, por desgra-

cia, dio origen a irritaciones que condujeron a una hiperqueratosis local, afección esta de carácter precanceroso. Su uso, después de eso, tuvo que ser considerablemente restringido.

Nada sorprendente resulta que en un año de tanto sufrimiento físico no se registre ningún trabajo suyo que valga la pena citar. Parece ser que no escribió nada en todo el año, cosa que durante un cuarto de siglo por lo menos no podría haberse afirmado de él.

Un ensayo más extenso que los dos anteriores, *Dostoievski y el parricidio*, apareció también en este año. Dos años atrás Freud había sido invitado a escribir una introducción psicológica para una edición erudita de *Los hermanos Karamazov* que estaban preparando F. Eckstein y E. Fülop-Miller. Había comenzado a trabajar en esto en la primavera de 1926. Había mucho que leer y que meditar al respecto, pero comenzó a escribir el ensayo en las vacaciones y le leyó el comienzo del mismo a Eitingon cuando éste lo visitó en el Semmering a fines de junio de 1926. Pero lo tuvo que dejar a un lado para escribir urgentemente el ensayo sobre *Análisis profano*, y cuando volvió de la libertad de las vacaciones al yugo del trabajo en Viena, tanto la energía como el interés se habían desvanecido. Luego confesó que la poca disposición que había sentido en todo momento para escribir ese ensayo provino de haber descubierto que la mayor parte de lo que él tenía que decir desde el punto de vista psicoanalítico ya estaba contenido en el librito de Neufeld que la *Verlag* había publicado un poco antes. Pero Eitingon continuó presionándole para que terminara el trabajo, mientras que le iba enviando libro tras libro, incluyendo una colección completa de la correspondencia de Dos-

toievski, hasta que finalmente el ensayo fue concluido, probablemente a comienzos de 1927.

Esta fue la última y más brillante contribución de Freud a la psicología de la literatura. Freud tuvo en la más alta estima las dotes de Dostoievski. De él decía: «Como autor imaginativo ocupa un lugar no muy distante al de Shakespeare. *Los hermanos Karamazov* es la mayor novela que se haya escrito jamás, el episodio del gran inquisidor uno de los mayores logros de nuestra literatura mundial, del que difícilmente puede exagerarse su importancia». Por otra parte, Freud le consideraba mucho menos como hombre, y se sentía evidentemente disgustado por el hecho de que quien parecía destinado a conducir la humanidad hacia metas mejores, no acabara siendo más que un dócil reaccionario. Observaba que no era una casualidad que las tres obras maestras de todos los tiempos trataran del tema del parricidio: el *Edipo rey* de Sófocles, el *Hamlet* de Shakespeare, y *Los hermanos Karamazov* de Dostoievski. Freud tenía muchas cosas interesantes que decir sobre la personalidad de Dostoievski, sus ataques histérico-epilépticos, su pasión por el juego, etc. Pero acaso la parte más notable del ensayo consiste en las observaciones de Freud acerca de las distintas clases de virtud que él ejemplificaba en la variedad desplegada por Dostoievski.

Theodor Reik escribió una crítica detallada de este ensayo, y en una carta de respuesta a él, Freud se mostraba de acuerdo con muchos de los detalles que señalaba, y añadía: «Tiene usted razón al suponer que en realidad no me gusta Dostoievski, a pesar de toda mi admiración por su vigor y altura. Ello se debe a que mi paciencia con respecto a los

caracteres patológicos ha quedado agotada por los análisis reales. En el arte y en la vida soy intolerante con ellos. Es una característica personal mía la de que no necesito avenirme con el resto de la gente».

En el invierno de este año la *Verlag* estaba pasando por una de sus periódicas crisis, y fue un gran alivio para Freud el que Marie Bonaparte se ofreciera a salvar la empresa de la bancarrota. En marzo se agregaron otras donaciones: la Sociedad de Budapest recolectó y envió 1.857 dólares, Ruth Brunswisk consiguió que su padre donara 4.000 dólares y otros 1.500 llegaron de Brill, 500 de él mismo y 1.000 provenientes de un paciente anónimo.

Marie Bonaparte había estado insistiendo ante Freud para que tomara un médico de cabecera que se ocupara de vigilar el estado general de su salud y se mantuviera a la vez en contacto con los cirujanos. Recomendó para ello al doctor Max Schur, un excelente clínico, que tenía además la ventaja de haber sido también analizado. Freud admitió gustoso la idea. En la primera entrevista con Schur le puso como condición básica el no ocultarle jamás la verdad, por penosa que fuera. La sinceridal de su tono, demostraba que lo pensaba literalmente así. Hubo un apretón de manos y Freud agregó: «Tengo mucha capacidad para soportar el dolor y detesto los sedantes, pero confío en que no me hará sufrir sin necesidad». Más adelante llegó el día en que Freud tuvo que recurrir a Schur para que cumpliera este último deseo. Con excepción de unas pocas semanas en 1939, en los últimos diez años de la vida de Freud, Schur se mantuvo en estrecho contacto con él.

Schur tenía una personalidad ideal para médico. Estableció una perfecta relación con el paciente, y consideración, su paciencia incansable y la riqueza

de sus recursos eran insuperables. Él y Ana formaban una pareja ideal de guardianes encargados de velar por la salud del enfermo y de aliviar sus multiples molestias. Con el tiempo, además, se hicieron sumamente competentes los dos para vigilar y sorprender cualquier cambio en la afección local. Este cuidado meticuloso y esta habilidad para detectar los mas leves indicios de peligro prolongaron la vida de Freud, sin lugar a dudas, por varios años. Ana, con su característica falta de ostentación, tuvo que desempeñar diversos papeles: enfermera, médico «personal» leal y de confianza, compañera, secretaria, colaboradora y, como coronación de todo esto, un guardián que lo protegía de las intrusiones del mundo externo.

Freud, por su parte, merecía esta extraordinaria atención y este cuidado. Era en todos sentidos un paciente perfecto, conmovedoramente agradecido por todo alivio que se le procuraba y además, a lo largo de tantos años, un paciente que no se quejaba. Cualquiera fuera el grado de sufrimiento, jamás hubo en él un asomo de irritabilidad o de fastidio. Nunca se le oyó rezongar, por mucho que tuviera que soportar.

Una de sus expresiones favoritas era ésta: «de nada sirve pelear con el destino». Su bondadosa cortesía con el médico, así como su consideración y su gratitud hacia él, no flaquearon en ningún momento.

Ese mismo mes de mayo pude informar la formación de la más dificultosa conquista en la lucha por el psicoanálisis: el informe satisfactorio del comité especial de la British Medical Association documento que algunas veces se consideró como una «Carta de Admisión» del psicoanálisis. Durante más de tres años Glover y yo tuvimos que luchar ardua-

mente contra veinticinco enconados adversarios, pero cuando se encargó a una subcomisión de tres miembros —uno de los cuales era yo— la redacción del informe final, mis posibilidades ya fueron mejores. Una de las clausulas definía oficialmente el psicoanálisis como labor en que se emplea la técnica de Freud, con lo cual quedaban excluidos todos aquellos que pretendían usar el mismo nombre sin cumplir ese requisito. No creo que esto haya impresionado mucho a Freud, ya que se trataba, después de todo, de un pronunciamiento médico y el objetivo de él era independizar el psicoanálisis de la medicina.

A fines de mayo se reunió en París el Comité, recientemente reorganizado, para tratar el dificultoso problema de las relaciones con los norteamericanos en el Congreso venidero. Hubo acaloradas discusiones entre Ana y Ferenczi por un lado, y van Ophuijsen por el otro —con Eitingon en el papel de conciliador—, pero todos confiábamos en una buena solución. Resolvimos proponer la reelección de Eitingon para la presidencia de la Asociación.

Durante todo el año, Ferenczi continuó exponiendo ante Freud —y no sin éxito— sus acerbas críticas contra mí. Estaba convencido de que yo estaba aprovechando la cuestión del análisis profano como un pretexto al servicio de mi ambición, con finalidades económicas, para «unificar el mundo anglosajón bajo mi cetro». Yo era «una persona inescrupulosa y peligrosa, a quien se debería tratar en forma más severa. Habría que librar de mi tiranía al grupo inglés». Ni yo ni ninguna otra persona llegó a enterarse para nada de estos sentimientos de sospecha y hostilidad, que se reservaban exclusivamente para Freud.

El Congreso de Oxford transcurrió en una atmósfera pacífica y agradable. Tal como lo reconoció Freud, la escisión en la Asociación, por la cuestión del análisis profano, se pudo evitar gracias a los esfuerzos desplegados por Brill y por mí, cosa que él nos agradeció calurosamente. Pero Ferenczi, decepcionado por no haber sido designado presidente de la Asociación, comenzó desde ese momento a desentenderse de los asuntos administrativos, para concentrarse exclusivamente en sus investigaciones científicas, y desde esa época más o menos comenzó a desarrollar una orientación propia, que divergía seriamente de la aceptada generalmente en los círculos psicoanalíticos. En el trabajo que leyó en Oxford denunció lo que él llamó unilateralidad del psicoanálisis, en cuanto éste estaría prestando excesiva atención a las fantasías infantiles. Sostuvo, en cambio, que era correcto el primer concepto de Freud sobre la etiología de las neurosis, a saber, que éstas tendrían su origen en ciertos y determinados traumas, especialmente el de la falta de amabilidad o la crueldad de parte de los progenitores. Esto debería remediarse mostrando al analista más afecto al paciente del que Freud, por ejemplo, consideraba conveniente para el caso.

Luego de visitarlo en junio, sólo le escribió a Freud una vez, antes de Navidad, cosa que contrastaba grandemente con su conducta de años anteriores, ya que difícilmente dejaba pasar una semana sin escribirle una extensa carta. Él mismo atribuyó su silencio actual al gran temor que sentía ante la posibilidad de que Freud no concordara con sus nuevas ideas (situación ésta que no sería capaz de tolerar), así como a la necesidad de procurar a sus teorías una base firme antes de formularlas definitivamen-

te. En su respuesta decía Freud «No hay duda de que, en los últimos años, en lo externo, usted se ha distanciado de mí. Espero, sin embargo, que no será el anuncio de un intento de creación de un nuevo psicoanálisis disidente de parte de mi paladín y secreto Gran Visir».

En 1929 Freud reanudó su actividad literaria y escribió otro libro. Comenzó a hacerlo en julio y terminó el primer borrador al cabo de un mes más o menos. El título que en un comienzo le quiso poner era *Das Unglück in der kultur* («La desdicha en la cultura»), pero luego lo cambió por *Das Unbehagen in der Kultur* («El malestar en la cultura»).

Unbehagen fue para nosotros una palabra de difícil traducción, puesto que el término inglés más apropiado, «*Dis-ease*» (desazón), resultaba anticuado. El propio Freud sugirió «Man's Discomfort in Civilization» (El desasosiego del hombre en la civilización), pero finalmente se tituló *Civilization and Its Discontents* (El descontento en la civilización) —en la versión castellana «El Malestar en la cultura». En el plazo de un año se agotó por completo la edición de 12.000 ejemplares, y hubo de reeditarse. No obstante el mismo Freud quedó muy insatisfecho con el libro. Así lo notificó a Lou Andreas Salomé: «Su acostumbrada perspicacia le habrá hecho suponer el porqué he demorado tanto la respuesta a su carta. Ya le ha dicho Ana que estoy escribiendo algo, y hoy he terminado la última frase, con la que —en cuanto es posible hacerlo así aquí, sin contar con una biblioteca— acaba la obra. Trata ésta de la civilización, *consciencia* de culpabilidad, felicidad y parecidas excelsas cuestiones, y se me antoja, a mi entender con toda la razón, muy superflua en con-

traposición a mis primeras obras, en las que siempre había un impulso creador. Pero, ¿qué otra cosa podría hacer? No puedo pasar todo el día fumando y jugando a las cartas, no debo andar demasiado, y la mayoría de lo que hay para leer ya no me interesa. Así que me puse a escribir, y el tiempo transcurría de esta forma muy agradablemente. Al escribir esta obra he descubierto de nuevo las verdades más triviales».

En *El malestar en la cultura* Freud hacía la más completa exposición de sus ideas en el campo de la sociología, un campo que, tal como dijo en alguna ocasión, «no puede ser otra cosa que una psicología aplicada». El libro comienza con el problema más amplio posible: la relación del hombre con el universo. Su amigo Romain Rolland le describió una emoción mística de identificación con el universo, a la que Freud llamó sentimiento «oceánico». Sin embargo, Freud no podía hacerse a la idea de que esto fuera un elemento primario del espíritu, y lo recondujo al estadio más primitivo de la infancia, a una época en que no se establecía distinción alguna entre el yo y el mundo exterior. Freud planteaba entonces la cuestión del objeto de la vida. En su opinión, este planteamiento no tenía sentido estrictamente hablando, al basarse en premisas no demostradas; como observaba, se trata de un problema que raramente se plantea respecto al mundo animal. Por tanto, se centró sobre la más modesta cuestión de cuál es el fin que pone de manifiesto la conducta humana. Este le parecía sin discusión la búsqueda de la felicidad, no sólo de la felicidad en su sentido más limitado, sino asimismo de la dicha, placer, tranquilidad de espíritu y contento: la satisfacción de todos los deseos. La vida se halla sujeta al prin-

cipio placer-dolor. En su forma más intensa ello sólo tiene lugar como fenómeno episódico; cualquier continuación del principio del placer se experimenta únicamente como un tibio bienestar. La felicidad humana, por tanto, no parece constituir el objeto del universo, y las posibilidades de infelicidad se hallan más a nuestro alcance. El sufrimiento tiene tres fuentes: el corporal, los peligros del mundo exterior, y los problemas en nuestras relaciones con nuestros semejantes, acaso los más dolorosos de todos ellos.

A continuación pasaba Freud al tema de las relaciones sociales, el verdadero origen de la civilización. Este tenía lugar merced al descubrimiento de que un cierto número de hombres que fijaban límites a su propia satisfacción eran más fuertes que un hombre solo, por fuerte que éste fuera, pero que se hubiera acostumbrado a gratificar sus impulsos sin restricción. «La fuerza de este cuerpo unido se opone entonces, como "Derecho" la fuerza de cualquier individuo, a la que se condena como "fuerza bruta". La sustitución del poder de un grupo unido por el poder de un hombre solo representa el paso decisivo hacia la cultura. Su carácter esencial reside en la circunstancia de que los miembros de la comunidad han restringido sus posibilidades de satisfacción, mientras que el individuo no reconocía semejantes restricciones. Por consiguiente, el primer requisito de una cultura es el de la justicia, es decir, la seguridad de que una vez establecido un orden jurídico, no será infringido en beneficio de cualquier individuo».

Esta situación conduce inevitablemente a un interminable conflicto entre las pretensiones de libertad del individuo para obtener satisfacción personal,

y las demandas de la sociedad que con tanta frecuencia se les oponen. Entonces Freud pasaba a discutir la cuestión, tan vital para el futuro de la civilización, de si era o no este conflicto irreconciliable. A este respecto fijaba una lista impresionantes de restricciones que pendían sobre la vida sexual del hombre: prohibición de auto-erotismo, impulsos pregenitales, incesto, y perversiones; limitación a un sexo, y en última instancia a un compañero. «La vida sexual del hombre ha sido seriamente perjudicada, y en ocasiones produce la impresión de ser una función que se halla en proceso de atrofia». Esas restricciones imponen un duro tributo en forma de neurosis generalizadas que se acompañan de sufrimientos y de la consiguiente reducción de la energía cultural disponible.

¿Por qué la comunidad civilizada no podría consistir en parejas de individuos felices ligados entre sí únicamente por intereses comunes? ¿Por qué necesita además extraer una energía que deriva de una libido cuyo fin está inhibido? Freud halló una clave al interrogante considerando el precepto «amarás al prójimo como a ti mismo» no sólo como poco práctico, sino indeseable por muchos conceptos. Esta gran carga impuesta por la sociedad tiene lugar por el fuerte instinto de crueldad agresiva del hombre. «Debido a esta primordial hostilidad entre los hombres, la sociedad civilizada se ve constantemente amenazada de desintegración. La cultura tiene que recurrir a cualquier esfuerzo que sea necesario para levantar barreras a los instintos agresivos del hombre». Esta tendencia a la agresión, que en opinión de Freud representaba el obstáculo más formidable a la cultura, es «una disposición humana innata, autónoma e instintiva».

La forma más típica de hacer frente a esta realidad de la agresión consiste en interiorizarla en parte del yo denominada superyo o conciencia. Esta experimenta entonces la misma tendencia de dura agresividad hacia el yo que el yo le hubiera gustado ejercer contra los demás. La tensión entre los dos constituye lo que se llama el sentimiento de culpabilidad. Un sentimiento de culpa no procede de un sentimiento innato de pecado, sino del miedo a la pérdida del amor. Y cuando el superyo se halla firmemente constituido, entonces el temor a su desaprobación se convierte incluso en más fuerte que el miedo a la desaprobación de las otras personas. La simple renuncia a un acto prohibido no libera ya a la conciencia, como bien saben los santos, porque todavía subsiste el deseo. Por el contrario, la privación, y más todavía la desgracia, intensifican el sentimiento de culpa porque se consideran como merecedores de castigo. Llegados a este punto, Freud adelanta la original idea de que el sentimiento de culpa es la respuesta *concreta* a la agresividad reprimida. Puesto que es hasta tal extremo inconsciente, su expresión aparente constituye un sentimiento de angustia, de malestar general o infelicidad.

Cabe expresar el objeto fundamental del libro, según las palabras de Freud, como la «intención de presentar el sentimiento de culpabilidad como el problema más importante de la evolución de la cultura, señalando que el precio pagado por el progreso de la cultura consiste en la pérdida de felicidad a que se llega con el aumento del sentimiento de culpabilidad».

En cuanto al futuro de la sociedad, Freud escribió siempre en tono de prudente optimismo. «Cabe esperar que con el transcurso del tiempo se lleven

a efecto cambios en nuestra civilización, de manera que sea capaz de satisfacer mejor nuestras necesidades, y no se halle por más tiempo expuesta a los reproches que le hechos formulado. Con todo, quizá nos hayamos de acostumbrar también a la idea de que existen ciertas dificultades consustanciales a la propia naturaleza de la cultura que no cederán a ningún esfuerzo por reformarlas».

En los dos primeros meses del año la salud mental de Ferenczi llegó a ser muy inquietante. Su estado de sensibilización condujo a algunas conversaciones francas entre ambos, con resultados muy favorables. Freud le manifestó que tanto su amargura por la forma en que había sido tratado por los norteamericanos como la decepción que le causó el no haber sido designado presidente de la Asociación promovían su simpatía, aún cuando esa designación —destacaba— habría provocado una escisión, pero no podía comprender el porqué de la hostilidad contra él. Ferenczi, entonces, comenzó a invocar hechos del pasado; por qué Freud no había sido más amable con él en Sicilia, veinte años atrás, cuando él estaba en tan mal estado de ánimo, y por qué no había analizado su hostilidad reprimida, en el análisis de tres semanas que le había hecho quince años atrás.

Ferenczi, durante algunos años, ocultó a Freud sus crecientes divergencias científicas y su idea acerca de la «unilateralidad» de Freud, en parte atendiendo al estado de salud de éste y en parte por temor a la reacción que esto provocaría en él el día que se enterara. Las amistosas cartas de Freud tranquilizaron a Ferenczi, y al visitarlo éste el 21 de abril mantuvieron una conversación extensa y sa-

tisfactoria, que lo dejó convencido de que sus temores de verse desaprobado por aquél habían sido muy exagerados. Pero la suceptibilidad persistió. Cuando ese mismo año, un poco después, Freud calificó de «muy inteligente» un trabajo de Ferenczi, éste lamentó que en lugar de usar esto términos no hubiera escrito «correcto, probable o siquiera plausible».

Freud había dispuesto todo para ir a Berlín en la tercera semana de abril, para hacer allí una nueva prótesis, pero tal como ocurrió tres años atrás en esa misma época del año, tuvo que retirarse por orden de los médicos, al Cottage Sanatorium, para someterse a un tratamiento de sus afecciones cardíaca y abdominal. Se trasladó al Sanatorio el 24 de abril y, permaneció allí hasta el 4 de mayo, fecha en que partió para Berlín. Se recuperó rápidamente, «no por efecto de milagro terapéutico alguno sino por un acto de autonomía». Repentinamente se le había manifestado una intolerancia al tabaco y habiendo dejado de fumar se sintió mejor de como había estado mucho tiempo atrás. Pero esta abstinencia no duró más que veintitrés días. Después de ese lapso se autorizó a sí mismo a fumar un cigarro por día, y al cabo de unos meses, dos. Al finalizar el año informaba estar fumando tres o cuatro por día, «con el aplauso de mí médico, Braun».

Fue durante su estancia en Berlín que el embajador norteamericano, W. G. Bullitt, persuadió a Freud a que colaborara con él para escribir un estudio psicoanalítico sobre el Presidente Wilson. Dieron término al libro, que será publicado en el momento oportuno, y yo he sido la única persona que ha tenido el privilegio de leerlo. Es un estudio completo de la vida de Wilson y contiene algunas revela-

ciones sorprendentes. Aunque se trata de un trabajo hecho en colaboración, no es difícil distinguir en él las contribuciones analíticas de uno de los dos autores, de las de carácter político hechas por el otro.

El embajador Bullit me hizo conocer una observación que Freud había hecho durante su estancia en Berlín y que revela hasta qué punto confiaba entonces en que los alemanes estaban en condiciones de frenar el movimiento nazi: «No es posible que una nación que ha producido a Goethe pueda marchar hacia el mal». No tuvo que pasar mucho tiempo para que tuviera que revisar radicalmente este juicio.

Eva Rosenfeld y la señora Freud le habían procurado comodidades en Redenburg, Grundlsee, en el Salzkammergut, un paraje maravilloso a pesar de las constantes lluvias. Fueron las últimas vacaciones que pudo tomarse más allá de los alrededores de Viena. Llegó allí el 28 de julio, y apenas dos días después recibió una carta «sumamente encantadora» en la que le anunciaban que le había sido concedido el premio Goethe de ese año. La carta era de Paquet, un conocido poeta lírico y ensayista, secretario de la Comisión encargada de administrar la Fundación en cuestión. La cantidad del premio era de diez mil marcos, suma que cubría exactamente los gastos de su larga estancia en Berlín. El ver su nombre asociado con el de Goethe representaba para Freud un honor especialmente valioso y la distinción le produjo un gran placer. Freud tuvo que redactar una comunicación, cosa que hizo a continuación, en el término de pocos días, y en ella describrió, con trazo magistral, la relación entre el psicoanálisis y el estudio de Goethe. Hizo un convincente alegato tendiente a justificar el hecho de haber realizado estudios sobre la vida íntima de grandes hombres como Leonardo y

Goethe, «de modo tal que si en la otra vida su espíritu me reprocha el haber adoptado la misma actitud frente a él citaré simplemente, en mi defensa, sus propias palabras». Ana Freud lo leyó en una ceremonia realizada, en una atmósfera relevante y digna, en la casa de Goethe de Frankfurt, el 28 de agosto.

Freud desechó inmediatamente mis esperanzas de que Frankfurt pudiera constituir un paso hacia Estocolmo (Premio Nobel). Tenía razón, la oposición al psicoanálisis y a su persona se manifestó bien pronto en una avalancha de artículos periodísticos en los que se «lamentaba» que Freud estuviera al borde de la muerte. Esto tuvo por supuesto un pésimo efecto sobre su práctica profesional, que era su único medio de vida. Por lo demás, se divirtió al enterarse de la enorme cantidad de tratamientos que existían para el cáncer.

En ese mismo mes, tan trascendente para Freud, su madre estaba pasando por un estado peligroso. Sufría de gangrena en una pierna y los dolores consiguientes imponían el uso constante de morfina. Federn consiguió llevarla de Ischl a Viena, donde falleció el 12 de septiembre, a la edad de noventa y cinco años. La gran cantidad de personas que le escribieron en esta ocasión desde las más alejadas regiones del mundo le hicieron comprobar —dijo— que la gente, en general, parece más dispuesta a expresar un pésame a los demás que a una congratulación. Freud describió a dos de nosotros su reacción ante el suceso de la siguiente manera: «No ocultaré el hecho de que mi reacción a este acontecimiento, en virtud de circunstancias especiales, ha sido curiosa. Por supuesto, no es el caso de hablar [1] de los efectos

1. *There is no saying*, escrito por Freud en inglés.

producidos en planos más profundos pero en lo superficial solo puedo descubrir dos cosas: un esfuerzo de mi libertad personal, por cuanto siempre me resultó aterradora la idea de que ella pudiera algún día llegar a enterarse de mi muerte, y en segundo lugar la satisfacción de que finalmente ella ha alcanzado la liberación a que se hizo acreedora después de tan larga vida. Por lo demás ningún sentimiento de aflicción, tal como en este momento pesa dolorosamente sobre mi hermano, diez años menor que yo. No estuve en los funerales. Nuevamente, como en Frankfurt, me reemplazó Ana. Difícilmente podría exagerarse lo que representa Ana para mí». «Este importante acontecimiento me ha afectado de una manera curiosa. Nada de dolor, nada de congoja, cosa que probablemente se explica por las circunstancias, su avanzada edad y el final de toda compasión frente a su estado de impotencia. Junto a esto, un sentimiento de liberación, de alivio, que creo poder entender. No me era permitido morir mientras ella viviera, y ahora sí puedo. De algún modo ha cambiado notablemente, en los planos más profundos los valores de la vida».

Eva Rosenfeld me refirió dos incidentes ocurridos durante la estancia en Grundlsee, que paso a relatar en los mismos términos en que lo hizo ella. «Hacia el final del verano la salud del Profesor estaba lejos de ser buena, y Ruth Brunswick, olvidando evidentemente la circunstancia de que yo estaba en análisis con él, me confió su ansiedad con respecto a la posible gravedad de los síntomas. Yo quedé muy perturbada y trataba de no revelar nada en el curso de la sesión siguiente. Freud sintió, por supuesto, mi vacilación y, luego de arrancarme mi malhadado secreto, me dijo algo que desde entonces he

considerado como la más significativa "lección" de técnica psicoanalítica. Fue lo siguiente: "Sólo tenemos una finalidad y una sola lealtad, la que debemos al psicoanálisis. Si usted, viola esta regla daña con ello algo más importante que cualquier consideración que me deba a mí"».

El 10 de octubre, Freud fue sometido a otra operación. Se trataba de una parte de la cicatriz que Schroeder había cauterizado completamente en junio, pero que requería ser cuidadosamente vigilada. Ahora Pichler recortó como cuatro pulgadas y, tal cosa hizo repetidas veces, hizo allí un injerto de piel tomada del brazo del paciente. La intervención se prolongó por espacio de una hora y media y fue «completamente desagradable, si bien como intervención no se le debe conceder excesiva importancia». Las anotaciones de Pichler proporcionan un cuadro mucho más lúgubre. Una semana más tarde, el 17 de octubre, cayó con una bronconeumonia y estuvo en cada diez días, aunque se recuperó bien, y el 1.° de noviembre ya estaba trabajando otra vez, con cuatro pacientes.

Hacia fin de año Freud se sintió, por unos días mucho mejor e incluso llegó a creer en la posibilidad de gozar nuevamente de la vida. Era la época en que fumaba tres o cuatro cigarros por día. En los últimos meses había aumentado unos seis kilos de peso.

En enero de 1931 Freud tuvo la gran satisfacción de verse invitado por la Universidad de Londres para pronunciar la conferencia que anualmente se da allí con el nombre de «Huxley lecture». Ningún científico de habla alemana había recibido tal invitación después de Virchow, en 1898. Freud fue un gran

admirador de T. H. Huxley, y lamentó no poder aceptar ese honor.

Freud solía expresar, en un tono a medias jocoso, el intenso rechazo que le inspiraba toda clase de ceremonias. Su 75 aniversario comenzaba ya a proyectar su sombra. Luego de ocuparse con Eitingon de las dificultades que había con Storfer en la *Verlag*, agregó: «La semana pasada se evidenció también el peligro de otra calamidad aunque ésta por fortuna, menos temible. La Sociedad Médica nos ha propuesto a mí y a Landsteiner (el ganador del premio Nobel) para ser designados Miembros Honorarios de la misma, y la cosa pronto será ratificada. Se trata de un gesto cobarde, provocado por la vista del éxito. Es una actitud muy antipática y repelente. De nada serviría el rechazarlo, a no ser crear un revuelo sensacionalista. Resolveré la situación mediante una fría carta de agradecimiento». Realmente no era cosa fácil saber cómo responder a semejante gesto de parte de gente que durante años no había hecho otra cosa que mofarse desdeñosamente de él.

A todo eso llegó el momento de plantearse el asunto de la celebración del onomástica de Freud, que para él no dejó de ser nunca un problema. De mala gana había consentido en que se reuniera una suma para esa ocasión, con motivo de la aguda situación económica de la *Verlag*, a la que aquélla sería destinada. Pero encargó a Eitingon que no se requiriera el aporte de ningún analista ni paciente. Después de escribirle esto se le ocurrió la obvia reflexión —«que debía habérseme ocurrido antes»— decía, de que tampoco había ninguna otra posibilidad que ésa de hacer una colecta, y con ello llegó a lamentar en haber consentido en iniciar todo el asunto.

Con referencia a esto describió su actitud frente

a los regalos en general en una forma que ilustra su penetrante e impacable realismo. «Evidentemente uno no puede aceptar un regalo y negarse a estar presente en el momento de la entrega. Como si uno dijera: "¿Me han traído ustedes algo? Déjenlo allí. Ya lo iré a recoger en el momento oportuno". La agresión ligada a la ternura del donante reclama su gratificación. El beneficiado debe sentirse agitado, incómodo, avergonzado, etc. En ocasiones tales, las personas ancianas, si son débiles, al comprobar con sorpresa hasta qué punto son estimados por sus contemporáneos más jóvenes, se sienten abrumados a menudo por un exceso de emoción y se ven sometidos un poco a las consecuencias ulteriores de la misma. Nada puede uno recibir gratuitamente, y finalmente hay que pagar caro el haber llegado a vivir demasiado». Eitingon, naturalmente, prometió hacer todo lo que pudiera para no poner a prueba la fortaleza de Freud.

La fortaleza que aún conservaba Freud fue puesta a prueba, de todos modos, por factores que están más allá del poder de los hombres. Los sufrimientos acarreados por la última intervención, la de diciembre, se prolongaron hasta la primavera, y en octubre se puso de manifiesto otro punto sospechoso, que esta vez fue tratado con electrocoagulación. Pero la herida no se curaba bien, y dos meses más tarde informaba Freud que desde el momento de la electrocoagulación no había tenido ni un sólo día que no le resultara insoportable. Además, pocos días después de esa intervención, apareció un nuevo punto sospechoso, que Pichler, el cirujano, quería suprimir antes de que se hiciera maligno. Freud y sus dos médicos arguyeron que bien podía ocurrir que apareciera otra área semejante después de la proyec-

tada intervención, o acaso a consecuencia de la misma, y que la intervención le valdría, con toda seguridad, un nuevo período de sufrimientos que se prolongaría durante meses. Uno de los médicos, el doctor Schur, sugirió como un camino posible a seguir para evitar la operación, una consulta con un especialista en tratamientos con radium. Como en Viena no se contaba con nadie que tuviera bastante experiencia en esto, Marie Bonaparte escribió a Rigaud, la más grande autoridad en París y amigo de ella, pero éste opinó que no debía aplicarse radium en un caso como el presente, si había posibilidad de que se tratara de un brote canceroso. Como último recurso, consultaron con Holzknecht, el radiólogo, quien estuvo de acuerdo con su colega, y el resultado de todo esto fue que el 24 de abril se le hizo una nueva intervención, y se le escindió un buen trozo de tejido. Esto se había hecho realmente a último momento, cuando ya estaba a punto de hacerse decididamente maligno.

Durante ocho años se había tenido la esperanza de que la primera operación radical de la mandíbula había conducido a una curación definitiva. Ahora se desvanecía esa esperanza y lo único que podía esperar Freud era una constante vigilancia ante posibles recurrencias del mal y la disposición a combatirlas, en tal caso, con la mayor rápidez. Este futuro que ahora debía encarar se prolongó por ocho años.

Holzknecht, que a su vez había sido paciente de Freud, era el principal radiólogo de Viena y uno de los pioneros de esa ciencia. Como muchos de esos pioneros, era también una víctima y ahora estaba hospitalizado, muriendo de un cáncer, que no pudo detenerse con una amputación de su brazo derecho.

Falleció pocos meses después, Freud y Schur lo visitaron, y en ese momento ni Holzknecht ni ellos abrigaban ilusión alguna acerca del desenlace. En el momento de despedirse, le dijo Freud: «Usted es digno de admiración por la forma en que soporta su destino». A lo que él replicó: «Usted sabe que sólo a usted se lo tengo que agradecer».

Freud regresó del sanatorio el 4 de mayo, de modo que, para alivio de la familia, pudo celebrar el cumpleaños en la casa. Pero estaba completamente agotado, tanto por todo lo que había soportado como por los dolores, el efecto de las drogas, una complicación pulmonar (una ligera neumonia) y, sobre todo, por el hambre a causa de no haber podido tragar los alimentos. No era realmente el caso de hablar de ninguna clase de festejos. Ni siquiera se le permitió a Eitingon que viniera, y fue esta la primera vez que él dejaba de estar presente en una onomástica de Freud.

Habíamos reunido la suma de 50.000 marcos (£ 2.500) y ahora se presentaba la cuestión de darles destino. Storfer había adelantado algunas sumas para cubrir préstamos bancarios, y como pronto se iba a retirar, Eitingon, que era la autoridad suprema en cuanto a las finanzas de la *Verlag*, envió a Freud —muy a tiempo— un cheque de 20.000 marcos para que se devolviera a Stormer el dinero adelantado. Propuso, además, que el resto fuera para Freud, en pago de derechos de autor que se le adeudaban desde mucho tiempo atrás. Freud, desde el primer momento se había negado a aceptar derechos de autor de la *Verlag*, por la venta de sus libros y en ese momento la suma correspondiente había llegado a 76.500 marcos (£ 3.825). Con gesto adusto y enérgico se negó a tocar un solo penique

de esa suma y efectivamente nunca llegó a cobrar parte alguno de esos derechos de autor.

Kretschmer, a quien le tocó presidir, el 14 de mayo, el Sexto Congreso Médico Internacional de Psicoterapia de Dresde, rindió a Freud un tributo realmente gentil con motivo del 75 aniversario. La mayor parte de los trabajos que se leyeron en el Congreso fueron dedicados al tema de la psicología de los sueños.

Una comisión formada en Nueva York preparó un banquete para 200 personas en el Ritz-Carlton Hotel. El discurso principal estuvo a cargo de William A. White; hablaron, además, A. A. Brill, Mrs. Jessica Cosgrave, Clarence Darrow, Theodore Dreiser, Jerome Frank, y Alvin Johnson.

Llegaron, por supuesto, montones de cartas y telegramas de congratulación, incluyendo entre los firmantes a Einstein. Esto, amén de «montañas de espléndidas flores». Al agradacerle a Marie Bonaparte un vaso griego que le había enviado, le decía además: «es lástima que uno no pueda llevárselo a la tumba». De una manera un tanto extraña, este deseo se cumplió, sin embargo: las cenizas de Freud descansan ahora en ese vaso.

Erdheim había escrito un magistral informe sobre la patología de los tejidos que fueron removidos en el maxilar inferior de Freud en la operación realizada en abril: señalaba, como agente causal del caso, a la nicotina. Freud se limitó a encogerse de hombros ante lo que él denominó «la sentencia nicotínica de Erdheim». Vale la pena señalar que Freud no dejó nunca de fumar por causa de su cáncer del maxilar ni por sus molestias abdominales, que también parecían relacionadas con el tabaco, sino úni-

camente con sus complicaciones cardíacas. Éstas sí las tomaba en serio.

Al finalizar el mes ya estaba en condiciones de volver a fumar, y en junio partió para sus vacaciones de verano llevando consigo cinco pacientes. Esta vez, por desgracia, no pudo ir más allá de los suburbios. De hecho ya no volvió a abandonar Viena hasta llegado el momento en que le toco huir de los nazis, en 1938.

Después de la época de sufrimiento por la que había pasado, Freud se sintió dispuesto a la indulgencia consigo mismo. Afirmaba que «la abstinencia (del tabaco) no se justifica a mi edad». Más adelante, en relación con esto mismo, y ya cumplidos los setenta y cinco, dijo que ya no habría que prohibirle nada. Dado que no podía fumar nada que pudiera obtenerse en Austria, dependía de los esfuerzos que hiciera Eitingon para encontrar para él, algo que fuera pasable, en Alemania. Pero al final del año, la crisis económica hizo que se dictara una ley prohibiendo la exportación de toda clase de mercancías de Alemania a Austria, de modo que hubo que inventar todo un complicado sistema de contrabando, cuya realización quedaba a cargo de cada uno de los amigos que viajaban de uno a otro país.

Llegamos ahora a un período en que los acontecimientos de orden externo comenzaban a ejercer su presión sobre la vida de Freud y sobre el movimiento psicoanalítico en general. La crisis económica mundial, que se había iniciado con la quiebra del *Creditanstalt* de Viena, estaba en plena expansión en 1931, y pronto hubo de verse cuán desastrosas llegaron a ser sus consecuencias políticas tanto para Alemania como para Austria. En todos los países los analistas estaban sintiendo el impacto de manera

bastante seria en su profesión, y llegó a ser muy dudoso el que pudiera reunirse más de un puñado de asistentes para el Congreso que debía realizarse en otoño. A fines de julio decidimos que era necesario postergarlo por un año más.

El infernal aparato de prótesis era en ese momento menos satisfactorio que nunca, y en agosto se hizo otro desesperado intento de mejorarlo. Ruth Brunswick había oído decir que el Profesor Kazanijan, de Harward, que era considerado poseedor de un talento mágico, estaba asistiendo a un Congreso Odontológico de Berlín, y todos los días no dejaba de telefonearle rogándole que viniera a ver a Freud. Kazanijan se rehusó finalmente, pero entonces Ruth Brunswick y Marie Bonaparte —que estaba también en Viena— unieron sus esfuerzos. Ruth consiguió que su padre, el juez Mack, que era miembro del Consejo de la Universidad de Harward, hiciera valer su influencia mediante un cablegrama, y Marie Bonaparte tomó un tren para París, alcanzó al mal dispuesto mago en el viaje de regreso de éste a su casa, y lo trajo de vuelta consigo, arrastrándolo, por decir así, junto con el doctor Weimann, que también había asistido al Congreso. El hombre en cuestión cobró a Freud, por este viaje, 6.000 dólares. Trabajó en el aparto de Freud durante veinte días, pero el resultado estaba muy lejos de ser satisfactorio. Las dos señoras habían tenido las mejores intenciones del mundo, pero las consecuencias para las finanzas de la *Verlag* fueron desdichadas.

Pero en el mes de octubre se produjo un acontecimiento sumamente satisfactorio. El Consejo Municipal de Freiberg, actualmente Příbor, decidió honrar a Freud (y honrarse a sí mismo) colocando una placa de bronce en su casa natal. El día de la cere-

monía, 28 de octubre, fueron engalanadas las calles y se pronunciaron muchos discursos. Ana Freud dio lectura a una carta de agradecimiento escrita por Freud al Intendente de la ciudad. Éste era el cuarto homenaje que se hacia a Freud en este año de su 75 aniversario. Pero estos hechos tan halagüeños más bien lo envejecían. «A partir del premio Goethe del año pasado, el mundo ha cambiado su actitud hacía mí pasando a un reconocimiento de mala gana, pero esto apenas ha servido para hacerme comprender lo poco que todo esto importa. ¡Cuán distinto valor tendría para mí una prótesis pasable, por más que ésta no podría tener la pretensión de constituir el objetivo esencial de mi existencia!»

En mayo, Ferenczi envió a Freud una copia del trabajo que se proponía leer en el Congreso y en el cual sostenía haber encontrado una nueva segunda función de los sueños, relacionada con las experiencias traumáticas. Freud le contestó secamente que ésta era también su primera función, tal como él lo había expuesto ya años atrás.

En el mes de octubre, Ferenczi pasó una vacaciones en Capri, y Freud confió en que este alejamiento de la labor analítica le resultaría beneficioso. En su camino de regreso, Ferenczi pasó dos días en Viena, el 27 y 28 de octubre y en esta ocasión hablaron francamente acerca de sus divergencias.

La divergencia esencial radicaba en el asunto de la técnica. En relación con sus recientes ideas acerca de la importancia predominante de los traumas infantiles, especialmente la falta de cariño de los padres, Ferenczi había comenzado a introducir cambios en su técnica en el sentido de convertirse él en un progenitor amante, con el objeto de compensar la

infelicidad infantil de sus pacientes. Esto traía también como consecuencia el permitir a sus pacientes que, a medida que avanzaba su tratamiento, analizaran también a él, con el riesgo consiguiente de un mutuo análisis, que quitaba la necesaria objetividad a la situación terapéutica. El papel desempeñado por el padre, así como también el miedo inspirado por éste, quedaban en segundo plano, de manera que, tal como más adelante lo expresó Freud, la situación analítica empezaba a quedar reducida a un agradable juego entre madre e hijo, con sucesivos cambios de papel entre analista y analizado.

Freud le envió ahora una carta importante, que, de paso, ilustra acerca de la forma desprejuiciada en que él enfocaba los asuntos sexuales.

Me ha complacido mucho recibir su carta, como siempre, pero no puedo decir otro tanto en cuanto al contenido de la misma. Si en esta situación no logra usted imponerse ningún cambio de actitud, es muy poco probable que consiga hacerlo más tarde. Pero esto es, fundamentalmente, asunto suyo. Mi opinión en el sentido de que usted no lleva una orientación promisoria es asunto privado, que no tiene por qué perturbarle.

Me parece patente que las divergencias entre usted y yo están llegando a un punto culminante a causa de un detalle técnico que bien vale la pena discutir. Usted no ha hecho ningún secreto en cuanto a que usted besa a sus pacientes y les permite que a su vez hagan lo mismo con usted; lo he escuchado también de boca de un paciente mío. Ahora bien, si usted se decide a exponer ampliamente su técnica y los resultados de la misma, tendrá que elegir uno de estos dos caminos: o bien usted expone este detalle o lo mantiene oculto. Esto último, como bien puede comprender usted, sería poco honorable. Todo lo que uno hace, en cuanto a técnica,

lo debe defender abiertamente. Por otra parte, ambos caminos pronto desembocan en uno solo. Aun cuando se lo ocultara a usted a sí mismo, no tardaría mucho en saberse del mismo modo en que yo he llegado a enterarme de esto antes de que usted me lo dijera.

Por supuesto yo no soy una de estas personas que por mojigatería o llevados por convencionalismos burgueses, habría de condenar alguna que otra gratificación de esta índole. Y estoy seguro también de que en el tiempo de los Nibelungos un beso era un inofensivo saludo ofrecido a cualquier huésped. En mi opinión, por otra parte, el análisis es posible incluso en la Rusia soviética, donde, en lo que al Estado concierne, hay una absoluta libertad sexual. Pero esto no modifica para nada el hecho de que no estamos viviendo en Rusia y que, entre nosotros, un beso representa cierto grado de intimidad erótica. Hasta el presente nos hemos mantenido, en nuestra técnica, fieles al principio de que a los pacientes se les debe negar toda gratificación erótica. Usted sabe, también, que allí donde no existe la posibilidad de gratificaciones más intensas, éstas son muy fácilmente reemplazadas por caricias menos íntimas, tal como ocurre, en determinado momento, en el curso de una aventura amorosa, o como es en el caso en el escenario teatral, etc.

Ahora bien, imagínese usted qué resultado puede tener el que usted haga conocer públicamente su técnica. No hay ningún revolucionario que, en su momento, no sea desalojado a su vez por otro más radical que él. Serían muchos los francotiradores en materia de técnica que se dirían a sí mismos: ¿por qué vamos a detenernos en el beso? Ciertamente no se puede lograr más si se recurre al manoseo, que, después de todo no va a engendrar un niño. Más tarde llegarán otros, más audaces, que extenderán esas libertades a mirar y mostrar... y pronto veremos la aceptación, en la técnica psicoanalítica, de todas las formas de juegos vigentes en el mundo de la semivirginidad y las caricias, todo lo cual

conduciría a un incremento enorme de interés por el psicoanálisis, tanto de parte de los analistas como de los pacientes. El partidario novicio, además, reclamará para sí gran parte de ese interés, a los más jóvenes de nuestros colegas les resultará difícil detenerse precisamente en el punto en que anticipadamente planearon hacerlo, y Dios Padre —Ferenczi—, contemplando este animado cuadro, que él mismo ha creado, tal vez se diga a sí mismo: después de todo, yo debía haberme detenido tal vez, en mi técnica de cariño maternal, *antes* de llegar al beso...

Ningún comentario posterior «acerca de los peligros de la neocatarsis» serviría de gran cosa. Evidentemente uno no debe dejarse arrastrar a ese peligro. Intencionadamente he dejado de mencionar toda la exacerbación de las calumniosas resistencias contra el análisis que la técnica del beso traería aparejada, si bien me parece que el provocarlas no deja de ser una actitud poco responsable.

En esta advertencia que le dirijo no creo haber dicho nada que usted mismo no sepa. Pero ya que a usted le agrada desempeñar el papel de madre cariñosa con los demás, tal vez pueda usted hacer otro tanto consigo mismo. En ese caso, usted no tendrá más remedio que escuchar una admonición brutalmente paterna. Es por esto que yo he hablado, en mi carta anterior, de una nueva pubertad... y ahora me ha obligado usted a ser enteramente rudo.

No me asiste la esperanza de hacer en usted impresión alguna. En nuestras relaciones falta la base necesaria para ello. Me parece que su necesidad de absoluta independencia es más fuerte que usted de lo que usted mismo podría reconocer. Pero por mi parte, al menos, he hecho todo lo que pude en mi rol paterno. Ahora le toca a usted seguir adelante.

Ferenczi no tomó a bien esta carta. Tal como lo manifestó él mismo, era ésta la primera vez en que

realmente tenía una divergencia con Freud. Pero sería mucho pedir el que Freud estuviera de acuerdo con él en asuntos tan fundamentales de la técnica, que, después de todo, era la base de toda su obra.

En el número de octubre del *Zeitschrift* aparecieron juntos dos trabajos de Freud. El primero de ellos, *Tipos libidinosos*, distinguía tres tipos principales de personas, que Freud denominó de tipo erótico, obsesivo y narcista respectivamente. Existen, además, tres formas compuestas de los mismos. El trabajo, a pesar de su brevedad, constituyó un agregado importante al tema de caracterología. En el otro trabajo, *Sobre la sexualidad femenina*, Freud encaraba un tema que, según él mismo confesaba, siempre le había resultado difícil, y en este caso no llegó a exponer más que un par de conclusiones importantes de las que pudiera sentirse seguro.

En el mes de diciembre Freud se comprometió a escribir un trabajo sobre *La conquista y el control del fuego*, que fue publicado un año más tarde.

El primer incidente de 1932 se relacionó con la revista. Wilhelm Reich había enviado, para que se publicara en el *Zeitschrift*, un artículo cuyo tema era la condensación del marxismo con el psicoanálisis, artículo que, según Freud, «culminaba en una afirmación enteramente sin sentido: que lo que habíamos llamado instinto de muerte era un producto de la sociedad capitalista». Este punto de vista era, por cierto, muy diferente del sustentado por Freud, para quien se trataba de una tendencia intrínseca de todos los seres vivientes, animales y vegetales. Su deseo era, naturalmente, agregar un comentario de la revista en el sentido de que el psicoanálisis era ajeno a toda clase de intereses políticos, cosa que

por mi parte, como director, yo no habría de vacilar en hacer. Reich mismo estuvo de acuerdo con este procedimiento, pero Eitingon, Jekels y Bernfeld, consultados por Freud se opusieron, y Bernfeld dijo que esto equivaldría a una declaración de guerra a los Soviets. El asunto quedó finalmente resuelto al publicarse el trabajo de Reich, pero seguido por una amplia crítica de Bernfeld.

Mucho más serio que esto fue la verdadera crisis económica de la *Verlag*, la más alarmante de las muchas que tuvo que superar. La situación económica de todo el mundo, especialmente la de Alemania, había reducido al mínimo la venta de los libros de Freud, de la cual dependía principalmente la supervivencia de la *Verlag*. Las ganancias personales de Freud se redujeron también, y alguno de sus hijos se hallaba sin trabajo. Los ingresos de Eitingon, provenientes de Estados Unidos, y que siempre habían sido la defensa a la que se recurría en última instancia, estaban en tren de franca desaparición, y en el mes de febrero, en efecto, ya no había nada de esto. Eitingon se encontraba ahora ante una situación, para él nueva, la de tener que ganarse la vida. Tenía un solo paciente y ninguna perspectiva de que llegaran otros.

En febrero llegó Freud a la conclusión de que era imposible mantener por más tiempo a la *Verlag* sobre una base personal tan endeble y anunció su intención de hacer un llamamiento a la Asociación Psicoanalítica Internacional para que se hiciera cargo de las responsabilidades del mismo en el futuro.

Eitingon sufrió, precisamente en ese momento, una leve trombosis cerebral con parálisis del brazo izquierdo. Había resuelto ya no presentar su candidatura a la reelección como Presidente de la Aso-

ciación Psicoanalítica Internacional, cosa que tomó el carácter de una decisión absoluta luego de producirse este episodio cerebral. Entretanto tuvo que guardar cama por varias semanas. Freud, ante la posibilidad de que Eitingon pudiera tener dificultades económicas, se ofreció amablemente a prestarle mil dólares.

Freud era muy pesimista en cuanto al probable efecto de su solicitud de ayuda para la *Verlag*. «No creo que salga nada de esto. Terminará por ser nada más que una divertida muestra de un diferente estilo literario». A causa de la catastrófica situación económica imperante, las perspectivas parecían bastante lúgubres. «Sería superfluo decir cualquier cosa que fuera acerca de la situación general del mundo. Es posible que estemos repitiendo simplemente el acto ridículo de salvar un pajarito encerrado en su jaula en un momento en que está en llamas la casa entera». Pero estaba, en esto, completamente equivocado, dado que el llamamiento encontró una respuesta inmediata y satisfactoria. Estaba equivocado también, lo mismo que yo, en cuanto al temor de que surgiera la acusación, de parte de algún analista de que la *Internazionaler Verlag* tenía una orientación exclusivamente de habla alemana.

Dos tareas se nos presentaron en nuestro empeño de salvar a la *Verlag:* afrontar las deudas inmediatas y más que apremiantes, en primer lugar, y luego asegurar una suma anual que pudiera servir de base para la subsistencia de la empresa. La mayor parte de las Sociedades, sin embargo, hicieron todo lo que les fue posible. La Británica, por ejemplo, aprobó en forma unánime y entusiasta una resolución de apoyo, y en la primera semana llegó a reunir £ 500. Brill, además de los aportes de la Sociedad

de Nueva York, envió 2.500 dólares. Edith Jackson envió 2.000 dólares.

Martin Freud tuvo que hacer los mayores esfuerzos para llegar a una transacción con un acreedor tras otro, pero al finalizar el año había completado esta difícil misión, y la *Verlag*, por el momento, quedaba en pie. En el Congreso de Wiesbaden, en septiembre, se impuso a todos los miembros, con un amplio consentimiento general, la obligación de contribuir con tres dólares por mes, por lo menos durante tres años.

En marzo de 1932 Freud recibió la primera visita de Thomas Mann. Freud intimó con él de inmediato: «lo que él tenía que decir era muy fácil de comprender; daba la impresión de una buena formación».

En la primavera, y por primera vez, hubo indicios de disminución espontánea en la clientela psicoanalítica de Freud. «En el verano tendré que escribir algo, dado que tendré pocas personas en análisis. En este momento llegarán a cuatro, a comienzos de marzo sólo tendré tres, y por el momento no se han registrado nuevas solicitudes. Tienen razón los que así proceden; ya soy demasiado viejo, y en cuanto a mi trabajo, es demasiado diferente. Debería no tener necesidad de seguir trabajando. Pero por otra parte es agradable pensar que mi "oferta de trabajo" ha durado más tiempo que la "demanda"». Ese año su onomástica transcurrió en forma bastante tranquila. Fue esta la primera vez que no se hallaba presente ningún miembro del Comité; precisamente entonces Eitingon estaba convaleciente de su ataque. La ausencia de Eitingon dio a Freud la oportunidad de pasar el día en la forma en que «siempre había

deseado hacerlo, es decir, exactamente como si se tratara de cualquier otro día de la semana. Por la mañana hizo una visita a Kagran, llevando a sus perros. Por la tarde la habitual visita a Pichler; a esto siguieron 4 horas de trabajo analítico y una inofensiva partida de naipes por la noche. Alguna duda acerca de si uno debiera sentirse contento de haber vivido hasta esta fecha, y luego la resignación».

La emigración hacia Norteamérica continuaba su curso. Alexander dejaba su cargo temporario en Boston para asumir otro, permanente, en Chicago. Sachs había consentido en reemplazarlo en Boston durante el otoño y Karen Horney estaba por viajar a Nueva York.

Todos habíamos dado por entendido de que Ferenczi había de suceder a Eitingon en la presidencia de la Asociación. Freud estaba enteramente en favor de esta idea, por más que el alejamiento de Ferenczi con respecto a él le hacía sentirse desdichado.

Fue el propio Ferenczi quien formuló sus dudas acerca de que le correspondiera el cargo. Estando tan absorbido por sus investigaciones terapéuticas, se preguntaba si le quedaría energía suficiente para la pesada labor que debe realizar un presidente de la Asociación. Freud hizo una sugestión brillante, en el sentido de que la aceptación del cargo tendría el carácter de una «cura forzada» que habría de arrancarlo de su aislamiento, pero Ferenczi se sintió más bien ofendido por esto y negó que hubiera nada que fuera patológico en su aislamiento: estaba simplemente concentrado en su tarea. Ya avanzado el mes de agosto, 10 días antes de la fecha en que debía comenzar el Congreso, anunció su decisión de no optar por la presidencia en vista de que sus más recientes ideas se hallaban tan en conflicto con los

principios aceptados en psicoanálisis que no sería una actitud honrosa de su parte el representar a éste en su cargo oficial. Freud, sin embargo, le presionó todavía para que aceptara y se negó, a su vez, a aceptar la razón invocada.

Ferenczi pasó entonces a otro terreno. Sostuvo que no pensaba en la creación de una nueva escuela, pero que todavía no estaba seguro de que Freud realmente quisiera que él ocupara el cargo. Visitaría a Freud en el viaje de Budapest a Wiesbaden, y tomaría su decisión en ese momento. En el intervalo envió a Eitingon, el 30 de agosto, un telegrama de último momento, pidiéndole que no iniciara negociación algunas conmigo hasta después que él visitara a Freud. Después de ocurrir esto, Freud telegrafió a Eitingon: «Ferenczi inaccesible. Impresión insatisfactoria», Eitingon que durante cierto tiempo había sido de opinión que, dadas las circunstancias, Ferenczi no era un candidato aceptable, se sintió aliviado e inmediatamente me preguntó si yo estaría dispuesto a aceptar el cargo. En su opinión, mi salud mental era más que suficiente garantía contra todo peligro de iniciar una nueva tendencia. No me era fácil rehusarme, si bien había abrigado la esperanza de no tener que cargar con semejante peso por algún tiempo, hasta que me fuera más fácil delegar en otros algunos de mis cargos en Londres. Muchos años tuvieron que pasar hasta que se me presentara oportunidad alguna de aliviarme de esa carga, de modo que, sumando los dos períodos, ejercí el cargo durante casi veintitrés años, experiencia ésta que, por suerte, pienso que nadie más estará llamado a afrontar.

Será necesario que digamos algo acerca de esa crítica entrevista, en que los viejos amigos habrían de

verse por última vez. Unos días antes de realizarse el encuentro, el 24 de agosto, Freud recibió la visita de Brill. Este había estado en Budapest, para visitar a Ferenczi, y la impresión fue desdichada. Se sintió particularmente asombrado al oír decir a Ferenczi que no podía adjudicar a Freud más visión de la que tiene un niño.

Es el caso que esta misma frase es la que había usado, en su tiempo, Rank, recuerdo este que no podía menos que intensificar los aciagos presentimientos de Freud. Sin pronunciar una palabra de saludo, anunció Ferenczi, al penetrar en la habitación: «Quiero que usted lea mi trabajo para el Congreso». Hacia la mitad de la entrevista llegó Brill y, dado que Ferenczi y él habían hablado recientemente sobre el tema, Freud admitió que continuara con ellos, si bien Brill no participó en la conversación. Evidentemente Freud hizo todo lo que pudo para lograr algún grado de comprensión, pero fue en vano. Un mes más tarde, Ferenczi le escribió acusándolo de haber planeado la aparición de Brill en forma de contrabando, para que éste tomara el papel de juez entre ambos, y expresándole además su ira por el hecho de habérsele solicitado que no publicara su trabajo por el término de un año. Freud, en su contestación, manifestaba que esta última sugerencia había sido hecha simplemente en el propio interés de Ferenczi, en la esperanza, a la que él no renunciaba todavía, de que una reflexión ulterior pudiera demostrarle la incorrección de su técnica y de sus conclusiones. Agregaba: «Durante dos años usted ha estado alejándose sistemáticamente de mí y probablemente ha incubado una animosidad personal que va más allá de lo que fue capaz de expresar. Cualquiera de aquellos que en un tiempo estuvieron cer-

ca de mí y luego se apartaron podrían tener más motivos que usted de hacerme cualquier reproche. (No, en realidad, tan poco motivo como lo tuvo Rank.) Esto no me produce un efecto traumático; me siento preparado y acostumbrado a hechos como éste. Yo podría muy bien señalar, en forma objetiva, los errores técnicos implícitos en sus conclusiones, pero, ¿para qué lo voy a hacer? Estoy convencido de que usted se mostraría inaccesible a toda duda. De modo que ya no queda otra cosa que desearle lo mejor».

En el transcurso del Congreso surgió una delicada cuestión. A Freud le pareció que el artículo preparado por Ferenczi no habría de beneficiar la reputación de éste, de manera que le rogó que no lo presentara. Brill, Eitingon, y van Ophuijsen fueron más lejos aún y pensaron que sería escandaloso leer un trabajo así en un Congreso psicoanalítico. Eitingon, en consecuencia, decidió prohibírselo firmemente. Yo, por otra parte, pensé que el trabajo era demasiado vago como para causar una clara impresión para bien o para mal —y así resultó— y que sería tan inofensivo para el miembro más distinguido de la Asociación, y verdadero fundador de ésta, el decirle que lo que tenía que exponer en el trabajo no valía la pena de ser escuchado y bien podría leerlo o no, que podría darle motivo para retirarse encolerizado. Mi consejo fue escuchado y Ferenczi reaccionó cálidamente a la buena acogida que encontró su trabajo al ser leído. Participó, además, en las discusiones de carácter administrativo, demostrando que todavía era uno de los nuestros. Se mostró muy amistoso conmigo y me reveló, no sin cierta sorpresa para mí, hasta que punto se había sentido decepcionado por no haber sido nunca elegido como Presidente

por un Congreso en pleno, ya que el de Budapest era una simple reunión. Me dijo también que sufría también de una anemia perniciosa, pero que tenía esperanzas de mejorar con una terapia del hígado. Después del Congreso salió de viaje hacia el mediodía de Francia, pero pasó ahí tanto tiempo en cama que decidió acortar estas vacaciones y volver a su casa lo más directamente posible, sin detenerse siquiera en Viena. No cabe duda de que era ya un hombre muy enfermo.

Al escribir a Marie Bonaparte sobre la satisfacción que le producía el éxito del Congreso, agregaba Freud: «Ferenczi ya es un trago verdaderamente amargo. Su prudente mujer me ha manifestado que yo debiera tratarlo... ¡como a un chico enfermo! Usted tiene razón: la decadencia psíquica e intelectual es mucho más grave que la inevitable decadencia del cuerpo».

En el mes de noviembre Freud fue víctima de un ataque excepcionalmente serio de gripe, con una otitis media. La inflamación consiguiente, que era una de las causas principales de malestar en su herida, se prolongó por más de un mes. En conjunto, este año fue malo, con cinco operaciones, una de las cuales, realizada en octubre, fue bastante grande.

En marzo, cuando el estado de las finanzas de la *Verlag* era tan desesperante, concibió Freud la idea de procurarle una ayuda escribiendo una nueva serie de capítulos de introducción al psicoanálisis (la *Nueva introducción al psicoanálisis*), lo cual le daría la oportunidad de decir algo acerca del progreso operado en sus ideas a partir de la aparición de la primera *Introducción*. «Este trabajo responde, por cierto, más a una necesidad de la *Verlag* que a una mía, pero de todos modos uno debiera siempre estar ha-

ciendo algo en que pueda ser interrumpido, en lugar de dejarse arrastrar en la pendiente de la holgazanería.»

El año anterior había sido ya bastante desagradable, pero 1933 trajo consigo crisis aún más graves. Freud había abrigado el temor de que la destrucción y los sentimientos de enemistad que acompañaron a la primera guerra mundial podrían reducir al mínimo el interés por el psicoanálisis o incluso poner fin a ese interés. Ahora las persecuciones desencadenadas por Hitler constituían una renovación de la misma amenaza, y efectivamente cumplieron ésta en cuanto concierne a los países que fueron patria del psicoanálisis: Austria, Alemania y Hungría.

Para Freud la situación comenzaba a ponerse grave. Escribió a Marie Bonaparte: «¡Cuán dichosa es usted al verse enfrascada en su trabajo sin tener que enterarse de las cosas horribles que ocurren alrededor de uno! En nuestros círculos la vacilación ha llegado a ser bastante grande. La gente teme que las extravagancias nacionalistas de Alemania puedan extenderse a nuestro pequeño país. Se me ha aconsejado incluso que huya de inmediato a Suiza o a Francia. Esto no tiene sentido; no creo que exista peligro alguno aquí y si tal cosa llega estoy firmemente resuelto a esperarla aquí. Si me matan, bueno. Es una suerte como cualquier otra. Pero probablemente esto no es más que una bravata de poca monta».

Y diez días más tarde: «Estos son tiempos en que uno no se siente inclinado a escribir, pero no me agradaría dejar de estar en contacto con usted.

»Gracias por su invitación a St. Cloud. He resuelto no utilizarla; difícilmente será necesario. Las brutalidades parecen estar disminuyendo en Alema-

nia. La forma en que han reaccionado a ellas Francia y Estados Unidos no han dejado de producir cierta impresión; pero las calamidades, pequeñas pero no por ello menos dolorosas, no van a cesar y el sistemático sojuzgamiento de los judíos, a quienes se está desalojando de todas sus posiciones, apenas si ha comenzado. No se puede evitar la evidencia de que la persecución de los judíos y las restricciones de la libertad individual son los únicos puntos del programa de Hitler que pudiera llegar a realizarse. Todo lo demás es debilidad y utopía...»

Después de su encuentro anterior en el mes de septiembre, Freud y Ferenczi no volvieron más a discutir con respecto a sus divergencias. Los sentimientos de Freud hacia él no cambiaron nunca, y Ferenczi, por su parte, se mantuvo, en las apariencias externas al menos, en términos amistosos. Continuaron escribiéndose, y la parte principal de la correspondencia se refería al estado de salud, cada vez más grave, de Ferenczi. El tratamiento médico pudo tener a raya la anemia misma, pero en el mes de marzo ésta —tal como ocurre a veces— atacó la columna vertebral y el cerebro, y en los últimos dos meses de su vida Ferenczi ya no pudo estar de pie ni caminar. Esto exacerbó, sin duda, sus impulsos psicóticos latentes.

Tres semanas después del incendio del Reichstag en Berlín, fue la señal con que se inició el desborde de la persecución nazi. Ferenczi, en una carta que denotaba cierto pánico, emplazó urgentemente a Freud a que huyera de Austria mientras fuera tiempo aún de escapar del peligro. Le aconsejó que partiera inmediatamente para Inglaterra, junto con su hija Ana, y tal vez con algunos pacientes. Por su parte, si el peligro llegara a aproximarse a Hungría,

tenía el propósito de partir para Suiza. Su médico le aseguró que su pesimismo provenía de su estado patológico, pero nosotros, conocedores de ciertos detalles, teníamos que admitir que en su locura había cierto método. Ha aquí la respuesta de Freud, la última carta que escribió a su viejo amigo.

Me ha afligido mucho el enterarme de su convalecencia, que había comenzado tan bien, sufrió una interrupción, pero de todos modos estoy más contento con la noticia de su reciente mejoría. Le ruego que se abstenga de trabajar mucho. Su escritura me demuestra claramente lo cansado que usted está todavía. Las discusiones entre nosotros acerca de sus novedades en técnica y en teoría pueden esperar otro momento. El ponerlas de lado ahora no puede sino beneficiarlas. Para mí es más importante que usted recobre su salud.

En cuanto al motivo inmediato de su carta, lo que se refiere a huir, me siento contento de poder decirle que no pienso abandonar Viena. No estoy en buenas condiciones de movilidad y dependo demasiado de mi tratamiento, de ciertas cosas que me pueden traer alguna mejoría y comodidad. Además, no quiero dejar lo que poseo aquí. De todos modos, probablemente me quedaría aún si estuviera en pleno goce de mi salud y mi juventud. Hay detrás de eso, por supuesto, una actitud emocional, pero también algunas racionalizaciones. No hay seguridad de que el régimen de Hitler se imponga también en Austria. Ello es posible, ciertamente, pero todo el mundo cree que no alcanzará aquí la crueldad y la brutalidad que ha llegado en Alemania. No hay peligro personal alguno en cuanto a mí, y cuando usted se imagina que la opresión de nosotros, los judíos, nos depara una vida sumamente desagradable, piense también cuán incómoda sería la vida en el extranjero, ya sea en Suiza o en Inglaterra, que son los países que acogen a los refugiados. En mi opinión la fuga se jus-

tificaría solamente por una amenaza directa de muerte; además, si lo llegan a matar a uno, esto sería simplemente una forma de morir, como cualquier otra.

Hace apenas unas horas que ha llegado Ernestito [1] de Berlín, después de algunas peripecias desagradables en Dresde y en la frontera. Como él es alemán, no podrá volver. Desde hoy en adelante a ningún judío alemán le será permitido abandonar el país. Supe que Simmel ha salido para Zurich. Confío en que usted podrá quedar, si ser molestado, en Budapest, y que pronto me enviará usted buenas noticias acerca de su salud...

La última carta de Ferenczi, que éste escribió desde la cama, el 4 de mayo, consistía en unas pocas líneas referentes a la onomástica de Freud. La perturbación mental de Ferenczi había hecho rápidos progresos en pocos meses. Escribió que una de sus pacientes norteamericanas, a quien solía dedicar cuatro o cinco horas diarias, lo había analizado a él y curado de todos sus transtornos. Recibía mensajes de ella a través del Atlántico... (Ferenczi había creído siempre firmemente en la telepatía.) Además de eso estaban sus delirios acerca de la supuesta hostilidad de Freud [2]. Hacia el final aparecieron violentos accesos paranoicos, e incluso homicidas, que fueron seguidos por el repentino fallecimiento, el 24 de mayo. Tal fue el trágico final de una personalidad brillante, encantadora y distinguida, de una persona que durante un cuarto de siglo fue el amigo más íntimo de

1. El nieto de Freud.
2. En América algunos de los antiguos alumnos de Ferenczi, especialmente Izette de Forest y Clara Thompson, alimentaron el mito de que Freud había inferido malos tratos a Ferenczi. Mediaron frases tales como "animosidad" y "dura y acerba crítica" de Freud, afirmándose que había perseguido a Ferenczi con inquina. La correspondencia de Freud, así como sus recuerdos personales, no dejan lugar a dudas de que no existe ni un asomo de verdad en este relato, aunque es muy probable que el mismo Ferenczi, en su estado final transportado, creyera en él y contribuyera a su propagación.

Freud. Los demonios agazapados en su interior, y con los cuales Ferenczi había luchado durante años en medio de sus desdichas y con no poco éxito, se impusieron finalmente a él, y una vez más tuvimos la dolorosa experiencia del terrible poder de que están dotados.

Escribí a Freud, por supuesto, para expresarle mi pesar por la pérdida de su amigo, «de esa figura tan inspiradora y que todos habíamos amado tanto. Me siento más contento que nunca de haber logrado, en el último Congreso, retenerlo en nuestro círculo». Freud respondió: «Sí, tenemos todas las razones para expresarnos mutuamente nuestra condolencia. Nuestra pérdida es grande y dolorosa; es una parte del constante proceso que va derribando todo lo que existe y haciendo lugar, de este modo, a los nuevos. Ferenczi se lleva consigo una parte de los tiempos viejos; más adelante, cuando me toque partir a mí, comenzará una época que usted todavía alcanzará a ver. Fatalidad. Resignación. Eso es todo».

En esa época el doctor Roy Winn, de Sydney, propuso a Freud la idea de escribir una autobiografía de carácter más íntimo. Difícilmente podría habérsele ocurrido una cosa que desagradara más a Freud. Pero éste, en una carta encantadora, le replicó con toda tranquilidad: «Su deseo de que yo escribiera una autobiografía íntima no tiene probabilidades de ser satisfecho. Incluso lo que hay de autobiografía (exhibicionismo) en *La interpretación de los sueños*, por más que fue necesario para dicha obra, resultó bastante duro para mí, y no creo que nadie aprenda gran cosa de una obra como la que usted me propone. Personalmente no pido al mundo sino que me deje tranquilo y consagre más bien su interés al psicoanálisis».

El día de su onomástica, Freud fue objeto, como de costumbre, de un examen médico por parte de Schur. La esposa de Schur estaba esperando un bebé, que venía con algunos días de retraso. Freud le insistió vivamente en que volviera a toda prisa junto a su mujer, y en el momento en que el médico partía, dijo con tono meditativo: «Usted está alejándose de un hombre que no desea abandonar el mundo para ir al encuentro de un niño que no desea venir a este mundo».

Con ese gran afecto que Freud siempre sintió por los niños, se tomaba un especial interés en todo nuevo nacimiento. Cuando yo le hice saber que dentro de poco tendríamos un nuevo bebé, me escribió: «La hermosa noticia de lo que ustedes esperan para mayo merece una cordial congratulación de parte de todos, sin demora alguna. Si llegara a ser el hijo más joven, usted puede comprobar, por mi propia familia, de que el último en llegar no es por eso el que menos vale». Cuando le anuncié el nacimiento, hacia la misma época de su propio cumpleaños, hizo las siguientes reflexiones:

La primera contestación, una vez que ha cedido el aflujo de cartas recibidas, le corresponde naturalmente a usted, ya que en las demás misivas no hay nada encantador e importante como la que hay en la suya y porque ésta es una oportunidad de responder a una felicitación con otra, de más sólido fundamento. En medio de todas las incertidumbres, tan conocidas, de la vida, uno puede envidiar a los padres la alegría y las esperanzas que pronto afloran alrededor de una nueva criatura humana, en tanto que, en lo que se refiere a la gente anciana, bien puede uno conformarse si ve que se equilibran los dos platillos de la balanza: la inevitable necesidad de un descanso final, por un lado,

y por el otro el deseo de gozar un poco más del amor y la amistad de la gente que nos es cercana. Creo haber descubierto que el anhelo de un descanso final no es una cosa elemental y primaria, sino la expresión de la necesidad de liberarse del sentimiento de inadecuación que caracterizan a la vejez, especialmente en lo que se refiere a los más pequeños detalles de la vida.

Usted tiene razón cuando dice que, en comparación con la época en que yo cumplía los setenta, yo no me siento ansioso en cuanto al futuro del psicoanálisis. Éste ya está asegurado y sé que está en buenas manos. Pero el futuro de mis hijos y de mis nietos está en peligro y mi propia impotencia es angustiante.

La ola de emigración de los judíos de Alemania estaba en su apogeo, y las perspectivas de los analistas que se quedaban eran bastante oscuras. Algunos de los emigrantes hallaban un descanso temporal, por uno o dos años, en Copenhague, Oslo, Estocolmo, Estrasburgo y Zurich, pero la mayor parte de ellos se iba finalmente a Norteamérica.

Freud no se mostraba nada pesimista respecto a Austria, como en realidad fue el caso de la mayor parte de la gente, hasta el momento en que Mussolini decidió abandonarla a su suerte. En abril informaba Freud: «Viena, a despecho de los levantamientos, los desfiles, etc., está tranquila, según los diarios, y la vida aquí se desarrolla sin perturbación. Se puede afirmar con seguridad que el movimiento de Hitler se extenderá a Austria —ya está aquí, en realidad—, pero es muy poco probable que esto signifique el mismo peligro que en Alemania. Lo más probable es que sea frenado por la conjunción de las demás fuerzas de derecha. Estamos pasando a una dictadura de la derecha, lo cual significa que la social democracia será reprimida. Esto no será dema-

siado agradable, y no podrá gustarnos a nosotros los judíos, pero todos pensamos aquí que las leyes de excepción contra los judíos, están fuera de cuestión en Austria, a causa de las clausulas contenidas en nuestro tratado de paz, que garantizan expresamente los derechos de las minorías, a diferencia del Tratado de Versalles (para Alemania). Las persecuciones legales a los judíos aquí conducirían inmediatamente a que la Liga de las Naciones tomara medidas. En cuanto a una unión de Austria con Alemania —caso en el cual los judíos perderían inmediatamente todos sus derechos— es cosa que Francia y sus aliados no permitirían nunca. Austria, además, no es proclive a asumir la brutalidad de los alemanes. Es así que nos mantenemos en una relativa seguridad. De todos modos, estoy decidido a no moverme de mi lugar».

Dos meses después hacia el siguiente comentario a Marie Bonaparte: «En cuanto a la situación política ya la ha descrito usted en forma exhaustiva. Creo que ni en la guerra dominaban tanto las escenas de mentiras y frases huecas como lo hacen hoy. El mundo se está convirtiendo en una enorme prisión. Alemania es la celda peor. En cuanto a lo que ha de ocurrir en Austria, es sumamente difícil de preveer. Preveo una paradójica sorpresa en Alemania. Han comenzado por enfrentar al comunismo como su enemigo de muerto, pero terminarán en algo que será sumamente difícil de distinguir del comunismo, excepto, quizá, en el hecho de que el bolchevismo, después de todo, ha adoptado ciertos ideales revolucionarios en tanto que los del hitlerismo son enteramente medievales y reaccionarios. Tengo la impresión de que este mundo ha perdido

vitalidad y está condenado a la perdición. Me alegra pensar que usted aún vive en una bendita isla».

Tan pronto como Hitler llegó al poder, Eitingon fue a Viena, el 27 de enero, a discutir la situación con Freud. Su principal preocupación era, por supuesto, el futuro del Instituto de Berlín, por el que tanto había hecho él. A su visita siguió una extensa correspondencia con Freud, en la que analizaron las diversas eventualidades posibles. Freud alentaba a Eitingon a que resistiera todo lo que le fuera posible, cosa que por otra parte Eitingon no necesitaba. En una de sus cartas, decía Freud: «No faltan aquí los intentos de crear pánico, pero al igual que usted, abandonaré mi puesto tan sólo a la última hora, y aún entonces es posible que no lo haga». Tampoco le perturbó mucho la quema de sus libros en Berlín, cosa que ocurrió a fines de mayo. Hizo este sonriente comentario: «¡Cuánto progresamos! En la Edad Media me hubieran quemado a mí; ahora se conforman con quemar mis libros». No le tocó saber que aún este progreso era solamente ilusorio, ya que diez años más tarde estarían dispuestos también a quemar su cuerpo.

Eitingon lo visitó el 5 de agosto, y más tarde, el 8 de septiembre, hizo un viaje preparatorio a Palestina. Ya había decidido establecerse en este país, y en los dos meses que permaneció en el mismo, organizó una Sociedad Psicoanalítica Palestina, que aún hoy lleva una floreciente existencia. El 31 de diciembre abandonó Berlín para siempre.

Al final del año era yo el único miembro primitivo del Comité que quedaba en Europa. Abraham y Ferenczi habían muerto, Rank nos había abandonado, Sachs estaba en Boston y ahora Eitingon se había ido casi tan lejos como él, en Palestina.

V

LOS ÚLTIMOS AÑOS TRANSCURRIDOS EN VIENA

(1934-1938)

En este año se produjo la fuga de los analistas judíos que aún quedaban en Alemania y la «liquidación» del psicoanálisis en este país. Esta fue una de las cosas realizadas por Hitler con pleno éxito. Echando una ojeada hacia el pasado resulta notable comprobar hasta que punto el conocimiento de Freud y de su obra, en un tiempo tan extendido por toda Alemania, pudo llegar a ser casi completamente barrido del país, de manera tal que veinte años después todavía se hallaba a un nivel más bajo, digamos, que en Brasil o en Japón. Esto, naturalmente, fue causa de gran desazón para Freud y confirmó sus ideas pesimistas sobre la ubicuidad del antisemitismo.

El primer hecho sintomático fue la quema en público, en Berlín, de las obras psicoanalíticas de Freud y de otros autores, a fines de mayo de 1933, poco tiempo después de la llegada de Hitler al poder. El 17 de abril de 1933 recibió Freud la visita de

Boehm en Viena, quien venía a pedirle consejo acerca de la situación creada. El problema inmediato era la reciente orden en el sentido de que ningún judío podía formar parte de un consejo científico. En opinión de Freud el simple cambio de personas, en esto, no impediría de ningún modo que el gobierno terminara por proscribir el psicoanális en Alemania. Así y todo, no consideraba prudente el darles el pretexto que significaría el abstenerse de realizar el cambio ordenado y fue así como consintió en que Eitingon fuera reemplazado por Boehm en la Comisión. Algunos médicos del hospital de beneficencia redactaron una declaración atacando a la Sociedad Psicoanalítica y al mismo tiempo llegaron rumores de que las cosas seguían empeorando.

En junio de 1933 la Sociedad Alemana de Psicoterapia cayó bajo el control de los nazis y poco después, ya bajo el rótulo de «Sociedad Médica General Internacional de Psicoterapia», fue «reajustada» de acuerdo con los principios de la «Revolución Nacional Alemana». El *Reichführer* Dr. M. H. Göring hizo saber a todos los miembros de la Sociedad que deberían realizar un estudio intenso del *Mein Kampf* de Hitler, que debería servir de base a sus tareas. Bien pronto Kretschmer renunció a la presidencia y ésta fue ocupada —con igual celeridad— por C. G. Jung. Éste fue designado también para dirigir el órgano oficial de la Sociedad, el *Zentralblatt für Psychotherapie*, y en 1936 se le unió, como codirector, el mismo Göring. Jung renunció en 1940. Su función principal consistía en discriminar entre psicología aria y psicología judía y destacar la importancia de la primera. Inmediatamente se escuchó la protesta de un psiquiatra suizo por esta actitud, que significaba apartarse de la neutralidad científica. Esta conduc-

ta de Jung ha sido objeto desde entonces, de severas críticas, provenientes de distintos sectores.

En noviembre de 1933 dos psicoterápeutas oficiales nazis se presentaron a Boehm y Müller-Braunschweig para hacerles saber que la única posibilidad de que se autorizada el psicoanálisis en Alemania consistía en que todos los miembros judíos de la Sociedad fueran excluidos de la misma. La presión en este sentido fue en aumento, si bien no acompañada de amenazas.

El proceso de aplicación de una uniformidad total (*Gleichschaltung*) siguió su curso y las diferentes ramas de la ciencia fueron «nacionalizadas» y sometidas a una supervisión única. El doctor Göring, primo del *Reichsführer*, fue designado Presidente de la ya citada Sociedad Médica General de Psicoterapia y su función era la de unificar, en todo lo posible, todas las formas de psicoterapia e imbuirlas, en lo posible, de los objetivos del nacionalsocialismo. Las autoridades nazis exigieron que la Sociedad Alemana —lo que de ella quedaba— cancelara su afiliación a la Sociedad Psicoanalítica Internacional, cosa que fue aceptada en una asamblea general realizada el 13 de mayo de 1936. Esta resolución fue registrada en el Boletín de la Asociación, pero más adelante las autoridades anularon su propia decisión.

El 19 de julio de 1936 me reuní en Basilea con Göring, Boehm y Müller-Braunschweig. También fue Brill. Encontré en Göring una persona sumamente amable y dúctil, pero resultó después que no estaba en condiciones de cumplir las cosas que me prometió acerca del grado de libertad de que gozaría el grupo psicoanalítico. No cabe duda de que en el interín alguien le informó plenamente sobre el origen judaico del psicoanálisis. Fueron prohibidos los

análisis didácticos, aunque todavía se permitieron las conferencias. Göring se impuso —o, alternativamente, su esposa— asistir a estas últimas para asegurarse de que en el curso de las mismas no habrían de usarse términos psicoanalíticos, de manera que había que aludir al complejo de Edipo con un sinónimo. En enero de 1937 Boehm se las arregló para viajar otra vez a Viena. En una entrevista que mantuvo con Freud, este le propuso que expusiera la situación a un grupo más numeroso, cosa que Boehm hizo al día siguiente. Entre otras personas se encontraban allí Ana y Martin Freud, Federn y Jeane Jampl-de Groot. Boehm habló durante tres horas, hasta que la paciencia de Freud se agotó. Interrumpió la exposición con estas palabras: «¡Basta! Los judíos han sufrido a causa de sus convicciones durante siglos. Ahora ha llegado el momento de que los colegas cristianos sufran también por las suyas propias. No concedo ninguna importancia al hecho de que mi nombre se mencione en Alemania, siempre y cuando mi obra sea presentada allí en una forma correcta». Después de decir esto se retiró del recinto.

El 28 de marzo de 1936, Martin Freud me telefoneó la desastrosa noticia de que la Gestapo se había apoderado de los bienes de la *Verlag*. Inmediatamente envié un telegrama al jefe de policía de Leipzig, explicándole que la *Verlag* pertenecía a una entidad de carácter internacional, pero esto, por supuesto, no influyó para nada en la situación. De manera que, durante los dos años que siguieron, la *Verlag* tuvo que mantener una triste existencia de organismo mutilado, en Viena. No obstante gracias a la energía de Martin Freud, la *Verlag* consiguió mantenerse en

funciones hasta que los nazis la confiscaron, en marzo de 1938.

Freud tuvo, en ese año, un sinfín de molestias en su afección a la mandíbula. En el mes de febrero se le aplicaron rayos X varias veces, con poco resultado, de modo que hubo que hacerle aplicaciones de radium en marzo. Se volvieron a hacer varias aplicaciones más en los meses siguientes, con el resultado de que se pudo prescindir de toda operación durante un año entero. Fueron muy frecuentes, sin embargo, los síntomas de dolor y malestares, si bien disminuyeron, una vez que el doctor Schloss, formado en el Instituto Curie de París descubrió que el metal de la prótesis estaba produciendo una radiación suplementaria. Para obviar este inconveniente se hizo un nuevo aparato.

A comienzos de mayo se sintió feliz al poder abandonar su enclaustramiento de la vida de ciudad por una comodidad de tipo rural. Tuvo ese verano más suerte que el anterior, pues encontró una casa con mucho terreno en Grinzing, no lejos de Cobenzl (Strassergasse 47, en el circuito 19).

Zweig acababa de escribir una obra sobre Napoleón en Jaffa, en la que criticaba duramente el episodio del fusilamiento de prisioneros. En una carta a Zweig observaba Freud: «De modo que acaba usted de dar rápidamente a luz una nueva obra, un episodio de la vida de ese terrible bribón que fue Napoleón, quien, fijado como estaba a sus fantasías de la pubertad, favorecido por una suerte increíble y sin ninguna inhibición, salvo en cuanto a lazos de familia, recorrió atropelladamente el mundo, como un sonámbulo, para terminar finalmente en la megalomanía. Difícilmente ha habido otro genio tan ajeno a todo rastro de nobleza, un anticaballero tan

clásico como éste. Pero su estructura era de dimensiones grandiosas».

Ese año el Congreso Internacional se celebró en Lucena, el 26 de agosto. Fue el primero que se celebraba sin la presencia de Ferenczi. Fueron aceptadas nuevas Sociedades de Boston, Holanda, Japón y Palestina. Mi primitivo plan de reunir a todas las Sociedades de Norteamérica bajo la égida de la *American psychoanalytical Association*, comenzaba a ponerse finalmente en marcha, después de veintitrés años, si bien había todavía una considerable oposición de parte de los poderosos grupos locales. Este fue el momento en que Wilhelm Reich renunció a la Asociación. Freud había tenido de él, en los primeros tiempos, un alto concepto, pero su fanatismo político condujo a Reich a alejarse de él, tanto en lo personal como en lo científico.

Al parecer, la única cosa que Freud publicó ese año fue un prólogo a la edición hebrea de su *Introducción al Psicoanálisis*. Pero fue el año en que concibió sus ideas sobre Moisés y sobre la religión, ideas que lo tendrían enfrascado por el resto de su vida. Esto fue en el verano, dado que lo mencionó a Eitingon y a mí en el mes de agosto. La primera referencia extensa a ello está contenida en una carta a Arnold Zweig: «No sabiendo qué hacer con mi tiempo libre, me puse a escribir algo, y contra mi primera intención, ocurrió que ésto se apoderó de mí de tal modo, que tuve que dejar de lado todas las demás cosas. Ahora bien, no se ponga contento con la idea de que lo va a leer, porque usted no lo hará nunca.

»Aquí estamos viviendo en una atmósfera de estricta fe católica. Se ha dicho que nuestra política es elaborada por un tal padre Schmidt, que es confi-

dente del Papa y, por desgracia, realiza también él investigaciones sobre etnología y religión; en sus libros no oculta su aborrecimiento del psicoanálisis y especialmente de mi teoría totémica... Ahora bien, cabe esperar que una cosa que yo publique atraerá cierta atención y no dejará de llegar a manos de este Padre, tan mal dispuesto hacia mí. En ese caso corremos el riesgo de una proscripción total del psicoanálisis en Viena y el cese de todas las demás cosas que publicamos. Si el peligro fuera sólo para mí, poco me impresionaría, pero el privar a nuestros miembros de aquí, en Viena, de su fuente de subsistencia es una responsabilidad demasido grande. Agréguese a esto que yo mismo considero que este trabajo mío carece de una base bien sólida y que no me gusta tanto. De modo que no es esta la ocasión apropiada para un martirologio. Por ahora finis».

Zweig hizo saber a Eitingon el contenido de la carta. Quien preguntó a Freud si había en el libro algo que fuera más fuerte que *El futuro de una ilusión*, que no provocó queja alguna de parte de Schmidt. Freud contestó que difería del libro anterior solamente en cuanto admitía que la religión no estaba *íntegramente* basada en una ilusión sino que contenía también cierto núcleo histórico de verdad, que es lo que le confería su gran eficacia. Agregaba además que no temería a ningún peligro externo si estuviera más seguro de su tesis sobre Moisés. «No les sería difícil a los expertos desacreditarme como ajeno a la materia», cosa que efectivamente han hecho cuando se produjo la ocasión. El libro, agregaba, ya está terminado.

Lo que no satisfacía a Freud era la parte histórica; «no resistirá a mi propia crítica. Necesito más seguridad, y no me gustaría poner en peligro la fór-

mula final de todo el libro, que me parece válida, si doy la impresión de fundar la motivación del mismo sobre una base de arcilla. De modo que lo dejaremos a un lado». Al mismo tiempo dijo a Eitingon: «No soy bueno para novelas históricas. Dejémoslas para Thomas Mann». Pero, como veremos luego, esto no fue de ningún modo el final del asunto Moisés.

En enero de 1935 hizo a Lou Salomé una extensa descripción —de varias páginas— de sus ideas sobre Moisés y la religión. Culminaban en esta fórmula: la religión no debe su fuerza a verdad alguna entendida al pie de la letra sino a la verdad histórica que contiene. Y concluía de este modo: «Ahora, Lou, ve usted que uno no puede publicar esta fórmula, que me ha fascinado a mí, en la Austria de hoy sin correr el riesgo de que las autoridades católicas prohiban oficialmente la práctica psicoanalítica. Y este catolicismo es el que nos protege del nazismo. Además, la base histórica de todo lo que se refiere a Moisés no es lo bastante sólida como para servir de base a mis puntos de vista, valiosísimos a mi juicio. De modo que me mantengo en silencio. Me basta con poder creer yo mismo en la solución que propongo al problema. Esta idea me ha perseguido toda la vida».

El 6 de febrero recibió la visita del famoso arqueólogo francés Lévi-Bruhl, con quien intercambió algunos libros. He aquí el comentario de Freud: «Es un verdadero *savant*, especialmente en comparación conmigo». En ese mismo mes escribió a Arnold Zweig, que estaba en Palestina: «Su descripción de la primavera me hace poner triste y despierta mi envidia. Tengo todavía tanta capacidad de goce que no me siento satisfecho con la resignación que se

me impone. El único punto luminoso en mi vida es el éxito que obtiene Ana en su trabajo».

En abril recibió de Norteamérica la carta de una madre desesperada que le pedía su consejo. Reproduzco a continuación, la respuesta de Freud, con el consiguiente permiso, como un ejemplo de la bondad con que se disponía a hacer lo que pudiera por una persona extraña, por más que él mismo estaba preocupado por su propio sufrimiento.

Abril, 9 de 1935

Querida señora...

Deduzco de su carta que su hijo es un homosexual. Me impresiona mucho el hecho de que usted no menciona esta palabra en su información sobre él. ¿Puedo preguntarle por qué evita el uso de ese término? La homosexualidad no es, desde luego, una ventaja, pero tampoco no es nada de que uno deba avergonzarse, un vicio o una degradación, ni puede clasificarse como una enfermedad; nosotros la consideramos como una variante de la función sexual, producto de una detención en el desarrollo sexual. Muchos individuos altamente respetables, de tiempos antiguos y modernos, entre ellos varios de los más grandes (Platón, Miguel Ángel, Leonardo da Vinci, etc.) fueron homosexuales. Es una gran injusticia perseguir la homosexualidad como un crimen, y es también una crueldad. Si usted no me cree a mí, lea los libros de Havelok Ellis.

Cuando usted me pregunta si puedo ayudarle, debo suponer que lo que usted me pregunta es si puedo abolir la homosexualidad y hacer ocupar su lugar por la heterosexualidad. La respuesta, en términos generales, es que no podemos prometer semejante éxito. En cierto número de casos conseguimos desarrollar los marchitados gérmenes de heterosexualidad presentes siempre

en todo homosexual, pero en la mayor parte de los casos eso ya no es posible. Ello depende de la cualidad y la edad del individuo. No es posible predecir cual será el resultado del tratamiento.

Lo que el psicoanálisis puede hacer por su hijo ya es cosa diferente. Si es desdichado, neurótico, si vive desgarrado por sus conflictos, inhibiciones en su vida social, el análisis puede traerle armonía, tranquilidad mental, completa eficiencia, ya sea que siga siendo homosexual o cambie. Si usted se decide a ello, podrá analizarse conmigo. No creo que usted lo haga. Tendría que venir a Viena. No tengo intención alguna de salir de aquí. No deje sin embargo, de contestarme al respecto.

Sinceramente suyo y con los mejores deseos,

Freud

P. S. No he tenido dificultad en leer su escritura. Espero que su dificultad para entender mi letra y mi inglés no sea mayor que la mía con su carta.

Su cumpleaños, esta vez, pasó bastante tranquilamente, con pocas visitas pero bastantes cartas que contestar. Freud comentó que setenta y nueve «era un número bastante irracional». Pero para él fue una época desdichada. Hubo operaciones en marzo y en abril, y el día de su cumpleaños forcejeó hasta quedar exhausto, para colocarse el horrible «monstruo» en la boca. Tampoco pudieron hacerlo Schur ni Ana, de modo que llamaron en su auxilio a Pichler.

Ese año hizo Freud, en su correspondencia, numerosas alusiones a su libro sobre Moisés, tema que siempre tenía presente. Comenzó a leer todos los libros que encontraba sobre historia judía. En mayo la noticia que leyó sobre unas excavaciones en Tel-

el-Amarna le produjo una verdadera excitación, debido a que se había mencionado el nombre de cierto príncipe Thothmes. Se preguntó si ése no era «su» Moisés y hubiera querido disponer de dinero para hacer que continuaran las excavaciones en ese lugar.

En mayo Freud fue designado Miembro Honorario de la Royal Society of Medicine, según se le hizo saber, por unanimidad. Candorosamente me preguntó si ahora podría poner una tanda de letras después de su apellido, tales como H.F.R.S.M.

El 1 de agosto Ana Freud se reunió con Eitingon y conmigo en París para tratar asuntos didácticos, lo cual demuestra que Freud se hallaba evidentemente bastante bien como para poder prescindir por un par de días de los cuidados de su hija... cosa rara en realidad.

Arnold Zweig acababa justamente de escribir su libro *Erziehung vor Verdun,* cuyo tema eran las brutalidades alemanas que él había visto durante la guerra. Freud se sentía extremadamente indignado por la conducta de los alemanes contra los judíos en esa época, y es esto lo que escribió a Zweig luego de leer detenidamente el libro. «Es como una liberación que se ha ansiado durante mucho tiempo. Finalmente llega la verdad, la lúgubre y definitiva verdad que uno necesita con urgencia. No es posible entender la Alemania de hoy si no se sabe lo de "Verdun" (y lo que ello representa). Este deshacerse de las ilusiones llega tarde, en verdad también para usted. De ahí el craso anacronismo de que el idilio de Grischa, un libro en el que tampoco puede hallarse de superación de toda ilusión, haya sido posterior a su educación en Verdun. Esto concuerda con el hecho de que, después de la guerra, usted se haya establecido en Berlín e incluso haya edificado allí una casa.

Hoy diríamos: "Si yo hubiera deducido las conclusiones correspondientes a mi experiencia en Verdun, sabría que no es posible vivir con un pueblo como ése". Nosotros creíamos todos que era la guerra y no el pueblo, pero los demás países también tuvieron la guerra y se comportaron de otra manera completamente distinta. Entonces no lo creíamos, pero es cierto lo que los otros han dicho sobre los boches».

En junio de este año la *Fischer Verlag* pidió a Freud que escribiera una carta que pudiera publicarse para celebrar el sexagésimo cumpleaños de Thomas Mann. Desde la altura de sus ochenta años, Freud debe haber sonreído ante la idea de esta juvenil celebración. Los editores norteamericanos de su *Estudio autobiográfico*, la casa Brentano, le pidieron en ese verano que escribiera un suplemento del mismo, cosa que hizo de inmediato. En el expresó su pesar por haber llegado a publicar detalles de su vida privada y aconsejaba a sus amigos no imitarlo jamás en eso.

Dos acontecimientos dominan la perspectiva del año 1936: el octogésimo onomástico de Freud y su designación como Miembro Correspondiente de la Royal Society. Los esfuerzos que acarrearían para él los festejos de su octogésimo cumpleaños venían preocupándole y eran la fuente de angustiosos pensamientos que precedieron por meses esta fecha. Freud hizo lo posible para reducir al mínimo esos actos. Un año antes yo había concebido el plan de un volumen conmemorativo de ensayos como un regalo adecuado de sus discípulos, cosa que llevaría algún tiempo organizar. Había llegado de algún modo a sus oídos esa idea, por lo cual me escribió:

«Y ahora unas palabras de detrás de las bambalinas. Ha llegado hasta mí la información de que usted está preparando una celebración especial para mi 80 cumpleaños. Aparte de la posibilidad de que puede no llegar a ocurrir y de mi convicción de que un telegrama de condolencia sería la única reacción adecuada para un hecho así, soy de opinión que ni la situación que impera en los círculos analíticos ni el estado del mundo justifica celebración alguna. Si la necesidad de expresarse no puede ser del todo refrenada en este caso me gustaría orientarla en alguna dirección que no obligara más que al mínimo de molestias, excitaciones o trabajos. Esto podría ser un álbum con las fotografías de los miembros». Yo temblé ante esta asombrosa proposición, que me hizo el impacto de una idea sumamente impracticable y que no reportaría placer alguno. De modo que le repliqué: «Me siento inclinado, a pesar mío, a creer que usted tiene razón acerca de mi proyecto de "Libro conmemorativo" (*Gedenkbuch*). Sería absolutamente inútil pensar en una proposición que no habría de proporcionarle a usted un placer, y me animo a decir que usted puede imaginar desde ya los riesgos que, por la envidia que provocaría la selección de los colaboradores, podría dar lugar a considerables celos y sentimientos de malestar. Probablemente tendríamos que volver a la idea de las fotografías, que me parece sumamente interesante y que encierra muchas posibilidades. Afortunadamente para usted, Eitingon ya no será presidente para la época de su cumpleaños. Pienso que usted sabe hasta qué punto yo comparto más su calma actitud frente a las ceremonias». Fue entonces cuando hizo una exposición más completa de sus ideas. «Estoy de acuerdo en que usted tiene razón para sentirse contento

de tener en sus manos el timón de la nave psicoanalítica, y ello no sólo por causa del *Gendenkbuch*. Usted ha comprendido de tal modo mis recelos que ahora tengo el coraje de dar un paso más.

»Procedamos entonces, a enterrar el *Gendenkbuch* o el *Sammelband* (Volumen de homenaje), etcétera. Vuelvo ahora a mi propia sugestión respecto a un álbum y confieso que ya me gusta tan poco como la otra idea; básicamente, en realidad, me disgusta. Dejando a un lado las dos objeciones respecto a que implicaría muchas molestias y no significaría para mí garantía alguna de que voy a sobrevivir hasta ese día, está empezando a disgustarme la monstruosidad estética de cuatrocientos retratos de gente sumamente fea de la que desconozco por completo a más de la mitad y de las cuales una buena parte no quiere saber nada de mí. No, los tiempos no son adecuados para una festividad, ni siquiera "*intra Iliacos muros nec extra*". La única cosa que me parece posible es renunciar a toda acción en común. Dejemos que quien sienta la necesidad de congratularme lo haga así, y quien no, no tiene por que temer mi venganza.

»Hay todavía otro argumento. ¿Cuál es el significado secreto de esto de celebrar las cifras redondas de la edad avanzada? Es seguramente una medición del triunfo sobre lo transitorio de la vida, que, como nunca olvidamos, está dispuesto a devorarnos a todos. Uno se regocija entonces con una especie de sentimiento común de que no estamos hechos de un material tan frágil como para impedir que uno de nosotros resista victoriosamente los efectos hostiles de la vida por 60, 70 o incluso 80 años. Eso es una cosa que uno puede entender y con la que se puede estar de acuerdo, pero la celebración evidentemente

tiene sentido solamente cuando el sobreviviente puede, a despecho de todas las heridas y cicatrices, intervenir en ella como persona sana; pierde este sentido cuando se trata de un inválido tal que de ninguna manera se puede hablar de festejos comunes con él. Y dado que éste es mi caso y lo lleva la carga de mi destino por mí mismo, preferiría que mi octogésimo cumpleaños fuera considerado como asunto privado mío... por mis amigos».

El asunto quedó, por lo pronto, en estos términos, pero a medida que se acercaba la temida fecha la angustia de Freud frente al esfuerzo que se le imponía iba en aumento. Una cantidad de partidarios y gente extraña anunciaron su intención de visitarlo, entre ellos Eitingon, Landauer, Laforgue y yo. Marie Bonaparte se ofreció a venir, pero luego, con muy buen criterio, postergó la fecha de su viaje. Antes de eso ya había escrito a Arnold Zweig acerca de las intenciones de los diarios en diversos países y señaló: «¡Qué poco sentido tiene pensar en reparar, con motivo de una fecha tan cuestionable, el mal trato sufrido durante una larga vida! No; más vale que sigamos siendo enemigos». Se consolaba con la idea de que la celebración solamente duraría unos pocos días, y de que es una de esas cosas que sólo pueden presentarse una vez en la vida; «después de eso habrá un magnífico descanso y ya no podrán perturbarme cacareos ni manifestaciones de ninguna clase».

El día del cumpleaños se pasó con toda tranquilidad, convertidas sus habitaciones en una verdadera florería. Freud se sentía bastante bien, recuperado ya de una dolorosa operación que le fue hecha en marzo. Pero seis semanas más tarde todavía estaba Freud en plena lucha en medio del montón de

felicitaciones, provenientes de todas las partes del mundo, que tenía que contestar.

Esta onomástica dio lugar a un encantador cambio de cartas entre los dos grandes hombres de este siglo. Vamos a reproducir aquí las dos cartas en toda su extensión.

Princenton, 21-4-1936

Verehhter Herr Freud:

Me siento feliz de que a esta generación le haya tocado en suerte la oportunidad de expresar su respeto y su gratitud a usted, que es uno de sus más grandes maestros. Seguramente no le fue fácil lograr que la gente profana, escéptica como es, haya llegado a hacerse al respecto un juicio independiente. Hasta hace poco, lo único que me era posible captar era la fuerza especulativa de sus concepciones, a la vez que la enorme influencia ejercida sobre la *Weltanschauung* (concepción del mundo) de nuestra presente era, sin estar en condiciones de hacerme un juicio independiente acerca del grado de verdad que contenía. Pero hace muy poco tuve oportunidad de oír acerca de algunas cosas no muy importantes en sí mismas, que a mi juicio descartan toda interpretación que no sea la que usted ofrece en su teoría de la represión. Me sentí encantado de haber dado con esas cosas, ya que siempre es encantador el ver que una grande y hermosa concepción concuerda con la realidad.

Con mis más cordiales deseos y mi profundo respeto,

Suyo

A. Einstein

P. S. Por favor, no conteste usted a esta carta. El placer que me produce la oportunidad que tengo de escribirle ya es suficiente para mí.

Viena, 3-5-1936

Verehrter Herr Einstein:

En vano objeta usted la idea de que yo conteste a su muy amable carta. Realmente tengo que decirle cuán contento me he sentido al comprobar el cambio registrado en su opinión, o al menos el comienzo de un cambio. Siempre he sabido, por supuesto, que usted me «admiraba» por cortesía y creía muy poco en cualquier aspecto de mis doctrinas, si bien me he estado preguntando a menudo qué es lo que en realidad se puede admirar en ellas si no son verdaderas, es decir, si no contienen una gran parte de verdad. De paso, ¿no cree usted que yo hubiera sido tratado mejor si mis doctrinas contuvieran un porcentaje mayor de error y de extravagancias? Yo le llevo a usted tantos años que puedo permitirme la esperanza de contarlo entre mis «partidarios» cuando usted haya alcanzado mi edad. Como yo no podré enterarme de ello, estoy saboreando ya esa satisfacción. Usted sabe lo que ahora está cruzando por mi mente: *ein Vorgefühl von solchem Glück geniesse ich,* etc.[1].

In herzlicher Ergehenheit und unrvandelbarer Verehrumg,

Ihr

Freud.

Lo que más le gustó —o le molestó menos— en cuanto a la celebración de su cumpleaños fue la visita de Thomas Mann. El 8 de mayo pronunció Mann un impresionante discurso en la Sociedad Académica de Psicología Médica. Lo repitió en el mismo mes cinco o seis veces, en distintos lugares, y seis sema-

1. "Basta el presentimiento de aquella felicidad sublime para hacerme gozar mi hora inefable" (*Fausto*, Acto V).

nas más tarde, el domingo 14 de junio se lo leyó a Freud, quien hizo el comentario de que era aún mejor de como él lo conocía por referencia. Pero Freud no se dejó seducir por otras demostraciones: «Los colegas vieneses se unieron también a las celebraciones, pero hubo toda clase de indicios que delataban lo duro que se les hacía. El Ministro de Educación me felicitó ceremoniosamente y de una manera muy cortés, pero a los periódicos se les prohibió, bajo pena de confiscación, hacer mención alguna de este simpático hecho. En numerosos artículos periodísticos, de aquí y del extranjero, se expresó lisa y llanamente rechazo y odio. Tuve así la satisfacción de ver que la sinceridad aún no ha desaparecido de este mundo».

Entre los muchos presentes que llegaron figura una declaración firmada por Thomas Mann, Romain Rolland, Jules Romains, H. G. Wells, Virginia Woolf, Stefan Zweig y otras 191 personas, entre escritores y artistas. Mann se la entregó personalmente el día del cumpleaños.

Hubo también muchas visitas, por supuesto. Una de ellas, preguntó a Freud cómo se sentía, a lo cual él respondió: «Como se siente un hombre de ochenta años no es un tema de conversación».

Al mismo tiempo fue designado Freud Miembro Honorario de la Asociación Psiquiátrica Norteamericana, de la Asociación Psicoanalítica Norteamericana, de la Sociedad Psicoanalítica Francesa, de la Sociedad Neurológica Norteamericana y de la Royal Médico-Psychological Association. Por encima de todo esto estaba el reconocimiento más alto de que jamás había sido objeto, y que por eso apreciaba más que ningún otro: la designación de Miembro Correspondiente de la Royal Society. Su nombre ha-

bía sido propuesto por un distinguido médico, ex paciente mío, y recuerdo cómo Wilfred Trotter, que entonces formaba parte del Consejo de la entidad, me contaba la sorpresa que había causado la proposición. Todos los miembros del Consejo habían oído hablar vagamente de Freud, pero ninguno de ellos conocía ninguno de sus trabajos. Pero Trotter poseía el don de convencer a cualquier Comisión.

Pero ninguna Universidad impuso a Freud un título honoris causa. El único que había recibido en su vida era el que le confirió la Clark University de Massachussetts, casi treinta años antes.

En mayo Freud y Lou Salomé intercambiaron las últimas cartas, dando fin así a una correspondencia que se había prolongado veinticuatro años. Ella falleció en febrero del año siguiente. Freud la había admirado extraordinariamente y estuvo muy encariñado con ella, «lo que no deja que su curioso, sin muestra alguna de atracción sexual». La describía como el único vínculo real entre Nietzsche y él mismo.

Freud se sintió contrariado y alarmado al enterarse de que Arnold Zweig se proponía escribir su biografía. Se lo prohibió con toda firmeza, diciéndole que tenía cosas mucho más útiles para escribir. La opinión de Freud acerca de escribir biografías se iba por cierto al extremo. «Quien se pone a escribir una biografía se obliga a sí mismo a la mentira, al engaño, al ocultamiento, la hipocresía y al adulamiento, e incluso a ocultar la propia falta de entendimiento, dado que el material biográfico no hay manera de obtenerlo, donde lo hubiera no se puede usar. La verdad no es accesible; la humanidad no la merece. ¿Y no tenía razón el Príncipe Hamlet cuando se preguntaba quién podría escapar de una azotaina si

a cada uno se lo tratara según sus méritos? Por mi parte yo continúo, sin embargo, con mi trabajo a pesar de estas terribles afirmaciones».

Ahora Freud se sentía cada vez más y más convencido de que el porvenir de Austria estaría en manos de los nazis, si bien las personas en quien pensaba especialmente, en este sentido, eran los nazis austríacos, de quienes esperaba (erróneamente) que habrían de ser más moderados. Decía por ello: «Estoy esperando, cada vez con menos pesar, que la cortina caiga definitivamente para mí».

En julio Freud fue sometido a dos intervenciones excepcionalmente dolorosas, y por primera vez desde la operación primitiva, de 1923, fue encontrado, sin lugar a duda alguna, tejido canceroso. Durante los últimos cinco años los médicos habían estado evitando ese desenlace, mediante la extirpación de tejidos precancerosos, pero de ahora en adelante ya sabían que estaban frente a frente con el enemigo y que había que estar dispuestos a que se reprodujeran constantemente recurrencias de formaciones malignas.

A esto siguió el Congreso de Marienbad, el 2 de agosto. Esta localidad fue elegida con el objeto de que Ana, en el caso de que el padre la necesitara con urgencia, no estuviera lejos de él. En mi discurso de Presidente me referí a Checoslovaquia como una isla de libertad rodeada de Estados totalitarios e hice algunas observaciones acerca de dichos estados que hicieron que se incluyera mi nombre en la lista negra nazi de los que debían ser liquidados tan pronto como fuera invadida Inglaterra. Eitingon visitó a Freud antes del Congreso —no había podido hacerlo cuando el día del octogésimo aniversario— y yo lo hice poco después del Congreso. Fue ésta la

última vez que vi a Freud antes del episodio de su emigración a Londres, que se produjo dieciocho meses más tarde.

El 13 de septiembre, con todo silencio, se celebraron las bodas de oro de Freud. De sus hijos sobrevivientes vinieron cuatro, es decir, todos menos Oliver. Hizo a Marie Bonaparte una de sus características y sintéticas afirmaciones: «Realmente no ha resultado una mala solución del problema del matrimonio, y mi mujer todavía es tierna, sana y activa».

Hacia fin de año Freud volvió a pasarlo mal, cuando Ana había detectado otra área sospechosa, que Pichler pensó equivocadamente, que era carcinomatosa. «El sábado 12 de diciembre me dijo Pichler que se veía obligado a cauterizar otro punto que le parecía sospechoso [1]. Lo hizo así, pero esta vez el examen microscópico demostró que se trataba de un tejido inofensivo, pero la reacción fue terrible. En primer lugar fuertes dolores, y en los días que siguieron, la boca cerraba mal, por lo cual no podía comer nada. Tenía grandes dificultades para beber. "Prosigo con mi trabajo analítico mediante el recurso de poner una bolsa de agua caliente a la mejilla, que renuevo cada media hora". Logro algún alivio con terapia de onda corta, pero la mejoría no dura mucho. Me dicen que debo soportar este estado de cosas por una semana más [2]. Me gustaría que usted viera la simpatía que me demuestra Jo-Fi [3] en mi sufrimiento, como si lo entendiera todo».

«Nuestro Ministro de Educación ha emitido un formal anuncio en el sentido de que la época de la labor científica que se realice al margen de ciertos

1. Esta fue una de las tantas veces en que ocurrió tal cosa.
2. Duró, sin embargo, mucho más tiempo.
3. Su perro.

supuestos previos —como era el caso en la era liberal— ha pasado ya; desde ahora en adelante, toda ciencia deberá trabajar al unisono con la *Weltanschauung* cristiano-germánica. Esto no deja de prometerme una buena diversión. ¡Ni más ni menos que en la querida Alemania!»

La intervención quirúrgica que acabamos de mencionar fue la única oportunidad, en tantos años de sufrimiento, en que Freud, no sin cierta sorpresa de Pichler, exclamó: «¡Ya no puedo soportar más!» Pero los nervios de acero del cirujano le pusieron en condiciones de terminar la operación, y la protesta no pasó de ahí.

En enero de 1937 sufrió Freud una nueva pérdida, la de la perrita a la que se había aficionado tanto en los últimos siete años. Acostumbraba a intercambiar confidencias con Marie Bonaparte, otra persona amante de los animales. Apenas un mes antes le había escrito:

Acaban de llegarme la tarjeta postal y el manuscrito del libro de Topsy que usted me envía desde Atenas. El libro me enamora; es conmovedoramente real y cierto. No es, por supuesto, un trabajo analítico, pero la búsqueda que el analista hace de la verdad y el conocimiento puede percibirse muy bien detrás de esta creación. Realmente proporciona las razones por las cuales uno puede amar con tan extraña profundidad a un animal Topsy o Jo-Fi: su afecto, desprovisto de toda ambivalencia, la simplicidad de su vida, libre de todos los conflictos casi insoportables de la civilización, la belleza de una existencia completa de sí misma. Y a pesar de la extraña naturaleza de su desarrollo orgánico, un sentimiento de íntima relación —un sentido innegable del pertenecerse mutuamente— existe entre nosotros. Mientras acariciaba a Jo-Fi me he sorprendido a veces en-

tonando en voz baja una melodía, que, aún siendo yo completamente antimusical, pude reconocer como el aria de Don Giovanni:

«*Un lazo de amistad nos une*, etc.»

Si usted con sus juveniles 54 años no puede dejar de pensar a menudo en la muerte, no podrá sorprenderle que yo con mis ochenta años y medio, tiemblo ante la idea de alcanzar la edad de mi padre y mi hermano y aún la de mi madre, atormentado por el conflicto entre el deseo de descanso y el miedo a los nuevos sufrimientos que la marcha de la vida trae consigo, y por el otro la anticipación del dolor de separarse de todo aquello a lo que uno se siente unido aún.

Pero Jo-Fi tuvo que ser operada de dos grandes quistes ováricos. La operación pareció tener éxito, pero dos días después murió repentinamente. Freud sintiendo que no podría soportar el estar sin ningún perro, pidió de vuelta a Dorothy Burlingham otra perrita llamada Lün, que había tenido que darle cuatro años antes, a causa de los celos de Jo-Fi.

Otro acontecimiento ocurrió en ese mismo mes, que más tarde tuvo consecuencias para nuestro conocimiento de la personalidad y la obra de Freud. Marie Bonaparte le había hecho saber que había adquirido las cartas que él había dirigido a Fliess. Freud replicó inmediatamente: «El asunto de la correspondencia con Fliess me ha dado vértigo. Después de la muerte de Fliess la viuda me pidió las cartas que él me dirijiera. Yo asentí incondicionalmente, pero no pude hallarlas. Todavía no sé si las he destruido, o más bien, obrando con inteligencia, las he guardado... Nuestra correspondencia era de lo más íntimo que usted pueda imaginar. Sería la cosa más desdichada que esas cartas pudieran caer en manos extrañas. De modo que ha sido una cosa estremadamente

amable de parte de usted el adquirirlas y guardarlas de todo peligro. Lo único que me aflige es el gasto que esto ha significado para usted. ¿Puedo ofrecerle costear la mitad? Si el hombre hubiera venido a verme a mí, yo habría tenido que comprarlas. A mí no me gustaría que ninguna de esas cartas llegara a conocimiento de la así llamada posteridad».

El destino que luego corrieron estas importantes cartas ya ha sido descrito.

En marzo comenzó Freud a preocuparse más de la aproximación del nazismo «la situación política comienza a hacerse cada vez más sombría. Nadie detendrá probablemente la invasión nazi, con sus funestas consecuencias para el psicoanálisis y para todo lo demás. Mi única esperanza es que yo no llegue a vivir lo suficiente como para verlo».

Pichon, un analista francés que resultó ser yerno de Janet, escribió a Freud preguntándole si Janet podría visitarlo. He aquí el comentario que Freud hizo a Marie Bonaparte: «No, no veré a Janet. Yo no podría dejar de reprocharle su conducta desleal para con el psicoanálisis y también con mi persona, sin desdecirse en ningún momento. Fue lo bastante tonto como para decir que la idea de una atiología sexual de la neurosis sólo pudo haber surgido en la atmósfera de una ciudad como Viena. Luego, como los escritores franceses comenzaron a hacer circular la calumniosa especie de que yo había asistido a sus clases y le había robado sus ideas, él podía haber puesto fin a esta cháchara con una sola palabra, ya que en realidad no lo vi nunca ni he oído su nombre en los tiempos de Charcot: es que nunca dijo esa palabra. Usted puede darse una idea de su nivel científico por esa frase suya según la cual el inconsciente es *una façon de parler*. No, no lo veré. Pensé al

comienzo ahorrarle esa descortesía mediante la excusa de que no me siento bien o de que ya no puedo hablar en francés, y él, con seguridad, no sabe una palabra de alemán. Pero he decidido no proceder así. No hay razón para que yo haga sacrificio alguno por él. Sinceridad es la única actitud posible: la grosería se justifica».

Freud partió de Viena (para dirigirse a la misma casa en Grinzing) el 30 de abril, a pesar de que en esa fecha sufría un fuerte ataque.

En noviembre escribió a Stefan Zweig la siguiente carta:

Viena, 17-XI-1937

Lieber Herr Doktor:

Me resulta difícil decir si fue mayor el placer o el dolor que me trajo su amable carta. Sufro, igual que usted, los tiempos éstos que estamos viviendo. El único consuelo que tengo es el de la estrecha unión con algunos pocos, en la seguridad de que las mismas cosas siguen siendo de alto valor para nosotros y los mismos valores siguen siendo incuestionables. Pero —esto en un sentido amistoso— yo puedo envidiarle a usted el hecho de que puede lanzarse a la defensa mediante su valiosa labor. ¡Ojalá tenga más y más éxitos! Me alegro de antemano por su *Magallanes*.

Tras de mí está mi obra, tal cual usted dice. Nadie puede predecir en qué época se verá convalidada. En cuanto a mí, no estoy tan seguro. La duda es cosa siempre inseparable de la investigación, y seguramente yo no he hecho más que desterrar un fragmento de verdad. El futuro inmediato parece sombrío, aun para mi creación, mi psicoanálisis. De todos modos, ya no experimentaré nada agradable en las semanas o meses que me quedan de vida.

Enteramente contra mi intención, me he dejado lle-

var al terreno de las lamentaciones. Lo que yo quería era acercarme más a usted de una manera humana, no ser admirado como una roca en el mar, contra la que en vano van rompiendo las olas. Pero aún así, si mi desafío es silencioso, sigue siendo un desafío, e *¡impavidum ferient ruinae!*

Abrigo la esperanza de que no me deje esperar mucho sus próximos, hermosos y valientes libros.

Mit herzlichen Grüssen,
Ihr alter,

Sig. Freud.

VI

LONDRES: EL FIN

(1938-1939)

La invasión nazi de Austria, que se produjo el 11 de marzo de 1938, fue la señal para que Freud abandonara su patria y se dirigiera a un país extranjero, siguiendo así el camino que sus antepasados habían recorrido tantas veces con cansado paso. Pero esta vez se trataba de un país donde sería mejor recibido que en ningún otro. En muchas ocasiones de su vida había pensado en tomar una decisión como ésta, y en muchas otras lo habían invitado a hacerlo. Pero había algo profundo en su naturaleza que se había opuesto siempre a una decisión semejante, y aún en este momento final y crítico estaba todavía muy poco dispuesto a tomarla en cuenta.

Sabiendo cuán fuerte era su rechazo, y cuán a menudo había expresado, en el curso de los últimos años, su determinación de permanecer en Viena hasta el final, yo no tenía muchas esperanzas sobre el resultado final. No obstante un par de días después de la invasión, hablé por teléfono una vez con Dorothy Burlingham, quien, en esta época, era casi un

miembro de la familia para Freud, y tres veces con Marie Bonaparte, que estaba en París; finalmente, decidí hacer un último esfuerzo para persuadir a Freud a que cambiara de opinión. En ese momento no había aeroplanos que llegaran a Viena, pero el 15 de marzo pude volar hasta Praga y allí encontré un pequeño monoplano con el cual completé el viaje. El espectáculo que encontré al llegar era bastante deprimente. En el aeropuerto había montones de aviones militares alemanes y el aire también estaba lleno de aeroplanos que intimidaban constantemente a los vieneses. Las calles estaban llenas de ruidosos tanques, y también de gente que rugía, ¡Heil Hitler!, pero era fácil advertir que la mayor parte eran alemanes importados que habían llegado en los trenes enviados por Hitler con ese propósito. Después de visitar a mi cuñada, lo que me dio oportunidad de ponerme en contacto con Ana, fui por consejo ésta, a visitar ante todo las instalaciones de la *Verlag*. Tenía la esperanza de que podría servir de algo el poner de relieve el carácter internacional de la empresa. Las escaleras y las habitaciones estaban repletas de jóvenes de mirada canallesca, armados de puñales y pistolas. Martin Freud estaba sentado en un rincón, arrestado, y las «autoridades» nazis se ocupaban en contar el dinero menudo que hallaron en una caja. Tan pronto como me hice oír fui también arrestado, y las observaciones que entre ellos hacían cuando yo pedí que se me permitiera comunicarme con la embajada británica (para la cual tenía recomendaciones especiales) me demostraron hasta dónde había descendido el prestigio de mi país después de los triunfos de Hitler. Al cabo de una hora, sin embargo, fui puesto en libertad y me encaminé a la casa de Freud.

Aquí también, entretanto, tuvo lugar una curiosa escena. La casa de Freud había sido invadida por otra banda de los S. A., y dos o tres de ellos se abrieron camino hacia el comedor. La señora Freud, como suele ocurrir en un caso de emergencia, sacó fuerzas del fondo de su corazón. En el más amable tono hospitalario ofreció un asiento al centinela; tal como lo manifestó más tarde, le resultaba desagradable ver a una persona extraña de pie en su casa. Esto causó a los intrusos cierto embarazo, que aumentó con lo que hizo después. Trajo el dinero de que disponía, para los gastos de la casa, lo puso sobre la mesa con las palabras tan usuales en ella en la mesa: «¿No quieren los señores servirse algo?» Ana Freud los condujo a otra habitación, donde estaba la caja fuerte, que abrió. El botín alcanzaba a 6.000 chelines austríacos (alrededor de £ 300). Estaban debatiendo los planes de mezquino pillaje que la situación reinante les permitía realizar, cuando en el vano de la puerta apareció una figura delgada y frágil: era Freud, atraído por el alboroto. Freud tenía una manera de clavar la mirada y fruncir el entrecejo que le envidiaría cualquiera de los profetas del Viejo Testamento; el efecto producido por su presencia terminó por desconcertar a los visitantes. Manifestando que volverían otro día, se retiraron con toda premura. Una semana más tarde vino la Gestapo e hizo una cuidadosa revisación de las habitaciones, con el pretexto de buscar documentos políticos antinazis; no penetraron sin embargo —hecho significativo— en las habitaciones privadas de Freud. Al retirarse, se llevaron con ellos a Ana. Yo mantuve inmediatamente una conversación con Freud, de una gran franqueza. Tal como yo había temido, él se inclinaba a permanecer en Viena. A mi primer ale-

gato, acerca de que él no estaba solo en el mundo, que su vida era muy cara a mucha gente, me contestó con un suspiro: «¡Solo! ¡Si yo estuviera solo, hace mucho tiempo que ya me habría despedido de la vida!» Pero tenía que admitir la fuerza que encerraban mis afirmaciones, y entonces comenzó a esgrimir el argumento de que estaba demasiado débil para viajar adonde quisiera que fuera; que no era capaz ya de subir a un piso alto, y no podría trepar a un tren internacional. Al no aceptar yo este argumento, manifestó que ningún país le daría entrada. Este argumento encerraba ciertamente alguna fuerza; es difícil que una persona de nuestra época actual pueda imaginarse hasta que punto era ferozmente inhospitalario cualquier país en cuanto a posibles inmigrantes, tan intenso era el problema de la desocupación. Francia era el único país que admitía extranjeros con cierta libertad, pero a condición de que no trabajaran allí para ganarse la vida; se les admitía en Francia para morir allí de hambre, si eso era lo que deseaban. Lo único que pude hacer fue pedirle a Freud que me permitiera, a mi regreso a Inglaterra, ver si no podría hacerse una excepción en su caso. Llegó el turno a su última declaración: no podía abandonar el suelo patrio, tal conducta sería como la del soldado desertor. Ya he contado como pude tener éxito frente a esta actitud mencionando la semejanza de su situación con la de Lightoller, el segundo oficial del *Titanic*, que en ningún momento abandonó su barco, sino que éste lo abandonó a él. Esto fue lo que terminó por convencerlo.

Ésta era apenas la primera dificultad, pero posiblemente la peor. En cuanto a la segunda, el obtener permiso para que Freud pudiera vivir en Inglaterra,

yo tenía bastantes esperanzas, y los hechos demostraron que no estaba equivocado. En cuanto a la tercera —persuadir a los nazis de que permitieran salir a Freud— era algo en que yo no podía hacer nada, pero los grandes hombres suelen tener más amigos, incluso ubicados en altas posiciones, de lo que ellos mismos saben. W. C. Bullitt, a la sazón embajador norteamericano en Francia, era amigo personal del Presidente Roosevelt, e inmediatamente envió un cable a éste solicitando su intervención en el caso. El presidente de los Estados Unidos, con la responsabilidad que tiene por el mundo entero, tiene que pensar dos veces antes de decidirse a inmiscuirse en los asuntos internos de otro país, pero Roosevelt hizo que su Secretario de Estado enviara las debidas instrucciones al Encargado de Negocios en Viena, mister Wiley, en el sentido de que hiciera en el caso todo lo que le fuera posible. Bullitt, visitó al Conde von Welczeck, embajador alemán en Francia y le hizo saber, en términos inequívocos, que el maltratar a Freud, si llegara el caso, produciría un escándalo mundial. Welczeck, que era un austríaco culto y humanitario, no necesitaba que lo persuadieran de ello, e inmediatamente dio los pasos necesarios para llevar el asunto ante las más importantes autoridades nazis.

Aparte de eso me dice Eduardo Weiss —que por esa época estaba en contacto con el Duce— que también Mussolini hizo algo, ya sea dirigiéndose al mismo Hitler o a su embajador en Viena. Ése era el momento en que Hitler le estaba realmente agradecido a Mussolini por haberle dado carta blanca para apoderarse de Austria.

De modo que, entre una cosa y otra, los nazis advirtieron que no podían atreverse a negarle un per-

miso de salida a Freud, aunque estuvieran decididos a sacarle previamente su libra de carne...

Los pocos días que pasé en Viena fueron días agitados. Müller-Braunschweig, acompañado por un comisario nazi, vino de Berlín con el propósito de liquidar el movimiento psicoanalítico. Se hizo, sin embargo, una reunión de la Comisión de la Sociedad de Viena el 13 de marzo, y en ella se decidió que se fueran todos los que tuvieran la posibilidad de hacerlo y que la sede del Psicoanálisis estaría dondequiera se estableciera Freud. Éste comentó: «Después que Tito destruyó el Templo de Jerusalén, el rabí Johanan ben Saccai pidió permiso para abrir una escuela en Jabneh para estudiar la Torah. Nosotros vamos a hacer lo mismo. De todos modos, estamos acostumbrados a la persecución por nuestra historia, por la tradición, y algunos de nosotros por la experiencia personal», y agregó riendo, mientras señalaba a Richard Sterba, «con una sola excepción». Pero Sterba decidió compartir la suerte de sus colegas judíos, y salió para Suiza dos días más tarde; finalmente resistió todos los halagos de que le hacían objeto todos los analistas para que volviera y se hiciera cargo de la dirección del Instituto y la Clínica de Viena. De modo que no les quedó nada concreto de que apoderarse, y tuvieron que conformarse con apropiarse de la Biblioteca, amén de todos los bienes de la *Verlag*.

El 17 de marzo llegó Marie Bonaparte de París y yo pude ausentarme más tranquilo para la urgente tarea de obtener el permiso para Freud. El Secretario de Interior era entonces Sir Samuel Hoare (actualmente Lord Templewood) con quien yo tenía una pequeña relación por cuanto pertenecíamos los dos a un mismo Club de Patinaje. Era por esto que en mis cartas a Viena, que debían en parte ser cifradas, me

refería a él llamándolo «mi amigo el patinador». Pero en asunto tan crítico era preferible no desechar apoyo alguno, y el de la Royal Society, que había honrado a Freud hacía apenas dos años, parecía el de más peso; en las muy contadas ocasiones en que intervinieron en asuntos sociales o políticos se les escuchó con especial respeto. De manera que lo primero que hice al llegar a Londres, el 22 de marzo, fue obtener de Wilfred Trotter, que formaba parte del Consejo Directivo, una carta de recomendación a Sir William Bragg, el famoso físico que entonces era Presidente de la Royal Society. Lo vi al día siguiente e inmediatamente me dio una carta para el Ministro del Interior. Quedé asombrado, aunque no por primera vez, del grado a que puede llegar la ingenuidad de un distinguido hombre de ciencia en los asuntos del mundo. Me preguntó: «¿Usted cree realmente que los alemanes no tratan bien a los judíos?» Luego estaban las oficinas del Ministerio del Interior. Para gran alivio mío, y no sin sorpresa, me encontré con que Sir Samuel Hoare, sin vacilación alguna, desplegó su habitual filantropía, y me dio carta blanca para llenar permisos, incluyendo la autorización para trabajar, para Freud, su familia, sus servidores, sus médicos personales y un cierto número de discípulos suyos con sus respectivas familias.

Una de las dificultades, por lo tanto, había sido superada, si bien faltaba aún la mayor de todas: obtener de los nazis el permiso para la partida. Siguieron a todo esto tres meses de ansiosa espera, más ansiosa aún, por supuesto, para los que aguardaban en Viena. Freud se valió de un abogado amigo, el doctor Indra, quien lo hizo todo. Por suerte el Comisario, doctor Sauerwald, un nazi y ferviente antisemita designado para supervisar las gestiones, inclu-

yendo los complicados asuntos de dinero resultó ser también útil durante las mismas, y ello por una curiosa razón. Había estudiado química, en la Universidad, con el Profesor Herzing —uno de los amigos judíos de Freud, amigo de toda la vida— y sentía por él gran respeto e incluso afecto. Extendió esos sentimientos, según dijo, a Freud. Ocurrió así que cuando Martin, a último momento, se le prohibió romper el testamento de su padre, se descubrió en el mismo que aludía a cierta suma de dinero que Freud tenía en el extranjero. Sauerwald, con gran riesgo para él mismo, pasó por alto este hecho hasta que Freud estuvo fuera del país y sus cosas habían sido todas despachadas. Más tarde le fue fácil negarse al requerimiento de los nazis en el sentido de que les enviara ese dinero.

Marie Bonaparte y Ana Freud revisaron todos los papeles y la correspondencia de Freud, quemando montones de cosas que no valía la pena llevar a Londres. Antes de otorgar un *Ubedenklichkeitserklärung* (salvoconducto) «a cubierto de sospechas» las autoridades nazis exigían grandes sumas de dinero, a título de imaginarios impuestos a los réditos, *Reichsfluchtsteuer* (impuesto a la emigración), etc., que a Freud le resultaba difícil pagar. Pero le amenazaron, para el caso de no pagar, con confiscar su biblioteca y sus colecciones, de modo que Marie Bonaparte se ofreció a prestar para ello algunos chelines austríacos.

La inquisición procedió con gran polijidad. Cuando los nazis se enteraron, por ejemplo, de que Martin, por prudencia, tenía un depósito de *Gesammelte Schriften* en un país neutral —Suiza— insistieron ante ambos, padre e hijo, para que dieran órdenes de traer los libros a Viena, donde fueron, con mayor

o menor ceremonia, incinerados. La cuenta bancaria de Freud, por supuesto, fue confiscada.

Mr. Wiley, encargado de negocios norteamericano, prestaba atención, por supuesto, a lo que sucedía. Visitó a Freud en la noche del día en que tuvo lugar el raid que hemos descrito ya, y en la ocasión en que fue detenida Ana intervino telefónicamente, no sin cierto éxito. Un miembro de la Legación norteamericana viajó con Freud en el viaje de Viena a París. Tampoco en esto sabemos si fue casual o era un acto oficial, pero lo cierto es que hizo lo que pudo para asegurar el mayor confort posible durante el viaje.

Martin Freud era llamado con frecuencia a los cuarteles de la Gestapo, para ser interrogado, pero nunca fue retenido por la noche. Más seria fue la oportunidad en que Ana fue arrestada por la Gestapo y retenida todo el día. Fue sin duda el día más negro de la vida de Freud. La idea de que el ser que le era más caro en el mundo, y también aquél de quien dependía a tal punto, podía estar en peligro de sufrir torturas y deportación a un campo de concentración —como ocurría tan a menudo— era difícil de tolerar. Freud se pasó todo el día caminando de un lado para otro y fumando interminables series de cigarros para calmar su emoción. Cuando, a las siete de la tarde, Ana volvió, ya no era posible reprimirla. En el diario correspondiente a ese día, el 22 de marzo, sólo hay, sin embargo, una indicación lacónica: «Ana en la Gestapo».

Entre padre e hija se había desarrollado en el curso de estos años, una relación notablemente íntima. Ambos eran muy contrarios a todo lo que pareciera sentimentalismo y eran igualmente reservados en cuanto a sus afectos. Entre ellos reinaba una

comprensión y simpatía profundas, pero calladas. La comprensión mutua debe haber sido algo extraordinario, una comunicación silenciosa, de calidad casi telepática, en que un leve gesto bastaba para transmitir los pensamientos y los sentimientos. La devoción de la hija era tan absoluta como la conciencia que de ella tenía el padre y la gratitud que despertaba en él.

Había muchas maneras de matar el tiempo de la agotadora espera. Freud revisó sus libros, seleccionó los que quería llevarse a Londres y se deshizo de aquellos que ya no quería. Éstos se encontraron hace algunos años en una librería y la Sociedad Psicoanalítica de Nueva York los compró para incorporarlos a su biblioteca. Freud estudió cuidadosamente el mapa de Londres y leyó guías de turismo sobre la ciudad. Junto con Ana, completó la traducción del libro de Marie Bonaparte, *Topsy*, que Ana había comenzado unos dieciocho meses antes; la terminaron el 9 de abril. Luego Ana Freud tradujo el libro de Israel Levine, *El inconsciente*, y Freud mismo tradujo el capítulo referente a Samuel Butler. Ésta era la primera traducción de esta índole que hacía Freud desde que había traducido a Charcot y Bernheim, tanto tiempo atrás. Luego había también correspondencia. A mí me escribió:

Dos cartas suyas, para Ana y para mí, llegaron hoy. Su bondad es tan confortante que me induce a escribirle inmediatamente, sin ningún motivo externo, sino únicamente por un impulso interior.

A veces me perturba la idea de que usted crea que nosotros pensamos que usted sólo quiere cumplir con su deber, y que no apreciamos los sentimientos profundos y sinceros que expresan sus actos. Le aseguro que esto no es así, que reconocemos su amistad, conta-

mos con ella y la retribuimos plenamente. Ésta es una expresión aislada de *mis sentimientos*, porque entre mis amigos que se quieren mucho debe ser evidente de por sí y quedar por expresar.

...También trabajo una hora por día en mi *Moisés*, que me atormenta como un «alma en pena». Me pregunto si terminaré alguna vez esta tercera parte a pesar de todas las dificultades externas e internas. En el momento actual no puedo creerlo. Pero, *¿quién sabe?* [1].

En mayo, cuando las perspectivas de obtener un permiso de salida se estaban volviendo más favorables, Freud escribió a su hijo Ernst en Londres:

En estos días negros sólo hay dos perspectivas que nos pueden reconfortar: reunirnos con todos ustedes y morir en libertad [2]. A veces me comparo con el viejo Jacob, a quien sus hijos llevaron, ya anciano, a Egipto. Es de esperar que el resultado no será el mismo, un éxodo de Egipto. Es hora de que Ajashverus [3] pueda descansar en alguna parte.

Queda por verse hasta qué punto podremos nosotros, que ya somos viejos, enfrentar las dificultades que tendrá la vida en otro país. Ustedes nos ayudarán. Nada tiene importancia si se piensa en la liberación. Para Ana, indudablemente, será fácil, y eso es decisivo, por que toda esa empresa no tendría sentido para nosotros tres, que estamos entre los 73 y los 82 años.

El primer miembro de la familia a quien permitieron viajar fue Mina Bernays, a quien Dorothy Burlingham trajo desde el sanatorio y acompañó a Londres; partieron de Viena el 5 de mayo. Tanto el hijo mayor de Freud, Martin (cuya mujer e hijos estaban

1. Las dos últimas palabras en castellano.
2. Las últimas palabras en inglés (*To die in freedom*).
3. El "judío errante".

ya en París), como la hija Mathilde Hollitscher (con su marido), consiguieron escaparse antes que sus padres.

Freud no abandonó su actitud irónica ante las complicadas formalidades que había que cumplir. Una de las condiciones que le impusieron para obtener el visado de salida fue que firmara un documento que rezaba así: «Yo Profesor Freud, confirmo por la presente que después del Anschluss de Austria al Reich de Alemania, he sido tratado por las autoridades germanas, y particularmente por la Gestapo, con todo el respeto y la consideración debidos a mi reputación científica; que he podido vivir y trabajar en completa libertad, así como proseguir mis actividades en todas las formas que deseara; que recibí pleno apoyo de todos los que estuvieron intervención en este respecto, y que no tengo el más mínimo motivo de queja». Cuando el Comisario nazi trajo el documento, Freud por supuesto, no tuvo escrúpulos en firmarlo, pero preguntó si le permitirían agregar una frase, que era la siguiente: «De todo corazón puedo recomendar la Gestapo a cualquiera».

Aun en esto momentos de ansiedad, Freud no dejó de preocuparse por los demás. Cuando Hanna Breuer, la viuda de Robert Breuer, el hijo mayor de Josef Breuer, vino a verlo para pedirle que la ayudara a emigrar, Freud inmediatamente le dijo que quería ver a la hija de Hanna, Marie. La recibió con gran bondad y consiguió que Brill extendiera los *affidavits* americanos necesarios para la familia.

La ansiosa espera acabó, por fin el 4 de junio, cuando Freud, provisto de todos los documentos y permisos de salida necesarios, y acompañado por su mujer y su hija, dijo adiós definitivamente a la ciudad donde había vivido setenta y nueve años y a

la que se había sentido tan ligado. Iban con ellos dos sirvientas. Una de ellas era Paula Fichtl, una mujer notable que desde esa época siguió siendo el puntal de la organización doméstica de la familia.

Aquí llega a su término la historia de los largos años pasados por Freud en Viena.

A las tres de la madrugada siguiente cruzaron la frontera con Francia en Kehl, en el Orient Express; y exhalaron un suspiro de alivio al pensar que no volverían a ver jamás otro nazi. El doctor Schur, el médico de Freud, no había podido acompañarlos porque había sufrido un inoportuno ataque de apendicitis, pero la doctora Josephine Stross, amiga de Ana, lo reemplazó perfectamente en ese viaje tan agotador. En París los esperaba Marie Bonaparte, Harry Freud, que residía allí, el embajador Bullitt, y Ernst Freud, quién se había trasladado a París para poder acompañarlos en la última etapa del viaje. Pasaron doce horas maravillosas en la hermosa y acogedora casa de Marie Bonaparte, y ella le informó a Freud de que su oro estaba a salvo. Después de pasar por la desdichada experiencia de una inflación total, en la que la moneda había perdido completamente su valor, Freud tuvo la prudencia de guardar una cantidad de monedas de oro en previsión de cualquier desastre futuro. Marie Bonaparte no podía sacarla del país sin peligro, de modo que consiguió que la embajada de Grecia en Viena la despachara por correo al Rey de Grecia, quién la transfirió poco después a la Embajada de Grecia en Londres.

Durante la noche hicieron la travesía en el ferryboat hasta Dover, y como Lord De La Warr, que era entonces Lord del Sello Privado, había hecho que se

les otorgaran privilegios diplomáticos, no les revisaron el equipaje ni allí ni en Londres. También Lord De La Warr había convenido con las autoridades ferroviarias que el tren que iba a Victoria llegara a una plataforma diferente de la habitual, para eludir la batería de cámaras y la enorme multitud de personas que vendrían a darle la bienvenida o bien por simple curiosidad. Los saludaron y les dieron la bienvenida a su llegada el Superintendente del Southern Railways y el Jefe de la estación de Victoria. Los hijos mayores de Freud, Mathilde y Martin, y por supuesto mi mujer y yo, lo estábamos esperando. El encuentro fue una escena conmovedora. Salimos rápidamente en mi auto, y pasó algún tiempo antes de que los periodistas nos descubrieran; Ernst y Ana quedaron atrás, para recoger el abundante equipaje. Nosotros pasamos en mi automóvil frente al Buckingham Palace y Burlington House, hasta Piccadilly Circus y por la Regent Street; Freud identificaba ansiosamente todos los lugares y se los señalaba a su mujer. El primer lugar en que nos detuvimos fue 39, Elsworthy Road donde Ernst Freud había alquilado una casa hasta que encontrara la vivienda permanente que buscaba.

El corazón de Freud había resistido el viaje mejor de lo que él esperaba, aunque necesitó varias dosis de trinitrina y estrictina para superarlo.

Durante el viaje nocturno de París a Londres, soñó que estaba desembarcando en Pevensey. Cuando le contó esto a su hijo, tuvo que explicarle que Pevensey era el puerto en que había desembarcado Guillermo el Conquistador en 1066. Esto no es lo que corresponde a un refugiado deprimido, y en realidad era un promisión de los honores casi reales con que fue recibido en Inglaterra.

Freud se recobró bien del esfuerzo del viaje, y pronto estaba en condiciones de hacer breves caminatas en el jardín. Este jardín lindaba con el Primrose Hill y tenía como vista de fondo a Regent's Park y, más lejos, la ciudad. Cuando hizo su primer paseo por el jardín, a la llegada, Freud levantó los brazos y me hizo esta famosa observación: «Casi estoy tentado de gritar "Heil Hitler"». Cambiar el encierro a que se había visto obligado en Viena, en su departamento, durante el largo invierno y la primavera, por esta agradable perspectiva, le producía gran alegría, y en algunos momentos se sintió muy feliz. A esto se agregaba la bienvenida realmente notable de que había sido objeto en Inglaterra, que sin duda le sorprendió un poco. Esto es lo que me escribió dos días después de la llegada: «Aquí hay mucho para contar, la mayor parte de lo cual es agradable, y algunas cosas muy agradables. La mayor recepción en Victoria Station y luego en los periódicos de estos dos días fue sumamente afectuosa, hasta entusiasta. Estamos enterrados en flores. Llegaron cartas interesantes: sólo tres coleccionistas de autógrafos, un pintor que quiere hacerme un retrato cuando haya descansado, etc.... Además, saludos de la mayor parte de los miembros del grupo inglés, algunos hombres de ciencia y sociedades judías; la *pièce de résistance* fue un largo telegrama de cuatro páginas que llegó de Cleveland, firmado por "los ciudadanos de todas las confesiones y profesiones"; una invitación sumamente respectuosa, con toda clase de promesas, para que nos fuésemos a vivir allí (¡Tendremos que contestar que ya hemos desembalado nuestros equipajes!) Finalmente, y esto es algo especial por tratarse de Inglaterra, numerosas cartas de gente desconocida que sólo desea decir lo

feliz que se siente porque hemos venido a Inglaterra y estamos a salvo y en paz. Realmente, como si nuestros problemas fueran también de ellos. ¡Podría seguir escribiendo cosas como éstas durante horas, sin agotar todo lo que hay para contar!»

Durante varios días los periódicos estuvieron llenos de fotografías y crónicas amistosas de la llegada de Freud, y las revistas médicas publicaron breves editoriales que le daban la bienvenida. El *Lancet* decía: «Sus enseñanzas despertaron, en su época, controversias más agudas y antagonismos más amargos que cualquier otra doctrina después de la de Darwin. Ahora, cuando ha llegado a una avanzada edad, hay pocos psicólogos, de cualquier escuela que sean, que no reconozcan la deuda que tienen con él. Algunas de las concepciones que formuló claramente por primera vez han penetrado en la filosofía corriente contra la tendencia de la empecinada incredulidad que él mismo reconoció como la reacción natural del hombre ante una verdad intolerable». En el *British Medical Journal* se leía: «La profesión médica de Gran Bretaña se sentirá orgullosa de que su país haya ofrecido asilo al Profesor Freud, y de que él haya elegido este país como su nueva patria».

Incluso recibió regalos de antigüedades valiosas que le enviaba gente que evidentemente compartía las dudas del propio Freud sobre la posibilidad de conseguir que le mandaran su colección desde Viena. Los conductores de taxi sabían donde vivía, y el gerente del Banco lo saludó diciendo: «Conozco toda su historia».

Y sin embargo, la felicidad no era completa. Aparte de su preocupación por el grave estado de Mina y por el estado de su propio corazón, había otras emociones que lo perturbaban. El mismo día

en que llegó a Londres escribió a Eitingon: «El sentimiento de triunfo por estar liberado está demasiado intensamente mezclado con pena, porque siempre sentí gran cariño por la prisión de la que acabo de salir». Pero su hijo Ernst era realmente «lo que siempre hemos dicho de él: una verdadera fortaleza».

La observación hecha a Eitingon acerca de su amor por Viena es muy digna de ser notada, ya que, por lo que sé, es la única ocasión de su vida en que admitió este sentimiento. Por el contrario, hay innumerables alusiones al intenso disgusto que le provocaba Viena. El profundo amor que se mantenía tan oculto debe ser la explicación de su constante negativa a contemplar la posibilidad de irse de Viena.

Freud extrañaba también muchísimo la compañía de su perrita, Lün. En razón de las estrictas normas británicas para prevenir la hidrofobia, la pusieron en cuarentena durante seis meses en Ladbroke Grove, en la parte oeste de Londres. Freud la fue a ver cuatro días después de su llegada a Londres y después, en varias ocasiones. Como sustituto durante esta época de carencia recibió un pequeño peniqués llamado Jumbo que, de acuerdo con los hábitos de su especie, se encariñó casi exclusivamente con Paula, que le daba de comer.

Como no tenía ninguna posibilidad de mantenerlas en Londres, Freud tuvo que dejar en Viena a sus cuatro hermanas mayores, Rosa Graf, Dolfi Freud, Marie Freud y Paula Winternitz, pero cuando el peligro nazi se hizo más próximo él y su hermano Alexander les dieron la suma de 160.000 chelines austríacos (alrededor de 8.000 libras esterlinas), que les alcanzaría para el resto de su vida —todas ellas tenían más de setenta años— siempre que los nazis no

la confiscaran. Hacía fines de ese año Marie Bonaparte intentó traerlas a Francia, pero no pudo obtener el permiso de las autoridades francesas. Freud no tenía ninguna razón especial para sentir temores por su bienestar, ya que la persecución de los judíos estaba todavía en su etapa inicial. De modo que, afortunadamente, no llegó a conocer su destino; fueron incineradas unos cinco años después.

La familia no podía permanecer por largo tiempo en la casa que habían alquilado temporalmente, de manera que se dispersaron en otros barrios. Freud, su mujer y su hija fueron el 3 de septiembre al Esplanade Hotel, en Warrington Crescent, donde pensaban quedarse hasta que estuviera lista su casa. Pero entretanto surgió una seria complicación. A mediados de agosto se descubrió un nuevo punto sospechoso en la cicatriz, y Schur sugirió que se hiciera venir a Pichler desde Viena. Freud no quería hacerlo, y consultaron a Exner, que había sido ayudante de Pichler y se encontraba ahora en Londres, y a un radiólogo, Gotthold Schwarz, que aconsejó el doloroso tratamiento de diatermina. Por un tiempo, sin embargo, Freud se sintió mejor, y siguió tratando a unos pocos pacientes.

Pocos días antes de salir de Elsworthy Road, le dijeron a Freud que aunque el punto inicialmente sospechoso se había disuelto, había aparecido otro. Schur, Exner y un especialista en radium, Carter Braine, convinieron en que era necesaria una nueva operación, y cuatro días después de haberse mudado al hotel, Freud fue trasladado a una clínica quirúrgica. Yo lo visité allí esa tarde, y por primera vez lo vi afeitado, pues habían decidido abrir la mejilla para lograr un acceso más fácil al lugar afectado. Finalmente habían hecho venir a Pichler desde Viena

—vino en seguida en avión— y él llevó a cabo la operación, que duró dos horas y cuarto, a la mañana siguiente, es decir el 8 de septiembre; al otro día partió de regreso a Viena. En una carta que escribió un mes más tarde, Freud decía que era la operación más seria que había sufrido desde la primera operación radical de 1923. Agregaba que todavía estaba terriblemente débil y cansado, y que le resultaba difícil escribir y hablar. Los médicos le dijeron que mejoraría en el término de seis semanas, tan pronto como se eliminara un secuestro óseo. No obstante, tres meses después esto no había ocurrido aún, y Freud empezaba a pensar que era una invención de los médicos para tranquilizarlo. Ni siquiera a fines de noviembre estuvo en condiciones de reanudar su ocupación favorita (escribir) con excepción de unas pocas cartas. En realidad, nunca se recuperó plenamente de los efectos de esta seria operación, y se fue debilitando cada vez más.

La señora Freud y la sirvienta (Paula) se instalaron definitivamente en la casa del 20, Maresfield Gardens, el 16 de septiembre. Freud y Ana se reunieron con ellas el 27 de septiembre, y a Freud le gustó mucho la casa. Dijo que era demasiado linda para alguien que no la habitaría mucho tiempo, pero que la encontraba realmente hermosa. El bonito jardín le producía gran placer, aunque la perspectiva que se veía desde él no era muy amplia. Era un jardín bastante grande en los fondos de la casa; los canteros y los bordes estaban bien provistos de flores y arbustos, y tenía hileras de altos árboles que lo separaban de las casas vecinas. Freud pasaba la mayor cantidad posible de tiempo en este jardín, donde le habían puesto una cómoda silla mecedora, que tenía un toldo para protegerlo del sol. La puerta vidriera

de su consultorio, lleno de los objetos que amaba, se abría directamente al jardín. Éste era el lugar donde murió un año después. Su hijo Ernst había dispuesto todos los cuadros y los estuches de antigüedades de la mejor manera, dejando libre más espacio que lo que había sido posible en Viena, y la memoria de Paula le permitió volver a colocar los objetos que se encontraban sobre el escritorio de Freud en el orden exacto que les correspondía, de modo que, cuando a su llegada se sentó frente a él, inmediatamente se sintió cómodo. Todos sus muebles, libros y antigüedades habían llegado intactos a Londres el 15 de agosto, y en su amplio consultorio o estudio, todo estaba perfectamente arreglado de modo de obtener el máximo de las posibilidades de cada una de sus amadas posesiones.

Arnold Zweig había estado empeñado en otro de sus fracasados intentos —el último de una larga serie— de obtener para Freud el premio Nobel, empeño que éste siempre condenaba, considerándolo una pérdida de tiempo. Esta vez su reproche tomó la siguiente forma: «No se deje usted dominar por la quimera del Nobel. Es absolutamente seguro que no voy a recibir ningún premio Nobel. El psicoanálisis tiene algunos excelentes enemigos entre las autoridades de las que depende la concesión del premio, y nadie puede esperar que yo aguantaré hasta que hayan cambiado de opinión o hayan muerto. En consecuencia, aunque el dinero me vendría bien después del modo en que los nazis me despojaron en Viena y a causa de la pobreza de mi hijo y mi yerno. Ana y yo nos hemos puesto de acuerdo en que uno no puede tenerlo todo, y hemos decidido renunciar, yo al premio y ella al viaje a Estocolmo para traerlo... Volviendo al premio Nobel: es muy difícil esperar

que los círculos oficiales se atrevieran a un desafío tan provocativo a la Alemania nazi como sería concederme este honor a mí».

Entre los visitantes de los primeros días pueden mencionarse el sobrino de Freud, Sam Freud, que vino desde Manchester el 9 de junio; H. G. Wells (el 19 de junio), el Profesor Yahuda, el versado historiador judío, quien rogó a Freud que no publicara su libro sobre Moisés; el príncipe Loewenstein, Arnold Höllriegel, R. Bermann, Stefan Zweig, el Profesor Malinowski, el famoso antropólogo, y un visitante especialmente bienvenido, Jaim Weizmann, el famoso líder sionista por quien Freud tenía la más alta estima; Wells y Weizmann volvieron a visitar a Freud después de la mudanza a Maresfield Gardens. Malinowski informó a Freud que el Sociological Institute había aprobado una resolución en que se le expresaba la bienvenida en una reunión del 17 de junio.

Luego, el 23 de junio, hubo una visita muy especial, hecha antes sólo al rey mismo. Tres secretarios de la Royal Society —Sir Albert Seward, el profesor A. V. Hill y el señor Griffith Davies— trajeron el Estatuto oficial de la Society para que Freud lo firmara. Esta reunión le produjo mucho placer. Le regalaron una reproducción del gran libro que contiene, entre otras, las firmas de Isaac Newton y Charles Darwin.

El 19 de julio Stefan Zweig trajo a Salvador Dalí para visitar a Freud, y el famoso pintor le hizo en el acto un boceto, afirmando que surrealísticamente el craneo de Freud traía a la memoria la imagen de un caracol. Más adelante describió esta visita en su autobiografía e hizo imprimir dos retratos de Freud que

había pintado. Al día siguiente Freud escribió a Stefan Zweig:

Realmente debo agradecerle que haya traído al visitante de ayer. Porque hasta ahora yo me había inclinado a considerar a los surrealistas, que al parecer me han adoptado como su santo patrono, como locos absolutos (digamos en un 95 por ciento, como ocurre con el alcohol). Este joven español, con sus cándidos ojos fanáticos y su innegable maestría técnica, ha cambiado mi valoración. Realmente sería muy interesante investigar analíticamente cómo llegó a crear ese cuadro.

En cuanto a su otro visitante, el candidato[1], tengo ganas de no hacerle las cosas demasiado fáciles, para poner a prueba la intensidad de su deseo y para lograr una medida mayor de sacrificio voluntario. El psicoanálisis es como la mujer, que quiere ser ganada pero sabe que no la valorarán mucho si no ofrece resistencia. Si su J. pasa mucho tiempo reflexionando puede recurrir después a otro, a Jones o a mi hija.

Me dicen que usted se olvidó algunas cosas al irse, guantes, etc., usted sabe que esto significa una promesa de volver.

El 1.° de agosto se celebró en París el Congreso Psicoanalítico Internacional; era el último que se reuniría por varios años. Fue en esta ocasión cuando surgió una neta diferencia de opiniones, esencialmente sobre la cuestión del análisis profano, entre los colegas de Europa y América. Cada uno de los grupos nombró una comisión para encontrar una solución satisfactoria de las diferencias. La comisión europea se reunió en presencia de Freud, en su casa, el 4 de diciembre, cuando él formuló sus bien conocidas

1. Edward James, el poeta.

opiniones. Se volvió a reunir también con la presencia de Freud, el 20 de junio de 1939, aunque esta vez él estaba demasiado enfermo como para intervenir mucho. Felizmente el problema quedó archivado cuando sobrevino la guerra, ya que las relaciones entre los dos continentes han sido excelentes. Fue el último Congreso en que estuvo Eitingon; se trasladó a Londres para hacer a Freud la que sería su última visita, y luego volvió a Palestina.

A la llegada de Freud a Londres, la Comisión del Scientific Institute, conocido generalmente por las iniciales Y. I. V. O., expresó el deseo de presentarle sus respetos [1]; él contestó en seguida.

Tuve un gran placer al recibir el saludo de ustedes Sin duda ustedes saben que yo reconozco con gusto y orgullo mi judaísmo, aunque mi actitud con respecto a cualquier religión, inclusive la nuestra, es críticamente negativa.

Tan pronto como me recupere en alguna medida de los recientes sucesos de Viena y del cansancio de mi agotador viaje tendré el gusto de verlos.

Hizo varias tentativas de concertar esta entrevista, pero su salud no se lo permitió hasta el 7 de noviembre de 1938. Jacob Meitlis publicó un relato completo de la conversación. Freud habló extensamente de sus puntos de vista sobre Moisés y el moteísmo y las advertencias que había recibido de fuentes judías para que no los publicara. Pero para él la verdad era sagrada y no podía renunciar al derecho que tenía, como hombre de ciencia, de darla a conocer. Poco después de esto envió al doctor Meit-

1. Él había sido Presidente Honorario de la Sección de Viena desde 1919.

lis una carta de recomendación para Norteamérica. En otra carta escribió: «Los judíos siempre hemos sabido respetar los valores del espíritu. Conservamos nuestra unidad a través de las ideas, y es gracias a ellas que hemos sobrevivido hasta hoy».

En el siguiente mes de agosto, un mes antes de que Freud muriera, fue invitado a reemplazar al doctor Moses Gaster, que había muerto, como Presidente de la Y.I.V.O. de Londres. Él replicó:

«En razón de la activa oposición que suscitó mi libro *Moisés* y *el monoteísmo* en los círculos judíos, tengo mis dudas sobre si sería beneficioso para la Y.I.V.O. poner mi nombre en un cargo como ese ante los ojos del público. Le dejo a usted la decisión».

A fines de ese año Freud se había restablecido tanto como para poder atender diariamente cuatro análisis, y continuó haciéndolo, con unas pocas interrupciones, hasta que estuvo cerca del fin. Ni siquiera el clima inglés justificó su mala fama en ese otoño y se agregó a la calurosa recepción que había tenido Freud. En noviembre hubo una temperatura propia de junio: 18°C., y recuerdo a Freud en su jardín diciendo encantado: «parece mayo». A fin de diciembre, sin embargo, descendió a 4°C. bajo cero, y hubo una Navidad «blanca» al viejo estilo.

Freud había logrado dar los toques finales a la tercera parte de su libro sobre Moisés antes de la operación, y en agosto estaba impreso en Amsterdam; de esa edición en alemán se vendieron unos dos mil ejemplares en el verano que siguió.

El otro trabajo de esos últimos años, *Esquema del psicoanálisis*, nunca fue terminado. Freud había pensado, años atrás, escribir una breve introducción como ésta, pero cuando, en 1928, se publicó mi

librito titulado *Psicoanálisis*, le gustó tanto que me agradeció que le hubiera ahorrado el trabajo de escribir uno similar. Ahora, no obstante, renacía su primitiva intención, pero principalmente con el propósito de ocupar su tiempo libre; siempre le aguijoneaba el deseo de escribir. Lo comenzó durante la espera de Viena, y en septiembre había escrito setenta y tres páginas; a fin de noviembre no había escrito más que esto. No dejaba de decir cuánto le avergonzaba no escribir más que repeticiones, sin ninguna idea nueva, y pensaba que este trabajo, una vez terminado, no tendría ningún valor. Se publicó en el *Zeitschrift*, un año después de la muerte de Freud. Es una valiosa serie de ensayos, de mucho más valor de lo que Freud había manifestado.

En el año posterior a su muerte apareció el artículo *Desdoblamiento del yo en el proceso de defensa*, que Freud había escrito en la Navidad de 1937. Es breve, pero tiene importancia. Freud sostenía que era un error considerar el yo como una síntesis unitaria; a veces podía ocurrir en la primera infancia un desdoblamiento del yo en relación con la actitud frente a la realidad, y este desdoblamiento podía profundizarse en el curso de los años. Refería el fragmento de una historia clínica para ilustrar como podía ocurrir esto.

Nos acercamos al fin. Lo que producía ansiedad ahora era el hecho de que en los dos últimos años las áreas sospechosas ya no eran leucoplasias precancerosas, sino recurrencias directamente malignas del cáncer mismo. En Navidad Schur extrajo un secuestro óseo, aquel sobre cuya existencia Freud tenía dudas, y esto le produjo bastante alivio. Pero al mismo itempo apareció una hinchazón, que poco

a poco llegó a tener un aspecto cada vez más amenazador. A principios de febrero Schur estaba seguro que se trataba de una recurrencia, aunque no podía convencer a Exner de este diagnóstico. Se decidió llamar a Wilfred Trotter, la autoridad máxima de su tiempo en cancerología. Yo lo acompañé para presentárselo a Freud, quien lo había visto por última vez en el Congreso de Salzburgo, cuarenta y un años atrás. Lo examinó el 10 de febrero, y nuevamente el 21 y el 24 del mismo mes, pero también tenía dudas sobre el diagnóstico y recomendó que se lo mantuviera en observación. Schur y Ana estaban desesperados. La observación diaria durante años los había vuelto a ambos más expertos de lo que podía serlo ningún extraño. Schur escribió urgentemente a Pichler, quien respondió el 15 de febrero aconsejando que se aplicara electrocoagulación seguida por tratamiento con radium. Se hizo venir al Profesor Lacassagne, Director del Instituto Curie de París; hizo un examen el 26 de febrero. Sin embargo, no estaba de acuerdo con el tratamiento de radium. Una biopsia había descubierto una recurrencia indudablemente maligna, pero los cirujanos decidieron que era inaccesible y ya no se podía seguir operando. Ahora el caso tenía el título fatal: «cáncer inoperable, incurable». El fin estaba cerca. Sólo quedaba el tratamiento paliativo, y con este propósito se recurrió a la administración diaria de rayos Roentgen. Lacassagne volvió a venir de París el 12 de marzo para dirigir los preparativos especiales para esto. Los viajes para hacer el tratamiento en casa del doctor Finzi, en Harley Street, era sumamente agotadores, pero el tratamiento tuvo cierto éxito en el sentido de contener el avance del mal.

Freud informó a Eitingon sobre su estado, y le

dijo que el tratamiento le daría algunas semanas de vida durante las cuales podría continuar sus sesiones analíticas. El 20 de abril le escribió su última carta, que consistía en unas pocas líneas.

El 19 de marzo vino a visitar a Freud uno de sus discípulos favoritos, Hartmann. Esta visita era la última. Marie Bonaparte también estuvo en Londres desde el 5 hasta el 18 de febrero, desde el 25 de febrero hasta el 1 de marzo, y desde el 13 hasta el 19 de marzo. Después de estas visitas, Freud le escribió: «Quiero decirle otra vez cuanto lamento no haber podido dedicarme más a usted mientras usted nos visitó. Tal vez las cosas serán más fáciles la próxima vez que usted venga —si no hay guerra porque mi dolor ha mejorado últimamente. El doctor Harmer, que acaba de verme encuentra que el tratamiento ha tenido una indudable influencia sobre el aspecto de la zona dolorosa».

Ella volvió a Londres el 31 de marzo, y se quedó hasta el 1 de abril, pero esta visita fue seguida por una carta mucho menos optimista.

No le he escrito durante un largo tiempo, y sin duda usted sabe por qué; mi letra se lo hará evidente. No me encuentro bien; la culpa es al mismo tiempo de la enfermedad y de los efectos del tratamiento, en una proporción que no puedo determinar. La gente que me rodea ha tratado de envolverme en una atmósfera de optimismo; el cáncer está reduciéndose; las reacciones al tratamiento son temporarias. Yo no creo nada de todo esto, y no me gusta que me engañen.

Usted sabe que Ana no asistirá al Congreso de París porque no puede dejarme [1]. Cada vez dependo más de ella y menos de mí mismo. Sería muy oportuna algu-

1. El Congreso de los analistas de habla francesa.

na enfermedad que se intercalara para dar término al cruel proceso. ¿De modo que puedo tener la esperanza de verla en mayo?...

Con esto la saludo afectuosamente; pienso mucho en usted.

Ella vino en ocasión del último cumpleaños de Freud y se quedó con él durante tres días, que parecen haber sido más agradables. Freud escribió después: «Todos disfrutamos especialmente de su visita, y la perspectiva de volver a verla pronto es espléndida, aunque no traiga nada de S.[1].

»Imagínese, Finzi está tan satisfecho que me ha dado una semana entera de vacaciones del tratamiento. Con todo yo no he notado el gran progreso y me atrevo a pronosticar que el tumor aumentará otra vez en el intervalo, como ya ocurrió en otra interrupción anterior».

Marie Bonaparte volvió a Londres el 2 de junio, por un par de días, y después recibió la última carta que le escribiría Freud: «Anteayer estuve a punto de escribirle una larga carta para darle mis condolencias por la muerte de vuestra vieja Tatoum[2] y para decirle que en su próxima visita tendría mucho interés en escuchar lo que usted pudiera relatarme de sus nuevos escritos, y agregar una palabra cada vez que me sintiera en condiciones de hacerlo. Las dos noches que siguieron destruyeron cruelmente mis esperanzas. El radium ha comenzado a penetrar otra vez, con dolor y efectos tóxicos, y mi mundo es nuevamente lo que era: una pequeña isla de dolor que flota en un mar de indiferencia.

»Finzi sigue asegurándome que está satisfecho.

1. Segredakei, que solía vender antigüedades griegas en París.
2. Una perra favorita.

La última vez que me quejé me contestó con estas palabras "Al final estará satisfecho también usted". Así me induce engañosamente, sólo a medias contra mi voluntad, a seguir teniendo esperanzas y entretanto, a seguir sufriendo».

Marie Bonaparte vino a ver a Freud dos veces más, el 29 de junio por un par de días, y, por última vez, desde el 31 de julio hasta el 6 de agosto.

Freud estaba muy ansioso por ver antes de morir su libro sobre Moisés publicado en inglés, de modo que mi esposa, que lo estaba traduciendo, aceleró el trabajo y el libro se publicó en marzo, dándole una satisfacción a Freud. Escribió a Hanns Sachs: «El *Moisés* no es una despedida despreciable». Por supuesto, recibió una gran cantidad de cartas que se referían al libro, incluyendo una de H. G. Wells y otra de Einstein.

La Sociedad Psicoanalítica de Inglaterra celebró su vigésimo aniversario, en marzo, con un banquete; y en esta ocasión recibí la última carta que habría de enviarme Freud.

Marzo, 7, 1939

Estimado Jones:

Todavía me parece curioso con qué poco presentimiento consideramos los hombres el futuro. Cuando, poco antes de la guerra, usted me habló de fundar una Sociedad Psicoanalítica en Londres, yo no pude prever que un cuarto de siglo más tarde viviría tan cerca de esa Sociedad y de usted y menos aún pude imaginar que fuera posible que, a pesar de estar tan cerca, yo no pudiera participar de esta celebración.

Pero, como somos impotentes ante el destino, tenemos que aceptar lo que éste nos depara. Así pues debo contentarme con enviar a la Sociedad que celebra su

aniversario —y desde lejos, estando tan cerca— un saludo cordial y los más afectuosos deseos. Los acontecimientos de los últimos años han hecho de Londres la sede principal y el centro del movimiento psicoanalítico. Ojalá la Sociedad que está cumpliendo esta función la desempeñe de la manera más brillante.

Ihr alter,

Sigm. Freud.

La explicación de que haya añadido aquí su nombre de pila a la firma es que se había enterado de que en Inglaterra sólo los pares del reino firman con el apellido solo; era una de las peculiaridades de Inglaterra que le divertían mucho.

El 20 de febrero había escrito a Arnold Zweig una carta en que le refería el incierto desarrollo de su enfermedad, y el 5 de marzo le escribió por última vez. Le aconsejaba que emigrara a Norteamérica y no a Inglaterra. «Inglaterra es en muchos sentidos mejor, pero es muy difícil adaptarse a ella, y usted no me tendría a mí presente por mucho tiempo. América me da la impresión de un Antiparaíso, pero tiene tanto espacio y tantas posibilidades, que finalmente uno llega a sentirse parte de ella. Einstein le dijo hace poco a un amigo que al principio América le parecía la caricatura de un país, pero ahora se siente perfectamente cómodo allí... Ya no hay ninguna duda de que tengo una nueva recurrencia de mi querido viejo cáncer, con el que he compartido mi existencia durante dieciséis años. En esa época no podíamos predecir cuál de los dos sería más fuerte».

En abril Freud sufrió un golpe que le resultó difícil sobrellevar. Dependía mucho de su médico personal, Schur, que lo atendía diariamente y en cuyas opiniones tenía extrema confianza, además de pro-

fesarle gran afecto. Sin embargo, Schur mismo se veía enfrentado ahora a un doloroso dilema. Había sido incluido en la cuota de inmigración a los Estados Unidos, y si no aceptaba pondría en peligro su propio futuro y el de sus hijos. Decidió aceptar, y hacer un viaje a Norteamérica, donde haría los primeros trámites para ser reconocido como ciudadano naturalizado. Partió el 21 de abril y volvió el 8 de julio. El doctor Samet lo reemplazó por un tiempo, y luego el doctor Harmer, con la colaboración de Exner, que tenía a su cargo la atención directa del paciente. Durante su ausencia, Schur recibió, a intervalos regulares, noticias que no traducían una evolución seriamente desfavorable hasta que volvió.

A su regreso encontró que el estado de Freud había cambiado mucho. Tenía, en general, un aspecto mucho peor, había perdido peso y evidenciaba algunos signos de apatía. Una ulceración cancerosa había atacado la mejilla y la base de la órbita. Hasta su mejor amigo, el sueño imperturbable que durante tanto tiempo le había ayudado, lo estaba abandonando. Ana debía continuar su hábito de aplicar localmente ortoformo varias veces en el curso de la noche.

Uno de los últimos visitantes fue uno de los primeros amigos analíticos de Freud, Hanns Sachs, que vino en julio, sabiendo que daría la despedida final al hombre a quien llamaba su «maestro y amigo». Sachs quedó particularmente impresionado por dos observaciones. Una era la de que, a pesar del sufrimiento causado por la dolorosa enfermedad, Freud no mostraba el más mínimo signo de queja o de irritabilidad; sólo una plena aceptación de su destino, al que se había resignado. La segunda observación era que aún en ese estado podía interesarse por la si-

tuación en Norteamérica y demostraba estar ampliamente informado sobre las personalidades y los acontecimientos en los círculos analíticos de ese país. Como seguramente lo deseaba Freud, la despedida final tuvo un tono amistoso pero desprovisto de emoción.

Freud, como todos los buenos médicos, era reacio a tomar drogas. Como le dijo una vez a Stefan Zweig. «Prefiero pensar en medio del tormento a no estar en condiciones de pensar con claridad.» No obstante, ahora consentía ocasionalmente en tomar una dosis de aspirina, el único calmante que aceptó hasta poco antes del fin. Y de algún modo se las arregló para continuar con su trabajo analítico hasta fines de julio. El 1 de septiembre lo visitó por última vez su nieta Eva, la hija de Oliver; Freud tenía especial afecto a esta criatura encantadora, que moriría en Francia cinco años después.

En agosto todo se vino abajo en forma muy rápida. Un síntoma desalentador era el olor desagradable que producía la herida, a tal punto que cuando le trajeron a su perra favorita para que lo visitara, el animalito se refugió en un extremo distante de la habitación. Fue ésta una experiencia descorazonadora, que reveló al enfermo el extremo al que había llegado. Se estaba debilitando mucho; pasaba el tiempo en su rincón de enfermo, en el estudio, desde donde podía contemplar sus amadas flores del jardín. Leía los diarios y siguió con atención la situación mundial hasta el fin. Cuando fue inminente la segunda guerra mundial, él confiaba en que significaría el fin de Hitler. El día que estalló hubo un raid aéreo —que resultó una falsa alarma— mientras Freud estaba tendido en su silla, en el jardín; no lo perturbó en absoluto. Observó con

bastante interés el cuidado con que se ponían a salvo sus manuscritos y su colección de antigüedades. Pero cuando una emisión radiofónica anunció que ésta sería la última guerra, y Schur le preguntó si él lo creía, sólo pudo responder: «De cualquier manera es la última para mí». Le resultaba casi imposible comer nada. El último libro que pudo leer *La piel de zapa* de Balzac, a propósito del cual hizo el siguiente comentario irónico: «Es justamente el libro que necesito. Trata del hambre». Más bien se refería, en realidad, a ese reducirse gradualmente, volverse más y más pequeño, que el libro describe de un modo tan punzante.

Pero en medio de toda esta agonía no hubo nunca ni el menor signo de impaciencia o irritabilidad. La filosofía de la resignación y la aceptación de una realidad que no se puede modificar triunfaron hasta el fin.

El cáncer se abrió camino a través de la mejilla hasta la cara externa y el estado séptico aumentó. El agotamiento era extremo y el sufrimiento indescriptible. El 19 de septiembre me llamaron para que me despidiera de él y yo lo llamé por su nombre, mientras dormitaba. Abrió los ojos, me reconoció y levantó la mano, para dejarla caer luego con un gesto sumamente expresivo en el que estaba encerrado un mundo de significados: saludos, buenos deseos, resignación. Decía de la manera más simple que es posible: «El resto es silencio». No hubo necesidad de cambiar una palabra. En un segundo volvió a dormirse. El 21 de septiembre Freud le dijo a su médico: «Querido Schur, usted recordará nuestra primera conversación. Usted me prometió que me ayudaría cuando yo ya no pudiera soportar más. Ahora es sólo una tortura y ya no tiene ningún sen-

tido». Schur le apretó la mano y le prometió que le daría sedantes adecuados; Freud le agradeció, diciéndole: «Cuéntele a Ana nuestra conversación». No había ni emocionalismo ni autocompasión; sólo la realidad. Fue una escena inolvidable.

A la mañana siguiente Schur administró a Freud una dosis de morfina. Para una persona que se encontraba en tal grado de agotamiento como Freud, y para quién, además, los sedantes eran tan absolutamente extraños, la pequeña dosis bastaba. Lanzó un suspiro de alivio y se hundió en un pacífico sueño; evidentemente sus reservas estaban llegando al fín. Murió poco antes de la medianoche del día siguiente, el 23 de septiembre de 1939. Su larga y difícil vida había llegado al término; sus sufrimientos habían pasado. Freud murió como vivió: como un realista.

El cuerpo de Freud fue cremado en Golders Green en la mañana del 26 de septiembre, en presencia de un gran número de personas, entre ellos Marie Bonaparte y los Lampls. Sus cenizas reposan allí en una de sus urnas griegas favoritas. La familia me pidió que pronunciara la oración fúnebre. Stefan Zweig pronunció en esa ocasión un discurso en alemán que sin duda era más elocuente que el mío, pero que no podía haber sido sentido más profundamente.

ÍNDICE

I. El reencuentro (1919-1920) 7

II. Divergencias (1921-26) 53

III. Progreso y desdicha (1921-1925) 95

IV. Fama y sufrimiento (1926-1933) 143

V. Los últimos años transcurridos en Viena (1934-1938) 220

VI. Londres: el fin (1938-1939) 246

Terminóse de imprimir
en diciembre de 1970
en los talleres de
GRÁFICAS DIAMANTE
Zamora, 83, Barcelona

TITULOS PUBLICADOS
EDICIONES DE BOLSILLO

1. *Historias de cronopios y de famas*, Julio Cortázar (E.D. H A.S.A.)
2. *Teoría de las ideologías*, Eugenio Trías (Ed. Península)
3. *Los cachorros*, Mario Vargas Llosa (Ed. Lumen)
4. *Arte y sociedad*, Herbert Read (Ed. Península)
5. *Justine*, Lawrence Durrell (E.D. H.A.S.A.)
6. *Exilados*, James Joyce (Barral Editores)
7. *Historia social del movimiento obrero europeo*, Wolfgang Abendroth (Ed. Estela)
8. *Realismo y utopía en la Revolución Francesa*, Babeuf (Ed. Península)
9. *Guerra del tiempo*, Alejo Carpentier (Barral Editores)
10. *Vida y obra de Sigmund Freud*, tomo I, Ernest Jones (Editorial Anagrama)
11. *Parábolas para una pedagogía popular*, C. Freinet (Ed. Estela)
12. *Las palmeras salvajes*, William Faulkner (E.D. H.A.S.A.)
13. *De los espartaquistas al nacismo*, Claude Klein (Ed. Península)
14. *Autopista*, Jaime Perich (Ed. Estela)
15. *Una teoría científica de la cultura*, Bronislaw Malinowski (E.D. H.A.S.A.)
16. *La Francia burguesa*, Charles Morazé (Ed. Lumen)
17. *La canción de Rachel*, Miguel Barnet (Ed. Estela)
18. *Otras voces otros ámbitos*, Truman Capote (E.D. H.A.S.A.)
19. *Diccionario para ociosos*, Joan Fuster (Ed. Península)
20. *Versión Celeste*, Juan Larrea (Barral Editores)
21. *Tener y no tener*, Ernest Hemingway (E.D. H.A.S.A.)
22. *Los orígenes de la Europa moderna:* el mercantilismo, Pierre Deyon (Ed. Península)
23. *Poetas ingleses metafísicos del s. XVII*, Maurice y Blanca Molho (Barral Editores)
24. *Contra la medicina liberal*, Comités d'Action et Santé (Editorial Estela)
25. *Sobre literatura rusa*, A. M. Ripellino (Barral Editores)
26. *Los vagabundos eficaces*, P. Deligny (Ed. Estela)
27. *Ferdinand*, Louis Zukofsky (Barral Editores)
28. *Historia del primero de Mayo*, Maurice Dommanget (Ed. Estela)
29. *Las cabezas trocadas*, Thomas Mann (E.D. H.A.S.A.)
30. *Vida y obra de Sigmund Freud*, tomo II, Ernest Jones (Editorial Anagrama)
31. *Los piratas*, Gilles Lapouge (Ed. Estela)
32. *Besos de madre*, Friedmann (Ed. Lumen)

33. *Los ídolos*, Manuel Mujica Lainez (E.D.H.A.S.A.)
34. *Los que nunca opinan*, Francisco Candel (Ed. Estela)
35. *La luna se ha puesto*, John Steinbeck (E.D.H.A.S.A.)
36. *Dialéctica de la persona, dialéctica de la situación*, Carlos Castilla del Pino (Ed. Península)
37. *Me gusta estar aquí*, Kingsley Amis (Ed. Lumen)
38. *Balthazar*, Lawrence Durrell (E.D.H.A.S.A.)
39. *Psicoanálisis y política*, Herbert Marcuse (Ed. Península)
40. *La arquitectura modernista*, Oriol Bohigas (Ed. Lumen)
41. *La celosía*, Alain Robbe-Grillet (Barral Editores)
42. *Entre el autoritarismo y la explotación. Una candela bajo el viento*, A. I. Solzhenitsyn (Ed. Península)
43. *La nueva ley sindical*, Juan N. García Nieto, Santiago Marimón, Albert Busquets (Ed. Estela)
44. *La contrarrevolución en África*, J. Ziegler (Ed. Lumen)
45. *Los chuetas mallorquines, siete siglos de racismo*, Baltasar Porcel (Barral Editores)
46. *La comuna de París*, 1.er volumen, H. Lissagaray (Ed. Estela)
47. *La comuna de París*, 2.° volumen, H. Lissagaray (Ed. Estela)
48. *Cómo se vende a un presidente*, Joe McGuinnis (Ed. Península)
49. *El señor de Bembibre*, Enrique Gil y Carrasco (Barral Editores)
50. *Vida y obra de Sigmund Freud*, tomo III, Ernest Jones (Editorial Anagrama)